



MINISTERIO DE TRABAJO,
EMPLEO Y PREVISIÓN SOCIAL

de Ñacahuasú a La Higuera

Adys Cupull y Froilán González



Prohibida su venta

Biblioteca Laboral N° 47

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social

Título: De Ñacahuasú a La Higuera

Autores: Adys Cupull y Froilán González

1era. Edición: Septiembre 2017

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, con
autorización de los autores

D.L.

Distribución Gratuita
La Paz - Bolivia

De Ñacahuasú a La Higuera

Adys Cupull y Froilán González

ÍNDICE

Nota al lector.....	7
El valor del ejemplo.....	9
Subprefecto de Lagunillas.....	17
El Lagunillero.....	29
Antecedentes de la exploración.....	38
Loyola Guzmán Lara recuerda su visita al Campamento Central.....	40
La exploración. Desde Ñacahuasú hasta el	
Río Grande y Masicuri.....	45
Exploración guerrillera hasta Tatarenda.....	56
En busca del río Ñacahuasú.....	60
Recuerdos de Pascuala.....	62
El primer combate.....	70
Hacia el Campamento Central.....	70
En el Campamento Central.....	71
El testimonio de Salustio Choque Choque.....	72
Etapas decisiva y de combate.....	74
Dos oficiales prisioneros.....	82
Conversación con un oficial prisionero.....	82
El hacendado Ciro Algarañaz.....	95
Los combates de abril.....	106
Segundo combate.....	108
Coronel Rubén Sánchez Valdivia.....	109
Dos desertores.....	120
Rumbo a Muyupampa.....	131
Máxima Osinagas.....	133
Doña Belizaida Arteaga.....	136
Por la ruta a Muyupampa.....	141
Un joven campesino guía a los guerrilleros.....	141
Encuentro con un agente de la CIA.....	142
Una importante misión de Roth que quedó enterrada.....	149
Recuerdos del guía.....	151
Dos campesinos en el camino.....	156
La delación.....	157
Recuerdos de Nemesio Carballo.....	159
Declaraciones de George Andrew Roth.....	172
La paz para Muyupampa.....	183

Conversación con el médico de Muyupampa.....	183
Recuerdos de vecinos de Muyupampa.....	186
Victorias guerrilleras	192
Al encuentro con Roso Carrasco.....	192
Un nuevo combate.....	193
Con don Ernesto Rodas.....	195
Los sucesos de Camiri	201
Eliminar a Debray.....	206
En Ticucha	212
Continúa la marcha.....	213
El mensaje No. 35.....	214
Recuerdos sobre don Eleuterio Salazar.....	215
El combate del 8 de mayo	218
El Comunicado No. 3.....	221
Hacendados de Pirirenda	223
Guzmán Robles	233
Hacia un posible encuentro con el grupo de la retaguardia.....	233
En busca del encargado del aserrío.....	235
Testimonio de Guzmán Robles.....	236
Relato de una fuente militar.....	240
Caraguatarenda: un caserío en el camino	242
El regreso de Soaleida.....	242
El <i>jeep</i> de Pantaleón.....	244
Ipitacito del Monte e Itay	248
Los recuerdos de Ruperto Farrell.....	248
El Tokú.....	251
Con Jaime Villarroel.....	251
Elfi Tapia reconoció al Che.....	253
El Espino	259
Muchiri.....	264
Puerto Camacho en el Río Grande.....	273
Armindo Castedo y sus recuerdos.....	274
Paulino Baigorria	281
Los espías de la casa de Calixto.....	283
Benigno recuerda a Paulino.....	284
El corresponsal de guerra en Camiri	291
La Noche de San Juan.....	301
Sacerdote Gregorio Iriarte.....	301

Lupe Cajías.....	303
Otro testigo expone.....	305
Zona de Florida. Muerte de Tuma.....	309
Caída de Tuma.....	309
Yolanda Paniagua y Augusto Coca.....	310
Camino a Samaipata.....	315
La toma de Samaipata.....	322
Magdalena Ortiz habló con los guerrilleros.....	324
La lucha de los estudiantes.....	332
El encuentro con Ana Harvey.....	333
Crisis del régimen y acto en La Paz.....	338
Combate del 27 de julio.....	345
Yo reconocí al Che.....	351
Tarata: repercusión del asesinato de Antonio	
Jiménez Tardío.....	356
Entrevista a Eusebio Tapia.....	360
Testimonio de un exsoldado de Bella Vista.....	368
Emboscada en Puerto Mauricio.....	372
Un sobreviviente: José Castillo Chávez.....	375
La historia de Honorato Rojas.....	384
Piraymiri.....	388
Fidel Peña.....	394
Llegada a Alto Seco.....	396
Alto Seco y sus habitantes.....	403
Él era un hombre más grande que el comunista y el socialista.....	411
Llegada al abra del Picacho.....	417
León y Camba abandonan la guerrilla.....	424
Antonio Domínguez Flores, <i>León</i> , en la guerrilla.....	424
Orlando Jiménez Bazán (<i>Camba</i>).....	426
La Higuera.....	440
Nunca podré olvidar su mirada.....	445
Vallegrande, 1967: conmoción del pueblo ante	
los acontecimientos de la guerrilla.....	451
Erwin Chacón.....	456
Justina Montero.....	461
Graciela Rodríguez.....	462
Susana Osinagas.....	463
María Muñoz.....	464

Elvira Ramírez.....	465
Eugenio Rosell.....	466
Pastor Aguilar.....	467
Después del combate de la quebrada del Yuro.....	469
Anexos.....	470

NOTA AL LECTOR

Durante los años 1983 a 1986 residimos en Bolivia, tierra cuyo nombre es un homenaje permanente al Libertador de América. Sin embargo, paradójicamente, Bolivia, es también la tierra donde desapareció físicamente un defensor de las ideas bolivarianas: el comandante Ernesto Guevara de la Serna.

Este pueblo batallador, protagonista de hazañas sobresalientes, coronado de héroes como Tupaj Katari, Pedro Domingo Murillo, Manuel Ascencio Padilla, y heroínas como Juana Azurduy de Padilla, representado también en las luchas de los mineros y campesinos a través de la historia, resultaba entonces un enigma para nosotros, por no entender su comportamiento con la guerrilla boliviana de 1967.

Los enemigos de nuestros pueblos, al utilizar sus mecanismos de desinformación, elaboraron una terrible campaña contra los pobladores más olvidados de Bolivia; se destacan entre sus características la indiferencia, la frialdad y la insensibilidad humana, juzgándolos como seres incapaces de pensar, sentir y reaccionar ante una revolución.

¿Cuál fue la verdadera actuación de los hombres y mujeres del oriente boliviano ante la presencia guerrillera? ¿Qué sucedió con los campesinos que tuvieron el privilegio de conocer al Che? ¿Qué sucedió con los mineros, los estudiantes y otros sectores de la población boliviana?

Ellos mismos darán respuesta a estas preguntas. El enemigo olvidó que los bolivianos descienden del tronco común que une a los pueblos de América, y que pertenecen a la *raza inteligente y limpia*, a la cual se refirió José Martí cuando escribió acerca de las ruinas indias.

Les invitamos a conocer sus narraciones, ellas forman parte de la historia americana.

Los autores

La Habana, diciembre de 1989

EL VALOR DEL EJEMPLO

Poco se ha escrito de lo que pensaba y piensa el pueblo boliviano acerca de la guerrilla del Che y sobre el propio Guerrillero Heroico.

Poco se sabe del campesino boliviano que vive en el oriente. El mismo que vio bombardeada su casa, arrasada su mísera cosecha, incautados sus animales. El que sufrió una represión brutal cuando fue detenido, incomunicado y torturado por el solo hecho de encontrarse en la ruta de los guerrilleros, con quienes habló de manera fortuita y trató temeroso, huidizo; pero generalmente bien.

Fue Paulino, el entonces joven y humilde campesino de Moroco, una de las representaciones más altas de la fidelidad de aquellos que nunca habían oído hablar de guerrilla, ni de revolución.

Aquel muchacho, en quien el Che cifró la esperanza para restablecer el contacto con la ciudad, fue apresado, incomunicado, golpeado; pero de su boca no sacaron información delatora.

Después del combate de la Quebrada del Yuro varias compañías del ejército comenzaron una permanente persecución a los sobrevivientes y el campesinado recibió tenaz exigencia para que denunciara a toda persona que colaborara con los guerrilleros o hablara bien de ellos.

Fueron lanzados volantes con las fotografías de los bolivianos Guido Álvaro Peredo Leigue *Inti*, David Adriazola Veizaga *Darío*, Julio Luis Méndez Korne *Ñato* y de los cubanos Harry Villegas Tamayo *Pombo*, Dariel Alarcón Ramírez *Benigno* y Leonardo Tamayo Núñez *Urbano* con el propósito de que no se les diera ayuda.

Los campesinos protegieron y ocultaron a los sobrevivientes desde octubre de 1967 hasta enero de 1968, en que ayudados por un comando integrado por militantes del Partido Comunista Boliviano y otras gentes sencillas del pueblo, lograron romper el cerco militar y llegar hasta la ciudad de Cochabamba, para días después dirigirse a la ciudad de La Paz y posteriormente a la frontera con Chile.

A los 20 años de los históricos sucesos, la presencia del Che y de los guerrilleros que le acompañaron, perdura en la memoria de los pobladores de las intrincadas zonas selváticas en el oriente boliviano.

Están presentes desde Ñacahuasú hasta La Higuera: en Muyupampa, Caraguatarenda, Ipitacito, Itay, Samaipata, Masicuri, Alto Seco, y otros lejanos puntos de las provincias Cordillera, Florida y Vallegrande, en el departamento de Santa Cruz y la zona de Muyupampa, en el departamento de Chuquisaca. Están presentes en la memoria de los hombres y mujeres, en los ríos, en las montañas, en los árboles, en cada brecha o sendero y en el propio aire que se respira.

Así lo percibimos al llegar a cada uno de los lugares por donde ellos pasaron.

El 3 de noviembre de 1966, el comandante Ernesto Che Guevara llegó a La Paz. Su pasaporte aparecía expedido en Montevideo, a nombre de Adolfo Mena González, de nacionalidad uruguaya.

Una credencial con cuño de la Dirección Nacional de Informaciones de la Presidencia de la República de Bolivia, presentaba al señor Mena González como un enviado especial de la Organización de Estados Americanos (OEA) para efectuar un estudio y reunir informaciones sobre las relaciones económicas y sociales que regían en el campo boliviano. De esta forma, el Che inició en Bolivia *la importante misión que se había asignado a sí mismo*, como escribió nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, en “Una introducción necesaria” a su Diario de campaña.

Por segunda vez, el Che llegaba a La Paz, una de las ciudades más altas del mundo, capital del departamento del mismo nombre, donde reside el gobierno de la República, situada a 3.400 m de altitud sobre el nivel del mar en un terreno irregular denominado La Hoyada, hacia donde descienden los cerros y los ríos Choqueyapu, Orkojahuirá y el Achumani. Cuando sus aguas bajan impetuosas, mezcladas con el barro, retorciéndose entre las piedras, arrastrando pequeñas partículas de oro, se observa al indio, generalmente después de las lluvias, lavar la arena en busca del codiciado metal.

Sin embargo, la ciudad está detenida en su desarrollo. En el paisaje sobresalen las barriadas insalubres y pobres, en cuyas humildes casitas de barro o adobe, situadas entre quebradas, laderas y puntas de los cerros, parece imposible vivir. Entre ellas, de vez en vez, caminan juntos el pastor y las llamas, ese apreciado mamífero suramericano del cual José Martí dijo que se echa en la tierra y se muere cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar, y que el hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como ella.

A lo lejos, como un “guardián señorial”, sobresale el majestuoso nevado Illimani, cuyo significado en lengua aymará es “montaña resplandeciente”, con más de 6.500 m sobre el nivel del mar.

La población es mayoritariamente de origen aymará y quechua. Sus mujeres, vestidas con la tradicional pollera¹ cargan a los wawitas² sobre sus espaldas, envueltos en coloridos awayos.³ Madre e hijo, representan una imborrable imagen de la cultura andina; del indio sufrido de América que impactó al joven médico argentino, Ernesto Guevara, cuando en 1953 visitó La Paz por primera vez.

Mediante la compañera Aleida March, tuvimos la posibilidad de conocer lo que el joven Guevara escribió sobre sus experiencias en este viaje. De sus anotaciones (inéditas) son los siguientes fragmentos:

La Paz ingenua, cándida como una muchachita provinciana muestra orgullosa sus maravillas edilicias.

La belleza formidable del Illimani difunde su suave claridad eternamente nimbado por ese halo de nieve, que la naturaleza le prestó por siempre. En las horas del crepúsculo es cuando adquiere el monte solitario más solemnidad e imponencia...

[...]me trajo el recuerdo de la indigna exclamación de un maestro pureño: “ya lo dijo un educador mexicano, es el único lugar del mundo donde se trata mejor a los animales que a las gentes”. Yo no lo constaté, pero el indio sigue siendo una bestia para la mentalidad del blanco [...].

1 Saya antigua, ancha.

2 En quechua significa niños.

3 En quechua, especie de mantas tejidas.

El 5 de noviembre de 1966, después de las 6:30 p.m. el Che salió en *jeep* de La Paz acompañado de Alberto Fernández Montes de Oca, *Pachungo* o *Pacho* y Carlos Coello, *Tuma* o *Tumaini*, hacia Ñacahuasú, por la vía de Oruro. Atravesó parte del Altiplano andino, con su inmensa puna⁴ pelada donde el viento sopla muy frío y solo crece la paja brava.⁵ Se encontró con las viviendas de los indios, aisladas o agrupadas en pequeñas comunidades, olvidados, luchando por mantener sus raíces ancestrales.

Por esa ruta, el Che cruzó por las localidades de Ayo Ayo, Patacamaya, Sica Sica, hasta Caracollo, donde tomó por la carretera que se dirige a Cochabamba, la cual presenta tramos angostos y con profundos abismos.

Alrededor de las 10:00 p.m. salieron de La Paz, Harry Villegas Tamayo y Jorge Vázquez Viaña (el *Loro* o *Bigotes*), en otro *jeep*.

El día 6, a las 8:00 a.m., el Che pasó por la caseta de control de la entrada de Cochabamba. Con una hora y media de diferencia pasó el otro *jeep*. Cochabamba, al igual que la ciudad de Santa Cruz, fue un punto de contacto para los guerrilleros y puerta de entrada y salida hacia La Paz.

Prosiguieron por la vía que conduce a Santa Cruz, en la cual encontraron un paisaje variado: valles, montañas, lagos, trigales y una pequeña selva húmeda e inhabitable, cubierta siempre de nubes, situada a 2 100 m sobre el nivel del mar, denominada La Siberia, para luego bajar hasta una región árida donde abundan los cactus, en los límites con el departamento de Santa Cruz y terminar en la región selvática.

A su paso por esta carretera atravesaron un caserío llamado La Habana, fundado en 1940. A tan grande distancia de Cuba, en medio del más absoluto clandestinaje, La Habana recibía a los viajeros, ¡cuántos sentimientos experimentarían al ver el rústico letrado que anuncia el querido nombre!

Continuaron viaje hacia Comarapa, Mataral, Samaipata y antes

4 Tierras frías y secas situadas entre 3 000 y 5 000 m de altura.

5 Especie de yerba resistente al clima frío, propia de la puna.

de las 9:00 p.m. habían pasado por la tranca de tránsito o caseta de control de la ciudad de Santa Cruz, donde se desviaron por un terraplén que va hasta Camiri, capital petrolera de Bolivia. Cruzaron el Río Seco, con su lecho arenoso, sin agua en esta época del año, pero impetuoso, en tiempo de lluvia.

En conversación con Harry Villegas conocimos que más o menos a las 4:00 a.m. del día 7 de noviembre el *jeep* en que él viajaba estaba en las márgenes del Río Grande, y aunque todos sabían por donde estaban las balsas para cruzarlo, todavía a las 6:00 a.m. no habían encontrado el lugar. Al llegar al embarcadero se juntaron con el Che; pero acordaron pasar el río separados, hasta algún lugar en donde pasarían adelante Pombo y Bigotes para guiarlos, y localizar un punto donde esperar la noche y entrar en la finca.

Atrás dejaban el Río Grande, ancho, turbulento, de aguas carmelitas, profundo, al que volverían a ver de nuevo el día 5 de febrero de 1967, en el primer recorrido hasta Masicuri, y que después cruzaron en múltiples ocasiones durante la lucha guerrillera.

Por el terraplén que conduce a Camiri pasaron los poblados de Tatarenda y Caraguatarenda, hasta Gutiérrez, uno de los más antiguos de la provincia Cordillera, fundado en el siglo XIX. Lo forman actualmente más de 100 casas, situadas a ambos lados del camino, con tiendas y una especie de barracón que llaman hotel, donde duermen o descansan los viajeros. Allí hay un parque, una iglesia, la escuela y la alcaldía.

Fue en Gutiérrez donde comieron y esperaron el tiempo previsto para partir lentamente y entrar a la finca de noche. De Gutiérrez salieron hacia Ipatí, caserío donde convergen los ramales Santa Cruz-Camiri con los de Sucre y Lagunillas, y adonde necesariamente llegan los viajeros para cambiar de ruta.

De Ipatí se dirigieron a Lagunillas, última población por donde pasó el Che para llegar a Ñacahuasú. Es la capital de la provincia Cordillera, en el departamento de Santa Cruz. Se encuentra en un vallecito rodeado de cerros donde abunda la vegetación. El paisaje que le circunda es selvático. Debe su

nombre a la existencia de algunos pequeños lagos que con el tiempo han desaparecido.

En las cimas de los cerros, las nubes pasaban ligeras y suaves impulsadas por el viento, miramos las desérticas calles, unas de piedras, otras de tierra y pensamos que por allí pasó el Che aquel 7 de noviembre; estuvo Tamara Bunke Bider, *Tania* y caminaron Roberto Peredo Leigue *Coco*, Guido Peredo *Inti*, José María Martínez Tamayo, *Chinchu* o *Ricardo*, Jorge Vázquez Viaña *Loro* y otros guerrilleros.

En conversación con Dariel Alarcón supimos de cómo le impactó aquel poblado en diciembre de 1966 cuando pasó hacia Ñacahuasú.

Para mí fue un impacto, porque cuando yo venía en el viaje, se hablaba de la ciudad de Lagunillas, capital provincial, y pensé que era una ciudad bien formada: con calles asfaltadas, comercios, autos, tránsito, con todo lo que debe tener una ciudad. ¡Imagínate cuando llegué y vi aquel pueblo! La impresión que tuve fue de unos ranchos, para mí, inhabitables. Era una ciudad en ruinas. Vi a Lagunillas como una aldea, como una aldea pequeña, con un callejón central y algunas pulperías⁶ a un costado.

Pensé ver comercios con vidrieras, estantes, escaparates, como estamos acostumbrados acá; pero cuando fui a comprar al comercio principal de allí, los productos estaban tirados en el suelo.

Por aquellas calles polvorientas, de una tierra medio rojiza y otras calles empedradas, deambulaban los mendigos; pero nos dimos cuenta de que no eran mendigos, esos hombres eran sus habitantes. Era como si el hambre estuviera asociada a todo aquello.

Cuando vi a Lagunillas, de verdad sentí más deseos de hacer algo y me esclarecí más de la urgente necesidad de la transformación de aquellos lugares que llaman pueblos. Esas eran las razones y las causas por las que el Che y nosotros estábamos allí.

6 Tiendas, bodegas.

Durante la etapa de los preparativos de la guerrilla, Lagunillas fue un lugar importante para su desarrollo. Sirvió como punto para establecer contacto y comunicación con el exterior, como vía de abastecimiento, y fue la puerta principal de entrada y salida a Ñacahuasú.

En su Diario el Che menciona a Lagunillas. El 3 de diciembre de 1966, escribió:

[...]Los tres peones de la finca salen para Lagunillas para hacer mandados.

El día 12 de diciembre anotó que Coco volvía de Caranavi, donde compró los comestibles necesarios *pero fue visto por algunos de Lagunillas que se asombraron de la cantidad.*

Sabíamos que los lagunilleros habían visto más y conocían sobre los acontecimientos ocurridos en Ñacahuasú en 1967, por eso tratamos de hablar con algunos de ellos. Fuimos hasta una tienda donde una señora de ascendencia española dijo ser la propietaria.

Ella afirmó:

Han pasado hartas cosas aquí en Lagunillas, era el 8 de marzo cuando llegó un señor con un rifle que quería venderlo. Pensamos que sería algún pícaro; pero no, él había salido de Ñacahuasú. No sé quién sería, nadie le compró el rifle y se fue a pie hasta Camiri.

De ahí ya supo el ejército esto de la guerrilla y vinieron ya hartos caimanes —camiones militares— con soldados y pasaron a inspeccionar qué era lo que había en Ñacahuasú. Y empezaron a sospechar de los Peredo —se refiere a los hermanos *Inti* y *Coco* Peredo.

Pasaron allá y mientras que el Che estaba caminando por el monte había salido uno de los guerrilleros y ¡pao!, le pegó el tiro a uno de los militares que le dio aquí en la pierna y de ahí se descubrió todo y empezaron los combates. Fue cosa seria. Eso fue al comienzo, por ese que escapó y delató a los demás.

Esta mujer lagunillera de trato atento, decidida y franca, abrió sus grandes ojos claros y apresuradamente dijo:

Yo no quiero que ustedes graben mi nombre ahí, porque ustedes son periodistas; porque mi marido no quiere que yo diga nada, quiere anularme por completo.

Mire, estamos aquí y si él llegara, tras que yo quiera hablar algo, ¡shiss!, y me manda a callar. ¡No quiere!, y a mí lo que me gusta es decir la verdad.

Ella continuó hablando mientras miraba hacia afuera para sentirse segura de que no venía su esposo:

Entonces vinieron los militares a nuestra tierra, esos sí no dejan nada, lo que pueden ellos se lo llevan, ya sea arbitrariamente o ya sea robado. No sé cómo será; pero se llevan todo, peor que una plaga es.

El 23 de marzo hubo hartos muertos. En 1967 ¡claro! Aquí el 23 de marzo se recuerda la guerra del Pacífico⁷ y la muerte de Eduardo Abaroa.⁸ Justo esa fecha comenzó el combate del Che en Bolivia y justo yo lo recuerdo también.

Yo pensaba en el momento en que se escapó el guerrillero, que se arrepintió de lo que hizo. Ese fue el que delató todo. Ellos no habían terminado su preparación, se estaban alistando todavía y antes de tiempo descubrieron todo. Toda esta zona tenía condiciones para ellos, para que los guerrilleros desarrollaran su trabajo; pero que se necesita más tiempo para poder convencer a los campesinos, porque ellos son generalmente cerrados; pero pasado un tiempo se convence demostrándole otro trato.

Al Che lo hemos admirado mucho por su capacidad intelectual y humana, por su valentía, por su decisión a la causa que él abriga. Él es admirable porque él luchó por su causa hasta morir. Y él es admirable, repito, realmente admirable.

La lagunillera buscó una foto del Che, la mostró y rápidamente la colocó en su lugar, después expresó:

Nosotros compramos la foto del Che, todos los de Lagunillas, en esa donde está muerto, que parecía un Jesucristo. Todavía

7 Guerra ocurrida en el año 1879 entre Chile, Bolivia y Perú, en la cual Chile despojó a Bolivia de su territorio en el litoral del Pacífico.

8 Patriota boliviano, héroe de la guerra del Pacífico.

no todos han comprendido esto, porque en nuestro país hay hartas gentes tan ignorantes y tan cerradas que se necesita hablarles harto para hacerlos comprender, porque muchos son analfabetos. Usted sabe que cuando uno lee puede apreciar más las cosas y comprenderlas también; pero acá no pueden hacer eso porque son muy pocos los que saben leer.

A ustedes les pueden hablar más de esto... el señor Ernesto... Ernesto Barba que era el subprefecto de Lagunillas en el año de la guerrilla, y también la señora... Hilda Blanco que era maestra y su esposo Cristian Resse, que le dicen el gringo, amigo de Ciro Algora.

¿Por qué le dicen gringo a Resse? Le preguntamos.

Ella respondió:

Resse es lagunillero, nació en Lagunillas; lo de gringo es por su color y su pelo, a todos los que son de pelo así, amarillo, les llamamos gringos acá; él es hijo de alemanes. Ellos sí saben de la guerrilla.

La señora Hilda Blanco y el señor Resse no estaban en el pueblo, pero con el señor Ernesto Barba pudimos conversar.

SUBPREFECTO DE LAGUNILLAS

Ernesto Barba es un hombre de 50 años, se le veía cansado y aparentaba más edad. Delgado, de baja estatura, ojos pequeños y dentadura dispareja, habló sereno y pausado:

Yo era subprefecto de Lagunillas, el alcalde era Alberto Torres. Éramos las máximas autoridades.

Yo no supe nunca quién denunció esto. De repente, no más, apareció un coronel con seis soldados y me dijo a mí: “Di qué sabes”. Me preguntó todo lo que sabía. “¿Cuántos habían venido?”, dijo: Me preguntó sobre todo lo que sabía de los jóvenes que vendieron un rifle calibre 22. Ese rifle lo compró un señor, Sabino Villarreal, él lo tenía bien oculto, pero cuando vino el ejército se lo quitó.

Vino el coronel Alberto Libera y me dice: “¿Cómo es esto?” Y él ya sabía, yo no tengo duda. Él me contó que había entrado allá a Nacahuasú y que había muchas huellas de zapatos

Manaco⁹ y abarcas,¹⁰ y me dice que mañana fuera por tal parte y yo le indiqué por otra parte. Al bajar un cerro, tras el río, ahí estaba Choque Choque —se refiere al guerrillero boliviano Salustio Choque Choque apresado por el ejército en marzo de 1967.

El 20 de marzo el Che escribió sobre este hecho.

[...]los guardias se habían metido por el camino del vallegrandino en número de 60 y apresaron un mensajero nuestro de la gente de Guevara, Salustio. Nos quitaron una mula y se perdió el jeep.

Barba, continuó:

Y ahí lo tomaron prisionero y se lo llevaron al comando —comandancia—; pero aquí en Lagunillas el hombre no declara nada, a pesar de que le hicieron de todo, ¿qué no le habrán hecho? Lo torturaron ahí, le querían sacar su delación.

Barba se interesó en conocer quiénes éramos y cómo habíamos llegado hasta allí, ¿quién nos había informado que él sabía sobre la guerrilla? Pensaba cada palabra, recordaba los hechos y meditaba mucho; continuó vacilante:

Al Coco y al Inti yo no los conocía, a ninguno. En realidad yo quería tener amistad con ellos; pero como no había oportunidad nunca nos hicimos amigos.

Un día, vino un señor de los guerrilleros, y le compró a mi amigo Lucilio Aldenate dos mulas.

Yo vi que era un hombre alto y correcto. Montó en el pelo de la mula y se llevó la otra mula. Era una mula nuevita, ¿no? Esa la trajo el señor Choque Choque cuando lo apresaron, y el ejército se la quitó.

Apresaron a mi amigo Lucilio Aldenate porque vendió la mula; pero él la vendió sin ninguna malicia. Era inocente, pero lo golpearon, ¡qué cosa no le harían! Le decían que colaboraba con los guerrilleros, que era enlace de los guerrilleros.

También tomaron preso a don Remberto Villa y a Ciro Al-

9 Marca de una fábrica de calzado.

10 Sandalias de cuero.

garañaz; pero a Ciro sí le habían dado plata los guerrilleros, ¡harta plata!: 20 000 pesos, que en ese tiempo era bueno. En realidad, los guerrilleros no han cometido ningún abuso, porque a la casa de los campesinos que han llegado, les han pagado. A veces huían los campesinos y ellos sacaban todo lo que tenían de comer los campesinos, porque tenían también razón los guerrilleros; pero ahí en la mesa dejaban un papel: esto cuesta tanto y esto nos estamos llevando. Una lista completa y le dejaban su valor en la mesa. Así que no han hecho ningún abuso, todo bien pagado.

Cuando hubo un combate, primero murieron 2 soldados y hubo otro combate y murieron 11 soldados. Estábamos en un velorio en la municipalidad de Lagunillas donde velaron a los 11 soldados; después, en otra ocasión, han sacado a dos guerrilleros muertos que han sido enterrados —se refería a Serapio Aquino Tudela *Serapio* y Antonio Jiménez Tardío *Pedro o Pan Divino*, guerrilleros bolivianos del grupo de Juan Vitalio Acuña Núñez, *Joaquín*.

Han habido otros combates, hubo el del Yeso, creo que murió un médico cubano, un morocho alto él; pero de ahí no trajeron a nadie, supe que mataron al médico, lo mataron y lo trajeron a Camiri.

Le explicamos a Barba que el médico a quien él se refería no era cubano, que se trataba de Restituto José Cabrera Flores (*Negro o Médico*), guerrillero peruano que fue asesinado en Palmarito, el día 4 de septiembre de 1967.

El exsubprefecto de Lagunillas abrió los ojos y asombrado dijo:

¡Nunca he sabido que había guerrilleros peruanos en Ñacahuasú! Nunca dijeron eso los militares.

Barba se quedó pensativo, luego se llevó la mano a la cabeza y afirmó:

Mataron a Vázquez Viaña también, ese era boliviano. Mataron a dos curas, cuando el cura estaba entrando lo tomaron preso en Camiri y “aquicito” lo han matado. Dígame, ¿por qué?

A Vázquez Viaña lo han matado en Chorette —cuartel de Chorette, a la entrada de Camiri— y al cura lo han hecho matar en el cerro de Lagunillas.

Un cazador me dice: “Patrón, he ido a cazar y me he encontrado con un guerrillero muerto”, y ahí estaban los militares y yo tenía que avisarles y les avisé que alguien había muerto. Seguramente que ellos sabían quién era.

Entonces yo, con una comisión de cuatro, nos fuimos al otro día. Me subí al cerro también, iba un detective conmigo y me dijo: “Este es cura”.

Al hombre lo han tomado en Choretta, lo han largado —tirado— se ve que lo largaron desde arriba, en un árbol quedó su chompa —abrigo— colgada; pero los bichos no se lo han comido. Seco estaba. Era el cura.

Después supe que al otro lado del cerro hallaron otro. Otros campeadores —vaqueros— de animales lo han encontrado. Era Vázquez Viaña, y lo enterraron. Ellos los enterraron. ¡A ese sí no lo he visto! Eso es lo que ellos me contaron. A Vázquez Viaña lo montaron en el avión, como todo el mundo sabe, y lo largaron desde el aire. Entonces yo quería enterrarlo, porque yo lo había conocido. Apareció en el otro lado del camino que viene aquí. Hay un cerrito que se llama El Hueso, ahí está enterrado.

Barba buscó mate y nos ofreció.

Le preguntamos sobre el gringo amigo de Algarañaz, y respondió:

El gringo vive aquí; pero Ciro Algarañaz vive en Santa Cruz, eran muy amigos, ese gringo no se metió en nada, un día le entraron a su casa y todo se lo han revisado, todo, todo, el gringo se enojó, ¿no?

De los guerrilleros que murieron dice que peleaban 200 soldados contra 1, porque como era cerro, dicen que los han encerrado a los guerrilleros y que ellos de aquí corrían para allá y de allá para acá y le rodaban la ametralladora a los militares, de un lado para otro, y los militares creían que eran hartos. Los guerrilleros eran gentes muy correctas y muy valientes, gente que andaba unos 50 km por día, con una carga de un quintal a la espalda.

Cuando cayeron los dos guerrilleros muertos, no los velaron, solo abrieron el hueco y los enterraron. Estuvieron un día y al otro día los han enterrado, separados los han enterrado.

Los militares han discutido eso del asunto del entierro de los guerrilleros. No querían que los enterraran en el cementerio, y no los enterraron en cajas, solo fue en una frazadita, envueltos no más por nosotros mismos.

Incluso cuando cumplió un año, hemos ido a ponerles una velita limpia; pero ya tenían velas nuevas y hartas flores, otras gentes habían ido antes, sabían que eran guerrilleros.

Desde Lagunillas salimos acompañados de un guía, por una gestión de la propietaria de la tienda, quien afirmó que no se podía llegar a la finca de Ñacahuasú, si no se conocía bien el camino.

El guía era un hombre de más de 50 años de edad, blanco, de ascendencia española, conversador, franco, de quien exaltaron su osadía en la selva y quien dijo no importarle si escribíamos su nombre.

—¿Usted dice que de Lagunillas a la casa de calamina hay unos 25 km? —Preguntamos al guía, quien con desenfado respondió:

Sí, porque yo he ido otras veces, si ustedes quieren los guío hasta allí; pero no sé si la casa de calamina estará ahí todavía. Es una casita que ellos hicieron en la finca y le decían de calamina porque era de techo de calamina, la única con techo de calamina. Ahí han sembrado maíz y dijeron que iban a criar chanchos —cerdos.

Partimos por un camino que comenzó ancho, era de tierra rojiza, arenosa. En la medida en que avanzábamos se presentaban lodazales, charcos. Aproximadamente a los 5 km vimos una hacienda. El guía señaló:

Esta es la hacienda Terrazas de Remberto Villa, el mismo propietario de Ñacahuasú, El Pincal, y de Iripití, de todo eso. A él lo han tomado preso. Era un viejo bravo, lo han llevado preso a Lagunillas y lo metieron en un calabozo y le hicieron un interrogatorio. Se comportó muy valiente, lo golpearon hartos y no habló ni una sola palabra, y dentro del calabozo dicen que el viejo pintó varias consignas revolucionarias. ¡Era un señor muy bravo!

Llegamos a la hacienda. La casa era de adobe y tejas. Estaba destruida, fue una hacienda próspera en tiempos pasados; pero

cuando estuvimos allí se encontraba en un estado ruinoso, semidestruido, fantasmal. Vimos a Arturo Villa, hijo de don Remberto, a quien el Che mencionó varias veces en el Diario, el día 26 de noviembre anotó que Jorge Vázquez Viaña tuvo que caminar de 20 a 25 km para pedirle un caballo a don Remberto y que en la noche aún no había regresado. El día 27, escribió sobre el mismo hecho:

[...] *Coco debe pasar por lo de Remberto para averiguar de Jorge*. Al día siguiente llegaron Jorge y Coco al campamento. Jorge se había quedado en la casa de Remberto Villa.

El 2 de abril explicó: [...] *informan que Don Remberto está preso y como le vendió la finca a Coco*.

Sabíamos que don Remberto había sido acusado como colaborador de la guerrilla, por el hecho de haber vendido la finca a Coco Peredo.

El hijo de don Remberto tenía unos 40 años. Era blanco, de ojos claros, delgado; hablaba lento y bajito; pero enérgico, parecía un anciano. Su esposa, una humilde india guaraní, estaba acompañada por sus dos hijas.

Desde los nueve años mi padre me ha traído aquí. En 1967 estaba aquí no más. Yo estaba cuando mi padre vendió la finca Ñacahuasú, ahí está la casa de calamina. Él se la vendió a unos benianos: Inti Peredo y Coco Peredo que también se llamaba Roberto Peredo. Esa fue la finca de Ñacahuasú. No sé en cuánto la vendió. Yo vivía ahicito en el Sunchal. Mi padre también le vendió la finca El Pincal a Ciro Algarañaz, está antes de llegar a la de calamina.

—Y sobre la guerrilla, ¿qué recuerda? —Le preguntamos.

La guerrilla, lo que recuerdo era que eran unos amigos de mi padre y él siempre decía que los guerrilleros venían aquí. Eran sus amigos. Venía Coco Peredo, Inti Peredo, Vázquez Viaña y uno nombrado Antonio que era el que trajinaba la cuestión de los víveres —se refiere a Antonio Domínguez Flores *León*—. Mi padre les arrendaba los caballos para el traslado de los víveres. Eran grandes amigos.

Hubo una denuncia porque se descompuso la cosa y comenzaron a venir los militares. Vino el ejército y a mi padre lo

llevaron a Camiri, preso. Entonces yo, como era su hijo, y el oficial Silva —se refiere al capitán Augusto Silva apresado por los guerrilleros el 23 de marzo— quería patearlo; yo me puse al frente y le dije que a mi padre nadie me lo toca, no lo van a estropear.

Le dije a Silva que iba a hablar con mi tío que estaba aquí comandando esto. Mi tío era Reyes Villa. Entonces, se moderaron, no quisieron hacer nada, porque enseguida yo me fui para Lagunillas a denunciar que se habían llevado a mi padre preso para Camiri.

Y mi padre fue suboficial de la guerra del Chaco.¹¹ Él siempre habló bien de los guerrilleros, era amigo de ellos. Yo estoy aquí con la bendición de mi padre; me la dio antes de morir.

Al despedirnos Arturo nos regaló dos cabezas de tigres cazados por su padre. Era de los mejores cazadores de la zona. Se comprometió a buscarnos la propiedad de la finca Ñacahuasú para entregarla.

Continuamos camino hacia El Pincal, la hacienda que fue de Ciro Algorañaz, el vecino más cercano a Ñacahuasú, de quien el Che escribió el día 7 de noviembre:

[...]murmura sobre la posibilidad de que nuestra empresa esté dedicada a la fabricación de cocaína.

El sendero se estrechaba cada vez más, el enmarañado follaje de la zona obstaculizaba el paso. De cuando en cuando nos deteníamos para apartarlo y proseguir adelante. Unos 10 km y llegamos a El Pincal.

El guía explicó:

Esta hacienda era de don Ciro Algorañaz; él dio muchos datos al ejército; pero no de los guerrilleros, porque él no sabía que eran guerrilleros, ni que estaba el Che Guevara. Él era de la idea que eran fabricantes de cocaína y sí estaba interesado en descubrir eso porque de noche era un continuo movimiento.

Ciro mandó a su peón Rosales —se refiere a Tomás Rosales,

¹¹ Guerra ocurrida en los años 1932-1935, entre Bolivia y Paraguay, por una disputa de límites. En esta guerra Bolivia perdió el territorio denominado Chaco Boreal.

el vallegrandino— a espiar, porque él quería conocer de la fábrica de cocaína. Rosales fue sorprendido por los guerrilleros y le dijeron que si volvía a entrar, lo iban a matar. Y no quiso entrar más. Entonces lo obligaron a que entrara y él no entraba. Y no dijo nada, porque él no descubrió nada. Se lo llevaron preso para Camiri. Fue detenido en Camiri y lo mandaron preso para la Dirección de Investigación Criminal (DIC). Ahí lo han interrogado hasta que lo han matado a palos. Él era analfabeto; pero no habló. ¿Por qué tenía que hablar él? No sabía. Ahí lo mataron y apareció ahorcado.

Miramos la casa de Ciro Alargañaz, se encontraba deshabitada, destruida y abandonada, solo le quedaban las paredes y el techo. Fue una buena casa, de adobe y techo alto, de tejas, con su cerca bien cuidada. Según explicó el guía, las puertas fueron arrancadas por los militares.

El guía continuó hablando:

Ciro Alargañaz fue alcalde de Camiri y reunió harto dinero. A él lo metieron preso, nada más que para quedarse el ejército con todo lo que él tenía, se lo comieron todo, todo, no le dejaron ni para tomarse una pastilla. Los guerrilleros no le dieron dinero, solo pagaban lo que le compraban.

Lo metieron en Camiri hasta el año 68, que salió el fallo del Tribunal Supremo de Justicia Militar donde le plantearon: que salga absuelto, pero que entregue la finca.

Mire usted, Ciro tenía 100 ha de maíz en estado de cosechado, 4 de plátanos, 2 de yucas, 10 de arroz, caña, frijoles y jocos —especie de calabaza dura—, 80 chanchos de raza, gallinas, patos, y un aserradero, hartos troncos de madera, un camión, un *jeep*, la casa grande, varios caballos, mulos, burros, 60 vacas bien seleccionadas, 10 toros y un motor para darle luz a toda la propiedad. El ejército se apoderó de esa finca.

Seguimos por el sendero de verde y tupido follaje, hecho como para que solo transitaran bestias de carga, presentaba desniveles, hondonadas y barrancos hacia la derecha. El guía se detuvo ante un árbol y señaló:

Aquí se volcó el *jeep* de Vázquez Viaña.

El 7 de noviembre de 1966, Che escribió sobre este accidente:

[...] *Al seguir hacia la finca, en el segundo viaje, Bigotes, que acababa de enterarse de mi identidad, casi se va por un barranco, dejando el jeep varado en el borde del precipicio.*

Proseguimos bordeando la faralla cubierta de vegetación, en cuya base, al fondo, formaba una quebradita. Después, una bajada y más adelante se abrió un pequeño valle. Y como quien entra al final de un laberinto el guía exclamó:

¡Esta es la casa de calamina!

Repetimos más de una vez: ¡La casa de calamina!, y nos embargó una tremenda emoción. Quedamos abstraídos por breves momentos. Se agigantó el paisaje y el espacio se llenó de imágenes.

Pensamos en el hombre que renunció a sus cargos en la dirección del partido, a su puesto de ministro, a su grado de comandante. En el hombre que trabajó con honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario de nuestro pueblo, en el hombre que vivió días magníficos y sintió al lado de Fidel el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis del Caribe; en el hombre que se enorgullecía en haber seguido sin vacilaciones a Fidel, en haberse identificado con su manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios; en el hombre que dejó en nuestra tierra lo más puro de sus esperanzas de constructor, lo más querido entre sus seres queridos, y a un pueblo que lo admitió como a un hijo, como él mismo expresó en su carta de despedida dirigida a Fidel.

Pensamos en Tania, la combatiente internacionalista, la heroica y valiente mujer, que con un trabajo *bueno y paciente* como lo calificara el Che contribuyó a hacer realidad el establecimiento del frente guerrillero.

Pensamos en los bolivianos, peruanos, argentinos y cubanos que juntos hicieron historia, y dejaron uno de los más grandes ejemplos de desinterés, de solidaridad e internacionalismo.

A lo lejos se veían las montañas verdes, iluminadas por el sol. ¡Cuánto han crecido para América y el mundo, desde que ellos llegaron allí!

Testigo de los primeros combates, Ñacahuasú guarda la historia viva de la guerrilla. En sus trillos, sus árboles, sus piedras, están incrustados los heroicos momentos vividos.

De acuerdo con las explicaciones que el Che hace en su Diario, la primera etapa de la guerrilla correspondió a los días comprendidos entre el 7 de noviembre de 1966 al 31 de enero de 1967. Durante este tiempo, los guerrilleros realizaron recorridos, exploraciones, reconocimientos del terreno, organizaron los campamentos, construyeron túneles, cuevas e instalaron la planta de radio, inauguraron un observatorio y otros puntos de observación, hicieron trincheras, instalaron los comunicadores, comenzaron el estudio de quechua y ejercicios de defensa.

El 31 de diciembre el Che marcó el momento como el nuevo grito de la Revolución continental. Y el 25 de marzo, declaró a la tropa como Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. Por eso es historia viva este lugar.

El guía interrumpió el silencio y dijo:

Han hecho meter el tractor y han tumbado la casa buscando los dólares de los guerrilleros y han construido esta otra con las mismas puertas y calamina. Los militares vendieron la casa y la finca al doctor Harem hace mucho tiempo.

Hace unos años, las gentes, se encontraron un cadáver cuando iban de cacería, hace mucho tiempo, por esta parte de la selva, era de un guerrillero. Estaba seco, y lo han enterrado.

Los mariguíes o jejenes trataban de posarse en nuestros rostros y manos, molestaban. Los moradores de la casa de calamina habían salido, estaba reconstruida, un poco más pequeña y a un lado tenía un techito que servía de cocina. Observamos el mismo zinc, y las mismas puertas de madera de la antigua casa.

El horno no era el mismo. En el patio o parte trasera había un árbol de tutuma —especie de güira— y un sembradío de

maíz por donde atravesaba un trillo que conducía al río Ñacahuasú a unos 100 m de la casa, es el que le da nombre a la finca. Ñacahuasú, Ñancahuasú o Ñacahuasu, es un vocablo de origen guaraní cuyo significado es: entrada o cabeza grande de agua. Los pobladores de esta región pronuncian el nombre de la última forma.

El 7 de noviembre de 1966, al llegar a Ñacahuasú el Che escribió:

Hoy comienza una nueva etapa. Por la noche llegamos a la finca. El viaje fue bastante bueno. Luego de entrar, convenientemente disfrazados, por Cochabamba, Pachungo y yo hicimos los contactos y viajamos en jeep, en dos días y dos vehículos.

En el análisis del mes de noviembre señaló:

Todo ha salido bastante bien, mi llegada sin inconvenientes; la mitad de la gente está aquí también sin inconvenientes, aunque se demoraron algo; los principales colaboradores de Ricardo se alzan contra viento y marea. El panorama se perfila bueno en esta región apartada donde todo indica que podremos pasarnos prácticamente el tiempo que estimemos conveniente. Los planes son: esperar el resto de la gente, aumentar el número de bolivianos por lo menos hasta 20 y comenzar a operar. Falta averiguar la reacción de Monje¹² y cómo se comportará la gente de Guevara.¹³

En el análisis del mes de diciembre, el Che afirmó que se había completado el equipo de cubanos con todo éxito.

Con estas palabras el Che valoraba el trabajo paciente, cuidadoso, compartimentado y secreto de aquellos revolucionarios de distintas partes del mundo que colaboraron en la realización de esa misión histórica; burlaron a la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y otros servicios especiales afines, que habían invertido cuantiosos recursos humanos y materiales para tratar de detectar la ubicación del Guerrillero Heroico.

12 Mario Monje, dirigente del Partido Comunista Boliviano.

13 Moisés Guevara Rodríguez, dirigente minero, guerrillero boliviano caído en Río Grande el 31 de agosto de 1967; fue miembro del Partido Comunista Marxista-Leninista.

Llegamos al río Ñacahuasú, miramos sus aguas, corrían tranquilas, incontenibles en busca del Río Grande para allí volverse impetuosas y turbulentas hasta el Mamoré, luego al Guaporé y el Amazonas para unirse al inmenso Atlántico.

EL LAGUNILLERO

En 1966, pocos meses antes de comenzar el movimiento guerrillero en la zona, Coco Peredo y Jorge Vázquez Viaña, le solicitaron al señor Mario Chávez que se estableciera en Lagunillas con el fin de que sirviera de contacto y apoyo. A través de su testimonio conoceremos la forma en que colaboró con el movimiento guerrillero, lo que nos permitirá conocer de otras acciones importantes y secretas llevadas a la práctica en Lagunillas y dirigidas por Coco Peredo.

Cuando lo vimos por primera vez, no sabíamos que aquel hombre de más de 60 años, de mediana estatura, blanco, de pelo canoso y lacio, ojos claros, pequeños y comunicativos, que hablaba sin tapujos y sin miedo, era el Lagunillero.

En su conversación, hacía acertadas críticas a cuantos defectos tiene el sistema social en que vive.

Aquel hombre abierto y franco, era el mismo explorador que aparece mencionado entre otros días el 21 de diciembre en *El Diario del Che en Bolivia*, y el Lagunillero del día 24, de quien el Che dijo:

...El Loro explicó que el viaje del Lagunillero no había resultado fructífero y sólo logró, el pequeño resultado del apunte, muy impreciso.

Mario Chávez supo que éramos dos cubanos y al mirarnos reflejó alegría. Parecía que esperaba el momento del reencuentro con alguien que le informara del desarrollo de nuestra Revolución a la que nunca dejó de admirar y defender.

Así es don Mario, un viejo comunista boliviano cuyo núcleo familiar está formado por dos generaciones: dieciséis nietos y siete hijos, estos últimos experimentaron junto a él todo el acontecer guerrillero. Mario vive en una barriada de Santa Cruz de la Sierra, la capital del departamento de Santa Cruz. Mientras hablábamos, sus hijos y nietos entraban y salían, desenvueltos y ágiles, con el derecho que les da ser nietos e hijos de una pareja que hizo una familia grande, unida, querida y trabajadora.

De doña Elsitita Paz de Chávez, su esposa, recibimos toda la amabilidad y hospitalidad que puede esperarse de la mujer

cruceña. Nos colmó de agasajos y brindó exquisitos platos que ella misma preparaba.

Fue en 1959 cuando ella, en plena juventud, se incorporó a una manifestación de apoyo a la Revolución Cubana, era el Primero de Enero. Nos contaron los que la conocen de antaño que sus poemas a Cuba cautivaban a los residentes en la oriental ciudad de Santa Cruz.

Reía cuando recordaba que don Mario se la llevó junto a los chicos para Lagunillas. Como un día llegó en un camión y ordenó a todos salir con rumbo desconocido. Muchas veces ella se preguntaba: “¿Por qué se empeña mi marido en vivir en Lagunillas si en Santa Cruz vivimos bien?” “Nunca imaginé nada, nunca me dijo nada”. Cuando nos explicaba le dirigió una mirada de reproche a su esposo, por no haberla hecho copartícipe de su trabajo secreto. Para mostrarle su disgusto retorció sus ojos que siguen siendo atractivos y hermosos.

Durante la noche, doña Elsa nos preparó cuñapes¹ y café, se lamentaba por no poder acompañarnos, don Mario dijo que ella no podía ir. Ese día la dejamos muy triste porque además, una de sus perras, la más querida, amaneció muerta.

Tomamos el camino hacia Lagunillas, bordeado con flores silvestres, pues recién había comenzado la primavera. El mismo Lagunillero timoneaba a *Toribio*, su *jeep*, viejo y destartalado, a quien puso ese nombre porque como un toro vencía todos los caminos.

Durante el viaje hablaba como si quisiera arreglar la sociedad y situar cada cosa en su lugar. Avanzábamos dando saltos, bamboleos y mirábamos como revoloteaban las mariposas amarillas y blancas, que agitando sus alas nos fueron acompañando.

De lo que narró el Lagunillero es lo siguiente:

Yo fui por la guerrilla del Che Guevara a Lagunillas. Estuve seis meses antes de que llegara la guerrilla y puse un hotel y un restaurante en ese pueblo, donde casi ni había gente y creían que yo me iba a morir de hambre, porque allí no iba nadie.

¹ Especie de panecillo hecho con harina de yuca y queso.

En esa época nadie sabía que iba a haber guerrillas. Cuando hubo las guerrillas, entonces en ese hotel, iban todos los periodistas que visitaban el lugar, incluso el alto mando militar. Me hice muy amigo de los jefes, yo veía los planos donde iban a bombardear, “todingo” lo discutían y yo escuchaba.

Yo les hice a los guerrilleros los croquis de los caminos, las salidas, los caseríos. Como yo llegué antes, fue como para preparar las condiciones, yo dije cómo era el camino para Vallegrande y cómo moverse de una parte a otra.

Yo estoy tres veces en *El Diario del Che*, él dice en el día 21 de diciembre que el Loro no le había dejado los planos que yo hice y que él se había quedado sin saber cómo era el camino hasta el Yaqui. “Ahoringa” usted va a leer como el día 23 él dijo que no había nada del recorrido que yo hice, y luego, también habla de mí cuando dice que el Loro le explicó que mi viaje no había resultado fructífero, y yo le hice un apunte, pero es que así eran los caminos, imprecisos, van por un lado y después van por otro, “ahoringa” la lluvia los destruye. Bueno, les hice los croquis hasta la entrada de Ñacahuasú.

Ellos no tenían contactos regulares conmigo en Lagunillas, sino en Camiri, aunque algunas veces lo hacían en Lagunillas. Iban tarde en la noche, cuando las gentes del pueblo estuvieran ya durmiendo. Cuando iban a hablar conmigo en Camiri, era como si no nos conociéramos.

Don Mario hizo un alto en el camino, bajó del *jeep*, levantó el capó, miró hacia adentro, revisó y expresó: “Más vale precaver...” Subió y continuamos el viaje.

Cuando entraron las primeras tropas yo estaba en Lagunillas, ellos entraron por una denuncia de que había una fábrica de cocaína, una señal dada por un señor llamado Ciro Algarañaz, que vivía en El Pincal cerquita de Ñacahuasú, donde estaban ellos. Él llamaba al Loro Vázquez, al Inti Peredo y le decía que él sabía lo que estaban haciendo y que quería meterse de socio, pero ellos le decían que después hablarían y como no lo metieron, el tipo los denunció y vinieron los policías y le quitaron el revólver al Loro que era una armita corta. Un señor de ahí de Camiri dijo que el arma era de él y se la hizo

devolver al Loro. Pero después siguieron investigando los de la policía y entraron los del ejército con dos camiones con pertrechos bélicos y ya estaba el Che ahí.

Yo me fui a Camiri en una moto, porque ese día no había movilidad y fui a la casa donde paraba el Coco, que era la casa de la señora Candelaria Añez (que era prima de mi mujer). Esa señora y sus hijos Edgar Da Silva, Elsa y Betty, todos ellos eran muy amigos del Coco, y él se hospedaba ahí. Ellos tenían un restaurante y una academia de inglés, de mecanografía y de taquigrafía. Era una familia bien relacionada en Camiri, y cuando yo llegué a la casa de la prima de mi mujer, ella me presenta al Coco y yo digo que vengo de Lagunillas. Entonces Coco me pregunta: “¿Usted vive en Lagunillas?” Yo le respondí: “Sí y allí se están mezclando las cosas, y las novedades son que hay guerrillas y han llegado dos caimanes del ejército con pertrechos bélicos. Yo he venido para hacer unas compras rápidas y enseguida me largo”. Y les digo: “Hasta luego”. Me doy vuelta y voy al hotel de Jorge Daher que era el lugar donde tenía que hacer contacto con Coco en caso de urgencia. Allí en el hotel Coco me felicitó por lo bien que simulé no conocerlo. Él me dijo que estaba esperando a alguien y que él había venido tras de dos tipos que habían desertado y que tal vez esos tipos los denunciaron y que por eso esa noche se tenía que ir por el camino de El Pincal que queda por el otro lado de Lagunillas, “entonces arde la cosa”, me dijo. “Vos vas a hacer un telegrama a tal casilla”, y me dio el número, “anunciando que mañana cumple años cualquier persona”, añadió. Coco me informa que yo me quede con el apodo de Bruno, que mi nombre de campaña es Bruno. Yo le hice el telegrama a la casilla que él me dio. Decía: “Mañana cumple nupcias Rosita, saludos. Bruno”. Él me indicó: “También vas a estar todos los días sábados junto al banquillo de la Plaza de Camiri va a venir un hombre, no te importe que sea cura, no te importe que sea militar, que sea periodista, cuando tú lo veas pasar con un periódico debajo del brazo izquierdo le vas a preguntar: ‘Oiga, ¿de hoy es la prensa, señor?’ y él te va a responder: ‘¿Usted es Bruno?’” Y ya estaba el contacto, yo tenía que explicarle todo y enseñarle el camino.

Pero ese camarada parece que llegó no el sábado, sino dos días antes a Camiri y no se alojó en un hotel, sino que se alojó en un

convento de los curas como seminarista. El ejército lo apresó, lo torturó y lo mataron, lo subieron en un helicóptero y lo echaron a la selva. Ese fue el primero que asesinaron, después mataron a otros de igual forma, y le hicieron lo mismo a Jorge Vázquez Viaña que fue uno de los que me llevó a Lagunillas.

Coco Peredo, fue el que habló conmigo para que yo fuera para Lagunillas a poner el hotel, era para que yo trabajara en obtener información. El hotel ni nombre tenía y el hotel y la casa siguen en Lagunillas. Hasta los yanquis que fueron allí comían y cuando terminaban de comer ponían las patas arriba de las mesas y de las sillas, cosa que no se acostumbra acá, porque eso es muy feo, de mucha incultura, era una tropa de asesores norteamericanos. Allí iba y comía un grandote que era de la CIA, un doctor del que no recuerdo su nombre ni apellido, pero sí sé que ese era un cubano miembro de la CIA.

Cuando llegaron Coco, Inti y el Loro, ellos me decían: “Cuando vayamos a hacer contacto, busca un sitio donde puedas dejar un papel con la información, de manera que nosotros podamos recogerlo, eso es para cuando estemos en la pelea”. Entonces yo dejaba el papel, en tal parte, en otra parte, pero Coco después siempre me decía que esos lugares no servían, yo buscaba otros lugares y volvía a decir Coco que buscara más, porque esos lugares no servían. Hasta que me enojé y le dije: “Dígame usted el lugar”. Entonces ya no me dijo más que esos lugares no servían.

Yo llevé a los jefes militares a ver una toma de agua, a 2 km adentro del monte. Así temblaban esos tipos y yo me reía de su miedo. Durante todo el tiempo que duró la guerrilla yo estuve en Lagunillas escuchaba “todingas” las bombas que tiraban, vi llegar a los muertos, incluso a los de la primera emboscada. El Che había ido a hacer una exploración hasta cerca del Río Grande, él estaba por allá y en el campamento solo quedó un “poquitingo” de guerrilleros y a ese “poquitingo” fue a quien le hicieron una baleadura. Entonces el ejército trajo hartas gentes armadas, pero cayeron “todingos”.

Don Mario se detuvo nuevamente y revisa el *jeep*, se levanta el pelo, acción que también realizaba con un peine, luego subió y continuamos la marcha.

Los guerrilleros no querían que yo los saludara para que no me quemara, una de las veces en que vino el Loro a Lagunillas yo quería saludarlo, pero él me hizo señas de que pasara de largo. Ellos no querían que yo me juntara con ellos ni con los otros guerrilleros tampoco.

Te cuento otra anécdota: Una vez estaban desollando una vaca en mi casa y vino Coco Peredo y me compró carne, entonces mi mujer preparó un bife para él y otro para mí y me dice mi mujer: “Mario te presento al señor Coco Peredo” y él me dijo bajito: “¡Qué lindo trabajas!”

Coco Peredo y Vázquez Viaña eran muy conocidos en Lagunillas, visitaban muchas casas, eran amigos de todos. Coco tocaba la guitarra en fiestas familiares o cuando se reunían para comer. Uno de sus “amigos” era David Herrera que era el jefe de la policía y la esposa de este, Rebeca Bello, que era una mujer muy simpática, lujosa, blanca; ellos ayudaron mucho a Coco. Coco y el Loro utilizaban el teléfono de su casa para recibir mensajes, fue esa mujer la que les avisó que llegaba el ejército. Vázquez Viaña era muy amigo de don Ernesto Barba que era el subprefecto de Lagunillas. Allí en Lagunillas ellos eran vistos y tratados como hombres cumplidos, respetuosos, muy solidarios. Todo lo pagaban bien pagado y eran hombres de palabra.

El Lagunillero detuvo a Toribio en medio del camino y dijo muy bajito: “Se puede continuar”, luego narró:

Pero antes de que terminara la guerrilla me denunciaron, porque yo era un comunista conocido en Santa Cruz, pero tenía muchas influencias familiares. Mi mujer era prima hermana del coronel Félix Moreno, prefecto de Santa Cruz, mi hermana estaba casada con el general Padilla, que después fue presidente de la República. Yo tenía amigos que eran ministros, y uno de esos ministros ordenó al de la inteligencia en Camiri que a mí no me hicieran nada. Cuando me detuvieron la primera vez me pusieron en libertad de inmediato por orden del Ministro del Interior. Esas son las influencias familiares que uno tiene, que valen mucho, por eso nadie me tocó. Así, a cada rato, me apresaban y me volvían a soltar, era para hacerme guerra psicológica.

El Lagunillero nos dijo: “Haremos la pascana² para comer los ñapeces”. Allí debajo de un árbol nos sentamos, hicimos el descanso, comimos, y oímos otras anécdotas del explorador. Llevaba puestas sus anchas, gruesas y sueltas botas de amarres dispares que parecían estar listas para salirse de sus pies en cualquier descuido. Él sabía tanto de montes y de animales como de la situación en que vivía el indio guaraní o chiriguano, de sus penas, contadas por ellos en sus dialectos que él también habla.

El Lagunillero contó muchas historias de perros y de cacerías porque Chávez siempre ha sido un experto cazador, un hombre de la selva, que conoce de trillos y senderos, de trampas y de antas,³ de hochis⁴ y tatús,⁵ de pecaris,⁶ urinas⁷ y de pesca; conoce toda clase de animales salvajes, frutas y plantas de la selva. Sabe de serpientes, de cómo matar víboras; sabe de camiones, de *jeep*, de mecánica, de cómo medir las distancias y andar de noche por los laberintos de estos lugares.

Se ocultaba el sol detrás de una nube cuando decidimos seguir nuestra ruta, el Lagunillero continuó su narración:

Una vez vino un hombre en un camión grande a vender sal. Coco me dijo que cuando viniera lo ayudara porque era de la organización, pero no lo vi más.

Don Mario se puso triste y explicó:

El Loro era un tipo muy valiente, lo han torturado de todas las maneras y no dijo nada, lo mataron con un tiro que le salió por la frente, lo echaron en un helicóptero y lo lanzaron a la selva. Yo iba de cacería con el doctor Hugo Bleischner, ninguno de los dos sabíamos que éramos del mismo grupo de los guerrilleros. A Bleischner lo detuvieron y lo apresaron también. Cuando él y yo salíamos a cazar nos vigilaban para

2 Parada, descanso que se hace en un viaje.

3 Es el tapir americano, denominado así en Bolivia.

4 Especie de jutía que abunda en el oriente boliviano.

5 Mamífero con el cuerpo cubierto de capas córneas, especie de armadillo que sirvió de alimento a los guerrilleros.

6 Especie de cerdo salvaje, abunda en la zona de la provincia Cordillera, en Bolivia.

7 Especie de venado que abunda en la zona selvática del departamento de Santa Cruz.

saber si hacíamos contacto con los guerrilleros, nos tenían controlados. El doctor Bleischner trabajaba en Lagunillas, era médico del ejército, pero con ideas progresistas, era muy amigo de Coco, de Inti y del Loro. Unos campesinos nos indicaron que a una o dos leguas de aquí habían hallado un muerto, me preparé entonces como si fuera a cazar anta y me topé con el cadáver. Era el Loro, dije: “Han matado a un muchacho valiente”.

Mientras aceleraba a Toribio, el Lagunillero afirmó:

Ya no me importa que digan que trabajé para los guerrilleros, incluso a los militares se los he dicho, un militar de los que han perseguido al Che y al que prepararon los norteamericanos en la lucha de antiguerrilla, me dijo:

“Carajo, vas a pasar a la historia, te felicito”.

El Lagunillero levantó una mano con fuerza y la dejó caer sobre el volante con el puño cerrado, y dijo:

Ellos se llevaron para la guerrilla a dos tipos incapaces, los tomó el ejército y le dijeron “todingo”, y le enseñaron todo, donde tenía el Che sus medicamentos, sus vituallas, sus armas, sus campamentos. Todas sus cosas. Esos fueron los que delataron a los guerrilleros, a todos los que estaban en la guerrilla. Eso hicieron los dos desertores.

Un día me invitaron unos amigos en Lagunillas para jugar y me quedé hasta tarde y mi mujer me trancó la puerta, para que no entrara y entonces tuve que dar la vuelta por atrás de la casa, y cuando voy a abrir, vienen dos tipos y me encañonan, eran dos *rangers* del ejército. Ellos dijeron: “Había sido el señor Chávez” y me dejaron. Ahí conocí que todas las noches rodeaban mi casa para ver si venían los guerrilleros a tomar contacto conmigo.

Una vez había riñas de gallos y yo tenía un gallito que era muy bueno y lo iba a pelear, porque a mí me gustan los gallos de pelea, llegó un tipo y me secretea en el oído y me dice que ya era hora de la riña. Yo estaba tomándome un cafecito con uno de los pilotos que dejaban vituallas a los militares. Él pensó que el que me había secreteado tenía que ver con las guerri-

llas y al “ratingo” lo cogieron preso y lo estaban obligando a que dijera, pero él solo decía lo de la riña de gallos; ellos no querían creerle.

Cayó la noche cuando todavía Mario seguía narrando sus experiencias, el camino estaba totalmente oscuro, las mariposas dormían y, en su lugar, revoloteaban unas especies de luciérnagas, que como los cocuyos nuestros querían alumbrar el camino.

Escuchábamos chirriar las tuercas de Toribio y el viaje se hizo más lento, fue entonces cuando don Mario nos informó que había olvidado los espejuelos y que apenas veía durante la noche, al mismo tiempo el *jeep* casi se viraba al salir de una zanja profunda. Estábamos a una hora del poblado de Gutiérrez, desde el alto de una loma vimos las tenues luces del caserío. Llegamos a la misma pensión donde estuvo el Che el 7 de noviembre de 1966, junto a Pombo, Loro, Pacho y Tuma, en su ruta hasta Ñacahuasú.

Al bajarnos del *jeep*, Chávez exclamó:

Toribio se comportó “biensísimo”, ha caminado “ahoringa”⁸ sin una gota de aceite en el cárter. Mañana continuaremos, si conseguimos un “poquitingo” no más. Este Toribio es un toro.

Esa noche, cuando las luces del pobladito se apagaron, los perros ladraban incesantemente en el exterior de aquella pensión, especie de barraca, cuyos camastros endeblés rozaban con el suelo. Estábamos cansados, sin embargo, el Lagunillero, el explorador, Mario Chávez, no podía olvidar y habló de Coco nuevamente, de su seriedad, de su simpatía, de la amistad que los unió, del cariño que sienten los lagunilleros hacia él desde aquel día cuando les dijo “esto va a arder” y sus ojos ardían, lo había mirado tan especialmente, “era una mirada extraña, profunda”, dijo, y agregó: “una mirada que nunca he podido olvidar, años después comprendí que fue la mirada de despedida de un valiente, de un patriota, de un verdadero revolucionario, verdadero comunista boliviano”.

8 Término usado en el oriente boliviano para significar ahora, de inmediato.

ANTECEDENTES DE LA EXPLORACIÓN

Un paisaje selvático, realmente hermoso, pero invariablemente hostil, se observa en la zona de Ñacahuasú.

Se puede admirar en toda su magnitud la naturaleza virgen, el verdor de los árboles, de las montañas, del tupido follaje donde revolotean incontables mariposas como escapadas de uno de los lienzos de plumas de aves selváticas que se exhiben en el exclusivo comercial Cañoto, de Santa Cruz de la Sierra.

Se observan piedras de distintos tamaños y colores en las márgenes del río y los arroyos. ¡Cuántas veces los guerrilleros se detuvieron para apreciar sus raras bellezas! Sin embargo, la agradable impresión inicial pronto se transforma en un ataque constante, que proviene desde los más insignificantes insectos como el jején, la yaguasa,¹ el mariguí o marigüí, el boro,² o la garrapata, hasta el encuentro con un feroz animal como el jaguar americano, al que llaman tigre, o las víboras venenosas.

Refiriéndose al paisaje del Ñacahuasú, el guerrillero Eliseo Reyes Rodríguez (*Rolando* o *San Luis*) escribió: “Hoy estoy en misión de vigilancia en un bello lugar y lamento no tener conmigo una cámara para tomar algunas fotografías de esta zona. Estoy en una montaña que es igual a las más pintorescas que he visto en las películas. A mi derecha el río corre suavemente sobre grandes rocas que producen estruendosas caídas. Más allá del río comienza una cadena de montañas extremadamente empinada y cubierta con espesa vegetación y elevándose casi verticalmente desde el arroyo, formando un número de picos. La cumbre de cada uno de éstos está cubierta por una espesa neblina mientras más abajo la cálida luz del sol mañanero ilumina el lugar...”

El combatiente Harry Villegas, el 11 de septiembre de 1966, en un informe sobre la finca, explicó que Ñacahuasú estaba ubicada en la región suroeste de Santa Cruz, en una zona montañosa de exuberante vegetación, pero de poca agua.

Luego señaló: “...La propiedad está a 255 km de Santa Cruz

1 Insecto pequeño que aparece en días nublados; es muy parecido al jején.

2 Tipo de mosca que deposita una larva al picar.

sobre el camino de Santa Cruz-Camiri y está relativamente aislada. Puede llegarse a ella sin ir a Lagunillas que está a 25 kilómetros de Ñancahuasú tomando un camino lateral a unos 6 kilómetros al sur de Gutiérrez”.

Los pobladores de la zona denominan en la actualidad este desvío: El camino de Coco, porque cuentan que Coco Peredo lo atravesaba en las noches para no ser visto en Lagunillas.

Harry Villegas sigue explicando que por esa vía solo se pasa por la propiedad Aguada Grande, de Udal León, un joven campesino, de habla guaraní, idioma nativo que predomina en esta región. Esta casa aún continúa en el mismo lugar, sobre la loma, como él la describe, a unos 200 m del camino.

Sobre la vivienda de Algarañaz, Villegas señaló: “Faltando unos tres kilómetros completos para la finca está la casa de Ciro Algarañaz, que está sobre el camino. Este hombre es el único peligro para el trabajo por ser el vecino más cercano y extremadamente curioso. En tiempo de Paz Estenssoro, fue intendente de Camiri. Después de haber alquilado o comprado la finca, nos enteramos que había dicho que íbamos a poner una fábrica de cocaína [...] está interesado en que le compremos alguna cabeza de res y cerdo, por ello, tiene buenas relaciones con nosotros”.

Y continúa Villegas: “Por lo demás, de no ser este inconveniente, la propiedad reúne las condiciones para hacer un trabajo, pero no en grande, por el momento; aunque crearemos las condiciones para ello construyendo una casa más adelante para que no vea la gente, pues la actual, está donde termina el camino...”

También detallaba en el documento que el viaje a Santa Cruz se hacía en 12 horas y que el tramo desde el caserío llamado Mora o Río Seco, se ponía casi intransitable, y en épocas de lluvias transcurrían de dos a más días para llegar. Afirmó que la finca tenía 1 227 ha y bastante madera.

Al concluir escribió: “...Sobre esta base, los planes legales son: crías de cerdos primero, y luego un aserradero. Algo de

importancia es que al norte es posible hacer travesía hasta Vallegrande por zonas montañosas y boscosas, de ahí en adelante el bosque disminuye en intensidad. Por el sur se puede ir por regiones de naturaleza similar a la finca, hasta la Argentina”.

Fue en esta zona donde se construyeron los campamentos de la guerrilla: el Central, del Oso, Iripití, llamado también de Los Monos, por la abundante existencia de estos animalitos en el lugar, y el de la casa de calamina, que fue el primero.

Se levantó una especie de bohío entre la casa de la finca y el Campamento Central, en el cual el Che recibía a los visitantes que llegaban desde La Paz, como hizo el 26 de enero día en que escribió:

[...] apenas habíamos comenzado a trabajar en la nueva cueva llegó la noticia de que había llegado Guevara con Loyola; salimos a la casita del campamento intermedio y allí llegaron a las 12.

LOYOLA GUZMÁN LARA RECUERDA SU VISITA AL CAMPAMENTO CENTRAL

Loyola Guzmán Lara era una joven boliviana de estatura pequeña, delgada, estudiante, de procedencia humilde. Vivía en la ciudad de La Paz. Militaba en la Juventud del Partido Comunista Boliviano, y fue nombrada responsable de finanzas de la guerrilla.

Fue la representación de la mujer boliviana en Ñacahuasú. Conoció a Coco e Inti Peredo, a Tania, a Antonio Jiménez Tardío, a José María Martínez Tamayo y a Jorge Vázquez Viaña; trabajó con ellos, y no obstante su juventud, cumplió complejas tareas que se le asignaron en la red urbana, así como otras orientadas por el Che.

Actualmente, ocupa la presidencia de la Asociación de Familiares Desaparecidos de Latinoamérica. La encontramos en la ciudad de La Paz. Después de conversar sobre los acontecimientos de 1967, nos enseñó el envase de un repelente contra insectos que el Che le entregó en ocasión de su visita a Ñacahuasú. Loyola debía protegerse de las picadas. Fue

un gesto de compañerismo y de caballerosidad que nunca podrá olvidar; por eso, a pesar de la persecución y los encarcelamientos que ha sufrido durante los años de sangrientas dictaduras, lo ocultó celosamente entre sus pertenencias más queridas. Sentía desprenderse de él; pero lo entregó para que lo conserváramos en Cuba.

Ella permaneció en el campamento guerrillero desde el 26 hasta el 28 de enero. Sobre su encuentro con el Che, Loyola relató:

En el mes de enero de 1967 viajé a Camiri y me encontré con Coco Peredo. Allí me alojé con un nombre diferente. Coco planificó que yo comprara algunas cosas y que debía tener contacto con Moisés Guevara, quien me estaría esperando en el hotel y previa una contraseña, me indicó que nos encontraríamos a las doce de la noche a la salida del camino de Camiri a Lagunillas.

Partimos en la noche; manejaba Coco Peredo. Llegamos a la casa de calamina, descargamos lo que habíamos llevado y nos fuimos hacia el monte.

Un compañero me cedió su hamaca y el resto durmió en el suelo. Al día siguiente muy temprano me dijeron que me preparara para ir a un determinado lugar. Todos llevaban cargas; pero no permitieron que yo lo hiciera.

Fuimos por dentro del río para no dejar huellas. Por el camino Coco me dijo que me iba a encontrar con el Che. Llegamos a un lugar donde había piedras muy grandes y en ambas orillas estaban los compañeros esperando. En un lado estaban Ricardo, Pombo y otros. En la otra orilla estaba el Che. ¡Fue una cosa que jamás había pensado! Incluso se lo he dicho a algunos amigos, porque la gente siempre pregunta: ¿Qué impresión te causó el Che? —Loyola llora y continúa—. Me duele recordarlo y ver como aún no he cumplido mucho.

A mí realmente me causó una cosa muy difícil de explicar, porque justamente en esta época había la noticia de que el Che estaba en Colombia o en otros lugares, y verlo ahí era la sorpresa mayor.

Me alegró que así fuera. En ese momento sentí una confianza muy grande. Pensé que la lucha iba por buen camino. Él me dio la mano y me preguntó:

¿Por qué estás mojada? ¿El río es muy hondo, o tú eres muy pequeña?

Ordenó que me quitara las medias y que me secara. Primero llamó a Moisés Guevara. Yo me quedé conversando con Ricardo y los demás compañeros. Al pasar un largo rato salió Moisés. El Che me llamó: *¡Ignacia!*, entonces yo le pregunté: “¿Por qué me dice Ignacia?” y respondió: *Por lo de San Ignacio de Loyola.*

Entramos, bueno, yo digo entramos, la verdad es que estoy hablando como si fuera un salón. Era un monte, había una cabaña con tronquitos donde estábamos todos, y detrás de la tapera³ unas malezas. Fue allí donde nos pusimos a conversar. Él me explicó las tareas que yo debía cumplir en la ciudad y los objetivos de la lucha.

En relación con las divergencias chino-soviéticas me dijo que para Bolivia en aquel momento eso no era fundamental, que no debía ser impedimento para la unidad y el desarrollo de la lucha revolucionaria en nuestro país y en América Latina. El Che indicó que no debían plantearse problemas de división y que era necesaria la unidad. Luego me dio instrucciones sobre los cuadros urbanos, y que me llevara unos radios que se debían arreglar, así como otras tareas.

Tuve la impresión de que a pesar de ser un hombre tan conocido, que había ganado su lugar en la lucha, era muy sencillo... me pareció que lo había conocido toda la vida. Él me explicaba todo con gran sencillez, y con muchos detalles, y me escuchaba igual, como si yo fuera diciendo las mejores cosas del mundo.

Yo le había llevado un informe detallado de todos los gastos que se habían hecho y se lo entregué. En ese momento habían preparado café y le dieron a él primero. Él me dijo:

3 Especie de bohío abandonado.

No me dan a mí primero porque soy el jefe, sino porque yo lo tomo sin azúcar y el resto de la tropa lo toma con azúcar. Entonces lo endulzaron para todos:

Él hizo una reunión conjunta con todos los compañeros. Fue cuando se determinó que desde ese momento ya no había grupos ni prochinos ni prosoviéticos, que todos conformaban un solo grupo, que no se tocaran más las divergencias y que haríamos un trabajo conjunto.

Después, durante la comida me manifestó que yo comía demasiado, y *esto no estaría bien* —dijo— *para que permanezcas con nosotros*. Me preguntó si quería quedarme allí. Respondí que sí y agregó: *No, porque ustedes tienen que hacer una labor todavía en la ciudad*.

Nos contó que Tania quería quedarse; pero le había puesto como condición llevar un sapo o una rana, porque ella le tenía terror a esos bichos. Había un ambiente tan unido, tan lleno de confianza en lo que íbamos a hacer, que yo salí con una seguridad absoluta de que esto marchaba bien y que era necesario hacer todo para apoyarlo.

En un momento de la conversación él quiso conocer si yo sabía que él estaba allí. Recordé que Coco me lo había comunicado en el camino, y también su petición de que no revelara que él me había avisado; mas cuando el Che me preguntó, me acordé de Coco, pero realmente me fue imposible mentir, yo no hubiera podido mentirle jamás.

Nos despedimos; ellos fueron hacia el Campamento Central y nosotros regresamos con Coco. Pasamos al otro campamento de la casa de calamina y nos quedamos allí, porque no podíamos partir de día.

Conocí al Moro, a Pombo, al Ñato y a Aniceto, que me mandó una nota para saludarme y preguntar por su familia.

En su Diario, el Che habló sobre la salida de Loyola. El día 29 de enero anotó:

Por la tarde llegó Coco que no había ido a Santa Cruz, sino

a Camiri. Dejó a Loyola para seguir en avión a la Paz...

Mientras nos despedíamos, pensábamos en la descripción que de ella hizo el Che: *Loyola me hizo muy buena impresión. Es muy joven y suave, pero se le nota una cabal determinación.*

Después de la salida de Moisés Guevara y Loyola Guzmán, comenzaron los preparativos para la exploración guerrillera que se iniciaría el 1ro de febrero.

Se limpió el viejo campamento, se retiraron el avituallamiento y los efectos personales, y el Che designó a cuatro combatientes para que permanecieran en el nuevo lugar de base: dos cubanos y dos bolivianos, Orlando Pantoja Tamayo *Antonio* u *Olo*, Rene Martínez Tamayo *Arturo*, Julio Luis Méndez Korne y Orlando Jiménez Bazán *Camba*.

Coco con los tres hombres de la finca se quedó en la casa de calamina, esperando a Moisés Guevara Rodríguez *Guevara* o *Moisés* con sus hombres.

El Che impartió las instrucciones siguientes:

Hacer contacto cada tres días, no descuidar la posta, instruir a los nuevos ingresos en las normas generales y que conocieran solo lo imprescindible, que el dinero permaneciera en el campamento sobre el cuerpo de alguno, que se exploraran los caminos ya hechos y los arroyos cercanos, y que en caso de retirada precipitada, uno de ellos dejaría el aviso en el lugar previamente elegido.

Por último, reunió a los combatientes y les dio las orientaciones sobre la marcha.

Al amanecer del día 1ro de febrero, 26 guerrilleros con sus mochilas a las espaldas y los fusiles al frente, se disponían a desarrollar una nueva etapa.

Cual si el río Ñacahuasú se hubiese convertido en camino, marcharían entre sus aguas para realizar la exploración.

El Guerrillero Heroico y su tropa irían abriendo senderos hacia el Río Grande, Masicuri y Rosita.

LA EXPLORACIÓN. DESDE ÑACAHUASÚ HASTA EL RÍO GRANDE Y MASICURI

El 1ro de febrero de 1967 comenzó lo que el Che denominó etapa propiamente guerrillera, durante la cual pasaron días fatigosos, de hambre, sed y preocupaciones.

Sobre este recorrido Inti Peredo explicó en su libro *Mi campaña junto al Che*: “En vísperas de la caminata que se inició el 1 de febrero, cuya duración estaba programada para aproximadamente 20 días, ya se podía hablar de un núcleo guerrillero vertebrado, que se dividía en vanguardia, centro y retaguardia: Marcos jefe de la vanguardia; Alejandro como jefe de operaciones; Pombo de servicios; Ñato de abastecimientos y armamentos y Rolando y yo como comisarios políticos. Además se me encargaron las tareas de finanzas. Moro fue designado jefe de los servicios médicos”.

Inti narró que al iniciar la larga exploración, la columna ya estaba estructurada para rendir su primera prueba de fuego y que los objetivos planteados por el Che para la maniobra militar eran los siguientes:

- Dar un fuerte entrenamiento al núcleo guerrillero para que adquiriera experiencia, se endureciera, aprendiera a sobrevivir en las condiciones más difíciles, conociera el hambre, la sed, la falta de sueño, las caminatas agotadoras de día y de noche y al mismo tiempo, aprendiera en el terreno nociones tácticas más profundas.
- Examinar las posibilidades de formación de núcleos campesinos y hacer contacto con ellos para explicarles el objetivo de la lucha.
- Conocer en detalle el terreno en el cual iban a operar.

Con respecto al segundo punto, Inti aclaró que el Che “... estaba plenamente consciente de que en el primer momento el campesinado tiene más bien una actitud de desconfianza; en la segunda etapa mantiene posición de neutralidad; y en la tercera, cuando la guerrilla se desarrolla, está francamente de parte de las fuerzas liberadoras. Por lo tanto debíamos pasar por la experiencia de la primera etapa y tratar de formar bases

de apoyo en el campo, aun cuando fueran débiles. Estamos seguros que de sobrepasar este período, los campesinos habrían estado de parte nuestra, como indudablemente ocurrirá en el futuro”.

La ruta se hizo siguiendo el Ñacahuasú, hacia el norte, río abajo, hasta su desembocadura.

Los guerrilleros iban abriendo senderos por el espeso monte, acompañados del melodioso canto del tordo, de plumas negras y pico largo, y del cacaré, pajarillo asustadizo y escandaloso abundante en esta región, que anunciaba el paso de los combatientes, alertas siempre a la aparición sorpresiva de animales propios de la selva, como aquel oso grande y negro que mataron a mediados de marzo, y que dio nombre a uno de los campamentos.

El camino escogido hasta la confluencia del Ñacahuasú con el Río Grande, es sumamente pedregoso y se extiende entre las serranías de Pirirenda y del Incahuasi. Lo atraviesan numerosos afluentes entre los que se destacan los ríos de La Overa, Tiraboy, Saladillo, Palmarito, y el Iripití, donde desagua un arroyo al que los combatientes denominaron El Congrí por haber cocinado en sus márgenes esa típica comida cubana.

El Ñacahuasú corre encajonado y sus orillas son abruptas en muchos tramos; en otros, forma vallecitos, donde crece una hierba muy aromática parecida al toronjil que utilizaban los guerrilleros para hacer té.

Las aguas de los ríos y arroyos no suelen ser potables; a veces son sucias, podridas, y otras, cristalinas; pero amargas y saladas como si salieran del mismo mar.

Es una zona de escasa presencia humana, donde constantemente acecha el peligro, que en tiempos de lluvias se multiplica, porque hasta las inofensivas quebraditas, secas y de fácil paso, se convierten en impetuosos ríos en los cuales se puede perder la vida.

Sobre el recorrido, Inti escribió que desde el principio la exploración fue durísima, un adelanto de lo que vendría más tarde. En los primeros días muchos compañeros quedaron

sin zapatos y la ropa fue destrozándose lentamente. La zona estaba casi deshabitada, a pesar de que en los mapas oficiales aparecían marcadas varias casas.

Como el propio Che explicó en su Diario, la idea era avanzar hasta Masicuri para que los guerrilleros vieran a los soldados, sin entablar combate con ellos.

El día 5 de febrero la tropa llegó al Río Grande, siempre turbulento, retador, impresionante. El Che relató: [...] *Pacho volvió con la noticia de que había un río grande varias veces mayor que el Ñacahuasú y que no daba paso. Nos trasladamos allí y nos encontramos con el auténtico Río Grande crecido además[...]*

En este río se unen las aguas del Mizque, La Pesca, Azero, Frías, Masicuri, Rosita y Ñacahuasú. Su cauce mide aproximadamente de 80 a 100 m de ancho. Su profundidad, en épocas de lluvias, rebasa los 6 m y se convierte en peligroso enemigo del hombre. Sus aguas cargadas de barro, arrastran árboles, casas, palizadas y animales muertos en cantidades considerables.

A través de fotos y los diarios de los guerrilleros, se conoce la forma en que trataron de cruzarlo. El Che explicó: *...Alejandro, Inti y Pacho tratan de atravesar el río a nado sin conseguirlo.*

Alberto Fernández Montes de Oca escribió que se tiró al río cuatro veces, sin lograrlo y que construyeron una balsa con palos y bejucos, la cual quedó lista en cuatro horas, que trató de cruzar el río crecido, amarrado por la cintura; pero se terminó la sogá y quedó en el medio.

Agregó: “[...]Después de tratarlo lo logró Rolando. La senda que hacía la sogá con la fuerza del agua era bárbara”.

El día 7 el Che anotó: *Se hizo la balsa bajo la dirección de Marcos; quedó muy grande y poco maniobrable. A las dos y treinta de la tarde comenzaron a cruzar el río. El día 8 en la mañana había pasado toda la tropa. Tuvieron que construir dos balsas porque la primera se deshizo y fue imposible recuperarla.*

El 10 de febrero llegaron a la casa del campesino Honorato

Rojas, sobre el cual Inti aclara en su libro “[...]establecimos contacto con el primer campesino. Resultó ser Honorato Rojas, un hombre al que Ramón calificó inmediatamente de ‘potencialmente peligroso’. Más tarde Honorato Rojas se convertía en un delator y principal colaborador del ejército en la emboscada en la que perdieron la vida Joaquín y el grupo de la retaguardia. Yo me presenté a Rojas como ‘cazador’ y el Che en carácter de ayudante mío. Moro, nuestro médico, curó a los hijos del campesino que tenían gusanos en distintas partes del cuerpo. Incluso uno de ellos tenía varios hematomas, producto de una patada que le había dado una yegua. Después de pedirle datos sobre casas por las cercanías, ubicación de otros campesinos, posibilidades de comprar alimentos, etc., nos despedimos, comprometiéndose él a colaborar con nosotros”.

El día 11, después de seguir una senda que se perdía por la orilla del Río Grande, llegaron al río Masicuri. Al respecto, el Che describió: [...] *Al medio día llegamos a un punto en que se cerraba totalmente junto a un río grande, que, de pronto nos hizo surgir la duda si sería o no el Masicuri.*

El río fue explorado por los guerrilleros bolivianos Guido Peredo Leigue, Lorgio Vaca Marchetti (*Carlos*), y Antonio Jiménez Tardío, y por los cubanos Antonio Sánchez Díaz y Manuel Hernández Osorio (*Miguel*). Ellos localizaron la desembocadura y confirmaron que se trataba del mismo Masicuri, uno de los ríos más pintorescos y pedregosos de la región. Agrada ver correr sus aguas entre las piedras que al chocar producen un murmullo rítmico.

El 12 de febrero de 1967, los combatientes encontraron un camino real, que de acuerdo con las informaciones de Honorato Rojas los conduciría a la casa de Montano. Llegaron a esta; pero no había nadie. Durmieron cerca y al día siguiente vieron a un campesino joven que resultó ser el hijo de Montano. Tenía entre 16 y 20 años de edad y dijo que su padre demoraría una semana en volver.

Del joven escribió el Che: [...] *Dio bastante información precisa hasta los bajos, para el que falta una legua.*

En conversación con el combatiente Harry Villegas conoci-

mos que el joven campesino se asustó con la presencia de los guerrilleros, ya que su padre había salido desde hacía más de un mes.

Dos objetos llamaron la atención del muchacho por no haberlos visto antes: la hamaca y un guayo rústico hecho por los guerrilleros con una lata para rallar maíz.

El hijo de Montano vivía en condiciones miserables. Sobre él, Dariel Alarcón expresó:

Su casa era un rancho como esos que tenemos los campesinos cubanos para guardar los aperos de labranza. El padre y el hijo dormían en el suelo sobre unos cueros de vaca; esto era común para la mayoría de los campesinos de la región. Su ropa estaba destrozada. El único pantalón que tenía era de saco de harina, sucio y harapiento. Él estaba esperando a su padre, quien le traería otro saco para hacerle uno nuevo. No había podido acompañarlo porque no tenía ropa.

El joven me propuso que a cambio del guayo tomara todo lo que quisiera de la siembra y del maíz recogido. Vi un negocio redondo; era increíble que por un pedazo de lata nos diera tanto maíz y otras viandas, y muy contento fui hasta donde se encontraba el Che para informarle de la extraordinaria oferta. Él sonrió, pero luego me miró severo y me aclaró:

Ese muchacho no ha tenido la oportunidad que has tenido tú de conocer y por eso se admira de todo. No le puedes cambiar ese guayo, se lo vas a regalar. No es esa la forma de ganarnos la confianza de los campesinos. Este muchacho será un posible colaborador.

Después nos visitó en tres ocasiones donde acampábamos. En una de ellas nos alertó que un campesino iba pasando el río con sus animales, no recuerdo si eran mulos, burros o chanchos. Nos informó también sobre los militares, así como de los habitantes de la zona. Señaló que debíamos tener cuidado con Nicolás Pérez, cuya hija era novia de un militar. Ya este muchacho despuntaba como un eficiente colaborador.

Cuando nos marchábamos, se despidió de nosotros tomando nuestras manos entre las suyas en señal de aprecio, cariño y

respeto. Se quedó mirándome y le dije: ¿Te quieres ir con nosotros? Él me respondió: “¿Hacia dónde vas vos?”, y luego agregó: “Si mi taita¹ viniera, yo me iría con ustedes”.

El 14 de febrero, los guerrilleros continuaron camino Masicuri arriba. Los macheteros abrían la senda sin encontrar casa. En esa jornada calcularon haber preparado unos 6 km, que sería la mitad de la tarea para la jornada siguiente.

El 15 hicieron una marcha tranquila y a las cinco de la tarde se encontraron con un sembradío que resultó ser del campesino Miguel Pérez. Daríel Alarcón explicó:

La casa de Miguel era de adobe, típica del oriente boliviano; en su parte superior guardaban los productos agrícolas recogidos durante el año; y en los bajos vivía con su mujer e hijos. Tenía un sembradío a su alrededor con yuca, boniato, calabaza, caña y maíz.

Miguel era un hombre con ansias de progreso, luchador, de buenos sentimientos y explotado por su hermano Nicolás. Fue afable con nosotros, y lejos de sentir miedo por nuestra presencia se mostró interesado en cooperar. Nos habló de su hermano en forma despectiva, señaló que además de explotador era un abusador y se había enamorado de su señora.

Miguel informó sobre la cantidad de tipos de armas que tenía el ejército, y sobre las incursiones de los militares a la propiedad de Nicolás. Nuestra presencia en su casa se debió a una lluvia muy grande que nos obligó a acampar allí dos o tres días, y debo confesar que jamás nos delató. Al contrario, nos facilitó chanchos, huevos, gallinas, y todas las viandas que pudo. Eso pone de manifiesto que el campesinado sí respondía.

Cuando nos marchábamos le instruimos que sembrara más y que criara chanchos para nosotros. Él se comprometió a hacerlo.

Su hermano Nicolás vivía en la otra margen del Masicuri. Tenía una casa buena, más sólida, acabada y cómoda. Contaba con potreros, corrales bien cuidados, ganado vacuno,

¹ Padre.

abundantes animales de crianzas y sembradíos; era como el capo² de la zona. Su hija era novia de un teniente ingeniero del ejército con quien Nicolás amenazaba a su hermano Miguel y a otros campesinos.

Sobre Miguel el Che explicó: [...] *éste resultó ser Miguel Pérez, hermano de Nicolás, un campesino rico, pero él es pobre y explotado por el hermano, de modo que se mostró dispuesto a colaborar.*

El 16 de febrero se desató una lluvia torrencial que se prolongó durante más de dieciocho horas. El Che la calificó como *pertinaz y violenta*. De Masicuri decidieron dirigirse al río Rosita a través de la serranía de San Marcos, y por esa ruta regresar a Ñacahuasú.

A casi 20 años de aquella exploración llegamos al poblado de Masicuri. Es muy pobre, como todos los de la región y está enclavado en un valle profundo, rodeado de agua y montañas altas. Pernoctamos en él y fuimos testigos de una tormenta en la selva, realmente impresionante, los relámpagos se entrecruzaban iluminando el firmamento, el caserío y la selva, convirtiendo la noche en día. Los truenos daban la sensación de un gigantesco e incesante combate. En medio de la tormenta recordamos los días difíciles y de constantes lluvias, cuando la tropa guerrillera estuvo en aquella zona por primera vez.

Los campesinos de Masicuri son espontáneos, abiertos y conversadores. Visitamos a un señor de unos 60 años de edad, de trato afable y amistoso.

Le preguntamos qué sabía de Miguel Pérez y del hijo de Montano. Se quedó pensativo unos segundos y luego respondió:

Mire, en aquellos lugares donde estuvieron los guerrilleros casi todos los vivientes se han ido para otros pueblos. El ejército vino aquí y arrasó; se han llevado a Miguel, al hijo de Montano, y al mismo Montano. Se han llevado a Honorato Rojas, a Adalid Esquivel, a Porfirio Espinosa, y hasta su mujer, la señora doña Isaura Morales, a Santiago Zea, y a Evaristo Caballero también, hartas gentes se han llevado

2 Caporal, capataz.

hasta Vallegrande. Se los llevaron y los interrogaban, y a algunos los golpeaban hasta no más. Al finado Miguel Pérez, lo han picado las vinchucas³ y murió del mal de chagas.⁴ A ese sí lo vi; pero al hijo de Montano no; lo han acusado de ser guerrillero. No sé qué ha sido de él. A ese muchacho lo han asustado y decían que él colaboraba con los guerrilleros, ¿qué será de él?

Yo vivo aquí en Masicuri desde el mismo año 1967. Antes vivía por Vallegrande, pero cuando la guerrilla ya yo vivía aquí, por eso yo recuerdo bien, recuerdo cabalmente. El día que nosotros llegamos ya había aquí un campamento de los militares. Ellos estaban abriendo un camino, todo era monte y selva, no había estas casas. Yo llegué con mi mujer y me alojé en este terreno donde está mi casa ahora, y por la noche escuchábamos las balaceras constantes, era una chorrera de balas, por esa banda del río.

Después dijeron que los guerrilleros habían atacado ese campamento de militares; pero los guerrilleros aún no habían llegado. No fueron ellos, fueron unos burros que se escaparon y ellos, los militares, estaban asustados y se formó la balacera. Aquí había dos mayores del ejército, un mayor Selich y otro mayor Flores. Cuando la balacera, el Selich había estado 2 km más abajo, se aterrorizó harto y le entregó todos sus documentos para que los guardaran y los guerrilleros no supieran quién era él. Se hacía el macho ese militar, pero cuando se formó la balacera, la gritería le hizo quitarle la ropa a un campesino para cruzar a la otra banda y huir, por eso digo yo que no es tan macho.

Yo me vine para este lugar porque desde que llegó Barrientos, cuando sacó al presidente, doctor Paz, que sí era un presidente, comenzaron las cosas a voltearse. Los patrones que entonces vivían en la Argentina, Brasil y Paraguay comenzaron a regresar y reclamaron sus tierras que el doctor Paz les había entregado a los campesinos. El campesino tenía que pagar de nuevo el pedazo de tierra que tenía. Eso lo hizo Barrientos, y

3 Insecto, especie de chinche grande y alada cuya picadura es dolorosa. Abunda en las casas de adobe y pajas donde escasea la higiene.

4 Enfermedad causada por un tripanosoma (parásito) inoculado con la vinchuca.

mire, a los dirigentes campesinos del doctor Paz los han ido sacando y sacando y los han cambiado por otros de Barrientos. Todos nos hemos enojado. Entonces yo vine para esta selva; ya no creía en nadie, ni creo en nadie. No hay esperanzas de nada. Primero dan las tierras y después las quitan, por eso Barrientos no pudo dar los máuseres a los campesinos para que lucharan contra los guerrilleros, porque los campesinos hubieran luchado contra los patronos, a los que odian. Él los mandó a apresar a todos los de Masicuri y los hizo llevar hasta Vallegrande.

Los militares nos obligaban a hacer ronda de noche y pedían colaboración a todas las gentes. Ellos querían obligarnos a salir al monte con hachas y palos, para poder ubicar los lugares donde los guerrilleros estaban. Más bien las gentes lo que querían era salirse de aquí; pero los militares no nos dejaban. Nos obligaban a buscar o nos llevaban para Vallegrande, por eso me fui para más abajo, cerca del río, porque allí había menos peligro.

El campesino trató de recordar los nombres de los que colaboraron con los guerrilleros:

No, no recuerdo los nombres de los otros campesinos que ayudaron a los guerrilleros, pero la única persona que aquí fue diestra⁵ del ejército se llama Evaristo Caballero, y también ayudó al ejército, José Cardona y Víctor Vinocha, esos tres y Honorato, son los únicos que sirvieron al ejército.

Nosotros no podíamos hacer nada por los guerrilleros, porque ni siquiera sabíamos dónde estaban.

Le teníamos miedo a los guerrilleros y a los militares; pensábamos que si ayudábamos a los guerrilleros, los militares nos colgaban, y si ayudábamos a los militares y nos agarraban los guerrilleros, igual nos colgaban. Pero el miedo grande de nosotros era a los militares.

El hombre, de hablar sencillo y espontáneo, cuyos rasgos denotaban la ascendencia española, se quedó pensando y luego afirmó:

⁵ Palabra utilizada entre el campesinado de la zona para indicar que fue guía de los militares.

Ellos nos obligaban a campar por los montes, teníamos que ir, nadie podía negarse, porque eran los militares los que mandaban. No podíamos decirles a los militares “no voy” y no ir. Íbamos al monte, nos escondíamos y no hacíamos lo que los militares nos hablaban. ¿Cómo íbamos a ir, para ser nosotros los primeros en morir? Los guerrilleros llegaban por aquella banda del río adonde el finado Miguel Pérez. Llevaron chanchos, jocos,⁶ zapallos,⁷ plátanos, que Miguel les vendió. Cuando los guerrilleros compraban algo, ellos pagaban. Todo lo que querían lo pagaban. El finado Miguel les ayudó y les colaboró, “les anotició” que los militares no eran tropas de combate, que hacían un camino. Aún hoy día el camino se ha quedado en el mismo lugar.

Los guerrilleros también le pagaron a Honorato Rojas. Él cargaba harina, animales, ha acarreado hartos víveres. Nadie sabía que los guerrilleros estaban viniendo y el Honorato, que nosotros sabíamos que era pobre, cómo iba a trasladar hartos víveres de Vallegrande. Él trasladaba y trasladaba, y llevaba medicamentos también.

Y una vez de estas, nos juntamos los de aquí; nosotros solo nos juntamos para la bebida y teníamos harto tiempo para charlar y entonces dijimos: ¿Qué tapado⁸ se habrá hallado el Honorato? ¿Qué cosa se habrá hallado? Algún tapado y por eso es que acarrea tanto. ¿De dónde va a sacar el dinero si no tiene? ¿Qué cosa será? Dijimos nosotros; pero, ¿de dónde íbamos a saber que había estado con los guerrilleros? No sabíamos que había guerrilleros. Él entraba y salía hartas veces, pero más luego, el ejército lo apresó y lo patearon, y él habló y traicionó a los guerrilleros, porque él fue diestro del ejército, por eso lo han matado al Honorato, por traicionar a los guerrilleros.

Nos despedimos de aquel hombre testigo de una etapa que ellos no olvidan nunca; así lo hizo saber. Para él, el Che no ha muerto. Al estrechar su mano y agradecerle su ayuda, agregó:

Mire señor, mi compadre Saturnino me ha hablado hartas veces y me ha confiado que los guerrilleros no han muerto,

6 Especie de calabaza de cáscara dura.

7 Especie de calabaza de cáscara blanda.

8 Tesoro.

que todavía viven en las serranías de San Marcos. Que en las noches, el Che Guevara junto al Coco Peredo, cabalgan en unas mulas grandes, ¡bien grandes!, con sus máuseres en las manos, y llegan a Peñones, Arenales, y Lajas, a Los Sitanos, Loma Larga y Piraymirí hasta Vallegrande. Que él no les tiene miedo, espera que un día se bajen y se detengan en cualquier parte.

Dos meses después del primer recorrido de la tropa guerrillera por Masicuri, el Che escribió: *El ejército dio el parte de la detención de todos los campesinos que colaboraron con nosotros en la zona de Masicuri.*

Temprano en la mañana, bajo una fina llovizna y una espesa niebla, salimos del poblado por el lado del río que nos llevaba hasta las afueras. Tenía abundante agua, y aun así, sentíamos su murmullo rítmico, inolvidable.

EXPLORACIÓN GUERRILLERA HASTA TATARENDA

El Che en las cercanías de Tatarenda, escribió el 9 de marzo de 1967:

[...]Los ingenieros de yacimientos no saben bien cuánto hay al Ñacahuasú, pero suponen 5 días de camino[...]

La exploración guerrillera partió desde el río Masicuri, atravesó la cordillera de San Marcos hasta el río Rosita para regresar otra vez por el Río Grande hasta Ñacahuasú y pasar muy cerca de Tatarenda, lugar donde los guerrilleros hablaron con los trabajadores de los pozos de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, varios de ellos, campesinos de aquellos alrededores los ayudaron, dieron información, comida, ropas, y guiaron voluntariamente a la Vanguardia hasta el Puerto Ñumao.

Lluvias torrenciales se presentaron desde el 15 al 17 de febrero de 1967. El Masicuri creció y los guerrilleros se quedaron aislados nuevamente; pero al amanecer del día 18 continuaron la exploración y comenzaron el ascenso por la serranía de San Marcos, con el objetivo de llegar al río Rosita.

Después de una difícil marcha acamparon en una aguada a las tres de la tarde, lugar donde el Che escribió: *[...]Marcos y Tuma fueron de exploración, pero volvieron con muy malas noticias; toda la loma es cortada por farallones cortados a pico, imposibles de bajar. No hay más remedio que retroceder.*

En lo adelante caminarían cinco, seis o más horas diarias, por quebradas empinadas, profundas, cuyas irregularidades no permitían el acceso al firme.

La tropa subía, bajaba, retrocedía y avanzaba, adentrándose en lóbregos y hondos cauces de arroyos secos, como aquel cuyas paredes de rocas negras, lisas y húmedas tenía una altura entre 20 y 50 m, donde no llegaba la luz del sol; o por firmes pelados donde sus rayos quemaban la piel y el calor deshidratava el cuerpo.

Así iban, por lugares de bruscos cambios climáticos. La penetrante frialdad nocturna contrastaba con el sol abrasador del

firme, cuya temperatura era de 38 grados. Caminaban por las orillas de puntas de rocas, cascadas secas y derrumbes pronunciados. Acampaban donde apenas podían sujetarse a un árbol y dormían apretados unos a otros para no caer al precipicio.

Hubo momentos en que las fuerzas disminuían ante aquella naturaleza extremadamente agresiva. Sin embargo, la voluntad se impuso.

Esta serranía forma un macizo cuyas alturas oscilan entre los 600 y 1 400 m sobre el nivel del mar, con enormes precipicios infernales, de tupida selva en las partes bajas, zarzales y matorrales espinosos en las faldas de las lomas y, al llegar a la cima, una barrera de yerbas secas muy altas que dificultaba el paso. Esta vegetación los obligaba a abrir senderos a golpes de machetes. Fueron días agotadores, de lenta y accidentada marcha, de sed y hambre. Constituyó el tramo más difícil de la ruta por donde atravesó la guerrilla.

El 23 de febrero llegaron al firme de la cordillera de San Marcos. Al respecto el Che relató: [...] *A las 12 salimos, con un sol que rajaba piedras y poco después me daba una especie de desmayo al coronar la loma más alta y a partir de ese momento caminé a fuerza de determinación.*

Inti escribió: “Durante la exploración el Che se enfermó. Sin embargo, nos estimulaba con su ejemplo. Nosotros sabíamos que iba mal, pero él continuaba sin ceder un instante, con una voluntad férrea. Incluso se enojaba cuando tratábamos de atenderlo o aliviarlo o si el cocinero trataba de darle preferencia en la comida[...].”

Ya en la cima, el Che apreció el paisaje, y lo describió: *...La altura máxima de la zona está a 1 420 m; de allí se domina una amplia zona incluido el Río Grande, la desembocadura del Ñacahuasú y una parte de Rosita. La topografía es distinta de la que marca el mapa: luego de una clara línea divisoria, se baja abruptamente a una especie de meseta arbolada de 8 a 10 kilómetros de ancho en cuyo extremo, corre el Rosita; luego se eleva otro macizo con alturas equivalentes a la de esta cadena y a lo lejos se ve el llano.*

El combatiente Harry Villegas explicó que al llegar al firme

encontraron una colmena y con ella pensaron resolver el problema del dulce, porque el azúcar ya se había acabado, y como Joaquín siempre hablaba de su deseo de encontrar una colmena para castrarla, aunque fuera a mano limpia, lo mandaron a buscarla.

Fue entonces cuando manifestó que con un machete no lo podía hacer, que necesitaba un hacha y un velo para taparse la cara, cosas que le podían buscar; luego pidió un fuelle para echar humo. Todos rieron porque estaba pidiendo lo imposible.

Recordaba Dariel Alarcón que en ese momento el Che le dijo: *Tú eres castrador de colmenas; pero de las que están en los patios de las casas, no de las que están en los bosques.*

Continuó Alarcón:

En realidad eran abejas bravas, muy bravas, y aquello nos sirvió para pasar un rato agradable y olvidar las situaciones difíciles que estábamos atravesando. El buen humor no lo habíamos perdido.

Ese mismo día los guerrilleros bajaron por una pendiente, para tomar por un arroyo hasta el Río Grande, que los condujo a un vallecito. La escasez de agua hacía interminable el camino y creciente la sed, acamparon al anochecer.

El 24 de febrero, a paso cansado iban cuando los sorprendió una llovizna que les permitió recoger un poco de agua, con las cantimploras, nailones y hamacas extendidas.

Dariel Alarcón se refirió al lugar:

Estaba en medio de una selva totalmente virgen, lleno de sumideros de agua, era como un pantano o una pequeña ciénaga, nos causó admiración su verdor.

¡Fue ahí donde hicimos la sopa de caracoles! El Moro se puso a recoger caracolitos chiquiticos y llenó un cubo para hacer una sopa con ellos. Los puso a sancochar, y se veían aquellos animalitos con las antenitas paraditas, les echó unos 10 limones, y, cuando estuvo cocinado, repartió aquella sopa con un poco de caracolitos para cada uno. Todos la tomamos con gusto a pesar de lo amarga.

Los guerrilleros siguieron avanzando por el valle en lento andar, cazaron dos pavas y tumbaron el retoño de varias palmas de corajo, conocidas en Bolivia como totaí, e hicieron una apetitosa ensalada.

El día 26 de febrero, llegaron al Río Grande, caminaron por sus márgenes hasta llegar a un farallón que no les daba paso. Fue desde ahí de donde el guerrillero Benjamín Coronado cayó al río.

El accidente que costó la vida a Benjamín, fue relatado en el diario de Eliseo Reyes: “[...]A las 16:00 tuvo lugar un accidente muy lamentable y doloroso [...] Yo estaba en ese momento como a 100 metros del lugar; otros camaradas, como Ramón, Alejandro y Rubio, estaban a 60 metros. Corrimos al lugar y saltamos al agua pero fue imposible encontrarlo. La corriente me llevó por unos 600 metros, mientras estaba buscando, en menos de 10 minutos. Ello da una idea de la rapidez de la corriente en este punto y la profundidad era enorme. Toqué el fondo sólo unas seis veces[...]”

Sobre este lugar, Dariel Alarcón, explicó:

Allí el Río Grande corre más encajonado y rápido, tiene unos 50 m de ancho y la profundidad debe ser de unos 10 m. Por lo inaccesible nos vimos obligados a caminar por unos precipicios que bordeaban el río donde sucedió lo inesperado.

Íbamos bastante débiles. Benjamín era un hombre de una disposición muy grande para la lucha. Era muy querido por todos. Tenía una gran voluntad de lucha.

Aquello fue doloroso. San Luis se tira al agua para tratar de salvarlo con riesgo de su propia vida, Suárez Gayol se tiró también. El río era una mole de fango que se los llevaba como unos papelititos, pero no se vio más a Benjamín, fue horroroso aquel momento.

Al Río Grande tuvimos que enfrentarlo muchas veces y en muchas oportunidades; pero esta fue tratando de rescatar a un compañero querido y valiente por el cual dos combatientes expusieron sus vidas. Todos estábamos dispuestos a ofrendarlas también. Nos sentíamos uno solo. Nos invadió una gran tristeza. Bolivianos y cubanos nos hermanamos más.

EN BUSCA DEL RÍO ÑACAHUASÚ

En medio de la tristeza, se reanudó la marcha. Al mediodía del 27 de febrero, los guerrilleros divisaron la desembocadura del río Rosita. Allí estaba más grande que el Ñacahuasú, menor que el Masicuri y con sus aguas rojizas. Pronto se dieron cuenta que las viviendas, según indicaba el mapa, eran dos pahuiches, especie de bohíos sin paredes y deshabitados, utilizados por los campesinos, esporádicamente, cuando iban a pescar.

Al día siguiente, los exploradores caminaron hacia la confluencia del Río Grande con el río Rosita, tratando de encontrar la senda del río Abapósito, sin lograrlo, y Antonio Sánchez Díaz (*Marcos*) junto a otros guerrilleros, construyeron una balsa. Al terminarla, se inició el cruce del río, cerca de la desembocadura del Rosita, en un recodo, como especificó el Che, quien sobre este hecho anotó en su Diario: [...] *Pasaron las mochilas de 5 hombres, pero pasó la de Miguel y quedó la de Benigno, mientras que sucedía al revés con ellos, y para colmo, Benigno dejó los zapatos.*

La balsa no pudo ser recuperada y la segunda no estaba terminada, de modo que suspendimos el cruce hasta mañana.

Al cruzar el Río Grande la Vanguardia, integrada por Antonio Sánchez Díaz, Jorge Vázquez Viaña, Aniceto Reinaga Gordillo (*Aniceto*), Alberto Fernández Montes de Oca y Dariel Alarcón Ramírez, quedó separada del resto de la tropa.

Desde el día 1ro de marzo comenzó a llover copiosamente, creció el Río Grande y la posibilidad de cruzarlo era muy remota.

Una nueva dificultad preocupaba al Che: la incomunicación con la Vanguardia. Durante los próximos días, caminarían separados, con el objetivo de encontrarse en la confluencia del Ñacahuasú.

El día 8 de marzo, al observar señales de vida, se detuvieron. Ese día, el Che anotó en su Diario: [...] *Caminamos sólo hora y media y nos encontramos con los macheteros y los cazadores (Urbano, Miguel, Tuma-Médico y Chinchu, respectivamente) tenían un montón de loros pero se habían encontrado con que*

había una toma de agua y se detuvieron. Fui a ver el lugar luego de ordenar un campamento y lució una estación de bombeo de petróleo[...]

El Che había llegado a la zona de Tatarenda, fue ahí donde Guido Peredo y José María Martínez Tamayo se tiraron al agua, simulando ser cazadores, para llegar hasta el poblado en busca de alimentos.

Mientras tanto, por la otra margen del río, la Vanguardia había avanzado por sendas hechas por el paso de las antas, hasta las cercanías de Tatarenda, adonde arribaron con tres o cuatro días de anticipación a la llegada de Inti y Ricardo.

El día 4 de marzo observaron un bohío abandonado y poco después encontraron a un joven guaraní. Lo siguieron hasta la casa del campesino Epifanio Vargas, que resultó ser su padre. Este vivía cerca de las márgenes del Río Grande y al lado de la planta de bombeo.

Sobre este hecho, Dariel Alarcón narró:

Llevábamos como cuatro días sin comer. Primeramente, el Loro se orientó con el hijo de Vargas, de unos 18 años; y su hija, una muchacha de 16. Ellos les informaron que su padre estaba trabajando en los Yacimientos Petrolíferos de Tatarenda y hacia allí se dirigió el Loro, guiado por el joven guaraní, nombrado Julio.

Se demoró mucho en regresar y esto nos inquietaba, ya estábamos preparándonos para ir a rescatarlo cuando se apareció el hijo de Epifanio con un costal lleno de mercancías. Nos informó que el Loro estaba con su padre y que los trabajadores de Tatarenda estaban cooperando con él.

Pasadas las tres de la tarde llegó con Vargas, de quien ya se había hecho buen amigo. Aquella noche nos dedicamos a cocinar para nosotros y para el resto de la tropa, la que pensábamos encontrar en la desembocadura del Ñacahuasú.

Dormimos en un ranchito para las gallinas que había al lado de la casa. Vargas estuvo conversando con nosotros y haciéndonos algunos cuentos de su vida hasta tarde en la noche. Se mostró muy decidido y nos prestó ayuda, nos dio de comer de

lo que él tenía: zapallos, gallinas, huevos y chanchos. También ayudó al Loro a hacer algunas compras en la pulpería de Tatarenda. Nos explicó que había una senda hasta el Río Grande y otra hasta Puerto Yumón, y un camino carretero¹ a Ipitá.

Se brindó para que su hijo nos condujera hasta Puerto Yumón, así lo hizo y nos despedimos del muchacho allí, después de darle 20 pesos.

Epifanio Vargas es el mismo campesino que ayudó a Ricardo y a Inti el día 8, cuando ellos llegaron a Tatarenda.

El día 9 de marzo, el Che se refirió a la forma en que Inti y Ricardo regresaron desde Tatarenda: [...] *Cerca de las 16, tras un desesperante observatorio que para mí duró desde las 10.30, se tiraron al río los proveedores (Inti y Chinchu), saliendo muy abajo. Trajeron un puerco, pan, arroz, azúcar, café, algunas latas, maíz sarazo, etc. Nos dimos un pequeño festín de café, pan y se autorizó a consumir la lata de leche condensada hecha dulce que traíamos en reserva. Explicaron que habían salido cada hora para que los vieran pero infructuosamente para nosotros. Marcos y su gente pasaron hace 3 días [...].*

RECUERDOS DE PASCUALA

Casi veinte años después de estos acontecimientos llegamos a la estación de bombeo y a Tatarenda, al mismo poblado donde estuvieron el Loro, Inti y Ricardo. Es un caserío formado por unos 15 bohíos. Tatarenda está situada en una meseta arbolada, de tierra arenosa, de piedras amarillentas y abundantes sedimentos del río. Está rodeada de una tupida selva tropical, donde sobresalen algunas palmeras, muy cerca de una laguna de agua salobre.

Tatarenda es un nombre de origen guaraní, significa lugar donde hay fuego. El olor a humedad y a selva nos fue penetrando por todo el cuerpo, el silencio selvático era interrumpido por el lejano sonido del motor de agua que se perdía en la distancia a medida que nos acercábamos al caserío. Bandadas de loros —llamados lapas—, de cotorras y pericos, alzaban el vuelo. El cielo gris, cubierto de nubes, amenazaba lluvias.

¹ Especie de terraplén.

A través de las informaciones obtenidas por los habitantes de la región, supimos que la planta de bombeo donde estábamos era la misma a la que se refirió el Che en su Diario, y pertenece al campamento de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos.

Ellos también nos recomendaron hablar con Pascuala Arteaga “que lo sabe todo” y nos indicaron el camino hasta el campamento de Yacimientos donde varios obreros con sus cascos y sus uniformes manchados de petróleo nos atendieron.

Hablamos con uno de ellos, le preguntamos por la señora Pascuala y explicamos el motivo de la visita.

El obrero señaló para una especie de casa rústica y pobre, con el piso hundido, muy pegada al borde del camino y casi al frente del campamento, y respondió que esa era la casa.

Inmediatamente preguntó:

¿Los militares los han enviado?

Le repetimos la razón de nuestra visita y convencido expresó:

Los militares me han “fregado”² hartas veces. Ellos han enviado hartas gentes y luego nos han “fregado”.

Mire, hay dos lugares llamados Tatarenda: Tatarenda la vieja y Tatarenda la nueva, y donde nos encontramos es Tatarenda la vieja, el poblado donde llegaron los guerrilleros. Desde Río Grande hasta aquí hay 5 km, ellos vinieron desde el río. Yo no los había visto porque en esos días de marzo me encontraba en Camiri, pero después cuando vine he visto a Epifanio Vargas, a su hijo, a Pantaleón Garzón. Ellos sí han visto a los guerrilleros y a otros trabajadores de Yacimientos también.

Epifanio me contó que en los primeros días de marzo, un grupo como de cuatro hombres llegaron a su casa, eran personas desconocidas, de hablar diferente y sus ropas estaban deshechas. Eran altos, con barbas y llevaban mochilas americanas, uno traía los pies envueltos en trapos. Estaban armados y tenían machetes grandes. Uno habló en quechua. Epifanio se encontraba aquí en la base y vino un hombre de barbas a buscarlo, era el Loro, compró pan, queso y leche condensada.

2 Forma para significar golpeado o maltratado.

El Loro cuando se fue arrendó un caballo y enviaron las cosas donde estaban los otros guerrilleros.

Muy cerca de la casa de Epifanio había un motor para bombear agua al campamento de Yacimientos. Dice Epifanio que allí hicieron un locro³ y comieron.

El trabajador de Yacimientos tenía los rasgos característicos de los bolivianos del Altiplano: pelo negro, lacio, ojos rasgados y color moreno. Después de una breve pausa, continuó:

El hijo de Vargas guió a los guerrilleros, y mire, ese que vino se llamaba Jorge Vázquez Viaña, llegó al campamento, compró ropas y zapatos. Los trabajadores de Yacimientos le ayudaron, le colaboraron. Él fue hasta la pensión de los trabajadores y se comió un picante de pollo,⁴ parecía un pordiosero; pero cuando se lavó y se hizo pelar y afeitarse, todos se dieron cuenta que era una persona culta.

Él compró hartas cosas y durmió esa noche aquí. Los trabajadores compartieron con él y mantuvo una animada charla con ellos.

Al día siguiente consiguió otro caballo arrendado y se fue rumbo al río, llevando todo lo que compró. Ese día todos hablaron que los hombres armados estaban cocinando jocos, zapallos y choclos.⁵ Y que se pusieron los zapatos que llevó el Loro. Indicaron que iban aguas arriba, hasta donde nace el río. ¡Llevaban harta plata!

Luego supe que pasó otro grupo; pero estos no cruzaron el río, solo dos lo hicieron. Epifanio les vendió un chanco, café, azúcar y maíz sarazo. Uno de ellos traía una bolsa plástica atada a la espalda con harta plata, estaba mojada porque el Río Grande estaba crecido.

Ellos dijeron que eran estudiantes de geología de la Universidad de Potosí y que estaban haciendo un recorrido por el río, estudiando el río y estudiando la madera.

Los militares siempre han querido hacer ver que fuimos no-

3 Arroz con carne, preferentemente de pollo, gallina o charqui.

4 Especie de pollo en salsa acompañado de zanahoria, papas, hojas de laurel, ají amarillo, cebolla y tomate, lleva picante al gusto y colorante.

5 Maíz tierno en la mazorca.

sotros los trabajadores de Yacimientos los que denunciarnos; pero eso no fue así. Fue el capitán Silva quien denunció todo en Camiri. Él y su amigo Segundino Parada. Ellos habían venido a Tatarenda y de pura casualidad se enteraron de la presencia de estos hombres con harta plata y querían perseguirlos para apropiarse de ella. Pensaban que eran “pichicateros”⁶ y asaltantes. Nadie sabía que eran guerrilleros. No sabíamos que el Che Guevara y los guerrilleros estaban en Bolivia. No lo sabíamos.

Cuando el capitán Silva los denunció, de Camiri se comunicaron con el ingeniero Alex Guillén aquí en Tatarenda. Después llegaron los militares. Llegó el mayor Patiño Ayoroa, interrogaron a todos los trabajadores, uno por uno, hasta a los que no estábamos cuando la llegada de los guerrilleros. Nos trataron duro, nos “fregaron” para que habláramos, los militares siempre tratan así, aunque usted no sea nada y no conozca nada y no sea culpable de nada.

Obligaron a Epifanio Vargas para que guiara a la patrulla del capitán Silva; pero Epifanio no quería ir. Le prometieron contratar a su hijo como trabajador fijo de Yacimientos, si era que él hacía las cosas bien y Epifanio se fue con ellos. Los guió y regresó; pero después lo volvieron a obligar como guía del ejército.

Los militares siempre lo obligaban a ir delante para cuando los guerrilleros dispararan, mataran al Epifanio primero y ellos ocupar sus posiciones y alertarse del peligro. Todos en Tatarenda saben que los culpables de su muerte, del Epifanio, fueron los militares.

Por eso le digo yo que fue el capitán Silva y su amigo Segundino Parada los que denunciaron todo. Nosotros no sabíamos que se trataba del Che. Si no... ¡quién sabe lo que pudo haber pasado! El Che es querido y respetado y muy admirado por todos nosotros, aún sus nobles ideales están por realizarse en Bolivia. Algún día se logrará. Así será, se logrará, señor.

Al terminar la entrevista nos dirigimos hacia la vivienda de Pascuala Arteaga. Un salón sin divisiones donde se juntaba el

⁶ En la zona se le dice así al narcotraficante.

dormitorio, la tienda y unas mesitas que hacían de restaurante.

A un lado de la pieza, tres camas pequeñas cubiertas de cajas y bultos. Los cerdos y otros animales domésticos entraban y salían, por las vigas de madera del techo se paseaban varios loros, inquietos, como celadores de aquel comercio llamado: La Pensión de Pascuala.

Las condiciones sanitarias del lugar mostraban el estado de abandono en que vive el campesinado de aquellos lugares. Admiramos el esfuerzo de esta mujer cansada, que en su vejez luchaba por mantener con un hálito de vida la “ventita” en la llamada pensión.

Vino la anciana a nuestro encuentro, era gruesa, de andar lento como si la pequeña encorvadura de la espalda le pesara mucho. Se llevó las manos al pelo largo, lacio, entrecanoso, desordenado y preguntó:

¿Desean algo los señores?

Mientras una india guaraní, con su hijito de unos cuatro años sujeto a la saya, cocinaba y otro niño de unos ocho años pelaba una mazorca de maíz.

Después de explicarle el motivo de nuestra visita le preguntamos.

—Pascuala, ¿usted conoció a Epifanio Vargas?

—No, no he conocido a ese finado señor.

—¿Y conoció a Germán Robles?

La vendedora se quedó pensativa y respondió:

—No, no, será Guzmán Robles, ese estuvo con los guerrilleros de guía. Estuvo él y su hijo. Los dos.

—¿Conoció a la maestra Durán?

—La maestra Durán que ustedes buscan no es la de aquí, la que ustedes buscan se llama Modesta Durán. Los guerrilleros llegaron a su tienda. No era una tienda grande, era chiquitica, con galleticas y esas cosas. Ella tiene una casa en Ipitá, yo no sé donde está ahora, creo está en Camiri.

Pascuala se calló, miró hacia la puerta por donde entraba un hombre de unos 60 años, de estatura pequeña, con un sombrero de alas anchas y una especie de morral colgado a la espalda y varias pavas⁷ muertas en una mano. Tiró los animales al suelo y los loros comenzaron a emitir fuertes sonidos, parecían protestar por la presencia del visitante.

La propietaria de la pensión gritó más fuerte que todos los loros juntos y estos se callaron. Ante nuestro asombro, el orden quedó restablecido. Ella continuó:

La maestra de aquí es Vivero de Durán y la que ustedes buscan es Modesta Pinto de Durán.

Se quedó callada por un momento, sus ojos chiquitos, claros, se achicaron más y miró misteriosamente como para detectar la verdad con su mirada. Después preguntó:

¿Por qué ustedes me preguntan a mí? ¿Acaso están haciendo ustedes su diario? A ustedes los han confundido, el Che no se ha mostrado aquí, nadie lo ha conocido. Donde sí lo han visto es en Caraguatarenda, donde una amiga mía llamada Casta Quiró, que ya es finada.

Llegaron allí y le dijeron: “Señora, prepárenos un poco de café”. Ella dijo: “¡Ah, sinvergüenzas! ¿Qué quieren ustedes?”

Ellos dijeron: “Por acá, viejita, a las buenas no más, señora, nosotros venimos no más con maneras; ¡si fuéramos los militares, a patadas les daríamos!”

Pascuala miró al cazador de reajo y murmuró algo entre dientes, que no entendimos; pero por la expresión parecía ofensivo, luego explicó:

Allí vivía una prima mía con su hija jovencita, una chica linda, la pelada.⁸ Yo conozco, porque tengo mi casa en Ipitá. Si estoy aquí es por lo del campamento de Yacimientos y porque corría harta plata. ¡Eso era antes! Porque ya no corre, ya estoy por volverme a mi casa.

Pascuala se rió y sus labios finos dejaron ver la incompleta dentadura, enseguida dijo:

⁷ Aves del oriente boliviano, parecidas a los pavos y guanajos cubanos.

⁸ Mujer joven.

Bueno, pues salieron en el camión de Yacimientos y un *jeep*, llegaron allí la tropa de los guerrilleros. Hicieron parada en Caraguatarenda y la madre de la chica no sabía qué hacer. ¡Claro! Ella pensaría que los guerrilleros harían abuso con ella o algo así; pero ellos eran buenos y correctos.

La gente viva se dio cuenta que era el Che, por el color y por las cosas que decía y porque era médico y él dijo: *No señora, no tenga miedo de su niña. Ya esta prima mía quería meterla debajo del asiento. No le va a pasar nada a la niña* —dijo.

La señora Casta Quiró les hizo café y han llevado dos o tres latas de café hasta la escuela y ahí han tomado toditos. De aquí de Yacimientos iba este[...] Luis López con una chica enferma, mal de cólicos y no lo dejaron pasar y él dijo que se moría la hija; pero vino el Che y le colocó una inyección y se quedó quietecita, quietecita y se durmió hasta que ellos han tomado su café, todos.

Después de eso llegó Pantaleón Garzón, un trabajador de Yacimientos, y creo que está aquí todavía, a él no más le han quitado el *jeep*, y agarraron el *jeep* y el camión y se fueron por todo el monte. De ahí ellos se fueron a donde don Julio Villarroel. Pantaleón Garzón creo que está en el grupo chico de Yacimientos.

El cazador que se había sentado en una silla, miraba a Pascuala deseoso de intervenir en la conversación y cuando ella se retiró para servir la mesa, se aproximó para saber quiénes éramos. Le explicamos y de inmediato comenzó a hablar bajito para que Pascuala no oyera:

Mire, Pascuala no es de acá, ella es de Ipitá, ella sabe de Caraguatarenda y de Ipitá. Yo sí soy de acá, a ustedes los han confundido, la que ustedes buscan se llama Elfi Tapia, ¡esa mujer sí habló con el Che!

Ella vive en Itay, es la esposa del hijo de Villarroel y si ustedes van a Ipitacito, allí vive Ruperto Farrel que él también habló con el Che. El Che llegó a su casa. Él sabe hartas cosas y tiene una silla, que yo he visto allá en su casa, en la que se sentó el Che.

¿Pascuala no le habló de la foto que ella tiene? ¿Ve ahí? — Señaló una esquina de la habitación tapada con una especie

de manta—. Ahí ella los tiene ocultos, una foto del Che, y del Coco y el Inti, hartas fotos de los guerrilleros, ahí ocultos, ella pone sus velas y sus flores al Che Guevara.

Oiga, vuelva en el mes de febrero cuando el Río Grande baja así de crecido. Antes de llegar el turbión,⁹ se ha visto a los guerrilleros navegar en unas balsas grandes hechas con hartos troncos de madera de mara, atados con lianas, y ellos cruzan de una banda a la otra banda del río, cruzan y cruzan y se oyen voces y en las noches escuchamos “claritingo”, “claritingo”, la voz de mando de los Peredo y del Che Guevara.

Caía la tarde, lloviznaba, agradecemos a Pascuala su atención y su testimonio. Igual al cazador inesperado, por su valiosa información.

Afuera las bandadas de loros revoloteaban en busca de un lugar para dormir.

⁹ En Bolivia, crecida del río, que arrastra lodo, plantas, e inunda un área próxima.

EL PRIMER COMBATE

HACIA EL CAMPAMENTO CENTRAL

Al amanecer del 10 de marzo de 1967, el grupo de la Vanguardia dirigido por Antonio Sánchez había avanzado y se encontraba a dos días de la casa de calamina. El Che con el Centro y la Retaguardia, continuaron la marcha por la otra orilla del Río Grande rumbo a la desembocadura del Ñacahuasú para de ahí dirigirse al Campamento Central.

Atrás quedaba Tatarenda con un ambiente de comentarios acerca de los hombres que la habían visitado, vistos por algunos, ayudados por otros e imaginados por los que escuchaban las descripciones al detalle.

Las lluvias incesantes aumentaban las dificultades, el río volvió a crecer de forma arrasadora, *fulminante*, anotó el Che el día 11, y tuvieron necesidad de subir de nuevo por las infernales farallas de las serranías de San Marcos.

En columna, uno detrás de otro, iban a través de las sendas hechas por Manuel Hernández cuyo macheteo fue considerado por el Che como un *trabajo ciclópeo*.

El 14 de marzo, él escribió: *Casi sin darnos cuenta llegamos a Ñancahuazú. (Yo tenía —tengo— un cansancio como si se me hubiera caído una peña encima.) El río está bravo y no hay ánimos de intentar el cruce [...].*

Eliseo Reyes pidió que se le permitiera adelantar camino y buscar alimentos para la tropa. Por ser el mejor nadador, fue autorizado por el Che y emprendió viaje a las 15:20 horas, después de haber cruzado el Río Grande crecido.

Al día siguiente, cuando todavía las aguas estaban altas, comenzaron a pasar. El primer grupo, entre los que se encontraba el Che, fue arrastrado por la corriente cerca de 1 km, pero los guerrilleros pudieron alcanzar la orilla opuesta. El otro grupo, dirigido por Joaquín, tuvo que suspender el cruce y postergarlo para el día siguiente porque el río siguió creciendo.

El día 17 ocurrió un nuevo accidente, relatado por el Che en su Diario: *Otra vez la tragedia antes de probar el combate.*

Joaquín apareció a media mañana [...] La odisea había sido seria: no pudieron dominar la balsa y ésta siguió Ñacahuaso abajo, hasta que les tomó un remolino que la tumbó [...] El resultado final fue la pérdida de varias mochilas, casi todas las balas, 6 fusiles y un hombre: Carlos. Este se desprendió en el remolino junto con Braulio pero con suerte diversa: Braulio alcanzó la orilla y pudo ver a Carlos que era arrastrado sin ofrecer resistencia [...] Hasta ese momento, era considerado el mejor hombre de los bolivianos en la retaguardia, por su seriedad, disciplina y entusiasmo.

Acerca de este hecho, Inti analizó: “La pérdida de otro hombre —Carlos— volvió a entristecernos...”

“[...]Esta experiencia lamentable también fue aprovechada por el Che para sacar conclusiones y estimular a los compañeros para que siguieran adelante sin vacilaciones. En una de sus frecuentes charlas en este período subrayó:

“—A la naturaleza hay que vencerla. El hombre siempre triunfará sobre ella. Pero no hay que desafiarla ciegamente. La valentía debe estimularse siempre que no se convierta en imprudencia. En esta oportunidad el río venía muy crecido con una corriente muy violenta [...]”

EN EL CAMPAMENTO CENTRAL

Entristecidos, los guerrilleros continuaron la marcha y el día 19 el Che anotó: *Decidí seguir hasta el arroyo de todas maneras pero andaba volteando una avioneta que no presagiaba nada bueno y, además, me tenía preocupado la falta de noticias de la base [...]*

Llegaron al arroyo a las 17:30 horas, allí los esperaban el médico peruano, Restituto José Cabrerías Flores y Dariel Alarcón. Por ellos el Che conoció acerca de la desertión de dos hombres del grupo de Moisés Guevara, que la policía había llegado hasta la finca, y que en el Campamento Central se encontraban Regis Debray, Ciro Bustos, Tamara Bunke, Juan Pablo Chang, Lucio Edilberto Galván, Eustaquio y Moisés Guevara con una parte de sus hombres.

De acuerdo con las anotaciones que hizo Pacho en su diario,

se conoce que el grupo de la Vanguardia, separado del resto de la tropa desde el 28 de febrero, llegó a la casa de calamina el 12 de marzo y que al día siguiente en la mañana, llegaron los militares a esta y maltrataron a Serapio Aquino Tudela, joven aymara que fungía como peón de la finca. Ese día los militares pusieron una bandera en el techo de la casa para indicar el objetivo a la aviación.

El día 16 de marzo enviaron a uno de los guerrilleros hasta Lagunillas con el fin de que se entrevistara con la esposa del jefe de la policía de quien eran amigos. Al regresar, el guerrillero dijo que la señora había informado acerca de la preparación de grupos del ejército para atacar la casa de calamina y que buscaban a todos los que vivían en ella.

El 17 de marzo, tal como había informado la señora, el ejército irrumpió en la finca y el guerrillero Salustio Choque Choque comisionado como mensajero para avisar a los compañeros que se encontraban en el Campamento Central, cayó prisionero de los militares.

EL TESTIMONIO DE SALUSTIO CHOQUE CHOQUE

A casi 20 años de este hecho, localizamos a Salustio Choque Choque, quien vive semiclandestino. Después de 1967 ha experimentado torturas, persecuciones y cárceles. Se ha visto despreciado por la reacción, marginado y severamente enjuiciado por la izquierda que lo señala como desertor.

Salustio dijo:

Después de 1967, he sido cabeza de turco y sobre mí han fabricado muchas historias irreales, entre ellas, que he participado en los golpes de Estado, que estuve vinculado con el gobierno de Salvador Allende, y hasta me han acusado de ser contrabandista de armas.

Después de mi excarcelación he sido perseguido y encarcelado nuevamente por los distintos regímenes dictatoriales.

El día 17 de marzo de 1967 Pacho estaba conmigo en la casa de calamina y Coco Peredo había salido en una mulita rumbo

al campamento porque esa mañana él había entrado para no salir más. Yo me quedé vigilante con otros cinco compañeros. Entonces vimos que llegaba el ejército con un *jeep* y comienzan a rebuscar y a rebuscar y nosotros, alertas. Lo único que hicimos fue subirnos más arriba, hacia el campamento para esperar, pero los militares se demoraban. Nosotros pensábamos avisar pero en ese momento llegaron más militares, a mí me encomiendan que vaya a alertar a los camaradas del campamento y yo me voy. Entre la casa de calamina y el Campamento Central hay una casita, iba cansado, el río estaba muy crecido. En esa casita dejé mi mochila porque pesaba mucho y no podía avanzar rápido, después había un lugar que era una faralla y había que vadear el río. En ese lugar es donde me agarra el ejército. Y yo, ¿qué iba a hacer?, caí en una emboscada, me apresaron. Yo pensé: “Qué mala suerte, aquí termina mi vida, aquí me matan”, me agarraron y como de costumbre, su pateadura. Llegó otro soldado con la mulita que Coco había llevado. Luego me llevaron a Camiri para interrogarme, creían que yo era cubano y querían sacarme esa confesión.

El ejército hizo aparecer como que yo era un cochino que me había vendido a ellos. Yo decía que había caído preso, nadie me creía, el tiempo sería testigo de mis palabras y como pasó el tiempo, y publicaron *El Diario del Che en Bolivia* y justo el Che escribe en sus apuntes y dice bien claro la fecha, incluso la forma en que yo quedé prisionero.

Fue ahí cuando yo volví a nacer nuevamente, después de la publicación de *El Diario del Che en Bolivia* porque antes yo estaba muerto moralmente.

Usted no sabe lo que es eso, con la gente que usted conoce, con la gente que usted convive, con su familia, con sus hijos. Yo he manejado como mi Biblia este Diario.

Salustio tomó *El Diario del Che en Bolivia* en sus manos y señaló:

Aquí dice que yo he caído preso, que no soy un desertor y el Che nunca ha mentido.

El día 20 de marzo de 1967 el Che explicó en su Diario:

[...] *A las 13 cuando estábamos haciendo una parada larga, apareció Pacho con un mensaje de Marcos. La información ampliaba la primera de Benigno, pero ahora era más complicada pues los guardias se habían metido por el camino del vallegrandino en número de 60 y apresaron un mensajero nuestro de la gente de Guevara, Salustio. Nos quitaron una mula y se perdió el jeep [...].*

ETAPA DECISIVA Y DE COMBATE

Antes del primer combate, los hombres de la guerrilla que acompañaron en la exploración al Che se encontraban en un estado físico deplorable, desgastados por la exploración programada para 20 días y realizada en 48, durante los cuales perdieron dos hombres accidentalmente: Benjamín Coronado y Lorgio Vaca.

Estaban cansados, hambrientos, Juan Vitalio Acuña y Gustavo Machín Hoed de Beche (*Alejandro*) llegaron enfermos. Las ropas y los zapatos de todos estaban destrozados y algunos descalzos. Los pies llagosos, hinchados y adoloridos. Al llegar, las noticias presagiaban un inminente encuentro con los militares. El Che comenzó a impartir las orientaciones precisas. Se avecinaba el momento que él predijo en el análisis del mes de febrero: *La próxima etapa será de combate y decisiva.*

Al anoecer del día 20 de marzo, la tropa llegó al campamento El Oso, donde se encontraban los visitantes. Benigno y el Negro, continuaron con un mensaje para Marcos en el que se le ordenaba hacerse cargo de la defensa.

Durante esa noche y al día siguiente, el Che se entrevistó con el Chino, Tania, Debray y Bustos, impartiendo las instrucciones respectivas.

Un nuevo mensaje enviado por Marcos indicaba que los hombres de la defensa estaban en la aguada y no en el campamento, esto hizo que el Che analizara la situación y ordenara la retirada inmediata hacia el Campamento Central. Ese día escribió: [...] *Todo da la impresión de un caos terrible; no saben qué hacer.*

De inmediato partió Rolando rumbo al campamento base para transmitir a Marcos y Antonio las orientaciones impartidas por el Che.

En su diario, Rolando narró lo acontecido: “[...] Llego al campamento a las 16:00 y le digo a Marcos que las instrucciones de Ramón —Che— son las siguientes:

”—Colocar una emboscada río abajo donde mejor le parezca.

”—Organizar la defensa a la entrada del campamento.

”—Enviar un grupo de camaradas experimentados río abajo.

”Al llegar Alejandro, Marcos se reúne con nosotros y decidimos que iré a la emboscada. Con otros cuatro hombres será tendida en la zona de maniobras. Antonio irá con Miguel y Loro en la expedición de reconocimiento. Yo los escoltaré a la Loma del Avispero, a una distancia de hora y media a pie, y volveré a la emboscada. Marcos y Alejandro habrán de atender a la defensa con el resto del personal. Esto se hará el 22, al comienzo del día”.

Al referirse al combate, Rolando relató: “A las 07:00, mientras le explicaba la emboscada a Benigno, llegan las fuerzas enemigas. Decido no retirarme. Abro fuego tal como estaba planeado. El fuego dura unos seis minutos, la fuerza enemiga está de acuerdo en rendirse. Un balance de las pérdidas del enemigo muestra 7 muertos, 6 heridos y 11 prisioneros de un total de 32 hombres, habiendo escapado 8[...].

”A las 16:00 llego al campamento y reporto a Ramón —Che— la acción en la emboscada y la actitud del personal[...].”

Los combatientes fueron seis bolivianos: Antonio Jiménez Tardío, Freddy Maymura *Ernesto*, Walter Arencibia *Walter*, Moisés Guevara, Francisco Huanca *Pablo*, Roberto Peredo y dos cubanos: Dariel Alarcón y Eliseo Reyes, este último al frente de la emboscada.

El Che calificó el 23 de marzo como *día de acontecimientos guerreros*, y junto a las ametralladoras, granadas y cargas capturadas al ejército se encontraban el plan de operaciones

que consistía en avanzar por ambos lados del Ñacahuasú para hacer contacto en un punto medio. Ese mismo día el Che preparó la tropa para esperar un nuevo ataque del enemigo. Sobre ello anotó: [...] *Trasladamos aceleradamente gente al otro lado y puse a Marcos con casi toda la vanguardia en el final del camino de maniobras mientras el centro y parte de la retaguardia queda en la defensa y Braulio hace una emboscada al final del otro camino de maniobras [...] Un mayor y un capitán, prisioneros, hablaron como cotorras.*

El día 24, se informaba el resultado del botín: [...] *16 mausers, 3 morteros con 64 proyectiles, 2 Bz, 2,000 tiros de máuser, 3 Usis con 2 cargadores cada una, una 30 con dos cintas (...) 7 muertos y 14 prisioneros, incluyendo 4 heridos...*

En cumplimiento de las orientaciones del Che, Inti habló por última vez con los prisioneros y aparte con los dos oficiales: el capitán Augusto Silva Bogado y el mayor Hernán Plata Ríos, a los que puso después en libertad.

En su libro *Mi campaña junto al Che*, Inti escribió: “[...]Che me ordenó que interrogara a los prisioneros y presentarme como jefe. Esta misión la cumplí durante todo el transcurso de la guerra.

”El Mayor Plata, jefe de las fuerzas prisioneras lloriqueó largamente mientras sus soldados nos pedían que lo fusiláramos por los malos tratos y los abusos que cometía. Por encargo del Che le dije que todos los prisioneros quedarían en libertad, que le dábamos plazo hasta el 27 a las doce del día para retirar a sus muertos. Muy asustado manifestó que se retiraría del ejército. Nos dio una serie de datos importantes sobre las operaciones que se estaban realizando. Por ejemplo, nos dijo que ese ataque estaba programado junto con un bombardeo que se iniciaría al medio día. Ellos debían dejar señaladas sus posiciones con el objeto de que no sufrieran bajas. La emboscada los hizo perder contacto radial e impidió que la aviación actuara. En realidad, el bombardeo se realizó al día siguiente. El Capitán Silva, otro de los prisioneros, también habló mucho informando que había reingresado al ejército por petición del PCB, que tenía un hermano estudiando en Cuba

y luego, dio los nombres de otros dos oficiales que podían ser posibles colaboradores”.

La actitud de los soldados, señalada por Inti, no es sorprendente. Ellos afirmaban que los jefes militares los explotaban despiadadamente, que eran alquilados como peones en las construcciones de viviendas particulares o a los hacendados donde estaban situadas las unidades militares, y no recibían ningún pago extra a cambio, todo era para beneficio personal de algunos jefes, como el mayor Plata, que además acostumbraban a castigarlos corporalmente de manera sistemática.

El día 25 a las 18:30 horas, el Che reunió a la tropa, hizo un análisis de la exploración y su significado, criticó los errores cometidos, tomó las medidas disciplinarias correspondientes y se llegó al acuerdo de darle a la guerrilla el nombre de Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y hacer un parte sobre el primer combate.

El día 27 de marzo, en una reunión con el Estado Mayor, se fijaron los planes para los próximos días:

- Recoger maíz de la casa de calamina.
- Realizar algunas compras en Gutiérrez.
- Preparar un posible ataque de distracción que podía ser entre El Pincal y Lagunillas.
- Confeccionar el Comunicado No. 1 que hizo el Che ese mismo día, con el objetivo de hacerlo llegar a los periodistas de Camiri.

Mientras tanto la noticia acerca del encuentro del día 23 de marzo, era ampliamente divulgada por la prensa radial y escrita.

El presidente de Bolivia, general René Barrientos emitió un parte oficial el 27 de marzo en el cual manipulaba y tergiversaba los hechos, con el propósito de confundir a la opinión pública. Parte del texto expresaba:

“En circunstancias en que fracciones de las FF.AA. estudiaban el replanteo del tramo caminero Vallegrande-Lagunillas, en el sector Ñancahuasú-Lagunillas, un grupo de soldados al

mando del subteniente del ejército Rubén Amézaga Faure, que realizaba el trabajo de la senda, fue atacado alevosamente por grupos desconocidos con armas automáticas. Se lamentó la muerte del subteniente Amézaga, de 6 soldados y del guía civil Epifanio Vargas, obrero de YPFB, quienes luego de caer heridos, fueron cobardemente fusilados.

”Los prisioneros, pobladores de la zona y los soldados sobrevivientes, informaron tratarse de un numeroso grupo de personas de distintas nacionalidades entre los que se hallan cubanos, peruanos, chinos, argentinos, europeos y también comunistas bolivianos. Determinaron además que están pertrechados de armas automáticas y modernas bazookas, ninguna de ellas de las que se usan en nuestro ejército”.

El día 28, el Che escribió: *Las radios siguen saturadas de noticias sobre las guerrillas. Estamos rodeados por 2 000 hombres en un radio de 120 km, y se estrecha el cerco, complementado por bombardeos con napalm...*

Desde ese día hasta el 6 de abril, la tropa guerrillera realizó dos exploraciones, una hacia la quebrada de Tiraboy y otra hacia la hacienda Pirirenda, en la última se encontraron con unos peones guaraníes, quienes les informaron que en Gutiérrez había 150 soldados, razón por la cual decidieron regresar a Ñacahuasú, donde detuvieron a cuatro civiles que resultaron ser un contratista, su hijo, un campesino de Chuquisaca y otro de Camiri, el cual se *mostró muy receptivo*. Después de conversar con el último, el Che le entregó el Comunicado No. 1 con el propósito de difundirlo, lo que prometió hacer, así como guardar absoluto silencio.

A través de los diarios de Pombo, Pacho y Rolando, se conoce que los campesinos dieron una valiosa información, se mostraron amistosos y receptivos, y que uno de ellos aseguró incorporarse a la guerrilla, más adelante. Los guerrilleros les explicaron el objetivo de la lucha del Ejército de Liberación Nacional y les compraron dos vacas.

A casi dos décadas de estos hechos, llegamos a Camiri en busca del contratista y del campesino de esa localidad a quien el Che le confió tan importante misión.

Camiri es un pueblo situado a orillas del río Parapetí, en una hoyada de los últimos contrafuertes de la cordillera central andina. Es una de las ciudades más jóvenes de Bolivia, considerada la capital petrolera del país. Su nombre de origen guaraní significa lugar donde abundan los monos chicos.

Cuando el sol comenzaba a calentar sus calles de tierra, piedras y adoquines, salimos en busca de sus habitantes. Ellos informaron que el contratista a quien se refería el Che, era Bautista Hoyos, encargado de suministrarle carne a los trabajadores de Yacimientos, y quien en los primeros días de abril salió a buscar unas vacas en la propiedad El Pincal de Ciro Algarañaz, para que este con su venta pudiera pagar un abogado, pues lo habían detenido, acusado de colaborar con los guerrilleros.

Bautista solicitó el salvoconducto correspondiente en la IV División de Camiri y, con un grupo de nueve vaqueros se fueron a buscar el ganado. Al anochecer, los guerrilleros detuvieron a cuatro, entre ellos a Bautista. El Che habló con todos y le entregó a uno el documento referido. Acerca de este campesino, nadie sabía dónde estaba, ni cómo se llamaba, ha permanecido en el más absoluto misterio, y el hecho solo se conoció cuando publicaron *El Diario del Che en Bolivia*. Parecía que querían ocultar lo sucedido, o que sentían desconfianza hacia nosotros. No obstante, afirmaron que el Comunicado No. 1 del Ejército de Liberación Nacional fue entregado a un periodista del Movimiento Nacionalista Revolucionario del doctor Víctor Paz Estenssoro, simpatizante de los guerrilleros, de quien desconocían el nombre. Y que este, a pesar del estricto control y medidas de seguridad en todas las salidas de Camiri y puntos intermedios, así como en el aeropuerto, logró llevarlo oculto hasta Cochabamba, donde fue publicado en un periódico de esa ciudad el día 1ro de mayo de 1967.

A través de una fuente militar, conocimos otra versión en la que se afirma que el comunicado entregado por Inti al mayor del ejército boliviano Rubén Sánchez Valdivia, hecho prisionero por los guerrilleros el 10 de abril, fue incautado por los militares de la IV División, en Camiri, desde donde fue enviado a la sección de Inteligencia del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas en la ciudad de La Paz y de ahí fue sustraí-

do y entregado a un periodista del diario *Prensa Libre* en la ciudad de Cochabamba y por acuerdo de toda la asociación de periodistas del mencionado diario se hizo público el 1ro de mayo de 1967.

Cada una de las versiones, ya sea a través del campesino de Camiri o por la sustracción en las oficinas de Inteligencia del Estado Mayor del ejército en La Paz, así como la colaboración anónima de otros periodistas, son hechos que llaman a la reflexión. Uno u otro permitió que el pueblo de Bolivia conociera el llamado del Ejército de Liberación Nacional. Demuestra también que tanto en el sector campesino o dentro de las propias Fuerzas Armadas había simpatías hacia los guerrilleros.

El día 1ro de mayo de 1967 las emisoras de radio también comenzaron a transmitir la importante noticia. Fue un extraordinario éxito del movimiento revolucionario.

Las autoridades reaccionaron con extrema dureza. El director del periódico, Carlos Beccar Gómez, fue acusado de ser enlace de la guerrilla y hubo persecución e intimidación hacia el resto de los periodistas. Se dictó orden de apresamiento, pero la solidaridad de los demás periodistas y locutores de radio de las principales ciudades del país, lo impidieron.

El comunicado, entre otros elementos exponía:

“Al pueblo boliviano.

”Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria.

”Comunicado No. 1.

”El grupo de gorilas usurpadores, tras asesinar obreros y preparar el terreno para la entrega total de nuestras riquezas al imperialismo norteamericano, se burló del pueblo en una farsa comicial. Cuando llega la hora de la verdad y el pueblo se alza en armas, respondiendo a la usurpación armada con la lucha armada, pretende seguir su torneo de mentiras.

”En la madrugada del 23/3, fuerzas de la IV División, con acantonamiento en Camiri, en número aproximado de 35 hombres al mando del mayor Hernán Plata Ríos se internaron en territorio guerrillero por el cauce del río Ñacahuasú. El

grupo íntegro cayó en una emboscada tendida por nuestras fuerzas. Como resultado de la acción, quedaron en nuestro poder 25 armas de todo tipo, incluyendo 3 morteros de 60 mm con su dotación de obuses, abundante parque y equipo. Las bajas enemigas fueron: 7 muertos, entre ellos un teniente, y 14 prisioneros, 5 de los cuales resultaron heridos en el choque, siendo atendidos por nuestro servicio sanitario con la mayor eficiencia que permiten nuestros medios.

”Todos los prisioneros fueron puestos en libertad previa explicación de los ideales de nuestro movimiento”.

En el comunicado los guerrilleros incluyeron la lista de bajas enemigas, y mencionaron los nombres de los muertos y prisioneros.

En sus dos últimos párrafos expresaron:

“Al hacer pública la primera acción de guerra establecemos lo que será norma de nuestro Ejército: la verdad revolucionaria. Nuestros hechos demostraron la justeza de nuestras palabras. Lamentamos la sangre inocente derramada por los soldados caídos, pero con morteros y ametralladoras no se hacen pacíficos viaductos, como afirman los fantoches de uniformes galonados, pretendiendo crearnos la leyenda de vulgares asesinos. Tampoco hubo ni habrá un solo campesino que pueda quejarse de nuestro trato y de la forma de obtener abastecimiento salvo los que, traicionando su clase, se presten a servir de guías o delatores.

”Están abiertas las hostilidades. En comunicados futuros fijaremos nítidamente nuestra posición revolucionaria, hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales; a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado”.

“Ejército de Liberación Nacional de Bolivia”.

DOS OFICIALES PRISIONEROS

El 24 de marzo de 1967, después de efectuarse el primer combate en el cañadón de Ñacahuasú, el Che anotó en su Diario:

[...]El capitán informó que había reingresado al ejército hacía un año, a pedido de la gente del partido y que tenía un hermano estudiando en Cuba; además, dio los nombres de otros dos oficiales dispuestos a colaborar [...].

Se refería al entonces capitán Augusto Silva Bogado, el mismo que salió de Tatarenda hacia Camiri para informar sobre la presencia de unos hombres armados que parecían extranjeros. El que estuvo en la hacienda Terrazas de don Remberto Villa y lo llevó detenido hasta Lagunillas. El que interrogó a Ciro Algarañaz, el vecino más cercano a la casa de calamina. El mismo que participó en la detención del guerrillero Salustio Choque Choque, el 20 de marzo. El primer oficial del ejército boliviano que fue prisionero del Che.

Su testimonio desde el lado opuesto a la guerrilla da a conocer la repercusión de las acciones guerrilleras dentro del propio ejército; la forma en que los campesinos eran obligados a servir de guía a los militares o a hacer declaraciones; las orientaciones que le dio Barrientos para hacer una falsa acusación contra los guerrilleros; y la participación de la CIA en los interrogatorios a oficiales del ejército boliviano.

En los primeros días de marzo de 1967 cuando Loro, Inti y Ricardo llegaron a Tatarenda el capitán Augusto Silva Bogado se encontraba cazando por los alrededores del poblado, por eso tuvo conocimiento de su presencia en la zona.

El militar se dirigió a Camiri en compañía de su amigo Segundo Parada para informar en la IV División del Ejército acerca de aquellos hombres que parecían extranjeros y dijeron ser estudiantes de la Universidad de Potosí.

CONVERSACIÓN CON UN OFICIAL PRISIONERO

Durante nuestro recorrido por la zona preguntamos por él reiteradas veces, hasta que lo encontramos y aceptó conversar con nosotros.

Silva es un hombre enérgico, mayor de 60 años. Apreciamos su porte militar y conversación inquieta. Acerca de los hechos dijo:

Yo me he retirado con el grado de mayor. Cuando la guerrilla era capitán y estaba destinado en la IV División con sede en Camiri. Había ido a cazar a Tatarenda en compañía de mi amigo Segundino Parada y allí tuve conocimiento de la presencia de los guerrilleros.

Cuando llegué a mi casa, le dije a mi mujer que no había cazado nada y ella me contesta que siempre es igual. Le hago la historia de estos hombres y que al día siguiente a primera hora iba a dar parte a mi comandante. Ella se opuso porque “me iban a hacer problemas y a mí mismo me iban a mandar a buscarlo”.

Llegué a Camiri y hablé con el comandante. Le expliqué que el sábado y el domingo yo había ido a cazar al Río Grande y le cuento sobre el grupo de hombres. Él me dice que quién me había autorizado para que saliera fuera de la guarnición. Le expliqué que Río Grande estaba dentro de ella y que él sabía que a mí me gustaba cazar, porque cuando me quedo los fines de semana en Camiri me pongo a beber y para evitar eso, me voy a cazar. El comandante llamó a su ayudante y le ordenó que hiciera un memorándum y me arrestó.

Le avisé a mi mujer que me habían castigado, ella se puso furiosa y dijo que no me mandaba comida ni nada más. Como el comandante no me hizo caso, di parte al superintendente de Yacimientos, ingeniero Humberto Suárez Roca, quien se comunicó en La Paz con el mayor José Patiño Ayoroa, presidente de Yacimientos.

Posteriormente Patiño Ayoroa vino a interrogarme. Me suspenden el castigo y me ordenan que fuera al cuartel y buscara cinco soldados y un clase y de ahí a Río Grande a buscar a esa gente, que los trajera vivos o muertos. En esos días se habían licenciado todos los soldados, solamente quedaba la plana mayor y el personal de servicio que recibe una mediana instrucción militar. No encontramos soldados y tuve que seleccionar un

estafeta,¹ dos panaderos y dos carpinteros que apenas sabían cargar. Yo no quería llevar collas² porque son incapaces para el monte, yo quería llevar cambas³ y gentes de mi confianza, pero en mi regimiento solo había uno llamado Guido Tercero.

El Coronel me había dicho que recogiera en armería cinco ametralladoras PAM, con una dotación de 50 cartuchos por soldado y para mí una pistola calibre 45. Yacimientos se encargaría de proporcionarme un *jeep* para que me dirigiera con la tropa a Tatarenda.

El ingeniero Suárez dijo que me daría un trabajador conocedor de la zona, como un baqueano, que resultó ser el señor Epifanio Vargas. Él no quería ir, pero el ingeniero le prometió que todo el tiempo que estuviera con nosotros se le pagaría doble y que a un hijo de Epifanio que trabajaba temporal en la empresa, lo pondría fijo.

Guido Tercero limpió y engrasó las metralletas. Uno de los soldados escuchó que Epifanio le decía al ingeniero que no quería ir porque yo era muy flaco y raquítico.

Nos fuimos a Ipitá, tomamos por el camino del Ñumao, Epifanio Vargas se estaba quejando de calambres, se estaba rezagando y lo tuve que mandar a buscar con un soldado. Cuando llegó le dije que era un flojo, comencé a insultarlo, y le ordené que se apurara, o de lo contrario se quedaría solo en el monte. No había agua por la zona y un soldado encontró barro con agua que resultó ser orín de anta. Había partes en que los gajos y el monte no permitían prácticamente el paso.

Llegamos a la quebrada del Saladillo y seguimos las huellas de los guerrilleros, era un suelo arenoso y encontramos matas de guayabas y era evidente que los guerrilleros comieron de ellas. Ya hacía tres días que estábamos en la persecución y la ración seca se nos había agotado. No podíamos cazar para evitar que los disparos nos emboscaran.

Encontramos un río que tenía una anchura como de unos 20 m o más y los soldados decían que era el Río Grande, pero yo

1 Correo o mensajero especial.

2 Habitantes de las mesetas andinas en Bolivia.

3 Habitantes del oriente boliviano.

sabía que no podía ser porque el Río Grande tiene una anchura de 200 m y se escuchaba a un kilómetro de distancia. Saqué mi carta y era el Ñacahuasú. Estaba encajonado, teníamos que meternos al agua y como no lo conocíamos, caíamos en sus pozas profundas. El agua estaba muy fría porque en esa parte los cerros son altos y el sol casi no da. Los soldados estaban agotados y yo les decía que con la juventud que tenían y yo capitán con tantos años seguía adelante, pero sinceramente yo también estaba agotado, pero no podía demostrárselos.

Comenzamos el regreso, se descompuso el tiempo y llovió fuerte, los soldados se rezagaban y yo los apuraba porque todos esos lugares son guaridas de tigres.⁴ Al oscurecer acampamos a un lado de la quebrada, siguió lloviendo, pero los soldados estaban tan cansados que se durmieron en medio de todo el barro. No podíamos dormir todos a la vez por los tigres.

Como a las nueve de la noche escuché el ruido de unas ramas partiéndose, ruido que se repetía por intervalos, desperté a Epifanio Vargas para que escuchara porque él era cazador y me dice que era el tigre que venía oliendo nuestras huellas y estaba tras de nosotros. En eso, vuela un ave de esas grandes y cayeron unas ramas, y al rato seguía el ruido. Le digo a Vargas que podíamos disparar porque estábamos de regreso. Despierto al cabo para que disparase una ráfaga con la metralleta, pero esta no disparó y les dije que cogieran otra, pero tampoco disparó y ahí comencé a fregarles por no comprobar las metralletas y comencé a pegarles a los soldaditos con un palo.

Guido Tercero tenía un revólver con dos cartuchos que sí disparó. Los disparos retumbaron en el monte hasta bien lejos y adiós tigre.

Comencé a renegar porque estábamos sin armas, nos habían enviado a una muerte segura. Al amanecer continuamos la marcha, pero no querían acompañarme, los obligué a seguir. Pensé que iban a matarme. Estuvimos rumbeando día y medio hasta que llegamos a un camino ancho, bien transitado y como a las dos horas pasó un camión, lo paramos y le pedimos que nos llevara hasta Tatarenda, el chofer se negó y lo obligué con la pistola a ir.

⁴ Nombre que recibe en Bolivia el jaguar americano.

Cuando llegamos no había a quien darle parte, me hice prestar un *jeep* para ir a Camiri.

Al día siguiente me enviaron nuevamente con más soldados, éramos ocho, llegamos a Gutiérrez y ubicamos un viejo camino, el cual seguimos hasta donde pudo entrar el *jeep*. Cogimos una senda hasta llegar al río Ñacahuasú el cual cruzamos. Ahí dormimos y al otro día retornamos a Gutiérrez. Decido ir a Lagunillas, porque hay un camino que llega hasta el río Masicuri y yo tenía el propósito de emboscarlos por esa zona, teniendo en cuenta que ya ellos tenían que estar cansados. Sería como pegarle a un borracho. Encontramos el mencionado camino y llego a El Pincal cuyo dueño es el señor Ciro Algarañaz; un señor alto, moreno y de bigotes que tenía una hacienda muy hermosa. No estaba y decido esperarlo escondiendo el *jeep* detrás de la casa para que no nos viera.

A la hora llegó el señor Ciro en su movilidad⁵ comencé a interrogarlo y me dijo que más adelante había una casita con techo de calamina, tipo beniana, propiedad de unos señores agricultores, que vivían allí desde el año pasado y se la habían comprado al señor Remberto Villa a quien le gustaba coleccionar armas. Y que los señores de la finca tenían sembrado maíz y yuca, y que tenían un *jeep* Toyota.

Entonces lo hice hablar, le dije que no fuera a mentir, le puse la pistola en la nuca, la mujer lloraba, gritaba y él se asustó, pero no sabía nada. Él creía que era una fábrica de cocaína y quería entrar al negocio, ese era su problema, él no sabía lo que realmente había, él no sospechaba la verdad.

Entonces me dice: “Caramba capitán, hay dos tipos que me compran víveres, siempre vienen de noche con lo que yo pienso que son pichicateros, vienen acá y yo aprovecho y le vendo caro, y ellos me compran y no protestan. Si andan de noche, eso quiere decir que a esa hora venden la coca y debe ser una fábrica grande. Algarañaz me dijo que a petición del subteniente de la policía, Carlos Fernández, él había puesto a uno de sus peones de apellido Rosales, natural de Vallegrande, para que los vigilara, pero lo descubrieron y le pidieron que no anduviera

5 Vehículo.

por esa zona porque si lo hacía lo iban a matar y el muchacho cogió miedo. Estos fueron todos los datos que me dio Ciro.

Seguimos hasta la casa de calamina que está a unos kilómetros de El Pincal. No había nadie, el *jeep* en el medio del patio, por lo que entré. Y me dio la impresión de que la gente había sentido el ruido del motor, porque había una mesa con el mantel medio caído y otras cosas caídas en el suelo. En la mesa había un sobre dirigido al señor Remberto Villa, y dentro del sobre estaban la carta del *jeep* Toyota con una nota que decía lo siguiente:

“Estamos viajando a La Paz, a encontrarnos con el Ministro porque cada vez que viene la policía nos roba nuestras pertenencias, y le estamos dejando las llaves del Toyota que está a 100 m de la casa para que lo guarde en su casa hasta nuestro regreso”.

En la otra pieza había ropas caídas en el suelo y detrás de la casa había una cocina encendida y una olla con agua que estaba por hervir, también había un perro amarrado. Comenzamos a gritar, pero nadie nos respondió. Fuimos hasta el río, regresamos otra vez a la casa de calamina y ordené preparar la cena.

Vargas salió a cazar, pero como a la media hora regresó asustado y me dice: “Aquí está feo, ahoringa nos van a echar balas”. Dijo que había visto a unos tipos en posición para dispararnos y de inmediato ordené a los soldados prepararnos con los fusiles. Así estuvimos esperando y como a las seis menos cuarto, se sintió el tiroteo de fusiles y armas automáticas muy cerca de nosotros. Era el teniente coronel Alberto Libera que venía por ese rumbo, los guerrilleros estaban apuntando y ahí empezó la baleadura entre ellos. Esta duró hasta las seis y veinte. Nosotros nos manteníamos en acecho. En eso vimos a un hombre corriendo, le disparamos y lo capturamos, no lo queríamos matar, pues queríamos cogerlo vivo para que hablara. Era Salustio Choque Choque y lo llevamos a El Pincal.

En la tropa del teniente coronel Alberto Libera había un soldado herido. Yo voy a Lagunillas a buscar al médico de apellido Newman para que lo atendiera y doy parte por teléfono al comando de la IV División en Camiri.

A media noche llegó Libera en su *jeep* y a las dos y treinta de la madrugada llegaron de Camiri una fracción del ejército con varios soldados, una radio con su operador, el médico Gilberto Flores, dos enfermeras y medicamentos.

Al día siguiente Libera me dio la orden de capturar al señor Remberto Villa. Fui y lo tomé prisionero. Lo llevé a Lagunillas y lo metimos en un calabozo, pero yo no participé en el interrogatorio.

Le dieron hartos y no habló una sola palabra y dentro del calabozo pintó varias consignas revolucionarias.

Luego llegó la orden del comando de la IV División para que nos trasladáramos a la propiedad de Ciro Algaraz en El Pincal. La propiedad era bastante grande.

Al día siguiente llegó el mayor Hernán Plata Ríos del arma de artillería. Yo lo conocía del Colegio Militar, había sido mi brigadier. Llegó con tremenda altanería y comenzó a pelear de que yo no organizaba bien, que esto y que lo otro y yo callado, aguantando. Dijo que las cosas con él iban a cambiar.

Amaneció y lo invité a la casa de calamina para que conociera el terreno de operaciones. Observó todo y me dijo que nos retiráramos pronto, porque todas esas cosas eran sumamente peligrosas. Su miedo me había contagiado. Hasta ese momento nunca tuve miedo, pero al ver al mayor apurado por irse, yo también sentí miedo y los soldados iban toditos mirando para atrás y apurados.

Regresamos a El Pincal, y por la tarde llegó el mayor Reyes Villa, que posteriormente fue ministro de defensa, trayendo la orden de operaciones en tres sobres muy secretos. Nos trajeron armamentos, morteros de 81 y 60 mm y metrallas USI. Se marchó inmediatamente porque no quería estar mucho tiempo allí.

Esa noche nos reunimos los oficiales y las clases para discutir la orden de operaciones que decía que el día 23 de marzo a las cinco de la mañana debíamos partir de la casa de calamina aguas arriba por el río Ñacahuasú unos 25 km y colocar la bandera roja en lo alto del cerro, y en la playa 25 mosquiteros

en forma de L, y retornar unos 10 km porque a las doce iban a bombardear esa zona.

Le dije al mayor Plata que quería hacer algunas observaciones, porque en esa orden había errores, salir a las cinco de la mañana era una locura porque a esa hora todavía era oscuro y las picadas⁶ no se ven. Estos señores que hacen las órdenes muy tranquilos desde un escritorio no saben cómo es el monte. ¿Cómo vamos a avanzar unos 25 km por el río que no conocemos, con el agua a la cintura, temiendo caer en una poza?

El mayor dijo: “No importa, vamos a dar cumplimiento a la orden de operaciones”. Preparamos la partida, agarramos cuatro caballos de Ciro Algarañaz y a tres peones para que nos ayudaran con la carga, Epifanio Vargas estaba conmigo.

A las cinco estábamos todos listos, anduvimos unos 20 m y no encontramos las picadas, tuvimos que regresar y esperar a que amaneciera. A las seis de la mañana reiniciamos la marcha y a las siete llegamos a la orilla del río, y nos metimos al agua. En eso el mayor me dice: “Capitán, yo no puedo meterme al agua, porque tengo reumatismo y padezco del corazón”. Le respondí que no perdiera más tiempo y se tirara al agua.

Seguimos aguas arriba, Epifanio Vargas y yo de punteros con mis soldados, detrás Guido Tercero con los soldados nuevos, el mayor encabezaba la tercera escuadra y al final, el teniente Lucio Loayza. Cuando llegamos a una curva le pedí a los soldados que botaran sus cucharas y sus platos para no hacer ruido, pero ellos se negaron porque los iban a procesar en el Estado Mayor.

Llegamos al encajonamiento del río, son unos cerros muy altos, sentí un escalofrío por todo el cuerpo, sentí miedo, hice como que me estaba amarrando las botas, pero Epifanio Vargas me dijo que sin mí no iba a seguir avanzando, y fue ahí donde nos hicieron la emboscada. Eran tres guerrilleros solamente, caímos prisioneros todos. El subteniente Amézaga fue muerto enseguida, también Epifanio Vargas, yo di media vuelta y me metí en un matorral, algunos soldados cayeron

⁶ Camino abierto con un machete.

mueritos y otros heridos. Los guerrilleros gritaban: ¡Viva el Ejército de Liberación Nacional! Y nos conminaban para que nos rindiéramos. Yo salí desarmado con las manos en alto. Y detrás el mayor Plata también se rindió.

Vinieron a interrogarme, me dijeron que a los soldados los iban a soltar, a los heridos los curarían.

Como a las tres de la tarde, yo sentía voces y alguien decía: “ca-rajo, mierda” y cogí miedo. Como a las cuatro ordenaron que me llevaran a la orilla del río y ahí fue el careo entre el mayor Plata y yo porque él había dicho una cosa y yo otra. Yo le dije que no mintiera que tenía que decir la verdad. Yo llevaba tres años en Camiri y conocía todos los puestos militares, la cantidad de tropas que tiene cada uno, que los paracaidistas habían llegado a Lagunillas y los *rangers* estaban en Camiri. Informé todo. El guerrillero preguntó cuál misión teníamos nosotros, yo respondí que el jefe era el mayor Plata y no yo. Plata comenzó a decirlo todo.

Mire, en el ejército había una persona clave que informaba a los guerrilleros, porque el mayor Plata cuando la emboscada se asustó y tiró los papeles al río, sin embargo los guerrilleros sabían que a las doce la aviación iba a bombardear como estaba en la orden, siempre me he preguntado quién era esa persona. Los guerrilleros tenían sus enlaces, y por eso se habían adelantado.

Fui donde estaba el mayor Plata y le digo: “traidores de mierda, lo mandan a uno a que los maten, a la boca del tigre”. Y seguí renegando. Entonces dijimos todo lo que teníamos que hacer con los mosquiteros.

Cuando hablé con el Che, no sabía que era él, comenzó a decirme que por qué me habían quitado mis botas y mis ropas, y les peleó a toditos. Ordenó que me devolvieran todas mis cosas, ya yo sospechaba que era él por el trato que nos daba y él me hacía preguntas y yo le decía la verdad. Le mencioné a cuatro militares que tenían hermanos estudiando en Cuba. Le di el nombre de todos los militares de izquierda porque yo conocía la mayor parte.

Los guerrilleros me hicieron un tribunal de selva, me preguntaron que si me largaba o si me quedaba para siempre con ellos.

Yo vi entre los guerrilleros a Coco Peredo, que lo había visto muchas veces en Camiri, él iba los fines de semana en Toyota y se quedaba ahí, visitaba el comando del ejército y charlaba con los militares, almorzaba en el casino y hasta participó en la comparsa del ejército. Pero en ese tiempo él era el hacendado de la casa de calamina, nadie sabía que era guerrillero. Él está en una foto con el coronel Humberto Rocha.

Llegó la noche y yo veía que pasaban y pasaban los guerrilleros una y otra vez para realizar la guardia, calculamos unos 200 pero en realidad lo que hacían era dar la vuelta para hacernos la impresión de que eran muchos.

Vino el Inti, y me dice que nos iban a soltar y me propone que me quede con ellos, que podía llegar a ser comandante como ocurrió a un capitán en no recuerdo qué país. Me dijo: “Si te animas, lo único que tienes que hacer es tomar aguas arriba y encontrarte con nosotros”. Yo no le dije ni que sí ni que no, porque tenía mujer e hijos y debíamos analizar todas las condiciones. Inti me dijo que en cualquier rato, de día o de noche, iba a llegar un compañero a mi casa y yo debía esconderlo y darle todos los datos que me pidiera. Yo acepté.

Nos trajeron comida. Pasó la noche y amaneció, el día era tranquilo, uno de los soldados heridos estaba con mucho dolor y entre Freddy Maymura y un médico cubano, lo operaron. En la tarde, nos dejaron ir, éramos 13 en total, más los 7 guerrilleros que nos escoltaban aguas abajo. El mayor Plata iba delante y yo detrás charlando con los guerrilleros que me regalaron cigarros, y unas pastillas dulces. Nos han escoltado hasta un kilómetro antes de llegar a la emboscada. Se fueron rápido, por una senda, al lado del camino.

Relacionado con este aspecto, el combatiente Harry Villegas escribió el día 24 de marzo: “Los prisioneros son puestos en libertad, compartimos con ellos lo poco que tenemos”.

Acerca de la llegada a El Pincal, Silva dijo:

En un momento del regreso, nos encontramos con los *rangers* y nos llevaron hasta El Pincal donde había gran cantidad de oficiales y soldados, el mayor Plata se abrazó al mayor Reyes Villa y se puso a llorar delante de toda la tropa.

De El Pincal nos llevaron a Lagunillas y de ahí a Camiri, allí nos interrogaron. Nos prohibieron cualquier tipo de declaración a la prensa, incluso me pusieron soldados para vigilarme.

Posteriormente, llegó la orden de que me llevaran preso a La Paz, que me iban a procesar por indisciplina. Me llevaron para la sección II, con el coronel Federico Arana, jefe de los Servicios del Inteligencia. Ahí me tuvieron 14 días en el calabozo, nos sacaban solamente para dar declaraciones. Vinieron los de la CIA y nos mostraban varias fotos, especialmente la foto del Che para que las identificáramos. Me preguntaban que por qué me habían largado vivo, y que si yo estaba comprometido con la guerrilla.

Yo tenía mucho apoyo dentro de las Fuerzas Armadas, porque había división dentro de ellas. Muchos militares no querían que yo declarara porque por mí podía caer mucha gente y yo evitaba dar declaraciones, porque dentro de las Fuerzas Armadas había militares que simpatizaban con los guerrilleros o conspiraban contra Barrientos.

Una noche se aproximó un coronel al calabozo y me dijo que hiciera una carta planteando que si me mataban o me desaparecían, esa carta se haría pública con toda la verdad. Me dijo que en las Fuerzas Armadas había una parte que me apoyaba, pero estos no tenían poder, sin embargo, los que querían matarme sí lo tenían. Entonces le dije al coronel Alcoreza y al coronel Federico Arana que si ellos me mataban o desaparecían iba a publicar la carta.

A los 17 días los periódicos, en la primera página y a grandes titulares, decían: “La segunda emboscada de los guerrilleros, el mayor Rubén Sánchez cayó prisionero”.

Ese día, a las once de la mañana, me pusieron en libertad, entonces el doctor Julio Gutiérrez me dijo que me quería llevar a la embajada americana, porque el Embajador quería hablar conmigo, quería que yo le narrara cómo sucedieron las cosas. Le respondí que por qué no fueron y me sacaron cuando estaba en el calabozo, así es que de ninguna manera iría.

Regresé a Camiri y al tercer día me llaman del comando para informarme que iba a entrar de nuevo a la zona guerrillera. El

ejército quería que los guerrilleros me mataran. Yo iba a renunciar al ejército. Varios militares de izquierda me aconsejaron que no lo hiciera, porque si salía me iban a matar. Después no entré más a la guerrilla porque desconfiaron de mí y me quedé en el centro de transmisiones vigilado por el ejército.

Cuando el juicio de Regis Debray, el general Barrientos me llamó y me dijo: “Capitán, cuando lo llamen a usted a declarar en el proceso, usted tiene que decir que estaba abriendo un camino en el tramo Vallegrande a Lagunillas y estos bandoleros asaltantes, lo atacaron y dieron muerte a los militares y a los civiles”.

Yo le respondí que sí. Al mayor Plata le dijo lo mismo. Se inició el proceso, estaban todos los que habían caído prisioneros y toda la prensa, y comienza el tribunal y llama al mayor Plata para que declare, todo era transmitido por radio, Plata declaró todo lo que le había dicho Barrientos.

Cuando terminó, me llamaron a mí. Yo pensaba que la gente de Camiri conocía toda la verdad sobre los hechos, me conocían a mí, sabían que el mayor Plata estaba mintiendo, por lo que decidí decir la verdad.

Declaré que nunca había estado abriendo camino, que estaba persiguiendo a los guerrilleros, dije toda la verdad.

Al día siguiente, toda la prensa decía que había grandes contradicciones entre el mayor Plata y el capitán Silva, pero que yo había dicho toda la verdad con energía.

En la tarde llegó un memorándum que me ponía a disposición del Tribunal Militar en La Paz.

Acerca de este combate Inti escribió:

“[...] las fuerzas enemigas eran cuatro veces más grandes que la nuestra [...].

”Les quitamos toda la ropa a los prisioneros, excepto a los dos oficiales que conservaron sus uniformes y les dimos nuestras vestimentas civiles que estaban guardadas en las cuevas.

”También curamos a los heridos y les explicamos a los soldados los objetivos de nuestra lucha. Ellos nos contestaron

que no sabían por qué los habían mandado a combatirnos, que estaban de acuerdo con lo que nosotros decíamos y nos reiteraban la petición de fusilar al Mayor Plata, oficial que tenía una actitud déspota en la unidad pero que ahora, delante de la tropa, se comportaba como un cobarde. Les explicamos que nosotros no matábamos a enemigos desarmados y tratábamos a los prisioneros como seres humanos con dignidad y respeto”.

EL HACENDADO CIRO ALGARAÑAZ

[...] *Algunos cazadores pasan por nuestra vivienda; peones de Algarañaz. Son hombres de monte, jóvenes y solteros; ideales para ser reclutados y que le tienen un odio concentrado a su patrón. Informaron que a 8 leguas, por el río, hay casas y que éste tiene algunas quebradas con agua [...].*

Escribió el Che, el 13 de noviembre de 1966 en Ñacahuasú. Se refería a los trabajadores de la hacienda El Pincal, cuyo propietario era el señor Ciro Algarañaz Leigue, quien contrató a 30 hombres para realizar labores propias de la agricultura, la ganadería, la madera y el hogar.

Entre estos peones se encontraban Jorge Artuduaga; Hugo Vaca; Eulogio Núñez; Tomás Manicuyo; Tomás Coéllar Ruiz chofer de la finca, y Tomás Rosales, el cazador, llamado por el Che en su Diario el vallegrandino, quien cumpliendo órdenes de Ciro Algarañaz, vigilaba a los guerrilleros y trataba de detectar la posible vinculación de estos con el tráfico de cocaína.

Tomás Rosales y Ciro Algarañaz, pidieron incorporarse a la supuesta producción de cocaína o a cualquier otra empresa que se estuviera gestando. Ellos, junto a otros campesinos, fueron víctimas de la represión que inició el ejército en el mes de marzo y que formó parte de una etapa que el Che calificó de contraofensiva enemiga, cuyo propósito era aislar a la guerrilla. Esta represión comprendía desde la acción de obligar a los campesinos a servir de guías o informantes, hasta de ser detenidos, golpeados, y en muchos casos asesinados.

El 28 de marzo de 1967, Israel Reyes Zayas *Braulio*, y otros nueve guerrilleros fueron hasta la casa de calamina, donde coincidieron con siete hombres de la Cruz Roja y dos médicos, que tenían la misión de recoger a los muertos del combate del 23 de marzo. Más tarde llegó un camión militar con 15 soldados bien armados que, obedeciendo las órdenes de Braulio, se retiraron rápidamente del lugar.

El 30 de marzo, la relativa quietud de la selva fue interrumpida en la mañana cuando varios aviones Mustang intensificaron el bombardeo que desde el día 24 llevaban a cabo en toda la zona donde operaba la guerrilla. Ese día, desde su puesto de

observación, Alberto Fernández Montes de Oca, escribió: “[...] La vista es un lago de nubes, a todo alrededor. Es tan alto el puesto donde me encuentro que lo atravieso completo. La vista es maravillosa, ya cuando comienzan a desaparecer aparece la aviación y los insectos por miles [...]”.

La aviación hostigaba con sus bombardeos constantemente y las llamas de napalm se extendían por toda la zona. La técnica que Estados Unidos estaba empleando en la guerra contra Vietnam de arrasar y quemar todo había comenzado a aplicarse.

Las actividades de la guerrilla continuaron, Dariel Alarcón, y otros compañeros, realizaron una exploración hasta Tiraboy con el propósito de buscar una salida para burlar el cerco que había tendido el ejército. La casa de calamina y las haciendas de Pirirenda, Tiraboy y El Pincal se encontraban tomadas militarmente. En Gutiérrez y Lagunillas estaban acantonados fuertes contingentes militares.

El 31 de marzo, el Che anotó en su Diario: [...] *le di instrucciones a Manuel de avanzar con su gente hasta la casita. Si ésta está vacía, tomarla y mandar dos hombres a avisarme para que nosotros nos movilizemos pasado mañana, si está tomada y no se puede hacer un ataque por sorpresa, retornar y explorar la posibilidad de flanquear a Algarañaz para hacerles una emboscada entre el Pincal y Lagunillas.*[...].

La casa de Algarañaz, el vecino más cercano, se había convertido en un punto de operaciones del ejército y en un objetivo para la guerrilla. Tanto la vivienda, como su propietario y el peón Tomás Rosales, fueron citados por el Che reiteradamente. De las citas extraemos las siguientes:

El 7 de noviembre de 1966, el Che explicó que un solo *jeep* llegó hasta la casa de calamina para no atraer la sospecha del propietario cercano que murmuraba sobre la posibilidad de que la empresa estuviera dedicada a la fabricación de cocaína.

El 10 de noviembre narró que el chofer de Algarañaz, Tomás Coéllar, cuando llegó a la finca para entregar algunas compras que se le habían hecho a su patrón vio a Pombo y a Pachungo.

A través de su Diario también se conoce que Carlos Coello, Roberto Peredo y Jorge Vázquez Viaña, le compraron a Algarañaz gallinas y pavos, que este insistía en su participación en la sospechada fábrica de cocaína.

Fue Algarañaz quien ayudó a Coco y al Loro a sacar el *jeep* las dos veces que se volcó en el camino entre El Pincal y la casa de calamina. Sin embargo, a pesar de esta relación, enviaba a sus peones para que vigilaran los movimientos de los hombres de la finca de Ñacahuasú.

El 24 de noviembre, el Che señaló: *Por la noche, dos peones de Algarañaz llegaron “de paseo” en una visita insólita...*

Días después, se refirió al peón Tomás Rosales: [...] *Sucedió un incidente peligroso: el vallegrandino, cazador, descubrió una pisada hecha por nosotros, vio las huellas, aparentemente vio a alguno y encontró un guante perdido por Pombo. Eso cambia nuestros planes y debemos ser muy cuidadosos...*

El trabajo de Tomás Rosales como cazador, le permitía merodear los alrededores de la casa de calamina y adentrarse por la zona que conducía al Campamento Central. Los guerrilleros que fungían como peones de la finca: Apolinar Aquino Quispe (*Polo*), Antonio Domínguez Flores y Serapio Aquino Tudela, establecieron relación de trabajo con Tomás y lo acompañaban hasta el mismo lugar donde situaba las trampas. Acerca de ello, el Che escribió: *Rolando y Braulio salieron para avisar al grupo que se quedara quieto allí, esperando que el vallegrandino pusiera sus trampas o hiciera la exploración con Antonio. A la noche volvieron; la trampa no está muy lejos. Emborracharon al vallegrandino que se fue por la noche, muy contento con una botella de singani en el cuerpo [...].*

El 20 de diciembre, apareció un venado muerto cerca del campamento. Los guerrilleros suponían que el vallegrandino lo había dejado allí. Coco y el Loro fueron a buscarlo; Tomás Rosales afirmó que había herido al animalito días antes.

En el mes de enero, Algarañaz insistía en ser conocedor de “todo lo que hacían en la finca” —se refería a la supuesta empresa de cocaína—, y dijo que deseaba colaborar en lo que fuera. El Che señaló: [...] *Le di instrucciones al Loro de que lo*

comprometa sin ofrecerle mucho; sólo el pago de todo lo que acarree con su jeep y amenazarlo de muerte si traiciona [...].

El 19 de enero, la casa de calamina fue allanada por cuatro policías vestidos de civil al mando del teniente Carlos Fernández, quien le quitó la pistola al Loro y le indicó que podía reclamarla “sin hacer mucho ruido y hablando con él”. El Che tomó medidas inmediatas y explicó en su Diario: *...Se le dio al Loro la instrucción de que metiera frío al vallegrandino y a Algarañaz, que deben ser los autores del espionaje y del chivatazo y fuera a Camiri con el pretexto de buscar la pistola para tratar de conectarse con Coco [...].*

A través del diario de Pacho se conoce que el vallegrandino les llevó unas gallinas tomadas de la casa de Algarañaz, así como unas trampas para cazar animales. Les hizo patente, además, el deseo de quedarse con ellos, ya que el nuevo capataz de El Pincal lo maltrataba mucho.

El 25 de enero, Ciro Algarañaz reconoció ante Jorge Vázquez Viaña que había mandado al vallegrandino a espiar; pero negó ser el autor de la denuncia. Ese mismo día, Coco le prohibió a Tomás Rosales que volviera por la casa de calamina, tres días después fue sorprendido rondando el maizal, y huyó.

Estos son algunos de los antecedentes de Ciro Algarañaz y Tomás Rosales.

¿Qué pasó con ellos? ¿Dónde está y qué hace Ciro Algarañaz? Muchos lo conocen por haber sido acusado y procesado como colaborador de los guerrilleros, ser importante hacendado y ex alcalde de Camiri.

Después de una larga búsqueda, dimos con él.

Vive en un modesto barrio de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cuyas calles presentan lodazales, charcos y zanjas profundas, donde el *jeep* en que viajábamos caía, se ladeaba, patinaba, retrocedía, bramaba para avanzar y no quedar atascado. Era como aquellos viejos caminos por donde las carretas cargadas de caña y las yuntas de bueyes casi se hundían en el fango que dejaban las lluvias de primavera.

Su casa estaba rodeada por un patio grande, todo de tierra arenosa, mojada, donde había varios corrales con abundantes cerdos, aves con sus críos y hasta un caballo amarrado junto a una camioneta. Era una hermosa melodía de piares y graznidos que nos trasladó muy lejos de la ciudad.

En otra parte, descansaban los aperos de labranza y los instrumentos utilizados para descuartizar los animales, cuyas carnes llevaba a vender al mercado o a las casas particulares. Era una hacienda dentro de la ciudad. El Pincal estaba allí, porque hasta las trampas para cazar los animales de la selva se encontraban presentes.

Ciro Algorañaz dijo:

Son las mismas trampas¹ que utilizaba don Tomasito Rosales, el vallegrandino, y que prestó a los guerrilleros.

Y señalando para una silla situada en un lugar preferente expresó:

Es la misma donde se sentaron Coco Peredo y Vázquez Viaña, cuando iban a El Pincal.

Se respiraba olor a selva. Estábamos con el hacendado más conocido durante la etapa de la guerrilla en Ñacahuasú, el más mencionado por el Che en su Diario.

Cuando Algorañaz supo quiénes éramos y sobre nuestro interés para hablar acerca de los hechos de 1967 se esmeró en la atención y comenzamos una charla amena que sirvió para que poco a poco el recelo y la desconfianza desaparecieran. Comprobó que nuestra visita era netamente para realizar una investigación histórica y que ningún otro motivo nos animaba.

Sus ojos grandes, escudriñadores, curiosos, inquietos, acoplaban con sus enormes bigotes. Nos contó que seguía recorriendo la serranía donde operó la guerrilla, compraba cerdos a los campesinos; pero que no le gustaba visitar El Pincal porque se llenaba de tristeza.

Nos invitó a pasar a la amplia casa con una especie de portal

¹ Instrumento de hierro para atrapar por las patas a los animales grandes de la selva.

al fondo donde la esposa, amable, no ocultaba su desconfianza y con ademanes de guardia protectora, nos miraba con insistencia, lista para ayudar a su compañero en caso necesario.

Ciro, cortés y amistoso, nos pareció en ocasiones familiar. Su relato es el siguiente:

Yo vivía en Camiri, donde llegué a ser intendente, tenía un negocio de carnicería y ahorré bastante dinero; quería ser un poderoso hacendado, un importante agricultor y ganadero. Cuando lo logré, comenzó mi ruina.

En el año 1964 compré a don Remberto Villa Mariscal una extensa propiedad agrícola ganadera que estuvo abandonada por más de 30 años, llamada El Pincal. Se encuentra a 25 km de Lagunillas, que es la capital de la provincia Cordillera; allí me dediqué a la crianza de chanchos, de ganado vacuno y a la agricultura. Trabajé mucho. Introduje 100 cabezas de ganado vacuno, 100 chanchos y los correspondientes sementales. Tenía a mi servicio 30 peones y a los dos años ya habíamos desmontado más de 60 ha de terreno.

Yo había creado las condiciones para producir 1 000 chanchos al año, ese era el propósito, por eso producía abundante maíz, jocos, zapallos, yuca, caña, papas y hasta arroz. Estaba feliz de los éxitos obtenidos. Luego supe que gente extraña había comprado Ñacahuasú, no tanto como gente extraña, porque antes conocíamos al señor Roberto Peredo y al señor Jorge Vargas, que resultó ser Vázquez Viaña.

Estos señores iban y venían, no había por qué tenerles desconfianza. Bueno, usted sabe que el que nada hace nada teme. Ellos querían comprarme mi finca El Pincal, pero yo no quise vender mi hacienda, ella constituía la culminación de la mayor ambición de toda mi vida. Yo me sentía seguro y sin miedo al porvenir. Ante mi negativa estos jóvenes buscaron al mismo señor Villa que me vendió El Pincal; era un señor raro, que cazaba tigres, y le gustaba criar víboras. Villa fue quien vendió Ñacahuasú a los guerrilleros, que era una especie de prolongación de El Pincal.

Coco Peredo y Vázquez, construyeron allí una casa tipo be-

niana que es conocida con el nombre de la casa de calamina. Ellos se movilizaban en dos *jeeps* Toyota. La propiedad no se notaba que prosperara, fue entonces que comencé a dudar de la sinceridad de ellos y pensé que la habían comprado para fabricar cocaína.

Al escuchar a Algorañaz recordamos las preocupaciones del Che acerca de la finca, cuando escribió el 21 de noviembre: [...] *Jorge se quedó con nosotros, pero en la casa; allí dirigirá trabajos encaminados a mejorar la finca. A Rodolfo le pedí un agrónomo de confianza. Trataremos de que esto dure lo más posible.*

Algorañaz continuó:

Nadie en realidad conoció la verdad del plan guerrillero. La mejor prueba de ello, es que en ese año, 1967, Coco Peredo y Vázquez Viaña pasaron la fiesta de carnaval en la misma comparsa con el jefe de la IV División de Camiri y otros jefes y oficiales también.

Cierta vez hablé con el subprefecto de Lagunillas, Ernesto Barba, y le dije mi preocupación sobre estos jóvenes que estaban fabricando cocaína, y él me respondió que esa plata iba a beneficiar a todos los que vivíamos en Lagunillas.

Aquellos jóvenes charlaron conmigo por unas cuatro veces. La primera vez para tratar de comprarme la propiedad, la segunda, para comprarme madera aserrada para construir la casa de calamina, la tercera para comprarme algunas gallinas y pavos, y por último cuando uno de sus vehículos se había caído a una quebrada, para que yo lo timoneara,² en gratificación, lo recuerdo, me regalaron un quintal de azúcar que muy bien lo necesitaba para endulzar la yerba de mi gente.

En aquellas oportunidades en que charlábamos, no los escuché hablar nada de política, ni me hicieron preguntas que pudiera sospechar sus propósitos. Por eso considero que muy bien se supieron mimetizar, así como también después comprendí que estos jóvenes estaban bien instruidos o bien asesorados para la guerra de guerrillas.

² Manejara. Usar el volante o timón para conducir una movilidad.

La zona de Ñacahuasú era inmejorable para estos fines, porque al final del río comienza la pradera de Masicuri. Es una zona selvática y muy buena porque posee agua, abundan los animales y las frutas, es una zona propia para la caza, donde parece que los guerrilleros pensaban trasladarse.

En marzo, cuando llegaron el capitán Silva y Epifanio Vargas con 40 soldados de la IV División —era entonces comandante el coronel Humberto Rocha—, me pidieron permiso para quedarse en mi casa; momento fatal para mí, porque desde entonces comenzó mi ruina; el ejército me comió todo, declararon mi tierra zona militar, y desde ahí se condujeron a Ñacahuasú. En el momento en que hubo el choque con el ejército, el 23 de marzo, yo estaba en Camiri, de ahí me metieron preso a mí y no me dejaron volver a El Pincal.

Entonces agarraron a Tomás Rosales, mi peón, y le dieron palos, lo masacraron, después de varios días detenido lo llevaron a la celda donde me tenían a mí preso. Le dije: “Don Tomasito, ¿qué pasa, por qué lo han traído a usted? Usted no ha tenido que ver nada con esta cuestión”. Entonces él dice: “¿Qué quiere que haga? Quieren que yo hable en contra de usted, que yo diga que usted llevó víveres en abundancia para los guerrilleros y armamentos. Me han masacrado. Como yo no sé leer ni escribir, han escrito harto en máquina y me han hecho hacer, con los dedos, las huellas”.

Mire, ¡cuando me entero de la señora declaración leonina que a su legado antojo ellos escribieron, me indigné! Entonces, don Tomás Rosales, se hace el desmentido, más o menos a las doce del día, cuando llevaban de comer nuestros familiares a las gentes, a los detenidos. Más o menos había 40 personas ahí presas, entonces yo me quedé estupefacto, no supe a qué atinar.

Había allí un muchacho de Tarija, Eduardo Peña Garica, y dijo:

“¡Señores, hoy por mí, por ti mañana! Se trata de un hombre que no tiene nada que hacer y estos sinvergüenzas quieren empelotarlo³ y nada más. No tiene ningún delito. A ver, don Tomás, diga usted, ¿por qué lo han apaleado?”

Eduardo Peña reunió a todos ahí y don Tomás relató todo. Los

3 Envolverlo, implicarlo.

soldados intervinieron y lo incomunicaron y a los demás nos metieron juntos como sardinas en una celda.

Al día siguiente, nos abren la puerta y salimos a hacer las necesidades. En la celda de Tomás Rosales Vargas no había nadie, ya eran las nueve y se arma un alboroto y dicen: “¡Ahorcado Tomás Rosales Vargas!” Apareció muerto.

Él lo único que sabía era dedicarse a la cacería para proveer de carne a mi casa, y apareció ahorcado con un cinturón que deja mucho que desear y que pensar.

Ciro Algarañaz se notaba apesadumbrado al relatar la forma en que murió el vallegrandino, aquel peón que un día pidió integrarse al grupo de hombres de la casa de calamina porque el nuevo capataz lo maltrataba.

Tomás Rosales era un hombre que tenía destreza para desenvolverse en el monte, por eso lo utilizó Algarañaz para espiar a los guerrilleros. Era muy conocedor de la zona de Ñacahuasú. Noche a noche y día a día, entre los matorrales y el maíz, Tomás merodeaba la casa de calamina, y pasaba por el río y otros lugares cercanos. Tan pronto veía entrar un *jeep* iba detrás para espiar, se ocultaba y cuando estaban bajando las cosas, se aparecía de repente.

Al conversar con Benigno sobre la actitud del vallegrandino, explicó:

Yo pienso como el campesino que he sido siempre y como todas estas cosas me llamaban la atención [...] Porque el campesino de por sí, es muy curioso, y la curiosidad viene dada, precisamente, por lo apartado que vive de la civilización, y cuando hay algo que para él es extraño, quiere saber. Era lógica la curiosidad por saber qué hacíamos y por qué estábamos allí. Para aquellos campesinos, peones de Algarañaz, específicamente el vallegrandino, éramos gentes para examinar, indagar.

Por todo lo que el vallegrandino llegó a conocer o descubrir sobre nuestras actividades, podíamos decir que tuvo un gesto de complicidad con nosotros. Ciro lo utilizaba en la caza de animales de la selva para darle de comer a sus peones; pero también lo mandaba a espiar, concluyó.

En la entrevista que sostuvimos con Ciro Algarrañaz, reconoció que el vallegrandino espía a los guerrilleros por órdenes suyas. Sobre este aspecto manifestó:

A Tomasito yo le decía: “Oye, el movimiento que hay acá es excesivo y no se ve nada, cuando usted vaya, vea. Cuando usted vaya a cazar, fijese”; pero nunca me dijo nada, ni del guante que se le perdió a Pombo y que él encontró, tal como dice el Che en su Diario. Parece que le encargaron que nunca me dijera nada, y él fue fiel a sus amigos.

Yo no sé por qué tuvieron desconfianza en mí. Yo, sin ser un magnate, sin ser un terrateniente, nada más porque tenía unos cuantos peones, porque yo no soy de derecha, yo he sido del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) del sector de izquierda.

Jorge Vázquez me visitó cuando el cumpleaños de mi mujer y me llevó un par de cervezas. Daba gusto hablar con él. Era muy suave, tierno, espontáneo; Peredo igual.

Después de nueve meses preso, mi finca estaba destruida. El 3 de mayo de 1968 salió el fallo del Tribunal Supremo de Justicia Militar, donde se plantea que salga absuelto y que me entreguen la finca, pero la habían hecho polvo, se llevaron hasta las puertas. No quedó nada.

Ninguna de las veces que yo estuve en Ñacahuasú conocí ningún campamento guerrillero, ni me solicitaron ayuda los guerrilleros. Cuando el *jeep* de Roberto Peredo se volcó, dos veces llegó a mi casa para que yo lo ayudara; así lo hice con mi gente y mi movilidad para sacarlo de una quebrada en que se metió, creo que es deber para cualquier persona que se encuentre en un trance de esa naturaleza.

A mí nunca me dijeron cuál era la intención, así que yo ignoraba absolutamente su finalidad. Para mí hubiera sido un honor haber aportado al gran ideal del señor Guevara, porque hombres como ese muy pocos quedan.

Yo ni siquiera conocía al ilustre y magnánimo hombre don Ernesto Che Guevara, porque como le dije anteriormente, para mí habría sido un orgullo haberlo conocido, pero no fue posible. Hubiera sido un orgullo colaborar en forma oficial.

Si así hubiera sido todos mis sufrimientos habrían sido justos y yo sería feliz, pero hubo un cierto hermetismo por parte de ellos que no fue posible ni siquiera saber ni remotamente de los planes que tenían.

El asesinato de Tomás Rosales Vargas, el vallegrandino, fue conocido por todos los habitantes de Lagunillas, quienes cuentan que su cadáver, al igual que el de otros campesinos, fue lanzado a la selva desde un helicóptero.

Rosales denunció la injusta acusación que se preparaba contra Ciro Algorañaz. No fue el único encarcelado en esta primera ofensiva del ejército. La prensa de la época reflejó que los campesinos eran apresados por sospechar de ellos como enlaces, colaboradores, informantes, simpatizantes de los guerrilleros, o simplemente no confiables al ejército.

Junto al vallegrandino y a Ciro Algorañaz, permanecieron detenidos más de 40 campesinos de esta zona. A esta primera redada le sucedieron otras en Muyupampa, Masicuri, Samaipata, Florida, Moroco, Comarapa y en la región de Vallegrande, donde según informaciones periodísticas, nunca se supo lo que le sucedió a Jorge Ramírez, líder campesino, militante del MNR, desaparecido en la zona cercana al río Mizque, quien mostró simpatías por los guerrilleros y la disposición para integrarse a ellos junto a un grupo de campesinos.

A 20 años de estos crímenes, los pobladores no los han olvidado, e indignados los condenan.

LOS COMBATES DE ABRIL

[...] *Habían salido peones guaraníes que informaron que el Ejército: cerca de 150 hombres se habían retirado ayer y que el dueño de casa había salido a depositar su ganado lejos ...*

Escribió el Che el 4 de abril de 1967.

La información la ofrecieron los peones de las haciendas de Tiraboy y Pirirenda. Se referían a una compañía del ejército conformada por 150 hombres del Regimiento II “Bolívar”, la que en coordinación con otras tres, penetraron por diferentes sectores para cercar toda la zona guerrillera.

El día 10 de abril, una de ellas chocó, en dos ocasiones, con los guerrilleros en las zonas de Ñacahuasú e Iripití.

A las diez y veinte de la mañana ocurrió el primer combate, en el cual fueron hechos prisioneros 15 soldados. Al interrogarlos, la tropa guerrillera conoció que pertenecían a una compañía de 100 hombres, de los cuales 15 fueron a acompañar a un grupo de periodistas al campamento guerrillero, que las fuerzas mayores estaban en El Pincal, así como 30 en Lagunillas. Este grupo de soldados estuvo durante varios días perdido en el monte, sin agua y sin alimentos.

El segundo encuentro ocurrió a las 17:00 horas. Quedaron sobre el terreno, armas, municiones, muertos, heridos y prisioneros. El Ejército de Liberación Nacional de Bolivia tuvo que lamentar su primera baja en combate: Jesús Suárez Gayol (*Félix o Rubio*).

En los primeros días del mes de abril, la tropa guerrillera formada por 24 bolivianos, 16 cubanos, 3 peruanos y 2 argentinos, se movilizó hacia las haciendas de Pirirenda y Tiraboy con el propósito de salir hasta el poblado de Gutiérrez para dejar a Regis Debray y a Roberto Bustos.

El día 4 de abril, los guerrilleros encontraron huellas de guardias y restos de las raciones individuales de comida norteamericana; así como ropas, aceite, azúcar, platos, balas, equipos y una boina de paracaidista.

A las 18:30 horas del mismo día, llegaron a la primera casa,

cuyo propietario resultó ser el señor Arturo Pinto. Allí los peones guaraníes les informaron que el ejército, cerca de 150 hombres, se había retirado el día anterior y que el dueño de la casa había salido a trasladar a su ganado lejos.

Unos campesinos de la hacienda acompañaron a Jorge Vázquez Viaña, Aniceto Reinaga y a Coco e Inti Peredo hasta una segunda casa. Los propietarios de esta hacienda, Chicho Otero y Neida Pinto, no estaban; pero cuando llegaron informaron que una compañía del Regimiento II “Bolívar”, estuvo allí, y salió en la mañana, que los militares tenían instrucciones de bajar por la quebrada de Tiraboy, pero eligieron otro firme y que en Gutiérrez no había guardias ese día, aunque regresarían al siguiente.

Con esta valiosa información, el Che tomó la decisión de retroceder a Ñacahuasú. Era el 7 de abril y no pudieron acercarse a la base de la guerrilla porque los militares se encontraban en la zona.

Al respecto, el Che anotó el día 8 en su Diario: [...] *Los guardias han tomado el campamento y están haciendo recorridos de exploración por las lomas [...]*.

Durante el día, los exploradores examinaron las rutas para llegar a Gutiérrez, mientras la aviación sobrevolaba los alrededores, maniobrando para bombardear.

El día 10 de abril amaneció tranquilo, los combatientes se preparan para abandonar el río Iripití, pensaban tomar rumbo a la quebrada explorada por Manuel Hernández Osorio para llegar a Pirirenda; pero a media mañana, Restituto José Cabrera Flores, avisó que 15 soldados caminaron río abajo hacia donde estaba la tropa. Decidieron esperarlos. El Che envió a Carlos Coello hasta el lugar donde estaba situada la emboscada para que estuviera listo a informar cualquier movimiento del enemigo.

La espera se hizo lenta y silenciosa. El encuentro con el ejército se avecinaba, los guerrilleros situados en sus puestos se aprestaban serenamente a cumplir las órdenes del Che.

De pronto, el silencio quedó interrumpido por los disparos y comenzó el combate que Inti describió de la siguiente forma:

“A las diez de la mañana del 10 de abril, nuestra retaguardia que estaba emboscada avistó una patrulla del ejército de varios hombres. La dejó avanzar hasta una distancia prudente. Veinte minutos más tarde comenzaba el combate con un saldo de 3 muertos, 1 herido y 7 soldados capturados. En nuestro poder cayeron también seis fusiles Garand con una carabina M-1 y cuatro fusiles máusers. Por nuestra parte perdimos al Rubio”.

Alberto Fernández Montes de Oca también se refirió a la caída de Suárez Gayol. En su diario expresó que a las diez de la mañana escuchó un tiroteo a la entrada del arroyo, que salió para el lugar y a 50 m antes de llegar sintió que alguien se quejaba y se encontró al Rubio en el suelo, con un tiro en la masa encefálica; a las 11:30 escuchó cuando Pombo dijo: “Ha muerto”.

El Che anotó que cuando lo encontraron: [...] *su garand estaba trabado y una granada, con la espoleta suelta, pero sin estallar, estaba a su lado* [...].

SEGUNDO COMBATE

Los guerrilleros se encontraban cercados. El ejército había movilizado a 174 soldados del Regimiento II “Bolívar” de Artillería; de Viacha; 85 de la Escuela de Clases de Cochabamba; 71 del Centro de Instrucción de Operación de la Selva; 45 del Regimiento II de Infantería Sucre. Además, miembros de las Fuerzas Aéreas y los 1 103 soldados de la IV División en Camiri. Más de 1 500 hombres para combatir a los 36 guerrilleros de Ñacahuasú. Casi 50 soldados por cada guerrillero.

El segundo combate comenzó a las 17:00 horas. Acerca del mismo el Che relató: [...] *En primera instancia había ordenado el repliegue pero me pareció lógico dejarla así. Cerca de las 17 llega la noticia de que el Ejército avanza con grandes efectivos. Ya no me queda sino esperar. Mando a Pombo para que me dé una idea clara de la situación. Se oyen disparos aislados durante un rato y retorna Pombo anunciando que volvieron a caer en la emboscada, hay varios muertos y un mayor prisionero.*

Una fracción de la compañía que comandaba el mayor Rubén Sánchez Valdivia, entró en la emboscada organizada por

Eliseo Reyes, quien la había adelantado unos 250 m antes de la primera.

En este segundo encuentro, el saldo volvió a ser victorioso para la guerrilla. Se ocuparon una browning, un mortero, quince granadas, cuatro M-3, dos M-1, cinco fusiles máuser y muchas otras armas. El ejército, por su parte, tuvo siete muertos, seis heridos y trece prisioneros, entre ellos, el jefe de la columna, mayor Sánchez Valdivia.

CORONEL RUBÉN SÁNCHEZ VALDIVIA

A casi 20 años, llegamos a la ciudad de Cochabamba, rodeada de valles, en cuyo lago Angostura se retrataban las pequeñas elevaciones cercanas a sus márgenes.

En la ciudad de verde valle, nos encontramos al coronel Sánchez Valdivia, el ex prisionero de los guerrilleros.

Antes de conocerlo, sabíamos que había nacido en el poblado de Totora, que era hijo de un latifundista y de una señora de origen humilde a cuyo lado creció.

En 1945, se graduó de militar con el grado de sargento. Fue ayudante de división, de regimiento y comandante de compañía. En 1960 pasó el curso general de la Escuela de Armas de Cochabamba, donde posteriormente trabajó como profesor. Viajó a Panamá donde estudió armas modernas y táctica y estuvo en la dirección del Instituto del Estado Mayor Boliviano.

Al caer prisionero de los guerrilleros, su comportamiento motivó que fuera designado para una importante misión: la de difundir el Comunicado No. 1.

Harry Villegas, al referirse a él, escribió en su diario: “[...] Este oficial se comporta con dignidad [...]”

Participó activamente en el gobierno progresista del general Juan José Torres. En el año 1971 resistió junto al pueblo el golpe de Estado militar que destituía al gobierno de Torres. Perdió a uno de sus seres más queridos: su hijo Rubén, víctima de la brutal represión. Su hija también sufrió cárcel y torturas y él fue obligado a salir al exilio.

Años más tarde regresó a su patria y fue reincorporado al ejército, donde alcanzó el grado de coronel.

Sánchez recordó aquellos días de abril de 1967, cuando cayó prisionero. De su entrevista es el siguiente relato:

En el año 1967, yo estaba pasando la escuela de armas y fui movilizado hacia el teatro de operaciones de Camiri. Llegué aproximadamente en el mes de marzo, cuando ya se había suscitado la primera emboscada en el cañadón de Ñacahuasú.

A partir de nuestra llegada se comenzaron a planificar las acciones tendientes a neutralizar las operaciones de los guerrilleros. Lo cierto es que todas las planificaciones se hacían en función de las informaciones generadas por el mayor Hernán Plata y el capitán Augusto Silva y demás soldados ex prisioneros del primer combate de la guerrilla. Para ellos había 1 000 o 2 000 guerrilleros en los campamentos de Ñacahuasú, e incluso, afirmaban que tenían aviones.

El día antes del combate, la aviación tenía que hacer un ametrallamiento y bombardeo en la zona donde estaban los guerrilleros, íbamos orientados ante la topografía por uno de los que había desertado, él indicaba si había una curva o una piedra grande, o lo que había en cada trecho del cañadón.

Fue uno de los primeros que se escapó y se entregó. Cuando estábamos cerca del campamento, comenzó la aviación a lanzar sus bombas y los aviones pequeños a ametrallar.

En realidad yo no creía en la presencia de los guerrilleros. Había factores que determinaban esa falta de creencias, porque desde el 23 de marzo no habían sacado los cadáveres de la primera emboscada; y el general René Barrientos parecía que estaba armando un panorama político subversivo para poderse declarar dictador. Eso se comentaba mucho dentro del ejército y de las Fuerzas Armadas.

Cuando yo llegué a la quebrada que me asignaron, recién tuve seguridad de la presencia de los guerrilleros; porque había trincheras preparadas en forma de círculos, tal como nosotros habíamos estudiado en problemas de la guerra.

Yo tenía el papel fundamental en esa operación, penetrar en el cañadón. Comenzamos el 3 de abril, cuando fui a tomar la parte que me correspondía, todo el batallón, de unos 140

soldados más o menos, estaba atemorizado, tanto los oficiales como clases y soldados, todos en general.

No se podía comandar la unidad de acuerdo con las modalidades de la guerra que hubiera sido colocarse el comandante al centro, y a través de esa posición conducir la tropa.

Había que colocarse contra todas las normas, a la cabeza, para poder dar ánimos y moral a los soldados y marchar delante de ellos. Eso fue lo que tuve que hacer para poder llegar a la boca del cañadón.

Llegué allí a las seis de la mañana, más o menos, teníamos que permanecer ese día, y pasar el 4 en la madrugada al cañadón. Es decir que por cualquier lugar que penetráramos seríamos abatidos por el fuego de los guerrilleros. Todo estaba bien coordinado. Al ver las excavaciones pude comprobar que realmente había una organización con una defensa de campamento guerrillero. Penetramos un poco más y encontramos uno y otro más, en total, tres campamentos.

Al final del campamento tenían un área para conferencias, con sillas y bancos de madera, un atrio más subido, muy bien organizado y volví al cañadón rápidamente y comencé al trote con toda la tropa. De esta manera llegué a la casa de calamina. Pero al pasar, encontramos los cadáveres de la primera emboscada.

Permanecemos en la casa de calamina desde el 4 de abril hasta el 10, porque el 9 recibimos la misión de hacer patrullaje, tanto hacia el cañadón nuevamente como hacia Gutiérrez, y siguiendo el curso de agua del río Ñacahuasú hasta Iripití.

Con esa disposición yo no estaba de acuerdo, era sumamente peligroso mandar patrullajes por pelotones porque era fácil aniquilarlos. Hice presentación de mi punto de vista, pero no me aceptaron. Al día siguiente hubo que continuar, de modo que envió tres fracciones y me quedé con la reserva.

Hacia las once de la mañana hacen la emboscada en Iripití, y a las tres de la tarde, recién llegaron un oficial y dos soldados que lograron escapar. Ellos estaban en estado de psicosis, desesperados, de modo que no pude regresar con ellos, no quisieron ir.

Al referirse a la entrada de Sánchez a la zona de la emboscada, así como a su apresamiento, Inti escribió: “Inexplicablemente, esta columna entró confiada a nuestra emboscada, sin tomar ninguna medida de seguridad. Cuando se les abrió fuego trataron de buscar protección. Como no encontraron dónde cubrirse se dispersaron y el resto de la tropa huyó internándose en el monte. Comenzamos entonces una persecución con tiros esporádicos contra los soldados. En ella Coco apresó al Mayor Sánchez, a quien Rolando que estaba cerca lo conminó a que diera la orden de rendición a su tropa. Sánchez ordenó a su gente que se retirara”.

Acerca de este análisis de Inti, el mayor Sánchez respondió:

Yo suponía que después de la emboscada, los guerrilleros iban a continuar su marcha en el marco de la táctica guerrillera de muerde y huye, pero lo que hicieron fue adelantar el lugar de la emboscada, unos 600 m. Íbamos con el otro soldado que se escapó de la anterior, él me conducía y me dijo que todavía faltaba medio kilómetro para llegar. No pasaron cinco minutos cuando el suboficial que iba delante de mí cayó muerto y mi ayudante que estaba detrás de mí cayó herido. Entonces el combate fue intenso por unos cinco o diez minutos en el que caen alrededor de once muertos, cuatro heridos y bastantes prisioneros. Todo creó tal psicosis en el resto de los soldados que huían o se entregaban. Quedé yo solo porque los que estaban a mi alrededor se encontraban muertos o heridos y los que estaban más atrás habían huido. Yo llevaba como 40 soldados.

Recuerdo que los guerrilleros decían: “Ríndanse, no les vamos a hacer nada, entreguen las armas, levanten las manos”. Cuando trataba de salir por el ala izquierda y creíamos que nos habíamos zafado del cerco de la emboscada, tres guerrilleros nos gritaban del costado izquierdo que nos rindiéramos.

Continuamos disparando hacia ellos, pero a la espalda nuestra había otros guerrilleros que nos agarraron las armas sin necesidad de tirar un tiro. De esa manera se produjo mi apresamiento.

Ya en presencia de Inti, él me pidió que gritara para que se rindiera el resto, pero ellos disparaban y se replegaban. Fue imposible gritar que se rindieran. El momento fue demasiado

duro y violento, ver a mis soldados en el agua, muertos o heridos, me dio valor para enfrentarlo. En ese momento trataron de sacar mi revólver del cinto, que aún mantenía, pero yo no lo permití, saqué el revólver, vacié los cartuchos, me lo volví a poner y le dije: “Esto me cuesta mi plata”.

Me quitaron la metralleta y me llevaron a un lugar donde trataron de crearme psicosis de fusilamiento, pero cuando vieron, seguramente, que no lograron crear en mí una situación de cobardía, el mismo Inti me llevó a otro lugar donde me invitó a sentarme y comenzamos a conversar.

Le explicamos a Sánchez que en su libro *Mi campaña junto al Che* Inti explicó: “Nuevamente me tocó interrogar a los prisioneros. Nos dijeron que formaban parte de una compañía, que estaba río arriba, en Ñacahuasú, que había recogido sus muertos y tomado el campamento [...]”

Continuó Sánchez:

Efectivamente, Inti me interrogó, pero antes, la columna guerrillera del Che había tomado provisiones para poder hacer ver a los oficiales que había muchas gentes allí en el campamento.

Los guerrilleros nos colocaban en un lugar donde pasaban y volvían a pasar delante de nosotros. En aquella situación de psicosis, crearon condiciones para hacer creer que había cientos de guerrilleros. Inti me dijo que había mucha corrupción en el gobierno militar y me preguntó: “¿Qué es lo que está defendiendo usted?” y dijo que ellos tenían planes de beneficiar a los sectores pobres del país. Calculaban que la lucha duraría unos 10 años hasta que pueda prender en otros países. Que en determinado momento había un levantamiento de carácter continental, que era oportuno que yo reflexionara. Ellos necesitaban hombres valientes y que me quedara con ellos con una fracción de soldados.

Yo le respondí haciendo una defensa de la posición de los militares, que no iba a traicionar a mis Fuerzas Armadas, y que no aceptaba su invitación. Él me dijo que no importaba por ahora, quizás para entonces usted habrá hecho conciencia

de lo que es nuestra lucha, el porqué de ella, y entonces usted aceptará mi proposición.

Después de esa conversación, ya de noche, nos fuimos a un lugar donde había una fogata y como el combate se había desarrollado dentro del río, la mayor parte estábamos mojados, tanto ellos como nosotros y la fogata nos venía muy bien a todos. Esto hizo posible que otros guerrilleros vinieran a conversar, particularmente uno que después supe que era Marcos. Él conversó bastante conmigo, mandó a preparar un café que tenía en su bolsillo y prepararon una taza de café, yo deseaba que fuera para mí, pero pensé que él se la iba a tomar, pero no, me la ofreció a mí con mucho respeto.

Ahí pude apreciar el sentido humano del hombre, un acto muy noble de Marcos, porque estábamos con mucho frío, yo no quise aceptar, pero él no me lo permitió. Me dijo que lo había preparado para mí, agradecí mucho ese gesto, nunca lo he olvidado.

También estuve frente a Rolando, realmente era un hombre aguerrido. Lo admiré. Recuerdo que corría velozmente, de un lado para otro, era como una ardilla, con mucha agilidad.

Le recordamos las orientaciones que el Che le dio a Inti: [...] *Se dejó a Inti con la retaguardia para acompañar a los prisioneros y dejarlos en libertad, amén de buscar más armas regadas [...].*

Así que en la mañana, cuando clareaba el día, vino Inti y me dijo que me iban a devolver los cargadores de mi revólver y me pondrían en libertad. Que podía llevarme a los heridos y a los muertos, y con trato diplomático nos hizo formar un círculo y dirigiéndose a los soldados les dijo que a ellos les dolía que hubiera muertos y heridos y que si los volvían a mandar a nuevos combates que vengan tranquilos, que lo único que tenían que hacer al escuchar el primer grito de que se rindan, era tirar el fusil y pasarse al lado de los guerrilleros, que no tuvieran ningún temor porque ellos sabían que venían bajo presión y bajo órdenes militares y por lo tanto no podían negarse, que vengan cuantas veces los manden, pero que tengan esa actitud y no tendrán ningún problema. Fue una especie de arenga muy aleccionadora.

Después le dijo que por favor, les regalaran los uniformes y que a cambio les darían ropas de civil. Él dijo que las ropas de ellos eran viejas y que querían que les regaláramos las botas, pero que no podían darnos zapatos a cambio porque no tenían, hasta yo me sentí aludido en esa situación pero él dijo: “Menos el mayor Sánchez”.

Luego, los soldados se sacaron las botas, cargamos a los heridos y al teniente muerto. Ahí se suscitó una charla donde yo dije: “Otra vez ustedes no van a permitir que saquemos los cadáveres, y se van a podrir, ustedes han actuado de manera inhumana en este sentido”.

Inti respondió: “Nosotros no somos inhumanos, sus camaradas por cobardes no han venido a recoger los cadáveres, nosotros les hemos dicho que vengan, no nos pueden culpar de que se hayan podrido. De modo que si usted quiere se los llevan ahora mismo o vienen a recogerlos después”.

Nosotros seguimos adelante, ellos nos acompañaron unos kilómetros y nos dejaron. Yo me encontré con un batallón, les pedí que esperaran un poco porque no quería que persiguieran a los guerrilleros que nos acompañaban. Luego volvimos y recuperamos a todos los heridos y muertos y con todos regresamos.

Le hablamos al entrevistado sobre: Ñacahuasú, la zona escogida para establecer los campamentos, y dijo:

El área donde se encontraba la guerrilla, era propicia para el entrenamiento porque era un lugar desolado, silencioso, la vegetación era ofensiva, pero como área de combate, y como área de subsistencia de la guerrilla en operaciones no se justificaba, porque el mismo campamento de Ñacahuasú, a su alrededor, unos 20 km era desolado completamente, después de unos 20 o 30 km era que comenzaba a haber algunas casas de campesinos pero muy separadas. Ellos habían preparado emboscadas para proteger los campamentos y para que no los descubrieran, pero fueron descubiertos cuando aún no estaban creadas las condiciones.

Los interrogatorios a los dos desertores y al prisionero fueron encargados a un agente de la CIA al que le llamaban doctor

González y a otros agentes más que viajaron a Camiri junto a Toto Quintanilla, jefe del Servicio de Inteligencia del Ministerio del Interior.

De mi conversación con los guerrilleros, yo comprendí que ellos luchaban por los pobres, y me interrogaba: ¿Por qué razón entrábamos a pelear nosotros? ¿Qué defendíamos? ¿A quién defendíamos? Al menos ellos —los guerrilleros— defendían a los pobres, de eso me di completa cuenta.

Todos los militares que de una u otra forma hemos participado en las guerrillas de 1967, nos encontramos situados en cargos importantes, al mando de unidades. Algunos identificados plenamente con posiciones políticas de avanzada, en otros casos, por lo menos, con posiciones progresistas, defendiendo el proceso democrático constitucional. Es una prueba concreta de que la presencia de la guerrilla del Che tuvo sus efectos y encontró oídos receptivos dentro de las Fuerzas Armadas. No solamente ese fenómeno se presentó en el ámbito civil y particularmente en el ámbito obrero y popular, en los sectores políticos de izquierda, en el estudiantado, y en el campesinado, en la intelectualidad, sino que eso ocurrió también en el seno de las Fuerzas Armadas, que a partir de aquel entonces comenzó a sentir mayor preocupación por los problemas de los obreros y campesinos y de los sectores empobrecidos del país.

Por ejemplo, cuando yo estaba de comandante en el Regimiento Colorado, el general Alfredo Ovando reunió a los oficiales en una unidad y dijo: “Nosotros tenemos que tomar las banderas de lucha del Che, pero con otros métodos, con métodos pacíficos, porque si no tomamos las banderas del Che, puede volver a surgir otro movimiento guerrillero de mayor magnitud que el que tenía el Che”.

El general Alfredo Ovando y Juan José Torres fueron los generadores de la instalación de los hornos de la fundición de Vinto en Oruro, a pesar de que el imperialismo norteamericano se oponía tenazmente.

Esto surgió de la preocupación por el pensamiento y las banderas del Che.

El general Torres mostró una posición tan contundente contra el imperialismo norteamericano que no ha habido gobierno ni

civil ni militar en mi país que haya expulsado a los miembros de la organización del Cuerpo de Paz —organismo que responde a los intereses de la CIA y que ha penetrado en todos los países latinoamericanos.

Él fue quien los echó de Bolivia lo que constituyó una actitud objetiva de una posición antiimperialista. Es decir, todo un general formado en los cánones y las normas reglamentarias y estatutarias con que nos forman a los militares. Ese es el resultado de esa admiración al Che, es el resultado del contacto con la lucha de Che en Ñacahuasú.

Si analizamos el origen mismo de esta situación, el mayor arranque, el mayor impulso ideológico y político en Bolivia, surge a partir de la presencia y la muerte del Che.

Esa preocupación social, económica y política que dejó el Che, sigue marchando y precisamente por estar en los mandos militares, personas ya con algún nivel de conciencia y convencimiento de la política nacional, en estos momentos son los que han garantizado el proceso democrático, dándole la lucha ideológica a los sectores más reaccionarios del país.

Sánchez se quedó pensativo. Entonces le recordamos lo que escribió el Che el día 11 de abril: [...] *Se le dieron dos partes No. 1 al mayor con el compromiso de hacerlo llegar a dos periodistas. El total de bajas se descompone así: 10 muertos, entre ellos 2 tenientes, 30 prisioneros, un mayor y algunos suboficiales, el resto soldados; 6 están heridos, uno del primer combate y el resto del segundo.*

Inti me entregó el parte No. 1 en dos copias para hacerlo público a través de *Radio Zararenda*, en Camiri, y contraí ese compromiso de hacerlo llegar a la prensa y cumplí mi palabra.

Yo entregué una de las copias al comandante David Lafuente y la otra la llevé conmigo. Estando en Cochabamba se la entregué a mi hermano Gustavo Sánchez, periodista en aquella época del matutino *El Diario*, para que él la lleve al periódico y la divulgue. El 1ro de mayo, el Comunicado No. 1 fue publicado en el periódico *Prensa Libre* en Cochabamba y retransmitido por la radio.

Nos despedimos con el compromiso de reiniciar en otro momento la entrevista para conocer acerca de la participación de Sánchez en las acciones contra el grupo de la Retaguardia comandado por Juan Vitalio Acuña.

El día 11 de abril los guerrilleros trasladaron todo el equipo capturado y lo depositaron en una cueva preparada por el guerrillero Julio Méndez Korne. Después, el Che ordenó salir para el campamento antiguo.

El día 12, a las seis y treinta de la mañana, el Che se reunió con los combatientes, menos los cuatro de la resaca, para hacer una pequeña recordación al Rubio e hizo un llamado a la integración del ejército guerrillero, al cual consideró aumentado en su poder de fuego, pero no en cantidad de combatientes.

En las primeras horas de la tarde salieron río arriba, en marcha lenta, con el propósito de burlar el cerco que tendió el ejército a su alrededor.

Al día siguiente, después de quedar divididos en dos grupos para poder caminar con mayor rapidez, llegaron al campamento y comprobaron que el ejército no había descubierto las armas; ni las mercancías y equipos. Todo permanecía igual; los bancos, la cocina, el horno, y los sementeros.

Ya aquí, el Che decidió operar por la zona de Muyupampa con el propósito de dejar a Regis Debray y Ciro R. Bustos encaminados hacia Sucre y Cochabamba.

Mientras, los norteamericanos anunciaban que el envío de asesores a Bolivia respondía a un viejo plan y no tenía nada que ver con los guerrilleros.

El día 15 de abril, después de juntarse de nuevo los dos grupos, se descifró un largo mensaje en el cual se expresaba que Juan Lechín Oquendo, el poderoso líder de la Central Obrera Boliviana conocía sobre la existencia de la lucha guerrillera y la presencia del Che en Bolivia, y que se había comprometido a redactar una declaración de apoyo a la guerrilla, así como enviar hombres para entrenarse.

“Lechín y Jorge Kolle Cueto, miembro del Comité Central del PCB, hacían declaraciones de solidaridad con la guerrilla”, comentaba la radio.

El 16 de abril, marchaba la tropa de combatientes rumbo a Bella Vista, donde experimentarían la inimaginada separación de la guerrilla en dos grupos: la Vanguardia y el Centro, comandada por el Che y la Retaguardia al mando de Juan Vitalio Acuña.

Al frente, los retaban las elevaciones de la cordillera del Incahuasi, a un lado el río Ñacahuasú arriba, hasta Bella Vista, Muyupampa y Taperillas donde librarían nuevos combates.

DOS DESERTORES

Mientras los guerrilleros se preparaban para avanzar hacia el camino Sucre-Camiri con el propósito de sacar a Regis Debray y a Ciro Bustos, el alto mando del ejército se encontraba en extrema agitación por los resultados victoriosos de las guerrillas en los combates del 23 de marzo y el 10 de abril.

Las Fuerzas Armadas, los Servicios de Inteligencia bolivianos y la embajada de Estados Unidos en La Paz, estaban preocupados. Desde mediados de marzo tenían en su poder todas las informaciones proporcionadas por los desertores Vicente Rocabado Terrazas y Pastor Barrera Quintana, quienes fueron interrogados por dos oficiales de la CIA, que viajaron expresamente a Camiri con ese propósito. También tenían el interrogatorio del guerrillero Salustio Choque Choque, quien cayó prisionero antes del primer combate.

Acerca de estos hombres, el Che escribió: *...habían desertado dos hombres de Guevara y la policía había caído en la finca.*

El 27 de marzo señaló: [...] *Es evidente que los desertores o el prisionero hablaron, sólo que no se sabe exactamente cuánto dijeron y cómo lo dijeron [...].*

A través de una fuente de los Servicios de Inteligencia bolivianos, pudimos conocer que Vicente Rocabado había sido miembro de la Dirección Nacional de Investigación Criminal (DIC) y trabajó para la policía secreta del régimen militar, de donde fue expulsado por problemas de corrupción, según se alegó. Entonces, resentido, se interesó en ingresar al grupo político del dirigente Moisés Guevara. Sin que mediaran verificaciones, pruebas de fidelidad y de sinceridad, fue llevado hasta el campamento guerrillero en Ñacahuasú como futuro combatiente.

Allí permaneció desde el 14 de febrero hasta el día 11 de marzo de 1967, cuando salió, en compañía del otro desertor. La versión oficial señalaba que el 14 de marzo la policía había apresado a dos sospechosos que trataban de vender un arma en Lagunillas. Durante el interrogatorio a que fue sometido, Vicente Rocabado proporcionó abundante y detallada información que permitió al alto mando del ejército boliviano

y a sus Servicios de Inteligencia, tener la certeza de que el Che se encontraba en la zona de Ñacahuasú, cuándo, cómo y por dónde había llegado, así como que su seudónimo era Ramón. También tuvieron conocimiento de la existencia de guerrilleros cubanos y bolivianos, la militancia en diferentes partidos políticos, la organización guerrillera, los efectivos presentes en el Campamento Central y los que estaban en exploración, los planes, emplazamientos, sendas, la existencia de radiotransmisores, así como datos sobre los guerrilleros de otras nacionalidades, de Tania y del *jeep* dejado en Camiri en el cual viajaron desde La Paz un francés y un argentino, de quienes también aportaron detalles.

Informó sobre el papel que desempeñaban Coco Peredo y Moisés Guevara y la identidad de los hombres de este que entraron en la guerrilla, sobre la organización guerrillera, la distancia entre los campamentos y la casa de calamina, las rutas de acceso y la ubicación de algunas cuevas y campamentos.

Posteriormente, Rocabado guió al ejército por aire y después por tierra, hasta el Campamento Central y la casa de calamina.

En cuanto a Pastor Barreras Quintana, conocimos que carecía de formación ideológica y espíritu de sacrificio, y a propuesta de Vicente Rocabado Terrazas, salió de la zona guerrillera con ánimo de desertar.

En sus primeras declaraciones a los Servicios de Inteligencia, Rocabado, entre otras cosas, manifestó que había ido a la guerrilla para realizar una misión de información, pensando sacarle algún beneficio a su denuncia.

Sus declaraciones, efectuadas los días 14 y 15 de marzo, obran en el expediente abierto a tal efecto en Camiri a partir de la hoja 30:

“En Oruro tomé contacto con Moisés Guevara, el mismo que me invitó para venir a esta provincia [...] en compañía de seis hombres más [...] con el propósito de tomar contacto con un grupo guerrillero que se encontraba en dicho lugar al mando de un comandante cubano que responde al nombre de Antonio.

”Estuve en Ñacahuasú a unos 40 km más adentro y pude observar que se encontraban gentes armadas con fines de hacer

las guerrillas. Con referencia a mi participación fue netamente de observación y hacer guardias de seguridad por espacio de unas 15 veces, esto por obligación que teníamos todos.

”Las principales cabezas en esta guerrilla eran: Che Guevara, primer hombre que no tuve la suerte de verlo porque se había ido de exploración al mando de 25 hombres más, de los cuales hasta el día de mi venida no había vuelto. O sea, que por referencias supe que llevaba 38 días de exploración, en distintos lugares del Oriente. También pude conocer a los barbudos de nacionalidad cubana que responden a los nombres de Arturo y Antonio, estos son los que le siguen al Che Guevara. También conocí a un argentino de nombre Carlos, dirigente del Comando Guerrillero del Pueblo (CGP). Este llegó recientemente, y hace una semana, llamado por el Che Guevara, también tuve la suerte de conocer a dos peruanos, a uno de los cuales le dicen Chino y se llama Francisco y el otro Médico. También estos son grandes jefes.

”Con referencia a los puntos de posición que conocía, son el lugar donde estuve, una finca propiedad de Coco, como también donde está el grueso de la tropa que es una selva inmensa que no tiene nombre”.

En otro momento de su declaración, afirmó:

“He visto toda clase de armas y un parque de armamento de todo tipo. No tuve oportunidad de apreciar la cantidad, porque se encontraba bajo tierra. También tuve la oportunidad de ver al cubano Antonio manejar bastantes dólares americanos y pesos nacionales bolivianos”.

Al concluir, Rocabado añadió:

“Tengo que agregar que la presente declaración la he hecho de mi espontánea libertad y voluntad, sin ninguna presión de las autoridades, que todas mis intenciones han sido de colaborar al supremo gobierno y estoy dispuesto a seguir colaborando hasta las últimas consecuencias”.

Después de estas revelaciones el ejército cumplió su promesa de readmitirlo en la Dirección Nacional de Investigación Criminal y posteriormente integrarlo a sus filas, donde según algunas fuentes, aún se encuentra.

Inmediatamente que el ejército boliviano obtuvo esta información, solicitó ayuda a la embajada de Estados Unidos en La Paz y a los servicios de inteligencia de Argentina, Brasil y Paraguay, que se comprometieron a mantener un estricto control y una estrecha vigilancia en las fronteras comunes y con ello evitar cualquier apoyo externo a la guerrilla. Igual solicitud a Chile y Perú se encargaría la embajada de Estados Unidos.

A través de testimonios, se ha podido conocer que poco después de la detención de los dos desertores, el coronel norteamericano Milton Bils, agregado militar de Estados Unidos en Bolivia; el oficial de la CIA Edward N. Fogler, jefe de Informaciones de la embajada, John Tilton, miembro de su Oficina de Asuntos Políticos, quienes fungían como funcionarios diplomáticos; y el oficial de la CIA de origen cubano conocido como doctor Mario Eduardo González, viajaron a Camiri con el propósito de interrogarlos y obtener datos exactos, así como realizar una valoración de los hechos en el terreno.

El coronel Milton Bils, se trasladó urgentemente a Estados Unidos para pedir ayuda. En respuesta, se envió de forma inmediata, equipamiento de Rangers-2, municiones, asesores, oficiales de inteligencia y raciones de comida. Él sugirió que el gobierno boliviano solicitara cooperación militar a los gobiernos de Brasil, Argentina y Paraguay; con ese fin, el general León Kolle Cueto, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea viajó a esos países.

El 27 de marzo, el oficial que comandaba el Octavo Grupo de Special Forces de Estados Unidos, teniente coronel Redmond E. Weber, llegó a Bolivia en un avión militar que lo llevó directamente a la ciudad de Santa Cruz. El coronel vino acompañado de un solo oficial superior del grupo, el mayor Ralph W. Shelton, designado para establecer una base de adiestramiento antiguerrillero de emergencia.

El 28 de marzo de 1967, un avión norteamericano llegó a la ciudad de Santa Cruz con 15 instructores que habían adquirido alta capacidad antiguerrillera en Vietnam.

El 4 de abril se anunció que ya se encontraban en el país las misiones militares que con carácter de “observadores” enviaron Argentina, Brasil y Paraguay.

Ese mismo día, el periodista argentino Héctor Ricardo García, corresponsal del semanario *Crónica*, reportaba que el sábado 1ro de abril un gigantesco avión carguero de Estados Unidos, procedente de Panamá, se posó en el aeropuerto militar de Santa Cruz, a unos 1 000 km de La Paz. Se trataba de un C-130, con capacidad para transportar 142 000 libras o 200 soldados y hasta varios vehículos; que condujo pertrechos militares y comestibles destinados a los efectivos que participaban en las acciones antiguerrilleras. Fue descargado de inmediato por personal de la base aérea, donde funcionaba también la Escuela de Aviación.

El material quedó en depósito hasta el día siguiente, en que comenzó a ser trasladado hasta Camiri a través de un puente aéreo formado por aviones DC-3 de Transportes Aéreos Militares (TAM).

El despacho de prensa señaló que horas después arribó un DC-6 de la Fuerza Aérea Argentina que había despegado al amanecer del aeropuerto El Palomar. La nave transportaba armas, materiales bélicos y pertrechos de fabricación argentina.

Este vuelo inició un puente aéreo entre El Palomar y Santa Cruz y los mayores De Lío y Lauría, del ejército argentino, llegaron al frente de la carga y se quedaron en esa ciudad.

El 12 de abril se anunciaba la llegada de cinco expertos militares del comando norteamericano de la zona del canal de Panamá, con el de establecer una escuela de entrenamiento en guerra selvática y actividades antiguerrilleras. Al día siguiente llegaron, procedentes del canal de Panamá, otros dos aviones norteamericanos de transporte con abastecimientos y armas; en uno de ellos regresó el coronel Bills, quien traía la misión de organizar una oficina de coordinación y asesoramiento.

El despacho agregaba que serían aproximadamente 100 los militares norteamericanos que se encontraban en Santa Cruz y en la zona de operaciones de la guerrilla.

El día 14 otro avión. Hércules C-130 de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, aterrizaba en Santa Cruz, en vuelo directo desde Panamá. Venía atiborrado de armamento, equipos, víveres y toda clase de implementos militares, que fueron descargados inmediatamente.

Mientras se desarrollaba este puente aéreo, los oficiales de la CIA continuaron interrogando a los mayores Rubén Sánchez y Hernán Plata Ríos, al capitán Augusto Silva Bogado y al resto de los militares exprisioneros de los guerrilleros. Ellos poseían un álbum voluminoso de fotos y trataban de ubicar a cada uno de los posibles integrantes de la guerrilla.

El 16 de abril, el enviado especial del periódico *La Razón*, de Buenos Aires, informó que tuvo la oportunidad de observar, tanto en Santa Cruz como en Camiri y Lagunillas, la presencia de expertos norteamericanos fogueados en las acciones de Vietnam que formaban un grupo especialmente seleccionado de consejeros militares con la misión de asesorar a los jefes locales de las Fuerzas Armadas bolivianas.

Las acciones victoriosas de la guerrilla, el 23 de marzo y el 10 de abril, fueron valoradas por el propio ejército boliviano como un hecho sorprendente y desfavorable para ellos.

La opinión pública y la prensa nacional e internacional, se hicieron eco de los acontecimientos. Se habló del prestigio de los guerrilleros, de su arrojo y valentía.

Las bajas del ejército en los combates fueron 18 muertos, 9 heridos y 40 prisioneros, además de las pérdidas en municiones, alimentos y abundantes armas.

En las informaciones militares se hablaba de la repercusión de estas acciones en las filas del ejército y el reconocimiento de sus debilidades, tanto en la actuación de sus hombres como en la dirección de las operaciones.

Los soldados prisioneros fueron liberados y los heridos atendidos por los médicos guerrilleros y dejados en lugares accesibles y seguros para que el ejército los recogiera.

Según las informaciones de los Servicios de Inteligencia, la guerrilla constituía un problema serio, y la moral de los oficiales, clases y soldados estaba reblandecida. Los militares que participaban en las acciones transmitían el estado anímico de derrota, de fracaso e impotencia ante la presencia de los guerrilleros.

Se estimaba que aniquilarla no resultaba tan fácil; era una organización de lucha distinta, en la cual se destacaban la

disciplina y experiencia en el combate, y que podía recibir apoyo interno de los intelectuales, movimientistas, maestros, campesinos, estudiantes y mineros, cuya efervescencia revolucionaria era evidente. Además, se comenzaba a desconfiar de los militares con ética profesional que consideraban que la activa presencia norteamericana era un descrédito para el ejército boliviano y mellaba su dignidad.

Las mismas fuentes señalaron que el presidente Barrientos analizó muy seriamente la proposición de la CIA de eliminar físicamente a los oficiales mayor Hernán Plata Ríos y al capitán Augusto Silva Bogado, ante el temor de que ambos hicieran públicas las declaraciones de la efectividad de los guerrilleros, el trato respetuoso que les dieron y, además, porque el alto mando militar había anunciado a los periodistas y familiares de estos que habían sido fusilados por los guerrilleros el 23 de marzo.

Embargaba al dictador Barrientos y a sus adeptos, la confusión y el temor. Compulsionaban a los militares a combatir contra invasores extranjeros a quienes atribuían los más despreciables calificativos.

Sin embargo, los soldados y oficiales encontraban en las filas guerrilleras a bolivianos que como Inti, Coco, Julio, Aniceto, Pablito y otros, les hablaban como hermanos y les explicaban los propósitos populares de la lucha. Apreciaban que los guerrilleros eran hombres con nobles sentimientos, de puros ideales, humanos, que compartían su ración de comida, el poquito de café y curaban sus heridas.

Algunos soldados se preguntaban: ¿Contra quiénes combatimos? ¿Para quién? ¿Qué intereses defendemos?

Según los informes de los Servicios de Inteligencia, un alto jefe militar aseguró ante los periodistas que existían unos 500 guerrilleros. Sus declaraciones aumentaron las contradicciones dentro de las filas del ejército. El malestar era tal, que una compañía de soldados se amotinó en El Pincal y abandonó a los oficiales bajo cuyo mando se encontraban. Posteriormente se presentaron otros amotinamientos y protestas. Los soldados manifestaban que no querían combatir.

El temor y la desorganización habían llegado a un límite incontrolable; se tomaron varias medidas de carácter radical, tales como: represión disciplinaria contra los soldados y oficiales sublevados; licenciamientos o prisión para los amotinados; censura militar; proscripción del Partido Comunista Boliviano y del Partido Obrero Revolucionario; y confinamiento a más de 40 dirigentes políticos a lugares inhóspitos y apartados en el departamento de Pando, en plena selva boliviana. La represión en los campos y ciudades se intensificó.

Un despacho de prensa fechado el 14 de abril de 1967, señalaba que en Camiri fueron arrestados seis campesinos por sospechas de colaborar con los guerrilleros. En casi todo el país fueron detenidos opositores pertenecientes al Movimiento Nacionalista Revolucionario y al Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN).

Ese mismo día el Che anotó: [...] *Se escribe el parte No. 2 para el pueblo boliviano* [...]

Este parte fue una continuación del llamado hecho en el Comunicado No. 1, donde se hizo una importante y necesaria exhortación a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y profesionales para luchar por la independencia económica y política del pueblo boliviano.

El Comunicado No. 2 iba dirigido a los soldados; uno de sus fragmentos expresaba:

“[...] los del Ejército boliviano están enviando soldados bisoños, casi niños al matadero, mientras ellos inventan partes en La Paz y luego se dan golpes de pecho en funerales demagógicos [...]”

“Hacemos un llamado a los jóvenes reclutas para que sigan las siguientes instrucciones: al iniciarse el combate tiren el arma a un lado y llévense las manos a la cabeza permaneciendo quietos en el punto donde el fuego los sorprendiera; nunca avancen al frente de la columna en marchas de aproximación a zonas de combate; obliguen a los oficiales que los incitan a combatir a que ocupen esta posición de extremo peligro. Contra la vanguardia tiraremos siempre a matar. Por mucho

que nos duela ver correr la sangre de inocentes reclutas, es una imperiosa necesidad de la guerra.

”Ejército de Liberación Nacional”.

Recordamos lo que escuchamos en Bolivia en 1985 acerca de los guerrilleros y de los soldados, de la historia que se va transformando en leyenda, y las leyendas que surgen de la historia vivida por el pueblo.

Cuentan que cuando un grupo de soldados permaneció aislado, perdido en el intrincado monte sin alimentos, en las noches, los guerrilleros, que los sabían perdidos, se acercaban a ellos para darles parte de su ración.

Dicen que en los troncos de los árboles dejaban notas a los soldados para que conocieran el llamado del Comunicado No. 2, y supieran que la lucha no era contra ellos; y durante algunos combates, en medio del espeso monte, se escuchaba la voz de una mujer. Luego supieron que era Tania, que a través de un altoparlante les decía: “¡Soldaditos, ríndanse, somos sus hermanos!”

Los guerrilleros Aniceto, Pedro y Moisés, también les hablaban en quechua: “*¡Wukecuna, rindicuychej, Ñokaycuka MANA contrayquchej-pichu caskaycu Kaycu waukecunay-quichej!*” (“¡Hermanitos, ríndanse, no queremos pelear contra ustedes!”)

Y algunos soldaditos dicen haber visto más de una vez la imagen del comandante Guevara aparecer delante de ellos, grande, y elevarse en el extenso paraje.

Un soldado afirmó: “Como una montaña era”.

Describió su imagen barbuda como si fuera el cerro del Yumao, grande grande, extendiéndole la mano, con su mirada bondadosa. Y en lo más profundo de sus ojos, el deseo de que se incorporara a la lucha contra las injusticias que mantiene a su pueblo sumido en el hambre.

Otras narraciones son reales y tan hermosas como las mismas leyendas. Muchos recuerdan una noticia reflejada en la prensa de la época. Se refiere a un hecho ocurrido en la ciudad de

Trinidad, capital del departamento de Beni. Narra que un día, las madres, esposas, hermanas y novias de los soldados, se acostaron en la pista del aeropuerto para impedir el despegue de los aviones que trasladaban a los militares hasta la zona de combate. Mientras, el llamado asesoramiento norteamericano aumentaba: El 23 de abril, en un avión de la base Howars, de la Fuerza Aérea, llegó a Bolivia el mayor Ralph W. A. Shelton, conocido por *Pappy Shelton*, natural de Tennessee, quien vino con la misión de dirigir la Escuela de Boinas Verdes, radicada en el central La Esperanza, en Santa Cruz. Llegó para adiestrar a los soldados bolivianos con las mismas técnicas utilizadas en Vietnam. Shelton había dirigido escuelas de este tipo en República Dominicana y Lao. Los acompañaba su ayudante, el capitán Leroy Michetl, quien regresaba de Vietnam.

También arribaban a Bolivia los capitanes Edmond Fricke, William Trimble, Margarito Cruz y otros asesores en diferentes especialidades, agrupados en: armamentos, comunicaciones, medicina, explosivos, inteligencia y doctrina política.

Eran los representantes del único enemigo: el imperialismo norteamericano y sus sirvientes, contra quien iba dirigida la lucha del Ejército de Liberación de Bolivia, comandado por el Che. Esta escuela adiestraba específicamente en la lucha de asalto antiguerrillero a 650 efectivos, bajo el mando del teniente coronel José R. Gallardo y del mayor Miguel Ayoroa Montano como comandante de batallón.

El gobierno de Estados Unidos, que fue indiferente y no prestó ninguna colaboración a Bolivia cuando su pueblo se enfrentó a las guerras de despojo, en las que perdió parte importante de su territorio como el chaco boreal, con Paraguay; la zona del acre con Brasil y el litoral Pacífico, su mar, con Chile, ahora, en 1967, cuando se luchaba por erradicar el hambre y la injusticia, la explotación y la miseria, envió cuantiosos recursos y asesores para enseñar a matar, asesinar, torturar, lanzar cadáveres a la selva y no respetar la vida de los prisioneros de guerra.

A casi 20 años de los hechos llegamos a este central azucarero a 30 km al norte de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Solo

quedaban las ruinas de una instalación de mampostería de varios pisos y varias edificaciones cuyas paredes y columnas ceden al tiempo, como cederán a la historia. De aquello que fue un central llamado La Esperanza, solo quedan los restos. Un vecino nos dijo: “Aquí enseñaban a matar campesinos y guerrilleros”. Y recordamos al Che, al que le dolía ver correr la sangre de inocentes reclutas y recordamos su Diario, cuando en algunas de sus páginas relataba esos hechos.

Por ejemplo, el día que llegaron siete soldados a la casa de calamina no se realizó un solo disparo, sino que Braulio les ordenó que se retiraran y ellos disciplinadamente obedecieron. También el 23 de marzo y el 10 de abril, cuando los heridos fueron curados y los prisioneros bien tratados y puestos en libertad. Aquel 19 de abril cuando una patrulla del ejército se entregó a los guerrilleros, allá en Muyupampa, sin hacer un solo disparo y posteriormente fueron puestos en libertad.

Imaginamos el 19 de junio, cuando los guerrilleros llegaron a Moroco y detuvieron a un subteniente de la policía y a un carabinero, enviados por el coronel del poblado de Postrer Valle para obtener información, y el comandante Guevara, después de una severa advertencia sobre las normas de la guerra, decidió dejarlos ir. Cuando llegaron al poblado de Samaipata y ante todo el pueblo detuvieron al teniente Vacaflores, jefe del puesto militar, a un sargento y diez soldados, a quienes interrogaron y luego dejaron en libertad.

Recordamos aquel 14 de junio, día de su natalicio, cuando cerca del cerro Durán, se encontraron a un soldadito que iba con un mensaje para el subteniente del Filo, de su colega de Pampa. Cuatro días estuvo con los guerrilleros, y el día 18, después de acampar en un arroyo, el Che lo liberó. El joven salió hacia el camino que conduce al Piraí, pero antes, le aseguró al Guerrillero Heroico que iba a desertar.

Y aquel día de junio cuando la tropa caminaba próxima a la vivienda de Gregorio Vargas y el Che vio pasar a dos soldaditos en un camión y a la tarde siguiente, a las 17:00 horas volvieron a pasar en el mismo camión envueltos en una frazadita y el Che escribió: *No tuve el coraje para tirarles*, y los dejó pasar.

RUMBO A MUYUPAMPA

[...]y seguimos tomando el caserío llamado Bella Vista o más precisamente a 4 campesinos que nos vendieron papas, un puerco y maíz. Son campesinos pobres y están muy atemorizados por nuestra presencia aquí. Nos pasamos la noche cocinando y comiendo y no nos movimos esperando la de mañana para pasar a Tikucha [...]

Escribió el Che, el 16 de abril de 1967, al llegar al caserío de Bella Vista.

Los acontecimientos que se suscitaron al salir desde el campamento guerrillero, por toda la serranía del Incahuasi, siguiendo el curso del río Ñacahuasú arriba, hasta Bella Vista e Iti y los relatos de los campesinos que vivían en esta zona, quienes a pesar del terror y la guerra psicológica implantada por los militares, muchos de ellos hablaron con los guerrilleros, les sirvieron de informantes y les proporcionaron alimentos, en el camino hacia Muyupampa.

El día 16 de abril el Che se encontraba en las proximidades del río Iquira, allí reunió a toda la tropa y luego de dar a conocer un mensaje ordenó que la Vanguardia saliera a las 06:15 horas.

Por el diario de Alberto Fernández Montes de Oca se conoce que llegaron a un lugar donde el ejército tenía preparada una emboscada; muy cerca de allí acamparon hasta las tres y treinta de la tarde. Después se alejaron en lenta marcha a través del curso del río Ñacahuasú. Según refirió Pacho, Tania tenía las piernas hinchadas y fiebre alta, por lo que se decidió que se quedara con Alejandro, que también estaba enfermo, y con Serapio. Junto a ellos se quedó el médico peruano Restituto José Cabrera Flores. Se internaron a 1 km más arriba del Iquira.

Ese día los guerrilleros tomaron el caserío de Bella Vista, donde hablaron con los pobladores. *Son campesinos pobres y están muy aterrorizados*, escribió el Che.

Posteriormente llegaron al caserío de Iti. Allí conocieron que el ejército había informado a los campesinos que los guerrilleros eran mercenarios paraguayos; por tal motivo, estos se comportaron un poco fríos, temerosos y desconfiados, “[...]”

al principio, no querían ni vendernos comida. Se rompió el hielo y lechón asado, papa, maíz, melón”.

“[...] llega Coco con una sandía y un cesto de tamales [...]”.
Escribió Pacho en su diario.

Aproximadamente a la una de la madrugada un campesino llegó hasta la posta, en busca del médico. Posiblemente el primer médico que llegaba a Iti.

A través de las informaciones proporcionadas por los campesinos el Che conoció que el camino por Muyupampa a Ticucha, no era adecuado, porque había otro directo más corto y al final podía ser transitado por los vehículos. El Che decidió tomar ese camino, pero antes de la partida se reunió con Joaquín para darle las orientaciones precisas durante la espera.

Pacho se refiere en su diario que debían caminar de noche porque los caminos estaban poblados y sin vegetación. A las diez de la noche salieron la Vanguardia y el Centro hasta las cuatro y treinta de la madrugada, que se detuvieron para descansar. Dejaban Bella Vista donde quedaron Joaquín, Alejandro, Tania, Marcos, Braulio, Freddy, Polo, Moisés Guevara y los cuatro de la resaca (Pepe, Chingolo, Eusebio y Paco).

A casi 20 años de la guerrilla, Iti y Bella Vista, siguen siendo los mismos caseríos abandonados y miserables de antes.

El tiempo se ha detenido. Apenas unas cuantas casas ruinosas en medio de aquella selva inmensa, que se eleva y trepa por los empinados cerros, cubiertos de nubes.

Iti es un nombre de origen guaraní que significa “punta de la nariz”.

Muy cerca de allí corre el río de Incahuasi que en quechua significa “casa del inca” o “lugar hasta donde llegó el inca”.

Nuevamente las culturas guaraní y quechua se mezclan, dando origen a singulares vocablos.

Las aguas del Incahuasi son amarillentas, oscuras, corren rápidas y escandalosas por un cauce estrecho y pedregoso, se pierden entre la intensa vegetación y las gargantas profundas de las serranías del mismo nombre.

MÁXIMA OSINAGAS

Llegamos a la casa de Máxima Osinagas, una mujer delgada, vivaz, por cuyo aspecto, notamos su relación con el medio urbano, ojos curiosos y agradable trato. Máxima ganó rápidamente nuestra simpatía.

Al preguntarle por los campesinos y en especial por Vides, el “rico de la zona”, sin titubear dijo:

Vides se llama don Martín Vides y su esposa se llama doña Belzaida Arteaga, ya no viven en esta zona. Al señor don Vides los militares lo han confundido como colaboracionista de los guerrilleros y del comandante Che Guevara y le han arrasado su finca toda. Se lo comieron todo los militares.

Los militares reunieron por obligación a todos los campesinos y les hablaron: “Están los guerrilleros por estas tierras. Hay hartos. Está el Che Guevara con ellos, se hace llamar Ramón y es el jefe de ellos. Son guerrilleros paraguayos. Culean a las mujeres. Cuelgan de los árboles a los hombres. Los apresan. Los llevan con ellos para que carguen sus pesadas cargas. Se roban los animales y los sembrados. Prenden fuego a las casas. Esos paraguayos son comunistas. Vienen a sembrar el comunismo paraguayo en nuestra tierra”.

Nosotros decíamos, ¿qué cosa será el comunismo paraguayo?, ¿qué será?

Los militares también dijeron: “Quien apoye a los paraguayos, quien los colabore, quien les venda animales y cosas, son traidores a la bandera de Bolivia, los vamos a tratar y los vamos a llevar bien lejos de estas tierras y no volverán a ver más a sus parientes. A los traidores se les quema la siembra por dar alimentos a los paraguayos. El ganado de los traidores será para los que defienden la bandera boliviana”.

Dijeron ellos: “Si los guerrilleros vienen, hay que avisar. Si un campesino ayuda a los guerrilleros paraguayos, otro tiene que avisar. Los campesinos tienen que avisar”. Eso decían ellos.

Don Martín Vides tenía hartas tierras, hartos animales y hartos peones. Don Martín se asustó cuando los militares hablaron. Doña Belzaida se asustó más que don Martín Vides. Ella

había vendido a los guerrilleros chanchos, gallinas, ovejas, y les cocinó hartas humintas¹ para ellos. Les vendió zapallos y jocos, hartas cosas vendió doña Belizaida a los guerrilleros. Doña Belizaida tenía harto miedo que los militares fueran anoticiados de esto.

Después los guerrilleros llegaron de nuevo a la hacienda de don Martín Vides. Él vivía “ahicito”, antes de la hacienda de don Ezequiel Romero. El Vides se asustó y recordó todo lo que dijeron los militares.

Alistó a un peón, ¿cuál sería? No recuerdo, ¡hartos peones tenía don Vides! Lo alistó para que fuera a Muyupampa y anoticie al ejército que los guerrilleros en número de 60 iban a colgarse en ese pueblo. Iban a culearse a todas las mujeres de Muyupampa. Cosas terribles y mentirosas ha dicho don Vides, porque los guerrilleros eran caballeros cabales.

El propio don Martín Vides escribió a los militares en un papel: “Va el Che Guevara por ese rumbo de Ticucha, de Taperillas y Taperera. Van los guerrilleros en número de 60”.

Pero, ¿qué ocurrió señor? El peón de don Vides se fue derecho a ver al Che Guevara. Le mostró el papel de don Vides. Y claro, el Che que es un hombre listo y avisado, dijo: *Siga usted no más hasta Muyupampa*, pero el Che y los guerrilleros curvieron así y tomaron el camino de Ayango, directo a Muyupampa.

Señor, los peones simpatizaban con el comandante Che, con Coco y con el Inti Peredo.

El ejército que ya estaba en Muyupampa se emboscó ahí en Taperillas, “ahicito” donde vive el señor Dardo. Lejos ya de Muyupampa.

Otro campesino por Ayango, cuando vio a los guerrilleros, se recordó de lo que hablaron los militares y fue a Muyupampa a denunciar, se llamaba don Nemesio Carballo, pero el ejército tenía el papel de don Vides y dijo: “Nemesio es colaboracionista de los guerrilleros y viene a mentir”. Lo golpearon, lo

1 Maíz tierno a la cazuela, lleva azúcar, queso, pasas y anís, también se hace en forma de tamal.

patearon hasta no más, le partieron dos costillas a don Nemesio. Y llegaron los guerrilleros a Muyupampa por el camino de Ayango. Don Nemesio dijo verdad. ¿Quién mintió? Dijo el ejército: “Martín Vides mintió. Martín Vides es un traidor a la bandera. Martín Vides es colaboracionista de los guerrilleros”.

Le arrasaron su hacienda a don Vides, le acabaron con todo. Le comieron todo.

Se asustó don Martín Vides. Se asustó doña Belizaida Arteaga que era la mujer de él. Ya don Martín Vides no era amigo de los guerrilleros, ni era amigo de los militares. Vendió su hacienda y se compró una casa en Lagunillas y una movilidad. Se encontró una muchacha muy linda y muy joven la pelada. Se perdió con la muchacha y la movilidad. Todavía doña Belizaida Arteaga está buscando a ese desgraciado. Nadie sabe dónde se ha metido.

Máxima insistió en ofrecernos algo de tomar. Preparó unos vasos de una bebida que ellos conocen como api, es como un pinol de maíz morado.

Le inquirimos sobre el campesino que el Che menciona en su Diario llamado Simón.

Máxima respondió:

Hay dos Simón, el antiguo Simón y el joven Simón, llamado Paúl Simón que es el hijo de él. Ya no viven en esta zona. También se han trasladado a otras partes. Paúl habló con los guerrilleros y habló con el Che Guevara. Él se fue de su casa disimulando y disimulando, burlando al ejército hasta encontrar a los guerrilleros, él los anotició de que había hartos soldados por los caminos.

Mi pariente Pedro Osinagas también sabe hartas cosas de los guerrilleros y del Che. Él fue prisionero del Che. Él vive en Yacunday y vino huellando tras los guerrilleros hasta el río, donde los guerrilleros estaban descansando. Su propósito era encontrar a los guerrilleros y denunciarlos al ejército y cobrar la comisión que el ejército prometía; porque señor, los militares decían que habrá plata para los que denuncien que hay guerrilleros.

Nos despedimos de Máxima Osinagas y sus sirvientas guaraníes, que desde nuestra llegada no cesaron de estar trabajando, limpiando, desgranando y guardando maíz en el granero. Máxima nos comunicó que era maíz cubano, el que mejor se cultiva en esta zona. “Desde siempre se ha cultivado maíz cubano señor”. Afirmó.

DOÑA BELIZAIDA ARTEAGA

Partimos para Lagunillas en busca de doña Belizaida Arteaga. Vive en una casa amplia, en cuyo patio interior había plantas ornamentales, algunos árboles frutales llenos de pajarillos, unos bancos de madera y a la entrada un portal grande, típico de las antiguas casas de Lagunillas.

Había orden y limpieza. Muchos detalles, que unidos a la cuidada presencia de doña Belizaida le daban un toque de gracia femenina. A pesar de su amabilidad, no podía disimular la indisposición para contarnos cosas del pasado. Al fin accedió y nos brindó el siguiente relato:

Yo me llamo Belizaida Arteaga de Vides. Vivíamos en Tayarenda, después de Iti. Cuando los guerrilleros llegaron a la hacienda yo pensaba que eran cazadores. Me preguntaron que por dónde era el camino. La primera vez eran dos y yo le pregunté:

—“¿De dónde vienen?”

—“Señora, de lejos venimos” —respondieron.

—“¿Este camino adónde va?” —Preguntaron.

Yo le dije que este camino recto ahí arribita va, hay una sola casa que vive el compadre Ezequiel Romero.

Era tempranito en la mañana. Así que ellos iban para allá, para el lado de Montegudo.

Pero otra vez han venido de noche y han comido. Ellos han estado volviendo y volviendo. Han vuelto y siempre me ha tocado a mí solita. Ya mi marido llegó y...

Él había salido y sabía de los rumores que había en el pueblo que estaban los guerrilleros. Mi marido se llama don Martín Vides.

Belizaida calló, luego preguntó si queríamos saber algo más. Le interrogamos sobre el peón que Vides envió para denunciar la presencia de los guerrilleros en su hacienda. Ella expresó:

El peón con que mi marido mandó a avisar al ejército se llama Celso.

¿Y su apellido?, inquirimos. Belizaida respondió:

Los peones no usan apellidos, raro es el que usa apellidos. Ellos solo tienen su nombre y se ponen cualquier apellido. Si ellos trabajan con usted, se ponen el apellido de usted. Si ellos trabajan con un patrón se ponen el apellido del patrón. Por eso Celso decía: “Yo soy Celso, no más. Celso solo o Celso Vides”.

Un día vino otro guerrillero y me dijo: “Señora, no se preocupe usted. ¿Cómo es que ustedes pueden vivir aquí sin caminos? Como las bestias viven”.

“Pero, ¿qué vamos a hacer?” Le dije. “Solo hay camino por donde caminar, movilidad no entra”.

El guerrillero, que era alto, dijo: “Esto no es nada para lo que tenemos que hacer. Hay que enarbolar todo este sector, no podemos vivir como bestias”.

Los guerrilleros vinieron una o dos veces más. Ellos preguntaban: “¿No tiene usted chanchitos señora?” Y claro, yo tenía. Agarré un chanco que tenía y le dije: “Se lo vendo”. Se lo vendí y se lo llevaron. Agarré una oveja y le dije: “Se la vendo”. Se la vendí y se la llevaron. Ese día me compraron chanchos y ovejas.

Martín envió a Celso, nuestro peón, a que avisara a los soldados, pero Celso simpatizaba con el Che Guevara y traicionó a Martín, fue y le avisó al Che Guevara, para que tomara por el camino de Ayango. Eso quedó confirmado en el Diario del Che, porque el Che dice en su Diario: Vides es el rico de la zona y obligó a su peón Celso a denunciarnos. ¿Cómo iba a saber el Che esto? Lo supo el Che, porque el peón Celso se lo dijo.

Belizaida se refiere a las anotaciones siguientes del Diario del Che: [...] *Vides, que puede ser peligroso; es el “rico” de la zona* [...].

[...]Presionamos al hijo de Rodas y éste confesó que su hermano y un peón de Vides habían ido para ganarse la recompensa que oscila entre \$ 500 y 1 000 [...].

Cuando el Che llegó a Bella Vista, escribió en su Diario: [...] De todos los campesinos que vimos, hay uno, Simón, que se muestra cooperativo, aunque con miedo [...]

A Simón también lo buscamos por Iti, Bella Vista, Lagunillas, Muyupampa, Santa Cruz y Camiri. Al fin lo encontramos. Es hoy un hombre de unos 40 años de edad, delgado, de baja estatura, de hablar desenvuelto. Vestía con sencillez, pero como un hombre de ciudad.

Simón nos atendió amable y sin perder totalmente la desconfianza comenzó a narrar:

Yo vivía en un pueblito cerca de Lagunillas. En realidad no era un pueblito, era un caserío abandonado, queda bien a la orilla. Era práctico para el movimiento guerrillero, pero desgraciadamente la gente que tenemos nosotros, su falta de cultura, su modo de pensar, no está adecuada. Se necesita mucho tiempo para poder llegar a pensar en el porvenir y actuar como quería el Che Guevara que actuaran.

Yo tenía 18 ó 20 años y quería enrolarme en las filas de ellos, porque comprendía que era un despliegue por el porvenir de Bolivia.

Yo he ido disimuladamente hasta la hacienda de don Martín Vides que era el hacendado más rico de allí. Era mi tío y yo iba a pasar las vacaciones allí.

Él estaba en una situación difícil, porque quedaba mal con los guerrilleros y quedaba mal con el ejército. Yo fui disimuladamente para ver a los guerrilleros.

Mi tío no quería que yo fuera a verlos, pero le dije que mi intención era contactarlos, ver cómo era la cosa. Yo estaba a favor de ellos. A favor de que era necesario un cambio en estas cosas de mi país. Todas estas cosas del Che me gustaban.

Ya el ejército estaba en todas partes, estaba ya en la casa de mi tío y prácticamente una semana después de estar el

ejército cayó el grupo guerrillero por esta zona, que se llama Bella Vista.

Pero cuando ellos llegan a esta zona, ya el ejército tenía todos los controles de los caminos y yo lo que quería era vincularme con los guerrilleros para avisarles que todos los caminos estaban controlados y no era conveniente esa zona, que todo estaba tomado y que debían evitar exponer al máximo peligro al comandante Ernesto Che Guevara.

Yo le dije a los militares que iba a visitar a mi tío, ese fue el pretexto para que me dejaran pasar.

El ejército me dejó pasar. Yo disimulé bien, pero ellos me amenazaron de que me iban a matar si yo tomaba alguna posición negativa.

Yo fui caminando, caminando, con el deseo de contactar con los guerrilleros, quería ubicarlos para ayudarles. Los encontré y les informé sobre los militares y los caminos y les dije que yo quería ayudarles.

Allí en Bella Vista los militares utilizaban algunos campesinos que por ignorancia, falta de conciencia, o por su cobardía se dejaban arrastrar por el ejército. Los campesinos que han entrado a ayudar al ejército, fue bajo bandera y a la fuerza. Entrar o eres traidor a la bandera.

El ejército sospechaba de mi tío Martín Vides, porque los guerrilleros venían y compraban gallinas, chanchos, ovejas y el ejército como castigo le comió todo.

Mi tío rezaba y decía: “Vienen tiempos difíciles, las gentes tienen que prepararse. Habrá sangre”. Esos eran sus rezos. Era que él no conocía mucho las ideas del Che y de los guerrilleros, porque un comunista es como un diablo para muchos campesinos, por su incultura; nuestro ambiente es atrasado, la gente no prospera, vive antiguo, no sale, no sabe, no lee.

La clase campesina está acostumbrada a vivir así y muy fácilmente se tuerce. Yo lo he palpado. Viene cualquiera con ideas tontas, se tuercen y las gentes no deben ser así. Mi tío Martín Vides es de ese tipo de gentes, otros con ideas astutas lo tuerce, porque él no tiene una línea para poder llevar este

proceso de libertad que necesita Bolivia y que tenemos que llevar al pueblo de Bolivia algún día.

Mi tío políticamente es ciego, yo he aprendido del Che, la entrega del Che me ha valido para ver las cosas. Él pensaba en el futuro y él veía el futuro. Los peones de mi tío Vides simpatizaban con los guerrilleros, pero eran temerosos. Conocían a Inti Peredo y a Coco Peredo.

Martín Vides no me ha contado todo, pero un día me dijo que él se sentía bajo el control del ejército. Él es un hombre trabajador, recto, ha tenido un poco de dinero para vivir. Él decía que el Che era un hombre importante.

Él puede darle a ustedes una charla, mejor que mi charla, aunque hay que decirle que no mienta.

Yo no milito en ningún partido, ni de izquierda ni de derecha. En Bolivia uno no sabe cuáles son de derecha o de izquierda. Ya no hay confianza en Bolivia. Me gusta el Che Guevara, ese es mi partido.

Dejamos a Simón y quisimos retroceder en el tiempo, pensamos en aquel joven de 18 años, sobrino del hacendado Vides, que quería incorporarse a la guerrilla. Pensamos en los peones que simpatizaban con los guerrilleros, hablando en voz baja, mascando hojas de coca, temerosos por la brutal represión del ejército, pensando en la amenaza de muerte si ellos colaboraban con los guerrilleros.

POR LA RUTA A MUYUPAMPA

Bajo un intenso frío, la tropa guerrillera caminó hasta la madrugada del día 18 de abril. Por la mañana la vanguardia salió de exploración y encontró una casa de indios guaraníes que les proporcionaron poca información.

UN JOVEN CAMPESINO GUÍA A LOS GUERRILLEROS

El Che decidió acampar en el lugar y organizó las postas de vigilancia, una de ellas detuvo a un joven de unos 16 años de edad, quien iba con un caballo y una mula, por aquel camino de piedras peladas y escasa vegetación, por donde aparecían, cada cierto tramo, pequeñas y miserables casas. Él informó que era hijo de Carlos Rodas y que iba hasta el caserío de Yacunday, que unos días antes, su hermano fue hecho prisionero por los militares y obligado a servirles de guía.

El joven campesino dio información sobre los caminos, y guió a los guerrilleros, quienes continuaron una lenta marcha hasta las tres de la mañana hora en que llegaron al caserío de Matagal. Allí se detuvieron en la casa de un campesino llamado Padilla, donde permanecieron el resto de la madrugada porque, como señaló el Che, comenzó a llover y tuvieron que refugiarse allí.

Atrás quedaba la selva inmensa de Ñacahuasú, el río Iquirá y el caserío de Bella Vista, donde el grupo de Joaquín esperaba al Che.

Durante todo el día 19 de abril, los guerrilleros permanecieron en Matagal. Detuvieron a todos los campesinos, que en su mayoría llegaban a caballo procedentes de ambas direcciones. Matagal se encuentra a un lado de un estrecho camino donde la vegetación es escasa y solo crecen unos pequeños arbustos espinosos, cuyas hojas cortan como si fueran serruchos.

Aquel día Inti conversó con los campesinos y les pidió que permanecieran en el lugar y a cambio le pagarían el día como si lo hubieran trabajado. Ellos obedecieron este pedido, el cual constituyó un acontecimiento muy importante que aún hoy recuerdan. Horas después, los campesinos lograron acopiar

algunas yucas, papas, naranjas, mazorcas de maíz y un cerdo para que los guerrilleros prepararan su comida.

El médico, Moro, atendió a los niños y mujeres enfermas, curó las heridas de algunos hombres, aplicó inyecciones a otros, y todo esto estableció unas relaciones de buen trato entre los campesinos y los combatientes.

Alberto Fernández Montes de Oca escribió en su diario: “[...] hice parte de mi guardia en una casa. 2 mujeres con bocio, 3 niños llenos de parásitos [...]”.

En la actualidad, Matagal tiene la misma vegetación escasa, caminos pedregosos, la miseria ha crecido y el bocio se ha generalizado, el 75% de sus habitantes lo padecen.

El día que llegamos allí hacía frío, estaba nublado y una espesa niebla cubría los caminos. Una campesina venía con un burro cargado de ramajes secos. Le preguntamos sobre el señor Padilla, y por los hijos de este y demás parientes.

La campesina respondió:

¿Padilla?[...] El señor Padilla es finado. Murió cotudo¹ y sus parientes se marcharon. ¿Sus hijas? ¡Quién sabe dónde estarán! Seguro son finadas también, ¡hartas mujeres mueren cotudas! ¿Los niños de Padilla? ¿Quiénes serían? ¡Quién sabe! Seguro son finados no más, porque hartos niños mueren.

La campesina se despidió y siguió su camino solitario y triste, con su borrico que se movía trabajosamente en la empinada cuesta.

ENCUENTRO CON UN AGENTE DE LA CIA

El 19 de abril de 1967 a las 13:00 horas la posta detuvo a alguien que dijo ser un periodista anglochileno, y quien guiado por dos niños, había llegado a la zona donde acampaban los guerrilleros.

Según fuentes de inteligencia boliviana este hombre era el fotógrafo George Andrew Roth quien trabajaba para la CIA. Él

¹ Persona que tiene el cuello largo, en Bolivia generalmente se le dice a las personas que padecen de bocio.

se encontraba residiendo temporalmente en Santiago de Chile, donde recibió la misión de trasladarse a Bolivia. Llegó a Buenos Aires el 30 de marzo, en esta ciudad se reunió con el señor Moisés García, corresponsal del *Time Life* para toda el área de Suramérica. Este se encargó de transformar al fotógrafo Roth en periodista y supuestamente de financiarle el viaje a Bolivia.

Roth y García sostuvieron una entrevista con dos funcionarios de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires. Posteriormente Roth fue llevado al aeropuerto, y el día 5 de abril de 1967 llegó a Santa Cruz de la Sierra, para trasladarse a Camiri al día siguiente.

Acompañó al ejército boliviano por varias localidades de la periferia guerrillera, y el día 8, junto a otros periodistas, entró al Campamento Central, en manos de los militares. Se trasladó por todo el curso del río Ñacahuasú, desde la casa de calamina y comenzó a rebuscar por todos los rincones y lugares, a recoger cuantos papeles había, incluso hasta los restos de cigarrillos y cajetillas que encontraba, y entre estos un papelito viejo, arrugado y semiquemado que tenía una nota de Jesús Suárez Gayol para Israel Reyes Zayas.

Después que regresó del campamento, Roth, que poseía una autorización especial del Comando Militar y un salvoconducto, acompañó a los militares hasta la zona de Iripití para recoger a los muertos del combate del 10 de abril. Al caer la tarde regresó a Camiri para dirigirse a La Paz.

Ya en la capital boliviana sostuvo varias reuniones con los oficiales de la CIA, a los cuales les hizo un detallado informe de todo lo visto y obtenido en el campamento, y el día 16 de abril recibió nuevas instrucciones para comenzar otras misiones.

Entre las instrucciones estaban:

- Llegar hasta los guerrilleros con el objetivo de esparcir una sustancia química que olfatearían perros amaestrados, que rastrearían hasta llegar al lugar donde se encontraban.
- Determinar la presencia del Che en la zona, así como la de Regis Debray, Ciro Bustos; Tania y los demás guerrilleros.

- Obtener información de inteligencia y operativa en general, y difundir elementos tergiversados que respondieran a los intereses de la CIA para originar desconfianza dentro de la propia guerrilla.

Cuando Roth regresó a Camiri, se trasladó inmediatamente para Lagunillas. Allí supo que los guerrilleros se encontraban en las cercanías de Bella Vista, inmediatamente el ejército le designó un guía para que lo encaminara hasta el poblado, acción que después fue continuada por dos muchachitos del lugar, quienes llegaron con Roth hasta donde estaban acampados el Che y sus hombres.

Sobre este hecho *Inti Peredo* escribió: “...llegó hasta nosotros el periodista anglochileno George Andrew Roth, guiado por unos muchachitos [...]. El periodista nos pareció sospechoso. Su pasaporte tenía tachado la profesión de estudiante y cambiado por la de periodista, aunque él decía ser fotógrafo profesional que trabajaba como ‘Free Lancer’ para algunas publicaciones extranjeras”.

“También tenía documentos como instructor de los Cuerpos de Paz, y visa de Puerto Rico. Además en su libreta de apuntes traía un cuestionario de preguntas que según él, tenía por objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón, además de la presencia de Tania y Debray. Estos informes los habían entregado los desertores.

”Nuevamente me correspondió interrogar al prisionero. Contó que había estado con el ejército en nuestro campamento y que incluso se había encontrado un diario de Braulio, donde decía que Ramón era el Che”.

Refiriéndose a las declaraciones de Roth, el Guerrillero Heroico escribió el 19 de abril: *...Contó que había estado en el campamento y le habían mostrado un diario de Braulio donde contaba sus experiencias y viajes. Es la misma historia de siempre. La indisciplina y la irresponsabilidad dirigiendo todo [...].*

El Che no tuvo la posibilidad de aclarar la versión de Roth acerca del diario del combatiente Israel Reyes, porque este

se encontraba en Bella Vista como parte de la Retaguardia. Por fuentes de los Servicios de Inteligencia boliviana supimos que el diario de Braulio no estuvo en manos del ejército en el mes de abril, como pretendió hacer creer el periodista Roth, sino cinco meses después, el día 31 de agosto de 1967, cuando Braulio cayó en la emboscada de Puerto Mauricio en el Río Grande. El diario lo obtuvo el entonces capitán Mario Vargas Salinas, quien dirigió la emboscada del ejército, y posteriormente lo entregó al mayor Arnaldo Saucedo Parada, jefe de inteligencia de la VIII División.

La historia del diario de Braulio y la versión de que en este se decía que el Che era Ramón, fue fabricada por la CIA. El nombre de Braulio, junto con el del Rubio, lo habían obtenido del papel que Roth se encontró en el Campamento Central el día 8 de abril de 1967; sin embargo, el seudónimo del Rubio no significó nada para los servicios de inteligencia, pero el de Braulio sí, porque a través de la subsecretaría de Inmigración y Extranjería del Ministerio del Interior boliviano, la CIA conoció que el día 25 de noviembre de 1966, un panameño nombrado Braulio Tapia Reyes había entrado al país y permanecía en él inlocalizado.

Precisamente, dentro de la misión de Roth estaba difundir que el ejército boliviano conocía la presencia del Che en Bolivia, que su seudónimo era Ramón y que todo se pudo saber debido a una indiscreción del guerrillero cubano Braulio, al dejar abandonado su diario en el Campamento Central.

En artículos publicados por Roth, después de su salida de la zona guerrillera, él escribió acerca del hallazgo del diario de Braulio lo siguiente:

“Cenizas de papel chamuscado, donde escrito con bolígrafo aparece un diario de viaje. El que escribía era Braulio: el nombre que tomó ‘al salir de La Habana con un pasaporte panameño y 26 000.00 dólares, 25 000.00 para Ramón y 1 000. 00 para mis gastos’.”

Proseguía:

“‘Dejé a mi mujer con lágrimas en los ojos’. Luego describió su itinerario por varios países de Europa, agregando que entró a Bolivia por Chile”.

Roth continuó su relato:

“Un soldado urgando entre las cenizas encontró una nota ordenando a Rubio hacerse cargo del puesto de mortero y a efectuar el relevo en el teléfono”.

Estas anotaciones de Roth son muy diferentes a la copia textual del diario de Braulio, quien relató:

“25 de octubre de 1966. Hoy dejé mi hogar a las cinco de la tarde”. Braulio no dice de dónde salió y no menciona mujer alguna.

“29 de octubre de 1966. Hoy dejé mi tierra”. No menciona ni a Cuba ni a La Habana.

“25 de noviembre. Llegué a Bolivia después de cruzar Estados Unidos por equivocación”. No habla de Europa ni de Chile.

El diario de Braulio dice textualmente:

“Desde la ciudad de La Paz 2 días de camino en *chipi* hasta llegar al campamento, este era una finca que se había comprado, se hizo una siembra de maíz y una casita, además se compraron dos *chipi* y una camioneta y con esto se despistaba al enemigo. Allí había 2 bolivianos que trabajaban y hacían las veces de peones y la finca de 1 200 hectáreas estaba a nombre de un boliviano que hacía las veces de patrón, el campamento estaba dentro del monte a unos 500 metros de la casa, la posta se hacía en un árbol y precisamente el 28 de noviembre del 66 estando en mi primera posta comencé este diario”.

Según testimonio de los combatientes Harry Villegas y Daríel Alarcón, sobrevivientes de la guerrilla, Braulio no llevó dinero para entregar al Che. El 27 de noviembre de 1966 Braulio llega a Ñacahuasú en compañía de Miguel, y no aparece ninguna observación del Che en su Diario sobre este dinero que según Roth es mencionado en el supuesto diario de Braulio.

Toda la versión fue una forma muy usada por la CIA para tratar de encubrir a los verdaderos informantes, despertar las susceptibilidades dentro de la guerrilla y originar las divisiones entre los combatientes guerrilleros.

El corresponsal especial del diario *El Mercurio* de Santiago

de Chile, Héctor Precht Bañados, describió la llegada de los periodistas al Campamento Central el día 11 de abril de 1967:

“Llegamos al cuartel general. Este se encontraba en un claro de la selva, de unos 30 metros de largo por 8 de ancho. Los guerrilleros habían construido una amplia cabaña abierta, con troncos de árboles y rodeada de mesas bajas, que podían servir también de bancos o camas. Más arriba a unos 10 metros de distancia, estaba lo que parecía ser un servicio higiénico, y más arriba aún, un almacén tallado en la roca viva. Se encontraban allí cajas de municiones de procedencia dominicana y argentina, vendas elásticas ensangrentadas y una billetera, asimismo, con sangre. Igualmente había bombas de fabricación casera, botellas, los restos de una mula devorada por los rebeldes, y un horno para hacer pan. Muchos ejemplares de los dos principales diarios de La Paz: *Presencia* y *El Diario*, estaban esparcidos por el lugar. Tenían fechas de comienzo de este año. Otros objetos, eran una camisa verde, confeccionada en La Paz, leche en polvo, donada por el pueblo de los Estados Unidos, botas, calcetines, un ejemplar de la revista *Life*, un tarro de grasa de cerdo fabricada en Argentina, un machete, una balanza, textos de contabilidad y administración agrícolas; manifiestos universitarios comunistas de Lima y Buenos Aires, una horma para zapatos y el femenino toque de un pomo de desodorante. Había también un sembrado de hortalizas y una gallina con pollitos”.

Es decir que si hubiera aparecido el diario de Braulio, un periodista como Precht, que describió con tanto cuidado y detalle lo observado en el campamento, no hubiera pasado por alto este hecho.

Al analizar el diario de Braulio se comprueba que él acostumbraba a escribir los acontecimientos de forma continua. Y sus anotaciones recogen los hechos acaecidos antes y después de la presencia de Roth y del ejército, en el campamento guerrillero. Es una demostración más de que el diario no cayó en poder de los militares en el mes de abril, como la CIA pretendió hacer creer. Braulio comenzó su diario el 28 de noviembre de 1966 como él mismo explicó, y lo concluyó el día 9 de agosto de 1967.

La desinformación referida al contenido del diario de Braulio era una táctica de los servicios de inteligencia, ya empleada anteriormente cuando difundieron que la presencia de Antonio Sánchez Díaz, Guido Peredo, Jorge Vázquez Viaña, José María Martínez Tamayo y el resto de la Vanguardia en la zona de Tatarenda, en los primeros días de marzo, fue la causa para que el ejército descubriera la guerrilla en la zona, y que las huellas dejadas permitieron al ejército llegar hasta la casa de calamina y al campamento guerrillero. Con esta versión encubrían las informaciones proporcionadas por el desertor Vicente Rocabado Terrazas.

Según estas mismas fuentes de inteligencia, el ejército de Bolivia, con lo mal equipado que estaba y carente por completo de recursos, no hubiera movilizado a más de 1 500 hombres, por el solo hecho de una denuncia sobre la presencia de seis hombres armados que habían llegado a ese punto remoto llamado Tatarenda, pues en el oriente boliviano es común que grupos de cazadores visiten esa región con relativa frecuencia, para no mencionar a los narcotraficantes contra quienes el ejército no había mostrado tal agresividad de respuesta. Resultaba claro que la intención era hacer recaer sobre los propios guerrilleros la responsabilidad de que se hubiera detectado su presencia.

La segunda misión de George Andrew Roth era comprobar las informaciones del desertor Vicente Rocabado Terrazas, en cuanto a la cantidad de guerrilleros, la presencia del Che, del francés Regis Debray, del argentino Carlos, de Tania y otros guerrilleros. También debía recoger informaciones de inteligencia y operativas en general sobre los guerrilleros. Ya próximos al pueblo de Muyupampa, Roth prácticamente entregó a sus compañeros de viaje Ciro Bustos y Regis Debray. Cuando estaban ocultos en unos matorrales, salió de manera intempestiva al ver pasar una patrulla militar y le preguntó cuánto faltaba para llegar al pueblo y si había algún taxi para trasladarse a Camiri. No fueron detenidos allí mismo, porque los patrulleros se asustaron, pensando que eran guerrilleros, pero regresaron a Muyupampa y alertaron al ejército sobre la presencia de estos hombres, que inmediatamente fueron hechos prisioneros.

UNA IMPORTANTE MISIÓN DE ROTH QUE QUEDÓ ENTERRADA

La misión fundamental del tal George Andrew Roth era llevar la sustancia química, proporcionada por los oficiales de la CIA, que debía esparcir secretamente entre los guerrilleros.

Era el primer paso para aplicar un método de inteligencia, denominado La Huella Técnica, poco conocida en Bolivia en aquella época. El método consistía en utilizar a perros pastores alemanes, convenientemente adiestrados para que a través del olfato identificaran una sustancia determinada.

La misión de Roth al esparcir la sustancia, facilitaría el trabajo de los perros amaestrados, llevados secretamente por los norteamericanos a Camiri.

La presencia de estos animales fue descubierta por algunos corresponsales de prensa, entre ellos, el conocido periodista mexicano, Luis Suárez, de la revista *Siempre*, quien en el número 750 de fecha 8 de noviembre de 1967, escribió:

“El jueves 20 de abril de este año me encontraba yo de nuevo en Camiri [...]” y añadía que en aquellos días también llegaron a Camiri los perros amaestrados para husmear en la selva y localizar la pista de los guerrilleros.

“El descubrimiento de esa reserva canina por los periodistas causó el gran disgusto del servicio de inteligencia militar, porque suponía la revelación de un secreto[...]”

“[...]El miércoles 19 de abril, el Dr. Sauma, que había estado en el campamento guerrillero, acompañando a la supuesta patrulla de la Cruz Roja —en realidad, del ejército— para recoger los cadáveres caídos en la emboscada del 23 de marzo, me informaba en Lagunillas algo que allí sabía todo el mundo: que un periodista inglés radicado en Chile, llamado Jorge Roth, hacía dos días que se había ido al monte. Roth contrató a un campesino como guía, quien le proporcionó uno o dos caballos. El camino seguido por Roth era tentador, pero muy peligroso. ¿Cómo era posible que el Coronel Fernández, jefe del sector, quien ya no daba autorizaciones para moverse en ninguna dirección [...] no hubiese impedido el viaje de Roth

que todo el pueblo conocía? Allí se hablaba hasta del dinero que Roth pagó al guía. Y sólo podía yo sacar una conclusión: o lo habían dejado ir para seguirle los pasos y hacerle caer en una trampa con los guerrilleros o resultaba cierta la versión, también común por aquellos lugares, de que Roth era un agente de la CIA [...].”

“[...]Después de la prisión de Roth, algunos periódicos franceses publicaron versiones que tratan de identificarlo con los servicios de inteligencia norteamericanos [...].”

El día 25 de abril, es decir, 6 días después de la visita de Roth a los guerrilleros, el Che escribió en su Diario: *Al poco rato apareció la vanguardia que para sorpresa nuestra estaba integrada por 3 pastores alemanes con su guía. Los animales estaban inquietos pero no me pareció que nos hubieran delatado; sin embargo, siguieron avanzando[...]* Es significativa la observación del Che sobre la inquietud de los perros, porque el hecho de que sin delatar a los guerrilleros siguieran avanzando, sugiere que los animales seguían a olores específicos para los cuales estaban adiestrados, tal como nos había informado la fuente de inteligencia boliviana.

El Che continuó: [...] *y tiré sobre el primer perro [...] Miguel mató otro perro, según pude ver sin confirmar, y nadie más entró a la emboscada [...] las bajas que le hicimos al Ejército no deben pasar de dos y el perro, a todo tirar [...]*

El día 27 del mismo mes, volvió a escribir: *Las emisoras bolivianas transmitieron partes del ejército en que se consigna la muerte de un guía civil, el instructor de los perros y el perro Rayo [...]*.

Alberto Fernández Montes de Oca también escribió sobre este suceso: “Rolando también combatió contra los perros y a éstos le hicieron honores militares”.

Según informes bolivianos, además del perro Rayo, murió el perro Tempestad.

En el resumen del mes de abril, el Che señaló: [...] *luego de la última emboscada contra los perros y el instructor es de presumir que se cuidaran mucho de entrar en el monte [...]*.

Y en el resumen del mes de mayo relató: [...] *Los perros se han declarado incompetentes y son retirados de la circulación.*

La técnica canina, en la cual la CIA había cifrado las esperanzas del triunfo en su lucha contra la guerrilla, quedó enterrada en esta zona selvática. El entrenador y sus 12 perros no volverían a aparecer en la zona de operaciones.

RECUERDOS DEL GUÍA

Los dos muchachitos del caserío de Bella Vista, guías del periodista que dijo llamarse George Andrew Roth comunicaron a los guerrilleros que una persona, desconocida para ellos, había ido hasta Lagunillas para informar que los combatientes estaban allí.

Los guerrilleros habían detenido al joven campesino hijo de Rodas y le exigieron que hablara, este confesó que su hermano y un peón de Martín Vides habían ido a denunciarlos para ganarse la recompensa que oscilaba entre 500 y 1 000 pesos bolivianos.

El guía nos habló de Ramón Romero Dávalos, un campesino viejo sabio, visitamos su casa; caminaba encorvado, vestía como mendigo y en sus pies llevaba viejas abarcas empolvadas y gastadas por el tiempo. Tenía buena memoria y comenzó a recordar:

El joven Beltrán Rodas fue y “anotició” a los militares sobre los guerrilleros. Él quería los 1 000 pesos por esa ayuda. Los militares le dijeron: “Firma aquí para recibir 1 000 pesos”. Beltrán firmó ahí adonde dijeron los militares. Después ellos han dicho: “Has mentido cojudo de mierda, los guerrilleros no han estado por esas partes que vos decís. Ellos están cercados por el ejército en Ñacahuasú. No hay ningunos 1 000 pesos por mentir, campesino mugroso. ¿Crees vos que somos sonsos los militares?”

Mire, Beltrán ha contado más, que los militares dijeron: “Lárgate y cuando veas guerrilleros de verdad, vendrás a ‘anoticiar’ y te daremos 1 000 pesos”. Ya Beltrán Rodas no creyó más en los militares.

Recordamos como los guerrilleros permanecieron en Matalgal, durante todo el día 19 de abril, y a las cinco de la tarde

Inti Peredo reunió a todos los campesinos que durante el día habían ido concentrándose en ese lugar. Les habló sobre los fines de la guerrilla.

El campesino asintió con la cabeza y recordó sobre este hecho:

Ese día, cuando el comandante Inti Peredo habló, llovió y el sol se quiso ir temprano a descansar. Inti dijo: “Soy boliviano, no hay paraguayos aquí. No somos paraguayos”. Él dijo: “Hacen falta caminos, hacen falta postas sanitarias, hacen falta médicos, hacen falta escuelas, hacen falta maestros, hacen falta dinero. Aquí no hay nada, ni nadie tiene nada. Aquí tienen miseria. Aquí habita harta miseria. Aquí todos están cotudos. Aquí hay hambre, aquí hay atropello, aquí los militares son abusivos con los campesinos”.

El Inti y los otros guerrilleros se fueron por el camino de Muyupampa, por el camino de Tururumba y Coripati. Yo no hablé. No charlé con nadie. Yo pensé: “El comandante Inti Peredo dijo verdades cabales”.

Dávalos estaba con los ojitos encendidos por la emoción, le brillaban y la voz le temblaba. Él nos informó sobre el lugar donde podíamos encontrar a otro campesino que había estado con los guerrilleros, se trataba del señor Pedro Osinagas, quien había permanecido como prisionero de los guerrilleros. Este relató:

Soy de Yacunday, a unos 35 km de Muyupampa. yo estaba en Tururumba, pero vine a encontrar a los guerrilleros en el río Ñahupara, ahí estaban acampados. Venía con Beltrán Rodas, con el propósito de encontrarlos. El teniente Néstor Ruiz, que estaba en Muyupampa, formó un comando con Beltrán Rodas y conmigo, para encontrar a los guerrilleros.

Nos tomaron presos y nos detuvieron desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, salió el Che Guevara, Inti Peredo, Regis Debray, Ciro Bustos y después, como a las cuatro de la tarde salieron cuatro a Muyupampa, salieron seis como a la hora y después salió el resto, quedándose dos con nosotros para advertirnos de que no dijéramos nada a nadie. Ahí estuvimos hasta las siete de la noche en que nos soltaron y nos fuimos rumbo a Ticucha.

Volvieron a mi casa en Cumarurenda. Llegaron a las siete y me preguntaron el camino y me advirtieron que no hablara. De ahí se fueron al Mesón. El que venía conmigo, Beltrán Rodas, ha vuelto a caer en manos de los militares, lo obligaron a que fuera guía de ellos y él ha muerto en el Mesón junto a un perro pastor alemán, amaestrado por los militares. A Beltrán Rodas y a mí nos tocó “huellar” por Yacunday y encontramos a los guerrilleros.

Osinagas miró fijamente para otro lado, escondiendo su mirada y vacilante murmuró:

Las guerrillas no nos convenían, iban a implantar el comunismo y por eso yo apoyé al ejército en todo lo que podía. El comunismo no sé bien como será.

Dejamos a Osinagas y continuamos el camino. Recordamos que el 19 de abril de 1967, a las 23:45 horas salieron hacia Muyupampa, Regis Debray, Ciro Bustos y George Andrew Roth. El Che y el resto de la tropa iniciaron la marcha para la toma del pueblo. El frío era intenso e hicieron una fogata, mientras esperaban informes de la vanguardia. A la una de la madrugada llegó el Ñato para informar que el pueblo estaba en alerta, los soldados en número de 20 y patrullas de autodefensa recorrían las calles. Una de estas patrullas con dos M-3 y 3 revólveres cayó prisionera de los guerrilleros.

Sobre este hecho, Eliseo Reyes escribió el día 19 de abril: “La vanguardia guerrillera encuentra a cuatro individuos con fusiles M-3 y 2 revólveres. Entre los presos hay un agente del DIC. Revelan que tres camiones con soldados han llegado en la tarde.

”Detenemos a un campesino y lo liberamos después que promete ayudar a Dantón y Carlos para salir del lugar. A las 3:00 nos retiramos de Muyupampa”.

Los militares, tanto en Muyupampa como en Lagunillas, estaban nerviosos. No confiaban en las informaciones de los campesinos. Ellos proporcionaban datos falsos o exagerados, según los análisis de los servicios de inteligencia.

Localizamos a uno de esos campesinos.

Todos los campesinos sabíamos que si el ejército nos apresaba y nos preguntaba: “¿Has visto vos a los guerrilleros? ¿Has visto vos al Che Guevara?” Si nosotros respondíamos: “No he visto a los guerrilleros, ni he visto al Che Guevara”, nos golpeaban, nos pateaban, nos gritaban: “Colaboracionistas de los guerrilleros”. Hasta que teníamos que decir que vimos a los guerrilleros y que vimos al Che Guevara.

Entonces, cuando volvíamos a caer presos con los militares, los militares preguntaban: “¿Has visto vos a los guerrilleros? ¿Has visto vos al Che Guevara?” Ya nosotros contestábamos: “Sí he visto a los guerrilleros”, sí he visto al Che Guevara”, y continuaban los militares: “¿Por dónde has visto vos a los guerrilleros?” y nosotros les respondíamos que “por Yacunday, por Ipitá, por Monteagudo, por Padilla, por todas partes de donde hemos venido, hemos visto a los guerrilleros. Ellos están por todas partes”. Y como los militares eran sonsos nos creían y decían: “Siga usted, no más”.

Ya después los militares han sabido que nosotros hemos mentido, entonces ellos dijeron: “Que vayan los campesinos delante de nosotros hasta donde están los guerrilleros”, pero nosotros no queríamos ir, porque “teníamos miedo de que nos salga el tatú blanco”. Así murió Beltrán Rodas, él iba de guía de los militares cuando el tatú blanco le salió. Por eso los campesinos cuando veíamos al ejército huíamos para no decirles nada. Nosotros no queríamos morir guiando a los militares. Entonces los militares nos obligaban, pero nadie quería ir. Nadie quería morir.

El tatú es una especie de armadillo que vive de manera abundante en estas selvas de Muyupampa, sirve de alimento a los campesinos y a los guerrilleros. Es un animal herbívoro, su carne no tiene que ser condimentada porque adquiere el sabor de las plantas, tiene un caparazón duro, el cual se utiliza para construir los famosos charangos, instrumentos musicales de cuerdas, típico de esta parte de nuestro continente. En las zonas del Altiplano Andino, habita una especie llamada quirquincho.

Le preguntamos sobre esa leyenda del tatú blanco, y el muyupampeño dijo:

Para contar historias del tatú blanco, hay que formar una hoguera, hay que quemar hartas hojas de coca.

Y así lo hicimos. Era noche oscura, los sonidos de la selva oscilaban, se expandían, cesaban, volvían, eran misteriosos, sobrecogedores, tristes, penetrantes, nostálgicos. Mientras se preparaba la fogata deseábamos atravesar los imponentes Andes, la selva amazónica, el mar Caribe y llegar hasta nuestra pequeña isla.

El muyupampeño contó que:

El tatú blanco es carnívoro, escarba las fosas de los cadáveres frescos para darse un banquetazo con los restos de algún miserable. El tatú blanco se come a todos los muyupampeños que no son enterrados en fosas de cemento como entierran a los ricos.

Al tatú le gusta salir cuando hay noche de luna llena, entonces recorre la espesa selva y los ríos. Él tiene su propia ley y su justicia contra el hombre. Nunca nadie ha podido cazar un tatú blanco, no obedece, con sus ojillos fija la mirada en el hombre y lo paraliza de terror. El hombre llora, le suplica, clama, pero el tatú sigue siempre con sus ojillos fijos en el enemigo, entonces, el cazador que lo ha visto regresa a su casa para despedirse de su familia y deja de comer. Él sabe que morirá pronto. Cada muyupampeño tiene su cuota fija de tatú para cazar y cuando se pasa de esa cuota fija, aparece el tatú blanco, el cazador no puede pasarse de la cuota fija. En cualquier momento el tatú blanco puede aparecer.

Mientras él hablaba las llamas de la hoguera disminuían y los troncos secos se convertían en cenizas. La madrugada fue fría y antes del amanecer nos despedimos de aquel hombre que con amabilidad nos permitió pernoctar en su casa.

DOS CAMPESINOS EN EL CAMINO

Casi a media noche, los guerrilleros habían llegado a las cercanías del camino Muyupampa-Camiri. Se disponían a despedir a Regis Debray y Ciro Roberto Bustos, quienes irían acompañados del periodista anglochileno George Andrew Roth.

El combatiente Harry Villegas relató que por el camino habían encontrado a un campesino que se mostró muy amistoso y le ofreció un café.

Era una noche de luna, pero la vegetación ya intensa en ese tramo del camino tapaba su claridad y los guerrilleros tropezaban con las ramas y las piedras.

Inti Peredo le entregó a Roth una entrevista que relataba en apretada síntesis las acciones guerrilleras de los últimos días, así como los objetivos de la lucha. El Che se quedó con Pombo, Tuma y Urbano muy cerca del poblado de Muyupampa.

El objetivo de los guerrilleros y la petición de los visitantes estaban cumplidos. El Che señaló en su Diario que dado lo avanzado de la hora se retiraron y a las cuatro de la madrugada iniciaron el regreso.

Mientras esto sucedía, el periódico *La Nación* de Buenos Aires, anunciaba que en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra la misión norteamericana estaba organizando una nueva unidad boliviana de *rangers* para la lucha contra la guerrilla. Se pudo confirmar en esas mismas fuentes que cuatro helicópteros de cuatro y doce plazas eran armados en Santa Cruz para sumarse a la lucha contra los guerrilleros.

A casi 20 años llegamos a Muyupampa, una población que en 1967 tenía 3 000 habitantes, 1 médico, 1 cura alemán, 20 soldados con un teniente, 8 miembros de la dirección de investigaciones criminales, 1 iglesia, 1 escuela, 1 cuartucho que hacía las veces de hospital y 1 cárcel.

Muyupampa está situada en un valle, es la capital de la provincia Vaca Guzmán, del departamento de Chuquisaca. El

nombre es de origen quechua y significa valle redondo. Es un importante punto en el camino de tierra que une a, Sucre, con la población de Camiri. Los caminos son infernales y en época de lluvias, intransitables; se pierden por las serranías del Incahuasi, donde hay que atravesar las nubes y seguir camino. Cerca del poblado, un río de aguas claras que serpentea por todo el valle hasta perderse en las selvas vírgenes.

Allí se encontraba Froilán Rosado, un hombre de unos 45 años de edad, que accedió a contarnos su testimonio.

LA DELACIÓN

Yo vivía en Ayango. En el pueblo me dijeron que había guerrilleros, pero yo no les creí. A las ocho de la noche salí de Muyupampa con mi hijo para mi casa, y “cabalmente” cuando llego a mi potrero me encuentro con tres guerrilleros. Después conocí por los diarios que había un médico cubano.

No me “hicieron charlas”, me saludaron, me trataron bien y siguieron su camino, pero en el portón vi a un grupo de gentes a la sombra de un árbol que, al sentirme, se escondieron y después me vieron y siguieron avanzando. Me encontré con 10 guerrilleros que me preguntaron si había tropas en Muyupampa, yo les dije que no había, porque era verdad que no había, y ellos siguieron.

Yo tuve miedo de entrar a mi casa y seguí el camino. Ahí me encuentro con otro grupo que me hizo las mismas preguntas.

Cuando llegué a mi casa le digo a mi esposa que estaban los guerrilleros y que iba a dar parte al ejército. Primero iría a la casa de Nemesio Carballo, que estaba como a 1 km de distancia. Él estaba escuchando la radio y le dije: ¡Vamos a denunciar! Cogimos los caballos y dimos la vuelta por Guaraguai. Salimos a la quebrada de Muyupampa y con calma llegamos al pueblo. Yo fui a la casa del señor subprefecto que era Justino Corcuí. Ahí vi a varios tenientes, uno era el teniente Néstor Ruiz.

Ellos quisieron que nosotros le sirviéramos de guía, pero nos negamos y regresamos a nuestras casas.

Esa misma noche dieron parte a Camiri y el coronel Humberto Rocha dispuso que las tropas que estaban en Taperillas vinieran para Muyupampa. A las cinco de la mañana llegaron los soldados a mi casa, nos hizo buscar el capitán Pacheco, nos hizo declarar todo lo que habíamos visto y el propósito de los guerrilleros de entrar a Muyupampa.

Llegaron a sospechar que éramos cómplices de los guerrilleros. Acordonaron las cuatro esquinas donde nos encontrábamos y nos metieron en un lugar donde comenzaron a pegarnos.

Eso fue como a las siete de la mañana. Nos pegaron hartos. Eran mandados por el capitán Pacheco, que era “el oficial más alto” que había ahí. A mí me pegaron en la oficina del subprefecto y al otro en el juzgado. Fue una suerte para mí que el subprefecto fuera a su oficina y viera cómo me estaban pegando. Él se fue calladito, calladito y pidió auxilio en el pueblo. Vinieron todos y comenzaron a gritar y entonces el Capitán dejó de pegarme. Fue en ese momento cuando capturaron a Debray y a Bustos. Eran como las ocho de la mañana. También había noticias de que cuatro de la DIC fueron capturados en Hoz Blanca, por eso ellos estaban enojados con nosotros, porque pensaban que por culpa nuestra les habían preparado la emboscada.

Mi padre también se encontró con los guerrilleros, en la zona de Ayango, pero ellos estaban retrocediendo para la casa del señor Nemesio Carballo. Allí unos peones le vendieron jocos y choclos, con lo que ellos prepararon su comida.

A eso de las cinco de la tarde los aviones comenzaron a bombardear. Los guerrilleros también disparaban y se vieron huellas de sangre y una colcha ensangrentada, lo que indica que hirieron a alguno de los guerrilleros. Los aviones se fueron y los guerrilleros se quedaron.

Nosotros cuando escuchamos lo de la guerrilla, pensamos en hombres temibles, que abusaban de todo, principalmente de las mujeres, pero todo era falso. Si algunos necesitaban víveres, pagaban por ellos. En mi casa no estuvieron en ningún momento, pero sí en la casa de Nemesio Carballo todo un día y le pagaron a los peones todo lo que consumieron. Se portaron como unos caballeros, ellos eran unos caballeros.

RECUERDOS DE NEMESIO CARBALLO

El día 20 de abril el Che escribió: *Llegamos cerca de las 7 a la casa de Nemesio Carballo, a quien habíamos encontrado por la noche y que nos ofreciera un café. El hombre se había ido dejando con llave la casa y sólo unos sirvientes asustados [...].*

Allí mismo organizaron la comida, comprándoles a los peones maíz y jocos.

A través de las callejuelas de piedras o tierras con profundas zanjas, que las recientes lluvias habían cavado, fuimos en busca de Nemesio Carballo, el mismo campesino amistoso que le ofreció café a los guerrilleros. Lo encontramos muy enfermo, hacía pocos días le habían dado de alta en el hospital de Sucre. Los médicos habían llegado a la conclusión que no había más esperanzas y él debía permanecer tranquilo en su casa, hasta que llegara su final, el cual estaba muy próximo.

Se encontraba débil, pálido y delgado. Aquel hombre de alta estatura tosía constantemente y conmovió verlo. Sus familiares no querían que lo entrevistáramos y estábamos dispuestos a complacerlos, cuando la voz enérgica de Nemesio se impuso. Quería contarnos muchos detalles. Habló como si fuera una confesión profunda que llevaba dentro y se alegraba poder transmitir.

En esa ocasión de 1967, yo estaba en el campo y mi mujer estaba aquí con mis hijos. Yo estaba solo en el campo. Con un solo peón. Y ese día que era el 19 ó 20 de abril yo tenía que venir para el pueblo. Todavía había choclos en esa época y precisamente yo tenía que venir a traer choclos y zapallos para las wawas.

Tenía antes que buscar unos bueyes para asegurarlos y “cabalmente” encontré los bueyes y los estaba arreando. Se hizo de noche antes de llegar a la casa, faltaría 1 km más o menos. Era entre el día y la noche. Hay una bajadita a unos 500 m de mi casa, más o menos, y resulta que comenzando yo la bajada, me encontré con unos hombres barbudos. Yo me di cuenta al rato de quienes eran. El radio decía que los guerrilleros estaban por no sé dónde y que los militares habían comenzado con

rastrillaje por ese lugar.

Me encontré con ese hombre con barbas, aunque estaba vestido de soldado. Él me dijo: “Buenas noches”, y yo le respondí: “Buenas noches”, pero habían más, eran como 15 más abajo. Crea que me asusté. Ellos me rodearon en círculo y el que hablaba era uno solo. Uno de ellos me notó que yo estaba nervioso. Me palmó la espalda y me dijo: “No se asuste”. Entonces yo le pregunté que si ellos eran los guerrilleros y me dijo que sí. “No se asuste, que nosotros no le hacemos daño a nadie”.

Claro que yo estaba asustado, como el ejército decía que eran malos, que eran gentes abusivas, que obligaban a uno a servirles de guías, pero entonces yo me tranquilicé y me invitaron a sentarme en medio de ellos.

Después supe que el que me charlaba era Jorge Vázquez Viaña; él me dijo que ellos no estaban contra los campesinos, que ellos estaban buscando mejor vida para los campesinos. Preguntó si había alguna posta sanitaria por acá y como no había posta sanitaria, yo le respondí que no había. Me dijo que cuando los campesinos llegáramos junto con los obreros al gobierno, nosotros daríamos una estructura mejor al país. En cada kilómetro habrá postas sanitarias. Entre charlas y charlas me dijo que el mismo ejército los estaba armando, que por ejemplo esa mecedera¹ que él tenía era de un militar que cayó, de un tal capitán Silva y un tal mayor Plata. Uno de ellos dijo que los militares eran unos cobardes, que cuando cayeron presos en Ñacahuasú estaban como mujerzuelas. Ya había pasado como una media hora, yo estaba muy tranquilo con ellos.

Vázquez Viaña me dijo: “¿No tienes un poco de café y de azúcar?” Yo tenía una media bolsa de azúcar y de arroz... yo le dije que tenía de todo y que mejor fuéramos a mi casa, porque yo lo tenía en mi casa. Él me preguntó que si mi casa era una por la que ya habían pasado, que tenía un trapiche y yo le respondí que sí, que esa era mi casa.

Ellos me preguntaron qué distancia había al pueblo, y yo le

¹ Hamaca.

dije que 12 km; que si había soldados y yo respondí que no había, porque en realidad no había soldados. Yo había estado unas dos noches anteriores y no había nada y yo les aseguré a los guerrilleros que no había nada, porque no había nada. Solo había rumores de que los que estaban por Taperillas eran los guerrilleros. Ellos no recogieron las cosas que yo les ofrecí, solo me dijeron que consiguiera para ellos.

Vázquez Viaña me acompañó hasta mi casa. Yo le ofrecí todo lo que tenía, tenía además medio turril de charqui,² porque en esa época moría el ganado con rabia y yo tenía un turril de carne de ganado delgado. Tenía charqui y tenía también semillas de papas. También le ofrecí sal, pero no quisieron nada. Me preguntaron que si tenía chancaca,³ pero yo no tenía.

Caminamos unos 100 m y nos encontramos un segundo grupo, que estaba al mando de Coco Peredo. Los encontré en una pampita a orillas del camino. Vázquez Viaña le habló al Coco y él se levantó para caminar y le dijo: “Aquí te traigo a un amigo, por si quieres hacerle alguna pregunta”.

Entonces Coco me dijo: “¿Quién es usted?” Yo le contesté: “Soy Nemesio Carballo”, me volvió a preguntar si había soldados en el pueblo, que cuándo fue la última vez que había estado en el pueblo, que cuánto dista de aquí al pueblo, que por qué yo iba de noche al pueblo. Yo le dije que tenía a mi señora allá y yo iba de noche y venía de madrugada, pero que no iba todas las noches.

Preguntó sobre el camino carretero y si a esa hora subía un camión. Le dije que estaba bueno, que era el camino del Incahuasi.

Él me preguntó si yo no mentía y le dije que no mentía. Me preguntó si se podían conseguir medicinas en Muyupampa y que si había alguna movilidad. Yo le dije que había una de Berta Rosales, que era la única movilidad que había en el pueblo. Le expliqué que podían entrar en movilidad por el cañón que había más abajo y que conducía a Taperillas, que distaba unas cuatro leguas. Después de eso, él dijo: “Puede

² En Sudamérica se le llama así a la carne salada y secada al sol.

³ Especie de raspadura hecha con miel de caña.

no más irse”.

Vázquez Viaña iba a ir conmigo a buscar azúcar, pero Coco dijo que no, que ya era la hora de irse y le dijo: “Vámonos”. Yo no entregué nada. Yo estaba yendo a entregar mis cosas, pero Coco dijo que no.

Cuando ellos caminaron unos 30 m Coco Peredo se viró y me dijo: “¡Oiga! Viene un tercer grupo, no se asuste y conste, cuidado con que usted nos esté delatando, a esos que nos delatan y nos denuncian no les perdonamos la vida”. Yo no tenía ninguna intención de denunciarlos a ellos y así le dije: “Yo no tengo intención de denunciar a nadie”.

Como yo sabía que venía un tercer grupo, caminé un poco. Hay un cementerio para llegar a mi casa y hay que pasar precisamente por el cementerio. “Anticito de llegar” al cementerio, ya me encuentro con uno, con otro, con otro, con otro, eran tres grupos de 15 guerrilleros cada grupo. Yo calculé así, entonces uno al darme campo, me dijo: “Baje el brazo, baje la linterna”. Yo me aparté y él me dijo: “Gracias”.

Pasaron todos: “Buenas noches, buenas noches, buenas noches...”, hasta que pasaron todos. Iba un señor atrás, tenía una gorrita y una chamarra larga y con una cachimba, pero yo no sabía, nadie sabía, ni el ejército sabía que había sido el Che Guevara. Él venía arrastrando un caballo de tiro, él venía con carga. Él me dijo: *Buenas noches, ¿cómo estás?*

Yo le contesté: “Buenas noches señor”. Él me dijo: *No se dice señor, los señores son aquellos que humillan y ultrajan a los pobres.*

Yo le dije: “Es que a un desconocido por estos lugares, se le dice caballero o señor”. Y me dijo: *No repita nunca esas palabras, se dice camarada o compañero.*

Comenzó a hacerme preguntas igual que Coco. Me preguntó que cuánto tiempo demoraría en llegar a Muyupampa. Yo le contesté que dependía del ritmo en que ellos andaran, pero que serían dos horas.

Al despedirse me dijo: *Vamos a visitarlo continuamente por acá.* Yo subí a mi casa, solo faltaba una cuestita y llegué.

El peón estaba asustado, quería irse, él era mi compadre, él me dijo: “Han salido unos soldados, no serán esos que dicen que son mata gentes”, pero como yo tenía todavía miedo, le dije que era el ejército y él se tranquilizó.

Tomé una tacita de café y me quedé pensativo, escuchando todo lo que ellos me habían dicho. Me puse a escuchar la radio y en eso sentí un tropel de caballo y pensé que era mi hermano, pero no era mi hermano, era un amigo mío. Ya era noche, una noche con luna, él me dijo: “Nemesio, vos estás aquí tranquilo, ya los guerrilleros están llegando al pueblo, se están descolgando por el cañón, por el abra”. Yo le dije que no podíamos hacer nada. Le pregunté qué le habían dicho a él. Me dijo que nada, solo pasaron y lo saludaron. Entonces yo le dije: “Pierde cuidado. Yo he charlado con ellos más de dos horas, me dijeron que no harán estragos”. Son gentes buenas, yo no creo que hagan daño.

Pero él me dijo: “No lo creas, harán macanas,⁴ van a violar a las mujeres” y me insistió y me dijo: “Vamos”. Y yo dije: “Vamos”.

Agarramos los caballos, los ensillamos, tomé las alforjas y nos vinimos por el otro camino. Llegamos a Muyupampa a las doce y media de la noche. Nosotros sin saber que aquí había venido antes el ejército y que había agentes del DIC, había siete u ocho agentes del DIC en el pueblo. Porque había un agente del DIC, un petiso él, que había aquí de la policía, porque había venido aquí una denuncia de Ticucha y de allá de Tatarenda donde vivía un señor llamado Vides.

Este Vides había hecho un parte para la policía de aquí, en el que decía en un papel: “Han pasado 60 guerrilleros en dirección a Taperillas”, de eso ya me enteré cuando nos apresaron. Nos metieron a la oficina y nos dejaron solos, uno es vivo, agarré el papel, lo abrí y lo leí. De esa manera yo supe que Vides hizo el papel a la policía, explicando que pasaron 60 guerrilleros, por ese papel el ejército ya dio curso y han trasladado unos 140 soldados.

4 Disparates.

Nemesio calla, parece cansado, la esposa se acerca y le da cinco pastillas. Tosió fuertemente y después dijo:

Bueno, pues esa noche llego a mi casa, descargo las alforjas y pregunto por mi papá, que todavía estaba vivo, me respondieron que todos los hombres civiles estaban haciendo rondas, que el teniente Néstor Ruiz que ahora es teniente coronel y actual comandante del Batallón Barrientos, los había organizado con escopetas.

Fuimos hasta el subprefecto para contar lo que habíamos visto. Yo no quería ir pero el otro compañero me exigía, porque decía que los guerrilleros iban a entrar al pueblo y se harían macanas y todo el mundo pensaba eso, que los guerrilleros eran abusivos.

En esa época yo estaba peleado con el subprefecto que era Justino Corcuí. Él vive ahora en Santa Cruz.

Entonces pedí que buscaran a mi papá, nos reunimos todos aquí en la altura de donde vive la Berta.

En esa calle justamente nos encontramos con cuatro tipos. Yo me confundí y dije, ¡son ellos los guerrilleros! y me atonté realmente. Yo saludé: “Buenas noches”, pero ellos no respondieron. Ellos preguntaron de dónde veníamos nosotros. Yo le dije que veníamos del campo para aprovisionarnos de hojas de coca, de fideos y arroz, que habíamos salido por la noche.

Ellos preguntaron: “¿A estas horas?”

“Sí, cómo no”, les dije.

Se acerca uno de ellos y nos hizo bajar del caballo con fuerza, eran agentes del DIC y ya nos llamaron: “¡Carajos de mierda!, ¿qué hacen aquí?”

Yo estaba confundido, primero pensé, son los guerrilleros que se han rasurado un poco y además porque uno se me había acercado mucho y me había alado por la chamarra y me había dicho: “¡Ya los conocemos!”

Yo dije: “Nos iremos”. Agarré mi caballo y monté para irme, con intenciones de escapar, porque nos estaban tratando bas-

tante mal y ya yo no iba a informarles nada. Pero en lo que yo montaba en mi caballo, me agarró uno y otro me tiró un golpe que me dobló del dolor y tuve que sentarme y el otro me dio una patada.

Nosotros calladitos, ¿qué íbamos a hacer? Ellos dijeron que quién carajo éramos nosotros. Nos sacaron todas las cosas que teníamos, mi compañero tenía 84 pesos y se lo sacaron y un cortaplumas viejo también se lo sacaron, como yo no tenía nada, nada me sacaron. Yo todavía los confundía con los guerrilleros, hasta que uno de ellos dijo: “¿Qué vamos a hacer con estos?”, y dijeron: “Hay que preguntarle al teniente”. Y yo dije: “¿Pero quiénes son ustedes? ¿Los del ejército?”

Entonces les dije: “Así van a ser los del ejército, así de abusivos, precisamente nosotros hemos venido de donde los guerrilleros y son diferentes”.

Ellos dijeron que cómo era eso, les dije que yo vivía en el campo y que me encontré con ellos y le di la información. Monté en mi caballo y fuimos para el pueblo a ver al teniente Ruiz y le di la información también.

Mi compañero no hablaba nada. Yo era el único que informaba, el teniente dijo: “Puede irse”. El teniente me preguntó que por qué yo no estaba haciendo guardia y le dije que había venido del campo a galope y no podía. Él dijo, está bien, váyase. Pero mi compañero, un poquito miedoso, me dijo que lo acompañara a su casa.

Se había sembrado el pánico en el pueblo, estaba la zozobra. Se iban de una casa a la otra, los guerrilleros llegan, vienen, todo eso se decía. Nadie dormía, mandé a decir a mi casa que me estaba yendo con mi amigo. Nos fuimos a dormir, pero a eso de las tres de la madrugada las tropas, 140 soldados que estaban en Taperillas, han entrado al pueblo. Los camiones han traído a los soldados y con ellos llegó un capitán, Fernando Pacheco, es un cobarde, un mamadón,⁵ ese es “quien nos ha hecho pegarnos”.

Llegó y retó al teniente Ruiz y le gritó por no hacerle caso al

⁵ Tonto, mamarracho; en Bolivia, adulón.

parte de Vides, que decía que venían por Taperillas y Pacheco dijo que dónde estaban esos informantes y que quiénes eran esos colaboradores, que por qué él le creía a esas gentes, que eso era mentira, que los guerrilleros no estaban por acá, que el único culpable de que los guerrilleros salieran por el claro de Taperillas iba a ser el teniente Néstor Ruiz.

Entonces, un carabinero que era el que más conocía mi casa, vino a ella y al no encontrarme —esa fue la sospecha mayor, la más grande de que habíamos mentido— me buscaron y no me encontraron y solo en la mañana es que me han encontrado.

Este capitán, Fernando Pacheco, me dijo: “¿Quién es usted?” Le dije que yo hablaba con convicción propia, porque yo no era ningún camba, no soy un cualquiera; si yo hablé fue porque he visto, pero si usted desconfía vaya al lugar y verá las huellas y si resulta falso, mi cabeza está.

Mandaron a los agentes en un *jeep* y cogieron a tres (Regis Debray, Ciro R. Bustos y George Andrew Roth). Pero de todos modos me echaron la culpa a mí. Me dejaron preso, llamaron por teléfono a Camiri al comandante de la división Humberto Rocha, entonces me llamaron, que hiciera informes, que hiciera croquis, que yo calculara, que más o menos, que de dónde a dónde, que ya dónde podían estar. A los tres presos se los llevaron.

Ya por la noche me pateó un tal Flores, a ese se lo tuvieron que llevar de aquí, porque se comportó como un matón y llegó el jefe de la policía, un tal Roja [Celis Rojas] pero entró Fernando Pacheco y dice: “Saquen a la mierda esa”, refiriéndose a mí. Me metieron a un cuarto y me tenían contra la pared, así parado, y supongo que de los golpes es que yo estoy así enfermo. Ellos me han machacado feo, parece que de eso me ha salido un tumor y ya llevo cuatro meses en esta situación.

Ahí me tuvieron unas 48 horas preso, así me tuvieron en el cuarto hasta que amaneció, entonces dijeron que yo declare antes de que me maten y me gritaban: “¡Te vamos a matar carajo de mierda!” Querían que yo dijera desde cuándo tenía relaciones con los guerrilleros y gritos y más gritos. “¡Carajo habla!” y golpes y más golpes.

Entró un teniente y me dijo: “Hermanito, declara todo, te van a matar, di que los conocías y que los ayudabas”. Pero yo le dije que no sabía nada más, que todo lo que era ya lo había declarado. Entonces dijo: “Carajo vas a declarar”, y me pegó dos bofetadas, me pegaban mucho, por todas partes, en eso entró otro de relevo, me dijo que me sacara las abarcas y él mira la trilla de mis abarcas y dice: “Carajo, estas huellas andaban anoche con los guerrilleros, esta mierda dice mentiras”. Retrocedió unos pasos y me tiró las abarcas a la cara y comenzaron de nuevo a golpearme y yo comencé a gritarles, ya no me importaba que me mataran; “¡Abusivos! ¿Por qué no van a pelear con los guerrilleros y a golpear a los guerrilleros? Estoy seguro que son más machos que ustedes”.

Se ofendieron y dijeron: “A este carajo hay que matarlo, este carajo es un guerrillero, hay que sacarle las orejas”.

El otro compañero mío estaba en el otro cuarto, pero él no sabía hablar ni defenderse y lo golpeaban y él gritaba. Después me sacaron, nadie de mi familia sabía lo que estaba ocurriendo, ni mi papá ni nadie del pueblo, nos han sacado a las cinco de la mañana.

Ya habían llegado los presos, que habían sido Debray, Bustos y Roth. Yo los he visto porque estaba preso allí y ellos también venían como presos, como a delincuentes los trataban, apuntándoles. Usted se imagina a unos soldaditos indios apuntándoles a esos caballeros. “¡A lo que hemos llegado!”, dije yo, “unos indios apuntándoles a estos señores, capaz de que les tiren un tiro y aprieten el gatillo sin saber que lo están haciendo”.

Estaban también un cura alemán, el padre Leo, y un periodista nombrado Delgadillo. Era un macho ese periodista, porque él se metía y se metía, y los militares lo botaban y él se volvía a meter.

Llegó este Flores, que era uno de los que habían agarrado los guerrilleros, que fue el que más me pegó a mí. Él llegó en calzoncillos al pueblo, los guerrilleros le habían quitado las ropas y sus zapatos y preguntó por mí y entonces dijo que yo era el culpable de que lo agarraran a él, porque yo no había

avisado que los guerrilleros estaban “ahicito” y que él iba con confianza y por mi culpa, él había caído preso y se ha venido directo donde estaba yo a pegarme unas patadas. Después de eso, nos metieron en otro calabozo, que era chiquito, ahí metidos hasta el día siguiente. Estaba todo llenito de soldados, vinieron unos perros adiestrados.

Nemesio respiraba con dificultad, se callaba, pero no quería descansar, le parecía corto el tiempo y se apresuraba a continuar:

Pacheco o quién sabe quién planeó para que nosotros nos fugáramos y fueron unos soldados a invitarnos a escaparnos, nos dijeron que a las doce de la noche nos iban a dejar abierta la ventana. Mi compañero estaba sentado ahí no más. Yo lo hacía sufrir a él, porque le decía que por su culpa de querer venir a informar nos estaba pasando todo esto.

Él respondía que quién iba a pensar que esto fuera así.

A eso de las tres de la tarde llegó un helicóptero, había llegado el comandante Rocha vistiendo de kaki y se puso a discursar, arriba de unos cajones que habían puesto ahí:

“Ciudadanos de Muyupampa. Estamos en horas de peligro. Gentes foráneas han venido a imponer su política. Le pedimos a los campesinos que se porten duros con ellos, para eso tenemos hachas y machetes”.

¿Cómo un coronel va a hablar esas cosas? Era un tonto este coronel.

Uno de ellos, de los de Muyupampa, dijo:

“Coronel, nosotros no vamos a colaborar con el ejército, son muy abusivos. Están presos dos muchachos de aquí de Muyupampa”. Él dijo: “Pero ustedes no saben en qué líos se han metido esos muchachos, están complicados con los guerrilleros”.

¿Qué cosas le habrán dicho a ese coronel de nosotros? La gente dijo: “Cómo es que ellos vienen a dar parte al ejército y los van a apresar y les van a pegar. Nosotros garantizamos a estos muchachos”, y ya comenzaron a hablar las mujeres y

todas a la misma vez, y los hombres también, todo el mundo dijo que si no salíamos nosotros, ellos preferían que llegaran los guerrilleros y ayudarían a los guerrilleros y no al ejército.

El coronel no pudo seguir hablando. Los gritos de las personas no lo dejaban. Él dijo que trataría de arreglar este asunto. Entonces el coronel Rocha vino a vernos y nos revisa las manos, porque los guerrilleros estaban picados de moscos,⁶ pero yo no estaba picado pero mi compañero era pintado, de esos que se les llama pecoso. Entonces dijo que yo no era guerrillero pero el otro sí.

Pacheco dijo: “Coronel, ellos se han metido con los guerrilleros, han estado en vinculación con ellos y muchas otras cosas”. Yo le dije al coronel que este Pacheco quería que nos fuéramos, y que estaba manipulando todas las cosas.

Como a las siete de la noche nos han largado, pero antes nos han dicho que no digamos ni hablemos nada a nadie, que por Bolivia, que por la bandera, nadie podía saber que nos habían golpeado. Que podíamos salir pero que cada dos horas teníamos que presentarnos al ejército, mas nosotros le contamos a todo el mundo lo que nos habían hecho y los tipos de la DIC se enteraron. ¿Quién les diría?

Como teníamos muchos amigos en el pueblo todos andaban con nosotros y ellos pensaban que nosotros habíamos planeado algo contra ellos y nos hacen llamar nuevamente y nos llevan a la alcaldía. El alcalde nos dice que el ejército se ha enterado que nosotros hemos contado todo, que estamos siguiendo a los de la DIC y que habíamos preparado una pandilla para ajusticiarlos. Parece que el ejército sospechaba algo o alguien les dijo.

Una tos insistente hizo detener su narración, pidió agua, se calmó y luego continuó con lentitud.

Después, los guerrilleros han estado dos días en mi casa y el ejército ha bombardeado todo, tuvimos que cambiarnos de casa. Casi no quedó nada, se ha deshecho, ametrallaron toda la casa, había un árbol y lo han blanqueado con la metralla

⁶ Especie de moscas.

y los aviones tiraban bombas y tiraban casquillos. Tenemos algunos de esos casquillos de bombas guardados como recuerdo de esa barbarie.

Muchos campesinos fueron presos, se ha sufrido mucho acá.

Mire, a don Ernesto Rodas lo tomó preso el ejército, como si fuera un chivo, pero sin culpa, porque dígame qué puede hacer usted, los guerrilleros llegaban y decían: “No queremos favores gratis”. Hay gentes que les hacían cosas de comer, las gentes decían que no es nada, pero ellos no permitían eso, ellos pagaban y pagaban un precio más que justo y ellos les ponían en el bolsillo el dinero a los campesinos.

Allá en mi casa hemos encontrado una frazada manchada de sangre, pero el peón se quedó con esa frazada, él la lavó, era una frazada nuevita y la han partido en dos, pero este peón ha muerto ya.

Después volví a ver a Jorge Vázquez Viaña porque él cayó herido en Monteaguado, yo lo supe cuando estuve en el hospital de Yacimientos, porque me tuvieron que sacar radiografías de todo el cuerpo porque de los golpes yo no podía respirar, me dolía todo el cuerpo, era un dolor bárbaro y lo metieron a él ahí y yo estaba también. Él estaba custodiado por militares. Nosotros pensábamos que esa frazada que estaba con pura sangre era de un guerrillero que había muerto, que estaría enterrado allí. Hemos ido varias gentes a buscar para ver dónde lo han enterrado y llevarlo para su lugar en el cementerio, pero no lo hemos encontrado.⁷

Mire, yo estoy convencido y soy un convencido admirador del comandante Che Guevara, mire usted el trato que me dio sin conocerme y sin saber yo que era el Che Guevara.

Cuando comenzaron a golpearme y patearme y decirme “carajo de mierda”, yo empecé a ser un admirador de los guerrilleros. Yo pensé que si los volvía a encontrar, yo iba a ayudarlos, yo estoy convencido que yo sería un ayudante y colaborador del Che Guevara.

Nos preocupó y apenó la enfermedad de Nemesio. Él, muy animado por momentos, pidió a su esposa que le alcanzara

los casquillos de las bombas con que el ejército había bombardeado su casa y su trapiche.

Cuando los tuvo en sus manos, parecía recordar indignado el bombardeo, luego extendió sus manos huesudas y dijo:

Estos son, guárdelos bien, yo ya no podré cuidar de ellos.

El campesino de Muyupampa, el compañero, el camarada, como le dijo el Che, aquella noche del 19 de abril de 1967, cerró los ojos por un momento, parecía cansado, mientras nos daba las gracias por haberlo visitado y contarnos lo que llevaba por dentro. Se incorporó de la cama para despedirnos. Sus ojos lánguidos y profundos se cerraron para siempre unos meses después.

DECLARACIONES DE GEORGE ANDREW ROTH

El día 19 de abril de 1967, el Che escribió en su Diario: *A las 13:00 horas la posta nos trajo un presente griego: un periodista inglés de apellido Roth que venía traído por unos niños de Lagunillas tras nuestras huellas. Los documentos estaban en regla pero había cosas sospechosas:*

Este presente griego, como bien el guerrillero heroico señaló, dijo llamarse George Andrew Roth, una persona que las agencias de prensa internacional situaron como la de un periodista anglochileno, detenido en Muyupampa, el día 20 de abril de 1967, junto al francés Regis Debray y el argentino Ciro Roberto Bustos.

Él fue el único periodista o fotógrafo ajeno a la guerrilla que llegó hasta ella. Tratamos de buscar su ubicación, pero nadie pudo darnos referencias. Su persona y el papel desempeñado durante la guerrilla en Bolivia, presentaba muchas interrogantes.

Todos los entrevistados situaban a Roth como agente de la CIA o el FBI. Algunos señalaron que George Andrew Roth era un nombre falso.

De todos modos sea una cosa u otra, tenga un nombre real o ficticio, su testimonio hubiera sido interesante, pero en ausencia de este, utilizamos cuatro crónicas que bajo su nombre aparecieron en la revista *Ercilla* de Santiago de Chile, publicadas en los números: 1683; 1684; 1685 y 1686 (de fecha 6; 13; 20 y 27 de septiembre de 1967, respectivamente). A continuación reproduciremos algunos pasajes de interés:

“Salí de Santiago con la idea de ir a la guerrilla [...] Había leído en un periódico la noticia de la primera emboscada en Ñacahuasú [...] solamente conté mis propósitos a un amigo [...] De esta manera tuve que viajar a Buenos Aires, donde permanecí hasta conseguir un pasaje en Lloyd Aéreo Boliviano a Santa Cruz, mientras tanto buscaba el financiamiento de mi viaje y de los reportajes que de él obtendría, en realidad de las agencias noticiosas acreditadas en la capital Argentina. Únicamente el señor García, de *Time-Life* se interesó en mis

ofertas”. Se refiere al norteamericano de origen venezolano Moisés García, corresponsal del *Time-Life* para toda el área de Sur América. Algunos periodistas de Camiri de esa época tenían fundadas sospechas de que trabajaba para la CIA.

“Yo, personalmente, tuve la convicción, sin base alguna, de que se trataba efectivamente de un brote de guerrilla y de que el Che Guevara estaría con ellos [...]”.

“Recibí aliento solo del agregado de prensa de la Embajada Británica en Buenos Aires, al cual expliqué lo que iba a hacer [...]”

“[...] tomé el avión a Santa Cruz, llegando el día 5 de abril. Pernocté allí, visitando a un amigo del Cuerpo de Paz. Le dije a él y a su esposa boliviana, de mi intención de ir a fotografiar las guerrillas [...]”

A la mañana siguiente, Roth tomó un avión que en una hora más lo dejaría en Camiri y siguió relatando que al llegar le aconsejaron —no dice quién— que consiguiera los documentos necesarios que otorgaba el Ejército y la Dirección de Investigación Criminal (DIC).

Y señalaba: “El capitán Padilla [...] de la sección segunda (inteligencia militar) me dio una nota escrita a máquina, autorizándome a entrar en el área de operaciones”.

En Camiri se hospedó en el hotel Londres y al día siguiente salió para Lagunillas, lugar donde los militares habían establecido su comando.

“Un coronel del ejército, gentilmente, ofreció llevarme en su *jeep* y llegamos a las 5 de la tarde”.

“[...] Fue ahí donde por primera vez, vi la mezcla de harina con agua, plato único del soldado boliviano, que bautizaban con el nombre de ‘lagua’.”

“[...] en esa oportunidad los oficiales me invitaron a cenar con ellos en una de las dos pensiones de Lagunillas: comimos lomo (plato a base de carne de res), arroz y yuca... Los comensales demostraban jovialidad y nos servimos varias botellas de la excelente cerveza ‘tropical’, en un ambiente amistoso [...]”

Según el relato de Roth, los militares le dieron una frazada y le pidieron excusas por alojarlo en un local con piso de tierra y al día siguiente le informaron que podía unirse al personal que saldría en dos camiones con tropas que partirían en busca de los guerrilleros.

Allí se encontró con el desertor Vicente Rocabado Terraza, quien había proporcionado abundantes y valiosos datos a los servicios de inteligencia y guió a los militares hasta el campamento guerrillero.

Llegó un camión con tropas de la Escuela de Clases (suboficiales) de Cochabamba. Con ellos recorrió durante la semana lo que se denominaba como “triángulo rojo”. Todas las poblaciones de la periferia guerrillera.

Acompañó a los militares por esos lugares, compartió con ellos y comió “la ración C” provista por el ejército norteamericano.

Regresó a Lagunillas en *jeep* con el coronel Fernández, quien lo invitó a un asado en la casa de un cazador. “Se me dio a entender que el cazador deseaba agasajar al coronel, pero al llegar a la choza, el recelo de la familia dejaba traslucir que la invitación fue fuertemente sugerida por el coronel. Entonces partió para el campamento guerrillero, ya en manos de los militares.

Roth sigue narrando que cuando la emboscada de Iripití, el mayor Padilla, jefe de la Inteligencia en Camiri, le dio permiso para que fuera hasta la zona donde estaban recogiendo los cadáveres, cuando regresaron el coronel Fernández los llevó en su *jeep* hasta Lagunillas y señala “al día siguiente me puse en camino a La Paz, para despachar mis fotografías. Al llegar al hotel me llamaron de *El Diario* de La Paz, interesándose por mi material. Necesitaba dinero y vendí seis fotos que se publicaron en primera plana el 13 de abril”.

Roth regresó a Camiri el día 17 y enseguida se trasladó a Lagunillas con dos camarógrafos argentinos —Hugo López y Hermes Muñoz— de la CBS de Nueva York, a quienes había conocido antes de ir para La Paz, donde se entrevistó con funcionarios de la embajada de Estados Unidos.

Al llegar el coronel Fernández les dijo que había recibido informes fidedignos de la presencia de un grupo de guerrilleros en la región.

Roth con un guía emprendió viaje hacia donde estaban los guerrilleros, al llegar a la cumbre del Incahuasi decidió pernoctar y al amanecer comenzó el descenso, sobre esto narra: “Próximos a un maizal, que se divisaba en una lomita de tierra colorada, pudimos divisar una casita de caña o bambú, característica de la región. Al acercarnos apareció un viejo que al parecer venía levantándose de unas pieles que le servían de lecho [...] una vieja y una niña que no pasaba de los doce años ostensiblemente embarazada, descalza, con un vestido negro inmundo, con la cara sucia y dos muchachos de poco más edad que contrastaban con su presentación. Los adolescentes entendían castellano, el resto hablaba guaraní”.

Relata que en ese momento el guía le dijo que solo lo llevaría hasta ese lugar y que siguiera camino con los dos muchachitos y así lo hizo.

Después de caminar unas cuantas horas, se encontró con dos guerrilleros que al ver que se preparaba a tomar fotografías se lo impidieron, luego aparecieron otros hombres armados y narra: “Otro guerrillero me dijo:

—‘Me da sus máquinas, por favor; desmonte’ [...].

”—‘Va a esperar aquí. El Jefe va a hablar con usted’.”

Roth se encontró con el guerrillero, Jaime Arana Campero (el Chapaco) y señala lo siguiente:

“Durante el tiempo que estaba de guardia yo le hacía preguntas que contestaba pausadamente, a veces con evasivas. No, el Che Guevara no estaba. No había ningún extranjero en la guerrilla, que consistía en varios grupos de aproximadamente 15 hombres. Posiblemente había alguna mujer, aunque él no conocía muchas gentes de los otros grupos, que solo se topaban a veces. No había comunicación por radio u otros medios, aunque tenían pequeños receptores o transistores. Dijo que la mayoría de los guerrilleros eran ex militantes del MNR, con algunos comunistas y de otros partidos”. Es decir que comenzó a cumplir la obtención de información que le habían solicitado.

El Chapaco, evidentemente, lo estaba desinformando.

Según Roth le trajeron un plato de comida, guiso de porotos (frijoles) con pedazos de yuca y una cuchara.

Cuando terminó de comer, se le acercó un hombre de unos 30 a 35 años. (Después supo que era Inti.)

“—Soy el comandante de esta guerrilla” —dijo— “voy a hacerle algunas preguntas. Siéntese acá por favor” —y señaló unas piedras distantes un par de metros de Luis Jaime Arana Campero (guerrillero que hacía guardia). “Muéstreme todo lo que trae en sus bolsillos”.

“Puse en el suelo una libreta de apuntes, otra de direcciones, mi billetera, varios rollos de películas virgen y un paquete de lamparitas flash. Recogió todas las cosas, las revisó, las depositó en el suelo y me pidió que le explicara el porqué había venido [...]”.

“[...] Me explicó que por razones obvias no se podían permitir fotografías, que mi situación era ‘muy grave’ ya que no sabían ‘quién era yo’ y que me podía considerar prisionero de la guerrilla [...]”.

“[...] Siguió el interrogatorio, durante el que tuve que explicar, la manera en que había sabido de la presencia de la guerrilla en la región, cómo había llegado, mis antecedentes profesionales, etcétera”.

Relata que en el curso del interrogatorio, Inti le dijo: “que se me consideraba espía del gobierno hasta comprobar lo contrario. Se levantó y recogiendo mis cosas del suelo se perdió en dirección a unas chozas.

”Esperé aproximadamente media hora...

”Inti volvió, y sentándose frente a mí pidió explicación del contenido de mi billetera y pasaporte.

”¿Qué significa esto? —mostrándome una tarjeta de un amigo mío perteneciente al Cuerpo de Paz Norteamericano. Expliqué, agregando que había sido profesor de castellano del Cuerpo de Paz en Puerto Rico...

”...tuve que explicar también anotaciones hechas en mi libreta

de apuntes y, finalmente me pidió que tradujera del inglés una extensa anotación. Dije que eran reflexiones de carácter personal, como una página de diario de vida, y que prefería no traducirlas.

”—Queremos saber lo que piensa usted —replicó—, y no tuve más remedio que traducir”.

Roth trataba de encubrir con estas aseveraciones su conversación con Inti, quien en su diario escribió: “[...] Además en su libreta de apuntes traía un cuestionario de preguntas que según él, tenía por objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón, además de la presencia de Tania y Debray [...]”.

Según fuentes de inteligencia, cuando Roth viajó a La Paz, se entrevistó con dos oficiales de la CIA, quienes le encargaron otras misiones, entre ellas obtener información de inteligencia y operativa, las cuales, sin duda, trató de cumplir como se desprende de la conversación inicial sostenida con el guerrillero que hacía posta ese día.

Roth y la CIA no imaginaban que el diario de Inti sería conocido posteriormente y que esta conversación en especial quedaría aclarada. Tampoco toda la información abundante y amplia que sobre el ejército boliviano proporcionó Roth a los guerrilleros, en su crónica sobre el particular escribió: “Dije que esa mañana había visto camiones subiendo a El Pinal con provisiones, y que no sabía exactamente cuánta tropa había en Lagunillas, estimando la dotación de 30 hombres”.

Según Dariel Alarcón, Roth proporcionó abundante información sobre los militares y la composición de estos, sus contradicciones y abusos a la población, la actitud de los desertores y lo que estos habían declarado, sus conversaciones con los oficiales del ejército destacado en Camiri. En ese sentido, él habló bastante.

Relata Roth: “[...] Después de informarme que quedaba prisionero y que me aprestara a viajar con la guerrilla, Inti se alejó llevándose mis documentos[...].

”Esperé un rato mientras campesinos iban y venían en sus quehaceres. Algunos me saludaban sin mayor curiosidad.

Conté entre 12 y 15 guerrilleros [...].

“Los guerrilleros empezaban a cargar grandes mochilas, que parecían pesadas por sus esfuerzos y se perdían de uno en uno por el sendero que salía al caserío. Trajeron mi caballo y se me indicó que los siguiera. Nos adentramos en la selva y enseguida por el lecho de un arroyo. Caminábamos silenciosamente, en fila india, separados por distancias de 10 a 12 metros [...].

”Oscureció y empezaba el frío, que iba a aumentar en el curso de la noche. Salimos del arroyo por un sendero, donde transitaba de vez en cuando un campesino [...]

”[...] Coco Peredo se detenía a conversar. Durante uno de los infrecuentes descansos, un campesino trajo un pequeño saco de maní crudo, que Coco repartió entre su gente, ofreciéndome también.

”Una vez hubo un descanso largo, quizás de media hora, cerca de un caserío. Coco entró a una de las casas mientras los otros dejaban sus mochilas en el suelo o charlaban con algunos campesinos que se acercaron sin temor. Las conversaciones —casi siempre iniciadas por los guerrilleros— trataban los propósitos de la guerrilla.

”[...] Retazos de la conversación llegaban hasta mí [...] La luna llena iluminaba la escena que se desarrollaba en una ‘chaca’ o vega de pasto corto con uno que otro arbusto. Uno de los guerrilleros hablaba en guaraní a un campesino de ropa clara, otro en quechua [...].

”[...] Otro guerrillero —que parecía conocer Muyupampa y sus alrededores a fondo intercalaba comentarios acerca de personajes de Muyupampa [...] con observaciones políticas [...].

”[...] Después de la reforma agraria, todo volvió a ser como antes. ¿Cómo se llama esa vieja rica que tiene la casa grande en Muyupampa?, ya ves como ahora tiene más que antes [...] El campesino asentía y confirmaba las observaciones del barbudo. Entraba en confianza a medida que avanzaba la conversación, hablaba de las dificultades del sindicato campesino, de los problemas agrícolas y del trabajo de quemar y limpiar nuevos campos [...]

”[...]El hombre armado hablaba de la integración de los mineros a la lucha guerrillera, están cansados de que los masacren los militares, de vivir como animales [...].

”Después de varias horas de camino, la columna se detuvo [...].

”[...] Dos de ellos quedaron vigilándome, mientras creí morir de frío[...].

”Dormí sentado en el suelo, despertándome para encontrar varias personas a mi alrededor, y a la voz del Comandante Inti que decía:

”—‘Señor Roth, vamos a expulsarlo de la zona’.

”Me levanté y alcancé a distinguir dos hombres de civil entre varios guerrilleros.

”Inti dijo:

”—A los tres tenemos que expulsarlos juntos. Son periodistas, colegas suyos; el señor Fructuoso, el señor Debray,

”[...] Comenzamos a andar muy rápidamente, los tres civiles rodeados de guerrilleros, que apuraban el paso hasta casi correr.

”Salimos a un camino ancho y polvoriento, donde se ordenó un alto.

Otra vez se me acercó Inti, entregándome lo que apenas distinguí, eran mis papeles.

”—‘Le devolvemos sus documentos. Usted nos va a obsequiar los rollos de películas que trae’ —y entregándome mi libreta de apuntes abierta en una página escrita con letra menuda y pareja agregó:

”—Esta es una entrevista conmigo en carácter de exclusividad’.

”Esto (dos hojas de papel, escrita a máquina) son comunicados del Ejército Nacional de Liberación para la publicidad”.

Roth narra la llegada a Muyupampa, la detención y la espera de un helicóptero que lo trasladaría para Camiri. “Escuchamos el ruido de un helicóptero que aterrizó en el patio exterior,

inquietando a los diez feroces perros policías que los militares habían traído para cazar guerrilleros”.

El viaje fue emocionante según narra: “Era la primera vez que viajaba en helicóptero [...] gocé como un niño”.

Continuó narrando la llegada a Chorette y el inicio de golpes y torturas contra Debray primero y posteriormente contra él, además de los correspondientes interrogatorios.

Señala que los militares registraron, quitándole absolutamente todo lo que llevaba en los bolsillos. “Entre los objetos estaba mi billetera con algún dinero boliviano y cien dólares en cheques de viajeros. Nunca volví a ver los objetos, el dinero, el equipo fotográfico decomisado”.

Señala todas las torturas y malos tratos de que fue víctima, hasta que después de los tres días, recibió la visita del coronel Federico Arana, jefe de la Inteligencia Militar, que como habíamos informado anteriormente llegó a Camiri el día 24 de abril en compañía de dos expertos norteamericanos Theodoro Kirsh y Joseph Keller, además del agente de la CIA conocido como doctor González.

Federico Arana, le entregó algunas monedas bolivianas (no dice cuantas) y le permitió además mandar a comprar cigarrillos y una lata de leche condensada.

Al cabo de la primera semana le avisaron que vendrían elementos técnicos desde La Paz, para interrogarlo.

Resulta totalmente incomprensible que Roth, quien tenía permiso de las autoridades militares en Camiri, incluso una autorización escrita a máquina por el Jefe de la Inteligencia en ese lugar, no hubiera hecho uso de ella para presentarla en esos interrogatorios.

Haber caído preso en los primeros momentos podía presentarse por alguna confusión, pero posteriormente no tenía ninguna justificación, máxime si Roth compartía amigablemente con los oficiales, visitando incluso el campamento guerrillero en manos de estos, viajando a La Paz posteriormente y publicando sus fotos en el periódico *El Diario* y entrevistándose con dos oficiales de la CIA.

¿Cómo explicar que le permitieran entrar en la zona guerrillera y después lo detuvieran por esa misma causa?

¿Por qué no buscó apoyo entre los varios amigos que tenía dentro del ejército boliviano o fuera de él? Porque como bien él señala en sus crónicas, antes de viajar a Bolivia, se había entrevistado en Buenos Aires con el corresponsal de *Time-Life* y con el agregado de prensa de la embajada de Inglaterra en Argentina, esto para no indicar lo que según fuentes de inteligencia boliviana, señalaban de su entrevista con dos funcionarios de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires.

Roth confiesa a los guerrilleros que había trabajado para los Cuerpos de Paz norteamericanos y admite que tenía un amigo de dichos cuerpos en Santa Cruz de la Sierra.

¿Por qué no acudió a él? ¿Por qué estos no lo ayudaron, máxime que conocían de sus proyectos?

Incluso viajó a Lagunillas en compañía de dos camarógrafos de la CBS de Nueva York, como testigos ante cualquier acusación que quisieran formularle.

Nada de esto es comprensible, salvo que lo informado por una fuente de inteligencia boliviana, fuera válido, es decir que Roth permaneció detenido porque así convenía a los servicios de inteligencia, en especial a la CIA.

Él escribió: “Al cabo de dos semanas fuimos trasladados Debray, Bustos y yo en avioneta, esposados y con prohibición absoluta de hablar”, hacerse señas o comunicarse por ningún medio.

Si los servicios de inteligencia y la CIA no querían que hablaran entre sí, por qué los llevaban juntos, ¿no hubiera sido preferible separarlos? Iban juntos porque convenía a la CIA que así fueran.

Durante el tiempo que permaneció Roth con Debray y Bustos, narró:

“Yo ‘sentía’ una cierta desconfianza de parte de ellos. Se reveló un día en que empezaron a preguntar detalles de mi vida. Regis dijo que yo era casi el prototipo de agente secreto,

y finalizó haciendo una acusación indirecta en el sentido de que yo sería agente de la CIA o del ejército boliviano [...].

”[...] A medida que nos conocíamos más, la desconfianza disminuía pero debido quizás a la situación misma, no desapareció por completo hasta las semanas que precedieron a mi salida en libertad.

”Compartíamos durante este tiempo la impresión de que el mundo nos había dado por muertos y que nadie en absoluto se preocupaba de nosotros. Esto en los meses de mayo y junio. Esta impresión con sus consecuencias emocionales, desapareció el día en que aterrizó un helicóptero cerca de la casa de hacienda, trayendo a Monseñor Kennedy, un obispo norteamericano que sirve de capellán a las Fuerzas Armadas bolivianas, quien venía como observador a verificar nuestra existencia.

”El día 8 de julio me pusieron en libertad provisional [...] Pedí despedirme de Regis, quien me dio una carta para su madre, otra para la novia y una tercera pública, dirigida al director del diario católico *Presencia*, de La Paz, en la que refutaba noticias aparecidas en la prensa, en el sentido de que Regis había proporcionado a la policía datos claves de organizaciones izquierdistas de América Latina [...].

”[...] En vez de ir a dormir a un hotel preferí acompañar a Roberto (Ciro Roberto Bustos). Reiteré mi promesa de velar por el bienestar de sus hijitas y su esposa, para quien me entregó una carta”.

Nada de esto llegó a su destino. Fue el último trabajo para los servicios de inteligencia que George Andrew Roth aportaría en Camiri. Él volvería a aparecer en la primera población chilena junto al ejército de ese país cuando los sobrevivientes de la guerrilla llegaron a esa.

LA PAZ PARA MUYUPAMPA

El Che escribió el 20 de abril de 1967:

[...] a eso de las 13 apareció una camioneta con bandera blanca en la que venían el subprefecto, el médico y el cura de Muyupampa [...].

El testimonio del doctor Mario Cuéllar, médico de Muyupampa, integrante de la comisión de paz que se entrevistó con los guerrilleros en las cercanías del poblado y el relato de Elvira Rosales, residente en Muyupampa, ponen al descubierto las acciones represivas del ejército en esa población y los alrededores; las contradicciones existentes entre las autoridades locales y la población por un lado, el ejército y la policía por el otro.

A las nueve de la mañana del día 20 de abril, los guerrilleros llegaron de nuevo a la casa de Nemesio Carballo, los peones les ayudaron en la preparación de los alimentos y en la venta de un chivo, maíz, maní y calabazas, obtenidos a través de distintos campesinos.

Mientras preparaban el almuerzo, en el recodo del camino apareció una camioneta con una bandera blanca, en ella, el médico, el subprefecto y el cura de Muyupampa, este último de la República Federal Alemana (RFA). Eran las 13:00 horas y vinieron en visita de paz, informaron que Regis Debray, Ciro Bustos y el periodista inglés estaban presos, señalaron la cantidad de soldados que había en el pueblo y hablaron sobre el temor que sentían estos. Como muestra de buena voluntad llevaban dos ruedas de cigarros de regalo.

CONVERSACIÓN CON EL MÉDICO DE MUYUPAMPA

A casi 20 años de estos acontecimientos, encontramos al médico de Muyupampa, doctor Mario Cuéllar, quien trabajaba en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Amablemente accedí a recibirnos y explicarnos sus recuerdos de aquel momento.

El doctor Cuéllar narró:

Cuando yo llegué a Muyupampa, era una población de unos 3 000 habitantes más o menos. No había médicos, ni enferme-

ras. Tenía como hospital un cuartico al lado de la alcaldía y la cárcel. Todo se encontraba en la plaza central. Allí hemos comenzado a recolectar fondos entre los vecinos para construir el hospital. Es lo único que tiene ese pueblo ahora, un hospital de 10 camas construido por los mismos vecinos.

En esa época nadie conocía nada de las guerrillas, pero después comenzaron los comentarios, yo no creía que fuera cierto, pero una noche llegó el señor Nemesio Carballo y dijo que se había encontrado con los guerrilleros.

Salí con el teniente Eliecer Rojas y un grupo de agentes del DIC, pero los guerrilleros los velaron y les quitaron las armas, no cometieron ninguna violencia contra ellos, solo les quitaron las armas.

La población estaba muy preocupada, al día siguiente a las seis de la mañana, entraron con Regis Debray y Ciro Bustos. La noche antes había llegado Delgadillo Olivares, un corresponsal del periódico *Presencia*, él traía unos manuscritos de las guerrillas, ya él los había leído y me los mostró.

Yo hablé con Bustos y Debray, le presenté al periodista y le expliqué que estaba haciendo un reportaje gráfico. Delgadillo dijo que ese sería el reportaje más “grueso” que iba a hacer en su vida. Entonces el padre alemán Leo Schwartz me dice: “Vamos a la selva, hemos preparado una comitiva para saber lo que está pasando”, buscamos a Justino Corcuí, que era el subprefecto de Muyupampa y salimos.

Fuimos preguntando a los aborígenes, descansando por el camino unos 6 u 8 km y allí estaban los guerrilleros ahumando —cocinando— en una casita, estaban haciendo su comida. Caminamos unos 300 m, dejamos la camioneta y llegamos al río, subimos para la casita y ahí nos hicieron parar los guerrilleros.

Salieron más o menos ocho. Nos presentamos, ellos ya sabían quiénes éramos. Nos preguntaron: “¿Usted es el médico de provincia?” “¿Usted es el padre?” “¿Qué desean?” Ahí charlamos un par de horas.

Al referirse a este encuentro, Inti, en su libro *Mi campaña junto al Che*, escribió:

“[...] La delegación nos ofreció ‘*Paz de tipo nacional*’ y nos rogó que no atacáramos Muyupampa porque el ejército estaba atrincherado. ‘No queremos derramamiento de sangre’, reiteró.

”Les contesté que no queríamos una ‘Paz nacional’ a menos que nos entregaran el poder, que era el objetivo de nuestra lucha como vanguardia del pueblo. Les pregunté cómo vivían los campesinos de los alrededores, la forma como los explotaban y al médico le exigí datos sobre la mortalidad infantil. Como en toda Bolivia, el cuadro era allí deprimente. Les dije, ¿encuentran justa esta situación? Nosotros estamos peleando para que los pobres no sean más pobres y los ricos más ricos. Nosotros estamos combatiendo por el progreso del pueblo, para que no haya tanta hambre, tanta miseria [...]”.

El cura —según testimonios de Inti Peredo— señaló en forma de crítica que en la guerrilla había extranjeros e Inti explicó que los pobres y los revolucionarios tenían derecho a unirse para luchar contra un enemigo común que era cruel y fuerte, pues por eso el Ejército de Liberación de Bolivia tenía abiertas las puertas a los patriotas de cualquier parte del mundo que quisieran participar en la gran empresa de liberar a Bolivia.

En relación con la pregunta que Inti formuló al médico y al cura, esta quedó sin respuesta.

El médico de Muyupampa continuó narrando:

Aunque el Che estaba en el campamento, según supe después, cuando yo pregunté quién era el jefe, Inti me respondió: “Yo soy el jefe”. Hablé también con Coco Peredo, a quien conocía de Camiri, él nos explicó en la forma como nosotros podíamos colaborar con ellos. Nos pidieron alimentos y medicinas, nos dijo que era para los campesinos enfermos que ellos atendían por los caminos por donde pasaban, que no era para los guerrilleros.

Inti *Peredo* ofreció la paz para Muyupampa con la condición de que trajeran antes de las seis de la tarde una camioneta con víveres y medicinas.

Los guerrilleros nos dijeron que como a las seis o las siete podíamos volver. Llegamos al pueblo y estaba el ejército allí,

también estaban los perros policías y había un comandante que charló conmigo y me dijo: “Mira, tú has tomado una actitud que no es correcta, porque estamos en guerra”.

En ese momento llegó un helicóptero y se han llevado al padre Leo y al subprefecto Justino Corcuí para la zona donde estaban los guerrilleros para que ellos los ubiquen, y a las seis de la tarde comenzó el bombardeo.

Refiriéndose a este aspecto, Inti escribió: “La delegación se retiró, pero en lugar de medicinas y alimentos llegaron los aviones a bombardearnos. Tres AT-6 dejaron caer sus cargas mortíferas cerca de la casa donde estábamos ubicados [...]”.

Sin embargo, la delegación también sufrió vejámenes, según dijo el médico:

El ejército consideró incorrecto lo que habíamos hecho, señalaron que yo había tomado una actitud que no era propia, pero me dejaron en Muyupampa, sin embargo al padre Leo lo llevaron a La Paz y al subprefecto Justino Corcuí a Camiri.

El cura escribió un montón de cosas, que mandó para la República Federal de Alemania, creo que serían sus memorias. Yo siempre pensaba que los guerrilleros podrían volver, y tenía bastantes medicinas ahí por si volvían, pero no volvieron.

RECUERDOS DE VECINOS DE MUYUPAMPA

Al amanecer llegamos a Muyupampa, en el poblado comenzaban las actividades del día: personas a caballos, burros cargados y algunos autos enlodados que se dirigían hacia Monteagudo o Camiri. Los campesinos venían con sus productos para venderlos o comprar otras cosas necesarias. Cerca de la plaza en lo que era algo indefinido, un grupo de mujeres conversadoras, después supimos que estaban esperando el pan de batalla,¹ redondo, duro, inmune al tiempo y la humedad, nos detuvimos a conversar con ellas. Muchas cosas necesitábamos conocer de Muyupampa.

Allí estaban Felicita Barranco, viuda de Esteban Soto, ex-alcalde de Muyupampa, Ruth Dávalo y Elvira Rosales. Elvira,

¹ Pan sin grasa, duro, hecho en las casas en hornos rústicos.

una mujer gruesa, bajita, blanca, conversadora, simpática, de cabellos largos entrecanos, quien expresó sobre la guerrilla:

Lo que yo sé de las guerrillas es que agrarraron al Debray en esta calle, que se llama calle de Sucre, también a Bustos y al otro que ya no sé cómo se llama, se me ha olvidado. Los llevaron a la alcaldía y ahí han estado. Debray estaba triste, entonces doña Felicita le llevó una taza de desayuno o de sultana,² pero él no la quiso, porque un soldado dijo que estaba envenenada, pero doña Felicita tomó primero para que él viera que no tenía nada malo y entonces él la recibió. Aquí pasaron hartas cosas. La mayoría de la población de Muyupampa estaba alterada, nerviosa, porque no sabíamos lo que iba a venir y los militares estaban atemorizados y nos atemorizaban más a nosotros; estaba aquí un teniente, Néstor Ruiz, que era caballeroso, comprensivo y humano, que nos daba ánimos, él no era estúpido, bruto o una bestia salvaje de abusiva como eran los otros.

Todos teníamos pánico de los guerrilleros, hartas cosas terribles de ellos se decían, los militares decían por la radio que iban a violar a las mujeres, que había que resguardarse en sus casas, que los hombres debían rondar las calles y los caminos. Todo el mundo estaba atemorizado. Esa noche nadie dormía, era un nervio todo.

Todos los pobladores de Muyupampa queríamos que el padre Leo, el médico y el subprefecto le llevaran a los guerrilleros las mercancías prometidas a cambio de no tomar el pueblo. Estábamos dispuestos a comprarlas nosotros mismos, pero los militares lo impidieron. A la fuerza no más han montado al cura y al subprefecto en el avión —nunca don Justino había montado en un aparato de esos— para que indiquen donde se alojaban los guerrilleros y comenzaron a bombardear el lugar.

Nos enojamos todos porque los guerrilleros podían tomar represalias contra los pobladores de Muyupampa. Y el ejército comenzó a hacer desmanes contra nosotros. Lo peor fue cuando llegó el capitán Fernando Pacheco y el otro abusivo de Flores, que empezaron a comer y no pagar, a robarse las cosas

² Té hecho con la cáscara del café.

de valor de las casas y a apresar a los muchachos inocentes. Decían los militares que en Muyupampa hasta los locotos³ eran comunistas.

Apresaron al Nemesio Carballo y su hermano Rómulo tuvo que huir porque lo querían apresar también, a Ernesto Rodas, Antonio Salazar, al Emilio Navias, Roso Carrasco, ¡hartas gentes! Al Nemesio lo han dejado casi muerto, lo han apaleado y pateado hasta no más. Este otro, Antonio Salazar, vive en Yuqui, es a 80 km de acá. El viejo Rodas está viejito, ya no sabe lo que habla, Roso Carrasco está finado, Ernesto Rodas vive y Emilio Navias vive aquí no más.

Elvira detiene su narración y nos pregunta si queremos pan de batalla, insiste en que lo probemos y continúa:

Ese Flores y ese Pacheco fueron abusivos, pero lo que se dice abusivos. Estaba otro también muy abusivo, que era el capitán Félix Villarroel, y al Beltrán Rodas lo han apresado para obligarlo a guiar al ejército, lo han empujado para que vaya de guía, a la fuerza lo han obligado. Sus parientes no querían que los militares lo llevaran y lo balearon los guerrilleros. Cuando se lo llevaban, todos en Muyupampa hemos dicho, ese es muerto ya, y fue muerto.

Cuando el velatorio de Beltrán Rodas, toda la población de Muyupampa comentaba lo abusivo del ejército. Las gentes decían que no querían ser guías del ejército, las madres y las esposas no querían que fueran guías, porque eran los que morían primero baleados. Los militares para que no comieran los guerrilleros, les quemaban todo a los campesinos, les quemaban los maíces, los “manís”, los locotos, hicieron “hartos destragos” con los campesinos, les hicieron hartas macanas. Todo el maíz cosechado, recogido, el resto quemado.

¿Que quién era Ernesto Rodas? Le digo que don Ernesto Rodas era el hermano de Beltrán Rodas, él se dedica a las labores del campo, vive a 25 km de aquí, por el camino de Taperillas, para ellos fue un golpe duro que mataran a Beltrán, pero ellos sabían y nosotros sabemos que él fue obligado por los militares.

3 Especie de ají picante.

A don Ernesto, lo torturaron los militares, se lo han llevado a él y después a su mujer y han dejado a su wawita de dos años solita en la casa, y ellos presos, era de biberón, se murió de hambre, cosas muy abusivas del ejército. Después se lo han llevado a Camiri y lo han pateado y torturado harto, solo porque los guerrilleros han estado en su hacienda y han hecho pan.

Los guerrilleros llegaron a proveerse de alimentos en su hacienda pero llegaron los del ejército, con el abusivo Pacheco, y traquetearon a los guerrilleros y tomaron preso a Ernesto Rodas. Le comieron los animales, y se lo llevaron preso para Muyupampa, para Camiri, y para Monteagudo. Le robaron una cajita donde su esposa tenía dos relojes y unas joyas, le destrozaron toda la casa y toda la hacienda, eso es actuar muy abusivamente. Muerto su hermano y muerta su wawita, las gentes protestaron y el Pacheco liberó a don Ernesto para el velatorio de su hermano y de su wawita, juntos los han enterrado. Ernesto tenía la cara culateada, hartos golpes y los ojos pinchados.

Después del entierro, preso de nuevo Ernesto Rodas, él después se ha encontrado una linterna de los guerrilleros y se encontró unos fajos de dólares que se le cayeron al Che. Cuando el ejército conoció que don Ernesto Rodas se encontró esos fajos, de vuelta preso, de vuelta torturas para que confiese y se delate.

A don Emilio Navias López, también le han hecho hartas cosas.

El cura Leo, que “era alemán venido de Alemania”, y sus colonos sembraban coca detrás de una tapera donde él estaba colonizando esa zona. Todos los empleados y peones que tenía el cura, sembraban plantas de narcóticos, ahorita todos esos colonos se han enriquecido, son ricos ahora, con camiones, con casas, con ganado.

Nos despedimos de Elvira, quien risueña nos pidió que no nos olvidáramos de Muyupampa.

Proseguimos nuestra búsqueda y encontramos a Emilio Navias López un muyupampeño que en el año 1967 tenía unos 35 años, desenvuelto y gustoso accedió a narrar sus impresiones y recuerdos:

Cuando cayeron los prisioneros del grupo de Regis Debray, Ciro Bustos y Roth, los tomaron en las proximidades de la población, los trajeron a la policía y el pueblo se impresionó. Como era temprano, pocas personas en realidad, presenciaron esto. Pero pronto todos se enteraron y las gentes afluyeron al lugar y empezaron a llevarles algunas cosas que ellos necesitaban. Los militares y policías se molestaban por eso. Después ellos dos fueron conducidos a Camiri. Los militares tenían algunas dudas o sospechas y habían tomado presos a dirigentes campesinos, dirigentes civiles de ambos pueblos, de Muyupampa y de Monteagudo. Se los llevaron para Camiri en dirección a La Paz, porque los militares sospechaban que estábamos colaborando con los guerrilleros.

La verdad es que, por una u otra razón, muchas gentes en Muyupampa simpatizaban con ese movimiento guerrillero, en vista de la injusticia que ocurría en el país. Las gentes trataban y hubieran querido ayudarles mucho y tenderles las manos, pero había mucho control, represalias, muchas gentes fueron víctimas de la represión de parte de las autoridades, particularmente del ejército. Había gentes convencidas de que había que ayudarles, pero venían las amenazas y esas cosas, muchas gentes del campo se veían cohibidos a no prestar la colaboración necesaria.

Es conocido por todos que de las personas de quienes sospechaban fueran cómplices o que tenían alguna vinculación con los guerrilleros, ya fueran dirigentes o simplemente ciudadanos, les dieron un trato bastante malo. A unos les dieron palizas, a otros los desterraron de Muyupampa. También “jugaron” —cometieron— algunos abusos, cuando llegaban a las casas de los presuntos sospechosos, les llevaron objetos, cosas materiales, de valor, y libros. Eso ha ocurrido lastimosamente a mi persona, cuando llegaron a mi domicilio se llevaron mis libros, una serie de libros que, bueno, cualquier ciudadano puede tener para ilustrarse.

Me tomaron como sospechoso, como comunista, me calificaron de rojo, de guerrillero [...] ¿Cuántas cosas más? Ese era el trato que se le daba a toda persona que tenía deseos de colaborar o que simplemente simpatizara con ese movimiento guerrillero.

De triunfar el Che Guevara, sin lugar a duda, habría reunido beneficios para el pueblo de un país subdesarrollado como es el caso por ejemplo de Bolivia, por la situación tremenda de miseria que atravesamos. El Che hubiera creado en Bolivia gentes que se comporten mejor; gentes con convicciones de querer cambiar tanta miseria. Ese era el deseo que para nuestro pueblo tenía el gran Che.

El Che y los demás guerrilleros dejaron la zona de Muyupampa y tomaron el rumbo a Ticucha. Allí se quedaba la población campesina que había vivido días de expectativas esperando la llegada de un momento a otro de los guerrilleros, unos temerosos, otros ansiosos, o curiosos, o impacientes, vieron pasar aquellas horas.

Allí se quedaba Regis Debray y Ciro Roberto Bustos en quienes el Che había confiado los contactos con el exterior y debían dar a conocer el Comunicado No. 2.

Para tratar de rehacer los hechos, tomamos el mismo camino de Muyupampa a Taperillas y Ticucha, era de tierra, entre lomas pequeñas, con vegetación y algunos pasos de ríos y arroyos, pequeñas curvas y casas que nos sorprendían a ambos lados.

VICTORIAS GUERRILLERAS

El día 21 de abril de 1967, la tropa guerrillera, formada por 27 combatientes, continuó la marcha hacia Ticucha.

Al amanecer, con un intenso frío, encontraron a dos muchachos, eran ellos Sergio y Remberto Carrasco.

AL ENCUENTRO CON ROSO CARRASCO

Alberto Fernández Montes de Oca escribió que uno de ellos de 17 años de edad, jugaba constantemente con un palo y una ruedilla.

Estos los guiaron hasta la casa de sus padres, el señor Roso Carrasco y Loida Padilla. Roso era un campesino medio, que poseía una hacienda en esa zona llamada Llerena. Era una casa grande en comparación con las demás, dos habitaciones para dormir, un salón amplio y una especie de colgadizo o portal, donde tenían instalada la cocina.

Roso era muy conocido por la zona, respetado y considerado por todos sus vecinos, por la rectitud de carácter, seriedad y laboriosidad. Él conocía de caminos y sendas.

Según los pobladores, Roso simpatizaba con el Che, a quien ayudó con alimentos e informaciones.

Sobre él, el Guerrillero Heroico anotó en su Diario: *Camina-mos poco hasta la casa de Roso Carrasco quien nos atendió muy bien, vendiendo lo necesario [...]*

A casi 20 años, salimos en busca de Roso, los vecinos nos informaron que hacía algunos años había muerto, que su esposa, la señora Loida Padilla, vivía en Muyupampa.

Ella no se encontraba en el pueblo ese día, pero sí uno de sus hijos. Remberto recuerda:

Cuando llegaron los guerrilleros yo tenía 18 años de edad y vivíamos en una propiedad de mi padre que se llama Llerena, se encuentra a unos 4 km del pueblo.

Mi papá nos había mandado a mi hermano Sergio y a mí a buscar unos bueyes y ahí nos encontramos con los guerrilleros, los que nos llevaron hasta el centro del grupo de ellos. Los

guerrilleros llegaron a las siete de la mañana, nos preguntaron dónde vivíamos y nos pidieron que los lleváramos hasta la casa. Nosotros los invitamos hasta nuestra casa y mi papá los invitó al desayuno. Eran dos guerrilleros solamente los que fueron, era el Inti Peredo y un tal Aniceto.

Cuando estaban desayunando, como a las nueve o las diez de la mañana, llegó toda la tropa, eran como 32 hombres y el Che dijo que no pasara toda la tropa a la casa y la mandó para el frente, después Inti dijo que preparáramos almuerzo para toda la tropa.

Almorzaron y estuvieron todo ese día hasta las seis de la tarde y después tomaron playa abajo hasta salir a Coripati, que está más o menos a unas tres leguas.

Dentro de ellos había un médico que no recuerdo su nombre, también estaba el Che Guevara. Ellos nos pagaron todo sin que mi papá les pidiera nada, porque mi papá no quería que ellos pagaran.

UN NUEVO COMBATE

Por la noche, el Che y su tropa caminaron hasta el cruce de la carretera Muyupampa-Monteagudo, en un lugar llamado Taperillas.

Ese mismo día 21 de abril por la noche, la tropa continuó su avance, y anotó el Che: [...] *La vanguardia no entendió bien y siguió por el camino despertando unos perros que ladraron excesivamente.*

Al día siguiente por la mañana sorprendieron a una camioneta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, que analizaba las huellas de los guerrilleros, mientras un campesino les informaba de la presencia nocturna de estos. Resolvieron apresar a todo el mundo, pero esto trastocó los planes previstos. Se emboscaron durante todo el día y capturaron a los camiones que con mercancías pasaban por ese camino, muy frecuentados en esta época del año. Uno de ellos con algunas mercancías y abundantes plátanos.

El Che escribió: *Mi intención era cargar la camioneta de yacimiento con todos los comestibles y avanzar con la van-*

guardia hasta el cruce, del camino a Ticucha, situado a 4 Km. Al anoecer, la avioneta comenzó a dar vueltas en torno a nuestra posición y los ladridos de los perros en casas vecinas se hicieron más insistentes. A las 20.00 estábamos listos para partir a pesar de las evidencias de que se había detectado nuestra presencia, cuando comenzó un corto combate y luego se oyeron voces intimándonos la rendición [...].

El enfrentamiento del 22 de abril, fue una nueva derrota para el ejército boliviano a pesar del adecuado comportamiento militar del capitán Fernando Pacheco, que estaba al mando de una compañía.

Los soldados se acercaron hasta la hacienda de Ernesto Rodas, donde se encontraban los guerrilleros preparando sus alimentos para continuar la marcha; desde el alto de una loma pudieron observar el fuego de la cocina y el movimiento de estos. Trataron de rodearlos y bloquear los caminos de salidas, para esperar el amanecer en que las condiciones les eran más favorables, pero fueron detectados por Ricardo, quien sorprendió a los guías de los militares cuando coronaban el firme. Con ello hizo fracasar el plan del ejército, que como señaló el Che, en el resumen del mes de abril, había mejorado su técnica.

La compañía de Pacheco, debido a su nerviosismo, comenzó a disparar, lo que alertó a los guerrilleros que pudieron organizar la salida, con la única pérdida de un fajo de dólares y algunos alimentos, además del lamentable extravío de Jorge Vázquez Viaña.

Continuaron el camino en un camión y seis caballos sin dificultad.

El total de las tropas militares que participaron en esta emboscada estaba formada por 24 paracaidistas del Centro de Instrucción de Tropas Especiales, 25 alumnos de la escuela de clases y 40 soldados del Regimiento Bolívar, al mando del capitán Félix Villarroel (edecán del presidente Barrientos). Estos, unidos a los soldados que componían la compañía del capitán Pacheco, hacían un total de 140 soldados.

Las tropas regresaron a Muyupampa desconcertadas y en

fracaso total, el pesimismo reinaba nuevamente en las filas militares y la población de Muyupampa era un hervidero de comentarios y burlas desfavorables referidas a la capacidad militar. Fue entonces que el mayor Ivés de Alarcón, para detener el descrédito, asumió el mando de todas las tropas que se encontraban en la zona de Taperillas y Muyupampa, y destituyeron al capitán Pacheco y al capitán Villarroel, a quienes acusó de inexpertos e incapaces y de poner en ridículo a las Fuerzas Armadas.

A casi 20 años de estos acontecimientos, recorrimos el camino de Muyupampa y Taperillas que va por sobre el firme de estas serranías, cruzan arroyos y un río a la salida de Muyupampa, que lo acompaña durante un buen tramo y luego se pierde en la espesura.

El guía nos informó el lugar exacto donde se produjo la emboscada de aquel 22 de abril. Luego, tomamos por un sendero rumbo a la hacienda de Ernesto Rodas, que resultó angosto, y en continuas bajadas; el sol estaba oculto por la densa vegetación, el frío selvático era intenso y la quietud y el silencio eran totales, no soplabla el viento y todo parecía inmóvil. De pronto, una urina cruzó rauda y veloz perdiéndose en la selva.

CON DON ERNESTO RODAS

Continuamos el sendero hasta un portón de troncos de maderas que protegía lo que parecía un potrero, el camino de bajada era menos pronunciado, la selva había cedido su lugar a unos matorrales, las aves de corral, anunciaban la cercanía de la hacienda, y un poco más allá nos encontramos con don Ernesto Rodas y el guía, que se había adelantado para evitarnos caminar demasiado si este no estaba.

Don Ernesto Rodas es un hombre bajito, grueso y trigueño, con su pelo lacio entre cano gris y muy negro; nos recibió amablemente y nos invitó a pasar a su hacienda, y nos explicó que se llama Coripati que quiere decir, dinero, en lengua nativa.

Cuando llegamos a la hacienda, el espectáculo era tremendo, dos mujeres jóvenes tiradas en el piso, que al vernos comenzaron a gritar. Eran la hija y la nuera de Rodas, a quienes con una huasca (látigo) les había pegado, por haber reñido

entre ellas. Había unos 10 peones casi borrachos. Rodas nos brindó chicha y nos conminó a beber.

La hacienda estaba compuesta por tres casas y un patio interior con árboles gigantes, portales, graneros, instrumentos de labranza, todo lo que permite a simple vista considerar a Rodas como un campesino medio:

Después del saludo, nos preguntó si sabíamos qué día era hoy.

Le respondimos: 7 de noviembre de 1983.

No me refiero a eso, hoy es el día de la Revolución de Rusia, hoy es el día de la Revolución de Octubre. En Moscú lo están festejando y aquí también lo estamos festejando. Yo lo estoy festejando. Ellos —señalando a los peones— también lo están festejando, no saben que existe Rusia, que existió la Revolución de Octubre, que existe Moscú, pero yo sí sé y ellos lo festejan conmigo. Si en Moscú hay fiesta, aquí también hay fiesta. Además, hoy cumpla 54 años.

Lo felicitamos. Quiso volver a brindar con chicha. Los peones nos miraban curiosos. Le explicamos a Rodas que queríamos hablar a solas con él. Rodas se viró hacia nosotros y preguntó con firmeza: “¿Ustedes no serán enviados por los militares para saber qué estoy haciendo? Si así es, lo voy a saber y los haré colgar de ese árbol”. Señaló un frondoso árbol, mientras nos miraba de forma amenazadora. Su trato amistoso inicial se transformó, y con voz acusadora dijo: “Ustedes no son bolivianos. ¿De dónde son? Identifíquense. Muestren sus documentos”. Los revisó con detenimiento y comentó: “Pueden ser falsos”.

Más tranquilo y medio convencido dijo: “Mírenme a los ojos”. Lo miramos fijamente y afirmó: “Es verdad lo que dicen, porque si no tuvieran los ojos embarrados de miedo. Pero no quiero hablar de los guerrilleros, no quiero hablar del Che Guevara porque lloro”. Se abrazó a nosotros y comenzó a llorar con unos sollozos profundos que nos conmovió. Sus familiares y peones se alborotaron, un hijo se adelantó para conocer de manera exigente qué le habíamos hecho o dicho al padre. Él lo calló con voz autoritaria y de mando.

Fuimos hasta un costado de la casa, había un tronco de árbol grande y viejo, bien cuidado.

Cuando hicimos ademanes para sentarnos, Rodas dijo: “Ahí estuvo sentado el Che. Ahí estuvieron sentados los guerrilleros”. Comprendimos en su mirada que él no quería que lo utilizáramos, pero cuando él observó el respeto y la emoción reflejada en nuestros rostros, lo agradeció y comenzó a narrar:

Por la mañana yo estaba sacando semillas de escobas y escuché un grito en el portón, eran dos guerrilleros. Me preguntaron si no había visto huellas de personas en las proximidades.

Los acompañé para buscar las huellas, les dije: “Vamos a ver”, andamos un poco y del monte vi salir otros dos guerrilleros.

Posteriormente fui con ellos hasta una huerta vieja, más o menos a unos 800 m de mi rancho. Ahí había otros dos guerrilleros, posiblemente el Camba y el *Inti* Peredo. Este último estaba enfermo. Le hicimos un mate de manzanilla (infusión) para que se la tomara. Luego estuvimos charlando. También llegó un médico, que según lo que me dijo el Camba era de apellido Maldonado. Le pregunté que cómo era que siendo médico estuviera sometido a tanto peligro, él me miró y se sonrió. Después le dije que se podía arreglar para que él se quedara y no estuviera con tanto peligro. Entonces el guerrillero me dijo: “Quizás usted tenga razón, pero la razón la llevo yo, porque no podemos permitir que en esta zona dos o tres mil familias pasen tantas miserias, para que otros pasen la vida como rey”. Esa fue su respuesta.

Estuvimos charlando el resto del día y luego fuimos para mi casa. Yo tenía media arroba de harina de trigo nacional que traje al crédito de Monteagudo. Entonces ellos me dijeron que se las vendiera. Les contesté que era para hacer pan para mis hijos. “Entonces por lo menos la mitad véndame”. Me dijeron. “Bueno”, les contesté. De la mitad de ellos, hicieron pan y yo me quedé con la otra mitad.

Por hacer el pan se hizo tarde, cuando estábamos por hornear, comenzó una ráfaga de tiroteo, ellos estaban comiendo “aquicito”.

Eran las ocho de la noche y un rato más cuando comienzan a disparar, la ametralladora estaba “limpiando” todo. Ellos no han abusado, todo lo que han levantado lo han pagado. Yo después he tenido problemas serios, que todos conocen en Muyupampa, pero de esas cosas no quiero hablar.

A las ocho de la noche, después de las ráfagas, empezaron los tiroteos de allá arriba y los soldados gritaban: “Están encerrados” y metía balas el ejército. Todo esto quedó en blanco, toda aquella colina, el ejército metió balas y ya no había árboles sanos y a mis gallinas todas las han matado.

El ejército tiró hacia arriba, no han tirado hacia el blanco. Una o dos horas después que ha terminado el combate, los guerrilleros han agarrado una camioneta de Yacimientos y se fueron. El Che estaba en el horno donde hacíamos el pan, por ahí él andaba, por el monte vino, por el monte se fue.

Esa misma noche después del tiroteo, al poco rato han aparecido nuevamente dos de los guerrilleros y me dijeron: “Hemos venido a pagarle. ¿Cuánto es la cuenta?” Yo no tenía ni idea de que me iban a pagar, ni cuánto era lo que me tenían que pagar. Entonces ellos dijeron \$500,00 de los buenos. Era harta plata. Después ha venido el ejército, yo estaba vendiendo unos chanchos ahí al frente. Alguien logró avisarle a mi señora que el ejército me estaba llevando preso.

Me llevaron a donde unos gringos (rubios) y me quitaron los \$500,00 que me dieron por su propia voluntad los guerrilleros, yo no pedí nada ni esperaba nada. Cada vez venía el ejército aquí y dormían aquí dos centinelas para cuando volvieran los guerrilleros, avisar.

Yo tengo aún el horno donde los guerrilleros hicieron el pan y el tronco donde han estado sentados. Yo tenía café y les he preparado cafecito.

El ejército me llevó para Muyupampa y me largaron después, estuve un día no más, pero vine con los centinelas. Ellos dormían ahí para vigilarme a mí y vigilar si volvían los guerrilleros. Pero después me volvieron a llevar preso, me torturaron peor que a un perro dañado, era lindo para ellos torturarme y ultrajarme. Una cosa es estar así charlando y otra

es estar prisionero del enemigo, me han pegado en la boca, me culatearon, después mi huerto tan lindo, que daba frutos ya, todo lo han acabado. No han dejado nada los militares. Pero lo más doloroso de todo es que mi hijita ha muerto de hambre, cada vez que me acuerdo... Rodas comenzó a llorar de nuevo.

No sé cómo esa criatura inocente ha podido pagar tanto, ya tenía más de un año, estaba entrando en el otro año. No la dejaron llevar y ha llorado, ha llorado con hambre y al final junto a su tío se enterró.

A mi hermano el finado, lo ha agarrado el ejército, pau, pau y lo agarraron. ¿Quién va a querer ir delante de los militares? Lo obligaron a ir. Ha muerto en el Mesón, eso dicen, no conozco yo ese lugar hasta ahora.

Yo no podía ir a Monteagudo, porque con seguridad me apresaban. He recibido muchos apresamientos cada vez. Si llegaba el Presidente a Monteagudo, antes de que llegue, preso yo. Que llega una comisión del gobierno, preso yo. Nunca me han aflojado, ya yo estaba decidido a que me mataran.

A los cuatro o cinco meses se quemó el cerro, cuando lo estábamos apagando había una linterna, de goma era, y sobre el gorro tenía una cosita, el reflector. Yo dije caramba es del Che y la guardé porque era del Che. Yo le presté al Che Guevara una cuchara de plata.

Después vino el ejército y dijo: "Muestre la linterna", se la llevaron, el militar agarró la linterna y me dijo: "Ya me das la linterna y te vas a comprar otra".

Después vino una comisión de Camiri, pero ya el Che había muerto. Hemos buscado, me avisaron que eran unos paquetes de dólares que estaban en el Diario del Che, que el Camba dijo que eran \$4 800,00 pero yo creo que no ha sido esa cantidad, debe ser más.

El Che charló con mi padre y le charló harto sobre la muerte de mi hermano Epifanio Vargas, era mi medio hermano. Mi padre creyó en la charla que le dijo el Che. Él cree en lo que le charló el Che. Él dijo que el ejército obligó a Epifanio a guiarlo hasta Ñacahuasú, por cobardes, para cuando los gue-

rrilleros dispararan, muriera primero y el ejército tener alerta. Mi padre lo cree así y yo también lo creo.

Acerca de este hecho, el Che escribió el día 21 en su Diario: *Antes de cenar, pasamos por la casa del veterano Rodas que era el padrastro de Vargas, el muerto de Ñacahuasú; le dimos una explicación que pareció satisfacerle.*

Ernesto Rodas nos hizo pasar al interior de su casa, en un cuarto con velas y flores de papel tenía una especie de canasta, galleticas y dulces, “en honor a los muertos es”, dijo. “Son dulces de muertos”.

Nos hizo beber chicha nuevamente y nos brindó una comida que dijo llamarse cuchi, una especie de fricasé de cerdo sin salsa.

Él no quería que nos marcháramos, dijo que debíamos dormir en su hacienda.

La tarde comenzó a caer y el frío selvático seguía aumentando, nos despedimos de este hombre que no olvida todo lo vivido.

LOS SUCESOS DE CAMIRI

El 22 de abril de 1967, el Che escribió: *Al rato se organizaron las cosas; faltaba el Loro pero todo indicaba que hasta ahora no le había pasado nada [...]*.

Después de la emboscada tendida por el ejército, el Loro se perdió y posteriormente fue hecho prisionero, torturado, asesinado y lanzado a la selva. Fue uno de los primeros comunistas bolivianos que se puso a disposición de la guerrilla y entró en contacto con el Che. Lo acompañó hasta Ñacahuasú y brindó apoyo efectivo en toda la etapa de organización y asentamiento de la guerrilla. El 24 de enero se incorporó de manera permanente y el Che lo designó a la Vanguardia. Fue un eficiente explorador y generalmente en compañía de Inti Peredo, visitaba a los campesinos en la ruta de exploración o salía a cumplir complicadas misiones a las ciudades; como la reflejada en *El diario del Che*, el día 20 de diciembre.

En definitiva, se resuelve que Ricardo, Iván y Coco salgan en avión desde Camiri y el jeep se quede aquí. Cuando vuelvan, hablarán por teléfono a Lagunillas informarán que están allí; Jorge irá por la noche para requerir noticias y los buscará si hay algo positivo [...].

Esta anotación del Che es importante, presupone que alguien en Lagunillas que tenía teléfono era de confianza y comprometida con la guerrilla. Conocimos que se trataba del señor David Herrera y su esposa Rebeca Bello, y que él era el jefe de la policía en Lagunillas. Vázquez Viaña, era el vínculo y contacto entre la guerrilla y Lagunillas a través de este matrimonio.

En la Ciudad de La Paz, encontramos al doctor Ángel Akiyama, médico veterinario, quien en el período de las guerrillas, se desempeñaba como tal en el poblado de Monteagudo. Él narró:

Yo trabajaba como médico veterinario de campo del Ministerio de Agricultura. Viví todo el problema de la guerrilla, porque Monteagudo es una zona vecina donde los guerrilleros operaban.

Cuando el ejército hizo una emboscada, en el camino entre Muyupampa y Taperilla se perdió el Loro y luego salió apro-

ximadamente a unos 20 km de Monteagudo. Posiblemente intentaba salir para establecer los contactos con la ciudad, porque se disfrazó de campesino y dejó oculta su arma y sus cosas para cuando regresara. No conozco el nombre del campesino que lo ayudó, pero sé que lo protegió, le dio comida y le proporcionó ropas y le guardó sus pertenencias.

De la denuncia a Vázquez Viaña se ha querido culpar a los campesinos, pero eso no fue así. En ese pueblo había un señor que era el proveedor de arena y piedras para las construcciones, que se llama Mario Pariente y cuando él salió a buscar esos materiales de la construcción se encontró con el Loro, al verle la melena larga, pensó que era un guerrillero y volvió a Monteagudo, buscó al subprefecto, que era un señor de apellido Betancourt y al alcalde político, que era Ipi Zarate y le comunicó lo que había visto. Ellos fueron hasta el puesto del ejército y lo comunicaron. El ejército se movilizó y fueron hasta una choza, donde presumían que podía estar, pero el Loro se había internado un poco en la selva y burló la persecución de los militares, los que encontraron a un campesino que le dicen “mata tigre”, por tener fama de matar a estos animales. Lo conminaron a que persiguiese a Vázquez Viaña con sus perros y él obedeció. Cuando lo encontró estaba subido en un árbol, le disparó y lo hirió en el muslo, cayó herido y de esa manera fue capturado.

El día 4 de mayo, el Che anotó: *La radio dio la noticia, del arresto del Loro, herido en una pierna, sus declaraciones son buenas hasta ahora. Según todo parece indicar, no fue herido en la casa sino en otro lado, presumiblemente tratando de escapar.*

Ángel Akiyama continuó narrando:

Después lo llevaron al hospital de Monteagudo, el doctor Walter Medina fue quien lo operó y le sacó la bala y al día siguiente se lo llevaron para Camiri.

A través de una fuente militar conocimos, que al llegar a Camiri, Jorge Vázquez Viaña fue ubicado en el hospital de Yacimientos Petrolíferos y cuando se recuperó un poco, lo trasladaron para el cuartel militar de Chorette, donde fue sal-

vajemente torturado, tratando de obtener información sobre la organización de la guerrilla y la composición de la red urbana. La misma fuente reconoció que mantuvo una actitud muy valiente y que se negó a prestar declaración, incluso no admitía las que ya eran evidentes y que los servicios de inteligencia habían obtenido por otras vías. Como consecuencia de las torturas, quedó varias veces sin conocimiento. Como por la vía de la violencia no obtenían resultados, buscaron otros métodos. Los servicios de inteligencia bolivianos y norteamericanos trabajaron en ese sentido, comenzaron a proporcionarle atención médica adecuada y fue situado un enfermero que colaboraba con ellos.

Una fuente nos relató:

Como ustedes saben, Vázquez Viaña procede de una familia muy prestigiosa. Era hijo de Humberto Vázquez Machicado, uno de los más importantes escritores e historiadores bolivianos, fundador de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y promotor de la nacionalización del petróleo en manos de la Standar Oil Company. Es una familia muy reconocida y prestigiosa. La madre de Vázquez Viaña es una dama de alta sociedad boliviana, de cultura, pianista. Este factor preocupaba al comando militar de Camiri, con el cual la señora se había entrevistado, pero los representantes de la CIA se opusieron a esas consideraciones.

La madre vino a visitarlo, pero las torturas fueron tan graves, que no pudieron permitir que lo viera, estaba completamente aislado, pero ella buscó apoyo y algunas señoras de Camiri la vistieron de monja o enfermera, no recuerdo bien y con ese disfraz llegó hasta el hospital y pudo verlo a través de una ventanita.

Después la CIA organizó un teatro: Le plantearon a Vázquez Viaña, que sería acusado como guerrillero y llevado a juicio, que se le iba a permitir una entrevista con la prensa. Se le pidió ayuda en cuanto a que fuera responsable y cuidadoso con todo lo que iría a responder, diciéndole claramente que no se le permitirían ofensas al supremo gobierno y que no manchara el honor de las Fuerzas Armadas, que si lo hacía,

esto podía complicarle más. Se aparentó que se creaban todas las condiciones y a la hora de la entrevista, la que había sido divulgada por radio, en la entrada del hospital se formó un disturbio e intervino la policía, detuvieron a varios periodistas y el enfermero infiltrado que atendía a Vázquez Viaña fue a donde este estaba para contarle lo sucedido.

Un rato después entró un agente de la CIA de origen cubano, quien le dijo que era un periodista panameño y quería entrevistarlo, pidió que los dejaran solos. Le dijo entonces que no era panameño, que en realidad era cubano, le mencionó muchos nombres que Loro conocía y le manifestó que el gobierno cubano quería conocer cómo estaba el Che, su salud, el asma, cómo estaban los demás compañeros, mencionándolos por sus nombres. Vázquez Viaña desconfiaba en los primeros momentos, pero finalmente llegó a confiar y contó algunas cosas.

Después entraron en la habitación el coronel Toto Quintanilla, jefe de la Inteligencia del Ministerio del Interior y el mayor Hugo Padilla, jefe de la Inteligencia de la IV División de Camiri y le informaron que sabían de la presencia del Che en Ñacahuasú, que en realidad el falso periodista era un agente de la CIA y que las informaciones que él había proporcionado eran muy graves, que de conocerse sería condenado a muerte por los propios guerrilleros. Le prometieron darle todas las garantías y seguridades, que podría vivir bien, con comodidad y dinero. Que lo que tenía que hacer, era informar todo lo que sabía, especialmente sobre los componentes de la red urbana y los preparativos de la guerrilla y la forma en que el Che entró a Ñacahuasú. Toto Quintanilla le comunicó que el plan era simple: se haría un simulacro de fuga para sacarlo de la prisión, luego se le trasladaría a La Paz con todas las seguridades, donde trabajaría breve tiempo, y después lo sacarían para la República Federal de Alemania.

Vázquez Viaña escuchaba imperturbable, pero en un descuido de Quintanilla, se abalanzó contra él y trató de quitarle el arma. Hugo Padilla y otros militares lo sometieron por la fuerza, lo golpearon en pleno rostro y lo dejaron casi muerto, le partieron los brazos.

Toto Quintanilla ordenó que lo fusilaran y así se hizo. Le dieron un tiro en la nuca. Después Jaime Niño de Guzmán y Rafael Stíbalis, pilotos de Barrientos, lo montaron en un helicóptero y lo lanzaron a la selva.

El día 29 de mayo, el Che anotó: *La radio trae la noticia de la fuga del Loro, que estaba en Camiri.*

En el resumen de ese mes siguió escribiendo: —*El apresamiento y fuga del Loro, que ahora deberá incorporarse o dirigirse a La Paz, a hacer contacto [...].*

En el resumen del mes de junio señaló: *Se rumora también que el Loro fue asesinado [...].*

Encontramos a la mamá del Loro, Doña Elvira Viaña, mujer fina, delicada y amorosa, aún sigue siendo profesora de piano, con voz emocionada ella nos contó:

Yo lo que tengo que decirles, es que mi vida ha terminado al ver lo que han hecho con mi hijo. Yo logré verlo por una ventanita, lo vi un minuto, porque enseguida me sacaron, después no supe más de él... Lo torturaron hasta que lo mataron y no lo presentaron más, solo supe por los periódicos que estaba muerto [...].

Fui a Camiri y a los dos días no sabían nada, yo como madre, quería verlo, quería al menos su cadáver [...].

Mi hijo tenía un ideal grande y lo ha sabido defender hasta la muerte.

Los actos de protestas por el asesinato de Jorge Vázquez Viaña fueron reflejados en la prensa de la época, ese crimen no fue el único, junto a él fueron asesinados y lanzados a la selva dos personas más, Ventura Pomar Fernández y Carlos Alberto Aidar, acusados de ser enlaces guerrilleros.

Esta táctica de los servicios de inteligencia continuaría. Muchos campesinos después de torturados y asesinados también eran lanzados a la selva, incluso a jóvenes mujeres.

ELIMINAR A DEBRAY

Los guerrilleros continuaron caminando de noche, hasta el cruce de la carretera Muyupampa-Montegudo, en un lugar llamado Taperillas.

La idea era quedarse en una aguada y hacer exploraciones para situar una emboscada.

Asistía una razón adicional, que es la noticia dada por la radio de la muerte de 3 mercenarios, un francés, un inglés y un argentino. Esta incertidumbre debe aclararse para hacer un escarmiento especial. Anotó el Che.

El día 23 de abril volvió a escribir: *Subsiste la incógnita sobre Dantón y el pelado y el periodista inglés [...]*

¿Qué pasó con el francés Regis Debray, el argentino Ciro Roberto Bustos y el inglés Roth?

Al quedarse al borde del camino hacia Muyupampa, fueron guiados por un campesino hasta muy próximo a la entrada del poblado. Allí fueron detenidos y posteriormente trasladados hasta Camiri.

A través de fuentes militares bolivianas, pudimos conocer que cuando el puesto de Muyupampa reportó a la IV División del ejército en Camiri y esta a La Paz, que habían caído prisioneros tres periodistas, que procedían de la zona guerrillera, se produjo un extraordinario movimiento, especialmente de los oficiales de la CIA.

En el primer momento Regis Debray y Ciro Roberto Bustos fueron tratados bien, no solo por los pobladores de Muyupampa, sino por los militares allí destacados, pues aunque uno de ellos tenía documentos falsos, se les consideró de todos modos como periodista.

A partir del cuarto día comenzaron los interrogatorios fuertes, fecha en la que llegó de La Paz el agente de la CIA que se hacía llamar doctor González.

Un exagente de la CIA nos relató:

Durante esos primeros días, puede que se hayan cometido

algunos excesos por parte de los soldados que custodiaban a Regis Debray y Ciro Bustos. Debray se ha quejado de que le dibujaban su cuerpo a balas y le disparaban entre las piernas, pero las torturas y los golpes, comenzaron después del regreso del doctor González, quien llegó acompañado de dos expertos norteamericanos, Theodoro Kirsh y Joseph Keller, los cuales arribaron a Camiri, el día 24 de abril.

Regis Debray tenía sus documentos en regla, incluso una autorización para viajar por toda la zona, que se la había proporcionado el jefe de Informaciones de la Presidencia de la República.

Una fuente militar nos dijo:

Mi amigo, el señor Gonzalo López Muñoz, al que ustedes deben de entrevistar, él es uno de los periodistas más calificados de Bolivia, es muy importante, él fue quien le proporcionó las credenciales y los permisos de entrada a esos lugares, Regis Debray no tenía por qué confrontar problemas, pero la CIA, que poseía el resto de los elementos, intervino con rapidez, yo conozco muy bien cual era el plan sobre Debray y Bustos, consistía en que se daba un parte militar de que habían muerto en combate los tres, para el mundo estaban muertos, de esa manera tenían las manos libres para hacerlos hablar. Si había que torturarlos, torturarlos.

De esta manera si Debray y Bustos morían víctimas de los excesos de las torturas, no importaba, de todas maneras, de una u otra forma iban a morir, era preferible eliminarlos físicamente y lanzarlos a la selva para que nadie nunca más los encontrara, el plan era sacarles todas las informaciones y desaparecerlos para siempre. Era preferible porque vivos serían muy peligrosos denunciando las torturas a que serían sometidos.

Sobre el anglochileno George Andrew Roth, el doctor González dijo: “Es de la CIA. Ha viajado para cumplir una misión muy secreta y peligrosa”.

Yo siempre he tenido dudas de que Roth fuera su nombre verdadero, porque después de los acontecimientos en que se

conoció en todo el mundo que los tres estaban detenidos en Camiri, aparecieron los padres y la novia de Regis Debray y la esposa de Ciro Bustos, sin embargo, nunca aparecieron los padres, los hermanos o los amigos de Roth. Nadie se preocupó por Roth y para mí, eso pasó porque el nombre de George Andrew Roth no significaba nada.

Después el doctor González viajó a La Paz y comentó que “el cónsul de Inglaterra en Bolivia se preocuparía de Roth y realizaría los trámites correspondientes”. Roth salió en libertad en los primeros días de julio de 1967, gracias a la intervención del embajador de Inglaterra en La Paz. Salió cuando a los servicios de inteligencia le convenía, porque durante el tiempo que estuvo detenido desempeñó el papel de informante. Él conoció algunas cosas de interés: “Roth había contraído una enfermedad venérea en un burdel de Santiago de Chile, esa fue la justificación para que cada día el enfermero fuera a inyectarlo y, a través de este, conocer todo lo que Roth iba obteniendo de los prisioneros día por día”.

Incluso la CIA hizo viajar desde La Paz al sacerdote monseñor Andrés Kennedy, que era el capellán del ejército boliviano y sacerdote de la embajada de Estados Unidos, para que lo visitara. Posteriormente Kennedy conversó largamente con González, pero del contenido de esa conversación nunca supe. El sacerdote también se entrevistó con Regis Debray y Ciro Roberto Bustos. La prensa publicó que la misión de Kennedy era demostrar al mundo que los prisioneros estaban vivos y eran bien tratados.

¿Por qué fracaso este plan de la CIA?

Allí en Muyupampa había un corresponsal que hizo un reportaje gráfico de los prisioneros y lo envió a su periódico a La Paz. Cuando se publicaron en primera plana, las fotos de los prisioneros vivos en Muyupampa, fue el acabóse, González quería eliminar a ese periodista, así fueron las cosas. Por eso se salvaron.

En la ciudad de La Paz, localizamos al periodista Raúl Rivadeneira, él fue corresponsal de guerra del periódico *Presencia*

en la zona guerrillera. Una tarde lo visitamos en las oficinas del periódico más importante de Bolivia.

Mantuvimos una animada conversación larga y profunda. Rivadeneira guarda muchos recuerdos, es agudo y capaz, muchas de sus observaciones abrieron nuevas interrogantes.

En una parte de su entrevista contó:

Yo estuve en el teatro de operaciones, enviado por el periódico *Presencia*, el sitio que me asignaron para la cobertura informativa, fue la región de Camiri y Lagunillas y el curso del río Ñacahuasú, donde se suponía que operaban los guerrilleros.

Ya trabajaba en este periódico desde 1963, tenía en esa época cuatro años de experiencia, soy periodista y abogado, me gradué en Bolivia y en la República Federal de Alemania.

Cuando llegué a Camiri, lo primero que traté de averiguar era la suerte que había corrido Debray, era lo que me interesaba desde el punto de vista noticioso, porque Debray era un personaje conocido en el ámbito mundial, por su formación filosófica y la posición que había asumido en Francia, aunque en Bolivia, eso hay que reconocerlo, había mucha gente, incluso en el campo intelectual que escuchaban su nombre por primera vez.

Había sido precisamente un periodista quien le salvó la vida, fue Hugo Delgadillo corresponsal de *Presencia* en Sucre, él trabajaba para el periódico desde hacía un año y además realizaba prácticas de odontología, en un servicio social de la Iglesia, para el arzobispado de Sucre.

Viajaba constantemente por las poblaciones rurales, por cuenta de la Iglesia, llevaba medicina, extraía muelas, hacía curaciones de emergencia. Hacía las dos cosas, labores de médico y de corresponsal de *Presencia*.

Él llegó a Muyupampa, en el mismo momento en que llegaron detenidos por el ejército Debray, Bustos y Roth, logró obtener fotografías de ellos y nosotros publicamos inmediatamente las fotos de Debray vivo, lo cual representa de alguna manera haberle salvado la vida.

Ya el ejército no podía decir que murió en combate como hubiera sido probablemente lo que hubiera ocurrido.

Una vez que Debray estuvo preso y se supo de su detención, quedaba por establecer dónde se encontraba, porque desde Muyupampa lo llevaron con destino desconocido. Nosotros suponíamos se encontraba en Camiri o Lagunillas. Cuando llegué a Camiri me las ingenié para localizar el lugar de su ubicación. Se encontraba a 7 km de la ciudad, en el puesto militar de Choretti, donde existe la pista aérea de la zona, allí lo entrevistamos y regresé a La Paz, donde publicamos que se encontraba vivo, que había hecho declaraciones para el periódico.

Yo supe que estaba sometido al constante interrogatorio, él había sido amenazado más de una decena de veces con ser arrojado desde un avión en pleno vuelo.

En Camiri, había agentes de la CIA, almorcé con dos o tres de ellos, en el restaurante Marieta —era el único más o menos pasable, cuyo propietario era un italiano que tenía una hija que se llamaba Marieta. Allí eran habituales los jefes militares, los periodistas y los agentes de la CIA.

Almorcé un día con un tal doctor González, que tenía acento cubano y era agente de la CIA, también estaba *Toto* Quintanilla, jefe de la policía de investigaciones de Barrientos.

El doctor González lo que quería era información, pero nosotros estábamos advertidos de quién era este señor y más bien tratábamos de obtener información de él, así fue como supimos que los norteamericanos estaban entrenando a gentes en Santa Cruz, en un central azucarero, que era el campo de entrenamiento para los boinas verdes, ese dato lo obtuve yo, del doctor González.

En la ciudad de La Paz, conocimos que el corresponsal del periódico *Presencia* en Muyupampa, Hugo Delgadillo Olivares había muerto en la ciudad de Madrid, donde tenía un consultorio médico en la calle Princesa No. 13, primer piso.

Hugo entregó los rollos fotográficos sacados a Regis Debray y Ciro Roberto Bustos, a una señora de su confianza en Mu-

yupampa, pues los militares que lo requisaban todo, querían quitárselo.

Esta señora los llevó ocultos hasta Cochabamba donde se los dio a un pariente de Hugo, quien finalmente los entregó al periódico *Presencia*.

La actitud profesional de Hugo Delgadillo y del resto de los periodistas de *Presencia*, así como de gentes anónimas del pueblo, desbarataron un macabro plan cuidadosamente elaborado por la CIA y los servicios de inteligencia bolivianos.

Mientras, el día 27 de abril, el Che consignó en su Diario: [...] *Se confirma que Dantón está preso cerca de Camiri; es seguro que los otros estarán vivos con él.*

EN TICUCHA

El día 22 de abril el Che escribió: *Salimos con la camioneta y todos los caballos disponibles, 6 en total, alternando la gente a pie y a caballo, para finalizar todo el mundo en la camioneta y 6 de vanguardia de caballería. Llegamos a Ticucha a las 3.30 [...]*

Ese día 22, el Che señaló que a las 6:30 llegaron al Mesón, después de atascarse en un hoyo. El 23 lo declaró de descanso. Habían dejado atrás Muyupampa, Taperillas, Tapera, Llerena y Ticucha. Toda el área había recibido el impacto de la presencia guerrillera.

Sobre los análisis que el Che hizo de esta zona, Eliseo Reyes escribió en su diario: “[...] Él señala que en esta área están los campesinos entre los cuales debemos establecer nuestra base. Explica que esta vez estaremos en contacto con muchos más campesinos; que debemos tener presente que su primera reacción será de miedo y que es posible que su reacción sea al comienzo poco favorable a la guerrilla y que algunos hasta informen al ejército de nuestra presencia. Nos aconseja que los tratemos cuidadosamente y que nos ganemos su confianza [...]”

Mientras acampaban en el Mesón una avioneta AT-6 sobrevoló la zona y el Che decidió reforzar la posta. Por la noche impartió las orientaciones para el día siguiente: Dariel Alarcón y Aniceto Reinaga saldrían en busca de la Retaguardia, que debía estar esperando en las cercanías de Bella Vista, y contarían con cuatro días para cumplir esta misión.

Coco y Camba explorarían la senda del Río Grande y la prepararían para hacerla practicable, también contaron con cuatro días para hacer este trabajo. El resto de los guerrilleros permanecieron cerca del maíz en espera del grupo de Joaquín y en posición para detener al ejército si este avanzaba.

Al día siguiente, después de salir los exploradores, la tropa caminó 1 km más arriba, hasta un firmecito, donde acamparon de nuevo.

El Che se refirió, el día 24 de abril, a la topografía: [...] *la*

observación domina hasta la casa del último campesino, unos 500 m antes de la finca del cura (encontramos marihuana en el sembrado) [...]

El día 25, Pombo que estaba en el observatorio avisó que 30 guardias avanzaban hacia la casita, luego llegó Antonio con la noticia de que eran 60 hombres, y que se aprestaban a seguir, momento en que decidieron hacer una emboscada en el camino que da acceso al campamento.

Inti Peredo en su libro *Mi campaña junto al Che* escribió: “[...] nos vimos obligados a luchar en un lugar no apto para la emboscada. Rolando, que era un hombre de gran coraje, se puso en la posición más difícil a la salida de una cueva y tuvo que enfrentarse directamente con una ametralladora que le disparó varias ráfagas [...]”.

Ese mismo día cayó en combate Eliseo Reyes. Acerca de este hecho, el Guerrillero Heroico anotó: [...] *Al producirse un alto mandé a Urbano para que ordenara la retirada pero vino con la noticia de que Rolando estaba herido; lo trajeron al poco rato ya exangüe y murió cuando se empezaba a pasarle plasma. Un balazo le había partido el fémur y todo el paquete vasculonervioso; se fue en sangre antes de poder actuar. Hemos perdido el mejor hombre de la guerrilla, y naturalmente, uno de sus pilares, compañero mío desde que, siendo casi un niño, fue mensajero de la columna 4, hasta la invasión y esta nueva aventura revolucionaria; de su muerte oscura sólo cabe decir, para su hipotético futuro que pudiera cristalizar: “Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma”.*

CONTINÚA LA MARCHA

Después del combate comenzaron los preparativos para la retirada, los guerrilleros lograron salvar todas las cosas y con el cadáver de Rolando continuaron la marcha hasta las tres de la tarde, hora en que fue enterrado bajo una débil capa de tierra.

Una hora más tarde llegaron Benigno y Aniceto, informaron que tuvieron un choque con el ejército cuando les faltaba poco para llegar a Ñacahuasú.

El Che escribió: [...] *Ahora tenemos las dos salidas naturales bloqueadas y tendremos que "jugar montaña", ya que la salida al Río Grande no es oportuna, por la doble razón de ser natural y de alejarnos de Joaquín, de quien no tenemos noticias [...].*

Mientras tanto, el grupo de Joaquín se encontraba en una situación muy difícil porque el ejército bloqueó las salidas, y tendió un cerco mientras la aviación bombardeaba constantemente. El grupo de la Retaguardia decidió esperar hasta la fecha convenida con el Che para marchar hacia la zona de Iripití, uno de los puntos acordados para reunirse ante cualquier imprevisto.

La vanguardia, por su parte, continuó la marcha hacia el norte, mientras observaban como la aviación bombardeaba sus posiciones anteriores y vieron como un helicóptero descendió dos veces hasta la casita del cura. En su andar acompañó a la tropa una pequeña urina a la que llamaron Lolo y les sirvió de mascota.

EL MENSAJE No. 35

El día 29 de abril el Che anotó: *Con mucho retraso se descifra completamente el mensaje No. 35.*

Se refería a los acontecimientos del mes de marzo y primeros días del mes de abril, a la repercusión internacional de los primeros combates, así como al compromiso de Juan Lechín con la guerrilla y la declaración hecha por el Partido Comunista Boliviano, que a continuación reproducimos:

“NÚMERO 35

”Ramón:

”Sucesos ésa han tenido gran repercusión internacional. Agencias noticiosas desarrollan campaña sobre combates a favor guerrilla, captura prisioneros al Ejército y declaración de estos al ser liberados en sentido favorable a tratamiento recibido por guerrilleros.

”Calculo 400 a 500 hombres fuerza guerrillera; experiencia y conocimiento del terreno por parte de guerrillas, participación de argentinos, peruanos, cubanos, bolivianos, chinos y euro-

peos en la misma; tratan desvirtuar posible dirección del Che; señalan a Coco Peredo como figura principal ya que compró finca; informan detención cómplices guerrilla y apoyo reciben de mujeres en ciudad, entre ellas Tania, de quien dan sus generales con el nombre, su documento y seudónimo, Tania se encuentra huyendo, al parecer, se trata delación de algún detenido. De Iván no se habla. Salió declaración de Partido Comunista firmado por Monje y Kolle, solidarizándose con guerrillas. Lechín en ésta; se le explicó dimensiones estratégica guerrilla y tu dirección de la misma. Le... entusiasmó esto. Apoyará con gente para la loma y hará declaraciones apoyando. Entrará clandestino dentro de 20 días, un mes, al país. Te enviaremos próximamente formas contactos [...] Es conveniente entrevista personal cuando hayan posibilidades. Enviará gente a entrenarse ésta. Necesitamos autorices poner tu firma en llamamiento para organizar Comité Internacional apoyo a Vietnam [...] promovido iniciativa Bertrand Russell. El documento es bueno y radical. Pensábamos enviártelo pero por circunstancias actuales es imposible pues necesitan publicarlo en breve. Estará suscrito por numerosas personalidades. Esta organización podrá servir mucho en el futuro de apoyo a movimientos latinoamericanos. Pensamos promover amplio apoyo público internacional movimiento guerrillero boliviano.

”Felicidad[...]”

RECUERDOS SOBRE DON ELEUTERIO SALAZAR

En nuestra investigación se imponía la necesidad de pasar por Ticucha y llegar hasta las proximidades del Mesón, partimos un día con ese interés. Desde Muyupampa nos acompañaba un guía quien mientras caminábamos explicaba historias y leyendas de los caminos, senderos, cerros y arroyos. Desenvuelto y ágil mientras nos conducía monte adentro dijo:

Las gentes deben hacer bien, para cuando se mueran los recuerden, a don Eleuterio todos lo recuerdan, era un hombre de bien, querido y respetado, él le hizo bien a los guerrilleros que llegaron a su hacienda y fueron bien pagadas las cosas que compraron. El ejército le comió cinco vacas y un toro fino y no le pagó ninguna.

El guía aseguró que el Che lo menciona en su Diario y leímos las anotaciones que corresponden a la zona de don Eleuterio, cuando Inti salió temprano con Antonio, Raúl y Pedro para buscar una vaca a Ticucha, y quisimos conocer más acerca de este hacendado de quien los guerrilleros recibieron colaboración:

La primera vez que llegaron los guerrilleros a la hacienda de don Eleuterio, le dijeron que él se había mostrado muy amigos de ellos y Eleuterio contaba con orgullo lo que le dijo el Inti. Él le vendió chancaca y charqui de anta, dijo que los guerrilleros eran tipos muy buenos, gentes decentes y capaces, que no parecían guerrilleros, sino intelectuales. Ellos le dijeron que él era amigo porque ya se habían anoticiado con otros vecinos y estos le hablaron bien de don Eleuterio.

Su mujer, Piedad, le acomodó a los guerrilleros mote, pero mote pelado con cenizas, que es el mejor, de ese fue que le dieron a los guerrilleros. También le preparó charqui. Él los elogiaba mucho, campeaba a caballo y contaba a los demás vivientes como eran de cumplidos los guerrilleros. Les contaba la verdad. Decía que los del ejército eran pícaros, comían y no pagaban y los guerrilleros comían y pagaban.

Él le dio orden a los guerrilleros que cuando necesiten vacas, que vengán, que la coman, que la maten y “faenen” aunque él no esté y que después la paguen. El ejército no le hizo nada a don Eleuterio, porque era un hombre muy poderoso, él le dijo a los militares que los guerrilleros le comieron sus vacas sin pagar, pero él dijo esto para que no le “hicieran” problemas, pero a los campesinos les decía la verdad. En toda la zona de Ticucha el ejército se comió 18 vacas sin pagar una. Y le digo que doña Piedad también le preparó charqui a los guerrilleros, ella hervía la carne de anta, la molía en el tacú y con cebolla, la metía en el sartén, primero le echaba pimienta, comino y hartos locotos.

La última vez que pasaron los guerrilleros por la casa de don Eleuterio era de madrugada, ya los gallos se estaban alistando para comenzar a cantar cuando un tropel de caballos y una camioneta llegaron a Ticucha. Eleuterio salió en busca de los

guerrilleros por si se les ofrecía algo poder socorrer, pero ellos siguieron para el Mesón, ellos pasaron por la tranquera de su potrero dentro de su corral.

El día 29 de abril, los guerrilleros continuaron explorando aquellas serranías, las abras profundas dificultaban su paso. Al día siguiente lograron encontrar una vía que permitió llegar al firme, pero la noche los sorprendió antes de alcanzarlo y tuvieron que dormir muy cerca de la cima.

EL COMBATE DEL 8 DE MAYO

Desde el 2 al 7 de mayo la tropa guerrillera continuó la marcha hacia el Campamento Central, en los primeros momentos hubo confusión sobre la situación geográfica y se llegó a pensar que iban en dirección contraria. Las montañas, de más de 1 000 m de altitud, se empinaban, sin sendas ni trillos que permitieran el acceso al firme esto hacía que los guerrilleros tuvieran que avanzar y retroceder, que los exploradores y macheteros trabajaran jornadas agotadoras para permitir el paso al resto de la tropa.

La escasez de agua era grande y la alimentación, poca. Durante varios días lograron cazar algunos pajaritos, entre ellos una perdiz, un cacaré y dos gavilanes, lo cual hizo que el Che denominara esta etapa como “la era de los pájaros”.

El día 7 llegaron al Campamento del Oso, después se trasladaron al Campamento Central, donde observaron huellas que indicaban la presencia de los militares en el mismo.

Los exploradores Benigno, Urbano, León, Antonio y Pablito, salieron de exploración a la finca y al regresar por la madrugada, informaron que los soldados estaban en ella y que habían tumbado todo el maíz.

El agotamiento era intenso, los guerrilleros habían retomado el campamento y se preparaban para recuperar fuerzas e intentar de nuevo encontrar al grupo de Joaquín, cuando las postas del campamento informaron la presencia de dos soldados. Todo ese día 8 de mayo fue de acontecimientos militares, hasta las siete de la noche que se produjo un combate, al cual Inti se refirió, indicó que el Che había ordenado una emboscada en la entrada del río Ñacahuasú y que Pacho se quedaba al frente del campamento.

Inti explicó que “[...] a las 10 y media de la mañana dos soldados se internaron en la zona, fueron heridos y hechos prisioneros, a las doce del día detuvieron a dos más. A los primeros les curaron sus heridas y después interrogaron a los cuatro. Los soldados mintieron al responder, pero al final admitieron que su compañía se encontraba un poco más arriba del campamento”.

A las siete de la tarde, el ejército llegó hasta el cañadón, y cuando avanzaron, comenzó el combate, en esa acción cayeron el subteniente Henry Laredo y dos soldados, 10 prisioneros, dos de ellos heridos, el resto huyó.

Inti refiere que el subteniente Laredo tenía un diario de campaña y una carta de su mujer que causó una gran sorpresa, pues en el primero se refería a los trabajadores bolivianos como holgazanes y otros adjetivos despectivos. En cuanto a su tropa, hablaba de la falta de moral combativa, mencionando a los soldados que lloraban cuando se enteraban de la presencia cercana de guerrilleros.

Sobre la carta de la esposa de Laredo escribió Inti: “...se refería a la preocupación de ella que tenía Laredo, pero luego hacía un agregado en el que más o menos decía lo siguiente: ‘Nuestra amiga te pide que nos traigas una cabellera de guerrillero y yo te pido lo mismo para adornar el living de la casa’.” Inti compara este hecho con el trato digno y humano de los guerrilleros hacia los prisioneros y heridos, y explicó: “La carta y el diario causaron conmoción y repudio entre nosotros [...] El respeto del Che por la persona humana, independientemente de la conducta que éste observara, se puso de manifiesto una vez más al decidir esperar una oportunidad adecuada para devolver el diario del teniente Laredo a la madre de éste, puesto que el oficial enemigo, así lo hacía constar, como un deseo expreso si llegaba a morir en combate o era capturado por nosotros [...]”

Al día siguiente del combate, la aviación se movilizó, y a las diez de la mañana comenzó el bombardeo y el ametrallamiento, posteriormente, dos compañías se dirigían hacia el Campamento Central, una de ellas se encontraba acampada en la quebrada de la Overa y la otra en la zona del Yaqui.

Desde las cuatro de la madrugada, los combatientes se pusieron en pie de marcha, liberaron a todos los soldados, previa la charla correspondiente en estos casos; les cambiaron las ropas y los zapatos, y les dejaron partir de regreso para la finca, llevándose consigo a los heridos.

Los guerrilleros, por su parte, se dirigieron hacia el Arroyo de los Monos. El Che señaló en su Diario: [...] *Por la noche, el*

ejército dio un parte de la acción nombrando a sus muertos y heridos, pero no a sus prisioneros y anuncia grandes combates con fuertes pérdidas por nuestra parte.

Al día siguiente siguieron avanzando, llegaron al campamento donde estaba la tumba del Rubio y cruzaron el río Ñacahuasú para iniciar el camino hacia Pirirenda. En este viaje Benigno cazó un pécarí y acamparon para comer. Una noticia importante se reportó por la radio: La sustitución del coronel Humberto Rocha como jefe de la IV División en Camiri, quien era el encargado de operar en toda la zona de Ñacahuasú hasta las márgenes del Río Grande.

Esta nueva derrota militar del comandante de la IV División en Camiri y su incapacidad manifiesta había llegado al límite de lo permisible, aunque no fue esta la única causa de su destitución, ya que desde el mes de abril, los servicios de inteligencia habían detectado y señalado el alto mando militar su preocupación por la fuga de información. El punto crítico se manifestó cuando las fotografías con las imágenes de Regis Debray y Ciro Bustos en Muyupampa, llegaron a los periódicos y el plan cuidadosamente elaborado por la CIA de darlos por muertos y desaparecerlos, se frustró.

Este hecho irritó a la CIA y a la embajada de Estados Unidos, quienes exigieron al dictador Barrientos que tomara medidas y este las tomó, pero al hacerlo, los resultados fueron peores, ya que el coronel Humberto Rocha decretó la censura de prensa en los mismos términos que se lo orientó el Presidente, sin cuidar las formas que se aconsejan en estos casos.

La detención de Debray y Ciro Bustos fue ampliamente conocida, dándole al movimiento guerrillero una mayor connotación internacional.

La censura produjo una reacción de protesta en la Federación Sindical de Trabajadores de la Prensa Boliviana. Ellos pidieron entrevistarse con Barrientos y con el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, general Alfredo Ovando, para oponerse a la misma. Barrientos se condujo de una manera inapropiada, poco profesional y la defensa de sus puntos de vista fueron tan pobres que no tuvo otra alternativa que acceder a la petición de los periodistas, dando marcha atrás a lo inicialmente ordenado.

El 26 de abril se emitió un comunicado que entre otras cosas decía que la autoridad militar de Camiri informó no haber establecido censura de prensa, sin embargo, encubría la misma y señalaba que se había instruido a los diferentes medios, en sentido de que tendrían acceso irrestricto a las fuentes de información solamente aquellos periodistas acreditados debidamente ante las autoridades gubernamentales. A partir de aquel momento solo podían reportar los periodistas autorizados por los militares.

El mal manejo en torno a la censura de prensa, obligó que a fines de abril, el alto mando militar, a través del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Bolivianas, general Alfredo Ovando Candía, tuviera que admitir públicamente la detención de Regis Debray y Ciro Bustos, pero a la vez negaba a la prensa toda posibilidad de entrevistarlos.

Estos antecedentes, unidos a la derrota militar del día 8 de mayo, fueron la culminación de una cadena de errores militares que puso fin a la actuación del coronel Humberto Rocha Urquieta y en su lugar fue designado el coronel Luis Antonio Reque Terán.

Semanas antes el coronel Roberto Vargas Claros, comandante de la VIII División había sido sustituido por el coronel Joaquín Zenteno Anaya, nombramiento que se debió, según fuentes militares, a una venganza y castigo del dictador Barrientos, pues el día 30 de marzo, en una reunión de oficiales bolivianos en el Casino Militar de Cochabamba, el coronel Zenteno Anaya, había criticado la forma en que Barrientos efectuó la solicitud de ayuda militar a Estados Unidos, ya que puso en ridículo a las Fuerzas Armadas Bolivianas ante la opinión pública nacional e internacional. La intervención de Zenteno Anaya, un militar que gozaba de prestigio y autoridad en la institución armada, provocó un clima de divisiones entre la oficialidad que irritó a Barrientos.

EL COMUNICADO NO. 3

El gobierno boliviano dio a conocer a la opinión pública un comunicado en el cual exageraba la información y mentía acerca de las bajas ocasionadas a la tropa guerrillera.

En respuesta, el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia emitió su Comunicado No. 3, en el cual se expresaba:

“El día 8 de mayo, en la zona guerrillera de Ñacahuasú, fueron emboscadas tropas de una compañía mixta al mando del subteniente Henry Laredo. En la acción resultaron muertos el citado oficial y los alumnos de la escuela de clases Román Arroyo Flores y Luis Peláez [...]”

Después de relacionar los nombres de los soldados que habían hecho prisioneros continuaba:

“Los dos últimos fueron heridos al no responder al alto cuando se les interceptó en una operación previa. Como siempre, se les dejó en libertad tras explicarles los alcances y fines de nuestra lucha. Se capturaron 7 carabinas M-1 y 4 fusiles máuser. Nuestras fuerzas salieron indemnes.

”Son frecuentes los comunicados del ejército represivo en que anuncian muertes guerrilleras; mezclando cierta verdad sobre sus bajas reconocidas con fantasía sobre las nuestras y, desesperado en su impotencia, recurrieron a mentiras o ensañándose con periodistas que, por sus características ideológicas, son adversarios naturales del régimen, imputándoles todos los males que sufre.

”Dejamos expresa constancia de que el ELN. de Bolivia es el único responsable de la lucha armada en que encabeza a su pueblo y que no podrá acabar sino con la victoria definitiva, oportunidad en que sabremos cobrar todos los crímenes que se cometan en el curso de la guerra, independientemente de las medidas de represalia que el mando de nuestro Ejército juzgue oportuno tomar ante cualquier vandalismo de las fuerzas represivas.

”E L N. de Bolivia”.

HACENDADOS DE PIRIRENDA

El día 12 de mayo, los guerrilleros continuaron la marcha y a las tres de la tarde, divisaron la laguna de Pirirenda a unos 5 km de distancia. Este lugar debe su nombre a la abundancia de totora, que es una especie de junco que utilizan para fabricar casas y canoas.

A una hora de camino encontraron un maizal con zapallos y prepararon la comida allí mismo. Los exploradores regresaron informándole al Che, que habían llegado a la casa de Chicho Otero, que este no se encontraba, pero habían podido hablar con cuatro peones guaraníes y con una sirvienta. En la casa prepararon un puerco grande con arroz y frituras, además de zapallos.

El hacendado Chicho Otero y su esposa Neida Pinto, eran viejos conocidos de los guerrilleros, porque el día 4 de abril, los habían visitado en su casa, ocasión en que él informó que una compañía del regimiento Bolívar había estado allí y que habían salido esa mañana con una instrucción de bajar por la quebrada de Tiraboy, pero se fueron por otro firme.

Al retirarse los guerrilleros, Chicho no estaba por lo que le dejaron una nota firmada por Coco Peredo, especificando los gastos. A los peones y a la sirvienta les pagaron por su trabajo 10 pesos a cada uno.

Las haciendas de la Manga, Pirirenda y Tiraboy, se encuentran ubicadas en una ladera de las serranías de las Pirirendas, muy cerca a la hermosa laguna del mismo nombre que divisó el Che desde una pequeña loma el 14 de mayo. Su población es mayoritariamente guaraní.

Muy temprano en la mañana, llegamos a la hacienda de Amalia Pinto o la *China de Pugliossi*, como todos la conocen, es una mujer blanca, bajita y gorda, de ojos achinados, de donde viene su apodo, muy amable y conversadora. Su hacienda es grande, la casa buena, rodeada de corrales. Sus sirvientas guaraníes trabajaban sin cesar.

Después de ofrecernos desayuno, la China comenzó a hablar de sus recuerdos:

No he salido de aquí. La primera vez que vinieron los guerrilleros nosotros no sabíamos quiénes eran, llegaron así como han llegado ustedes, en busca de una propiedad para comprar con vistas a criar chanchos y dijeron que venían del Beni, eran Jorge Vázquez Viaña y Coco Peredo, los dos han venido.

Como es costumbre de nosotros, de recibir acá de la mejor forma que podamos, le brindamos mate toda la mañana y mi esposo dijo que preparáramos almuerzo, que los jóvenes iban a almorzar con nosotros. La verdad es que yo estaba distraída, de dónde íbamos a pensar en algo de guerrilla. Ellos eran amenos en sus charlas, ¡buena gente!, y de esa manera los conocí.

La segunda vez, fueron a la casa de mi hermana, pero ella estuvo de visita aquí hasta las nueve de la noche, incluso los montamos a caballo, porque en esa época ella no tenía movilidad, y con sus tres niños y dos caballos salieron. Cuando llegaron a la hacienda de ella se encontraron con unos guerrilleros parapetados en la casa, los que quisieron comprarle alimentos. Mi hermana tenía unos quesos que eran míos y así se lo dijo y ellos respondieron que vendrían a hablar conmigo. Mi hermana, que sabe que yo soy muy nerviosa, le respondió que mejor se los vendía y les vendió los quesos.

Incluso cuando ellos se fueron habían dejado un encendedor que era de Coco Peredo, ella los llamó y se lo entregó. Esa fue la primera vez que estuvieron en la casa de mi hermana Neida.

La segunda vez, fue el 4 de abril, mi hermana vivía en su casa y habían llegado dos camionadas de militares. En la casa de mi hermana había dos caseros y a uno de ellos lo cogieron preso los guerrilleros, pero el otro amarró la yegua y se les hizo humo a los guerrilleros, atravesó monte, monte y monte y le avisó a mi hermano Gerardo y le dijo que los guerrilleros tenían presa a mi hermana y al oír eso, mi hermano Gerardo fue y le avisó a los militares. Pero los militares se negaron a ir. Ha sido verdaderamente un crimen traer a esos militares, eran unos pobres muchachos del interior, han venido del cielo al suelo, a un lugar que no conocían, lloraban, se arrodillaban, rezaban. No querían ir. Ellos se negaron a ir hasta que no fuera de día, pero de día y cuando fueron ya no había guerrilleros, se habían ido. Ellos metieron a mi hermano y mi tío ahí con ellos, porque era un lugar que no conocían.

A las dos de la mañana se levanta mi marido, nosotros estábamos muy susceptibles a todo y siento la voz de mi hermana que me dice que no ha podido dormir y me cuenta todo lo que había pasado. Ella y yo estábamos como un solo temblor, yo no podía entender siquiera lo que ella me quería contar y ella casi no podía ni hablar y me dice: “Toma tu plata”, yo le respondo: “Eso no importa hermana, la cuestión es salvarse, salvar la vida”.

Nosotros no sabíamos lo que pretendían los guerrilleros, pero ellos no nos hicieron nada malo, y además pagaron todo. Después estuvieron de nuevo en mayo, un día en que nosotros estábamos por ir a celebrar misa, esa mañana teníamos que escuchar la misa del segundo año de muerte mi madre.

Yo le dije a mi hermana: “Venga a dormir acá, vivo un poco más al centro, hay más vecinos, más auxilio”, entonces ella empezó a venir acá todas las noches.

La última vez que ellos fueron, esperaron, y cuando vieron que mi hermana venía, a eso de las seis de la tarde, asomaron. ¿Dónde estarían ocultos que mi hermana no los veía dónde se escondían? Tomaron a la empleada Ercilia, pero ellos le dijeron que no le iba a pasar nada y así fue.

Los guerrilleros abrieron y sacaron lo que necesitaban y se llevaron una maquinita de moler maíz, no sabemos dónde metieron esa maquinita. Después hubo el tiroteo, los militares tiraban para todos lados, fue en el platanal y después los aviones bombardearon.

Yo tenía las monedas con las que pagaron el queso, pero los militares dijeron que eran falsas, falsificadas y se las llevaron para ver si estaban falsificadas, pero eran auténticas.

Mi hermana Neida, murió en 1973, han muerto desgraciadamente casi todos los que sabían, mi tío Arturo, mi tía Luciana, que eran los viejitos de la otra casa donde estuvieron los guerrilleros.

Dejamos a doña Amalia Pinto, la *China*, con su sonrisa bonachona, escondiendo su rostro de la cámara indiscreta. Tiempo después nos encontramos con Oscar Otero, *Chicho*,

como es conocido por todos, quien había conversado con los guerrilleros y junto a su esposa Neida Pinto, otra de las herederas de Arturo Pinto, fundó un nuevo hogar en la hacienda de Pirirenda. Fue en casa donde estuvieron los combatientes guerrilleros y donde Coco Peredo escribió una nota explicándole todo lo que habían consumido y la forma como le entregarían el valor de esto.

Chicho Otero fue amable y habló con seguridad y con respeto hacia cada uno de aquellos hombres que en varias oportunidades lo visitaron y nos explicó:

Yo conocía a Coco Peredo, porque él había ido a mi casa como comerciante, quería vender su *jeep* y me propuso comprar un terreno y estuvimos charlando.

Posteriormente vino una noche y yo llegué con mi señora y los niños, nos tranquilizamos cuando vimos que era el Coco el que estaba, ya se hablaba de los guerrilleros en esa ocasión, pero cuando lo vimos a él, todos nos tranquilizamos y charlamos detenidamente, por supuesto, los invité a comer, comieron conmigo, compraron algunas cosas, me pagaron y se fueron. Después ya estuvieron las tropas militares, fue a los dos meses y los guerrilleros volvieron. Ese día yo había estado hasta las cinco de la tarde, fui a ver a los trabajadores para conocer cómo avanzaban en el trabajo. Eran mis peones y los lugareños, me retiré.

Después que me fui, vinieron los guerrilleros y preguntaron por mí, detuvieron a todos los peones para que no fueran a denunciar, estuvieron toda la noche allí, mataron un chanco muy gordo, el que el Che refiere en su Diario.

Otra vez vinieron y no me pudieron pagar, porque yo no estaba, pero me dejaron una nota, de la que el ejército se incautó, donde me decían que en una próxima oportunidad me pagarían y en un aparte me pedían que no diera parte al ejército por el bien mío y el de mi familia. Pero no era ninguna amenaza, ni la interpreté así, más bien lo hacían para evitarme conflictos con el ejército.

Al día siguiente llegó el ejército y me hicieron preguntas y yo le respondí a ellos lo que sabía y ocuparon mi hacienda.

Los guerrilleros hicieron un campamento en Peña Larga, ahí estuve yo, porque ellos se llevaron una maquina de moler granos y se notó que la habían instalado en el palo de un árbol. Agarraron a un muchacho, hijo de Guzmán Robles, que era el encargado del aserradero de Bruno Manfredi, que se encuentra en Peña Larga. Los guerrilleros entregaron una nota de necesidades para que Guzmán Robles la comprara, pero este cayó prisionero del coronel Augusto Calderón.

En esa zona no hubo muertos, hubo un combate fuerte, los militares llamaron a la aviación, pero esos chicos tienen cañadas profundas y ahí se refugiaron los guerrilleros.

Cuando Coco me visitó él me presentó a Inti Peredo como el comandante, no como su hermano, él me preguntó si había tropas y yo respondí a sus preguntas, le dije que sí y donde estaban. La vez que yo no estaba, me dejaron plata para que pagara lo que ellos habían consumido en la hacienda de don Duberti López, que no se encontraba en la hacienda.

Los peones me contaron, que ellos y los sirvientes y cocineras de la hacienda les ayudaron a cocinar un chanco, gallinas, corderos y que esa noche durmieron ahí y luego al amanecer se fueron.

Un militar subió una loma, con un radio y un perro, el animal comenzó a latir y salió un guerrillero detrás de un árbol y el soldado se tiró a un lado, los guerrilleros estaban bien preparados militarmente. El monte es bastante duro y las condiciones del terreno por donde ellos pasaron eran muy duras.

Los militares se comunicaban por un radio y decían:

“—Perro llamando a Gato. Perro llamando a Gato. Perro llamando a Gato.

”—Aquí Gato. Aquí Gato.

”—Hay ganado por las lomas con una camisa roja.

”—¿Cómo ganado con una camisa roja?

”—Hay guerri, hay guerri, hay guerri. No quiero terminar su nombre completo para que no sepan.

”—Entendido. Entendido. Entendido.

”—No se olviden de enviar confite.

”—Confite, ¿para qué?

”—Para los máuser”.

Poco tiempo después conocimos a Neida Otero Pinto, uno de aquellos tres niños que llegaron a caballo a la propiedad de sus padres donde se encontraron con los guerrilleros. Ahora una mujer que denotaba cultura y desenvolvimiento en el hablar, recordó sus experiencias de niña al encontrarse con la historia.

Nunca olvido que una noche fuimos a la hacienda de mi tía y cuando regresábamos con mi papá y mi mamá, como a las nueve de la noche, llegamos a la casa de Pirirenda. Estaba todo oscuro, los “cuidantes” no aparecían por ninguna parte, todo tranquilo como si fuera jueves santo.

Llegamos y escuchamos ciertos ruidos por la casa y mi papá tenía una linterna en la mano. Encendió y justo le da a la barba de Inti Peredo. Inti le dice: “Hola Chicho, ¿cómo estás?, soy Inti, no te asustes. Estamos descansando un poco aquí en tu casa. Pásame a los niños. Estos son mis hermanos. Disculpa que nos hemos tomado la libertad de estar aquí en tu casa”.

Ellos tenían como una cabañita al fondo, la que cuidaban. Mi papá le respondió: “No te preocupes”.

Mi mamá bajó del caballo y él dijo que querían algo de comer, que estaban con hambre, que habían caminado mucho. Entonces pasaron a mi casa. Mi mamá los atendió bien, tomaron café, hicieron de comer y charlaron un buen rato.

Recuerdo que a la casa entraron cuatro guerrilleros, pero se notaba que eran muchos, porque sacaban bastante comida para afuera.

Mi mamá, seguramente por los nervios y por saber que habían tropas del ejército que los perseguían en la misma hacienda, seguramente por miedo a nosotros, por miedo a un enfrentamiento en la casa, empezó a dolerle mucho la cabeza y en ese rato le dice a mi papá que ella quería irse. Había un vecino

que era médico, el doctor José Santiesteban, en realidad no era médico, había estudiado unos años nada más y vino como médico para todo ese sector de las Pirirendas y ella quería irse a consultar con él. Vivía a la orilla de la laguna y ya murió.

Entonces Coco Peredo le dijo: “Señora, sabe, tenemos médicos acá”. Vino un guerrillero yo pienso que era el señor Che Guevara, porque después cuando vi las fotos yo lo recordé y me trajo muchas semejanzas con el médico guerrillero que atendió a mi mamá. Él la reconoció y le dijo lo que le pasaba. Yo, como era la más grandecita de mis hermanos, estuve merodeando un poco, para escuchar todo lo que hablaban. En esa ocasión pagaron todo lo que consumieron.

Los guerrilleros se fueron y mi papá se quedó con nosotros, yo escuché que mi mamá le comentó sobre el temor que ella tenía y que las tropas militares acampadas vinieran y cómo mi papá la tranquilizaba, justamente por nosotros. Ella decía que tenía miedo y repetía: “Es que tengo miedo”.

Yo estaba de vacaciones en la hacienda y entonces nos llevaron para la otra hacienda donde vive mi tía Amalia Pinto, la *China*, como la conocen por allí, pero no nos llevaron esa misma noche, sino a los dos días, porque cuando se enteraron los militares vinieron y se instalaron en nuestra hacienda y por esa razón nosotros no podíamos estar allí.

Los guerrilleros estuvieron varias veces, en una de ellas, fue donde Coco Peredo le dejó una nota a mi papá, como todo estaba cerrado, porque nosotros no estábamos, los guerrilleros tomaron algunas cosas de la despensa y mataron un chanco. Cocinaron y se veía que eran bastantes porque utilizaron muchos cubiertos, tazas, vasos y todo estaba abierto y se llevaron comida y le dejaron por escrito a mi papá en un papel, todo lo que se llevaban y que él les avisara cuánto era, para volver a pagarle.

Los guerrilleros también estuvieron en Piraboy, que era más al fondo de nuestra hacienda, en Pirirenda, Curichi. Ellos pasaron por la hacienda de Duberti López, pero esa hacienda está abandonada porque sus dueños se salieron, pero a los guerrilleros les gustaba venir a la nuestra, porque era donde

había más recursos para ellos. Después, los guerrilleros se fueron para la zona donde había más sembradíos y agua.

Los soldados agarraban y hacían un simulacro de combate y llegaban hasta donde estaban las gallinas y los chanchos, mataban cantidad y hacían su festín por las noches, porque después que salieron los guerrilleros llegaron los militares.

El ejército llevó a mi papá como guía, él me contó que empezaban a ver distintos colores de la ropa, que los guerrilleros le iban haciendo emboscadas con esas ropas, seguramente para entretenerlos, atemorizarlos y evitar que llegaran a donde ellos estaban. Allí en la hacienda estaba Ercilia, ya no recuerdo su apellido, ella era una casera que vivía desde hace muchos años con nosotros, desde los años de mi abuelo. Ella se había quedado en la hacienda cuidando la cocina y en el cuarto del fondo era donde vivía. Ercilia contó a mi papá todo, relató lo que habían hecho los guerrilleros, dijo que lo único que le pidieron fue ollas grandes, calderos y que habían matado un chanco, gallinas, seguramente una parte para comer y otra para llevar algo de comida.

Ercilia vive al lado de la hacienda con su familia, todos los indígenas hacen casitas alrededor de la hacienda, ella es criada desde la época de mis abuelos, cuando ellos murieron pasó a mi mamá y cuando mi mamá murió pasó a mi tío Gerardo, porque Ercilia era la niñera de mi mamá, porque allá en las Pirirendas es costumbre de que nace un niño en la hacienda y le designan una indígena guaraní como niñera y ella se queda hasta que el niño crece. Es como su nana y entonces Ercilia fue la nana de mi mamá.

Bueno, todos esos indígenas de ese sector son descendientes de los chacos de la frontera con Paraguay, son más o menos descendientes de una misma familia, son los que entraron a esta parte de Bolivia, ellos han modificado un poquito su idioma guaraní y ahora como ya hay muchas gentes que han llegado o que entran por ahí, hablan y los indígenas lo mezclan mucho con el español, porque antes solo se hablaba guaraní.

Los padres de Ercilia eran criados de mis abuelos, es una cosa que viene de generación en generación y Ercilia nació en la hacienda de mis abuelos.

Todos los indígenas de esa región eran de mis abuelos, ellos eran dos hermanos, mi abuelo Arturo Pinto, y mi tío, eran los únicos dueños de todas esas tierras, cuando ellos murieron lógicamente se repartieron la hacienda entre los hijos de ambos, entonces fue agrandándose un poco más, repartiéndose por sectores, igualmente a los indígenas se los repartieron. Es así de forma equitativa para cada uno, junto a las tierras los indígenas.

Ercilia ya le pertenecía a mi mamá, porque desde chiquita estuvo con ella.

Para ir a las Pirirendas, tiene que ser en el verano, porque a fin de año, llueve y los caminos se ponen imposibles, también en el verano hay menos bichos.

Los huyuyuy son terribles, el zancudo, el mariguí que es como una pulguita que tiene las alas grandecitas y es de color amarillento, ese bichito se les asienta en la piel y succiona y la barriguita se pone roja de la sangre que extrae y deja en la piel un puntito de sangre y hay como nubes.

Los boros y las garrapatas son terribles también, pero esos son de verano, hay unos insectos que son por millones, te cubren todo el cuerpo hasta la cabeza, se llaman polvorín.

Ercilia, la sirvienta, que junto a cuatro peones se encontraban en la casa de Chicho Otero cuando llegaron por segunda vez los guerrilleros, ahora es una anciana, de piel morena y áspera, pelo largo, facciones indígenas, y su boca que cubría con la mano para tapar la ausencia de los dientes.

Ella trabajaba todavía en la hacienda de los Pinto, cuando la vimos acompañaba a su nuevo patrón, Gerardo Pinto, conocido como Papiro, que en un viejo camión, salía de la hacienda. Cuando le preguntamos nos dijo Gerardo: Es una de las empleadas de la servidumbre. Ercilia no quería hablar, miraba a su patrón, luego a nosotros, no se atrevía a responder a las preguntas. Sus ojos que vieron tanto rehuían los nuestros, se

sonreía temblorosa y nerviosa decía que no había visto nada, que no sabía nada de los guerrilleros, que no había visto al Che Guevara, que no sabía nada del Che Guevara. Su patrón quería hablar por ella y finalmente le ordenó que nos contara, solo entonces, Ercilia, con voz entrecortada por el temor dijo:

Yo era casera de la señora, siempre he sido casera, toda mi vida he sido casera. Cuando llegaron los guerrilleros, yo estaba en la hacienda de la señora, toda la noche han estado ahí los guerrilleros, comieron un chanco grandote, zapallos, jocos y arroz, se llevaron arroz y granos de la señora. Todito se lo han comido, yo he comido con la comida de ellos. Me trataron bien, yo he sacado ollas grandes, ellos cocinaron y yo ayudé a cocinar.

Ercilia miraba a su patrón y comprobaba si podía o no continuar su narración.

Yo vi al Che Guevara. Yo le di la mano a todos los guerrilleros y al Che Guevara.

El patrón estaba apurado y se llevó a Ercilia. Arrancó el camión, entre los ramajes se fue perdiendo de nuestra vista.

GUZMÁN ROBLES

HACIA UN POSIBLE ENCUENTRO CON EL GRUPO DE LA RETAGUARDIA

Después de abandonar la hacienda de Chicho Otero, los guerrilleros permanecieron cerca de la laguna Pirirenda y el día 14 de mayo, muy temprano, se dirigieron hacia ella, donde pudieron apreciar su belleza, es un hermoso espejo de aguas azules, rodeada de montañas de vegetación muy verde. Mientras acampaban sintieron ruidos de camiones muy cerca y procedieron a esconder 50 jocos y dos quintales de maíz desgranado, para necesidades eventuales. Estaban recogiendo frijoles en unos sembradíos cercanos, cuando vieron, a dos o tres kilómetros de distancia tres aviones que bombardeaban los alrededores.

Esa noche continuaron la marcha hasta la casa de José Santiesteban, la casa estaba abandonada pero encontraron abundantes alimentos, prepararon un fricasé de gallina y arroz. Acamparon allí hasta las 4 de la madrugada en que continuaron el camino hacia un aserradero de madera del que el Loro había obtenido información a través de los campesinos de la cercanía.

En la noche del día 16 de mayo continuaron caminando, mientras hubo luna, pues por aquellos lugares la vegetación es dura y espinosa y se hace muy difícil la marcha nocturna, hicieron alto para descansar y recibieron el mensaje número 36 de La Habana que entre otras cosas decía que Iván llegó enfermo y tuvo que salir seis días antes de que se venciera el permiso de estancia, pero que dejó condiciones para regresar, que habían recibido mensajes de Lozano desde La Paz y que las comunicaciones con este funcionaban bien, de igual manera le informan que Jorge Kolle, miembro del Comité Central del Partido Comunista Boliviano, le había pedido a Rodolfo Saldañas que se incorporara a la guerrilla y ayudara en todo lo posible, que la posición de Mario Monje era “pendeja” y que al parecer lo iban a rebajar de su jerarquía. Concluye el mensaje señalando que la guerrilla goza de prestigio internacional y respaldo de los movimientos revolucionarios.

El 17 de mayo, a las 13:00 horas, llegaron al aserradero de Peña Larga, donde encontraron maíz, manteca, harina y agua en turriles, al parecer transportada desde lejos. Al día siguiente se emboscaron previendo que el ejército pudiera llegar, o los trabajadores del aserradero aparecieran. En este lugar decidieron acampar para recuperar fuerzas; el día 19 llovió toda la noche y con menor intensidad a la mañana siguiente. El Che decide hacer varias exploraciones, los guerrilleros encontraron suficiente maíz y zapallos, agua a dos horas de camino, así como un campamento militar abandonado. Miguel y Benigno llegaron hasta el Río Ñacahuasú a dos horas de camino sin mochilas y a orillas de este otro campamento militar. Ese día el Che impartió clases de estrategia militar, de acuerdo a un manual norteamericano al que enriqueció y analizó según sus experiencias personales.

El domingo 21, permanecieron en el mismo lugar y al siguiente día apareció el encargado del aserradero en un *jeep*, sobre este hecho el *Che* escribió el 22 de mayo: [...] *a medio día apareció el encargado del aserrío, Guzmán Robles, con el chofer y un hijo en un jeep destartado. Al principio parecía una avanzada del ejército, para ver qué había, pero se fue abriendo y consintió en salir a Gutiérrez por la noche dejando su hijo de rehén; debe volver mañana [...]* *Da la impresión de que el hombre no traicionará, pero no sabemos de su habilidad para comprar sin levantar sospechas. Se le pagó todo el consumo que se hizo en el batey [...]*.

Guzmán Robles dio información sobre los caminos y los caseríos cercanos, él trabajaba con el señor Bruno Manfredi, propietario del aserrío. Había llegado con el fin de transportar combustible, le acompañaban su hijo Moisés, y el chofer, Vicente Tapia.

Guzmán Robles salió rumbo a Gutiérrez a realizar compras para los guerrilleros pero el día 23 de mayo, al no regresar, el Che decide retirarse rumbo al primer campamento donde habían estado en los primeros días de febrero, en su viaje de exploración hacia el Río Grande; el viaje a este lugar aunque significaba un retroceso, era necesario, porque este punto era

una de las alternativas de reserva que el Guerrillero Heroico le había dado a Joaquín y al grupo de la retaguardia para encontrarse en caso de que se presentaran dificultades a su regreso de Muyupampa.

La tropa guerrillera continuó la marcha, llevando con ella al hijo de Guzmán Robles, caminaron a la luz de la luna y durmieron en el camino. Al amanecer llegaron al Río Ñacahuasú, estaba libre de soldados y unas cuatro horas después arribaron al arroyo del congrí, pero el grupo de Joaquín no estaba allí. Ellos no habían podido romper el cerco que los militares habían tendido.

Los guerrilleros del grupo del Che continuaron la marcha hasta el día 25 de mayo en que llegaron a la quebrada del Saladillo y por ella tomaron rumbo hacia donde nacen sus aguas, acamparon a 1 100 m sobre el nivel del mar, pero aún sin alcanzar el firme de aquellas montañas. El día 26 tras dos horas de camino, pasaron las cumbres y llegaron a un chaco donde encontraron a dos peones que le proporcionaron información de los caminos, caseríos y presencia militar. Ellos invitaron a los guerrilleros hasta un chaco abandonado que tenía frutas, caña, guayabas y maíz y al amanecer del día 27 llegaron a ese lugar, pero el Che escribió que de todas las maravillas prometidas por los peones solo tenían un poco de caña vieja y un trapiche inútil.

EN BUSCA DEL ENCARGADO DEL ASERRÍO

A casi dos décadas de estos hechos, salimos en busca de Guzmán Robles y el aserradero de Peña Larga. El aserradero fue trasladado a un claro de la selva, llamado Cabezas.

Sorteando los complicados caminos de las serranías de las Pirirendas nos dirigimos hacia allí. La mañana estaba cargada de lluvias, los caminos convertidos en lodazales en sus partes bajas y con surcos profundos en las subidas. Lluvias fuertes a intervalos, el resto del tiempo temporal cerrado. El viaje era lento, atravesamos las serranías y después de las cumbres vimos un sol radiante y el camino seco y polvoriento, cosas de la naturaleza en estas selvas y montañas andinas. Los cerros habían detenido a las nubes y no le permitían el paso en

su continuo viaje hacia el norte en esta época del año, ellas se habían quedado del otro lado y allí tenían que descargar la lluvia. El fango formó parte de nosotros mismos, porque en varias ocasiones debimos ayudar a que el *jeep* pudiera continuar camino.

Cabezas es un pequeño caserío, que malamente vive del trabajo que ofrece el aserradero, grandes troncos de maderas traídos de todos estos confines selváticos llamaban la atención. Era domingo y Guzmán Robles no trabajaba ese día. Teníamos la preocupación de que nuestro viaje fuera improductivo.

Preguntamos por él, y una joven nos llevó hasta una pobre choza, donde Guzmán charlaba y tomaba mate con unos amigos. Se mostró afable y conversador. Ya tenía más de 55 años de edad, de baja estatura, blanco y sin dientes, risueño, un hombre de aspecto bonachón y franco. Tenía una camisa de color anaranjado brillante y escandaloso que contrastaba con su figura, sus abarcas gastadas, sus pantalones viejos y rotos, un sombrero de guano le cubría parte de la cara.

TESTIMONIO DE GUZMÁN ROBLES

Soy Guzmán Robles, sí señor, yo trabajaba con Bruno Manfredi, porque él tenía un aserradero en Peña Larga. El lunes 22 de mayo de 1967 yo iba a llevar gasolina al aserradero, iba en un taxi y en la cuesta los guerrilleros nos han detenido; serían como las dos y treinta de la tarde y nos tuvieron hasta tarde en la noche, estaba mi hijo Moisés y Vicente Tapia que era el chofer.

Tapia no sé dónde se ha metido, mi hijo Moisés que era un chango, tenía 17 años, trabaja ahora en Santa Cruz en la granja de unos japoneses, en un camión, llevando huevos y pollos para Cochabamba.

Cuando ya casi divisaba el aserradero desde la cuesta, del monte me han salido los guerrilleros y me han dicho: “Buenas tardes, bajen de la movilidad, no les pasará nada”. Era Coco Peredo el que me decía así, había más guerrilleros en la selva, eran altos, barbudos, eran 10 en total. Uno altote (Miguel) pide la movilidad para ir a ver al Che, ahí no dijo que era el Che pero después supe que era él, demoró una hora. Nos trataron bien, no hubo maltrato ni violencia de nada.

Ellos estaban humeando maíz y jocos, tenían una hoguera prendida y dos guerrilleros estaban chupando caña, nos invitaron pero Vicente Tapia no quiso aceptar porque tenía miedo, pero mi chango y yo aceptamos, comí como si fuera la última vez.

Coco me habló de que tenía que auxiliarlo, pero como favor me pidió que lo auxiliara y me dijo: “Necesitamos vituallas de Gutiérrez, que nos compre alimentos, no más para nosotros”.

Me preguntó por los caminos y le dije, me preguntó por Limón, Ipitá, Caraguatarenda, Gutiérrez, Pirirenda y Tatarenda y le dije, menos de Tatarenda porque no conocía, él preguntó dónde había militares y le dije [...] Todas las preguntas que me fueron haciendo las contesté. ¿Para qué iba a mentirle?, me preguntaron dónde había agua y le dije también.

La tropa pagó todo lo que consumieron en el aserradero: 25 libras de azúcar, manteca y maíz, que había allí para alimento de los trabajadores de Bruno Manfredi.

Ellos dijeron que había hartos guerrilleros en Muyupampa, Monteagudo y Ñacahuasú, 50 equitativamente en esos lugares; que no temían a los soldados porque no estaban instruidos y lloraban porque no querían combatir; que ellos, los guerrilleros, no querían combatir con los soldaditos, porque eran hijos del pueblo, pero que los oficiales jefes los empujan como moviidades plantadas para que vayan a combatir; que los soldaditos no tenían la culpa, todo eso dijo el Coco, porque el Che Guevara no estaba y yo no vi al Che Guevara.

Cuando me voy a ir, porque acuerdo con Coco en ir a Gutiérrez a comprar las mercaderías que él me pidió, me dijo que mi hijo Moisés se quedaba hasta que yo regresara, porque lo necesitaban para que los guiara y que me lo entregarían cuando yo volviera. Me asusté, porque temía que le fueran a hacer algo malo a mi chango, y no quería ir pero me dieron garantías y avales de que no le harían nada malo y me convencieron, creí que nada malo pasaría porque los guerrilleros fueron amistosos conmigo.

El comandante Coco dijo que mi hijo Moisés se quedaba de rehén y que lo matarían si yo no volvía. Aparte me dijo que eso no era verdad, que no iban a hacerlo. Era para protegerme a mí que eso decía él delante de Tapia, para que este escuchara, pero que no le pasaría nada al chango, que eso era protección para mí, por si los militares nos apresaban. Yo dije bueno, voy a ir. Ellos me hablaron de su causa y de por qué estaban luchando por nosotros. Dijeron que al hacerles yo esos “favores de auxilio”, estaba ayudando al pueblo, porque el pueblo vive sometido a los hacendados y a los patronos, y ellos luchaban para que se acabaran las hartas injusticias, para vivir civilizados y no como los animales. Yo no sabía nada de política, pero lo que decía el comandante Coco era cierto no más.

Él me dijo: “Si los apresa el ejército mienta no más, no delate, pero si aprietan harto, diga no más que su hijo corre peligro de muerte y que usted va obligado”. Me aportaron 1 000 pesos para que comprara las mercaderías. Compré las mercaderías y cuando venía de vuelta, el ejército nos apresó para interrogarnos, tenía miedo, pero no quería hablar porque si hablaba el ejército iba para Peña Larga y se formaba una baleadura y mi chango podía morir en esa baleadura, pero Vicente Tapia comenzó a llorar del miedo, los militares sospecharon y fueron demasiado duros y violentos. Se dieron cuenta de nuestra complicidad con los guerrilleros. Le supliqué al coronel Calderón que me dejara llevar las mercaderías, pero se opuso y me llevaron preso para que informara. Le dije que los guerrilleros me dieron plazo y que si no regresaba matarían a mi hijo Moisés.

Yo lloré porque “ideaba a mi chango muerto por la baleadura si iban los militares”. Ellos me dijeron: “No importa tu hijo Moisés, importa la guerra, y esto es zona militar”.

El coronel Calderón me preguntó cuántos guerrilleros eran y yo le dije: “Son hartos, en grupos equitativos de 50 que se han reunido y concentrado a 10 km antes de Peña Larga, antes de donde está el aserradero”. Dije que estaban acampados 10 km antes del aserradero y un grupo más antes, que tenían hartos máuser y armas desconocidas que echaban fuego, era una

concentración de guerrilleros, dije así, para que los militares cogieran miedo y no fueran a perseguir a los guerrilleros y no se formara la baleadura y mataran a mi chango Moisés.

Robles se rió con picardía, como recordando algo y continuó hablando:

Cuando le dije a Calderón esa cantidad de guerrilleros y esas armas que echan fuego, se puso buso-buso (eso es, que se le encogió el ano del miedo) y dijo que hacían falta hartas tropas descansadas y refuerzos para perseguir a los guerrilleros, que había que ir a Camiri. Los militares al saber que los guerrilleros iban rumbo a Ipitá, ellos más bien corrían para Camiri, que es el lado contrario, estaban acobardados.

Me llevaron para Camiri y me preguntaron todo, ellos creían que mentía, porque decía que no había visto al Che Guevara, pero después me dejaron ir porque yo era una víctima.

Le pedimos a Guzmán Robles que nos permitiera fotografiarlo, él se negaba mientras se preparaba para tan extraordinaria ocasión. Se arreglaba su camisa y seguía diciendo que no quería fotografiarse mostrando su mirada apenada y sonrisa cohibida. Parecía un niño cuando se le ofrece un juguete o un dulce y dice que no quiere por cortesía o consejos de sus padres.

Sus fotos constituyen un grato recuerdo de ese momento. Le pedimos a Guzmán Robles que nos contara lo que su hijo Moisés le había informado de los guerrilleros, él dijo:

A los ocho días apareció mi chango, lo llevó preso el ejército para Ipitá, mi chango me contó que cuando yo me fui, él comenzó a llorar de penas, se afligió y quería escapar. Después Coco Peredo, Pombo y otro guerrillero más le charlaron y le dijeron que no le iba a pasar nada malo y que le pagarían como salario su trabajo y el chango estuvo de acuerdo con guiarlos y ya se hizo amigo de los guerrilleros. Comenzaron a caminar por el Ñacahuasú, por el Saladillo; Ñumao y cerca de Ipitá, ellos trataron bien a mi chango, él los llevó hasta un chaco para que comieran caña, allí los guerrilleros apresaron a dos peones que le informaron al Che de que yo estaba preso, los peones llevaron al Che hasta otro chaco donde tenían un trapiche para hacer chancaca.

El día 26 de mayo el Che escribió: [...] *llegamos al chaco del tío abuelo del muchacho. Estaban trabajando dos peones que debieron ser aprehendidos ya que caminaban en nuestra dirección; resultaron cuñados del viejo, casado con una hermana de ellos. Sus edades; 16 y 20 años. Dieron la información de que el padre del muchacho hizo las compras pero fue detenido y confesó todo. Hay 30 guardias en Ipitá y patrullan el poblado [...] Por la noche salimos rumbo al chaco que tienen los muchachos [...].*

Continuó Robles:

Los guerrilleros dijeron a Moisés y a los dos peones: “Pueden irse, pero deben estar ocultos hasta la mañana del lunes, no pueden ir hoy para Ipitá”. Ellos, mi Moisés y los dos peones, se escondieron en el chaco, y el lunes por la mañana, como los guerrilleros dijeron, fueron para Ipitá. Estaban ocultos en Itacuasito, que significa poquita agua.

El ejército lo agarró para que declarara, pero como Moisés confesó que los guerrilleros lo trataron bien, que no le hicieron ningún daño, lo dejaron preso. Los militares no querían que lo escuchara el pueblo que fue a verlo, ni unos periodistas del ejército que llegaron a Ipitá.

RELATO DE UNA FUENTE MILITAR

Una fuente militar nos contó que cuando el coronel Augusto Calderón, comandante de las unidades que se encontraban acampadas en la zona de Pirirenda, conoció la información proporcionada por Guzmán Robles, en lugar de perseguir a los guerrilleros que tenían ubicados, no quiso hacerlo y abandonó la zona para dirigirse personalmente a Camiri a informar lo que fue interpretado como cobardía por el mando militar de la IV División.

Calderón alegó que por la gran cantidad de guerrilleros, según las declaraciones de Robles, no podía ir, porque sus tropas estaban agotadas y necesitaba tropas frescas. Ante la negativa de Calderón, se ordenó que lo mejor era enviar a la aviación.

Para esta operación hacía falta un guía que conociera la zona y para ello querían obligar a Guzmán Robles, pero este se

opuso firmemente a llevar a la aviación al aserradero, porque ahí, entre los guerrilleros, estaba su hijo. Pensaron en Chicho Otero, el hacendado de Pirirenda, pero cuando fueron a buscarlo, este se había marchado de su hacienda por problemas de enfermedad.

La negativa de Guzmán Robles y la enfermedad de Chicho Otero obligó a los militares a suspender la operación aérea, que en definitiva no se llevó a cabo, porque los guerrilleros tomaron el caserío de Caraguatarenda.

Nos despedimos de Guzmán Robles con el compromiso de enviarle una de las fotografías que amablemente accedió a que le tomáramos. Robles como si fuera ya un viejo amigo, nos invitó a unos tragos, era un domingo soleado, con un cielo claro y azul, nos acercamos a unos troncos de maderas gigantes, listos para que al día siguiente se convirtieran en tablas, y allí compartimos con él.

CARAGUATARENDA: UN CASERÍO EN EL CAMINO

El domingo 28 de mayo, la tropa guerrillera comenzó muy temprano la marcha hacia Caraguatarenda. El Che envió a Benigno y Coco para realizar la exploración, pero estos fueron vistos por un campesino, a quien detuvieron. Al poco rato, tenían un grupo numeroso de prisioneros, los cuales se comportaban normalmente, sin demostrar temor, hasta que una señora con sus hijos, comenzó a gritar y huyó.

Los guerrilleros se apostaron en ambas salidas del poblado y a las 14 horas lo tomaron. Allí, prepararon alimentos, conversaron con los campesinos y los niños que se arremolinaron en torno a ellos, se sentaron debajo de un frondoso árbol, visitaron algunas casas y tomaron dos *jeeps* y dos camiones. A las 19:30 abandonaron el lugar.

Caraguatarenda es un pequeño caserío, estratégico, porque se encuentra situado, en el camino de tierra, que comunica a las ciudades de Santa Cruz y Camiri y es tránsito obligado de todos los viajeros, la población es mayoritaria guaraní y el origen del nombre también, que significa lugar donde abundan las caraguatas, una especie de planta parecida al maguey o piña de ratón.

Nos detuvimos para preguntar por las personas que se encontraban en el caserío aquel 28 de mayo de 1967. A través de ellos conocimos que los propietarios de los *jeeps* que utilizaron los guerrilleros, se llamaban Pantaleón Garzón y Luis López.

De momento no fue fácil el diálogo, algunos dijeron no saber nada, no acordarse, otros que la señora Casta Quiró sabía sobre ellos porque habían estado en su casa, pero Casta había fallecido.

Una joven guaraní nos explicó el lugar donde se encontraba la casa y el horno de Casta en el cual los guerrilleros habían cocinado. Del horno solo quedaba el ruinoso amontonamiento de ladrillos.

EL REGRESO DE SOALEIDA

Por indicación de la muchacha buscamos la casa de Constanza Sotelo, una indígena guaraní como de unos 40 años de edad, de pelo negro y lacio, recogido en una sola trenza hacia atrás.

Nos recibió temerosa, pero nos invitó a pasar, y cuando le preguntamos sobre la guerrilla nos miró desconfiada. Entramos a la pequeña casa de adobe y techo de pajas de dos piezas, en la salita una mesa, sin sillas y un cuarto, solo un rústico banco de madera con sus palos clavados en el piso de tierra y dos viejos taburetes. Al fondo una improvisada cocinita.

Después que ganamos su confianza, Constanza narró:

El Che y el Coco estuvieron en mi casa, mientras los demás guerrilleros preparaban comida en la casa de la señora llamada Casta Quiró que ya murió.

Aquí en esta mesa —Constanza señaló para la única mesa de la casa— desplegaron unos mapas y planos.

El Che no quiso sentarse y junto al Coco y otro guerrillero observaba los mapas y los planos.

Posteriormente, Inti bajó café o té, no recuerdo el contenido. Yo tenía a mi hijita de dos años de nacida y el Che quiso acariciarla, pero la niña estaba uraña y lloraba. El Che le regaló las dos tazas donde tomaron café, diciéndole a la niña que las guardara para cuando fuera grande se recordara de ellos.

Mi hija creció y ya está casada, pero no quiere las tazas porque algunas personas han dicho que el Che y los demás guerrilleros han muerto, y ella no quiere tener cosas de muertos.

Las tazas las conservé porque las regaló el Che. Yo las guardo como recuerdo.

Constanza se quedó pensativa y preguntó que si sería cierto que esas personas han muerto, luego continuó:

Ellos se agruparon debajo de ese árbol, ahí han estado reunidos y el Che se tiró a descansar bajo su sombra. El Che y los demás guerrilleros eran “buenitos”, pues ellos querían el bien para Caraguatarenda. Ellos pasaron a las diez de la mañana y a las dos llegaron al pueblo. Todo el día estuvieron y a las siete y media se fueron. Estaban todas las gentes de un camión de Yacimientos y las gentes se quedaron aquí.

Cuando el Che sacó los papeles grandes, dijeron que estaban buscando a los militares de ese tiempo.

Constanza dejó de hablar y se quedó mirando a lo lejos como recordando las imágenes, luego expresó:

A la niña no la cargó, mi hija se llama Soaleida Tunduaso. Ellos tenían municiones en sus armas, y en los maletines, plata. Le preparamos huevos en todas las casitas.

Él dijo: “¿se va a acordar de nosotros?” Y siempre nos hemos acordado de él. A veces dicen que está muerto, pero yo no lo creo. Él tenía tres armas y estaba en aquel árbol. Estuvieron en la escuela, no era bonita como ahora, era de paja. En todas las casas le dejó algo. Ellos compraron gallinas.

Concluyó Constanza y se dirigió a la otra habitación y vimos cuando abrió una especie de baúl y de allí sacó las dos tazas, que se encontraban intactas, empañadas por el tiempo que estuvieron guardadas, y las mostró.

EL JEEP DE PANTALEÓN

Preguntamos por los propietarios de los *jeeps* que utilizaron los guerrilleros, y pronto supimos a través del dirigente petrolero de Camiri, Germán Barraza que Pantaleón Garzón veneraba al *jeep* dentro de su propia casa.

Germán amablemente explicó lo siguiente:

Pantaleón Garzón es el propietario de uno de los *jeeps*. Él es una persona como de unos 53 años, delgado, bien plantado por el tipo de trabajo que realiza. Ahora trabaja en La Peña a 17 km de Camiri.

Yo estuve en su casa, y Pantaleón me recibió un poco asustado. Él quería saber de qué se trataba y para qué lo estábamos buscando. Me invitó a su casa, y cuando llegó, allí afuera estaba el *jeep*. Me quedé un poco paralizado: ¡Era el *jeep* que le había prestado al Comandante! Me mostró entonces las perforaciones causadas por las balas de los militares y que él había tapado.

Yo sentí un estremecimiento al ver el vehículo y al saber que en él estuvo el Comandante que había cooperado con la lucha guerrillera.

El *jeep* estaba en un parral (bajo esa parra de uvas), que lo

tiene muy conservado. Lo quiere muchísimo porque le trae el recuerdo permanente del Che. Él no es político, pero es simpatizante y tal vez hasta fanático del Comandante.

Pantaleón me explicó que se había presentado en Caraguatarenda cuando estaban los guerrilleros, primero habló con Coco Peredo, quien le pidió que si podía prestarle el *jeep*, él que ya se había dado cuenta de quiénes se trataba, le contestó: “Bueno no hay ningún problema, pero quisiera saber bajo qué condiciones y por cuánto tiempo”. Entonces inmediatamente lo llevaron junto al Comandante, el Che. Lo mandaron a preparar café en latas de manteca de esas de 20 libras, y con una col cruda a preparar una tortilla grande, que tenía unos 50 cm de diámetro. Los campesinos trajeron los huevos para esa tortilla.

Contó que las ropas estaban desgarradas, en condiciones desastrosas, tanto, que a él le dio muchas ganas de llorar al ver cómo esa gente estaba en esa situación luchando permanentemente.

Él conocía que se habían instalado para sacar la dictadura del gobierno de Barrientos del país, que estaba totalmente ligado al imperialismo norteamericano, entonces, el Che conversó con él y le dijo que le prestara el vehículo y que le iba a dar la dirección hacia donde iban, que buscaría la fórmula para darle la información al amigo Pantaleón Garzón, que la llave la dejaría oculta en un lugar que él le dijera.

Luego le hizo varias preguntas referentes a cómo estaba la situación en la zona, especialmente a lo que se refiere a las unidades militares en ese sector. A lo que le respondió que estaban prácticamente en un punto central y toda la zona rodeada de militares, que había unidades rumbo al este y que lógicamente a cualquier parte que fueran se iba a producir necesariamente un enfrentamiento, que por donde único no había militares, era rumbo a Ipitacito del Monte y a El Espino.

Cuando estaban a punto de despedirse, Pantaleón le confió al Che que venía un camión cargado con algunos víveres para el campamento petrolero y a los pocos minutos, se apareció el camión. El *jeep* no tenía luces y había que hacer una co-

nexión directa con un cable de la batería a los faroles y él le explicó esto al Che.

Al llegar el camión, los compañeros revolucionarios lo tomaron y bajaron a los que venían en él. Pantaleón le dijo a la gente que bajaran sin hacer resistencia. Los guerrilleros se fueron con el *jeep* delante y el camión detrás.

Después de eso, lo apresó el ejército, fue interrogado una y otra vez sobre dónde estaba el vehículo, pero él respondió que no sabía exactamente, quisieron sacarle la información de para dónde creía él que habían ido los guerrilleros y me dijo Pantaleón que él conocía exactamente cuál era el lugar, porque al final de la senda no había más camino y el Che le dijo que ahí le dejaría el *jeep*. Pasó un tiempo y después de varios interrogatorios conoció que el *jeep* estaba en ese punto. Cuando fue a buscarlo estaba completamente baleado y volcado, los compañeros de la revolución lo habían cubierto con ramas, pero un poco antes de que él llegara, el *jeep* había sido ametrallado por las unidades del ejército pensando que era una trampa que le habían dejado los guerrilleros.

Cuando fue a destapar el radiador encontró que estaba apesando porque los compañeros de la revolución habían tenido que orinar en el radiador para poder continuar, haciéndolo funcionar así.

Barraza se detuvo y nos permitió recordar que precisamente el Che escribe en su Diario: [...] *el jeep se encangrejaba por falta de agua [...] orinamos todos en él y con una cantimplora de agua pudimos llegar al punto máximo alcanzado, donde esperaban Julio y Pablo.*

Barraza continuó su narración:

Las llantas estaban rotas, el *jeep* no arrancaba, entonces Pantaleón les dijo a los del ejército que lo dejaran, que él iba a ver la forma de llevárselo. Se había percatado que el motor no tenía nada y que estaba en condiciones de funcionar. Solo había que plantar las llantas, ponerle agua y echarlo a andar, y esto hizo auxiliado por uno de sus hijos. Así lo llevó para Camiri, lo arregló y con él siguió andando hasta hace cuatro años. “El *jeep* está ahí, debajo del parral”, me dijo Pantaleón,

y me contó que muchas veces siente que se mueve de un punto a otro punto, que escucha la bulla y las voces de los revolucionarios y periódicamente escucha la voz muy nítida del Comandante que viene a hablarle y a pedirle que le ayude y por esa razón él no se ha deshecho del vehículo, porque algunas noches el Comandante viene y se lo pide prestado y él se lo presta y el Comandante se lo devuelve siempre, lo deja en el mismo lugar, solo una vez se ha equivocado de sitio.

Pantaleón se siente satisfecho, nunca ha pedido nada a nadie, tampoco ha recibido absolutamente nada de nadie y no quiso cobrarle nada al comandante Guevara.

De Caraguatarenda continuamos rumbo a Ipitacito del Monte por un camino estrecho, entre una abundante vegetación.

IPITACITO DEL MONTE E ITAY

A las siete y treinta de la noche del día 28 de mayo, los guerrilleros abandonaron Caraguatarenda y se dirigieron rumbo a Ipitacito del Monte. Llegaron a una tienda, que tuvieron necesidad de abrir porque su propietaria no se encontraba. Obtuvieron mercancías por el valor de 500 pesos, pagados a dos campesinos que como testigo estuvieron presentes.

Acerca del hecho, ese día el Che escribió: [...] *levantando un acta muy ceremoniosa* [...].

Ipitacito del Monte es una aldea, se encuentra situada a un costado de Caraguatarenda, sus pobladores son de origen guaraní y a pesar de su reserva y hermetismo, nos trataron bien, mostrándose recelosos al responder nuestras preguntas. El maestro del lugar contribuyó a la obtención de información, pues fue el que nos acompañó en el tiempo que estuvimos allí, como un atento y eficiente guía. Conocía la historia de los guerrilleros como si fuera del lugar y hubiera presenciado todos los acontecimientos de 1967, no solo de allí sino de los alrededores.

LOS RECUERDOS DE RUPERTO FARRELL

El maestro explicaba todo y nos habló sobre uno de los dos campesinos con quienes dialogó el Che y que sirvió de testigo en el acta que se levantó en el lugar. Se trataba de Ruperto Farrell, quien no se encontraba en su casa, porque desde muy temprano se había ido para el chaco, distante 1½ km del lugar. Solo había dos opciones: esperarlo o salir en su búsqueda. Optamos por la segunda, siempre en compañía del maestro, quien nos advirtió que debíamos tener cuidado con las víboras.

Cada cierto tramo, el maestro gritaba llamando a Farrell, porque los chacos están dentro del monte, ocultos por la vegetación. Repetía su nombre, hasta que respondió con una seña usual en la zona.

Así encontramos a Farrell, venía de su chaco, era un campesino guaraní como de 60 años de edad, alto, delgado y medio encorvado. Un viejo simpático, risueño, de mirada expresiva. Al sonreír dejaba ver los pocos dientes que le quedaban,

mostraba vitalidad y gesticulaba al recordar y narrar todo lo vivido. Para él fue un extraordinario acontecimiento, el haber conocido al Che y se sentía feliz de podernos explicar, nos hizo sentir ante la presencia de un viejo conocido, un amigo, o alguien familiar. Demostraba un orgullo íntimo muy profundo por el hecho de haber podido hablar con el comandante Guevara, de que este lo tomara como testigo y que lo visitara en su humilde hogar, donde la cocina está hecha con grandes piedras dispuestas en el patio, como sus antepasados guaraníes y algunas de las paredes de su vivienda eran simples cueros de vacas, la misma estampa que los guerrilleros vieron en el año 1967. Ruperto era un hombre que nos trasmitía la cultura del campesino indígena con determinado roce social. En un español entrecortado, pero comprensible explicó:

Che Guevara estuvo aquí, llegó por acá, llegó de noche. Yo vivía ahicito, en la misma esquina [...] primero viene camioneta y atrás camión grande. Así llegó Che Guevara a Ipitacito del Monte, que quiere decir, hay poca agua en este monte. El Che dijo: *¿Dónde vive Rafael Durán?*, yo le respondí: “Allá en la esquina aquella, vive, pero ahora no está, se ha ido”. Entonces dijo él: *¿Qué cosa hay aquí?*, y yo le dije: “No hay ‘na’, señor”. Dijo: *¿No hay azúcar?* “No hay”, le contesté. *¿No hay papas?* “No hay”. *¿No hay huevos?* “No hay”. *¿Y qué es lo que hay?*, dijo. “No hay ‘na’, señor”, le respondí. Entonces había cuatro chanchos y él dijo: *Voy a sacar estos chanchos*. Le dije: “Está bien, señor” y entregó dinero. Tenía todo en un papel, él dice: *¿Por dónde pasa el camino que va a Cororutí?* “Por allá, ese camino va por allá; le respondí. El Che tiene plano de los lugares, tiene planos de Salitrá, Ipitá, Cruce de Caraguatarenda, de El Espino. Yo le dije: “Por ese camino no anda camión”. Entonces él marcaba así los caminos.

Ruperto se agachó y marcó en la tierra arenosa los caminos con un palito, imitando lo que recordaba que hizo el Che. Indicó los lugares y las sendas por las cuales se había interesado el Che, tal como él le había explicado al Guerrillero Heroico y luego continuó:

El Che tenía planos. Yo lo marcaba en la tierra, se lo hacía

en tierra así, y él lo veía en el papel, en el plano de él. Yo le digo: “Es el rancho de Salitrá”. Y él responde: *Lo tengo*. “Es el camino de Caraguatarenda”. *Lo tengo*. Entonces él me dice: *¿Este es el camino que va a Itay?* “Sí”. Y pregunta: *¿Y dónde vive Apolinar Garica?* Le digo: “Murió”. Pero Che tiene ese plano de camino y de la casa de Apolinar Garica. El Che sabe todo, conoce todo. Me pide que haga camino a Canaguaso, y lo hago en la tierra y él tiene plano en la mano. Él pregunta: *¿Y una casa de tejas que hay un poquito más allá?* Y yo le digo.

¡Él tiene todo, anotado!, todo lo tiene. También el camino que va a Cororuta.

Ruperto Farrell se detuvo, pensó, y precisando expresó:

Fue amistoso, cordial. Yo le dije que se siente y le ofrecí una silla. Ruperto se apoyó en un taburete, con un acto de demostración y dijo: Él se apoyó en la silla así y no quiso sentarse. Esta es la misma silla. Entonces el Che me dijo: *Me acompaña para ir a ver a Rafael*, pero le dije: “Él no está. Las gentes no hay acá, todos se han ido, se fueron al monte, se asustaron, he quedado sólito, estoy aquí con una viejita, que es mi cuñada, porque está enferma”.

Entonces venía Andrés Quesada, salió poco a poco del monte, venía y el Che lo llamó y nos dijo: *Ustedes van a servir de testigo*. ¡Andrés Quesada y yo “somos” los testigos del Che en Ipitacito del Monte!

El Che abre la tiendita y saca harina, azuquita, abarcas, tabaco, kolinos¹ y después viene y deja dinero para pagar todo. Después por acá se ha ido.

Mientras hablaba señaló con su mano hacia el camino que lleva a Itay y prosiguió:

Han ido en camioneta. Serían 40, puede ser, yo no los vi a todos. Era un taxi chiquito y un camión grande. Él me dijo: *¿Tened miedo, Ruperto?*, y le dije: “¿Pa’ qué voy a tener miedo?, yo soy gente, usted también es gente”. Entonces yo le pregunté: “¿señor, dónde va usted?” Y él dijo: *Donde hay agua, ahí voy a vivir*.

¹ Cepillo de dientes.

Ruperto Farrell, con notable tristeza y nostalgia concluyó: “Por eso cuando veo lluvia o manantial claro, digo: ‘¡Ahí vive el Che Guevara!’ ”.

EL TOKÚ

Al dejar Ipitacito del Monte, el Che anotó: [...] *Seguimos nuestro peregrinar, llegando a Itay, donde nos recibieron muy bien en una casa en la que resultó estar la maestra dueña de la tienda de Ipitacito y confrontamos los precios. Yo alterné y me parece que me conocieron; tenían un queso y un poco de pan y nos regalaron eso y café [...]*

Nosotros seguimos tras las huellas y de Ipitacito del Monte, nos dirigimos a la hacienda de Itay, por un camino estrecho, con vegetación tupida, a ambos lados que bordea la selva. A lo lejos escuchábamos el sonido de unos tambores, que según avanzábamos, se hacía más intenso. No podíamos definir bien de qué se trataba, en ocasiones daba la sensación de ser una señal, algo desconocido. El maestro de Ipitacito, nuestro acompañante, nos explicó que se trataba del tokú, instrumento que utilizaban los indígenas, por lo que le pedimos nos guiara hasta donde estaban estos. Tomamos un desvío en el camino principal, adentrándonos un poco hacia la selva y a unos 300 m, en un claro de esta, próximo a una hacienda, un grupo de 12 indígenas, guaraníes, estaban descascarando arroz, en una especie de pilón grande donde cada una de ellas iba dejando caer un mazo de madera grande, parecido a una macana, pero todo tan bien organizado que al levantarse uno, caía el otro y así sucesivamente, produciendo ese peculiar y sincronizado sonido.

CON JAIME VILLARROEL

En la hacienda de Itay, no estaban sus dueños, el señor Jaime Villarroel se encontraba en el caserío y allí lo localizamos. Nos recibió amablemente y nos invitó a regresar a la hacienda. Era un hombre de unos 45 años de edad, blanco e importante ganadero y hacendado de la zona.

La historia del Che en esta zona comienza, cuando los guerrilleros salieron de Caraguatarenda y después de mucho escalar

los montes y necesitar algunos víveres, de una forma muy correcta, llegaron a nuestra hacienda, que era de mi papá don Julio Villarroel, ellos llegaron y pidieron algo de comer, pero que fuera rápido para poder continuar, comieron queso, que partieron en 53 pedazos y tomaron café.

Dentro del grupo venía un médico, porque mi hermana se puso muy nerviosa y él la atendió. Hubo una charla muy amplia con mis familiares, los que, entre otras cosas, pidieron conocer a Inti Peredo, el que se encontraba en un camión allá afuera, por lo que les fue presentado después que tomaron el café.

Abandonaron el lugar, de una forma muy rápida, con dirección a la zona de Caracara, después llegó el ejército con intención de seguirlos, pero era un grupo muy reducido, solo de cinco soldados y un teniente, pero mi padre les aconsejó que no lo hicieran, porque ellos eran 53 hombres. Los soldados volvieron para su cuartel.

Supe que los guerrilleros una vez que se le inutilizó el *jeep* siguieron a pie para una zona que se llama Tascabo. Ellos dejaron una buena impresión en mi familia, fue buena gente, muy correcta, muy afables, gente humilde, es todo lo que puedo decirle.

Bueno, con relación a la maestra de Ipitacito del Monte, que el Che menciona en el diario, efectivamente es mi señora, yo soy el esposo de Elfi Tapia, ella se encontraba en esta casa, que era la casa de mis padres en esos tiempos. Ahora nosotros vivimos en Santa Cruz, pero como tengo un aserradero de madera y hago carbón, vengo a ocuparme de estos asuntos los domingos, por eso estoy aquí.

Lo primero que hicieron los guerrilleros fue rodear la casa, por seguridad de ellos mismos, porque en esos momentos no se podía confiar en nadie, entonces cuando mi familia se dio cuenta que la casa estaba rodeada y ellos entraron y se acomodaron como pudieron —porque eran bastantes y en la mesa no podían sentarse más que 10 ó 12 personas— entonces algunos se sentaron, otros parados, apoyados en todas las formas más cómodas posibles, como podían y así recibieron el café. No estuvieron mucho tiempo, el Che hablaba poco, el café se

servió en tazas y vasos y hubo que hacer turnos porque eran muchos, porque no había vasos y tazas para los 53.

Todo lo de aquella época sigue en la hacienda, es lo que usted puede ver, una mesa de comedor, las sillas, estos dos sillones, esas cosas son las mismas del servicio, quedan aún las tazas, es un juego de tazas, que ha permanecido igual, porque solo se sacan en ocasiones, en una de ellas tomó café el Che, pero no se sabe en cual, por eso les voy a regalar el juego completo.

Mientras señalaba el lugar e imitaba la forma en que el Che se paró, dijo:

El Che estuvo parado y se apoyó en este tablado que rodean estas matas de parra.

Jaime regaló a Cuba el tablado y nos facilitó la dirección actual de su esposa, Elfi Tapia, y de su hermana, Luz Amada Villarroel, con el objetivo de que pudiéramos entrevistarlas.

ELFI TAPIA RECONOCIÓ AL CHE

En la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, encontramos a Elfi Tapia, es una mujer atractiva, de pelo negro, simpática, conversadora y amable. Vive en una confortable casa, en el barrio residencial de aquella ciudad. Muy decidida y desenvuelta aceptó darnos su testimonio.

Cuando me encontraba en Ipitacito del Monte, llegó una maestra de Caraguatarenda y me dijo: “Señora Elfi, vienen los guerrilleros han bloqueado el camino de Caraguatarenda y a un camión y un *jeep* no lo dejan pasar, no sé si vienen para acá o por donde se irán, de todas maneras váyase, les voy a avisar a las gentes para que se escondan”. Yo le respondí: “Y por qué tengo que esconderme si yo no he hecho nada malo, si ellos llegan han de llegar a conseguir algunas cosas: víveres, algo de comer. Yo no les tengo miedo”, y me quedé. Eso fue como a las cuatro de la tarde.

Al poco rato pasó un camión de Tatarenda y yo les dije que estaban los guerrilleros en Caraguatarenda, pero ellos no me quisieron creer porque dicen que allí hay como 100 soldados, entonces ellos deciden quedarse allí. Pasó una camioneta que

iba a buscar ganado a la hacienda de mis suegros y yo les hago un papel y les digo: “Usted sabe que los guerrilleros están en Caraguatarenda, no sé si vendrán para acá, pero de todas maneras tienen que estar listos, no vaya a ser que se asusten, pueden llegar de sorpresa y por qué asustarse ni tampoco a disparar o esconderse”.

A las seis y media más o menos, llegó mi suegro a Ipitacito y me dice: “Usted no se va a quedar solita acá y no está mi hijo, así que usted se va para la casa conmigo, así que vámonos”. Me fui con él y cuando llegamos a la hacienda prendimos las lámparas, porque allí no hay luz. Yo tenía a mi hijito de dos años, cuando sentimos un camión, yo pensé que era Jaime, mi esposo, que estaba en La Paz, y cogí a mi hijito y le dije “viene papá” y bajamos a encontrarlo, era de noche. Me bajé en la oscuridad y he ido con mi hijito para abrirle el portón y cuando bajo me he encontrado con 10 ó 12 hombres y les digo: “Buenas noches.” “Buenas noches señora”. Entonces me doy cuenta que eran los guerrilleros, les dije que si ellos querían pasar y el jefe me dice: “Si nos invita a pasar cómo no. En primer lugar, ¿a qué nos va a invitar?” “Bueno, a lo que haya les invito”.

Ellos me dicen: “Hemos estado en Ipitacito del Monte y hemos sacado algunas cosas de la casa de la maestra”. “¿Cómo es la casa?”, les pregunté y me contaron cómo era, que la habían abierto, todo lo que habían sacado, que me dejaron la plata con Ruperto Farrell y que cerraron la puerta. Yo les dije: “Esa es mi casa”.

Llegamos a la casa y ellos me dicen que querían algo de comer pero que lo preparemos rápido. Comenzamos a preparar café y a soplar el fuego para que estuviera rápido, empecé a picar el pan.

Mi cuñada que es muy cobarde no sabía dónde se iba a esconder, al final ella no pudo hacer nada. Yo no sentí miedo, no quisieron sentarse a la mesa, sobre un turril² hemos servido el café, todas las tazas y vasos sobre el turril.

2 Recipiente de regular tamaño hecho de hojalata, chapa de hierro o plástico, con cierre hermético que se destina al transporte de líquido

Ellos me preguntan si hay queso y les respondo que no, porque justo ese día ha venido la camioneta y se ha llevado todo el queso, pero quedaba el queso de ese día.

Entonces un guerrillero me dice: “¿Cómo dice que no hay queso y eso qué es?, desde lo oscuro alumbró con una potente linterna que tenía.

Le respondí que ese queso era del día y que no se acostumbra ofrecer a los visitantes acá.

Entonces le dijeron a mi cuñada que ella con dos de los guerrilleros picaran 53 pedacitos igualitos, ni uno más grande ni más chiquito, pero ya mi cuñada estaba inútil, no sabía ni agarrar el cuchillo.

Yo estaba en la cocina preparando el café, entonces se apegaron los guerrilleros a mí y comenzaron a charlarme, que de dónde era yo, cuáles eran mis hijos, mi hijo era un rubiecito zarzarquito y dijeron: ¡Qué lindo es su hijo señora, muy simpático!, y sacaron un pedacito de queso y le dieron.

Él charlaba conmigo y yo me doy cuenta de que era el jefe, digamos, porque lo custodiaban. Era el Che, y yo charlando con él, como si me hubiera conocido de mucho antes. Pidió más café y se dio la vuelta para conversar con otro guerrillero, pero bajito como en secreto, yo no escuchaba, porque no me atrevía. Vino otro guerrillero que no había tomado café, pero no me dejaron lavar la taza, porque tiempo no había, estaban apurados encima de donde tomaron unos, tomaron los otros. Cuando creo que el Che ha terminado, voy a servirle a otro en su taza, pero él me dijo: *Momento, momento, amiga, todavía no ha llegado el comunismo tiene que respetar mi propiedad privada*. “Disculpe —le contesté— creía que no quería más”.

Seguimos charlando, me preguntó dónde quedaba El Espino y yo le explico, le señalo que tiene que llegar al Altillo, sé bien porque yo de soltera he vivido allí, está la propiedad de Caracara que era de nosotros también.

Yo estaba afligida porque sabía que cerca estaban los soldados más los 100 de Caraguatarenda y pensé que ellos lo van a saber y que van a venir y pensé “se va a armar el despelote aquí y

nosotros apareceremos como cómplices de los guerrilleros” y le digo: “Señor, ¿por qué no se van ya?” Entonces el Che me dijo: *Es que es muy linda la charla, me va a disculpar pero a ustedes yo no los voy a olvidar, usted se ha portado muy bien con nosotros, no han dicho nada porque abrimos su casa, hemos sacado todo, algún día vamos a triunfar y después no me voy a olvidar de usted, lástima que no haya podido conocer a su esposa, me hubiera gustado mucho poderme encontrar con él para charlar sobre muchas cosas. De todas maneras vamos a escribir su nombre y la vamos a tomar en cuenta, que algún día vamos a triunfar y vamos a salir adelante y cuando triunfemos la vamos a tener siempre en cuenta.* Yo le contesté: “Muchas gracias”.

Teníamos leche de crema y yo le regalé así en unas tartarillas de cristal que poseía, porque ese es buen alimento y yo pensé que tantos días en el monte sin comida, sería bueno para ellos. Es una leche que se prepara con alcohol y huevo. Se la llevaron y bajaron con toda la tropa.

Ese día, desde el momento que ellos llegaron, nosotros como familia no nos hemos juntado más, o sea que la familia se ha separado, en otra palabra, porque yo me he bajado a buscar leña para atizar el fuego y había tres guerrilleros que me acompañaron y me alumbraron para sacar la leña. Cuando yo bajo al portón para buscar la leña, yo escucho que dicen: “Inti, Inti”, él no había subido a la casa, entonces le digo al Che: “Yo siempre he oído hablar de un tal Inti y del Coco, pero no los conozco, ¿podría conocerlos?” y él me responde: “Como no”, y le habla: “Inti, ven acá, pero ven sin miedo que esta gente es buena”. Entonces Inti ha salido de un lado del monte, le dimos la mano y le pregunté por qué no había venido a tomar el café. Ellos subieron en un camión y un *jeep* que iba hasta el tope y se fueron.

Después han llegado los militares, agarraron a mi hermano y se lo querían llevar para que les indique la zona, pero mi suegro y yo le decíamos a los soldados, que cómo iban a ir si los guerrilleros eran muchos y estaban bien armados, entonces los soldados agarraron a todos los hombres y se los han llevado para el cuartel, a mi hermano lo obligaron a que se fuera con ellos y entonces yo me asusté. Los soldados nos preguntaron

que cuántos eran y les dijimos que estaban armados y se han dado la vuelta y se fueron.

Yo ayudé a los guerrilleros, porque mire, llegaron tan educados, nada de atrevidos y porque no tuve miedo, porque podía haberme escapado como hicieron muchos, pero decidí esperar y no me inspiraron miedo. Yo tenía referencia de ellos, porque cuando llegaron a Pirirenda, compraron y pagaron todo y se comportaron como personas decentes. Todo eso se sabía y yo le preguntaba a las gentes de allí: ¿Cómo eran?, ¿qué cuentan?, si eran malos o abusivos, porque como el ejército decía que eran malos y abusivos yo quería saber, pero las personas de Pirirenda sacaron muy buena impresión de ellos, decían que eran personas que se portaban amables y que no eran malos.

Del Che yo saqué muy buena impresión, al principio él me esquivaba la cara, porque yo lo miraba y le vi la barba, ¡muy simpático el Che! Pero lo miraba de reojo a la luz de la lámpara, pero él hizo esconder la lámpara para que no le viera la cara, pero siempre daba el reflejo y yo miraba.

Algunos tenían las ropas muy desastrosas, con los pies con abarcas y esos a mí me dieron lástima y estuve pensando que ellos no tenían ninguna necesidad de hacer eso y estuve pensando en mi hijo y me dije: “¡Dios mío, uno nunca sabe y yo tengo un hijo y si un día él está en una situación así!”, y todo eso pensé y por eso decidí ayudarles.

Yo hablé con uno de los guerrilleros y le dije: “Él es el Che”, y parece que se lo comentaron a él. El Che me preguntó dónde había agua y yo le dije que en el cerro de Turaque, porque en tiempo de seca nosotros sacamos el ganado para allá.

De mi tienda sacaron azúcar, arroz, pan y unos kolinos, que son los cepillos de dientes.

Mi cuñada se enfermó, eso no lo vi bien yo, porque ella se sentía mal, le dieron unos retortijones de barriga del susto, se enfermó de los nervios, no sabía caminar, se andaba cayendo y chocando con todo.

Había una muchacha empleada, que se llama Rosita y otra empleada que era mudita y la mudita gritaba al ver a los

guerrilleros que entraban y salían pero a ella no podíamos explicarle, no se daba cuenta y ellos le preguntaban que por qué gritaba, pero ella no podía responder y gritaba más.

Los guerrilleros muy amables, jugaron con mis hijos, reían y a Rosita le decían: “¿Por qué lloras Rosita si nosotros no nos comemos a las gentes?, no matamos, no tengas miedo”. Así era la charla. El Che me ayudó a subir, me tomó por el brazo y a mi hijo lo tomó en sus manos.

Yo tengo cuatro hijos, una mujercita y tres hombres, mi hijo mayor está estudiando en México, en Puebla.

Ellos se fueron al rancho de Itay y allí se encontraron con Ignacio Salas para que le explicara el camino hacia El Espino y él los llevó hasta el Altillo y ahí él dijo: “Miren, estoy viejo, ya no puedo caminar más”. Y regresó.

Elfi Tapia, la locuaz maestra, nos trasladó al tiempo que relatábamos, la miramos y en sus ojos resplandecía la franqueza. Nos despedimos de esta educadora boliviana que tuvo el privilegio de estrechar las manos del Comandante Ernesto Guevara.

EL ESPINO

El día 28 de mayo después de la toma de Caraguatarenda, la llegada a Ipitacito del Monte y a la hacienda de Itay los guerrilleros siguieron rumbo a El Espino, una vieja estación que se encuentra en la vía férrea Santa Cruz-Yacuiba.

Antes de El Espino, la vanguardia guerrillera formada por Miguel, Coco, Benigno, Moro y Pacho, tomó el caserío de Pueblo Nuevo, muy próximo a El Espino, y en el *jeep* que tomaron en Caraguatarenda dieron cuatro viajes para transportar al resto de la tropa.

Acamparon en una casa adonde llegó un camión de los petroleros que también fue utilizado por los guerrilleros. Allí en Pueblo Nuevo encontraron una comunidad de guaraníes cuyos habitantes, según descripción del Che, eran muy tímidos y hablaban o simulaban hablar muy poco el español. Narró el Che que la tranquilidad fue absoluta y que era como si se encontraran en un mundo aparte.

Coco Peredo fue el encargado de recoger la información sobre los caminos, pero esta fue deficiente y contradictoria. Pacho refiere en su diario que unos guaraníes lo invitaron a comer pollo y tortas de maíz.

A las tres y treinta de la madrugada el grupo de la Vanguardia salió en *jeep* y el resto a pie por el camino que conducía a Muchiri.

El corresponsal de guerra José Luis Alcázar relató que Pueblo Nuevo estaba prácticamente rodeado de soldados y el coronel Augusto Calderón, acompañado de una decena de hombres y agentes del DIC, ingresaron al pueblo, los habitantes temerosos, parecían no sorprenderse.

Relató que el coronel se acercó a un grupo de aldeanos y en tono brusco, los interrogó sobre dónde estaban los guerrilleros, el que contestó no parecía aldeano, después supo que se trataba de un chofer de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, el coronel siguió preguntando y el chofer respondió que los guerrilleros llegaron a las nueve de la mañana del día anterior. Explicó que estuvieron todo el día y se fueron por la madrugada, que solo había visto a algunos, entre ellos a Coco

Peredo y a un médico y que los demás acamparon fuera del pueblo y tomaron por una senda norte.

También relató Alcázar que el coronel hizo llamar al corregidor y le cuestionó dónde había estado, a lo que este respondió que había dormido en El Espino y que llegó al amanecer y se enteró de la presencia de los guerrilleros, que hacía una hora había enviado a su hijo a El Espino para dar parte al ejército.

Continuó el corresponsal de guerra anotando en su diario que mientras Augusto Calderón conversaba con el corregidor y otros aldeanos, los agentes del DIC también interrogaban, pero de forma brusca y torpe y los pobladores protestaban por esos atropellos.

El poblador se acercó a los dos periodistas y al conocer que no son militares les dice: “¿Qué les parecen estos abusivos de la DIC?, lo único que saben es gritar, abusar, insultar...”

El corresponsal de prensa indicó que le preguntó al poblador si había hablado con los guerrilleros y que la respuesta fue:

“Sí, nos trataron muy bien, aunque a principio temimos. Nosotros escuchamos radio y en muchas informaciones de las Fuerzas Armadas se los ha denunciado como bandoleros, asaltadores, ladrones, violadores..., pero nada de eso pasó aquí. Solo entraron unos 10 guerrilleros. Entre ellos estaba Coco Peredo, parecía el jefe, pues ordenaba todo”.

“[...] los otros acamparon fuera del pueblo. Aquí se les dio café molido, mate, pan y azúcar. Todo eso pidieron. Luego encendieron una fogata. Coco y el médico se quedaron en el pueblo. Durante el día el médico examinó a los pobladores que así lo deseaban”.

El médico militar, por esa razón, no tuvo éxito cuando intentó examinar a los enfermos, escribió el corresponsal. Él interrogó al campesino sobre lo que habían dicho los guerrilleros, y este respondió que la lucha será larga y que creen que podrá durar algo más de 10 años. “Nosotros caeremos, pero otros se levantarán”. —Dijo el campesino.

Invitó a los periodistas hasta su choza para que tomaran café. Acerca de ello el periodista narró:

“El buen hombre nos llevó a su vivienda, una barraca de madera, en un cajón a modo de mesa, nos sirvió café. El médico militar nos acompañó [...] protesta por la forma como los del DIC trataban a las gentes”.

Después de salir de Itay, llegamos a Pueblo Nuevo de El Espino, es una comunidad guaraní que parece no tener vida humana, las humildes casas de guano y troncos delgados de árboles, como ramas o cujes, protegidos por cercas de palos, parecían inhabitadas. El caserío está asentado sobre grandes arenales donde crecen los árboles espinosos.

La comunidad está ubicada sobre los restos de otro caserío que fue arrasado por el aluvión del Río Grande ocurrido en el año 1958.

Los campesinos guaraníes al vernos llegar, desaparecieron todos, se ocultaron en sus casas. En una de ellas insistimos para que nos abrieran, pero sus propietarios se negaban. Nuestra insistencia fue mayor y al fin salió una ancianita indígena.

Como narró el Che en el año 1967, no entendía o no quería entender el español, pero nuestro guía hablaba guaraní y le dijo:

—Aburabé. (Buenas tardes.)

—Abuyé. (Buenas —respondió.) y

—Eyacuapé. (Venid acá —pidió el guía.)

—Ani-Ani. (No quiero, no quiero —dijo.)

Ganamos su confianza y comenzó a hablar en español, dijo llamarse Evarista Caconillo, y, con un poco de temor todavía, explicó que quien sabía de los guerrilleros era un señor que vivía a la salida del caserío, pero un poco más adentro, rumbo a donde desciende la quebrada de Cara Cara, que se dirige a Itay, la misma quebrada por donde vinieron los guerrilleros.

Evarista dijo que el nombre de ese señor era don Barrientos y que vivía a 3 km. Agregó que ella no estaba cuando pasó el Che, que todos los guerrilleros eran hombres altos que todo el pueblo lo sabe, pero no dijeron nada. “Él pasó por ese camino”, y señaló hacia afuera.

Dejamos a Evarista y nos dirigimos a la casa de don Barrientos, no estaba, su casucha tenía un aspecto desagradable, parecía semiabandonada, unas vacas merodeaban el frente de la casa cuya puerta permanecía abierta. Llamamos, pero nadie respondió. Nos dispusimos a esperar, y mirando alrededor, el guía descubrió que sentado en un tronco, alejado de la casa, un hombre viejo nos observaba. Estaba sentado y tomaba mate. Nos dirigimos hacia él. Tenía rasgos indígenas y sus ropas estaban harapientas, insistimos para que nos entendiera y respondiera, al fin logramos que dijera algo. Explicó que los guerrilleros no molestaron a nadie, que un médico guerrillero curó a los enfermos y se fueron por ese camino —señaló extendiendo el brazo—. Los militares sí molestaron a todo el pueblo.

No fue posible convencer al anciano para que diera mayores informaciones. Continuamos viaje con nuestras intenciones frustradas, nos dirigimos hacia la estación de El Espino, varios pobladores estaban esperando el tren, tenían animadas charlas, tomaban mate y unos seis reían y bebían. Varias indias guaraníes con sus hijos y bultos estaban sentadas por los alrededores. Nos acercamos a algunos de ellos con ánimos de establecer conversación, pero al llegar callaron. No respondían, parecían mudos. Con la única persona que pudimos hablar fue con la dueña de una especie de pulpería que vende bebidas y algunas latas de alimentos en conserva, pero esta dijo que los únicos que sabían de los guerrilleros eran los indígenas, “todos conocen lo que pasó, pero ninguno cuenta, son ermitaños”.

La vendedora explicó:

Esta comunidad es paraguaya, han venido de esos rumbos, ellos no son bolivianos ni son de otro lado, son indios guaraníes y como ustedes no son indios, ni yo soy india, no nos van a decir nunca nada. El jefe de ellos no está. Ha viajado ayer a Charaguas. Si el jefe no habla, ellos no hablan, y el jefe no va a hablar.

Al atardecer salimos rumbo a Muchiri, a la salida una pareja de indios guaraníes con dos niñitos y unos bultos iban aprisa por el camino arenoso. Paramos el *jeep* para llevarlos. Se

mostraron sorprendidos y en principio se negaron. El guía dijo que nadie hacía eso, nunca los indios eran recogidos en los caminos.

Se acomodaron en el *jeep* y continuamos viaje. No hablaban o no querían hablar, le preguntamos por el aluvión de 1958 y el indio se decidió a decir algo:

El aluvión del 58, fue un aguacero muy fuerte, varios días lloviendo, los cerros se reventaron y sacaron sus tierras de adentro, hubo un río de tierra, piedras y mazmorra, era un río de lodo que atropelló todo, se llevó casas, sembradíos, ganado, árboles, iba ese río con dos o tres metros de mazmorra, chocaba con las casas y los árboles y se las llevaba, pilló gallinas, perros y gentes, todo pilló y todo se llevó.

Cada 10 años revientan las montañas, “los árboles eran caídos y llevados”, no se sabe cuántos murieron, se salvaron los que se treparon en los árboles. El aluvión pasa rápido, hay mucho declive y el lodo se va rápido, en tres horas se fue, pero deja unos pozos como canales de río, “la tierra se poza” y las aguas y el lodo cavan zanjones que después son como ríos secos con cauces hondos.

Seguimos avanzando hasta una especie de camino en medio de la selva, el indígena dijo: “Esa es la brecha de los guerrilleros, por esa brecha transitaron los guerrilleros”. Nos detuvimos para observarla y recordamos que el Che el día 30 de mayo escribió: *De día llegamos a la línea del ferrocarril, encontrándonos con que no existía el camino señalado que nos debía llevar a Muchiri. Buscando, se encontró a unos 500 m del cruce un camino recto, petrolero y la vanguardia siguió por él en jeep [...].*

El indígena guaraní pidió que lo dejáramos en un punto de la selva, antes de llegar a Muchiri. Al bajarse él primero y después su esposa dijeron: *Abuyé* y sin que tuviéramos tiempo de reaccionar extrajo de sus bolsos una piel de tigrillo y nos la obsequió, rápidamente se perdieron por uno de los trillos de la selva.

MUCHIRI

Al llegar la tropa guerrillera a la línea del ferrocarril y tomar por el camino petrolero, vieron a un jovencito que venía caminando por la vía férrea con una escopeta y un perro, pero al darle el alto, huyó. Varios guerrilleros exploraron los alrededores y a las 15:00 horas comenzó un tiroteo en la zona de la emboscada que los guerrilleros habían preparado. En esta acción participaron Antonio, Arturo, Ñato, Luis, Willy y Raúl.

Después de la emboscada comenzaron la retirada y caminaron 12 km. Al hacer un breve descanso, conocieron que el *jeep* se encontraba a 3 km más adelante encangrejado por falta de agua y orinaron todos en él y con una cantimplora de agua pudieron llegar al punto más alto de aquellas serranías, donde se encontraban Julio y Pablito.

Este hecho fue narrado por Pacho de la siguiente forma: “[...] El agua del rallador se consumió toda y se ordenó que todo el mundo orine y lo haga en el *jeep*. Al amanecer estaba lleno y sobraba, esto permitió no tener que sacrificar la poca que les quedaba a los compañeros en las cantimploras”.

Comenzaron el descenso rumbo al Río Grande.

Gregorio era un buen conocedor de toda la zona y le entregó a Pacho dos botellas de agua que traía para su consumo, dio valiosa información a los guerrilleros sobre los caminos y las aguadas y los guió hasta una de ellas, pero cuando estaban llegando, vieron dos camiones del ejército y les tendieron una emboscada.

Sobre esta Inti Peredo escribió:

“Al día siguiente cerramos el mes de mayo con otro triunfo, aunque menor de lo que esperábamos. Dos camiones del ejército que avanzaban por el camino fueron atacados por nosotros. Uno huyó, pero destruimos otro. Pudimos provocar grandes bajas en sus filas si el Ñato en su apresuramiento no dispara una granada con bala de guerra en lugar de hacerlo con bala de salva. Este incidente provocó una gran explosión que asustó a los militares. Afortunadamente el Ñato resultó ileso, aunque destruyó el trombón del fusil”.

Posteriormente continuaron la marcha sin hostigamiento de la aviación, después de caminar unos 15 km y antes de llegar a la segunda aguada informada por Gregorio Vargas, cayó la noche, el Che decidió cruzar la línea férrea al día siguiente en busca de las montañas próximas al Río Grande.

Mientras, en las filas del ejército boliviano, el pánico había hecho presa nuevamente. En Camiri, sede de la IV División del ejército, se encontraba el corresponsal de guerra del periódico *Presencia*, José Luis Alcázar, él narró las operaciones militares dentro del propio ejército de manera precisa y detallada y de su diario de aquellos días surgió el libro: *Ñacahuasú*. A casi 20 años de estos acontecimientos lo encontramos, es corresponsal de una importante agencia de noticias en la ciudad de México. De su libro extraemos algunos pasajes referidos a los combates de mayo de 1967.

Él narró que el día anterior al 28 de mayo, los jefes militares de la IV División sostuvieron una importante reunión para analizar un plan de ofensiva, tendiente a liquidar el foco guerrillero que habían ubicado en el aserradero de Peña Larga; la ofensiva comenzaría el día 29 de mayo, pero el domingo 28 los guerrilleros habían tomado el poblado de Caraguatarenda, lo que provocó una nueva reunión de los jefes militares, acordando que el coronel Augusto Calderón, que era quien debía dirigir la operación del día 29, se hiciera cargo de esta. Se dispuso la salida a las cuatro de la mañana, cuatro camiones de propiedad privada, cargados con municiones, víveres y cantidad de cajas con la conocida ración seca norteamericana, estaban listos. Él viajaría en uno de esos camiones; narra Alcázar, que el chofer donde le tocó viajar iba asustado, pero al enterarse de que él no era militar le confesó que iba obligado y le dijo: “Me han obligado... pero por favor no lo diga a nadie. Usted comprenderá que pueden tomar algunas represalias contra mí [...]” “[...] los militares están abusando. A quienes nos negamos nos acusan de colaboracionistas [...]” “[...]nos negamos porque nuestros vehículos se arruinan al ser conducidos por sendas, abriendo monte, cruzando riachuelos. Y nadie nos reconoce nada”.

Continúa narrando Alcázar que al llegar al caserío de Ipitá, observó un alboroto y al interesarse por el mismo le infor-

maron que estaba entrando en el pueblo Moisés Robles, el muchacho rehén de los guerrilleros. Moisés fue llevado a las oficinas del DIC donde lo estaban interrogando, él trató de entrevistarlo pero un agente se lo prohibió, sin embargo, lo intentó nuevamente y Moisés le refirió que los guerrilleros lo trataron bien, que no le hicieron ningún daño, el interrogatorio no pudo llegar al final por la oposición de los agentes del DIC.

Refiere el periodista que la tropa estaba bien armada, que los soldados utilizaban fusiles garand, metralletas uzi, pis-tams breno de 9 mm, las famosas carabinas M-1 y M-2, las mortíferas ametralladoras browning calibre 30, morteros, granadas de mano. Eran las once de la mañana cuando los 200 soldados prosiguieron la persecución de los guerrilleros.

Refiere que los camiones, por orden del coronel Calderón, debían avanzar alejados uno de otro y sin embargo el convoy marchó unido, separado solo por algunos metros posiblemente por el miedo de los militares.

El corresponsal de guerra narró que a la hora del almuerzo le entregaron una caja, llevaba la inscripción "US ARMY" y la inicial B-2, dicen que significa almuerzo, para él B-2 era insoportable por lo que hizo una reflexión que escribió en el diario: "Yo no comprendo aún la lucha que se libra en Bolivia. ¿Por qué un puñado de hombres, comandados por un extranjero, luchan en mi país? No, no comprendo esta lucha".

"Me considero neutral en esta guerra, pero estoy convencido de que el enemigo del ejército es un 'monstruo comunista'. No me detengo a analizar, aunque esta guerra ha sido provocada por extranjeros, el porqué de ella.

"Después, conforme pasaron los meses, me daría cuenta de lo que sucedía y de sus causas. Me avergonzaría posteriormente de haber esperado la acción de los extranjeros para comprender la realidad de mi país. Los guerrilleros, lo confieso, despertarían más tarde eso que se llama sensibilidad. Comprendería que mi país necesita verdaderamente un cambio de estructuras para sobrevivir".

Según el periodista, los soldados terminaron de almorzar a las 15:40 horas y la orden de avanzar se dio cuando llegaron

al lugar donde se encontraba un camión que los guerrilleros habían abandonado. La noche los sorprendió y decidieron acampar en ese lugar.

Sobre lo sucedido esa noche anotó: “Busco radio Tararenda de Camiri. Como es costumbre en los pueblos, esta emisora acepta ‘pedidos musicales’. Hace dos días que se ha celebrado en Bolivia el ‘día de la madre’ y la emisora complace a sus oyentes con melodías plañideras. Una de ellas, autóctona, se irradia en estos momentos. No siempre los hombres que están guerreando son fieras o solo sienten odio o miedo al enemigo, también son humanos y se conmueven.

”Inclino mi cabeza y pienso en mi madre. Ella está en La Paz, nadie logra dormir. Pienso en los guerrilleros, especialmente en los jóvenes, quienes también tienen una madre que no sabe dónde están ellos. En esa noche oscura y tenebrosa, solo las luciérnagas lanzan intermitentes haces minúsculos de luz.

”Por fin la noche cede. Mi reloj marca las 5:30, es el martes 30 de mayo, el amanecer es frío, la neblina es baja y espesa”.

El periodista narró la llegada al Pueblo Nuevo de El Espino, a las 13:00 horas lugar donde el coronel Calderón ordena continuar el avance hacia Muchiri.

Este joven periodista boliviano en la insospechada responsabilidad como corresponsal de guerra escribió un testimonio en el cual describe la actitud asumida por los militares en el combate. Él explicó:

“Han pasado treinta minutos de la partida de la vanguardia de la columna militar, cuando la quietud del lugar es sacudida por un intenso tiroteo. Los jefes militares que habían llegado en el coche plano abandonan el lugar apresuradamente. Huyen[...] observo al coronel introducirse a los pajonales seguido por los soldados.

”Saco mi libreta y anoto nerviosamente la hora. Mis músculos están tensos y mis ojos se mueven inquietos. Los soldados llegan presurosos, temblando, sudando copiosamente y con el rostro tenso, donde marca el miedo, el terror.

”...retrocedo algo y me encuentro con un soldado muerto de miedo lo miro y me da inmensa pena”.

“Los soldados que han logrado llegar hasta la vanguardia encuentran un cuadro macabro. Dos cuerpos yacen sin vida en la senda. Otros tres se mueven dificultosamente. Todos pertenecen al ejército. Este cuadro llena de pánico a los soldados que deciden retirarse en desbandada sin importarles nada. Corren por media senda, dando las espaldas a sus atacantes. Vanos son los esfuerzos y las órdenes de Calderón. Sus soldados no le hacen caso. Es una retirada vergonzosa.

”Soldados cabizbajos caminan lentamente en dos filas. Casi arrastran los fusiles. Se escuchan quejidos y lamentos de los heridos, la atmósfera es de derrota. El reloj marca las 17:00 horas.

”Calderón observa la llegada de los heridos y de los muertos. Su rostro refleja la derrota que le han infligido los guerrilleros.

”Calderón es un hato de nervios. Ya no es el jefe militar sereno, vanidoso y convencido de poder vencer y dar ‘lecciones’ a los guerrilleros. Por primera vez ha sido derrotado y ha tenido que huir y no dar cara al enemigo y menos avanzar para tomar posiciones.

”Con relación al día 31 de mayo, el corresponsal de guerra del periódico *Presencia* escribió que las compañías Ranger y Colorado se estaban movilizandando sobre Muchiri y que el coronel Augusto Calderón estaba sediento de venganza, a las 10 de la mañana partió el convoy militar rumbo al Espino, cruzaron por donde se combatió el día anterior, un guía civil nombrado Alejandro Saldías va reconociendo el terreno, nadie se dio cuenta, nadie descubrió nada pero los guerrilleros estaban allí.

”Una bomba antitanque explotó a escasos metros del camión, las balas atravesaron los vidrios, el práctico Saldías que intentaba huir, es alcanzado y gravemente herido, otros cuatro soldados incluyendo al chofer también son heridos, el *jeep* del Coronel logra llegar hasta las proximidades de la emboscada y los guerrilleros al ver el *jeep* concentran el fuego contra el vehículo, los dos escoltas del Coronel saltan del vehículo y el chofer sin frenarlo salta también, tomando su carabina.

”¡Idiotas!... exclama el coronel, cuando se da cuenta de que está solo en el *jeep* y que este aún rueda. Las balas zumban

alrededor del vehículo, el Coronel frenó el *jeep*, pero cuando intentó saltar, la cartuchera de su pistola 45 se trabó en la puerta, estaba atrapado y el fuego era intenso, tras varios segundos de cruel forcejeo logró zafarse y rodar hacia el declive.

”Cesaron los disparos y solo se escuchaban quejidos, había heridos, Calderón nuevamente tenía que morder el polvo de la derrota, sus hombres no tenían ningún ánimo para proseguir la lucha, para perseguir a los guerrilleros. Otra vez la retirada al Espino, llevando cinco heridos, uno bastante grave.

”Alejandro Saldías muere por la tarde, cuando es llevado a Yacuiba. Al ser contratado el día anterior, se había resistido, aduciendo que no era conocedor de la zona, aunque realmente conocía perfectamente el área de acción guerrillera en ese sector. Fatal conocimiento”.

Continúa narrando el corresponsal de guerra que el día 30 de mayo, el capitán Faustino Rico Toro, recibió una orden de movilización para que se autotransportaran a la zona de El Espino, la compañía estaba preparada para salir pero solamente llegaron un camión y una camioneta a las cinco de la mañana del día 31. Era increíble que para 160 hombres con todos los equipos militares enviaran esos dos vehículos. Faustino Rico Toro se opuso a salir hasta que no llegaron los seis camiones que necesitaban.

A las nueve de la mañana, el Capitán es llamado urgentemente a Camiri, debía presentarse ante las autoridades del Comando de la IV División y a las dos de la tarde ya estaba frente al Jefe del estado mayor de esa división. Allí le entregaron un memorándum donde se le ordenaba trasladarse de inmediato a la ciudad de La Paz para someterse a un tribunal militar, pues estaba acusado de ser el culpable de la derrota sufrida por el ejército el 30 de mayo. Los jefes militares en el memorándum lo calificaban de cobarde y de haber desacatado las órdenes superiores.

Era evidente que algo se tramaba contra el comandante de la compañía Trinidad, que era la que dirigía Faustino Rico Toro, pues la emboscada se produjo el día 30, la orden de desplazamiento se produjo ese mismo día y los dos camiones llegaron a las cinco de la madrugada del día 31.

El coronel Humberto Rocha insultó a Faustino Rico Toro y le gritó delante de otros oficiales, cobarde, y este le respondió en forma descompuesta al Coronel y se produjo así una desagradable discusión con mutuos insultos e impropiedades. Al mediodía lo enviaron para La Paz en un avión militar. Rico Toro no escuchó y de forma intempestiva abandonó la oficina. El Jefe del estado mayor se quejó al comandante de la división por esta inadecuada forma.

Ante tal acto de insubordinación, se dispone que el oficial más antiguo de la compañía Trinidad asuma el mando de la misma. Faustino Rico Toro es relevado, pero los oficiales y soldados de la compañía no hacen caso a la orden del comando y se amotinan y reclaman al capitán Rico Toro. El amotinamiento de 160 hombres podía cundir en otras unidades por similares problemas, constituyendo un grave conflicto.

La insubordinación llegó a tal nivel que desde La Paz se ordena reponer en el mando a Rico Toro.

En realidad lo que pasaba dentro de la IV División, era que la presencia del capitán Faustino Rico Toro, Grover Monzón y Moisés Chiriqui había creado susceptibilidades, pues esos militares procedentes de Trinidad, capital del Beni, eran acompañados por una aureola de valor, habilidades en la selva y audacia de la cual carecía el Comandante de la IV División. Esta situación de celos, envidias y desprecio fue aprovechada por el coronel Humberto Rocha para hacer caer en esa compañía la responsabilidad de la derrota del 30 de mayo.

En el resumen del mes de mayo el Che señaló que desde el punto de vista militar, tres nuevos combates se habían producido, causándoles bajas al ejército y sin sufrir ninguna por parte de los guerrilleros, además de evaluar como exitosa la incursión guerrillera a Pirirenda y Caraguatarenda.

El Che indicó en su Diario que no había incorporación campesina, pero que estos iban perdiendo el miedo y se lograba la admiración de ellos. *Es una tarea lenta y paciente*, escribió al respecto y después anotaba que el miembro del Comité Central del Partido Comunista Boliviano, Jorge Kolle Cueto, en nombre de su partido ofrecía colaboración, al parecer sin

reservas, y añadía después que el clamoreo en torno al caso de Regis Debray había dado más beligerancia al movimiento guerrillero que 10 combates victoriosos.

Señaló además que la guerrilla iba adquiriendo una moral prepotente y segura y que bien administrada era una garantía de éxito. Evaluando el comportamiento del ejército indicó que seguía sin organizarse y su técnica no mejoraba.

Por su parte Inti Peredo hizo una especie de resumen al final del mes de mayo, en algunas partes del mismo plantea que durante los tres meses de combates se le había ocasionado al ejército más de 50 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, incluyendo en las listas a tres oficiales de alta graduación, habían ocupado gran cantidad de armamentos, parques, vestuarios y un poco de alimentos, sin embargo, señala que el avance más notable era “la desmoralización y falta de combatividad de los soldados que contrastaban con la agresividad y temeridad de nuestros guerrilleros.

”[...] La guerrilla era una fuerza agresiva, consciente de su poder y daba golpes tan fuertes al ejército que no le había permitido reorganizarse, modificar su táctica y replicarnos con agilidad”.

Al transcurrir casi dos décadas de estos acontecimientos llegamos a Muchiri, son cuatro o cinco casas, próximas al ferrocarril Santa Cruz-Yacuiba, la vegetación es escasa y la tierra sigue siendo arenosa, allí vive Ramón Salces, un campesino medio que nos atendió muy bien, su casa de mampostería bien construida, y en el patio una gran explanada de cemento, parecida a un gigantesco secadero de café o una cancha de fútbol, lleno de canales. Explicó que su interior tenía construido un aljibe para recoger agua de lluvia, pues ese lugar no tiene agua y esta tienen que traerla desde el Río Grande.

El campesino Salces explicó que el Che había llegado a Muchiri desde El Espino y siguió por una brecha que todos ahora conocen como La Brecha de los Guerrilleros, que se encuentra a 8 km de Muchiri, rumbo a El Espino. Seguidamente refirió:

De la Brecha de los Guerrilleros salieron a la estación de Río Grande, dicen que se disfrazaron de campesinos y cazadores

para cruzar la línea del ferrocarril, uno a uno pasaron y burlaron la vigilancia del ejército.

Toda esta zona se llama Muchiri, es muy seca, no tenemos agua acá, hay que traerla en turriles desde Río Grande.

Los guerrilleros encontraron a un muchacho que estaba cazando, Vargas (se refiere a Gregorio Vargas), a quien, según los comentarios, le pidieron que les buscara agua y él les buscó. Él iba en su bicicleta a poner sus trampas y vio a los guerrilleros y no les temió, ellos le pidieron colaboración y él se la dio. Le regaló unos tatús al guerrillero que lo detuvo.

Pacho en su diario escribió al respecto: “[...] Nuestro acompañante y guía se ha sentido bien. 6:00 am. diana, café con leche y frituras de harina con picadillo y azúcar de desayuno. Luego avanzamos para el camino. El pichón de tatú está en el *jeep* [...]”.

Salces continuó:

Este muchacho le dio informes y los guió por caminos seguros, después aparecieron unos peones y él se escondió para que no lo descubrieran, él permaneció hartos días guiando a los guerrilleros, comió con ellos un chanco grande. Los guerrilleros soltaron a los peones y le pagaron por su estancia con ellos y después salió este muchacho y le pagaron todo bien. No le hicieron ningún mal a ninguno, todos fueron bien tratados y considerados y los guerrilleros siguieron su camino.

En su Diario el Che refiere:... Pasamos la noche cocinando y a las 3.30 soltamos los cuatro guajiros, pagándoles \$10 a cada uno por su día. A las 4:30 se iba Gregorio, que esperó comida y reenganche y recibió \$100 [...].

Por otros vecinos conocimos que Gregorio Vargas fue detenido por el ejército y llevado al caserío de Abapó. Sobre lo que pasó después existen varias versiones, unos dicen que se lo llevaron para Camiri, otros para Santa Cruz y algunos para La Paz.

Se afirma que Gregorio Vargas no volvió a Muchiri.

PUERTO CAMACHO EN EL RÍO GRANDE

El primero de junio de 1967, el Che envió a la Vanguardia para que se apostara en una emboscada e hiciera una exploración hasta el camino petrolero que distaba unos 3 km. A las cinco de la tarde de ese día salieron rumbo a la vía férrea Santa Cruz-Yacuiba, caminaron unos 7 u 8 km para llegar a ella y después continuaron por esta 1½ km, se desviaron por un callejón abandonado para dirigirse a un chaco que Gregorio Vargas les había informado. Este distaba unos 7 km, pero como los guerrilleros venían muy cansados, decidieron acampar a mitad del camino.

Al amanecer llegaron al chaco y un rato después se apareció un vaquero nombrado Braulio Robles con su hijo y dos peones. Utilizaron los caballos de estos para transportar un cerdo, que habían descuartizado, hasta donde habían establecido el campamento. Gregorio Vargas se ocultó para que el vaquero y sus acompañantes no lo descubrieran.

A las seis y treinta de la mañana los guerrilleros reanudaron la marcha y caminaron hasta las 12:00 horas en que el Che envió a Benigno y a Ricardo para explorar los caminos y estos encontraron un buen lugar para establecer una emboscada. A las 13:00 horas ocuparon las respectivas posiciones.

A las 17:00 horas pasó un camión del ejército con dos soldaditos envueltos en una frazada, pero el Che no les disparó como era el plan.

Sobre este hecho el guerrillero Inti Peredo escribió:

“Durante el corto transcurso de la guerra, Che nos dio lecciones de solidaridad humana que se proyectaban incluso frecuentemente, a los enemigos. Uno de los hechos sucedió a principio de julio, precisamente el 3. Estábamos todavía cerca del camino petrolero donde habíamos chocado con el ejército. Los días anteriores buscábamos agua y comida y nos habíamos devorado un puerco que tenía sabor a manjar. Esa mañana, después de caminar por las márgenes de un arroyo, Che ordenó una emboscada en el camino mencionado, espe-

rando que pasaran camiones del ejército. Pombo debía avisar con un pañuelo amarillo cuando el vehículo entrara a nuestro radio de fuego. Después de 5 horas y media de espera, pasó un camión militar y Pombo hizo la tan ansiada señal. Inexplicablemente para nosotros, Che, no gatilló su M-2.

”Más tarde, para que todos escucháramos, dijo: *Era un crimen dispararles a esos soldaditos.*

”La anécdota está relatada en su Diario como si fuera un hecho intrascendente [...]”

El día 4 de junio los guerrilleros continuaron caminando con la intención de hacer otra emboscada, apareció una senda y la tomaron y luego siguieron por un cauce seco de un río rumbo sur. A las 14:45 pararon para tomar café y avena, en un charquito de agua fangosa encontrado por Miguel y Pacho.

Esa noche se desató un frente frío conocido en Bolivia como surazo, una lluvia fina que duró toda la noche y el día siguiente.

Acamparon, cerca del Río Grande, el frío era intenso, lo que hizo que todos se agruparan en torno a la hoguera. Allí el Che y Chapaco jugaban ajedrez y Coco, Camba, Chino y Julio conversaban de historia.

El día 6 de junio Pacho escribió: “Dimos con un chaco, cuatro campesinos y la señora de uno de ellos le ofreció alimento y colaboró en la comida que ellos hicieron, así como le proporcionó información, sobre la distancia a Puerto Camacho y sobre la cantidad de soldados acantonados en el caserío”.

El hijo del dueño del chaco, nombrado Nicolás guió a los guerrilleros hasta el Río Grande.

ARMINDO CASTEDO Y SUS RECUERDOS

En busca de aquellos campesinos llegamos a Puerto Camacho, un pequeño caserío en las márgenes del Río Grande, al caminar unos 100 m se llega hasta el río, y muy cerca vive el señor Armindo Castedo, un hombre conocedor de la zona y de los secretos del río.

Como era de noche y los complicados caminos no aconsejaban continuar viaje, le pedimos albergue y accedió. Un año después este señor nos sorprendió cuando al llegar a su casa nos entregó los espejuelos que dejamos allí.

Aquella noche compartimos con él y con otro vecino que por la curiosidad de nuestra visita llegó a la vivienda. A la luz de la luna y de un cielo estrellado nos sentamos en unos viejos troncos, miles de insectos nos acompañaban y muy cerca el rugido del río, Armindo narró la historia de Puerto Camacho, del río y de los hombres que han fundado el poblado.

Hace 32 años que vivo en las márgenes del Río Grande.

Los guerrilleros no se dejaron ver en Puerto Camacho, ellos estuvieron cerquita de aquí a 3 km, pero nadie los vio. Llegaron por ese rumbo y siguieron adelante, han transitado todo el Río Grande en ese sector.

Yo primero vivía en Puerto Viejo y a estos parajes solo veníamos a pescar y a cazar, porque hay una distancia de 4 km de allá hasta este lugar. En 1960 se vino el pueblo para acá debido a que se iba a construir el puente de ese lugar que se terminó en 1967. Porque antes el río se cruzaba en cholón o pontón.

Cuando pasó el Che no estaba el puente terminado por eso él usó un pontón.

Este río tiene sus secretos, porque como le digo desde la cantidad de años que vivo acá, el río ha cambiado su curso. Se pasa seis meses de turbión y el resto de aguas claras.

Los meses de enero y febrero es cuando alcanza su mayor fuerza. La época de pesca comienza en abril y mayo, abundan el sábalo, el surubi, dorado y cochoca.

Para defendernos del río hacemos canastas de piedras bolas, que se envuelven en mallas para que aguante la fuerza del agua, pero a veces no pueden aguantarlo, porque la cantidad de sedimentos que arrastra el río es enorme, cuando llega el turbión el río tiene 8 m de profundidad y en aguas claras 4 m.

En 1967 que fue el año de la guerrilla del señor Che Guevara, fue la crecida más grande que he visto, como a las nueve de la

mañana comenzó a subir el río y a las cinco de la tarde cubrió todo esto. Fue a las ocho de la noche que comenzó a bajar, yo lo sé porque tengo un sistema de señales con troncos de palos para comprobar cuándo vuelve a su curso. Eso fue el día 31 de enero de 1967.

El río siempre deja mucho lodo. Este lugar se llama Puerto Camacho, porque hace unos 150 años atrás (según me dijo don Ángel Paz, un anciano que había recibido la información de otro), había un señor llamado José Camacho que tenía sus chalanas para cruzar el río, pero un día se dio un brote de fiebre amarilla que terminó con casi todo el pueblo (solo quedaron las familias Paz y Conchis). La zona tomó el nombre del dueño de las chalanas.

Cuando yo vine acá los indígenas eran manchados, había el jovero blanco y el negro. El negro se curó cuando vino la penicilina, pero el blanco no se sana del todo. La gente que está en el río se vuelve jovera, de uno de esos dos colores, específicamente las extremidades inferiores. Parece que con los turbiones llega algún tipo de “mineral o virus tipo sífilis” porque se tiene que curar fuerte con antibióticos.

El doctor Villa Gómez, que es natural de Abapó, en la otra banda, se hizo médico pensando en la gente que vive en esta zona. Él ha traído el año pasado a un especialista de Panamá, porque eso también está sucediendo allá y están investigando. En un caserío que está más abajo de Puerto Camacho, el río arrastró un cadáver a fines de febrero de 1967, después todos dijeron que era de un guerrillero. El río lo dejó en la orilla. Los pobladores lo recogieron y en ese caserío le dieron sepultura en su cementerio.

El día 8 de junio, la tropa guerrillera continuó la marcha rumbo al Río Grande. La mayor parte de los días de esta nueva etapa estuvo acompañada de frentes fríos que dificultaron el camino. Al llegar al Río Grande, el agua casi helada impidió que los nadadores lo cruzaran. El Che decidió que se buscara la chalana del propietario del chaco donde estaban acampados, para esa misión fueron designados: Coco, Pacho, Aniceto y Ñato, pero estos chocaron con el ejército que se había embos-

cado en la otra margen del río. Los guerrilleros continuaron el camino por los infranqueables farallones en busca de un lugar propicio para cruzar el río. El día 13 de junio el Che lo anotó en su Diario.

Lo interesante es la convulsión política del país, la fabulosa cantidad de pactos y contrapactos que hay en el ambiente. Pocas veces se ha visto tan claramente la posibilidad de catalización de la guerrilla.

En esa margen estaba emboscada la compañía Trinidad, cuyo capitán era Faustino Rico Toro. Él elevó, el parte que transcribimos, a su estado mayor:

“Cuando efectuaba exploración del enemigo siguiendo la orilla norte del río Grande, sorpresivamente recibimos fuego de automáticas procedente de la orilla sur en la región de El Cafetal ocasionando la muerte del estafeta Antonio Melgar; heridos el Sirviente de pieza Eladio Arias Cánica y un tercer soldado sin mayor gravedad en vista de que sólo fue alcanzado por fragmentos de piedra ocasionados por rebote de proyectil. Ubicada la posición roja mi unidad concentró fuego de mortero y ligeras sobre el enemigo presumiendo haber ocasionado cuatro bajas según gritos de dolor escuchados en diferentes partes y de órdenes verbales para retirarlos a retaguardia”.

Es decir que solo por los supuestos gritos de dolor, por el Río Grande de por medio, llegan a calcular las bajas y no solo eso sino incluso hasta los nombres de los guerrilleros muertos, pues difundieron la falsa información de que *Inti* Peredo había caído en combate.

El comando de Camiri ordenó el desplazamiento de otra compañía que se encontraba acantonada muy cerca, en un caserío llamado Abapó en la orilla norte del Río Grande, ambas compañías con 158 hombres bien dotados de ametralladoras livianas y ligeras, morteros de 60m y lanzacohetes decidieron regresar alegando falta de abastecimientos.

Fue una nueva derrota del ejército, aunque este aprovechó para dar a conocer la composición de la guerrilla en cuanto a la nacionalidad de sus componentes, sobre esto el Che escribió el día 12:

[...] *Otro comunicado anuncia 3 muertos, entre ellos, Inti, uno de los jefes guerrilleros y la composición extranjera de la guerrilla: 17 cubanos, 14 brasileros, 4 argentinos, 3 peruanos. Los cubanos y los peruanos corresponden a la realidad; había que ver de dónde sacaron la noticia.*

El día 14 de junio el Guerrillero Heroico cumplió 39 años, ese día acamparon cerca de una aguada, pero al lado del fuego porque hacía mucho frío. Cocinaron un sopón de frijoles y un poco de maní molido con maíz. Junto a la hoguera hicieron variados cuentos. Al día siguiente llegaron a las márgenes del Río Grande. Nicolás, el campesino que los ayudó guiándolos y abriendo caminos desde el día 7 de junio, les informó que les faltaban 3 km para llegar hasta el río Rosita. Le pagaron 150 pesos y a las 13:00 horas regresó a su chaco.

El día 16 cruzaron el Río Grande, Pacho encontró un vado, que sirvió para que el resto de los guerrilleros con el agua a la cintura pudieran cruzar, una hora después llegaron al Rosita.

Sobre este hecho Pacho escribió: “[...] 8:10 Por orden de Fernando (Che) me lanzo a cruzar el río Grande caminando, en calzoncillos. El agua está refría, lo pasé sin novedad. Luego el resto de la vanguardia. 11 am. al fin en el Rosita [...]”.

Por otro lado, para el régimen de Barrientos el mes de junio sería de verdadera crisis: el malestar generalizado, las marchas de protestas, la represión, las manifestaciones, llegaron a un ambiente de crisis total. Ante estos hechos, el régimen decretó el estado de sitio y suspendió las garantías constitucionales. Según los partes militares los guerrilleros realizaban ataques relámpagos y se movían con gran rapidez. El alto mando militar admitió públicamente que las tropas gubernamentales quedaron desconcertadas ante las nuevas acciones guerrilleras.

El estado de sitio y la suspensión de las garantías constitucionales eran los pretextos para realizar detenciones masivas, aumentar la represión e impedir una gran marcha de protesta antigubernamental que habían preparado los mineros de Huanuni.

Voceros del régimen señalaban que los estudiantes eran los promotores de “un plan subversivo para derrocar al gobierno constitucional”, se incluían en ese plan subversivo a los

militantes del partido Movimiento Nacional Revolucionario y otras organizaciones y partidos de izquierda, a los que valoraban como extremistas.

Por su parte, los trabajadores de la mina de Huanuni junto a los de Catavi, Siglo XX y otros distritos mineros habían levantado la voz de protesta por la violenta represión de que fueron objeto los estudiantes universitarios y secundarios que se manifestaban en La Paz y otras ciudades del país.

Era innegable el descontento en las filas de las fuerzas armadas, nuevos actos de desobediencia militar se presentaban.

El periódico *Crítica* publicó un comentario de prensa en el cual los sargentos señalaban las diferencias de clases, tanto en los salarios como en que eran ellos los que servían de “carne de cañón”: “En la paz, somos los sargentos los que recibimos las bofetadas, puesto que cualquier oficial tiene derecho a ultrajarnos, pero en la guerra somos los reclutas ‘el lobo feroz’ del ejército”.

Como consecuencia del estado de sitio y la suspensión de las garantías constitucionales decenas de militantes de los partidos de oposición fueron arrestados en distintas ciudades del país, al tiempo que los comités de vigilancia, a cargo de las autoridades militares, se constituían en diversas poblaciones y centros mineros. Muchos de los detenidos fueron enviados a campos de concentración ubicados en el interior del país.

Comenzaron a circular insistentes rumores de golpe de Estado, donde se afirmaba que los coroneles Joaquín Zenteno Anaya, Marcos Vázquez Sempertegui y Juan Lechín Suárez se preparaban para derrocar y reemplazar al general Barrientos.

El malestar dentro del ejército era completo, el presidente Barrientos, momentos antes de declarar el estado de sitio, pronunció un discurso en el que aseguró: “no admitiré los brotes disociadores” y amenazó con aplastar “a los aventureros y a todo propósito de retornar al pasado”.

Con la llegada de los guerrilleros a las márgenes del Río Grande, dejaban el territorio que estaba subordinado a la IV

División del ejército. Los últimos combates del 30; 31 de mayo y 10 de junio habían significado la derrota total del ejército en ese territorio. En ellos, según fuentes militares, habían participado 1 257 soldados, más la aviación y 158 de las dos compañías ubicadas en la margen norte del Río Grande, correspondientes a la jurisdicción de la VIII División.

PAULINO BAIGORRIA

El día 17 de junio de 1967, los guerrilleros continuaron su avance hacia el norte, ese día caminaron 15 km por las márgenes del río Rosita, cruzaron cuatro arroyos, a pesar de que en el mapa solo aparecía el Abapocito. Ricardo cazó un hochi, una especie de jutía que abunda en esa zona. Al día siguiente llegaron a un chaco donde encontraron maíz, yuca, caña y un trapiche para molerla, así como jocos y arroz.

El Che envió a Benigno y Pablito de exploración. A las dos de la tarde Pablito regresó para informarle que habían encontrado a un campesino y que más atrás de ese venían otros.

Este campesino se llamaba Paulino Baigorria y los que le seguían eran tres hermanos con su padastro y con ellos un niño vecino que venía a buscar yuca.

Pacho escribió que ese día era lindo, había sol y que por la tarde se veía la luna.

Los guerrilleros continuaron hasta el chaco de los jóvenes campesinos que estaba situado junto a la desembocadura del camino que viene desde el caserío de Abapó, a unas siete leguas de distancia. Las casas de los campesinos se encontraban a unos 10 ó 15 km más arriba, en un lugar donde se unen los ríos Mosquera con el Oscura.

El día 19 continuaron la marcha unos 12 km más y llegaron a ese rancho, formado por tres casas, Pacho narró que antes de las dos de la tarde llegaron a ella, era de unos indios muy ariscos que al verlos huyeron al monte, dejando a la mujer en la casa, pero que esto lo hacían con todo el mundo. Continuaron el camino hasta el caserío donde una india le daba el pecho a su niño, le sonrió y no le tuvo miedo, lo invitó a comer unos tomates hervidos en una cazuela. Los niños son lindos, escribió, y trató de establecer confianza con ellos, estaban cubiertos con pañuelos por la cantidad de marigüís.

Refiriéndose a los campesinos de este lugar, el Che escribió: [...] *Nos recibieron bien en general, pero Calixto, nombrado alcalde por una comisión militar que pasó por aquí hace un mes, se mostró reservado y renuente a vender algunas cosi-*

tas. Al anoecer llegaron tres comerciantes de chanchos con revólveres y fusil máuser [...] Calixto aseguró que son comerciantes de Postrer Valle y que él los conoce.

Al día siguiente el Che anotó: *Por la mañana, Paulino, uno de los muchachos del chaco de abajo, nos informó que los tres individuos no eran comerciantes: había un teniente y los otros dos no eran del ramo. La información la obtuvo por la hija de Calixto que es su novia. Inti fue con varios hombres y les puso plazo hasta las 9 para que saliera el oficial; si no serían fusilados todos. Salió enseguida el oficial, llorando. Es un subteniente de policía que fue enviado con un carabiniere y el maestro de Postrer Valle que vino como voluntario. Los mandó un coronel que está situado en ese pobladito con 60 hombres. Su misión incluía un largo viaje para el que le dieron 4 días, incluyendo en el recorrido otros puntos del camino de la Oscura. Se pensó en matarlos pero luego decidí devolverlos con una severa advertencia sobre las normas de guerra [...].*

Los muchachos de ese caserío ayudaron a los guerrilleros a recoger boniatos y otras viandas. Refirió Pacho que al regresar se encontró con que Fernando (Che) estaba sacando muelas, tenía dos muchachos y cuatro hombres en cola. Él le buscó un nuevo cliente y le prestó ayuda acomodándole a uno de ellos.

El Che escribió en su Diario el día 21 de junio: *Después de dos días de profusas extracciones dentales en que hice famoso mi nombre de Fernando Sacamuelas (a) Chaco, cerré mi consultorio y salimos por la tarde; caminando poco más de una hora. Por primera vez en esta guerra salí montado en un mulo [...].*

Pacho escribió: “[...] Los muchachos identificaron a Fernando como el viejito sacamuelas [...]”.

Los tres espías fueron llevados detenidos hasta el camino del río Mosquera donde los dejaron en libertad después de incautarles sus pertenencias y mulos como castigo.

Paulino se ofreció como guía de los guerrilleros, el Che narró: [...] *Paulino se ha comprometido a llegar a Cochabamba con mi mensaje. Se le dará una carta para la mujer de Inti, un mensaje en clave para Manila y los 4 comunicados. El*

cuarto explica la composición de nuestra guerrilla y aclara el infundio de la muerte de Inti [...] Veremos si ahora podemos establecer contacto con la ciudad. Paulino simuló venir como prisionero nuestro.

El joven continuaría con los guerrilleros hasta la casa donde vivía su hermana, en un caserío nombrado Piraí, que solo contaba con tres casas. Se despidió de sus compañeros y se dispuso a cumplir su compromiso.

LOS ESPÍAS DE LA CASA DE CALIXTO

Después de una amplia investigación, conocimos que la presencia de los espías en la casa de Calixto, obedecía a un plan elaborado por el ejército boliviano con asesoramiento norteamericano. Una fuente militar nos informó que en la IV División del ejército con sede en Camiri, asesorados por un norteamericano de origen cubano que decía apellidarse Martínez, comenzaron a organizar varios *teams* de agentes disfrazados de campesinos, vendedores ambulantes o compradores de productos agrícolas o pecuarios, que los distribuían por las poblaciones comprendidas dentro de la zona guerrillera. Ellos reclutaban a militares o policías, que habían nacido en esos lugares o que allí tenían familiares, con la misión de recoger información entre los campesinos, pues estos temerosos y desconfiados, generalmente daban informaciones falsas o exageradas a los militares. También obtenían datos sobre qué personas mostraban disposición a colaborar con el ejército, para nombrarlos posteriormente como alcaldes o corregidores, o detener aquellos que simpatizaban con los guerrilleros o fueran proclives a prestarles ayuda.

Ubicaron a estos agentes en las poblaciones de Gutiérrez, Lagunillas, Muyupampa, Tapera, Taperillas, Huscareta y Monteagudo.

Los de la VIII División también organizaron a estos *teams*, a los que distribuyeron en las poblaciones de Florida, Samaipata, Postrer Valle, Alto Seco, Pucará, Vallegrande, La Higuera, Masicuri, Mairana y Mataral.

El periodista mexicano Luis Suárez, de la revista *Siempre*, narró como en la ciudad de La Paz se había encontrado con

dos periodistas de origen cubano que procedentes de Miami habían llegado a la ciudad. En Camiri se encontraban periodistas y gentes extrañas que se hacían pasar por cualquier cosa de interés inexplicable en aquellos momentos.

Comentó el hecho de la llegada de otro norteamericano de origen cubano, que vino a vender telas y calcetines y que según le informó un periodista boliviano, se llamaba Martínez.

Pero los campesinos no permanecían indiferentes a esa táctica de la CIA contra los guerrilleros, así tenemos que el día 23 de abril el combatiente Harry Villegas escribió en su diario: “Al amanecer llegamos a un lugar llamado Tapera. Los campesinos nos reciben bien y nos señalan que un hombre nacido allí ha llegado recientemente y quien, parecería es un informante. Se le toma prisionero tiene un fusil Máuser [...]”.

De igual forma se comportó Paulino Baigorria al informarle al Che que los tres compradores de cerdos no eran tales sino espías del ejército, y un hecho similar se presentó el día 26 de junio. Al respecto Inti Peredo escribió:

“Esa misma tarde se tomaron prisioneros a dos nuevos espías, uno de ellos oficial de carabineros, luego de advertirles cuáles eran las normas de la guerra y amenazarlos con una sanción severa si se les volvía a sorprender en esa actitud, fueron dejados en libertad, pero en calzoncillos. Por una mala interpretación de la orden del Che en el sentido de que fueran despojados de todo lo que servía, se les quitó la ropa, cuando el Che conoció esta acción se indignó, llamó a los compañeros que la habían realizado y les dijo que a los seres humanos había que tratarlos con dignidad, que no se les debía ocasionar humillaciones ni vejaciones gratuitas [...]”.

El carabinero se llamaba Walter Landívar y fue denunciado por unos campesinos del caserío de Pirai, era una forma más del apoyo y la solidaridad de los campesinos bolivianos.

BENIGNO RECUERDA A PAULINO

El encuentro con Paulino fue narrado por Dariel Alarcón:

El día 18 de junio salí de exploración y en el primer chaco encontramos a Paulino. El Che nos había enviado a Pablito

y a mí. Cuando íbamos por el camino nos encontramos con aquel joven que venía montado en un caballo, al pelo, al darle el alto sucedió algo inusual: Paulino cruzó las piernas sobre el caballo y me sonrió: ¿Qué se le ofrece señor?, me dijo. Fue muy familiar, muy campechano y abierto, era un joven de unos 20 años de edad, muy ágil, fuerte y franco, nos miró sin reflejar ningún temor y directamente a los ojos como tratando de reconocernos. Ya se sabía por esa zona de la presencia nuestra, porque él nos informó que días antes había llegado el ejército para alertar y amenazar a los campesinos sobre los guerrilleros. Nos invitó a su chaco a comer, compartió con Pablito y conmigo su comida, nos informó que tenía otro chaco con bastante comida y vacas y nos dijo que detrás de él venía su hermano y su futuro cuñado con dos muchachos más. Yo envié a Pablito para que le avisara al Che, pero ya él y los demás compañeros venían avanzando hacia el chaco y junto a ellos llegaron los campesinos. Nos reunimos todos allí.

El ambiente fue bueno, los campesinos no estaban temerosos, yo diría que resultaban amistosos; nos informaron sobre los caminos y los habitantes. Nos dijeron que a cuatro o cinco leguas había una pequeña aldea con cuatro o cinco casas dispersas, que allí vivía un señor de apellido Gálvez y más arriba donde se unen los ríos, estaba la casa de Paulino y del alcalde Calixto.

En ese chaco hicimos noche y a la mañana siguiente, al medio día, salimos hacia la unión de los ríos Mosquera con el Oscura, Paulino vivía un poquito más arriba en las márgenes del río Oscura, era un camino llano porque se encontraba por un valle profundo, estrecho y largo que va siguiendo todo el curso del río; la vegetación es tupida y virgen, pero había una senda para caballos. Abundaban los hochis y las antas porque se veían los caminos que estos animales hacen desde sus madrigueras para llegar a los ríos en busca del agua, también abundaban los puercos de tropas. Era una zona rica en animales salvajes.

Paulino se compenetró con nosotros, incluso se fotografió, tomó una metralleta y quería que lo enseñáramos a manejarla, mostró su disposición a integrarse a la guerrilla.

Al llegar a la aldea todos los campesinos reaccionaron bien, excepto una familia de apellido Gálvez, cuyos miembros se

aterrorizaron con nuestra presencia y huyeron al monte, pero la familia de Paulino fue muy acogedora, ellos comenzaron a compartir con nosotros, buscaron cosas de comer. Tenían una posición económica buena de acuerdo al lugar y al resto de los campesinos, la de ellos era la mejor, porque dentro del marco de la extrema pobreza en que vive el campesinado boliviano, ellos tenían determinados recursos; gallinas, puercos, reses y caballos, pero todo era de Paulino, que era el más fuerte económicamente.

En este lugar se hizo famoso el nombre de Fernando Sacamuelas, el que había adquirido el Che, después del combate de Taperillas. Por los días del 22 ó 23 de abril para todos los compañeros era Ramón, entonces San Luis con mucha vivacidad, dijo: “No es Ramón, es Fernando” y le propuso al Che: “Ahora usted se llama Fernando, el Che lo miró, se sonrió y aprobó el nombre de Fernando. El Che realizó muchas extracciones allí. Junto al Moro operó a un campesino de un lobanillo que tenía en una mano, era un ambiente de confianza, de solidaridad de los campesinos, ellos venían confiados para recibir atención a sus enfermedades.

La actitud de los campesinos había sido amistosa desde el primer encuentro, Paulino además se interesó por las armas. A la hora de la comida se le sirvió como a un guerrillero más, él, según se veía, se sentía como uno de nosotros, parecía otro hombre, con mucha confianza, valor... estaba como fortalecido cada vez que pasaba un día más junto a nosotros. Él acaricia el arma que se le dio y pidió permiso para limpiarla.

Paulino de acuerdo al lugar donde vivía y el ambiente donde se desarrollaba, tenía una inteligencia superior, era el más inteligente de toda la comunidad, era considerado por su familia y los vecinos.

Aprendía muy rápido todo lo que se le decía, estuvo con nosotros cuatro días y nos guió hasta la casa de su hermana, que era mayor que él y nos recibió muy bien, estaba con sus cuatro hijos porque el esposo había salido. Recuerdo un gesto muy hermoso que nunca he olvidado: Cuando llegamos allí hacía un frío muy grande y los niños, sobrinos de Paulino, fueron

muy amorosos con Pacho, ellos estaban llenos de mocos, sucios y harapientos, pero Pacho, no tuvo escrúpulos en cargarlos en sus piernas, los cubrió con su abrigo y hasta uno se durmió en sus brazos. En aquel momento Pacho quiso hablar pero tenía como un nudo en la garganta. ¡Yo admiré mucho a Pacho por aquel gesto de humanidad tan grande! Lo sentí más íntegro. Como él había estado conversando anteriormente con los muchachitos, les había preguntado entre otras cosas el lugar donde dormían y ellos de la mano lo llevaron hasta un rincón en el suelo donde había unos pedazos de cuero de anta y cuando les preguntó con qué se tapaban ellos le mostraron una especie de forros churrosos, hechos jirones y a Pacho se le aguaron los ojos y les regaló su colcha.

El Che lo miró y le dijo: *Es un gesto muy lindo, pero hay que luchar para que todos los niños tengan colchas.*

Le advertimos a Pacho que iba a pasar frío por los caminos y él respondió que no importaba y que además para qué nos tenía a nosotros: “Ustedes compartirán sus colchas conmigo, dormiremos juntos y me darán calor”.

Paulino salió a cumplir una misión secreta que le había dado el Che, pero antes de irse él sentía la necesidad de despedirse de todos nosotros y aquella despedida que era secreta, pasó a ser pública, porque él se despidió de cada uno de nosotros con un abrazo y dijo: “Pronto estaré con ustedes. Nos juntaremos de nuevo. Estaré de vuelta pronto”.

Es como si viéramos en Paulino hecho realidad nuestro enlace con la ciudad, aunque no pudiera llegar a su destino.

Partió con sus abarcas hechas de llantas y piel de tigre, un pantalón hecho de manera rústica.

En nuestro recorrido, llegamos al caserío de Abapó. Unas cuantas casitas y un puesto de policía de camino, donde hay que pagar un impuesto para continuar viaje a Camiri o Santa Cruz. Se encuentra en la margen norte del Río Grande, es animado porque allí se detienen las flotas que comunican a ambas ciudades y hay un hotelucho con una especie de restaurant.

Al lado del puesto de policía, un grupo de indias vendían alimentos para los viajeros, canastos con pan de batalla y tortas, fogones al aire libre, mesas y bancos y unas ollas grandes con los alimentos humeantes, listos para comer.

Hacia varios días que llovía y todo aquello causaba una impresión imborrable: el fango lo cubría todo, en los charcos de aguas color café las indias descalzas se metían cada vez que llegaba un automóvil para ofrecer sus productos a los visitantes, el conjunto nos recordó un remolino de abejas u hormigas. Los niños jugaban en aquella podredumbre, no parecía importarles el agua que en forma de llovizna caía continuamente, el fango o el frío. La comida que ofrecían estaba cubierta con viejos y sucios nailones. Todo parecía que estaba impregnado de fango.

Averiguamos dónde podíamos conseguir combustible para intentar seguir camino y nos orientaron la casa de un señor que vendía gasolina. La pobre choza en que vivía se encontraba al fondo de una laguna y el combustible lo almacenaba en viejos bidones de los cuales había que sacarlo cubo a cubo.

Aquel hombre como de unos 45 años de edad, delgado y al parecer muy enfermo, nos dijo que en Abapó se concentraron los militares, que allí estaba la compañía de Faustino Rico Toro, “[...] un coronel muy importante en toda Bolivia porque ha viajado como embajador a no se sabe cuántos países, hasta en la China dicen que ha estado”.

Yo conocía a Paulino de cuando venía a Abapó, lo agarraron prisionero, a todos los campesinos los hicieron prisioneros, Paulino se unió a la guerrilla del Che y por eso lo han apresado, varios días ayudó al Che. Lo torturaron en Santa Cruz, porque él fue llevado para Santa Cruz y lo torturaron en La Paz, porque también lo llevaron a La Paz y a Cochabamba, para que hable, para que diga, para que delate, pero él decía que los guerrilleros lo obligaron a guiarlo y que por eso él los guió, obligado. Cuando Paulino guiaba a los guerrilleros, llegaron unos espías que mandó el ejército y los espías lo pillaron con los guerrilleros y lo denunciaron. Paulino llevaba documentos del Che en una envoltura de cuero.

Ahora no sé de Paulino, estuvo preso hasta que acabó la guerrilla del Che, lo liberaron como moribundo por enfermedades de torturas. El ejército le comió sus vaquillas, porque él prestó colaboración a los guerrilleros.

Vicente Gálvez me relató que en Abapó en el encuentro armado con el ejército, los guerrilleros dejaron una linterna encendida amarrada de un árbol y colocaron papeles amarrados que daba la impresión de lejos que eran guerrilleros que se movían y hacían ruido por la brisa. El ejército todas las noches hacía fuego y “metía balas” contra la linterna, pensando que eran los guerrilleros, el aire la movía y más balas metían, fue lo único que me dijo, pues él no estuvo con los guerrilleros, cuando él vio a los guerrilleros, del miedo se fugó para el monte. Él trabaja en Santa Cruz porque todos los campesinos se habían ido de esos montes durante la guerrilla, producto de los desmanes del ejército. Se cometieron muchos excesos, demasiados excesos con los campesinos, apresaban a los campesinos y a los viajeros que llegaban a Abapó y aunque fueran ajenos a la guerrilla los interrogaban, los atropellaban y “eran abusivos, para que hablen, para que digan, para que delaten”.

Los pobladores de Abapó no estábamos de acuerdo con esas cosas porque todos estábamos aterrorizados. Los militares eran temidos, ellos llamaban a un campesino y todo el mundo se ponía a temblar del pánico porque cualquier cosa podía suceder. Vicente Gálvez me confió que Paulino regresó enfermo de los pulmones y dijo que se iba para el Cerro de Piraí para morir allá. ¿Quién sabe qué habrá pasado? Todos los campesinos de ese sector fueron apresados y otros muertos.

En conversación con Matilde Lara, viuda de Inti Peredo, pudimos conocer que después que concluyó la guerrilla del Che un día se apareció Paulino Baigorria en la casa de su padre, el escritor boliviano, Jesús Lara.

Paulino informó que el Che e Inti le habían encomendado una misión en Cochabamba pero que cayó prisionero del ejército en una población llamada Comarapa, relativamente cerca de Cochabamba.

Al registrarlo le encontraron ocultos los mensajes secretos que tenía para mí, fue torturado y golpeado, pero él no habló. Él

dijo: “Dígale al comandante Inti, que Paulino no traicionó”.

Esos mensajes eran una carta de Inti para mí, un comunicado donde se desmentían las informaciones del ejército de que Inti estaba muerto, un mensaje cifrado para Cuba, que yo debía entregarle a un contacto que tenía el seudónimo de Garfio, y la solicitud de medicinas para el asma del Che que, a través de la red urbana de Cochabamba, debíamos adquirir y enviar a través de Paulino.

Paulino estaba pálido, muy delgado, tosía mucho, estaba sumamente enfermo, tenía los síntomas evidentes de la tuberculosis.

Un doctor lo atendió, lo llevó a su consultorio, le hizo placas y análisis, tenía los pulmones destrozados, seguramente por las torturas y la mala alimentación durante el tiempo que estuvo preso. Él le entregó medicinas y le pidió que volviera, pero nunca más volvió.

EL CORRESPONSAL DE GUERRA EN CAMIRI

Gustavo Sánchez Salazar, exministro del Interior y Relaciones Exteriores de Bolivia, nos ofrece su testimonio:

Fui corresponsal de guerra en Camiri, desde finales de marzo de 1967 hasta que finalizó la guerrilla. Era el corresponsal del periódico *El Diario* de la ciudad de La Paz.

Como hecho histórico, es importante que les explique lo que pasó en la ciudad de Cochabamba en una reunión que sostuvo el Presidente con sus más íntimos colaboradores en la noche del 23 de marzo de 1967.

En conversaciones con algunos de los oficiales que participaron en aquella reunión y que incluso posteriormente fueron confirmadas por el propio coronel Joaquín Zenteno Anaya, director de la escuela de comandos del Estado Mayor, pude conocer que el Presidente viajó a Cochabamba para informarse, directamente sobre el terreno, de los acontecimientos militares que habían tenido lugar ese mismo día en Ñacahuasú. Allí se analizó el problema de la guerrilla, pues ya el ejército tenía informaciones sobre la presencia guerrillera, las cuales habían sido suministradas por los desertores Vicente Rocabado y Pastor Barreras. El ejército tenía esas informaciones y el combate del día 23 de marzo solo era la confirmación de la presencia de un grupo armado en la zona de Ñacahuasú. Los muertos de ese combate así lo confirmaban.

En realidad, según el general Hugo Suárez, ministro de Defensa de entonces, esa información ya estaba en poder del alto mando militar desde mediados de marzo.

El ministro de Defensa comentó con un periodista amigo de ambos, Nivardo Paz Arze, que el ejército tenía toda la información, que la habían proporcionado los dos desertores e incluso le dijo, más, que había extranjeros dentro del grupo.

En aquella reunión, Barrientos planteó al alto mando militar y a los oficiales allí reunidos, la urgente necesidad de pedir rápidamente ayuda a Estados Unidos a fin de enviar *rangers* norteamericanos a contrarrestar al movimiento guerrillero, pero recibió una especie de jarra de agua fría, porque nadie

lo aplaudió. Lo que era importante porque a Barrientos no podían contradecirlo.

Pidió la palabra el coronel Francisco Baldi, que era el jefe de la aviación e íntimo amigo de Barrientos e hizo un discurso breve que tenía preparado de antemano, donde llamó al ejército boliviano a combatir junto a las tropas de Estados Unidos, pero tampoco lo aplaudieron.

Fue entonces que el coronel Joaquín Zenteno Anaya pidió la palabra. Zenteno era un buen orador y un hombre con mucho prestigio dentro de las Fuerzas Armadas, hizo una exposición larga de la historia del ejército boliviano, remontándose a la época de las guerrillas de Juana Azurduy de Padilla, de Moto Méndez y Esteban Arce. Finalmente se opuso firmemente a que se le pidiera ayuda en hombres a los Estados Unidos. Dijo que había que respetar la dignidad de las Fuerzas Armadas Bolivianas. El aplauso a sus palabras fue cerrado.

Como respuesta a esa actitud de Zenteno Anaya, que no era más que la representación de la mayoría de los oficiales allí presentes, Barrientos lo nombró comandante de la VIII División del ejército con asiento en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, para que desde allí apoyara a la IV División, cuya sede se encontraba en Camiri, escenario de los acontecimientos guerrilleros.

Esa fue la razón para que Barrientos, en venganza y como castigo, nombrara a Zenteno Anaya en la VIII División y clausurara el año académico de la Escuela que Zenteno dirigía.

Al día siguiente, por la mañana, Barrientos desayunó en su residencia particular ubicada en el barrio exclusivo de Cala Cala en Cochabamba, con el exjefe de la Gestapo en Lyon, Klaus Barbie.¹ Ese asesino nazi, desde los preparativos del golpe de Estado de Barrientos, trabajaba estrechamente con

¹ Jefe de la Gestapo en Lyon, Francia. Cometió múltiples asesinatos y crímenes, torturó brutalmente y envió a miles de franceses y judíos a los campos de exterminio masivo.

Fue reclutado por la CIA en 1950 y viajó a Bolivia el 23 de abril de 1951, con la identidad de Klaus Altman Hansen. Treinta y dos años después el gobierno de ese país lo deportó a Francia, donde se le siguió juicio por sus crímenes. Fue asesor del presidente Barrientos y participó durante los acontecimientos guerrilleros de 1967 junto a la CIA.

él, por recomendaciones de la CIA, de la cual ellos dos eran sus agentes.

Cuando Barrientos en 1964 asaltó el poder nombró a Barbie asesor del Departamento IV del Ejército en la especialidad de contrainsurgencia y le dio una oficina en la sede del Alto de la Fuerza Aérea y otra en el Estado Mayor.

En el desayuno, Barrientos y Barbie analizaron las informaciones de la guerrilla y de manera clandestina Barbie partió para Camiri con el fin de recoger personalmente informaciones. Al regresar comunicó a Barrientos sus impresiones y le aconsejó que debía relevar al comandante de la IV División, coronel Humberto Rocha, por falta de carácter para conducir a sus subalternos.

Meses más tarde Barrientos lo reemplazó por el coronel Luis Antonio Reque Terán, íntimo amigo de Barbie y militar pronorteamericano. La CIA estaba interesada en esos cambios para poder actuar más libremente.

Yo sugerí al dueño del periódico *El Diario* de La Paz —para el cual trabajaba como corresponsal— viajar a la zona de operaciones, lo que me fue concedido.

Llegué a Camiri a fines de marzo y tuve contacto con los soldados del combate del día 23, con los oficiales era muy difícil, porque el mayor Hernán Plata, no lo dejaban entrevistar, decían que había enloquecido, había perdido la memoria, estaba perturbado, completamente loco y con psicosis de guerra. Lo tenían incomunicado.

El otro oficial, el capitán Augusto Silva Bogado, se escapaba para hablar con la prensa, tenía una actitud diferente, abierta y cordial, a la del mayor Plata, él contaba a todo el mundo lo que había pasado y sus narraciones afectaban mucho la moral de las tropas y de todo el ejército. Después lo procesaron por ese hecho.

Allí en Camiri yo tuve posibilidad de hablar largamente con los desertores Vicente Rocabado y Pastor Barreras, por horas hablé con Salustio Choque Choque que había caído prisionero.

Vicente Rocabado trabajaba para los servicios del DIC, fue licenciado de ese servicio, pero siguió trabajando para la po-

licía secreta, él era un agente de la policía secreta boliviana con absoluta seguridad. Después que desertó de la guerrilla y se entregó y proporcionó todas las informaciones que poseía, continuó trabajando con la policía secreta. Ese fue el mayor daño ocasionado a la guerrilla por la fase preparatoria en que estaban.

Las valoraciones de los Servicios de Inteligencia y del ejército fueron que el carácter de la guerrilla era serio.

Después llegó un periodista chileno de apellido Roth, que de alguna manera misteriosa logró entrar a la zona guerrillera y hacer contacto con ellos, cosa muy sospechosa porque ningún periodista boliviano o extranjero lo había logrado y él, con sorprendente facilidad, pudo hacerlo y llegar a donde estaban.

El 10 de abril vino el combate de Iripití, al frente de la unidad del ejército iba el mayor Rubén Sánchez y tuve la oportunidad de conocer todo en detalle, pues Rubén era mi hermano.

Conocí de la bondadosa actitud de los guerrilleros con los soldados bolivianos, era algo que impresionaba a todos.

Esa noche que los soldados bolivianos pasaron en poder de la guerrilla, los revolucionarios sembraron las semillas de la bondad y de los sentimientos humanos más nobles, fue como un detonante, porque los prisioneros militares no sentían odio hacia los guerrilleros, era admiración lo que sentían, consideración y respeto y esto fue algo que pude comprobar a través de las entrevistas que les hacía.

En el seno de las fuerzas armadas estaba claro, que la propaganda que el alto mando militar y los Servicios de Inteligencia del Ejército venían haciendo, donde planteaban que los guerrilleros eran unos asesinos y criminales no era cierta. Los soldados sabían bien y se lo comunicaban a los otros, que eran seres humanos bondadosos que estaban luchando por un ideal y conocían cuál era ese ideal.

Esto no solo lo repetían los soldados, sino que el propio comandante mayor Rubén Sánchez lo repetía.

Los soldados y el propio mayor Sánchez fueron interrogados durante dos días, por oficiales de la CIA y del Departamento II

(inteligencia) del ejército. La CIA utilizó en los interrogatorios al asesino alemán Klaus Barbie y a unos agentes de la CIA de origen cubano, que habían llevado especialmente a Camiri.

Después cayeron prisioneros Regis Debray y Ciro Roberto Bustos y volvieron los interrogatorios de los agentes de la CIA, ya habían comenzado a llegar los asesores norteamericanos expertos en la guerra de Vietnam, también toda la ayuda en armas y vituallas estaba llegando desde las bases de Estados Unidos en el canal de Panamá, Argentina y Brasil.

A fines de abril el mayor Sánchez fue a Cochabamba y yo me fui para allá, para ser más exactos nos vimos en el hotel Bolívar y allí me contó en detalle todo lo sucedido, estaba muy impresionado por el trato humano que los guerrilleros le habían dado, me confió que tuvo un momento de vacilación y dudas para decidirse a quedarse con los guerrilleros como le había pedido Inti Peredo. Él me habló sobre un compromiso contraído con ellos de divulgar el Comunicado No. 1 del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y quería cumplir esa palabra, porque como hombre se había comprometido. Cogió un papel que traía oculto en las medias y me lo entregó. Sánchez cumplió su palabra de entregar una copia a un periodista para que lo divulgara, el periodista era yo, su hermano, Rubén me explicó que Inti le había dado dos copias, una se la entregó al coronel David La Fuente, jefe del Estado Mayor del Comando de Ejército y se quedó con la otra para cumplir su compromiso.

Al entregarme la copia, busqué al periodista paraguayo Luis J. González, de quien era amigo y que trabajábamos juntos como corresponsales.

Luis J. González viajó a La Paz con el comunicado y por la noche sostuvo una entrevista con el director del periódico, Jorge Carrasco, y le mostró el documento. Carrasco se interesó en conocer cuál era la fuente que lo había suministrado y quién era la persona que lo había entregado y obviamente este pedido era muy difícil para nosotros, porque sabíamos que pondríamos en grave peligro la seguridad del mayor Rubén Sánchez, porque todos conocíamos muy bien las estrechas

vinculaciones de Carrasco y su diario con los servicios de inteligencia de Estados Unidos y sus relaciones personales muy estrechas también con Douglas Henderson, embajador de ese país en Bolivia. La CIA y los servicios de información de la USIS son los que subvencionan al diario y lo mantienen financieramente. Carrasco se negó terminantemente a publicar el comunicado en su diario. Nosotros deseábamos que fuera en ese periódico porque la cobertura era nacional por ser el más antiguo de Bolivia y porque éramos corresponsales del mismo, pero no podíamos correr ningún riesgo y no aceptamos proporcionar los datos que Carrasco quería.

El comunicado teníamos que publicarlo sin correr riesgos ni revelar la fuente, por eso, al regresar González analizamos qué debíamos hacer y acordamos conversar con el director del periódico *Prensa Libre* de Cochabamba, que estaba a cargo del periodista Carlos Beccar, un buen periodista y militante del Movimiento Nacionalista Revolucionario, él tuvo una formidable actitud, de inmediato aceptó nuestra proposición y nos entregó la responsabilidad de diagramar y armar la primera página del diario y allí nos quedamos González y yo haciendo ese trabajo, todo se mantuvo en secreto. Escribimos una crónica sobre lo que estaba pasando en la zona guerrillera, destacando el trato humano que los guerrilleros habían dado a los soldados.

Elegimos el día Primero de Mayo para darlo a conocer a la opinión pública, porque ese día es tradicional en Bolivia conmemorar el día del trabajo.

El periódico *Prensa Libre* se editaba con una tirada de 2 000 ejemplares, pero fue tanta la expectativa que causó entre los trabajadores que se preparaban para participar en el desfile, que comenzaron a comprarlo masivamente, tuvimos que hacer cinco tiradas en el mismo día. Fue un gran éxito. Las agencias internacionales de noticia recogieron la información y la dieron a conocer en todo el mundo.

Las emisoras locales de radio de Cochabamba, comenzaron a transmitirlo e hicieron cadenas con otras emisoras, especialmente con las mineras y de esta forma creció entre todos los sectores obreros y mineros la solidaridad con la guerrilla. El

respaldo serio, firme, responsable hacia la guerrilla se hacía público.

Las autoridades comenzaron a investigar inmediatamente de dónde había salido el comunicado y cómo había llegado al periódico, el presidente Barrientos montó en cólera y ordenó al prefecto de Cochabamba, Eduardo Soriano Badani, que apresara al director de *Prensa Libre* y evidentemente lo detuvieron, encerraron e interrogaron. Beccar se negó a declarar y a revelar la fuente que había suministrado la información. Enseguida un juez le hizo un juicio y lo condenaron a cinco años de prisión, pero las manifestaciones de los periodistas, los trabajadores e intelectuales y los estudiantes, lograron que lo pusieran en libertad.

Los militares sabían bien que el documento era auténtico porque el mayor Rubén Sánchez, lo había entregado a David La Fuente y pensaron que se debía a una fuga de una copia del documento desde el alto mando militar o de sus archivos de inteligencia. Declararon públicamente que una copia del comunicado había sido sustraída de los servicios de inteligencia y comenzaron a depurar responsabilidades, las sospechas recayeron en varios oficiales y algunos fueron sacados o retirada la confianza. Hasta ahora han seguido creyendo y mantienen públicamente que el documento se fugó del alto mando militar. Ellos no saben que no fue la copia de David La Fuente la que salió publicada sino la que entregó el mayor Rubén Sánchez.

Un grupo de periodistas, entre los que se encontraban Enrique Araoz, José Luis Alcázar, Oscar Peña, Carlos Salazar y yo reportábamos la verdad sobre los acontecimientos guerrilleros, para evitar que los que caían prisioneros no fueran desaparecidos o asesinados, como generalmente sucedía.

Después del Comunicado No. 1, comenzaron a alzarse las voces de los mineros, señalando que había que organizarse y prestar apoyo a la guerrilla, comenzaron a elaborar sus planes, se reunieron los sindicatos, hicieron asambleas mineras y decidieron entregar un día de cada mes su salario para entregarlo como apoyo a la guerrilla, esto lo cumplieron durante el mes de mayo, en todas las minas se recogió el dinero, en el mes de junio se

intensificó el apoyo y el ambiente revolucionario creció en las minas, el apoyo militante a la guerrilla, ya era público.

En respuesta, el gobierno de Barrientos ordenó recortar el salario de los mineros en el 50%, alegando que si tenían suficiente para donar a la guerrilla, debían reducirse los.

Los mineros en respuesta se declararon en huelga general que comenzó a extenderse a todas las minas y otros sectores obreros que se manifestaban solidarios con los mineros, este hecho fue el pretexto para llevar a cabo la horrible matanza de la noche de San Juan, la masacre fue un hecho muy doloroso, claro está, que hubo factores externos también en la masacre, pues las presiones del embajador norteamericano Douglas Henderson, venían condicionando los créditos del Banco Interamericano de Desarrollo a cambio de la represión en las minas, y todos en La Paz saben cómo sucedieron las cosas.

El apoyo a la guerrilla es una muestra sin lugar a duda de los sentimientos de la clase humilde boliviana, es la más objetiva, la más real, la mejor. El pueblo boliviano sí apoyó a la guerrilla y el Che sabía que podía contar con ese apoyo. El pueblo humilde de Bolivia nunca traicionó al Che.

Después de la masacre, se crearon los campos de concentración para familias enteras, fueron trasladados a la selva, y esto era muy difícil para ellos porque estaban acostumbrados a las alturas de las minas y al frío de esas regiones y llegar a la selva, que es zona cálida y con muchos insectos, fue muy dramático para las familias mineras.

Muchos dirigentes selectivamente fueron asesinados y otros desaparecidos, no podemos dejar de señalar que los servicios de la embajada de Estados Unidos y el propio Ministerio del Interior de Bolivia, tenían informantes en los partidos de izquierda.

Tal vez si se hace un estudio detallado de cómo funcionaron los campos de concentración en Bolivia, la feroz represión desatada, los asesinatos y desaparecidos y la forma en que se llevaron a cabo los interrogatorios, se encuentre la similitud de los métodos empleados por el carnicero de Lyon y de la CIA en otros lugares.

Las masacres y los asesinatos, los desaparecidos y la feroz represión no han podido evitar que los mineros bolivianos, la población humilde y otros sectores, continúen admirando y respetando a la guerrilla del Che.

La forma como llegó el Comunicado No. 1 de la guerrilla del Che a la opinión pública fue como les he narrado, el comunicado que entregaron al campesino de Camiri no creo que tuvo tiempo de llegar, aunque debo reconocer que el campesino no se entregó ni fue descubierto por los servicios de inteligencia, porque si así hubiera sido para el ejército hubiera resultado más fácil culparlo a él y no tener que aceptar que la fuga se había generado en sus propios aparatos de inteligencia.

Después de la publicación del comunicado yo regresé nuevamente a Camiri, eran los primeros días de mayo, al llegar ya se había producido la detención de Jorge Vázquez Viaña, allí pude conocer a través de la enfermera Elsa Omonte, que observó todo, como aún en la mesa de operaciones lo estaban interrogando y torturando, Vázquez Viaña exigía que los médicos lo operaran sin anestesia, pues temía que bajo los efectos de esta lo pudieran interrogar, y obtuvieran alguna información. Los médicos comenzaron a operarlo sin anestesia, hasta que se desmayó y entonces le aplicaron la anestesia. La operación se llevó a cabo en el hospital de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, en la ciudad de Camiri. El Loro Vázquez, que era como se conocía, fue salvado por los médicos, pero entonces lo llevaron para el cuartel de Choretti, ahí fue donde la CIA montó un teatro, haciendo creer que el gobierno de Barrientos permitía una conferencia de prensa. Eso lo transmitieron por radio Zararenda y cuidaron de que Loro escuchara la noticia, posteriormente es que el agente de la CIA de origen cubano, entró y se hizo pasar primero como periodista panameño y después como cubano y obtiene algunas informaciones valiosas. Él dijo la identidad del comandante Guevara y señaló que trataran de entrevistar a Regis Debray, que estaba prisionero porque él podía dar más informaciones.

El Loro pertenecía a la alta burguesía paceña, su padre es un reconocido escritor y su madre pertenecía a la élite de la burguesía. Loro era un buen comunista, un cuadro de las filas de la Juventud Comunista Boliviana.

Algunos periodistas y también militares estaban pensando cómo hacer un operativo para lograr rescatarlo y evitar que lo asesinaran, como suponíamos que sucedería. Yo viajé a Cochabamba para conseguir un *jeep* y le pedí a un dirigente del Partido Comunista apoyo para conseguir el *jeep*, él me dijo que esperara dos días para responderme, pero no volvió a verme.

Posteriormente llegaron a Camiri dos uruguayos, uno vestido de cura y se alojó en un convento de seminaristas. Según fuentes de los propios servicios de inteligencia bolivianos uno de los curas del convento lo denunció, fue hecho prisionero, el otro uruguayo fue apresado cuando concurrió al banco de Camiri para cambiar algunos dólares. Ambos fueron asesinados fríamente junto a Vázquez Viaña el día 28 de mayo. Los llevaron a la pista del aeropuerto militar de Choretti y allí los asesinaron, los montaron en un helicóptero y los lanzaron a la selva.

Los dos uruguayos, probablemente, podían ser un argentino y el otro uruguayo, pero según los informes de inteligencia sus pasaportes eran uruguayos.

Los torturados y asesinados fueron muchos, especialmente campesinos y personas inocentes, hasta un niño de la zona de Lagunillas fue asesinado por servir de guía a los guerrilleros.

Apresaron también a una prostituta que estuvo presa a raíz de que el jefe de la Inteligencia en Camiri, de apellido Padilla, apareció con un balazo en la cabeza en un hotel de Camiri. Esa prostituta bebía mucho y cargó con la culpa de la muerte de Padilla y estuvo largos meses en prisión porque los oficiales y algunos soldados que la cuidaban se acostaban con ella y esa era la causa fundamental de mantenerla en prisión, porque ella nada tenía que ver con la guerrilla ni con la muerte de Padilla.²

Gustavo Sánchez, continuó como corresponsal de guerra durante toda la etapa de la lucha guerrillera.

² La autora fue una argentina torturada y violada por el capitán Hugo Padilla cuando fue detenida en la zona de Camiri. Al ser liberada accedió a pasar una noche con el oficial con el objetivo de ajusticiarlo; por ello fue nuevamente torturada, la asesinaron y la lanzaron a la selva.

LA NOCHE DE SAN JUAN

El día 22 de junio, los guerrilleros reiniciaron la marcha, dejando la zona de los ríos Mosquera y Oscura para dirigirse a un lugar denominado Pasiones. Se encontraban a seis leguas del caserío de Pirai, al día siguiente caminaron solo una hora, después de abrir con mucho trabajo una senda que estaba cubierta por la vegetación. De esa noche, denominada en Bolivia, como la de San Juan y considerada como la más fría del año, el Che escribió: *No fue tan fría como podía creerse de acuerdo a la fama.*

Al amanecer continuaron por un camino relativamente bueno aunque bajaron una enorme faralla y siguieron tras las huellas que habían dejado unos ganaderos. Acamparon a orillas del cerro Durán.

El Che escribió: *La radio trae la noticia de lucha en las minas.* Y en el resumen del mes de junio refirió: *La masacre en las minas aclara mucho el panorama para nosotros y, si la proclama puede difundirse, será un gran factor de esclarecimiento.*

La Noche de San Juan, es una fiesta tradicional, el pueblo enciende fogatas y en torno a ella baila y canta, muchos queman cosas viejas porque existe la creencia de que si lo hacen, tendrán nuevas el próximo año, pero la Noche de San Juan de 1967, fue diferente, al amanecer del día 24, cuando muchos mineros estaban borrachos y las fogatas comenzaban a apagarse, entraron los militares, quienes llevaron a cabo una horrible matanza, la peor en la historia boliviana, fue algo tan espantoso que el pueblo nunca la ha olvidado.

Pero dejemos que sean testigos presenciales de ese horrible hecho, quienes les narren lo que pasó:

El sacerdote Gregorio Iriarte, recogió varios testimonios:

SACERDOTE GREGORIO IRIARTE

“Y llegamos al 67, al tristemente recordado junio del 67. El Ejército se había retirado de las minas. Pero los mineros seguían exigiendo sus salarios disminuidos. Y sumaban, mes a mes, lo que el gobierno les adeudaba. Los asesores nortea-

mericanos se mostraban inflexibles.

”Entró el Che Guevara en Bolivia. Entró la CIA en acción. La razón principal de lo que va a ocurrir ahora en los distritos mineros es el resultado de que la CIA se alarma al máximo con el foco guerrillero de Ñancahuasú. Y el ejército boliviano, asesorado igual que la COMIBOL, obedece órdenes del patrón del Norte.

”El caso es que la CIA piensa que en Siglo XX y Huanuni está el apoyo principal del Che. Y que desde ahí se va a declarar la guerrilla urbana, y que los dirigentes andan recolectando *mit’as*¹ para apoyar la insurrección, y que ya varios mineros se han alzado, junto a Guevara, en las montañas... El gobierno decide dar un escarmiento ejemplar. Le interesa, sobre todo, capturar a los dirigentes que van a tener en esa fecha un ampliado² en el Sindicato de Siglo XX.

”El gobierno eligió la noche de San Juan porque esa noche, la más fría del año, hay fogatas, fiesta y chupa³ en todo el campamento. No habrá resistencia, pues. Para más disimulo, en vez de venir caimanes y tanques, como hacen siempre que han entrado, la tropa vino por tren. Calladitos se detuvieron en Cancañiri. El general Prudencio estaba al frente del operativo. Y el capitán Zacarías Plaza, que no podía faltar cuando olía la sangre.

”Los soldados tomaron posiciones en los cerros. Eran las 4 y media de la mañana. Todavía había algunos compadres atizando y empujando la última copa. Otros, que ya se levantaban para entrar a la mina. Y las mujeres, preparando el café y alistándose para la faena del día. Los soldados entraron en silencio al campamento. Casi nadie se dio cuenta. De repente, el infierno. Disparos por todos lados, una balacera espantosa. Gente que iba al baño, porque aquí no hay baño privado, un balazo. Un borrachito, otro balazo. Un sereno que andaba en la calle, muerto también. Y la empresa, que era bien cómplice, cortó la luz a las 5 y 10 de la mañana. Fue tiroteo de guerra. Los

1 Especie de tributo en monedas, para las guerrillas.

2 Reunión o asamblea.

3 Beber chicha u otra bebida alcohólica.

vecinos se trancaban en sus casas, pero las balas atravesaban las puertas de madera, la calamina de los techos. Me acuerdo de una muchacha que llegó llorando a la emisora. Ella iba al baño y la bala le atravesó el vestido por aquí y por allá. Me acuerdo, sobre todo, de Fidelia. Vivía aquí, cerquita de la Pío.⁴ Estaba esperando familia. Como todos, había atizado frente a la casa y ahora se levantaba para hacerle el desayuno a sus hijos, aprovechando la sobra de la fogata. Cayó un mortero a sus pies, la destrozó totalmente, le reventó el vientre. Y la *wawa* sacando su manito, naciendo sobre las brazas, muriendo ahí mismo achicharrada, junto al cuerpo de su madre.

”Nadie sabía lo que estaba pasando ni por qué. Gritos, carreras, no se atendía ni a los muertos. Fue un ataque cobarde, por la espalda. Por eso tanto se recuerda. En las otras masacres había habido enfrentamiento, lucha: nos matan y matamos [...]

”Muertos hubo 26. Mujeres, niños, gente inocente. Y heridos como un centenar. Esta fue la ‘hazaña’ del mayor Pérez, que fue ordenada por el Coronel Villalpando, que fue ordenada por el General Prudencio, que fue ordenada por Barrientos. Y atrás de Barrientos, los 26 asesores norteamericanos que manejaban la COMIBOL. Por cada asesor, un cadáver.

”Esa tarde, el entierro. No se me despinta de la memoria aquella multitud frente a la iglesia, chillando y vociferando contra el ejército, nombrando a sus muertos, llorándolos sin saber como vengarlos [...] Ya querían, en el cementerio, lanzarse contra los guardias a matar y a morir, ¡y que se hunda la mina!

”Es difícil contener la rabia popular cuando uno también la siente. Pero si había manifestación, la masacre se multiplicaría inútilmente[...]”.⁵

Así concluyó el relato del sacerdote Iriarte.

LUPE CAJÍAS

La periodista e investigadora boliviana, Lupe Cajías, escribió en su libro *Historia de una leyenda*:

⁴ Se refiere a la emisora radial católica Pío XII de las minas de Siglo XX.

⁵ José Ignacio López Vigil: *Una mina de coraje*. Aler Pío XII, Quito, Ecuador, 2da edición, 1985, pp.160-163; 165;166.

“Fue el día más triste del mundo.

”O, mejor dicho, fue la noche más triste. Era víspera de San Juan y los mineros con sus familias se pusieron a *piq'chea*,⁶ a encender las fogatas tradicionales, porque dicen que esa es la noche más fría del año. En todo el Occidente boliviano se hacen fogatas, se toma sucumbé, ponche o pisco. Se come algo bien rico, de fiesta, y se baila mucho, y se canta a coro con guitarras y charangos, al día siguiente, hay muchos borrachos y una enorme nube negra, típica de San Juan. Y en esa fecha se lee la suerte en estaño derretido; mejor si el que lee es el hijo séptimo. Y los niños se quedan hasta tarde, y los pobres se roban los maderos sobrantes, para futuras fogatas.

”Antes hubo masacres. Pero, por lo menos, la gente estaba despierta, en manifestación o en paro, o en huelga. Nunca antes el odio a los mineros había llegado a tanto que los atacaran al amanecer, cuando se estaban recogiendo de fiesta, cuando las guaguas seguían juntando leñitas para avivar el fuego y saltar la fogata. Los mataron en sus camas, a los que se habían recogido. Los mataron a los borrachitos que, tambaleantes, no sabían si eran cohetes muy fuertes o qué. Atacaron a las mujeres del Comité, a Norberta, a Jeroma, a Alicia, a Flora, a María Angélica, a las embarazadas le sacaron los hijos. Por eso es que la ‘Masacre de San Juan’ no solo dio ira y coraje; dio asco [...].

”La prensa comentó el hecho asombrada. Los militares habían atacado el campamento con morteros, bazucas, aviones y cortaron la luz. La mayoría de las decenas de muertos y heridos cayó al correr a sus casas [...].

”Las tropas destruyeron la radio *La Voz del Minero*, aunque García Maisman trató de defenderla a punta de dinamita y murió en el intento. Él fue el que hizo sonar la sirena para avisar que algo grave ocurría [...].

”También se entraron a Huanuni y volaron los equipos de *Radio Nacional*; más fusilados, más heridos y tantísimo dolor.

”En La Paz, los estudiantes entraron en huelga y se declaró

6 Mascar coca.

territorio libre a la UMSA. Los universitarios apoyaban el paro decretado en las minas.

”Domitila escribió sobre este episodio: Entró triunfante el ejército en las minas, porque nosotros no teníamos ni armas ni nada para defendernos. Y comenzaron a ocurrir cosas muy tristes. En Catavi, por ejemplo, ocurrió esto: en una vivienda, el esposo había viajado porque estaba de vacaciones. Por toda esa bulla que había, esos tiroteos, esos combates, la esposa había escondido a sus hijos bajo la cama, así como se acostumbra aquí, y cuando los soldados tocaron la puerta, su mamá no quería abrir. Entonces empezaron ellos a dar golpes y entraron. Los chicos estaban llorando y los soldados dijeron: ‘[...] hay alguien bajo la cama, que salga hasta contar tres’. Pero los chicos tuvieron miedo y no salieron. Y ellos contaron, uno, dos, tres. Y la mamá gritó: Pero si solamente están mis hijos. Por favor. Cuando se hincaba la señora para pedir clemencia, porque ya habían dado orden de meter bala, el tipo pensó que ella lo quería desarmar y... tam, tam, sacó la pistola y mató a la señora. Y los otros también dispararon. Nosotros fuimos a ver y eran niños los que estaban allí. Cuando llegó el esposo, resulta que ya no tenía hijos, no tenía esposa y la niña mayor estaba con las piernas amputadas.

”Y a todas las personas que, según ellos, habíamos apoyado a las guerrillas, nos agarraron, nos apalearon, nos maltrataron y a varios los mataron. A mí por ejemplo, a patadas me hicieron perder a mi hijo en la cárcel porque decían que yo era enlace guerrillero.

”En una ambulancia vi a una señora que andaba embarazada y a quien le habían tirado un tajo en el vientre, su hijito se murió. Una otra señora me gritó: ¿Qué le ha pasado a mi hijito? Auxíliemelo, auxíliemelo... ¿Qué le ha pasado a mi hijito? Yo alcé al chico y lo saqué afuera de la casa. Y cuando estaba por meterlo a la ambulancia, lo hice sentar sobre mí [...] y vi todo su cráneo vacío”.⁷

OTRO TESTIGO EXPONE

“Este es el país de las grandes convulsiones, sabemos lo

⁷ Lupe Cajías: *Historia de una leyenda*. Ediciones “EG”. La Paz, Bolivia, 1988.

que está pasando hoy, pero mañana no, uno quisiera decir muchas cosas, pero es aconsejable no hacerlo, hemos tenido 189 golpes de Estado.

”Nadie se ha atrevido a decir la verdadera causa de la matanza de la Noche de San Juan.

”...En los primeros días del mes de junio de 1967, se efectuó una reunión a solicitud del Embajador de los Estados Unidos, con el presidente Barrientos, asistió también el presidente de la COMIBOL, el Agregado de Asuntos Laborales de la Embajada Norteamericana y el presidente ejecutivo para Bolivia, del Banco Interamericano de Desarrollo.

”El Agregado de Asuntos Laborales habló a solicitud del Embajador, explicó que su embajada poseía informaciones confidenciales y fidedignas, que en las minas de Catavi, Huanuni y Siglo XX se gestaba un plan de insurrección para derribar el gobierno, que los mineros habían acordado donar un día de haber al mes para que la guerrilla comprara armas y medicinas, que pensaban declarar las minas territorio libre de Bolivia, bloquear los caminos, para evitar la entrada de los camiones militares y que un grupo de más de 20 mineros, estaban listos para integrarse a las guerrillas del Che. Entregó la lista de los 20 mineros y los dirigentes que según él estaban en la conspiración.

”El presidente se quedó sorprendido, por las informaciones tan precisas que proporcionaban e ingenuamente preguntó, cómo la había obtenido. Su respuesta fue: ‘Los bolivianos no se caracterizan por su aptitud para la reserva. Unos tragos, una relación de amistad o simplemente la vanidad por mostrarse importantes o ser de los enterados, hacen que esas informaciones se escapen por las vías más insólitas’.

”Posteriormente habló el embajador para sugerir que era necesario tomar medidas drásticas y radicales, que había que acabar con el foco subversivo, que no se podían permitir guerrilleros en las minas.

”Un rato después entró a la reunión el representante del BID, Alberto Ibáñez González, hizo una buena exposición de toda la ayuda que tenían prevista para Bolivia, entre ellas, un

fondo de operaciones especiales con varios préstamos para agua potable y alcantarillado en diferentes comunidades rurales, acueductos para Cochabamba, Potosí y Santa Cruz y otros préstamos para el Consejo Nacional de Vivienda y la construcción de la carretera que uniría a Bolivia con Lima a través del departamento de Ilo en Perú.

”Cuando se retiró Ibáñez, el embajador norteamericano, volvió a ser categórico. Estos créditos se otorgarán si en el país reina la paz y la tranquilidad social.

”Después todos en Bolivia sabemos lo que pasó. Vino la masacre de los mineros. Entre las casi 100 víctimas, estaban los 20 mineros que el Agregado de Asuntos Laborales de la embajada de Estados Unidos, entregó al presidente Barrientos”.

El día 25 de julio el Che escribió: *La radio argentina da la noticia de 87 víctimas; los bolivianos callan el número [...]*

Por otras fuentes conocimos, que el Agregado de Asuntos Laborales de la embajada de Estados Unidos en La Paz, se ocupaba de las relaciones entre las organizaciones sindicales bolivianas y las norteamericanas AFL-CIO y la ORIT y que mantenía contactos muy estrechos con un mexicano nombrado Alberto Garza, funcionario de la ORIT.

Garza a su vez mantenía estrechas relaciones con el funcionario norteamericano Larry Sternfield, sindicado públicamente como Jefe de la estación de la CIA en La Paz.

Larry Sternfield había creado una red de colaboradores compuesta fundamentalmente por ciudadanos norteamericanos residentes en La Paz, entre ellos los 26 asesores que trabajaban en COMIBOL. Este grupo de colaboradores eran dirigidos por un norteamericano de apellido Holt, que fungía como corredor de minas. Las recepciones en su casa de La Paz, eran famosas.

Después de la masacre de la Noche de San Juan, los dirigentes mineros fueron apresados, confinados, otros desterrados, muchos llevados a las cárceles. Las organizaciones sindicales dejaron de existir. Agentes policíacos y espías llenaron las minas y las cárceles, cada semana decenas de despedidos, cualquiera podía denunciar a un minero como simpatizante

de la guerrilla y era automáticamente despedido.

A los sospechosos de simpatizar con los guerrilleros, le daban perentorias imposiciones para que abandonaran las minas con sus familiares en plazos entre 24 y 48 horas.

Todo organizado para someterlos de una u otra manera. Cuando no tenían justificación, los apresaban por cualquier motivo, los mantenían dos o tres días presos para aclarar el supuesto delito, al ponerlos en libertad, eran expulsados de las minas por haber faltado al trabajo, precisamente los días que estuvieron presos.

El diputado Zacarías Plaza, quien por órdenes de Barrientos dirigió la masacre y represión en las minas, apareció descuartizado dentro de su automóvil en el amanecer de la Noche de San Juan de 1970. Nunca se ha sabido quién o quiénes fueron. Todo ha quedado en el más absoluto misterio.

Durante nuestra estancia en Bolivia, visitamos las minas de Catavi, Huanuni, Siglo XX, Llallagua, Ocuri, Coro Coro y San José.

La triste soledad del paisaje andino, la miseria a cada paso, las oscuras poblaciones y los profundos socavones donde aceleradamente se va acabando la vida del minero.

En una de las minas hubo un acto en la plaza y alguien de los asistentes propuso un minuto de silencio en honor al Guerrillero Heroico y la sangre cubana y boliviana. El silencio fue total, sobrecogedor, imponente. Alguien gritó: ¡Viva el Che! y los presentes respondieron.

Allí conocimos que cada 9 de octubre, los mineros bolivianos al entrar al interior de la mina, le dedican un minuto de silencio a sus compañeros caídos en los combates de Ñacahuasú.

ZONA DE FLORIDA. MUERTE DE TUMA

El día 25 de junio los guerrilleros continuaron la marcha por un camino que previamente habían abierto unos ganaderos y a las cuatro de la tarde llegaron a un caserío nombrado Pirai, donde vivía la hermana de Paulino Baigorria.

Un kilómetro después se encontraron la casa de la hija de un señor de apellido Paniagua y la eligieron para acampar. Los campesinos le vendieron una ternera que prepararon inmediatamente.

El Che envió a Coco, Julio, Camba y León hasta el pobladito de Florida para realizar algunas compras. Antes de llegar visitaron la casa de Fenelón Coca, un campesino que colaboró con los guerrilleros, dándoles información sobre los caminos y la presencia de 50 soldados en el pueblo, así como la llegada de 120 ó 130 nuevos soldados para completar los efectivos militares.

CAÍDA DE TUMA

Al día siguiente se produjo un nuevo encuentro con los militares, narrado en el diario de Inti Peredo de la siguiente forma:

“[...] el 26, chocamos nuevamente con el ejército. Estábamos acampados en Piray, en las faldas del río Durán. Che había ordenado una emboscada mientras otro grupo de compañeros iban a buscar alimentos al pequeño pueblito de Florida. Alrededor de las cuatro y media de la tarde, envió de relevo a Pombo, Arturo, Antonio, Nato y Tuma, con el objeto de que descansaran Miguel y la gente de vanguardia. En los momentos de llegar se sintió un fuerte tiroteo. Tendidos en la arena había 4 soldados, aunque no todos estaban muertos. El ejército estaba desplegado al otro lado del río totalmente seco, ocupando buenas posiciones. Che llegó a ocupar su posición de combate y se situó al lado de Benigno y dio orden de que los compañeros de relevo, que ahora se convertían en refuerzos se colocaran en el blanco en que estaba Miguel. Sentimos unos gajos quebrarse por lo que supusimos que el ejército se estaba repliegando. Un ruido de camión nos indicó que llegaban refuerzos del enemigo. Inmediatamente se inició el tiroteo que nos sorprendió en una zona sin una buena defensa. Pombo fue herido en un pie con una bala de ametralladora 30. Posteriormente, Che dio la orden de retirada.

Cuando se cumplían estas instrucciones se conoció la noticia de que Tuma había sido herido en el vientre. Rápidamente fue trasladado a una de las casas de Piray, y varios kilómetros de la emboscada. Moro lo anestesió y empezó la operación, pero Tuma o Tumaine, como le decíamos cariñosamente, no alcanzó al término de la intervención. Tenía el hígado destrozado y una serie de perforaciones intestinales.

”Ese fue un día de dolor intenso para nosotros. Se perdía uno de los mejores compañeros, el más alegre, un combatiente ejemplar y querido [...]”

Sobre Tuma el Che escribió: [...] *Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento desde ahora casi como la de un hijo. Al caer pidió que se me entregara el reloj, y como no lo hicieron para atenderlo, se lo quitó y se lo dio a Arturo. Ese gesto revela la voluntad de que fuera entregado al hijo que no conoció, como había hecho yo con los relojes de los compañeros muertos anteriormente. Lo llevaré toda la guerra. Cargamos el cadáver en un animal, y lo llevamos para enterrarlo lejos de allí.*

YOLANDA PANIAGUA Y AUGUSTO COCA

En nuestro andar tras los senderos del Che, llegamos al caserío de Florida, una zona semillana con vegetación enmarañada, baja y dura. Son caminos ganaderos en pésimo estado que van atravesando las haciendas. Los charcos de agua podrida amenazaban cada ciertos tramos con interrumpir la marcha.

Cuando el Che llegó a Pirai, el día 25 de junio, escribió en su Diario: [...] *A las 16 llegamos al Piray, residencia de Paulino. En este lugar hay 3 casas de las cuales una estaba abandonada, en la otra no había gente y en la tercera estaba la hermana con 4 hijos, pero sin el marido que había salido con Paniagua, el de la otra casa, a la Florida. Todo parecía normal. A un Km. vive una hija de Paniagua y esa fue la casa elegida para acampar, comprando una ternera que fue sacrificada inmediatamente.*

Al llegar a Florida, conocimos que el señor de apellido Paniagua se llama Donato y su hijo, Benjamín, fue quien guió al Che.

Yolanda, la hija, era propietaria de la casa donde acamparon los guerrilleros, quien estaba casada con Augusto Coca. En la casa de Augusto y Yolanda fue donde operaron y murió Tuma.

A dos décadas de estos acontecimientos Augusto Coca y Yolanda Paniagua nos ofrecen sus testimonios que ellos recuerdan como si acabaran de ocurrir.

Yolanda tiene unos 37 años de edad, de mediana estatura, pelo negro, lacio y largo, recogido atrás, mujer tímida. Su esposo Augusto Coca, de unos 40 años, mediana estatura, pelo negro, pálido y enfermo, es hijo de Fenelón Coca, otro de los campesinos que ayudó a los guerrilleros.

Al entrevistar a Yolanda manifestó:

Me llamo Yolanda Paniagua de Coca. Soy la esposa de Augusto Coca, lo que yo sé, es que una tarde estaba trabajando en el chaco que estaba al frente de la casa y estaban llegando los guerrilleros, tres han llegado, en total siete.

Lo que yo hice fue que me asusté cuando los vi, pero ellos fueron muy buenos conmigo, cuando vieron que me asusté, me decían: “No se asuste señora, nosotros somos los guerrilleros, así nos dicen, no se vaya asustar que nosotros no le hacemos nada malo a nadie”. Se sentaron para charlar conmigo.

Uno de ellos me pidió una aguja con hilo. No me pidieron comida ni ninguna otra cosa.

Yo no reconocí a ninguno de ellos. Tenía a mis chicos en otro cuartico y los guerrilleros quisieron verlos, y ellos muy amables hasta con los chicos.

Llegaron a las cuatro de la tarde, estuvieron esa noche, durmieron ahí hasta el otro día.

No querían nada de comer, pero yo les di comida a uno que se quedó ahí conmigo. Estaba sola y tenía miedo pero se portaron muy bien y muy amables, totalmente nada malo hicieron. Yo tenía terror.

Mi marido estaba en el campo, cuando llegó con el ganado los guerrilleros le ayudaron a trancarlo y han charlado harto con él.

Interviene Augusto Coca para narrar:

Yo he convivido con los guerrilleros una noche y un día. Me preguntaron de los caminos, del ejército, dónde estaban, cuántos eran y yo les respondí. Eran unos 35 guerrilleros.

Reconocí al Che porque él estuvo en mi casa, también reconocí a Coco Peredo, Inti Peredo, León, Camba, Pombo, Benigno y el médico.

Ellos compraron en una pulpería que había en Florida, que ya no existe, no queda nada ahí, no vive nadie ahí.

Quisieron comprarme un “torillo”, les pedí 600 pesos y me pagaron bien, ellos se comportaron muy bien con nosotros, no nos hicieron daño ni hicieron daño a nadie. No quitaron nada a nadie. Eran muy buenas personas y muy valientes. Esa noche que han venido, fueron a buscar leña y a sacar yucas.

El que me compró el “torillo” fue Coco Peredo. Ellos estaban de guardia y a las once de la mañana se desparramaron porque venía el ejército y a las tres de la tarde fue el choque con los militares en el río Seco, cerca de la orilla donde vive Ramón González.

El ejército envió unos espías y fueron apresados por los guerrilleros y devueltos en calzoncillos, por eso supo el ejército que estaban los guerrilleros. El ejército mandaba a los espías, que eran zonzos y los guerrilleros los apresaban, conocían todo y los devolvían en calzoncillos. Espiaban para el ejército y daban los informes a los guerrilleros.

Los militares iban por el camino de la plaza del río Seco y los guerrilleros los emboscaron y murieron tres del ejército y un guerrillero que se llamaba Tuma y a Pombo lo “rayaron” en una pierna, entonces los llevaron para nuestra casa, como a las cuatro de la tarde volvieron ellos y nos sacaron a nosotros y a los chicos de la casa, para operar al Tuma, él era el doble del Che, porque se parecía al Che.

Señala Yolanda:

Yo escuchaba a uno que se quejaba y se quejaba, yo escuchaba por la pared.

Indicó Coca:

El Tuma murió ahí. El Che se quedó esa noche junto al fuego, no quiso echarse a dormir y charló conmigo. Me preguntó cuántos kilómetros había a todos los lugares, de todos los caminos; me preguntó de las personas. El Che estaba junto al fuego muy afligido porque Tuma era el hijo del Che. El Che no habló más, observó el fuego, toda la noche junto al fuego sin echarse a dormir.

Al otro día llevaron a Tuma para un potrero, cerca del cerro, lo enterraron en un lugar que se llama Laguna Seca.

Al ejército no lo vi, porque los guerrilleros me encargaron que no esperara al ejército porque me iba a obligar a guiarlo y para que no me llevara, yo me fui por otro camino. Los guerrilleros se fueron rumbo al norte, a un lugar que se llama Tejería, de ahí se fueron a Samaipata y la tomaron.

Después volvieron pero yo no estaba. Todos los campesinos de aquí se portaron bien con los guerrilleros y con el Che, nadie los delató, el encuentro con el ejército fue casual.

Ellos no abusaron y trataron de ayudar a todos los campesinos. Los militares fueron abusivos y represivos.

Los campesinos de aquellos lugares recuerdan cada detalle, hecho, y palabra. Conocen a Tuma como “el hijo del Che”, de quien hablan como alguien presente. Nos contaron que después que la guerrilla salió rumbo a Samaipata, los tatús desenterraron a Tuma y quienes primero lo vieron fue Román González y Andrés Yépez, después “vino el ejército para ver” y luego, en un helicóptero, personal para identificarlo. Los militares comunicaron que era un guerrillero brasileño.

Varios campesinos lo enterraron, “ahicito” al lado de la Laguna Seca, a 20 m no más de donde lo enterraron los guerrilleros, bien profundo para que los tatús no pudieran cavar. Todos respetan esa zona porque el Tuma era el hijo del Che.

Allí en Florida nos narraron como el 1ro de noviembre de 1967, Fenelón Coca, le hizo la tumba a Tuma y argumentó que “seguramente su familia era de muy lejos y no sabía lo que había pasado y porque Tuma era el hijo del Che”.

La tumba se hizo colocando en la mesa un mantel negro —que se llama crespón— y puso varios platos de comida para que

él viniera a comer, se colocaron masas de harina, animalitos de harinas, panales, bizcochuelos, maicillos, vasos de vino y de chicha.

Eso fue en homenaje a los difuntos de ese año, que ese año fue el de Tuma. Según las creencias de la zona los difuntos llegan a las doce de la noche del día 1ro de noviembre y se van a igual hora, del día 2 de noviembre.

A las doce del día se recoge todo lo que está en la mesa y se lleva al cementerio, pero como Tuma no tenía nicho Fene-lón le llevó su comida a donde está enterrado Tuma, allí en Laguna Seca.

En el cementerio las personas se emborrachan, porque llevan bebidas para ellos y para los difuntos, se cantan canciones especiales para difuntos.

En el primer año, otras familias le hicieron tumbas a Tuma, porque nosotros hicimos como si fuéramos sus dolientes y sus familiares.

Ya los demás años no se le hace tumba a ningún difunto viejo, porque hay que hacerla a los nuevos. Cada año para los nuevos, para los viejos le ponemos solo un vaso de agua, velitas nuevas, dos, un platillito de comida, porque cada año vienen los difuntos a comer y beber. Fene-lón Coca le rezó las nueve noches de rosario al Tuma.

CAMINO A SAMAIPATA

El día 27 de junio, después de enterrar a Tuma, continuaron la marcha, guiados por unos campesinos, hasta un lugar conocido como Tejería. De allí siguieron el camino hasta Paliza donde devolvieron dos caballos que les habían prestado.

Desde Paliza los guió otro campesino hasta el cruce del camino que va hasta la casa de don Lucas un anciano muy respetado y conocido en aquellos lugares.

El día 29 el Che reunió a todos los combatientes, e hizo un especial reconocimiento al peruano Juan Pablo Chang Navarro, y habló sobre lo que significó personalmente para él la muerte de Tuma. Ese día también criticó algunas faltas de autodisciplina y lentitud en la marcha.

Acerca de los acontecimientos del paso de la guerrilla por esta zona, Dariel Alarcón explicó:

Después de dejar el Pirá y enterrar a Tuma, salimos en nueve caballos que recogimos entre los que llevaban los espías que fueron apresados el día 26 de junio y otros pedidos a algunos campesinos. Seguimos para Tejería, que era una aldeíta que se encuentra entre el Pirá hacia la carretera Santa Cruz-Cochabamba, allí llegamos al amanecer.

En ese lugar nos encontramos a un muchacho que estudiaba en Cochabamba; pero ese día estaba visitando a sus padres que vivían allí, en Tejería. Tuve la oportunidad de conversar bastante con ese muchacho, porque él se estaba preparando para regresar a la ciudad y nos acompañó durante un buen tramo del camino.

A las dos de la tarde salimos de allí, media hora más tarde salió el resto de los compañeros. El muchacho nos informó que en Cochabamba se hablaba mucho de nosotros y que los estudiantes planteaban que había que cooperar con los guerrilleros, pero no sabían cómo hacerlo. Él prometió hablar con ellos y contarles que nos había conocido y charlarles de nuestra lucha y lo que estábamos haciendo. Fue Inti quien le explicó ampliamente de los objetivos de la lucha.

Por su parte, él habló de los militares que apremiaban a los

estudiantes y les prohibían hablar sobre la guerrilla. Con él iba otro muchacho de Tejería que nos servía de guía.

Nos sorprendió la noche por el camino, pero llegamos temprano a una casa que se encuentra en un lugar que es conocido como Paliza.

El Che anotó, el día 27 de junio en su Diario: [...] *El viaje fue largo para los últimos, a los que sorprendió la noche y debieron esperar la luna, llegando a las 2:30 a la casa de Paliza de donde eran los guías. Devolvimos dos animales al dueño de la casa de Tejería que es sobrino de la vieja Paniagua, para que se los hiciera llegar.*

Benigno continuó:

El guía, que acompañó al estudiante, se llevó los caballos para devolverlos a su dueño. Allí en Paliza conseguimos otro muchacho que nos sirvió de guía hasta el cruce de un camino que iba para la casa de un señor conocido como don Lucas. Él cobró 40 pesos y se los pagamos. Tomamos por un camino que se llama Loma Mansa hasta la casa de Lucas que vivía en la cumbre de esa montaña.

Recordamos que Pacho refirió en su diario que antes de llegar se encontró con unos campesinos, los cuales le informaron sobre dos espías del ejército que estuvieron en la zona. Agregó que fueron muy amables, los invitaron a comer junto a Aniceto y le informaron sobre la mala propaganda que el ejército estaba haciendo contra los guerrilleros.

Benigno expresó:

Don Lucas era un viejo que tendría unos 50 años, pero aparentaba mucho más. Era el típico campesino camba, bastante acabado, de un carácter fuerte y decidido, conversador y desprendido; era un hombre mestizo, afable, acogedor y respetado por todos. Su modo de vida era diferente, para él la vida tenía otro sentido. Los demás campesinos lo venían a buscar para que les diera consejos. Podemos decir que era el orientador de la zona contra la política del gobierno de Barrientos y del ejército.

Además de su casa, había otras dos casas, una de un trabajador eventual y la de otro campesino. Recuerdo que enseguida acudieron varios campesinos a su casa, sería por curiosidad, pero fueron para allá. Lucas era servicial, se brindó enseguida a cooperar con el Che; dio informaciones sobre los caminos, sobre la presencia del ejército por la zona y sobre las características del resto de los campesinos: cuáles podían ayudarnos y cuáles no. Se brindó voluntariamente para ayudarnos a abrir un camino para que los caballos pudieran pasar, lo hizo cortando arbustos con hacha y machete como uno más de nosotros.

El Che escribió sobre Lucas el día 30 del propio mes: *El viejo Lucas dio algunas informaciones sobre sus vecinos, de lo que se desprende que ya el ejército anduvo haciendo su preparación por aquí. Uno de ellos, Andulfo Díaz, es el secretario general del sindicato campesino de la zona, sindicado como barrientista; otro es un viejo hablador al que se dejó salir en razón de estar parálítico y otro es un cobarde que puede hablar, según sus colegas, para no buscarse complicaciones. El viejo prometió acompañarnos y ayudarnos a abrir el camino a Barchelón; los dos campesinos nos seguirán [...].*

Recordó Benigno que cuando llegaron a la vivienda de don Lucas, entró un frente frío con lluvia, y pasaron la noche en un bosquecito cercano a la casa:

Continuamos el camino y después nos encontramos con tres muchachitos que estaban pastoreando unas vacas con sus terneros, les ayudamos a arrear el ganado y Ñato y yo ordeñamos tres vacas para darle a Pombo, que aún estaba convaleciente de la herida que había sufrido en el combate del día 26 de junio.

Los muchachitos eran sumamente tímidos, casi no querían hablar, estaban uno pegadito al lado del otro, como protegiéndose. Había que verles las miradas de asombro o miedo, muy sucios. Les acompañaba un perro viejo y flaco que no tenía ánimos para ladrar. Ellos nos informaron de un naranjal que había más adelante.

Allí vivían dos hijas del viejo, una de ellas enferma de bocio. La casa era pequeñita, con dos cuarticos, una salita y una cocinita al fondo; era bonita para aquellos lugares. Tenía un

jardín al frente, con flores y rosas, no muy usual por aquellos parajes. Todo bien cuidado. Las plantaciones de rosas estaban bien atendidas. Había gladiolos con espigas muy lindas. No sé por qué corté una de aquellas flores y me la puse en el bolsillo, tal vez pensando en nuestros campesinos que siembran flores delante de sus casas.

Nos guiaban unos campesinos, uno de ellos nombrado Andrés Coca y otro, Roque, con su hijo. Llegamos a la casa de otro campesino llamado Nicomedes Arteaga, este era rico, tenía una hacienda grande y un buen naranjal. Las naranjas se estaban pudriendo, pero él no quería regalarlas. Su vivienda se encontraba un poco más abajo del naranjal, casi junto al río de La Piojera, también la de varios de sus hijos. Y junto a las casas un hermoso cafetal. Nos vendió café. Arteaga contratava a varios peones para que le trabajaran, pero estos estaban temerosos, había seis en total. No querían hablar con nosotros, solo nos miraban y se reían, pero con el miedo a su patrón reflejado en el rostro.

El trato de Arteaga con ellos era malo, bastante explotador, los tenía en un rancho apartado de la casa y no podían entrar a esta. Les daba de comida lagua, que es una especie de sopa de harina de maíz, mientras los hacendados comían loco de pollo.

Permanecimos todo el día allí. Como le pagábamos bien, los campesinos de los alrededores nos vendían lo que necesitábamos: nos trajeron naranjas, piñas y cañas. El miedo se fue perdiendo poco a poco. El Che les sacó fotos a varios de ellos, fue un gran acontecimiento, todos se prepararon para las fotos, se peinaron y algunos se lavaron la cara.

El Che se refirió a ello cuando, el 3 de julio, escribió:

[...] Saqué unas fotos que me valieron el interés de todos ellos; veremos como las revelamos, las ampliamos, y se las hacemos llegar: 3 problemas [...].

Benigno recordó:

Comenzamos a freír un puerco grande y varios campesinos nos ayudaban en esos menesteres domésticos. Cuando pasó un avión, y del susto y el corre corre, los campesinos viraron el

caldero, al pasar y al caer la manteca caliente sobre la candela, por nada se quema la casa, pues hizo un fuego tremendo y eso aumentó más el miedo de los campesinos.

Por la noche alguien comentó que iban a bombardear y cuando nos dimos cuenta todo el mundo estaba saliendo con sus pertenencias para irse lejos de ese lugar; hubo que atajarlos y conversar con ellos para convencerlos de que nada iba a pasar.

El 4 de julio llegamos a la casa de otro campesino, llamado Manuel Carrillo, estaba aterrorizado, pero nos atendió bien. Ahí comimos y dormimos en un rancho abandonado. Carrillo informó que hacía unos días habían pasado unos soldados rumbo a un lugar que se llama Bermejo. Tenía miedo, pero se comportó muy bien.

Al día siguiente, cuando nos disponíamos a partir, vemos que todos los campesinos con sus familiares, ollas, bultos, caballos, vacas, chanchos, las gallinas y los patos amarrados, se llevaban todo para irse con nosotros por el miedo a las represalias que el ejército iba a cometer contra ellos.

Querían seguir, pero hubo que convencerlos para que se quedaran, pero de todos modos caminaron más de un kilómetro hasta un arroyo, en que nos desviamos porque ellos decían que el ejército los matarían.

Sobre este hecho, el Che anotó el día 5 de julio: *Toda la zona, las familias, con sus enseres se movilizó para escapar a las represalias del Ejército. Caminamos entreverados con bueyes, chanchos, gallinas y personas hasta Lagunillas, apartando el río de la Piojera y tomando su afluente, el Lagunillas durante un kilómetro. Nos sirvió de guía un campesino infelizote, de nombre Ramón, cuya familia tiene el miedo proverbial en esta zona [...].*

Benigno narró:

Dormimos a la orilla del camino y en ese trayecto encontramos a un tío de Sandoval Morón. Morón era un líder campesino muy importante, que tenía a más de 1 000 campesinos armados en la zona de Santa Cruz; estaban bien organizados, pero respondían exclusivamente a él. Se había decidido hacer

cumplir la Ley de Reforma Agraria con esos campesinos armados. Era un enemigo acérrimo del régimen de Barrientos, un líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario y con esos hombres estaba interviniendo fincas de los terratenientes y haciendo cumplir la Ley de Reforma Agraria que Barrientos estaba revocando.

El día 6 de julio por la mañana seguimos para Peña Colorada. Llegamos a una casa donde estaba una mujer sola, nos dijo que su marido se encontraba en una casa más abajo, casi llegando a la carretera donde vivía una mujer viuda. Comenzó a contarnos muchas cosas feas de esa viuda y concluyó proponiéndonos que nos ayudaba si le dábamos una golpiza a su marido. Dijo que su esposo solo venía a la casa a comer y se iba a dormir con la viuda.

En nuestro andar por los caminos del Che, tratamos de conocer sobre los campesinos de la zona de Pirai, Tejería, Paliza y la Cumbre de Loma Mansa. El tiempo ha pasado y este se vuelve implacable. Don Lucas había muerto. Celso Roca, el campesino que le prestó los caballos al Che, también había muerto; nos encontramos con su hijo Liber, de 16 años de edad, que venía en un caballo, al pelo. Era poco lo que podía aportar, aunque nos dio datos de valor sobre los caminos y algunas personas que buscábamos, por ejemplo: nos dijo que el campesino Yépez, se nombraba Germán, y sus tres hijos, los que se encontraron con los guerrilleros, se llamaban Juan, Hipólito y Renán, pero que ya todos habían emigrado. Supimos que el campesino que guió a los guerrilleros hasta Tejería fue Benjamín Paniagua. Su hermano Hernán también tuvo contacto con los guerrilleros, pero ambos se han ido de la zona. Fenelón Coca también murió, Yolanda Paniagua y Agustín Coca viven en Florida, al igual que la familia de Melgar. Sobre los demás dio elementos que ayudaron a la correspondiente ubicación, como en el caso de Tomás Aldana, en Tejería.

En estos lugares se dan las características de que la tierra es muy pobre y los campesinos están obligados a sembrar durante cuatro o cinco años. Cuando la tierra se agota, deben trasladarse a otros lugares para continuar el mismo ciclo. El Che en su Diario, con relativa frecuencia, hace mención a los chacos abandonados.

Después de mucho andar, encontramos a Andrés Coca, muy desconfiado dijo que él no era la persona y dio otro nombre. Dijo no saber nada, ni haber visto nada. Aseguraba que estábamos confundidos, que no era él. Que tal vez había otro Andrés Coca, y afirmaba que nosotros éramos militares o enviados por ellos.

Coca quería saber quién nos informó donde él vivía, dijo que se había ido lejos para olvidar todo y no ser hallado. Insistía en saber por qué lo alcanzamos, decía que ya estaba viejo y cansado para volverse a ir lejos donde nadie lo encontrara. Reiteraba que “alguien lo ha querido dañar” y que “había sufrido mucho”.

Coca nos miraba atemorizado. Sentimos pena por este hombre que no quiso hablar y en el que el alcohol o la coca han dejado huellas profundas; o tal vez, lo que pasó después de ser detenido por los militares, pero se negó a contar.

LA TOMA DE SAMAIPATA

El día 6 de julio los combatientes salieron temprano hacia Peña Colorada. Ese mismo día, al atardecer, descendieron hasta una casa donde había una pequeña bodega. Allí esperaron la noche y bajaron por una quebrada hacia la carretera Santa Cruz-Cochabamba, situándose a un lado de la misma, donde había una casita propiedad de una mujer viuda.

Allí esperaron hasta que llegó un camión que procedía de Santa Cruz; otro más que se detuvo por solidaridad; después un tercero por curiosidad, y luego un cuarto. Los vehículos fueron situados a un costado de la carretera y los choferes y pasajeros se dispusieron a esperar con mucha curiosidad e informaron sobre los lugares. El plan era tomar Samaipata, capital de la provincia Florida.

Los comisionados para la acción salieron en un camión hasta el pueblo situado a unos 3 km de distancia.

Aquella noche el combatiente Alberto Fernández Montes de Oca narró en su diario:

“Acción en Samaipata.— En marcha.— Caminamos todo el día y anocheciendo llegamos a la carretera Santa Cruz-Cochabamba (Peña Colorada). A las 6:30 Fernando nos reúne y ordena a la vanguardia tomar la casa al otro lado de la carretera. Preparar algo de comer. Coco, Chino, Médico B y Aniceto, paramos una camioneta o *jeep* para ir a Samaipata por víveres, medicinas y equipos médicos, hospital. Al no venir ninguna camioneta a las 11 pm. se nos ordena tomar cualquier vehículo. Se nos vienen 4 camiones, uno trata de escapar, se le dispara y se detiene. A las 11.23 pm. salimos en un camión cargado de azúcar, nos bajamos en tráfico, yo con Chino compro refrescos e invito empleados Gulf y Chinchu y Coco cogen a un teniente y un soldado, con el teniente prisionero salimos para el cuartel en ataque Comando. Llegamos a la esquina manejando yo una camioneta de la Gulf, caminamos 1 ½ cuadra a la puerta del cuartel. El teniente da las señales a las postas, al abrirse la puerta, nos lanzamos al interior apresando a 5 soldados armados con ZV. 30 y 2 máuser, Coco al dormitorio, uno dispara a Coco, contestamos al fuego y resultó muerto. Meten

a soldados en camioneta. Fueron con Moro a la farmacia por abastecimientos. Estábamos por el pueblo. Compramos ropa y calzado y nos regresamos [...]”

Con inmenso deseo de conocer el poblado, llegamos a Samaipata. La carretera que la comunica con Santa Cruz estaba casi intransitable. Nos encontramos con el río Piraí. Hacía cuatro días que estaba crecido, las personas y vehículos esperaban que los vadeadores, nativos que guían a los transportes por las partes más bajas del vado, pudieran comenzar su trabajo. En cada margen del río, mujeres, hombres y niños bajaban de sus respectivos transportes para adquirir algunas frutas que los pobladores más cercanos llevaban para vender.

Luego de unas horas de viaje, al pasar una curva cerrada nos sorprendió un letrero: SAMAIPATA, este señalaba un desvío que se dirigía a la planta de bombeo de petróleo. En un recodo del camino, un salto de agua, pequeño y fuerte que venía desde el alto monte y caía entre las piedras, para seguir su curso espumoso. Ahí como escondido entre arbustos y verdes ramajes, la casa de la vieja viuda mencionada por el Che en su Diario.

Al llegar, encontramos a la señora Berta Molina, quien temerosa y con palabras entrecortadas respondió a nuestra pregunta acerca de la estancia de los guerrilleros por la zona. Ella dijo:

Yo vivía en una casita que ahora está al lado de una cachuela por donde llegaron los guerrilleros a la carretera. Yo vi salir a unos hombres con barbas grandes y uno sin barba por la cañada, no sabía quiénes eran, ellos bajaron hasta la casa para comprar cigarros y luego vi como tomaron la camioneta de la Gulf y se fueron, pero antes de coger la camioneta, ellos vinieron aquí, estuvieron viniendo pero yo no sabía quiénes eran. Pero después dije: “Serán ellos, los guerrilleros”. Estuvieron dos hombres altos, era de día, y era de noche cuando ellos llegaron, mi esposo no estaba, yo sola, con mi hijito, me puse muy nerviosa.

Ellos compraron todo y pagaron todo bien, mi esposo tenía una huerta arriba, con naranjas y con esas preocupaciones él fue hasta la huerta para ver, y había huellas de zapatos de

goma y las huellas iban para adentro, y él las vio pero no tuvo tiempo para seguir hasta el final donde se encontraban ellos. Eso se llama Potrero Redondo. Ellos acamparon ahí, se hacían proveer de víveres para alguien, pero eso no me consta. Ya no supe para donde se fueron después. Seguramente de donde salieron, volvieron.

Se habían ido en una camioneta de color azul, pero no solamente había esa camioneta, había otras movilidades.

Berta se quedó mirándonos silenciosamente, no dijo otra palabra, sus ojos grandes, negros, expresivos, preguntaron: “¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan?”

Nos indicó el camino para llegar a Samaipata, que el guía conocía, y nos despedimos agradecidos por su información. Llegamos a la capital de la provincia Florida, Samaipata, nos pareció grande, en comparación con los demás caseríos y poblados.

Tomamos un puñado de tierra y contemplamos su territorio montañoso, quebrado, atravesado por varias serranías como la de Mairana y la de La Negra. Por sus calles caminaron Pachungo, Coco, Ricardo, Aniceto, Julio y el Chino, los hombres encomendados por el Che para realizar la acción.

Samaipata es un nombre de origen quechua cuyo significado es región alta y buena, lugar de descanso. Fue fundada en 1618.

Llegamos al mismo hotel Velocidad donde dijo Pacho que había comprado refrescos e invitado a los empleados de la Gulf. Allí estaba Magdalena Ortiz, su propietaria, la mujer que habló con los guerrilleros, gruesa, de rostro enérgico, de pelo negro y lacio, tenía unos 50 años.

MAGDALENA ORTIZ HABLÓ CON LOS GUERRILLEROS

Magdalena respondió a nuestras preguntas:

Cuando el Che vino a Samaipata, yo estaba aquí, porque desde temprano las gentes sabían que él iba a llegar y estaban los soldados alistados y se escondían detrás de las puertas y de las paredes esperándolos, también estaban los de la policía.

Había un cuartel, con muchos soldados, dos estaban al lado mío y como a las doce de la noche se apagó la luz y la gente empezó a correr, corriendo llegaron aquí y dijeron: ¡Han llegado los guerrilleros! ¡Han llegado los guerrilleros! Cuando salí para ver, había llegado un camión de azúcar, eran tres guerrilleros y me asusté, el jefe del pueblo se metió debajo de la mesa del miedo.

Los del ejército pensaban que eran muchos guerrilleros y que iban a hacer algún mal, que mataban a las gentes. Y yo salí, luego ellos me preguntaron: “¿Señora, usted no tiene miedo?” y les respondí que no, entonces el guerrillero me dijo: “¿Bueno, usted me da la mano?” y se la di, pero estaba temblando de miedo. Y me pidió: “Yo quiero refrescos”. Yo tenía botellas de refrescos y una se la tomaron ahí y otras dos se las llevaron. Me preguntaron que si el pueblo era aquí y les dije que no, que era más adelante, todavía más adentro y preguntaron si había farmacia y si había medicinas porque ellos querían y les dije que sí y él me explicó: “Sabe señora, yo no voy a hacerle daño a nadie y si estoy andando es por bien de todos ustedes”. Y de ahí se fueron y me dieron una suma de dinero, puros de a cien pesos, yo no recuerdo bien la cantidad. Me pagaron todo. Aquí al ladito había un quiosco y compraron todo lo que había en él y cuando le preguntaron que cuánto era, la dueña no sabía cuánto habían consumido, pero ellos le dieron dinero a la señora. A los jóvenes les preguntaron que de quiénes eran las movilidades, pero no sé qué les contestaron, ellos se subieron a la camioneta del medio que tenía la llave puesta y en ella se fueron al pueblo.

Ahí estuvieron en la farmacia que ya está cerrada. Golpearon la puerta y el señor se asustó, pero no huyó. Este señor de la farmacia se llama Héctor Isturia, vive en la Plaza y tiene la farmacia. Él dijo que ellos vieron las medicinas y compraron todas y otras cosas, que él no podía sacar cuentas del miedo que tenía y le dieron el dinero sin que él hiciera la cuenta y se dice que estaban saliendo cuando un soldadito tiró, pero al parecer no les hizo nada, pero ahí murió uno.

De ahí se fueron en camioneta, en el pueblo habían agarrado como a 10 soldados juntos con el teniente Juan Vacaflor y

se los llevaron hasta la finca La Castilla y los desvistieron toditos hasta dejarlos en calzoncillos y los soldaditos se viraron en calzoncillos desde Castilla hasta Samaipata, unos 2 ½ km de aquí.

Cuando nosotros seguimos con las chicas del quiosco sentimos como una tropita corriendo y yo cerré la puerta y vi a los soldaditos corriendo. Los guerrilleros se fueron, porque ellos se habían hospedado en Palermo y habían lanzado a todos los soldados en calzoncillos y recogieron el camión en el que habían venido y los guerrilleros dejaron la camioneta en el río y después de la media noche habían regresado atrás, pero eso sí yo no lo vi.

Magdalena se paró en la puerta del hotelito y señaló por donde entraron los guerrilleros, momento en que le preguntamos que si había visto al Che. Rápidamente respondió:

Yo lo vi, le digo que yo he charlado con él, todo lo que he charlado fue con el Che. A mí me pareció que era una bella persona, muy sencillo, se veía fatigado, enfermo, él dijo que no podía tomar ninguna gaseosa, que le hacía mal.

Luego llegó una comisión de La Paz, porque les dijeron que él había estado por aquí, llegaron con los periodistas y me preguntaron que cuál de ellos era el que había charlado conmigo, yo les dije que el Che y me sacaron fotos y me hicieron preguntas, que dijeron que era para la Argentina y que me iban a mandar una revista, pero no me mandaron nada.

—¿Él entró aquí? —le preguntamos.

—Sí, entró.

—¿Cómo se llama este hotel? —inquirimos de nuevo, después de tomarle una fotografía, prometiéndole que esta vez sí le llegaría.

Se llama Velocidad. Mis hijos hablaron con los guerrilleros. Tengo un hijo que ya es licenciado, y andaba atrás del Che, pues él se hizo querer de los muchachos. La población no dijo nada malo de ellos, porque no hicieron ningún daño, incluso los refrescos que se tomaron aquí se lo pagaron a mi chico, el Che era una bella persona.

¿Los soldados? Ellos estaban tras los guerrilleros, ellos querían matarlos y yo digo cómo es que si los militares tenían todo preparado, cómo es que en el preciso momento que ellos llegan, no apareció ningún soldado. Dicen que los había llamado el teniente Vacaflor para repartirles más municiones en el cuartel, en ese momento en que entran los guerrilleros, ellos se van para el cuartel y en ese momento se corta la luz.

Magdalena se quedó pensativa y dijo:

Eso del corte de la luz es muy extraño, la suerte les ayudó o alguien de sus colaboradores les ayudó. Cuando se cortó la luz esto se llenó de gentes, llenitas de miedo, de aquí pasaron al hotel Turista donde cortaron el teléfono.

Nos adentramos en el pueblo, caminamos hacia el parque, allí donde está la iglesia y la farmacia del señor Héctor Isturia, al mismo lugar donde llegaron el Chino y Julio. Está en la misma esquina, es una casa antigua de mampostería con tres puertas, una de las cuales se abre a la mitad. En la estantería y en el mostrador estaban una balanza y un mortero, instrumentos que cuando llegaron los guerrilleros se encontraban en el mismo lugar.

Héctor Isturia dormía el acostumbrado mediodía y se levantó para atendernos, era uno de los 470 farmacéuticos que realizaban función de médicos en el año 1967 en toda Bolivia.

Con denotada ascendencia española, un hablar bajo y pausado, este hombre de baja estatura, de cultura y experiencia en esa humana profesión, nos explicó como en aquella zona alta, no había enfermos de asma, razón por la cual esta medicina no es necesaria y por ello no pudo vendérsela a los guerrilleros.

Héctor se imaginó que íbamos a preguntarle sobre la llegada de los guerrilleros a la farmacia, por lo que a nuestra primera pregunta explicó, atento, señalando con ademanes lentos:

Esta farmacia era contigua a esta casa, ¿ve usted? Hasta aquí llegaron ellos. A eso de la una de la madrugada aparecieron tocando a la puerta de la farmacia, y yo vine en ropa de cama. Eran cinco guerrilleros que tocaban la puerta y me decían que abriera. Cuando abrí la ventana me encontré con el médico, el

Chino que era como lo llamaban, y él se presentó y me pidió que les abriera, yo no quería porque tenía miedo, y traté de darle la vuelta a la vitrina para cuidarme más y ellos me exigían que les abriera, entonces él puso el fusil entre la puerta para intimidarme, y el otro le dice: “Salta y entra”. Entonces mi mujer me dice que abriera y yo abrí para que ellos entraran.

El Chino se puso a buscar las medicinas que hacían falta y el otro pasó a la pulpería. Luego pasaron 15 minutos, el Chino cogió las medicinas y las echaba en un bolsón en la camioneta, donde también tenían a los soldados presos. Los otros guerrilleros decían que se apuraran, pero ellos respondían que estaban sacando la cuenta, y los que estaban afuera le piden que calculen, por lo que me piden mi precio de la mercancía y yo no podía calcular y dije: 1 800 pesos, entonces me pagaron.

Al despedirse, el de arriba que no sé quién era, me dice: “Señor, discúlpenos por haberlo molestado a esta hora de la noche pero esto que estamos haciendo es por un futuro mejor, porque este pueblo está muy atrasado, muy sufrido”. Y le dice el doctor al teniente Vacaflor: “Mira, no estamos robando, sino que pagamos su valor.” Y así se despidieron.

No me hicieron ningún daño, pagaron bien, para mí era bastante, y la impresión fue magnífica.

Mire, la farmacia estaba de este lado, estaba surtida, los bancos y las sillas de la farmacia eran de la época, pero ellos no llegaron a sentarse, ellos estaban de pie, estuvieron como media hora parados. Yo estaba asustado y además estaba prevenido por las autoridades de que los guerrilleros vendrían.

Cuando yo digo el doctor me refiero al Chino, porque el Che no estuvo aquí.

Al despedirnos nos entregó la balanza y el mortero, dos objetos testigos de una época histórica que después de 18 años él recordó sin olvidar detalles.

Después de la toma de Samaipata, algunos pobladores contaron que los combatientes pasaban de 100, otros decían que 70 u 80 y casi todos aseguraron que vieron al Che por sus calles, hasta los que no salieron de sus casas durante la ac-

ción, describían a los hombres con barbas que se comportaron respetuosamente.

El viernes, 7 de julio, Pacho escribió en su diario: “[...] Regreso a Peña Colorada.— Dan la noticia de la toma de Samaipata y me confundieron con el Che Guevara, ya que según dijeron había estado en la acción [...]”.

Entre los agregados a la historia real los pobladores cuentan que los guerrilleros llegaron por la tarde a la casa de un alemán llamado Enrique Stember y que este fue hasta un poblado llamado Las Cuevas y desde allí utilizando un teléfono informó a los militares, quienes trataron de movilizar a la población y se situaron en puntos estratégicos.

Por la insistencia del guía llegamos a la casa de la maestra Elba Mariaca, una mujer alta y delgada, de pelo castaño, de unos 48 años, quien con la sinceridad que enaltece su profesión explicó:

Sobre lo sucedido en el pueblo cuando llegaron los guerrilleros se han creado muchas leyendas. Todos hablan, todos saben, todos vieron. Hasta los alumnos que no habían nacido hablan como si ellos también hubieran estado presentes.

Le pedimos que nos hablara de los momentos en que el pueblo esperaba la llegada de los guerrilleros y ella apuntó:

Mire, se creó una atmósfera de nerviosismo primero y después de curiosidad. Nadie creía al subprefecto Aniceto Justiniano que con un altoparlante decía: “Ciudadanos de Samaipata, gentes foráneas, gentes extranjeras vienen a invadirnos”. Pero todos los pobladores sabían que los guerrilleros no hacían daño y que los guerrilleros eran Coco e Inti Peredo y que si necesitaban algo lo pagaban.

Los guerrilleros estaban en Las Cuevas y detuvieron todas las movi­lidades que venían para Samaipata, en la primera hora se apoderaron de cinco camiones. El sexto no paró y continuó su camino ignorando las advertencias de los guerrilleros, entonces 25 balas de ametralladoras pincharon y perforaron sus cuatro llantas, el camión se detuvo y el chofer se había enojado.

Los guerrilleros le dijeron: “Disculpe señor, no queremos hacerle daño”, le explicaron y le pagaron sus llantas como

“nuevitas”, el chofer “se contentó” y se tomó un refresco con ellos.

Después llegó una góndola llena de estudiantes de Oruro que iba para Santa Cruz, para protestar en un mitin contra el gobierno, a esa también la detuvieron los guerrilleros.

Ellos salieron de Las Cuevas a las once y treinta de la noche, el teléfono sonó, era algo preparado, porque se creó la confusión en las mentes de los militares y justo cuando ellos estaban reunidos llegó un camión azul con los guerrilleros, todos fueron tomados presos y desarmados, y los guerrilleros se cambiaron para otro transporte, era un camión blanco de la Gulf.

Dicen que un grupo de guerrilleros se quedó oculto en el monte y que un comandante vietcong vigilaba a los soldados. Ellos entraron a la una y veinte de la madrugada. Nadie dormía, todos salieron pero cuando comenzaron los disparos, todos volvieron a sus casas y después volvieron a salir. El Che Guevara iba disparando delante de ellos. Todos llevaban chamarras blindadas. Fue una batalla donde los soldados fueron desarmados y desvestidos. Cuando las gentes los vieron llegar así eran la risa y la burla de todos.

Lo que explicó Elba se ratifica con lo que escribió el Che el 20 de julio: [...] *la acción de Samaipata se conoce con pelos y señales y agregados y es motivo de burla de los campesinos* [...].

Todo el mundo vio al Che y también vieron a los Peredo. Al otro día de la toma del pueblo llegaron más militares y una comisión para hacerle juicio a los soldados y pusieron a otros militares en sus puestos, interrogaron a todos los pobladores que presenciaron la toma de Samaipata.

Los propios militares bolivianos reconocen que la toma de Samaipata fue una acción sobresaliente y osada que conmovió a la opinión pública nacional e internacional, fue un golpe espectacular donde los guerrilleros aparecieron como hombres audaces y valientes. Recuerdan impresionados a las gentes aglomeradas en la carretera, esperando su entrada, curiosos, temerosos algunos que poco a poco se acercaban perdiendo el miedo.

Con la toma de Samaipata quedó demostrado que los guerrilleros podían llegar, transitar y tomar algunos puntos de la estratégica carretera Santa Cruz-Cochabamba, sin que el ejército boliviano tuviera capacidad de respuesta; que podían contar con el apoyo y la simpatía de los pobladores; que era posible tomar una capital de provincia sin que se produjeran bajas de su parte; que podían llegar con relativa facilidad hasta las zonas del Beni o Cochabamba donde tenían previsto desarrollar las bases campesinas para el futuro de la guerrilla.

Con motivo del XX aniversario de la toma de Samaipata, un samaipateño, el doctor Juan Sabás, visitó Cuba, era el propietario de la hacienda La Castilla donde estuvieron los combatientes y desvistieron a los militares. Nos reunimos con él en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Él aseguró que en esa hacienda, liberada durante unas horas por el Che, algún día se sembraría un bosque con las diferentes plantas o árboles representativos de nuestros pueblos latinoamericanos y que ya han comenzado a plantarlos. En un gesto de gratitud y homenaje a los héroes, donó a nuestro pueblo la propiedad de ese terreno, confiado en que en un futuro no muy lejano su sueño se hará realidad.

Como dijo la maestra Elba Mariaca, hasta los niños cuentan lo que ellos no vieron y agregan hechos, describen a los guerrilleros como hombres grandes, poderosos, y aseguraron que tomaron el fuerte de Samaipata en el que combatieron más de una hora y que eran invencibles, que partieron hacia los misteriosos laberintos de El Fuerte de los incas, donde los soldados no se atrevieron entrar y que todavía suben y bajan y caminan bajo la tierra hasta la fortaleza incaica de Incallacta en Cochabamba, la más grande de América y van hasta las serranías de Thuti a la cual atribuyen el significado de puntas, cimas, en quechua: pecho de mujer, lugar donde se alimenta y nutre la vida.

LA LUCHA DE LOS ESTUDIANTES

El mismo día 6 de julio, después de la toma de Samaipata, los guerrilleros comenzaron el regreso, el Che señaló en su Diario que el miedo seguía entronizado en las gentes. En el viaje se encontraron con un campesino que anteriormente muy amable, les vendió alimentos, y proporcionó información sobre el ejército, señalándoles que en el caserío de San Juan había 100 soldados.

Posteriormente otros campesinos informaron al Che que en San Juan no había soldados, por lo que el Guerrillero Heroico infirió que era una treta del campesino para que se fueran rápido.

La tropa guerrillera se dirigió entonces hacia el Filo, caminando por el río Piraí, toda esta zona estaba deshabitada. La marcha continuó hasta el día 13 en que llegaron a la primera casa, donde decidieron acampar, el propietario no estaba, pero llegó después. Se llamaba Aurelio Mancilla, quien alertó a los guerrilleros sobre la madre del corregidor que los había visto y afirmó que seguramente ella avisaría a los soldados que se encontraban ubicados en el rancho del Filo. Pasaron la noche allí.

Al día siguiente Mancilla y un cuñado del alcalde guiaron a los guerrilleros por los caminos más indicados. Cuando avanzaban, apresaron a un soldado que acompañado de otro campesino nombrado Anselmo se dirigía al Filo. El soldado informó a los guerrilleros que llevaba un mensaje para el subteniente de Pampa, otro caserío, donde habían acantonados 30 soldados. Por ese motivo el Che decidió cambiar la ruta y se internaron por el camino hacia Florida.

El día 15 continuaron la marcha y Aurelio Mancilla mató una vaca para los guerrilleros. El día 18 llegaron al cruce del camino hacia el Piraí, encontraron un arroyo donde acamparon. Los tres campesinos y el soldadito fueron despedidos después de leerles la cartilla, como anotó el Che, el soldadito dijo que iba a desertar.

El día 19 acamparon en un antiguo campamento que establecieron al pasar por allí la primera vez. Coco Peredo salió en

busca de noticias sobre Paulino Baigorria, el joven de Piraí que debía ir hasta Cochabamba con el mensaje de Inti. Cuando regresó informó que el fusil dejado en un lugar a donde Paulino debía llegar, estaba intacto, lo cual demostraba que el joven no había podido regresar y que no había indicios de delación.

En esos mismos días el gobierno boliviano era sacudido por grandes convulsiones populares. El Che escribió el día 19 de julio: *Las noticias son de una tremenda crisis que no se ve en qué va a parar [...]*.

EL ENCUENTRO CON ANA HARVEY

La boliviana Ana Harvey fue estudiante del Instituto Superior Simón Bolívar de la Escuela Normal de Maestros de la ciudad de La Paz en el año 1967. Al encontrarnos, ella recordó la crisis política por la que pasaba el gobierno de Barrientos.

Sobre esta situación explicó:

Desde los primeros días de junio, el ambiente contra el régimen de Barrientos se había intensificado, los mineros bolivianos habían decidido donar un día de haber para los guerrilleros del Che. Esto tiene un significado muy grande, porque para una familia minera dar un día de haber para que se compren armas, medicinas y alimentos para los guerrilleros tiene un significado muy elevado, porque los sueldos que prevalecían en las minas eran sumas que no les alcanzaba para vivir.

El minero recibe por lo general una sola comida al día, de ahí, la desnutrición y la mortalidad infantil, donar un día de haber demostró la conciencia política y la firmeza, porque con toda la miseria y el hambre que ellos arrastran, tener un desprendimiento de esa naturaleza es muy significativo. Donar un día, es donar la comida de él y de su familia durante el día.

Esto fue un apoyo nacido espontáneamente, nadie se los pidió, fue una donación no solo del minero sino de la familia del minero. Nadie rechazó ese acuerdo de los mineros bolivianos. Ese es un gesto evidente del apoyo de los mineros a la guerrilla del Che.

La reacción, los gobiernos en turno, el imperialismo norteamericano, siempre se ha interesado en que estas cosas no se conozcan, jamás se ha publicado la historia verdadera.

Pero ese apoyo, no solo eran los mineros, eran todas las masas desposeídas, porque podemos hablar de los maestros, los constructores, los fabriles, los gráficos, todas las organizaciones laborales que estaban dentro de la COB. Fue unánime todo el apoyo, pero esto no convenía ni les conviene que se sepa. Había una censura de prensa, censura en la radio. No se podía sacar a la luz pública nada. Todo se cerró y se puso un manto de silencio. Nadie sabía. Un manto de silencio que hasta hoy, aún a 20 años de la guerrilla del Che se sigue manteniendo ese manto y no se habla de este apoyo del pueblo boliviano a la guerrilla del Che.

Decir que no tuvo apoyo la guerrilla del Che en Bolivia, es lo que el imperialismo norteamericano ha querido hacer creer. Decir que el Che era un aventurero, que la guerrilla era aventura, que el pueblo no lo apoyó, eso es lo que el imperialismo quería que se sembrara en las mentes de las gentes.

El comandante Guevara tenía toda la razón del mundo y él fue el faro que alumbró las conciencias. Es el faro que alumbró y que sigue alumbrando y va a seguir alumbrando por siempre. No es lo que se ha escrito, porque hay libros, artículos, periodistas, dentro y fuera de Bolivia, que dicen: “El pueblo no dio su apoyo”. Hay generales que han escrito: “Qué buscaba el Che en Bolivia”. Dicen ellos que los trabajadores tienen sus viviendas, tienen trabajo, tienen tierras, hay reforma agraria, tienen escuelas, médicos. Y todo eso es una gran mentira. Jamás había llegado la reforma agraria a esos lugares, los campesinos no eran dueños de sus tierras, y aunque lo fueran, ¿dónde están las semillas?, ¿dónde está la prosperidad del campesino boliviano? No ya en el año 1967, ahora, 20 años después. Porque, ¿quién puede negar que Bolivia es un país rico? Tenemos todos los climas, podíamos tener una agricultura desarrollada y no la tenemos. En el campo, sino se muere de hambre, nos explotan, se llevan la materia prima a precios regalados, para después, el mismo imperialismo que se las lleva, venderlas al doble del precio.

La reacción no quiere que el mundo conozca la verdadera lucha del pueblo boliviano. Hemos luchado durante muchísimos años. Nuestro pueblo se ha caracterizado por su lucha.

Tenemos la mayor cantidad de golpes de Estado militares del mundo, pero también el pueblo ha derrocado a esos militares. Nadie dice que el pueblo de Bolivia ha derrocado a 189 golpes de Estado.

En este período de 1967 se asaltaron las instituciones laborales y los sindicatos, presos los dirigentes, confinados todos, pero nadie se enteró. Nuestro pueblo siempre se ha mantenido en lucha. La retaguardia éramos nosotros, y de eso estaban convencidos los militares. El ejército estaba manejado por los asesores norteamericanos y no daban un paso si no consultaban y esperaban a que les aprobaran.

Ellos sabían que nuestra retaguardia combinada con la vanguardia que era el Che y la guerrilla liberaríamos a Bolivia y por eso comenzaron a liquidar a la retaguardia. Hicieron una redada total, apresaron a todos los dirigentes de las diferentes organizaciones laborales.

En Oruro, Cochabamba, La Paz, fueron grandes las manifestaciones de protestas contra el régimen de Barrientos. Los familiares iban a la radio a denunciar las detenciones, los atropellos, los allanamientos, el terror que se había implantado, pero las radios y los periódicos, callados. Alguna vez, ante una presión popular, sacaron una lista, pero era parcial, la total nunca salió, nunca se supo. Las cosas que sucedieron, los desaparecidos, los masacrados, los asesinados, nunca se habló de ellos. Cuando los universitarios declararon territorio libre a las universidades, los enfrentamientos de los maestros y de los universitarios con la policía, no se supo; el enfrentamiento de los intelectuales, de los fabriles y del pueblo en general con los militares, no se supo.

Recuerdo que la universidad llamó a cabildo abierto para que asistiera todo el pueblo. La gente que pudo llegar, llegó. Mucha gente, otros no pudieron entrar porque los carabineros rodearon todo, cortaron todas las entradas.

Los universitarios aprobaron unos puntos concretos y llegaron a conclusiones. No recuerdo ahora todos los puntos, pero de algunos sí.

Recuerdo la defensa de las libertades democráticas, libertad de los presos políticos, retiro de las tropas de las minas, apoyo

de la lucha armada que se estaba desarrollando en Ñacahuasú.

Después de la masacre minera, los estudiantes declararon a las universidades territorio libre de Bolivia. Ese movimiento se extendió, primero a la Universidad de La Paz, después a Oruro, Potosí, Santa Cruz, Cochabamba, Tarija, Sucre, Trinidad. Todas las universidades en sus asambleas de cabildo acordaron manifestaciones de solidaridad con los mineros y con la lucha armada y eso no se ha dicho, ¿acaso en medio de la brutal represión del régimen, eso no es apoyo? La COB se solidarizó también con la guerrilla, ¿y eso no es apoyo?

La respuesta del gobierno de Barrientos fue la represión brutal, gases lacrimógenos, chorros de agua, gases vomitivos, y otros gases para someter a los mineros. Los mineros organizaron un comité nacional clandestino y acordaron llevar a cabo una huelga indefinida.

El día 28 de junio nuevos mineros fueron apresados y encarcelados, las radioemisoras de los mineros fueron voladas en pedazos.

La Universidad Mayor de San Andrés en La Paz fue declarada territorio libre. Y los generales Barrientos y Ovando fueron nombrados enemigos del pueblo. Varias facultades se sumaron a la huelga indefinida. Se comenzó a hacer colectas con el fin de comprar medicinas y alimentos para los mineros. Se formó un equipo de estudiantes de medicina para que salieran inmediatamente hacia las minas.

Se organizó otra marcha de protesta que fue disuelta antes de llegar al palacio presidencial en la plaza Murillo. Los estudiantes clamábamos, yo lo recuerdo todo y decíamos: “Debemos unírnos con los sindicatos”. “Todos contra el gobierno”. Esa vez la policía usó gases lacrimógenos contra nosotros.

Mientras los estudiantes en La Paz realizábamos esas manifestaciones de solidaridad con los mineros; los de Santa Cruz hacían la vida imposible a las autoridades. El mismo miércoles, hubo un choque con la policía y los estudiantes destrozamos las oficinas del Partido Revolucionario Auténtico, que era uno de los partidos que apoyaba a Barrientos. Cuando los estudiantes trataron de incendiar el edificio, la gente fue

disuelta por la policía con bombas de gases y disparos. La prensa reflejó una noticia poco divulgada, acerca de una potente carga de dinamita, causó serios daños a un motel, cerca de la ciudad de Santa Cruz, donde se encontraban alojados oficiales de las tropas especiales norteamericanas, conocidas como boinas verdes. La noticia decía que la carga explosiva fue colocada por un grupo de desconocidos que al retirarse fijaron un letrero en el que se leía: “Abajo los yanquis, vivan las guerrillas”. “Todos los ventanales del hotel quedaron destruidos”. Así decía la noticia, por eso, ¿quién se atreve a decir que los mineros y los estudiantes no apoyaron al Che? El que lo dice es porque le conviene decirlo y el que lo cree es porque desconoce la verdadera historia.

En realidad, la crisis era tan grande que el gobierno de Barrientos estaba llegando a su fin. Se mantenía en el poder, porque los norteamericanos querían que así fuera.

CRISIS DEL RÉGIMEN Y ACTO EN LA PAZ

La indignación popular por la masacre minera y la despiadada represión, las respuestas combativas de los obreros, estudiantes y demás sectores del país, el apoyo cada vez más evidente a los guerrilleros y el abierto desafío al régimen de Barrientos, unido a los éxitos de la guerrilla y al impacto de estos en la opinión pública, así como los fracasos militares y las contradicciones cada vez mayores en los altos mandos militares, tambaleaban al régimen militar de Barrientos.

La rebeldía estudiantil había llegado a un punto de verdadera crisis, el Presidente emitió declaraciones enérgicas diciendo que no permitiría el desorden y que su gobierno estaba preparado a disparar sus armas primero. Después de lo sucedido en las minas todos sabían que esto era cierto y no una simple amenaza, pero sin embargo la resistencia continuaba.

Las huelgas obreras tenían económicamente paralizado al país y los maestros se preparaban también para ir a la huelga. Las minas, las universidades y los sindicatos fueron tomados militarmente. La situación estaba lista para estallar en cualquier momento.

La corrupción y los escándalos públicos de las principales figuras del gobierno deterioraban a este cada vez más, pues muchos políticos robaban a manos llenas, el barco se hundía y había que aprovechar y obtener lo más posible.

Diferentes líderes de la oposición declaraban desde el exilio que Barrientos debía retirarse de sus funciones, que Bolivia se estaba vietnamizando y que “un gobierno que por sí mismo no puede mantener el orden y establecer la autoridad debe retirarse y si no lo hace debe ser derrocado cualquiera que sea su precio”.

Barrientos conoció con sorpresa e indignación las informaciones de que el general Alfredo Ovando Candía, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, junto a otros 20 oficiales de alto grado, habían asistido a una asamblea nacional de la Falange Socialista Boliviana, que desde hacía unas semanas estaba amenazando con retirarse del frente de gobierno. El líder de este partido político Mario Gutiérrez, había sostenido una larga y confidencial conversación con Alfredo Ovando y otra con el

general Juan José Torres, jefe del estado mayor de las Fuerzas Armadas. Los aprestos golpistas se adelantaban y comenzaban a ser públicos. Al respecto el Che escribió en su Diario el 19 de julio: [...] *Barrientos [...] pide que “lo dejen gobernar 4 años”; es casi una imploración. Siles Salinas amenaza a la oposición con que la subida nuestra al poder le costará la cabeza a todos y llama a la unidad nacional, declarando al país en pie de guerra. Parece implorante por un lado y demagógico por otro; tal vez se prepara a una sustitución.*

En el plano internacional nuevos problemas se añadirían. El día 4 de julio se filtra a la opinión pública que 28 vagones de ferrocarril habían sido enviados desde Tucumán, por el dictador argentino Juan Carlos Onganía, pero este era el cuarto que entraba a Bolivia. El gobierno de Chile reaccionó violentamente, exigiendo explicaciones, tanto de uno como del otro país. Las disputas con Bolivia desde la guerra del Pacífico, en que esta había perdido su salida al mar y vastos territorios, preocupaban enormemente a los chilenos pues veían que la ayuda militar norteamericana y ahora argentina para el rearme boliviano, constituía un peligro que ellos no estaban dispuestos a admitir.

Por otra parte, las declaraciones del dictador paraguayo Alfredo Stroessner de que estaba dispuesto a enviar soldados a Bolivia, en caso de que fuera necesario, dado que Barrientos no parecía controlar la situación y que el auge guerrillero significaba un peligro real para su régimen, alarmó a la opinión boliviana, que aún tenía frescas las consecuencias de esta guerra del Chaco, donde murieron muchos de sus hijos y perdió partes importantes de su territorio con Paraguay.

Las contradicciones entre los militares bolivianos y norteamericanos estaban aumentando peligrosamente la actitud prepotente y de desprecio de los representantes de ese país en Bolivia, cada día creaba mayores resentimientos. El periodista Rubén Vázquez Díaz, en su libro *Bolivia en la hora del Che*, relata esta situación de la siguiente forma:

“Hay una actitud condescendiente y un mal oculto menosprecio por ambas partes y eso hace que la eficiente colaboración

sea muy limitada. Hay un sentimiento general antinorteamericano en Bolivia. Entre los oficiales del ejército y los funcionarios del gobierno, esto se expresa de una manera muy hipócrita. Ellos palmean a los norteamericanos en el hombro, les sacan lo que pueden, y dicen muchas gracias, y hablan del gran vecino del norte y de la civilización occidental y del mundo libre, sabiendo muy bien que lo que los norteamericanos dan a Bolivia no es nada comparable con lo que le sacan, y de todos modos lo dan como préstamos y muy pequeños.

”Los oficiales bolivianos también menosprecian a sus colegas norteamericanos, porque saben que éstos hablan mal de ellos y no piensan que sean soldados [...]”

Continúa señalando el periodista Vázquez: “Con el fin de comprender la ‘firmeza’ de las relaciones boliviano-norteamericanas, basta con hablar con cualquier diplomático o funcionario norteamericano en este país”.

“Los bolivianos son para ellos ladrones, vagos, indolentes, en los que no se puede confiar, y nacionalistas incurables. Barrientos es un tonto; Ovando y el ministro de Defensa Guzmán, están abusando de la buena voluntad de los norteamericanos e intrigan contra todo el mundo —incluso contra Estados Unidos— los hombres de negocio están pidiendo grandes préstamos a través del BID y de la Alianza para el Progreso, y escapándose después con el dinero”.

Sin embargo, Estados Unidos, consciente de lo que significa la pérdida de Barrientos en cuanto a la incondicionalidad, continúa suministrando ayuda militar y económica. El Che señaló en su Diario:

El gobierno de Estados Unidos está dando pequeños créditos que son una gran ayuda a nivel boliviano.

Los norteamericanos organizaron la operación militar que denominaron Cynthia, en honor al nombre de la hija del coronel Luis Reque Terán, porque era necesario que tuviera una etiqueta nacional, pero la valoración de sus resultados, hecha por los propios norteamericanos, era de “Caos total en lo que respecta a organización, transporte y uso efectivo de las tropas”.

En Washington se empieza a pensar muy seriamente en la intervención militar directa, tal como había sucedido en República Dominicana en 1965, y las discrepancias solo eran en cuanto a la fecha.

Ante tal deterioro y fuga de información, Barrientos amenaza con expulsar a todos los corresponsales extranjeros acreditados en La Paz.

Los primeros pasos para la intervención directa de Estados Unidos comenzaron a darse, había que preparar a la opinión pública. Ellos habían mantenido oculto que el Che estaba allí, debido a las consideraciones de que un reconocimiento oficial de este tipo proporcionaría esperanza al movimiento revolucionario boliviano y la oposición cobraría nuevas fuerzas, la ayuda del pueblo al movimiento guerrillero sería incontenible, pero ahora convenía decirlo, además el movimiento minero y sindical había sido descabezado y masacrado, los estudiantes habían sido reprimidos violentamente, otros sectores obreros de igual forma, las cárceles y los campos de concentración estaban llenos, los principales líderes políticos confinados o en el exilio, el terror imperando en todo el territorio, el estado de sitio y la suspensión de las garantías constitucionales establecidos. Por ello era necesario culpar de todo lo que estaba pasando al Guerrillero Heroico y a Cuba revolucionaria. A través de la prensa radial y escrita comienzan a bombardear a la opinión pública de que Bolivia era agredida por fuerzas invasoras extranjeras al mando del Che Guevara, de combatientes cubanos y comandantes vietcongs. Llamar al nacionalismo furibundo y al peligro de la intervención cubana. “La patria de Barrientos, propiedad de los norteamericanos estaba en peligro. Había que salvarla”. Sobre esto el Che escribió en su Diario el día 30 de junio:

En el plano político, lo más importante es la declaración oficial de Ovando de que yo estoy aquí. Además, dijo que el Ejército se estaba enfrentando a guerrilleros perfectamente entrenados que incluso contaba con comandantes vietcons que habían derrotado a los mejores regimientos norteamericanos [...] Me atribuyeron ser el inspirador del plan de insurrección en las minas, coordinado con el de Ñancahuasú [...].

El día 1 de julio anotó que Barrientos, en comparecencia de prensa, admitió su presencia allí.

Además se añadió al juego una nueva fuerza de gran importancia en Bolivia: la Iglesia Católica, a través del cardenal Clemente Maurer. El periodista Vázquez narró lo sucedido en este sentido:

“El cardenal Clemente Maurer, quien había llegado de Roma con la bendición del Vaticano, les dijo a los bolivianos que Dios estaba decididamente en contra de la guerrilla.

”El vicepresidente Adolfo Siles Salinas, recomienda a sus compatriotas que hay que pelear con la cruz y contra la hoz y el martillo”.

“[...] como punta de lanza el cardenal Maurer, quien comenzó una gira por el país bendiciendo las diferentes ciudades y pronunciando el mismo discurso en cada población...”

“El país está en peligro, solo puede salvarse por la fe en Dios, la Iglesia, el ejército y el Presidente”.

“Este discurso le trajo al Cardenal una gran popularidad en los círculos oficiales. Se vio al Presidente besando el anillo de Clemente Maurer, una y otra vez. Globos de papel de muchos colores cuelgan sobre la cabeza triunfante del Cardenal, siempre que él entra en una población, y masas de indios son movilizados precipitadamente y reciben un día de salario para gritar algo como ¡VIVA MAURER! ¡VIVA DIOS!”

“El viernes 21 fue la culminación del espectáculo de un solo hombre, de Maurer en Bolivia, el diario *Presencia* de La Paz publicó diez fotos del casi divino padre, en diferentes situaciones y actitudes, y Maurer recibió del Ejército la orden de la GRAN CRUZ DE LOS GUERRILLEROS DE LANZA [...]”

El presidente Barrientos se indignó cuando condecoraron al Cardenal precisamente con la Orden de Guerrilleros.

Mientras esto sucedía, los comentarios de la toma por los guerrilleros de la población de Samaipata, y los nuevos combates victoriosos del mes de julio, se comentaban cada vez con voz más alta.

El día 26 de julio se acercaba el alcalde de la ciudad de La Paz, al general retirado Armando Escobar Uria, se le ocurrió un hecho singular: movilizar a la ciudadanía paceña para hacer un acto de repudio contra Cuba, contra el Comandante en Jefe Fidel Castro y las guerrillas del Che.

Las damas cristianas de La Paz aparecerían como las organizadoras, el paseo del Prado se engalanó. Pero dejemos que sea el propio periodista Rubén Vázquez Díaz, quien en una crónica describió lo que pasó:

“26 de Julio a la boliviana

”Alguien tuvo una idea brillante:

”Las tristes chozas que trepan las empinadas laderas alrededor del valle de La Paz tienen que estar iluminadas.

”Es la noche del 25 de julio. La noche anterior a la ‘gran manifestación gran’ contra las guerrillas, contra el comunismo, contra Fidel, contra todos los malos espíritus de esta tierra.

”Debido a esta rara ocasión, los cholos de las laderas de los cerros deben ser honrados con una iluminación especial. Durante todo el año no hay luces que brillen allí arriba, pero ahora, de repente, los cerros de los cholos están brillando intensamente.

”El ‘Comité de las Damas Cristianas’ y el ‘Frente Anticomunista de Bolivia’ y Dios sabe cuántas otras organizaciones ‘decentes’ y en buena posición, han pagado algunos cientos de dólares para hacer creer al mundo que los indios están interesados en la demostración contra la guerrilla.

”Los comités han dado antorchas a los habitantes de las grises chozas, y abajo, desde el valle, desde la rica y limpia avenida 16 de Julio, uno puede apreciar que estas antorchas están formando las palabras:

” ‘¡Muera Fidel Castro!’

”Por supuesto, solo los turistas recién llegados y más ignorantes creen que esto pueda ser una intervención de los indios.

”Pero parece como si lo fuera.

”Las ‘Damas Cristianas’ solo olvidaron un pequeño detalle: esos cholos son muy empecinados.

”A ellos les han pagado y ellos han colocado las antorchas, es cierto, pero después de media hora un cambio menor en las posiciones de las flamantes antorchas de las laderas de las colinas puede ser notado desde allá abajo en la ciudad.

”La palabra ‘muera’ ha desaparecido.

”Las antorchas se están moviendo allí arriba, donde la ‘gente blanca’ va muy rara vez, y mientras la mitad de la ciudad está mirando fijamente con sorpresa hacia las montañas, una nueva palabra es formada:

” ‘Viva’, dice.

” ‘Viva Fidel Castro’.

”Ahora bien, todo el mundo de la alta sociedad de La Paz está de acuerdo en que esto fue una sucia jugarreta. La ‘gran manifestación gran’ no podía haber tenido un peor comienzo”.

COMBATE DEL 27 DE JULIO

El día 20 de julio los guerrilleros llegaron por segunda vez a la zona de Pirafí. En este lugar el joven Paniagua le informó al Che que no se sabía nada de Paulino Baigorria, salvo que el ejército lo estaba buscando por haber guiado a los guerrilleros. Pacho anotó en su diario que conoció por otro campesino que a Paulino lo buscaban para fusilarlo por colaborar con ellos y que el ejército obligó a su propio padre para que los guiaran hasta la casa de la hermana. Estos campesinos atendieron muy bien a los guerrilleros, ofreciéndoles carne de anta que estaban charqueando.

Los guerrilleros detectaron las huellas de los soldados que en número de 100, según las informaciones de los campesinos, habían pasado una semana después de que la tropa guerrillera cruzó por allí. Ellos informaron que en el combate del día 26 de junio, hubo tres soldados muertos y dos heridos.

El Che envió a Coco, Camba, León y Julio a explorar el poblado de Florida y comprar lo que encontraran allí. Coco regresó con algunos víveres y acompañado por un campesino llamado Melgar, dueño de los dos caballos utilizados por los guerrilleros. Melgar se ofreció para prestar cualquier servicio y proporcionó amplias y objetivas informaciones. Che el día 20 de julio escribió sobre él:

[...] tenía una información detallada y poco fantasiosa de lo que se extrae lo siguiente: 4 días después de nuestra partida fue descubierto el cadáver de Tuma, comido por los animales; el ejército sólo avanzó al día siguiente del combate, luego de la aparición del teniente desnudo; la acción de Samaipata se conoce con pelos y señas y agregados y es motivo de burla de los campesinos; encontraron la pipa de Tuma y algunos enseres regados; un mayor llamado Soperna parecía ser medio simpatizante o admirador nuestro; el ejército llegó hasta la casa de Coca, donde muriera Tuma y de allí pasó a Tejería, retornando a Florida. Coco pensaba utilizar al hombre en llevar una carta, pero me pareció más prudente probarlo primero enviándolo a comprar algunos medicamentos. Este Melgar nos habló de un grupo que viene hacia aquí, donde

hay una mujer, y que lo supo por carta del corregidor de Río Grande al de este punto; como el hombre está en el camino a Florida mandamos a Inti, Coco y Julio a que lo entrevistaran. Negó tener noticias de otro grupo pero confirmó, en general, las declaraciones del otro [...].

Al día siguiente, los guerrilleros hablaron con el viejo Coca sobre una vaca que él vendió la vez anterior, pero que según informaron otros campesinos, no era de él y después dijo que los guerrilleros no se la habían pagado, pero Coca negó enfáticamente estos hechos. De todos modos lo emplazaron para que pagara.

Por la noche, Inti, Benigno y Aniceto fueron al caserío de Tejería y sobre esa visita el Che escribió: [...] *Aquella gente nos recibió muy bien [...]*

El día 23 permanecen acampados en el mismo lugar y el Che dio clases militares, específicamente de camuflaje, orientación y brújula. Al día siguiente tomaron un camino que el campesino Pedro Melgar le sugirió a Coco y Julio, siguieron por él durante tres horas y acamparon a orillas de un arroyo. En ese lugar se acababan los trillos y caminos, y el Che decidió buscar una salida mejor.

Encontraron chacos en producción, por eso se percataron que estaban cerca de Corralones. Allí recibieron un mensaje de Cuba que Pombo descifró.

El día 25 de julio se mantuvieron acampados y el Che envió a explorar diversos lugares hasta tomar un camino que conducía a Moroco y al río Rosita.

El día 26 de julio el Che reunió a toda la tropa guerrillera y habló sobre el significado de esa fecha. Anotó en su Diario que Fidel le dio su pequeña mención a Bolivia.

El Comandante Fidel Castro dijo:

“[...] magnífico ejemplo es el ejemplo de Bolivia y las victorias consecutivas del Ejército de Liberación de Bolivia. Hace apenas cuatro meses iniciaron sus acciones, y ya se confiesan cada vez más impotentes los gorilas de aplastar a los guerrilleros”.

El día 27 de julio la tropa guerrillera estaba lista para continuar la marcha, faltando unos minutos para las once de la mañana que era la hora acordada, vino Willy Cuba para informar que estaba el ejército, se refería a ocho soldados que se divisaban en la cresta de esa loma, quienes, después de descansar, emprendieron la marcha hacia la zona donde el Che había dispuesto la emboscada y allí se produjo el combate. Acerca de este, Inti narró:

“[...] El 27 estábamos preparándonos para buscar un camino que eludiera Moroco donde según las informaciones que nos habían dado los campesinos, había gran cantidad de soldados cuando Willy anunció que un grupo de soldados estaba entrando en la emboscada que teníamos tendida. En el lugar se situaron Chapaco, Willy, León, Arturo, Ricardo, Chino, Eustaquio, Aniceto y yo. Los soldados caminaron lentamente [...] Hicieron algunas señales y luego dispararon tres tiros de mortero. Como no hubo respuesta, siguieron avanzando. Eran solamente ocho porque el resto se había quedado rezagado. Cuando estuvieron cerca, disparamos matando a cuatro de ellos. El resto huyó por el monte. Inmediatamente organizamos nuestra retirada sin quitarles las armas ni el equipo porque esto significaba arriesgar innecesariamente a hombres nuestros y seguimos [...]”.

Después de este combate, los guerrilleros continuaron por un arroyo y en la confluencia de este con un cañoncito, prepararon otra emboscada.

Al día siguiente el Che envió a Coco, Pacho, Raúl y Aniceto a cubrir la desembocadura del río Suspiro, en el camino encuentran varias antas, urinas y pavas, que se paseaban en la selva, muy cerca de ellos. Pacho escribió: “Es como si los animales supieran que no podemos dispararles”.

En la noche del día 29, mientras acampaban, el Che pidió a Juan Pablo Chang Navarro, *Chino*, que pronunciara unas palabras en honor al 146 aniversario de la independencia de Perú.

Luego el Che señaló la mala situación del campamento y la necesidad de continuar temprano. A las cuatro y treinta de la madrugada, el combatiente Moro, que estaba preparando

café, vio la luz de una linterna, y al preguntar: ¿Quién va? El ejército respondió y comenzó un tiroteo y un nuevo combate.

Inti Peredo, en su libro *Mi campaña junto al Che*, relató cómo se produjo el mismo:

“[...] Estábamos en las márgenes del Rosita, a una hora de camino, de la desembocadura del Suspiro. Eran aproximadamente las 4:30 de la mañana. Che no había dormido en toda la noche afectado por el asma. Miguel estaba despierto para hacer el cambio de posta y Moro calentaba café cuando este último vio la luz de una linterna en la orilla del río. Moro preguntó:

”—Oiga, ¿quién es?

”Desde la orilla le contestaron:

”—Destacamento Trinidad.

”Che oyó todo el diálogo, pues estaba en la improvisada cocina. Inmediatamente nuestros compañeros dispararon. A Moro se le encasquilló el M-2, pero Miguel lo protegió con su Garand. Che ordenó entonces la formación de una línea de defensa. Los soldados estaban ocultos en un pequeño barranco. Benigno les tiró una granada que cayó en el agua. El ruido de la explosión los asustó de tal manera que corrieron despavoridos. Esto permitió que les disparáramos con facilidad. Miguel, que era un hombre audaz, llegó hasta donde estaba uno de los soldados heridos, le quitó su M-1, su canana y lo interrogó logrando obtener valiosa información de que eran 21 hombres que se dirigían hacia Abapó y que en Moroco, el lugar que estábamos eludiendo estaban apostados 50 soldados.

”En esa emboscada cometimos varios errores. Los caballos que teníamos con nosotros se cargaron con mucha lentitud. Mas todo fue un exceso de confianza en nuestra capacidad y en un desprecio por el poder del enemigo.

”Un compañero se retrasó probándose un par de botas nuevas. A otro se le cayó la carga de frijoles. Un caballo se espantó y se perdió con un mortero, algunos fusiles, ropas, etc. Así nos cogió la claridad. Los soldados se repusieron de la sorpresa, recibieron refuerzos de Moroco, se reagruparon y nos persi-

guieron. Cruzamos por un chaco donde estaba la hermana de uno de los campesinos que nos había ayudado. La mujer con cariño y mucha serenidad a pesar del tiroteo que era intenso, nos informó que todos los campesinos de Moroco habían sido apresados y conducidos a La Paz. Nos vendió una lata de leche y nos ofreció gallinas. Actuaba con una tranquilidad pasmosa a pesar de que los soldados estaban ya cerca de nosotros y nos disparaban con fuego sostenido.

”Al cruzar por uno de los vados, el caballo del Che resbaló y cayó, pero Coco, Julio y Miguel hicieron una línea de defensa para impedir que el ejército concentrara el fuego sobre él. Más tarde resbaló Julio, los soldados gritaban alborozados [...].

”—Lo tumbamos, lo tumbamos [...].

”Nuestro grupo cruzó a todo galope el vado, pero no lo pudieron hacer más tarde una parte de la vanguardia (Pacho, Aniceto y Raúl) y la retaguardia donde estaba Ricardo.

”Al cruzar el vado fue herido Ricardo, Pacho y Raúl se lanzaron al rescate. Raúl cayó muerto con un tiro en la boca y Pacho fue herido con un disparo penetrante en las nalgas que le comprometió levemente los testículos. Pacho se parapetó detrás del cuerpo ya sin vida de Raúl y logró silenciar una ametralladora. Arturo y otros compañeros rescataron a Ricardo, le colocaron en una hamaca, pero desgraciadamente el plasma se perdió en la mochila de Willy. A pesar de todos los esfuerzos que hizo el médico, Ricardo murió en la noche.

”¡Dos nuevas bajas!

”Raúl era un compañero muy callado, que nunca hacía preguntas, disciplinado pero en general, no se destacaba del resto. El día del combate sorprendió a todos con su comportamiento temerario y heroico. Su magnífica y necesaria solidaridad con un compañero herido lo llevó a la muerte. El respeto que por él teníamos todos se acrecentó.

”Ricardo o Papi, como cariñosamente le llamábamos todos, fue el hombre que tuvo el peso de la preparación previa del foco guerrillero. Querido por los compañeros bolivianos, respetado por los cubanos y peruanos que estaban combatiendo

allí, no podíamos abandonarlo en un momento tan doloroso. Por eso, porque la guerrilla desarrolla hondamente los sentimientos fraternales entre los hombres, hubo actos de arrojo tan maravillosos para salvarlo como los de Raúl, Pacho y otros compañeros”.

A las diez de la noche murió Ricardo y lo enterraron cerca del río, en un lugar bien oculto para que no fuera localizado por el ejército.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente continuaron la marcha y por la noche el Che reunió a toda la tropa para explicarle los errores de esa acción.

La compañía que combatió contra los guerrilleros era dirigida por el capitán Faustino Rico Toro, sufrieron ocho bajas, cuatro soldados muertos, tres de ellos por falta de atención médica, porque el helicóptero que debía recogerlos, demoró en llegar. Se llevaron cuatro heridos.

En relación con este encuentro el Che escribió en el resumen del mes de julio: [...] *El ejército sigue sin dar pie con bola, pero hay unidades que parecen más combativas.*¹

Los caminos de Florida por Pirai, Moroco, Corralones, la Oscura y Mosquera, son las vías por donde los peones ganaderos van y vienen con sus rebaños, de un lado hacia el otro, porque durante el verano las reses no pueden permanecer por allí. Las garrapatillas acaban con ellos. Esta zona está infestada de esos insectos.

En nuestro recorrido encontramos algunos de estos ganaderos conocidos como monteros, trabajadores sacrificados que pasan días y días con reses que no son de su propiedad, trasladándolas en verano hacia las zonas altas y frías; y durante el invierno hacia las bajas. Iban con sus pantalones estilo bombache, casi

1 El día 31 de julio el jefe de la Fuerza Aérea Boliviana, general Jorge Belmonte Ardiles, anunció que la zona de Florida había sido ametrallada desde aviones AT-6 y que la fuerza aérea había comenzado a usar napalm con el fin de obtener “los mismos excelentes resultados de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en Vietnam”. Al día siguiente llegó al Alto, en La Paz, un avión militar de transporte desde Estados Unidos —Star C-141 con 15 t de PAM—, excelentes pruebas de colaboración entre Estados Unidos y Bolivia.

a media pierna, protegidos por otro de cuero; estos hombres desafiaban la selva, las montañas, los ríos, las espinas, insectos como los mariguises, zancudos, tábanos, mosquitos, niguas, garrapatillas y otros. Así era en 1967 cuando pasaron los combatientes y así es aún. Los insectos y parásitos forman parte de la vida misma de la aislada población. La falta de medidas preventivas, de higiene y la miserable vida, constituyen los elementos principales para que los insectos dañinos ejerzan toda su acción contra el hombre, sobre todo contra los niños. Este hecho impactó a los guerrilleros y así quedó escrito en algunos de sus diarios, como en el de Pacho, quien anotó: “Miguelita 7 años desnuda a su hermanita para cambiarla de ropa y le saca las garrapatillas de todo el cuerpo y la cabeza. Es un cuadro conmovedor ver estos 5 niños sin ropa ni calzado, con el frío que hace. Yo tengo puesto pullover, suéter y jacket y tengo frío, qué será de ellos [...] me entretengo en ver como juegan los niños y a uno de ellos lo comparo con el mío”.

YO RECONOCÍ AL CHE

El 2 de noviembre de 1985, a las 12:30 horas aproximadamente llegamos al caserío de La Florida, era la fiesta de todos los santos y ese día cada familia visitaba el cementerio, llevaban flores y comidas a sus muertos, allí en las tumbas rústicas, lloran, beben, comen, cantan y aseguran que de esta forma cesan los sufrimientos de los fallecidos.

A través de un médico boliviano de esta zona, quien colaboró de forma espontánea en la investigación, pudimos conocer el testimonio de los pobladores de Florida y Piraí, uno de los entrevistados fue Wilfredo Melgar, de su narración es lo siguiente:

Yo no vi al Che Guevara, estuve con los guerrilleros la segunda vez que pasaron por aquí. Mi suegro que era Zenón Coca sí lo conoció. Los guerrilleros llegaron a Florida para comprar víveres, pero como estaba el ejército, se volvieron. Ellos no actuaron abusivamente, al menos que yo haya sabido, llegaron a las cinco de la tarde. Ellos ya habían tomado Samaipata y a la vuelta de allá, fue que estuve con ellos. Yo reconocí al Che, porque yo en un tiempo estuve suscrito a la

revista *Bohemia* y ahí en esta revista salía el Che. La noche que llegaron estaba lloviendo.

Yo estaba en la casa de mi suegro cuando ellos llegaron y dijeron: “Estamos volviendo señor Coca” y charlaron en la oscuridad, eran Coco, Julio y otro más. Julio era médico, sí era un médico.

Esa noche charlaron con mi hijo, que era un peladito que se pegó mucho a ellos, le gustaba el arma y uno de los guerrilleros le dijo: “Cuando seas grande, que tengas 14 años le vamos a dar a vos una” —se refería al arma—, ellos querían comprar cigarrillos. Se fueron a dormir y al otro día por la mañana vino Inti y le dice a mi suegro, que ya era viejito: “Hemos sabido que usted no ha pagado el torillo que nos vendió”, medio enojado estaba el Inti, y en esos términos le dijo a mi suegro.

Mi suegro le respondió: “No señor, él es el dueño del torillo”, refiriéndose a mí, porque yo era el dueño.

Usted sabe que el ejército es abusivo, a mi hermano lo agarraron y le quitaron dos caballos y esos caballos los agarraron después los guerrilleros, el ejército no pagó y los guerrilleros tampoco lo pagaron porque se los quitaron al ejército. Eso fue la primera vez que llegaron, que fue el 17 de junio y el combate fue el 23 de junio, yo lo tengo todo anotado en un diario que yo tengo, eso fue cuando murió Tuma y del ejército murieron tres. Después ellos se fueron para Samaipata y cuando regresaban casi al mes, es que llegan a la orilla del río y es cuando yo los veo. En la primera vez carnearon dos reses, una vaquilla y un torillo y las dos la pagaron. Pero aquí en Florida cuando ellos vinieron a comprar víveres, les dieron una información errónea de que Zenón Coca no había pagado y por eso Inti increpó a mi suegro.

Este hombre parecía sincero en la información, sin embargo, otro vecino explicó que Zenón Coca le pagó la vaca a Wilfredo Melgar, pero este para no buscarse problemas con los soldados dijo que no se la habían pagado y como ellos sabían que los guerrilleros pagaban todo, por eso se lo informaron a Inti.

En su libro *Mi campaña junto al Che*, Inti señala que Zenón Coca siguió siendo un viejo honrado y respetado por todos y que era ajeno a esta desinformación.

Melgar continuó:

Esa segunda vez que vinieron, visitaron a mi suegro, le dijeron: “Estamos volviendo a visitarlo, aquí le traemos sus ollas, sus platos, todo lo que nos llevamos, se lo estamos trayendo, cuando la retirada no se los devolvimos porque usted sabe que en la retirada uno no se acuerda de nada”.

La primera vez vinieron de Abapó para el Pirai y la segunda vez, cuando venían de Samaipata. Esta vez tuvieron otro encuentro con el ejército de Corralones, no murió ni un soldado, ni un guerrillero, murió solamente un guía, un chapaco que no era de aquí se llamaba Julio Espíndola, era tarijeño, él iba de guía del ejército porque estaba aquí con unos señores que sacaban quina y él conocía por ahí por donde estaban los guerrilleros.

Las gentes no sintieron temor de los guerrilleros, nada, nada de temor, lo único que hacíamos era callarnos porque usted sabe que en la guerra, el uno hala para un bando, al ratico lo sabe el otro bando y viene la represalia, por eso yo, para estar bien con todos, mejor me callé y no dije nada a los guerrilleros, ni dije nada al ejército, para salvarme, ¿no? Esa es la verdad.

A mí los guerrilleros [...], ¡porque no es que yo quiera hacerme!, porque aquí el único que tiene un poquito de cultura soy yo, porque estudié y me hice bachiller, fui a la universidad, he ido a Chile, pero la gente es muy cohibida, no tiene charlas de nadie, no saben, esa es la verdad, pero yo en lo que estuve con los guerrilleros, me impresionaron, porque eran hombres valientes, su valentía de todos ellos.

Era un grupo de 30 guerrilleros o 27 contra todo un ejército, eso es por la parte de los guerrilleros, ahora en favor del ejército, yo presencié como 500 hombres aquí en Florida. Llenaron la plaza los soldados. ¡Toda la plaza llena de soldados! Por eso a los guerrilleros yo los admiro. Su valentía de enfrentarse a todos esos soldados. Eso yo lo admiro.

Y en el ejército admiro la valentía de un militar, de José Faustino Rico Toro, que fue ministro, era comandante de la compañía Trinidad, era un macho, porque emprender y enfrentarse con los guerrilleros, no era fácil. Él vino aquí, charló con los

campesinos como amigo y me dijo a mí: “Señor Melgar, se imagina si mi compañía cae en poder de los irregulares”, así le decía a los guerrilleros, “tienen para pelear con el armamento que tiene mi compañía, tres años”. Su compañía no cayó en el combate con los guerrilleros. Esa noche se fueron tras ellos y los persiguieron, y en un lugar que se llama Corralones, los guerrilleros se fueron por una quebrada que se llama Moroco hasta la quebrada de la Mosquera, el ejército los fue acosando y acorralando. Ahí murieron dos guerrilleros y varios militares.

José Faustino Rico Toro dijo que el Che y los guerrilleros eran muy valientes.

Él me dijo que iban unos soldados delante, buscando otra compañía que venía de Moroco. Los guerrilleros se fugaron y siguieron su camino.

Cuando llegamos a Florida, uno de los campesinos que deseábamos entrevistar era Pedro Melgar, quien se le había ofrecido a *Coco* Peredo para ayudarlo en lo que fuera necesario. Y como el Che escribió, el día 27 de julio, que en algún momento se escuchó el llamado a un tal Melgar, pensamos que podría tratarse del mismo de Florida.

Pedro Melgar, una vez que *Coco* Peredo le pidió que fuera a Santa Cruz para comprar medicamentos para los guerrilleros, cumplió con su palabra, se trasladó a esa ciudad y allí compró: 100 tabletas de cortisona, 12 frascos de 25 cc de novocaína, 100 tabletas de tetraciclina, 16 ACTH, 24 rollos de vendajes, 6 pomos de mercurio cromo, 3 rollos de tela adhesiva, 30 de camoquín y 4 frascos de suprel.

Cuando Pedro Melgar regresaba, fue detenido por el ejército y llevado de nuevo a Santa Cruz para interrogarlo en la VIII División del Ejército. Luego lo llevaron obligado para guiar al ejército, pero se escapó y huyó.

La actitud de los campesinos del Piraí, Moroco, Florida, Tejería y Paliza, fue de apoyo, colaboración y simpatía hacia los guerrilleros. Es importante destacar que a pesar de que el ejército hizo una intensa campaña, infiltró a sus espías y concentró fuertes contingentes militares en varios poblados, los campesinos dieron información y alimento a los guerrilleros.

En resumen del mes de julio, el Che escribió: [...] *Sigue sintiéndose la falta de incorporación campesina aunque hay algunos síntomas alentadores en la recepción que nos hicieron viejos conocidos campesinos.*

[...] *La leyenda de la guerrilla adquiere dimensiones continentales [...].*

Posteriormente al paso de los guerrilleros, todos los campesinos de aquellos lugares fueron llevados presos para La Paz.

La situación se repetía en todas las zonas donde operaba la guerrilla.

TARATA: REPERCUSIÓN DEL ASESINATO DE ANTONIO JIMÉNEZ TARDÍO

El día 1ro de agosto de 1967, los guerrilleros comenzaron la construcción de trincheras para preparar una emboscada, pues el ejército se encontraba por los alrededores, Pombo estaba aún sin recuperarse totalmente, y Pacho herido. Los ataques de asma cada vez más frecuentes afectaban al Che. El día 5 de agosto, el Guerrillero Heroico escribió: [...] *Mi asma estuvo implacable; a pesar de mi repugnancia a la separación, tendré que mandar un grupo por delante; Benigno y Julio se ofrecieron de voluntarios; falta examinar la disposición del Ñato.*

Al día siguiente, continuaron la marcha abriéndose paso a golpe de machete, mientras otros guerrilleros exploraban los alrededores; ese día, Inti, Chapaco y el Che hablaron sobre la independencia de Bolivia.

Después de conmemorar esta fecha, el Che continuó afectado por el asma, el día 7 de agosto escribió: [...] *mi asma sin variantes pero las medicinas se acaban. Mañana tomaré una decisión sobre el envío de un grupo al Ñacahuazú.*

Al día siguiente, como la enfermedad del Che había llegado a un estado crítico, tomó la decisión de que Benigno, Julio y Ñato salieran al campamento de Ñacahuasú a buscar las medicinas. Antes de la partida, les dio los puntos de encuentro. Esa noche reunió a toda la tropa y les explicó: *Estamos en una situación difícil [...] Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha [...].*

Después continuaron la marcha y el día 11 se situaron en un arroyo que llamó la atención del Che, porque desaparecía a mediodía y reaparecía a media noche. Al día siguiente él anotó: *La radio anunció un combate cerca de Monteagudo con el resultado de un muerto de parte nuestra: Antonio Fernández, de Tarata. Se parece bastante al nombre real de Pedro, que es de Tarata.*

Llegamos a Tarata. Es un antiguo pueblo de arquitectura colonial, capital de la provincia del mismo nombre, en el departamento de Cochabamba. Se llega por un camino en tramos asfaltado y en otros de polvo blanco que a nuestro paso se elevaba como una nube y obligaba a que las luces del auto fueran permanentemente encendidas, a pesar del sol mañanero. Llegamos en busca de la familia de Antonio Jiménez Tardío, conocido como Pedro o Pan Divino. Un joven alegre, que murió heroicamente cuando la Retaguardia rompía el cerco tendido por el ejército en los primeros días del mes de agosto, en las serranías de Ñaño.

Cuando nos detuvimos en la plaza del pueblo y comenzamos a indagar por la dirección exacta de la familia de Jiménez Tardío, varias personas se acercaron, todos la sabían y con ellos fuimos hasta la casa.

Leonor, su madre, no se encontraba, pero los vecinos informaron que todos los días muy temprano iba para el chaco a recoger papas. Explicaron el camino y hacia los sembradíos nos dirigimos.

Cerca del chaco vimos con extrañeza que la señalada como Leonor era una joven de unos 18 años. Otra persona nos explicó que la otra Leonor había regresado. “Leonor Tardío, Tar-dí-o” silabeaba el guía, y reafirmaron que había vuelto a Tarata.

Volvimos al pueblo, llegamos a su casa, tocamos a la puerta y ella misma abrió. Era una mujer gruesa, estaba enferma y se veía cansada, pero a pesar de su edad, continuaba trabajando en las labores del campo y esto fue lo primero que nos dijo. Luego nos invitó a pasar a la humilde casa donde nacieron sus hijos, donde nació Antonio Jiménez Tardío. Allí, Leonor vive sola en época de cosecha de papas, y otras veces se refugia en ella, se aleja del resto de la familia que vive en la ciudad de Cochabamba y prefiere permanecer en este lugar donde tantos recuerdos le acompañan.

Al referirse a su hijo expresó:

Yo estoy mal, he sido una mujer sufrida, todos los días voy a mi terreno a trabajar. Les doy las gracias por su visita, pero no debieron molestarse de venir desde Cuba, tan lejos que está, para saludarme y saber cómo estoy.

Yo no sé nada de la guerrilla, ya que mi chico no me contó nada, yo estaba inocente, él me había enviado una carta desde La Paz, para despedirse, él me decía que si no me escribía no me extrañara porque se iba para la Argentina y yo creí. Él sabía que yo iba a sufrir y por eso no me quiso avisar, mi pobre chico.

Me enteré de su muerte estando en aquel cuarto, cuando mis hijas me llaman y dicen: “Mamá, Antonio Fernández de la guerrilla ha muerto.” Y yo le respondí: “El pobre, pero qué tengo que ver yo con eso”. No me interesa. ¡Imagínese usted! ¡Había sido mi hijo!

Al poco rato están dando la noticia que había sido mi hijo Antonio Jiménez Tardío, era mi propio hijo. Yo empecé a dar gritos y a decirles a mis hijas por qué no me habían dicho que él estaba en la guerrilla.

Mi esposo estaba en La Paz, y yo fui donde mi sobrino y le pregunté: “¿Ahora qué hago?, ¿adónde ir a buscarlo?” Estaba desesperada, pero él me dice: “No hagas nada, porque te van a sindicarte a ti y a los demás hijos tuyos de guerrilleros”. ¡Usted se imagina! Desde entonces estoy enferma, mal, como muerta estoy.

Al día siguiente, vinieron unas gentes armadas, porque aquí en la plaza, en todo el pueblo de Tarata y en Cliza habían escrito en los muros: “¡Gloria a Antonio Jiménez Tardío y abajo la bota militar!” En todas partes escribieron eso.

Todos los compañeros, los amigos y vecinos de mi Antonio, escribieron eso en las paredes, en todos los lugares, por la noche lo escribieron y al otro día apareció todo escrito. El subprefecto hizo llamar a muchas gentes para obligarlos a que limpien. Hizo traer a gentes armadas.

Luego querían venir a mi casa a atacarla, pero el pueblo protestó, decían que por qué me iban a hacer eso a mí, si yo no había participado en política y no tenía la culpa. Estaba afligida, y si el pueblo no interviene me acribillan a balas, porque eran gentes ignorantes, que no le interesa nada y que sin misericordia son capaces de matar. ¡He sufrido lo indecible! ¡Solo Dios sabe! El Señor que tengo aquí conmigo.

Leonor señaló hacia una pared, se refería al Cristo colgado en ella y continuó su narración:

Desde los 14 años Antonio se tuvo que ir a La Paz, para poder estudiar, buscar una beca y me decía que no me preocupara por él, que me iba a ayudar a educar a sus hermanos menores.

Tenía 26 años cuando murió, era técnico mecánico y estudiaba nuevamente finanzas. Venía una vez al año aquí, de vacaciones y le gustaba leer mucho. Yo le decía: “Hijito, todos los jóvenes salen a divertirse”, pero él se ponía a leer libros del Partido Comunista. Yo no quería que se metiera en política, porque ninguno de nuestra familia se ha metido en eso, pero él me dijo que le gustaba conocer y saber y tenía esos ideales. Me dijo que sus ideales eran comunistas y que yo tenía un corazón comunista también y que era yo quien lo había enseñado, porque si yo me ganaba 10 pesos, sabía socorrer a los demás, ayudar a los demás necesitados. Él era muy querido aquí, todos lo querían. Siempre muy sacrificado.

Aquí nacieron todos mis hijos, ellos son tarateños.

Y señalando unos recipientes de barro, grandes, dijo:

En esos cántaros yo elaboraba la chicha, porque el sueldo de maestro de mi marido no alcanzaba para nada. Hemos tenido que trabajar como bestias, porque teníamos 11 hijos. Yo misma elaborando y vendiendo chicha para poder vivir.

He sufrido más de 36 años en este pueblo porque aquí soy forastera, nací en La Paz y me eduqué en Cochabamba y cuando murieron mis padres, me casé y vine para acá.

Cuando murió Antonio, han venido policías de La Paz y todito me han decomisado: los libros, todo, ¡hasta los libros de mis otros hijos! Todo lo revolvieron, los colchones, todo se han llevado.

A mi otro hijo más pequeño lo han llevado a la policía y casi lo matan a palos, ¡qué cosa no le han hecho! Solo con la intervención del obispo y los vecinos, lo he logrado rescatar.

Tengo un álbum con las fotos de Antonio y la tengo ahí en la sala. ¡Grave ha sido nuestra vida, señor!

ENTREVISTA A EUSEBIO TAPIA

El día 14 de agosto fue un día difícil para los guerrilleros, porque las emisoras radiales dieron la noticia de que habían caído en poder del ejército las cuevas, en ellas además de armas se encontraron medicinas, valiosos documentos y todo tipo de fotografías. El Che escribió: *Es el golpe más duro que nos hayan dado; alguien habló. ¿Quién? es la incógnita.*

Continuaron la marcha. El día 17 llegaron al río Rosita a las nueve de la mañana y a las cuatro y media de la tarde al Río Grande donde acamparon. Al amanecer continuaron por el río y atravesaron cuatro vados. Ese día cazaron un anta, una urina y varios monos, que le permitieron tener alimentos, pues durante los días anteriores se habían escaseado mucho.

Cuando dos décadas después entrevistamos a Eusebio Tapia, ya tenía 40 años y se encontraba en La Paz. Era dirigente campesino. Un hombre de estatura pequeña, en cuyo rostro asomaban rasgos de sentimientos nobles. Al responder a nuestras preguntas explicó:

Yo nací en la provincia Murillo, pero de niño me llevaron a la comunidad Cruzaya y allí crecí. Soy aymara, mi madre llevaba ojotes,¹ polleras, rebozos, sombrero y solo hablaba aymara. Mi padre, también un hombre humilde, llevaba ojotes, pantalón de bayeta, sus chalines y sombrero. Mi padre pudo ubicarme en una escuela adventista y alcancé hasta el tercero de primaria. Estuve preso hasta 1971 con la amnistía de Juan José Torres, después del golpe de Estado nuevamente me pusieron preso hasta 1972, después me residenciaron y en 1976 nuevamente preso siete meses. Soy padre de siete hijos.

Al referirse a los hechos ocurridos en Ñacahuasú, dijo:

Bueno, se perdieron unas latas de leche condensada y yo tenía dos latas vacías, pero me echaron la culpa de cuatro latas y por eso me pasaron a la reserva, pero yo no era ni podía ser el culpable de todas.

Después del combate del 23 de marzo, se reunieron todos los grupos y nos juzgaron. Al compañero Ramón le habían

¹ Especie de sandalias de cuero.

informado todo y nos trató de resaca a cuatro compañeros. En primer lugar con respecto a mi persona, por la extracción de los víveres, en segundo a Chingolo por haber tenido cierta cobardía en los días del combate, estaba tratando de buscar donde esconderse; el tercero Paco, que manifiesta adolecer del corazón y Pepe que decía que no podía caminar por el reumatismo. Los cuatro fuimos declarados resaca.

A mí me dolía de que fuéramos criticados de esa forma, nos dijeron que en la primera oportunidad nos iríamos del grupo. Mientras, tendríamos que compartir todo lo que había pero restringiéndonos de fumar cigarrillos.

Al respecto, el Che escribió el día 25 de marzo: [...] *se anunció el licenciamiento de Paco, Pepe, Chingolo y Eusebio, comunicándoles que no comerán si no trabajan y se les suspende la fuma [...]*

Después fui a la casa de calamina con el compañero Rolando, quien me trató muy bien, con igualdad; hasta ese día yo no había sentido ese tratamiento. Participé con él en el viaje a Piraboy y después al campamento de Iripití o río de los monos, donde hubo el combate y cae el compañero Rubio. Yo había compartido con Rubio en las malas y las buenas, era ayudante de una ametralladora pesada; lo recuerdo, porque él me contaba muchas cosas buenas y anécdotas de su pueblo cubano y de las guerrillas donde había participado. Después del combate se recogieron las armas y fueron a esconderlas cerca del río.

Cuando fueron a sacar a Regis Debray, nosotros quedamos divididos cerca del río Yaqui, en la punta de un prado que se llama Bella Vista. Fue una comisión a visitar las casas de los campesinos para recoger víveres. Se quedaron algunos médicos con nosotros porque muchos de los compañeros estaban afectados de salud: Moisés Guevara, Tania, Alejandro y Serapio no podían caminar, en total 16 compañeros. El resto se fue con el compromiso de que volvería en dos o tres días. Había combates cerca de nosotros, se sentía el “voleteo” de los aviones, bombardeos, disparos, pero por la confusión no sabíamos si eran enfrentamientos entre el ejército y los demás compañeros o entre el ejército mismo.

El campamento lo habíamos ubicado sobre el arroyo que pasaba ligeramente una planicie entre las dos lomas. Se llama el lugar El Hueso. Del campamento a las casas de los campesinos había como 10 km. Permanecimos en esa zona tres meses: abril, mayo y junio. Por las noticias de la radio sabíamos que el grupo de Ramón estaba por el Río Grande.

Una madrugada decidieron atacar al ejército para que vieran que estábamos allí. Los emboscamos y ellos se quedaron acampados alrededor de las casas de los campesinos, para controlarnos y vigilarnos.

Otro día que fuimos a buscar alimentos, encontramos en el camino unos caballos salvajes y quisimos emboscarlos; ese fue el momento en que Pepe se rezagó y se quedó. Era el mes de mayo.

Me mandaron a mí solo a buscarlo. Serían unos 3 km, pero no lo encontré y regresé para informar a Fredy Maymura. En el campamento le informamos a Joaquín que Pepe no aparecía, por lo que suponíamos que había desertado. Luego Joaquín decidió que varios compañeros fueran a buscarlo, entre ellos Pedro y Marcos, pero Pepe ya había desertado.

Ellos conocieron, por los campesinos, que había llegado a la casa de uno de ellos y le pidió ropas. Este campesino lo proveyó de una camisa y un pantalón y cuando ya estaba haciendo los intentos de salir lo sorprendieron y lo apresaron. Después lo torturaron hasta que le sacaron todo lo que sabía y lo fusilaron. En esa ocasión los campesinos informaron que el ejército estaba limpiando una zona para hacer una pista de aterrizaje de helicópteros.

Los campesinos fueron muy serviciales con nosotros, fueron amistosos; por eso el ejército entró a sus casas y quemó sus cosechas. Cuando hemos logrado acercarnos a sus casas hemos comprobado que efectivamente lo quemaron todo, los han obligado a abandonar sus casas y la zona quedó desocupada.

Después de la deserción de Pepe hubo una reunión y por primera vez nos dejaron participar a nosotros y que también opináramos. Hubo reconciliación total y Joaquín nos incorporó y dijo que íbamos a ser combatientes. Yo me sentí muy feliz y fui el ayudante de Pedro en la ametralladora.

Posteriormente, cuando los compañeros Marcos, Pedro y Víctor van a la casa de un campesino para explorar su disposición de ayudarnos, cayeron en una emboscada y solo se salvó Pedro.

Yo había intimado mucho con Marcos, porque él contó una serie de anécdotas de la guerrilla cubana; de la Revolución; él deseaba, cuando acabara la guerra, regresar a Cuba para recibir grandes abrazos de su familia y de todos los cubanos. No podíamos ir a recoger los cadáveres porque los soldados seguían emboscados, allí estuvieron ocho días o más, al sol. A muchas penas fueron varios compañeros a recogerlos, Joaquín, Pedro, Braulio y otros.

Ellos nos contaron que Marcos tenía una herida de ráfaga de una 30 por la frente y por encima de la ceja, y Víctor por el estómago, al medio del cuerpo.

Después hubo otro combate donde el ejército tuvo tres heridos, pero casi nos aniquilan y de ahí es cuando ya salimos rumbo al Río Grande. Salimos por el río Yaqui hacia arriba, caminamos kilómetros y kilómetros. Llevábamos la mochila de Serapio, porque él estaba afectado de un tobillo y no podía cargar tanto por lo afectado que estaba.

Tania ya estaba recuperada y no tenía necesidad de que la ayudáramos; caminaba bastante como todos nosotros, aunque todos tratábamos de ayudarla porque el hombre siempre es sensible con las mujeres y la tratábamos de ayudar, pero ella no necesitaba y no quería, era uno más. Yo sentía tal vez que era como una madre, ella llevaba en un bolsito azul así puesto en el hombro y por su sensibilidad recogía piedrecitas bonitas y de colores. Caminamos bastante y acampamos.

Después salió Serapio alante para adelantarse y en una curva que encontró él advirtió algo, porque miró hacia arriba, yo iba como a 50 m de él y se ocultó detrás de unas piedras y comenzó a alertarnos que estaba el ejército y en ese momento que él dice alto: “¡El ejército!”, se escuchó una ráfaga directamente y cayó Serapio. Después yo conocí que el ejército le decía a Serapio que se callara la boca porque la intención era de que el grupo entrara completo y aniquilarnos allí; pero Serapio nos salvó la vida, por eso digo yo que él murió como un héroe.

Se lo llevaron para Lagunillas y allí lo enterraron, ellos pensaban que era Moisés Guevara.

A Serapio lo recuerdo, porque cuando él conversaba conmigo, me decía que uno de los pajaritos que sacan la suerte en unos papelitos como se acostumbra acá, le habían sacado la suerte antes de irse a las guerrillas y le decían que él sería afortunado y que iba a triunfar. Él me decía que era afortunado porque iba a hacer la revolución y todos serían afortunados en nuestro país. Él fue un héroe, es un héroe. Y él es un joven que ha luchado por hacer la revolución y ha muerto como héroe, por eso lo recuerdo más.

Rápidamente nosotros maniobramos y entramos al monte, retrocedimos pero el ejército observaba desde una loma, porque teníamos a los soldados por delante y por detrás y enfrente de una loma. Estábamos encajonados en el río y desde ahí vimos a los soldados en la loma que era donde tenían su campamento, si el ejército avanza nos liquidan, pero por miedo no lo hicieron.

Acampamos en el medio, porque de noche no podíamos avanzar, cocinamos allí y por la mañana empezamos a escalar la loma, romper el cerco arañando aquella loma.

El ejército continuó tras nuestras huellas, pero al encontrar un saco de maíz que nosotros dejamos abandonado porque no podíamos cargarlo, y como ellos tenían hambre se pusieron a cocinar hasta el mediodía, y nosotros logramos escapar. Nosotros queríamos rescatar a Serapio, pero era imposible en aquellas circunstancias, por eso el ejército se lo llevó como botín de guerra.

Caminamos varios días por el monte hasta que vimos unos chacos y unos muchachitos con los cuales habló Joaquín y les regaló algunos pesos, para que no dijeran nada al ejército. Braulio entró a la casa de un campesino para aprovisionarnos. Estábamos en Ticucha.

Yo siempre recuerdo a Braulio porque compartía con él, le gustaba mi persona porque yo no dejaba de vencer el camino; caminaba cuando tenía que caminar y siempre me gustaba andar con él. Un día que estaba el ejército en una emboscada

él fue muy despacito hasta el campamento de los militares y les llevó dos caballos con monturas que tenían amarrados, él fue arrastrándose y arrastrándose y se los llevó, y me enseñaba a mí.

Otra vez, él me dio más cargas que a los demás y yo me rebelé, discutimos fuerte, pero cuando llegamos al campamento, me dio más comida que a los otros, porque era verdad que yo era el que más había cargado.

Allí en Ticucha compramos una vaca. Ticucha es un caserío. Los campesinos nos trataron bien, no huyeron. Uno de ellos envió a uno de sus hijos para buscar una vaca en el potrero para nosotros y yo lo acompañé, pero no la encontramos. Regresamos como a las cinco de la tarde y decidimos comprar unas chivas. Allí acampamos, pero a las seis de la mañana cuando nos disponíamos a partir, llegó el ejército, nos encontramos a 3 km de Ticucha, detrás de una loma, estábamos cercados nuevamente por los militares y al cabo de una hora pudimos romper el cerco, solo podíamos escapar por una faralla, todo el grupo se estaba replegando y Chingolo y yo nos perdimos en el monte y el combate siguió. Después cesó el combate y nosotros pensamos que al grupo lo habían aniquilado o se habían salvado y se habían ido para el otro lado. Decidimos irnos de allí por una loma. No sabíamos si era el norte o el sur, habíamos perdido nuestras mochilas; encontramos el camino carretero a Ticucha y al cruzarlo se presentaron camiones del ejército con soldados que se bajaron pero no nos vieron, pasaron otros camiones de soldados y nosotros escondidos hasta que llegó la noche.

Hacia invierno, crujía el frío y nosotros no teníamos nada y tuvimos que abrazarnos los dos detrás de unas piedras de cierto tamaño. Ahí dormimos, eso fue el 22 de julio. Al día siguiente volvimos a caminar y subimos al cerro de Iñaño para orientarnos. Observamos a un lado el ejército, del otro una barranca y allá abajo el camino carretero a Sucre. Pasamos dos días caminando, incluso cerca de un campamento del ejército y cruzamos por él junto a un grupo de campesinos que iban pasando.

Cuando ya estábamos cerca de Monteagudo, como a las cuatro de la tarde, en una población que se llama Candua,

nos acercamos para comprar algo, pero como no teníamos dinero le ofrecimos vender el rifle y ese fue un grave error, porque el señor nos dijo que nos daba 60 pesos y el rifle valía 600 y si no lo vendíamos, dijo: “ahorita llamo a la policía y ustedes no cuentan”. Con esos 60 pesos compramos pan, algunas cosas de comer, yo quería seguir caminando esa noche, pero Chingolo estaba con ampollas en los pies y no podía caminar; me decía que era mejor dormir, que en la mañana nos bañaríamos y tendríamos una fachada distinta, pues estábamos sucios, rotos y con los cabellos largos y los zapatos deshechos. Junto a unos bebederos del río dormimos esa noche y al día siguiente compramos jabón y entramos al río para bañarnos, ahí nos apresaron. Nos cayó la policía civil y después el ejército, estaba el mayor Rubén Sánchez y el capitán Oxa, nos llevaron a Monteagudo y allí los soldados querían arrojarnos desde el segundo piso, nos estropearon un poco y nos llevaron para Lagunillas.

Al principio no hablábamos nada. Decíamos que éramos ayudantes de camioneros, pero cuando ya supieron quiénes éramos, Chingolo trataba de salvarse diciendo que yo era el que más conocía porque era el que llevaba más tiempo en la guerrilla. Pero yo no sabía casi nada, porque llegué al campamento dos días antes de la expedición al Río Grande y yo me fui a la expedición con el Che y casi no hablaba español, porque yo soy aymara, pero Chingolo andaba de ayudante de Moisés Guevara y sabía todo muy bien. En Lagunillas comenzaron las torturas: huascas, garrotes, patadas, puñetazos, cortaduras y quemaduras de cigarros, pero a mí no me sacaban nada porque yo no sabía, no conocía, y aunque me hubieran asesinado yo no podía hablar porque yo no conocía donde estaban las cuevas. Para mí la carga fue muy pesada porque pensaban que yo sabía donde estaban los depósitos, pero en realidad yo no conocía y decía que no conocía y no me creían, y me estropeaban más porque pensaban que estaba mintiendo. Señaló en su cuerpo y dijo: “aquí tengo las herencias del ejército, que me han implantado dos balazos en el hombro. Chingolo no soportó más y se brindó a mostrar todo y mostró las cuevas y descubrió todo.

El Che escribió el día 14 de agosto: [...] *el noticiero dio noticias de la forma de la cueva adonde iban los enviados, con señales fan precisas que no es posible dudar* [...] *También nos tomaron documentos de todo tipo y fotografías* [...]

El entrevistado continuó:

Yo traté de ocultar algunas cosas, como la cantidad de guerrilleros y cómo estaba Tania, porque a los militares les interesaba mucho conocer si la habíamos visto con algún compañero, si estaba embarazada, si tenía hijos en la montaña; querían denigrar la personalidad de Tania y hacer escándalos contra ella, contra los dirigentes revolucionarios.

El mayor Rubén Sánchez dijo que yo era un muchacho y que como tal había actuado. Yo declaraba que no sabía de la guerrilla, que me habían traído como peón para cuidar el chaco de la hacienda, me encerraron en un calabozo y Chingolo se fue con los del CITE a descubrir las cuevas y los depósitos.

Pero ya no tenía caso ocultar lo que ellos sabían, porque Chingolo lo había contado todo y Pepe también. Cuando decía una mentira, traían las declaraciones de Pepe o del Chingolo y entonces nuevos golpes para mí.

Después, cuando la emboscada del 31 de agosto y cuando asesinaron al Negro que fue acribillado a unos 10 km de la emboscada, me llevaron a mí para identificarlo. Fue doloroso verlo, me dio nostalgia y un sentimiento profundo, lo habían ametrallado por la ceja izquierda hasta la pierna izquierda. Él resistió y combatió solo. Lo trajeron para Camiri.

También me llevaron para identificar a Pedro, porque él murió en el cerro de Ñao, está enterrado en Lagunillas, porque para allí lo han llevado.

TESTIMONIO DE UN EXSOLDADO DE BELLA VISTA

En Lagunillas nos habían informado de una persona que había ayudado al ejército y que formó parte de él en la emboscada de Bella Vista, era un testigo, desde el lado militar, de lo que había acontecido el día en que murieron Antonio Sánchez Díaz y Víctor Condori.

Fuimos en su búsqueda, y aunque el exsoldado tiene unos 40 años de edad, parece un anciano, pues el nivel de vida es extremadamente pobre, su bohío, aunque mejor que el resto, no se diferencia mucho.

Accedió a narrar sus experiencias, pero solicitando que no diéramos su nombre, dijo que ya habían venido de la televisión española y se lo pidió así, ellos accedieron. Su testimonio es el siguiente:

El ejército me pidió que lo ayudara y como yo era de aquí de Lagunillas y conocía muy bien todo, acepté. La primera vez que ayudé he ido a Peñón Colorado, un lugar que queda cerca del caserío de Bella Vista. Fuimos varios civiles y el teniente Néstor Ruiz, los demás civiles no querían ir, pero yo sí, yo fui voluntariamente para ayudar a los militares en lo que fuera posible, nadie me obligó. Hicimos una pequeña emboscada, pero los guerrilleros no aparecieron. Entonces yo me enrolé en el ejército como soldado, me pagaban por fracción y mensual y como no tenía trabajo, era una oportunidad que tenía.

Fuimos de vuelta para la emboscada en un lugar que se llama Compotí, allí se entregó un guerrillero que se llamaba Pepe, lo velaron y lo apresaron y él no hizo resistencia, decía que era un campesino, pero cuando comenzaron las torturas para que hable, reconoció que era guerrillero.

Entonces un militar nombrado Javier Monje Inojosa lo fusiló, al día siguiente teníamos que alistarnos para perseguir a los guerrilleros, los soldados estábamos temblando de miedo, porque no era igual estar en una emboscada, esperando que los guerrilleros pasaran, que ir detrás de los guerrilleros y nos pongan ellos la emboscada.

Nosotros teníamos que entrar por el cañón de Peñón Colorado, por la zona de Angostura. Esa medianoche Pepe pidió permiso para ir a desaguar y en ese rato, lo asesinaron, Monje Inojosa le vació el cargador de una treinta por la espalda.

Comentaron que lo asesinaron por miedo a que él nos guiara, pero no fue eso, fue porque él no quería guiarnos y porque él no declaró todo lo que sabía, por eso fue que lo asesinaron.

Eso fue en el mes de mayo, nosotros seguimos emboscados y el día 2 de junio venían tres guerrilleros y el teniente Néstor Ruiz dirigió la emboscada, ahí murieron dos guerrilleros y uno se escapó, porque venían tres, los guerrilleros muertos ahí quedaron y después sus propias gentes fueron quienes los enterraron. Ellos venían para la casa de Domingo, los campesinos tenían mucho miedo al ejército, porque como ellos vendieron víveres a los guerrilleros tenían más represión. Domingo García y Carlos Rodas ya han muerto, vive la hija de Carlos que se llama Jacinta, Zenón García vive.

Los guerrilleros que murieron ahí tenían un reloj hermoso y una brújula y el teniente Ruiz se quedó con esas cosas para llevarlas a La Paz, también una cachimba pero con esa se quedó Zenón García, porque la encontró después, los guerrilleros tenían 3 000 pesos en billetes de a 50, Zenón también se encontró una dentadura postiza. El más joven de los dos guerrilleros tenía una cartera con un billete de “alasita” y una estatua de la virgen de Cotoca.

Los campesinos de Bella Vista estaban en complicidad con los guerrilleros, ellos les vendían alimentos, entre los que vendían estaban Carlos Rodas y Zenón García, también Domingo García, que era el que más vendía, porque compraba a otros campesinos y almacenaba ahí para cuando llegaran los guerrilleros recogieran.

Por esa complicidad de los campesinos, se acordó quemar todas sus siembras, quemarles los silos donde tenían las siembras y eso a mí no me gustó, porque yo soy de acá, conozco a todos los campesinos y sé que cuesta mucho trabajo sembrar en estos lugares, pero así dijeron, y los mismos soldados les

prendieron fuego y quemaron todo. Otros soldados no estaban de acuerdo con esa quema, el maíz quemado, los zapallos y jocos quemados, todo quemado, después presos los campesinos y las casas desalojadas de todos ellos.

Apresaron a dos guerrilleros más, que iban lejos, llegando a Monteagudo y los trajeron para Lagunillas para que declaren, el propio comandante de la IV División y los hombres de la CIA los interrogaron, el comandante Luis Reque Terán con sus propias manos comenzó a torturarlos para que hablaran, mucha huasca, cortadura y quemadura con cigarros, hasta que uno que se llama Chingolo habló, ese no aguantó más y entonces él fue con el capitán Rolando Saravia y una compañía del Ingavi en un camión a indicar donde estaban las cuevas y los depósitos.

Al otro lo llevaban para que reconociera quiénes eran los guerrilleros que después fueron muriendo, porque el otro era Eusebio, fue muy duro de pelar, no quería hablar. Cuando terminó la guerrilla, ya yo no quise quedarme en el ejército, me había arrepentido de mi experiencia, me ofrecieron trabajo pero tampoco quise aceptar, porque me afligí mucho por todas las cosas que vi y que tuve que pasar. Reque Terán se apoderó de todas las cosas que sacaron de las cuevas, y comenzó a vender muchas fotos a los periodistas y a guardarse ese dinero para él. No le dio ninguna utilidad a Rolando Saravia y a los demás soldaditos que fueron con él y a mí no me dieron nada y eso fue mal visto por todos nosotros.

Le preguntamos al exsoldado, sobre los propietarios de una casa parecida a un barco, que se encuentra muy próxima a la entrada de Lagunillas y él respondió:

Es la casa de doña Andrea Zegarra, la viuda de don José Peña, que era el hacendado más rico de todos estos lugares.

No ha tenido suerte la señora doña Andrea, porque la hija que adoptó la ha dejado porque el cura de la parroquia de Lagunillas se enamoró de ella, era un español y le pidió permiso al papa para casarse, pero no se lo permitieron y como ya la criatura estaba por nacer, colgó la sotana y aquí mismo en

Lagunillas se casó y se fueron para España. Sola se ha quedado doña Andrea, sola con los peones que ahora se han sublevado, porque después que pasó la guerrilla del Che, los peones se han avivado hartos, no se dejan y actúan.

Han formado un sindicato. Ellos se han enterado que existe una ley que expone que la tierra es de quien la trabaja y quieren que se cumpla la ley. Yo me pregunto quién les habrá dado noticias de esa ley, porque no saben leer.

EMBOSCADA EN PUERTO MAURICIO

El día 19 de agosto los guerrilleros Miguel, Coco, Inti y Aniceto, salieron a explorar con el fin de encontrar un camino mejor para llegar a la casa donde vivía Epifanio Vargas.

El día 23 encontraron una cabañita de cazadores, con huellas de haber estado habitada recientemente. Se emboscaron y al poco rato llegaron dos cazadores, estos informaron que el ejército estaba en varios lugares, mencionando la casa de Epifanio, Tatarenda, Caraguatarenda, Ipitá y Yumón. Además, que al día siguiente vendría el ejército a pescar en grupos de 15 ó 20 hombres, por lo que el Che decidió emboscarlos.

Al día siguiente, cuando la Vanguardia recorrió algunos metros, aparecieron tres campesinos que dijeron ser cazadores, informaron que posteriormente llegarían soldados, pero estos no cruzaron el río, solo dieron algunas vueltas y se marcharon.

El Che envió a uno de los cazadores, nombrado Hugo Guzmán con Darío, Miguel, Urbano y Camba para que exploraran una senda que no se sabía cuál era el fin. Al anoecer regresaron con un cóndor y un gato podrido, esto, junto a unos pedazos de anta, les sirvió de alimento.

El día 25 volvieron los soldados pero no trataron de cruzar el río. El Che decidió que si volvían al día siguiente se les atacaría. Y efectivamente, el día 26 llegaron. Se produjo un nuevo choque, al respecto Inti Peredo escribió:

“El 26 tuvimos el único choque con el ejército durante este mes. Teníamos planificada una emboscada en Río Grande, los soldados, que ya mostraban más preparación se dividieron en dos grupos y tomaron una serie de precauciones que antes habían desestimado, por ejemplo, en la escuadra de 7 hombres, cinco se colocaron río abajo y dos se dispusieron a cruzar frente a nosotros. Antonio, que estaba frente a la emboscada, se precipitó errando el tiro. Los dos huyeron en busca de refuerzos y los otros cinco corrieron a saltos por la playa. Con Coco le propusimos al Che que nos dejara ir hasta la otra orilla y tratar de tomar prisioneros a los soldados, pero estos se parapetaron y nos rechazaron”.

El Che escribió en su Diario: [...] *Se distinguieron Coco e Inti por su decisión.*

Inti continuó narrando que durante el mes de agosto: “Hubo días duros, tensos, de relajamiento de la moral en los que se necesitaba una voluntad fuerte y una conducción política firme y respetada. Sin estas últimas condiciones la desintegración de nuestra columna era factible. Allí surgió una vez más con toda su grandeza, el espíritu del Che, su carácter de jefe íntegro, indiscutido, seguro en el mando, claro en sus concepciones, rápido en sus decisiones, tajante para liquidar cualquier síntoma de descomposición y decidido a llegar hasta el final en la defensa de sus ideales.

”Nunca como antes tuvo tanto valor histórico, preciso y categórico llamado a definirse como hombre revolucionario”.

“Los hombres que continuaron la lucha a su lado no solo acentuaron su cariño y admiración por este jefe excepcional, sino que además se comprometieron, cualquiera que fueran las circunstancias, a vencer o morir por sus ideales, que en estos momentos catalizan a hombres y mujeres de todo el mundo”.

El día 27 de agosto, mientras analizaban la mejor variante para cruzar las montañas y seguir por el Río Grande hasta el Masicuri, el Che escribió:

La noticia buena, o el acontecimiento bueno, fue la aparición de Benigno, Nato y Julio [...].

Después de las informaciones proporcionadas por Benigno, en las cuales se afirmaba que el grupo de Joaquín había dejado huellas de haber acampado por la ruta hacia el Río Grande, los guerrilleros continuaron la marcha, pero con mucha sed, por lo que fue necesario recurrir a unas plantas conocidas como caracoré para obtener algún poquito de agua. Esta situación se mantendría otro día más y el día 30 algunos combatientes desesperados se tomaban sus orines, lo que complicó más la situación por los efectos negativos que produjo, pero Urbano, Benigno y Julio encontraron agua, lo que resolvió esta serie de dificultades. Al día siguiente continuaron.

Agosto fue el mes más difícil de toda la campaña guerrillera, el hecho de tener que cruzar nuevamente por toda la serranía de

San Marcos, la ausencia de agua, y la pérdida de dos nuevos compañeros a finales de julio, había creado problemas en la tropa guerrillera. El Che lo reflejó en el resumen del mes cuando dijo:

Fue, sin lugar a duda, el mes más malo que hemos tenido en lo que va de guerra. La pérdida de todas las cuevas con sus documentos y medicamentos fue un golpe duro, sobre todo psicológico. La pérdida de 2 hombres en las postrimerías del mes y la subsiguiente marcha a carne de caballo desmoralizó a la gente [...]. La falta de contacto con el exterior y con Joaquín y el hecho de que prisioneros hechos a este hayan hablado, también desmoralizó un poco a la tropa. Mi enfermedad sembró la incertidumbre en varios más y todo esto se reflejó en nuestro único encuentro, en que debíamos haber causado varias bajas al enemigo y solo le hicimos un herido[...].

El Che señaló, en el mismo resumen, que el ejército no aumentó su efectividad ni acometividad. Y concluyó que Inti y Coco despuntaban cada vez más como cuadros revolucionarios y militares.

El 1ro de septiembre el camino se extendió más de lo previsto y a las seis y cuarto de la tarde descubrieron que se encontraban en el arroyo que va a la casa de Honorato Rojas. Benigno y Urbano avanzaron con precaución y tomaron la casa que estaba vacía, se había aumentado en varios barracones para el ejército. Los guerrilleros comieron en esa casa, pero en la mañana se retiraron a unos chacos cercanos, dejando una posta en la choza y otra a la entrada del camino.

A las ocho de la mañana Coco fue donde el Che para avisar que habían parado a un arriero que venía en busca de Honorato que eran cuatro en total.

A las 13:30 horas sonaron varios disparos y luego se supo que venía un campesino con un soldado y un caballo.

Posteriormente dejaron marchar a los cuatro arrieros y a los campesinos que acompañaban a los guerrilleros desde el día 23 de agosto. A los primeros les compraron un torete y a Hugo Guzmán, el cazador, le dieron 100 pesos como pago y 50 más para gastos en los que había incurrido. El Che anotó en su Diario el día 2 de septiembre:

Los arrieros contaron que la mujer de Honorato se había quejado del ejército por los golpes que le habían propinado al marido y porque se comieron todo lo que tenía...

La radio trajo una noticia fea sobre el aniquilamiento de un grupo de 10 hombres dirigidos por un cubano llamado Joaquín en la zona de Camiri; sin embargo, la noticia la dio la voz de las Américas y las emisoras locales no han dicho nada.

UN SOBREVIVIENTE: JOSÉ CASTILLO CHÁVEZ

A través del testimonio de Eusebio Tapia, conocimos que el grupo de Joaquín había llegado hasta las proximidades de Monteagudo cuando este y Chingolo decidieron abandonarlo. Era necesario localizar y entrevistar al único sobreviviente de la emboscada en que había caído el grupo de la Retaguardia. Este sobreviviente se llama José Castillo Chávez, conocido como Paco, miembro de la resaca guerrillera que quedó junto a Joaquín y formó parte del grupo hasta el día 31 de agosto. Lo encontramos y accedió a conversar.

Le pedimos que hablara, con entera honestidad y sinceridad, en torno a todo lo vivido, que si le resultaba difícil abordar lo sucedido después del combate del día 31 y la postura que asumió, la cual había sido muy cuestionada, no lo hiciera. Que nos interesaba su relato hasta el momento mismo de la emboscada, para el resto buscaríamos otras fuentes. Castillo accedió a darnos su testimonio. Y narró:

Después que quedamos separados del Che, resistimos tres meses en la zona de Bella Vista, algunas veces compramos gallinas y otros alimentos en la casa de un campesino que vivía próximo al río Ñacahuasú, que se llamaba Domingo. Él estuvo colaborando, fue muy servicial y amistoso con nosotros. Nos ha servido cerca de tres meses, hasta que el ejército se enteró y han tomado represalias con él. El ejército le había quemado toda la cosecha, de eso nos enteramos con otro campesino.

Un día bajaban del río dos hombres a caballo, disfrazados de campesinos, eran espías; llegaron hasta una antigua fábrica de ladrillos donde nosotros dejábamos huellas falsas y en dos o tres horas después vino la aviación a bombardear esa zona. Joaquín dio instrucciones de abandonar el lugar y movilizarnos para otro lado.

Nos enteramos por la radio que había comenzado la operación Cynthia. Antes habían surgido algunas discrepancias y descontentos entre los compañeros, Freddy Maymura, Braulio y Marcos, porque ellos eran de la opinión de que debíamos salir en busca del Che y Joaquín deseaba esperar un poco más.

Antes de partir, Joaquín reúne a todo el grupo y se dirigió a nosotros, mas, Chingolo, Eusebio y yo que éramos la resaca y nos elogió por el comportamiento y nos preguntó si estábamos dispuestos a seguir adelante. Yo dije que deseaba continuar. Pepe ya había desertado.

Yo formaba parte de la resaca, porque cuando estábamos en el campamento con el Che, había pedido salir de la guerrilla y había mantenido esa posición; pero Julio habló conmigo para saber por qué no me sentía capaz de seguir la lucha. Le expliqué que no estaba convencido, y me cansaba mucho, nunca había estado en el monte. El Che se enteró y dijo que quería verme y hablar conmigo. Me llamó y me preguntó. Yo le dije que me sentía mal, que no sabía, que no podía caminar y algunas cosas más les dije porque así las pensaba. Entonces el Che me preguntó que si tenía miedo y yo le respondí que sí. Él me dijo que en la primera oportunidad que se presentara me sacaría, pero que no sabía cuándo y mientras, debía estar en la resaca. Cuando Joaquín dijo que podíamos quedarnos si queríamos, yo acepté continuar.

Después, topamos con el ejército, muere Serapio y nos dirigimos hacia el camino de Sucre a Camiri, tratando de evitar todo contacto con algunas poblaciones. A los cuatro días más o menos de las caminatas, nos topamos con un pueblito, prácticamente no sabíamos dónde estábamos, tratamos de pasar por unos terrenos baldíos que había cerca. Escuchamos ladridos de un perro y nos ocultamos, pero el animal comenzó a ladrarnos, enseguida aparecieron unos muchachitos que venían con el perro, nos vieron ahí metido en una especie de zanja. Cuando estábamos descubiertos, Pedro y otro compañero salieron y conversaron con los muchachos y sacaron la información que ese pueblo se llamaba Taperillas y que más abajo había otro de igual nombre, porque eran dos Taperillas: el alto y el bajo y nos recomendaron que por la parte baja no

había soldados. Nos ocultamos en el monte e hicimos una comisión para que llegara hasta Taperillas y tratara de conseguir más información y algunos víveres. Acampamos en un arroyo. La comisión regresó por la noche y nos pusimos a cocinar y se hizo campamento. Estaba de posta Alejandro, él era un hombre muy experimentado y detectó la presencia de los soldados y comenzó a disparar. Todos nos movilizamos y se hizo una línea de resistencia para detener el avance, fue un combate muy fuerte.

Tania se había quedado protegiendo toda la documentación, Eusebio y Chingolo se quedaron organizando las mochilas y cuando regresamos al campamento, después de recoger a Tania, Eusebio y Chingolo no estaban, se habían ido, desertaron. Eso sucedió en los primeros días de agosto.

Después que nos fuimos de allí, el ejército nos estaba siguiendo y tuvimos un nuevo encuentro en las montañas del Ñao.

Al llegar cerca de Monteagudo, tomamos un pueblito llamado Chuhuayaco, que quiere decir agua clara, que está sobre la falda en el macizo montañoso que se llama Ñao, subiendo a la punta de la montaña se divisa Monteagudo. Desde esa loma vimos el poblado y la idea de Joaquín era salir al camino principal de Sucre-Camiri y tomar algún camión con víveres para hacer sentir nuestra presencia, pero al detectar la existencia de ese pueblito, se decidió tomarlo y proveernos de alimentos.

Organizamos el campamento y después de descansar un día más o menos, nos preparamos para bajar, con el propósito de tomarlo. Todos fuimos con excepción de Tania que se quedó a cargo del campamento con una ametralladora 30 para cualquier emergencia. Cuando bajamos a la falda del Ñao, nos topamos con un grupo de campesinos que estaban limpiando el terreno, que aquí en Bolivia llaman chaco, estaban chaqueando y nos identificamos, conversamos con ellos, nos dieron información y dos compañeros se quedaron allí para que ninguno se moviera de ese lugar.

Llegamos al pueblo, lo tomamos, unos compañeros se movilizaron rápido para buscar información y los otros para buscar alimentos. Nos recibieron bien, todos estaban dispuestos a

vendernos alimentos y vendieron todo lo que tenían, incluso no pudimos comprar más porque no teníamos capacidad para cargar más, ellos acudían a nosotros sin miedo.

Reunimos a un grupo de campesinos y Moisés Guevara les habló en quechua y les dijo que nosotros nos habíamos levantado contra las injusticias en el país y contra el gobierno de turno que permanentemente mantenía el atraso, la miseria y el hambre, los campesinos escuchaban con atención.

Después nos retiramos, recogimos a los dos compañeros que habíamos dejado cuidando a los campesinos y nos internamos nuevamente al Iñaño. Eso sucedió en los primeros días de agosto.

Tania ya estaba bien, el único defecto eran las niguas, que le producían dolor, y también porque sus botas no eran del tamaño que le correspondía. Alejandro era el que seguía enfermo y la salud había empeorado.

Preparamos una emboscada, pensando que el ejército vendría, pero no vino y levantamos la emboscada, pero el ejército estaba apostado en una ladera opuesta, al otro lado de donde estábamos nosotros y comenzaron a bombardearnos con morteros, ubicaron bien la zona porque los morteros caían allí exactamente, si nos hubiéramos demorado, posiblemente nos hubieran aniquilado en ese momento.

Cuando esto sucede, ya teníamos las bajas de Víctor y Marcos que habían muerto el día 2 de junio, de Pepe que desertó y lo asesinaron, Serapio que cayó en una emboscada y Chingolo y Eusebio que habían desertado. Solo quedábamos 11 compañeros. El ejército nos dio alcance y estuvo a punto de rodearnos completamente, en ese momento nos separamos en dos grupos para romper el cerco. Tania no podía caminar rápido ni Alejandro tampoco, Joaquín siempre estaba al lado de ellos y los ayudaba mucho. Nosotros formamos la Vanguardia, buscando la salida de aquel cerco. Iba a la cabeza Braulio. Llegó un momento en que teníamos al enemigo a las espaldas y oíamos sus voces para que nos entregáramos porque estábamos rodeados.

Braulio tomó la decisión de pasar al otro lado de la montaña, era una montaña altísima, pelada, no tenía ninguna protección, teníamos que pasar de todas maneras o nos liquidaban.

El bombardeo era una columna de humo para cortarnos el paso, el primero en cruzar fue Braulio, comenzaron a dispararle pero no llegaron a darle. Él calculó la trayectoria de las balas y dijo que pasáramos por el lado derecho. El que llevaba la treinta era Pedro y cuando llegó a la mitad de la loma cayó. Fue una baja muy lamentable, porque era un compañero muy valiente y muy valioso, con bastante desarrollo ideológico, muy voluntarioso, se parecía mucho a Rolando. Todo nuestro grupo logró pasar al otro lado, pero no sabíamos nada.

Entonces Moisés Guevara, que tenía un gran espíritu de lucha y que hablaba quechua, era el que entraba en contacto con los campesinos, tenía experiencia en la forma de hablar y convencía a las gentes al escuchar que los soldados gritaban que nos rindiéramos; él les gritó a los soldados lo siguiente: “Desobedezcan a sus superiores, que vengan ellos en lugar de ustedes. Soldaditos, nosotros no somos como a ustedes les han dicho. Nos hemos levantado contra las injusticias que sus superiores cometen contra ustedes. Somos revolucionarios”. Y eso mismo repitió en quechua porque los soldaditos siempre hablan quechua.

Faltaban Joaquín y el resto de los compañeros y escuchamos un tiroteo tenso, pensamos que habían rodeado a Joaquín y los habían eliminado. Los soldados llegaron hasta la cima y hacían bulla pero no se atrevían a bajar. Ahí aguardamos como dos horas. Braulio bajó más para hacer exploración, mientras nosotros esperábamos se sintió un movimiento de gentes, él nos hizo la contraseña con la lengua como un sonido de un pájaro chac, chac, chac y ellos nos contestaron, nos acercamos poco a poco y aparecieron Joaquín, Tania, Alejandro y los demás compañeros y nos juntamos todos. ¡Qué alegría!, era como un encuentro después de mucho tiempo. Los habíamos dado por perdidos.

Comenzamos a caminar nuevamente días y días hasta cerca del Campamento Central, pero los exploradores descubrieron que estaba ocupado por el ejército, pasamos por la quebrada de los Monos, la Aguada y el campamento del Oso y seguimos por el río Ñacahuasú y tras varios días llegamos al Río Grande, en la desembocadura del Ñacahuasú con este. Ya

Braulio conocía esa zona porque había estado con el Che durante la exploración.

Braulio era en la Retaguardia la fuerza, el espíritu, pues era un guía excelente que se deslizaba con tal facilidad en el monte que parecía conocer todas las regiones aunque fuera la primera vez que estuviera allí. Movilizaba de tal forma, que siempre hemos estado en lugares seguros.

Él se subía a una montaña, observaba el horizonte y después sabía por dónde ir y siempre sabía ubicarse cerca de donde había un arroyuelo y además de su fortaleza y del trabajo de machetero que hacía por días enteros, después cumplía como cualquier otro sus obligaciones. Si tenía que cocinar, cocinaba, si le tocaba esa noche guardia, la hacía también. Era un hombre de una fortaleza que no es común en las gentes y él nunca ha bajado su moral. Su gran preocupación y deseo era encontrarse con el Che.

Yo dormía debajo de su hamaca y esto sirvió para que surgiera la amistad y me contara aspectos de su familia y de su tierra, de cómo se había incorporado a la Sierra Maestra, pero sin entrar en detalles. Yo también le contaba sobre mi vida. Me dijo que se había incorporado a la Sierra sin saber nada, analfabeto, que allí aprendió las primeras letras.

Braulio ordenó que hiciéramos campamento allí, para esperar al grupo de Joaquín, nos habíamos dividido en Vanguardia y Retaguardia, pero Joaquín se retrasaba mucho, porque en los últimos meses sufrió demasiado por motivo de los pies porque los únicos zapatos que él tenía se le terminaron y no pudo conseguir otros porque sus pies eran muy grandes. Le hicieron unas abarcas y esas también se terminaron, andaba descalzo y caminaba y caminaba kilómetros así y eso era lo que influía para caminar despacio.

Mientras lo esperábamos, nos topamos con unos campesinos que estaban llevando un arria de burros a una feria en Vallegrande. El campesino iba con su hijo, como no teníamos comida le compramos un burro, lo carneamos esa noche y salcochamos la carne, comimos bastante.

Al día siguiente continuamos y le pedimos al campesino que no se moviera de allí hasta 24 horas después que nosotros hubiéramos partido.

Llegamos al Río Grande, lo cruzamos de noche y llegamos hasta las cercanías de la casa de Honorato Rojas. Unos compañeros trataron de hacer contacto con él, pero sintieron unos disparos al otro lado del río y al pensar que podía haber militares no llegaron a la casa y regresaron.

Braulio dijo: “Joaquín, yo creo que no es conveniente hacer contacto con el campesino Rojas, soy partidario de seguir derecho y dejar a Tania resguardada en algún lugar”. Intervino Alejandro para que se reconsiderara esa propuesta de Braulio y se ofreció para ir, Joaquín habló con Braulio y este accedió. Se formó otra comisión con Alejandro al frente y efectivamente llegaron a la casa de Rojas, hablaron con él y concertaron una cita con Joaquín.

Joaquín habló con Honorato y se pusieron de acuerdo y él se comprometió a colaborar en todo lo que le pidieron. El campesino indicó un lugar donde había una aguada para que Alejandro y Tania se quedaran ahí, porque estaban enfermos, él iba a comprar víveres, y en nuestra ausencia se iba a ocupar periódicamente de ellos y procurarles alimentos.

Llegó el día 31 de agosto como a las cuatro de la tarde, nos guió hasta el vado del Río Grande y el ejército nos estaba esperando, cuando entramos al río, nos comenzaron a disparar. El primero en caer fue Braulio, que se dio cuenta de la presencia de los soldados emboscados y disparó su ametralladora y mató un soldado, así comenzó la emboscada. Yo estaba cruzando el río delante de Tania, y detrás de ella Joaquín, cuando se produce el tiroteo, el instinto de conservación hizo que tratara de protegerme y me metí en el agua. Vi que Joaquín había logrado salir del río y que estaba caminando dificultosamente, pero después cayó. Lo vi caer en la orilla. Después que todos caímos no hubo resistencia y entonces los soldados salieron por ambos lados del río, ellos estaban emboscados por las dos bandas del río, nos disparaban por delante y por detrás.

El Negro logró salir vivo de la emboscada porque se encontraba más o menos en el medio del río, que era más hondo y seguramente se dejó llevar por el agua y él nadaba muy bien. Seguramente salió de la zona nadando.

La emboscada se produce alrededor de las cinco de la tarde más o menos, porque una hora después, comenzó a oscurecer. Los soldados eran alrededor de unos 35 hombres. Se movían de todas partes, iban con linternas tratando de buscar, porque creyeron que había más gentes.

Quedamos vivos Freddy Maymura y yo, por la noche comenzaron a interrogarnos y pedían que identificáramos a los compañeros caídos, pero Freddy se negó a hablar. Los militares pensaban que era cubano, porque no respondía a ninguna de las preguntas.

Comenzaron a torturarlo para que hablara, pero no quiso hablar y le dispararon por un brazo. Por la noche cerca de la arena del río lo asesinaron.

Yo pasé la noche junto a los cadáveres de mis compañeros que habían apilado con sus pertenencias. Al salir el sol los militares se movilizaron nuevamente. Volvió Honorato Rojas con un bulto en el cual traía un cochino asado que había preparado para la tropa.

Encontraron el cadáver de Polo, lo vi como hinchado. Polo era un campesino del departamento de La Paz, nunca proponía nada, cumplía sus obligaciones, nunca había reído, siempre callado y lo vi allí muerto; también a su lado Freddy Maymura muerto. Freddy era una persona muy callada, no le gustaba ejercer la medicina, por eso para cualquier enfermedad se ocupaba el Negro. Freddy era el económico del grupo, se dedicaba al control de los víveres, anotaba la existencia de estos y la distribución entre los compañeros para que los cargaran. Contaba el tiempo que iba a durar todo y como no se pesaba él calculaba todo bien.

Después llegaron varios campesinos con mulas y procedieron a cargar los cadáveres en ellas. Los campesinos estaban cabizbajos y silenciosos y así comenzamos a caminar rumbo al caserío de Masicuri. Al anochecer llegamos a Lajas, un lugar donde el ejército tenía una especie de cuartel. Descansaron dos horas y reanudaron la marcha en la misma forma. La luna salió y facilitó el camino, más adelante el monte ardía, eran los campesinos chequeando. Llegamos al camino a las tres de

la madrugada. Allí había dos camiones esperando y salimos rumbo a Vallegrande.

Por fuentes militares conocimos que toda la documentación del grupo de la Retaguardia, así como en los interrogatorios efectuados a José Castillo, *Paco*, participó el agente de la CIA de origen cubano, Gabriel García y la documentación fue llevada a Estados Unidos para su correspondiente análisis.

LA HISTORIA DE HONORATO ROJAS

El día 3 de septiembre de 1967 los guerrilleros continuaron la marcha hacia la zona de Masicuri abajo, rumbo a la desembocadura del Río Grande. En esta ruta encontraron a dos peones que les informaron que en la vivienda de su hacendado no había soldados y que podían conseguir bastantes víveres; que Honorato Rojas había pasado hacía dos días para su finca, en compañía de dos de sus hijos y cinco soldados.

Cuando Inti, Coco, Benigno, Pablito, Julio y León, llegaron a la casa del hacendado, se encontraron que habían acabado de llegar 40 soldados, produciéndose un nuevo choque militar que Inti relató de la siguiente forma:

“El encuentro ocurrió sorpresivamente. Estábamos discutiendo con el encargado de la casa y la mujer de este cuando aparecieron los soldados. Al vernos se replegaron y tendieron un semicercos. Inmediatamente empezaron a dispararnos. Les replicamos con fuego sostenido y por lo menos vimos caer a uno de ellos [...]”.

Al día siguiente el Che anotó que la radio había traído la noticia de la muerte del peruano, Negro, en el río Palmarito y que el cadáver había sido trasladado a Camiri.

La emboscada al grupo de Joaquín y la traición del campesino Honorato Rojas, eran hechos que nos interesaban profundizar en la investigación. A través de fuentes militares pudimos conocer varios aspectos:

- En primer lugar, que en vado del Yeso, en el río Masicuri, no fue donde se produjo la emboscada, sino en el vado de Puerto Mauricio, en el Río Grande. El cambio de lugar en los partes militares se debió a las profundas contradicciones y rivalidades entre los comandantes de la VIII y la IV División. La VIII División llevó a cabo las operaciones en la jurisdicción de la IV División.
- Las contradicciones entre las dos divisiones eran tan profundas que incluso la muerte del Negro, por efectivos de la IV, fue motivo de nuevas y mayores discrepancias y aumentó las susceptibilidades, pues según la recompensa ofrecida

cada guerrillero estaba valorado en varios miles de pesos bolivianos, dinero que reclamaban los miembros de las dos divisiones, ya que unos señalaban que sucedió su muerte el día 31 de agosto, mientras los otros indicaban que fue capturado vivo y luego lo mataron. Finalmente, los de la IV División fueron los que recibieron el dinero correspondiente.

- Desde el mes de mayo, el ejército había llevado a cabo una sistemática represión en toda la zona, al respecto el Che había escrito en el resumen de ese mes: *El Ejército dio el parte de la detención de todos los campesinos que colaboraron con nosotros en la zona de Masicuri...*

- Estos campesinos fueron llevados presos a Vallegrande y allí golpeados y torturados. Según testimonios, en los interrogatorios participó el agente de la CIA, de origen cubano Gabriel García.

- Durante las torturas el campesino Evaristo Caballero, alcalde político del caserío de Arenales, informó que Honorato Rojas, Miguel Pérez y Montano, habían prestado ayuda a los guerrilleros por lo que aumentaron los golpes y las torturas sobre ellos.

- Honorato admitió haber colaborado con la guerrilla, que el trato dado por estos fue bueno, que había recibido dinero de ellos, que les estaba agradecido porque le dieron atención a sus hijos enfermos y se había comprometido a colaborar con los guerrilleros.

- Los militares desconfiaban de Honorato y ante la posibilidad de que volviera a colaborar con los guerrilleros decidieron designar a dos soldados que de manera permanente vivirían en su casa para vigilarlo.

- El día 30 de agosto llegaron tres guerrilleros buscando a Honorato, uno de los soldados, nombrado Fidel Rea, estaba pescando, mientras el otro, Faustino García, permanecía de guardia en la choza.

- Cuando los guerrilleros llegaron a la casa, el hijo mayor de Honorato, nombrado Lucio, fue mandado hasta donde estaba el soldado pescando para avisarle. Inmediatamente cambió sus ropas de militar por la de civil, ocultó su arma y a las once

de la mañana partió hacia el campamento militar acantonado en un lugar conocido como Lajas, a unos 35 km de distancia. Llegó allí a las siete de la noche. Los militares se movilizaron de inmediato y el comandante militar prometió a los soldados que si tenían éxitos en el combate, todos serían licenciados, dejarían la selva y la lucha antiguerrillera y podrían regresar a sus casas, demandas que desde hacía unas semanas venían exigiendo cada vez con mayor insistencia.

- En las tropas militares había miedo y nerviosismo y rápidamente salieron rumbo a la casa de Honorato Rojas. El camino era difícil y la marcha lenta. Al llegar a la casa de Evaristo Caballero le pidieron que los guiara, pues el río Masicuri tenía muchos vados y la noche dificultaba la marcha. Evaristo se negó, buscando varios pretextos. Le prometieron pagarle bien, pero buscó nuevas justificaciones y entonces lo obligaron a ir.

- Próximo a la casa de Honorato, el grupo militar se encontró con el soldado que se había quedado en la casa de este quien informó lo que conocía: que se encontraba dentro de la choza cuando escuchó que los perros comenzaban a ladrar furiosamente; discretamente se asomó y vio que llegaban los guerrilleros armados con carabinas, se cambió de ropa, escondió su fusil, simuló estar enfermo y se acostó en el camastro de Honorato y se tapó completamente. Escuchó cuando los guerrilleros eran atendidos por el campesino y cuando este les informaba que los soldados lo habían detenido, llevado a Vallegrande, torturado y después ocuparon su finca, donde construyeron unas barracas; que además Honorato les mostró los golpes que le habían propinado los militares, y que les informó que se encontraban en Lajas, a 40 km de allí. Siguió relatando el soldado que posteriormente Honorato entró a la casa y les llevó una olla de comida que estaban cocinando, les vendió unas gallinas y maíz y les prometió que al día siguiente los guiaría hasta cruzar el río.

Con esta información los militares continuaron avanzando, un rato después se encontraron con Andrea Vega, esposa de Honorato, que con sus tres hijos más pequeños y algunos bultos con sus escasas pertenencias, trataba de fugarse de la zona. La interrogaron y la hicieron hablar. Ella informó que

se iba para Yajopampa, donde tenía a sus parientes y admitió que los guerrilleros habían vuelto, conversaron con Honorato y le pidieron comida para 45 hombres.

Se produjo un forcejeo, porque Andrea quería continuar camino con sus hijos y los soldados se lo impedían. Ellos le exigieron que regresara a la casa para evitar sospechas de los guerrilleros. Andrea gimió y lloró para que la dejaran continuar y se produjo una situación dramática cuando se negaba a regresar, y era obligada a cumplir las órdenes.

Mientras, la avanzada militar se encontraba con Honorato y su hijo Lucio que, con otros bultos, también trataba de abandonar el lugar. La presencia de los militares sorprende a Honorato, quien manifestó que no los esperaba tan pronto.

Los soldados lo amenazaron de muerte, de nuevo, acusándolo de traidor. La mujer y los hijos lloraron y suplicaron.

Honorato informó que los guerrilleros hablaron con él y le pidieron que los cruzara el vado esa misma noche, pero relató que él les aconsejó que era muy peligroso, que debían esperar al día siguiente y que estos le respondieron que volverían a las cinco de la tarde, pero que él no quería hacerlo y para no tener más problemas, quería marcharse para siempre del lugar.

Los militares lo conminaron a que regresara y guiara a los guerrilleros o sería fusilado. Andrea lloró y le pidió a Honorato que no aceptara, que lo iban a matar también; en tono suplicante pidió a los militares que lo dejaran marcharse. Los soldados no aceptaron y le advirtieron que si no cumplía, él, su mujer e hijos serían fusilados por complicidad con los guerrilleros.

El día 31 de agosto, a las cinco de la tarde, Honorato Rojas guió a los guerrilleros hasta el vado de Puerto Mauricio en el Río Grande, donde se despidió de ellos y regresó apresurado mientras escuchaba el fuego de la emboscada preparada con los militares.

Al día siguiente preparó comida para los militares, ayudó a trasladar los cadáveres hasta Lajas, regresó nuevamente a su choza y se comprometió con los soldados que si el grupo del Che pasaba, volvería a repetir su traición.

PIRAYMIRI

El día 5 de septiembre los guerrilleros cruzaron el río Masicuri y llegaron a dos casas, de una de ellas escapó todo el mundo y en la otra hubo muy poca colaboración.

Los campesinos estaban atemorizados, las amenazas, la prisión, los malos tratos, los golpes y las torturas recibidos, los habían neutralizado, todos conocían la situación de Honorato Rojas y no querían verse en una situación similar. Sobre este problema Pacho escribió: “Los campesinos temen la represión y ponen como ejemplo a Honorato que fue llevado con su familia a La Paz”.

El día 6 de septiembre fue el cumpleaños de Benigno y por la madrugada hicieron harina y un poco de mate con azúcar para conmemorarlo.

Alrededor de las diez de la mañana se escuchó un disparo y luego una corta ráfaga, los guerrilleros habían chocado con una patrulla militar, el Che escribió que se retiraron con tranquilidad, después de cruzar cuatro vados, dos de ellos muy bravos, acamparon a unos 7 km del campamento anterior y allí mataron una de las tres vacas que llevaban con ellos.

Al día siguiente continuaron la marcha y a través de la radio conocieron que había aparecido el cadáver de Tania, en las márgenes del Río Grande.

En días posteriores la tropa guerrillera seguiría el curso del Río Grande hasta la desembocadura del río la Pesca, el día 10 de septiembre el río creció violentamente.

Sobre este hecho el Che anotó: *[...]han volado aviones y helicópteros por la zona; el helicóptero no me gusta nada, pues pueden estar dejando emboscados en el río.*

El día 11 de septiembre escucharon por radio la noticia de que Barrientos ofrecía 50 000 pesos bolivianos (que era el equivalente de unos 4 200 dólares) a quien facilitara la captura, vivo o muerto, del Che y tiraron volantes sobre toda la región.

El guerrillero Inti Peredo dejó anotado en su diario:

“El Che nuevamente reinició con fuerza su educación sobre

nuestro grupo, especialmente para mejorar algunas debilidades que se estaban notando, sus charlas, retos o ‘descargas’, como las llamaba, tenían a veces el carácter de consejo de padre a hijo y en otras era enérgico y duro, como correspondía a las circunstancias. También sabía ser tierno especialmente cuando se acordaba de su familia o de los compañeros que formaron parte de su vida militar como Tuma o Rolando. Un día recordándose de sus hijos, nos contó con un sentimiento de cariño y nostalgia la última conversación que había sostenido con su hija Celita. Próximo a partir definitivamente de Cuba, fue a su casa para ver por última vez a los niños y despedirse de ellos. Como es natural iba caracterizado de Ramón, el hombre maduro con facha de comerciante que recorría buena parte del mundo, burlando la vigilancia de la CIA. Su disfraz era tan bueno que no lo reconoció ni la posta que estaba en su casa ni su hija. Che la tomó en los brazos, después la sentó en las piernas y le acarició la mano. La niña le dijo a Aleida, su esposa, que presenciaba la escena:

“—Mamá este viejuco me quiere enamorar.

”Che no demostraba dolor cuando contaba esta anécdota aunque su voz denotaba una gran ternura. Nosotros comprendíamos cuánto significaba para él esa frase de su hija querida, a la que ni siquiera le podía dar un adiós como lo hace cualquier padre en una situación similar.

”La misma ternura demostraba para los compañeros guerrilleros y estos retribuían su afecto y admiración sin dobleces, como una entrega total. Precisamente por esos días, Che se había autocastigado como ayudante de cocina porque se le había mojado el fusil al cruzar un vado. Al cruzar de nuevo el Río Grande se le perdieron los zapatos. Inmediatamente el Ñato, que era un hombre que resolvía todos los problemas menudos que se presentaban, le fabricó un par de abarcas de cuero, enteramente cerradas [...]. Así impidió el Ñato que el Che no caminara descalzo. Cualquiera de nosotros le habría dado los zapatos, pero estoy seguro que el Che habría rechazado violentamente este gesto. A su vez Che retribuía este afecto con una serie de actitudes que nosotros valorábamos. Por ejemplo, el 17 de septiembre, en los días en que teníamos

menos comida y nuestra situación no era buena, ordenó cocinar arroz, un plato de lujo para celebrar el 22 cumpleaños de Pablito, compañero de gran valor y el más joven de todos los guerrilleros. Igualmente había celebrado el cumpleaños de Benigno el 6 de septiembre”.

El día 18 de septiembre reiniciaron la marcha y a las siete de la mañana tras un recodo del camino encontraron a tres campesinos y luego a cuatro más que iban con sus burritos a Piraypani, un caserío en las márgenes de un río del mismo nombre situado a una legua de distancia. Los campesinos informaron que a orillas del río se encontraba Aladino Gutiérrez con sus peones, cazando y pescando.

Al día siguiente el Che se reunió con los campesinos y junto a ellos comenzaron la marcha hasta las nueve de la noche que llegaron a una hacienda con tres campesinos más que habían encontrado en el camino.

Por esta zona pasaron alturas de 1 440 m y aún faltaban unas tres leguas hasta Los Sitanos.

Pacho anotó en su diario:

“Amanecemos en una de las taperas que tienen los campesinos que solo utilizan en la cosecha de la caña. Han llegado hace una semana. Todos hacen lo mismo, chancaca[...]”.

El día 20 llegaron al anochecer pero como era noche oscura encendieron un mechón y a las once de la noche arribaron a la casa de Aladino Gutiérrez, tomaron el teléfono del corregidor pero este no funcionaba desde hacía años.

Continuaron la marcha, alcanzando alturas de más de 2 000 m sobre el nivel del mar y en el camino encontraron unos arrieros que les proporcionaron información sobre los caminos, las distancias, los caseríos y sus habitantes. Llegaron a unas casas de campesinos donde compraron algunos víveres y elaboraron comida en la casa del alcalde y más tarde pasaron a un molino de maíz movido por fuerza hidráulica en las márgenes del río Piraymiri.

El Che escribió: *Las gentes tienen mucho miedo y tratan de desaparecer de nuestra presencia.*

A casi 20 años de estos acontecimientos, un amanecer llegamos a Piraymiri, un pequeño caserío de unas 10 viviendas dispersas y ocultas por la tupida y verde vegetación de la selva que cubre las montañas. Debe su nombre al ruidoso río que apresurado llega y se va, su nombre es guaraní y significa lugar donde abundan los pececitos asustadizos o miedosos. Se encuentra a 1 400 m sobre el nivel del mar. Allí abajo, el río; entre las montañas, las chozas, y un poco más arriba habitan las nubes, están tan cerca que ascendiendo un poco más, por aquel camino de tierra húmeda da la impresión de poder agarrarlas entre las manos. Los campesinos de Piraymiri son asustadizos como los pececitos. No querían hablar.

Los arrieros dan vida a estos caminos, ellos van y vienen, a veces con ganado vacuno y otras con sus recuas cargadas de productos o mercancías, que recorren largas distancias por caminos abiertos, conocidos y transitados solo por ellos, van por los atajos que acortan distancias. Algunos son profesionales en el oficio, otros lo hacen como pago a favores de los terratenientes.

Se visten humildemente, con abarcas de cuero, pantalones de lana y ponchos tejidos por ellos mismos o sus familiares, sombreros de alas anchas y grandes y debajo el churo para protegerse del intenso frío. Llevan, en sus avíos, papa hervida, mote, ají, charqui y hojas de coca que utilizan para su alimentación en las largas jornadas que duran días. El té caliente lo compran en esta fonda donde nos encontramos. El agua la consiguen en los arroyos y manantiales que ellos conocen muy bien.

Son conocedores de la zona, expertos rastreadores, pues cuando acampan y se les escapa algún animal, deben encontrarlo en la misma noche para que no se pierda o lo devore un tigre o una víbora, pues sería una nueva carga a su tremenda miseria. Las deudas son heredadas por los hijos, quienes los acompañan, así hicieron ellos con sus padres y estos con los suyos, la cadena del arriero va de generación en generación.

Sobre las guerrillas del Che, uno de ellos nos contó:

El corregidor de Los Sítanos era Alejandro Vargas, él ayudó a los guerrilleros pero es muerto ya. Aladino Gutiérrez estaba

con sus peones haciendo chancaca en el Río Grande cuando llegó el Che, estaba su mujer que se llamaba Leocadia Arenceibia, pero los dos están muertos ya. Ellos tenían una pulpería aquí en Piraymiri. Están muertos, pero todos saben que el Che y los guerrilleros los trataron bien. Estaban temerosos, querían escaparse, primero vivían en Los Sitanos después se pasaron a Piraymiri, después a Chuquisaca y ahí se murieron. Había 16 campesinos en esa banda del Río Grande haciendo chancaca, pescando y cazando porque era la época de la cosecha de la caña. Todos los campesinos vinieron con los guerrilleros, con una tea encendida hasta la casa de Aladino.

Los guerrilleros condujeron a Aladino y a Leocadia hasta su casa y los metieron en un cuarto y les dijeron que les pondrían candado y no podrían salir antes de las ocho de la mañana del día siguiente. Ellos esperaron ahí dentro hasta la hora indicada y cuando abrieron la puerta no había guerrilleros ni había nadie, ni tan siquiera la puerta estaba asegurada con el candado como ellos habían dicho. Después los guerrilleros fueron hasta el molino de agua que se encuentra en un lugar conocido como Tablas de Piraymiri y el dueño se llama Roque Rivas, pero los lugareños lo conocen como el Molino de la Cascada, que sigue funcionando todavía. Luego ellos siguieron caminando y se encontraron con Manuela Durán de Peña y ella le vendió una carguilla de empanizado y un chancho. Su hijo, que guió a los guerrilleros, se llama Fidel Peña. Aladino y Leocadia tenían mucho miedo, porque ya se sabía lo de Honorato Rojas que después de ayudar a los guerrilleros el ejército lo apresó, lo pateó y lo obligó a que lo guiara por el vado y después se lo llevaron para Vallegrande y para La Paz. A Miguel Pérez también lo patearon, a todos los vivientes del rumbo de Masicuri el ejército los pateó, se salvaron Evaristo Caballero, José Cardona y Nicolás Pérez. Nicolás se salvó porque su hija Ruth era la novia de un militar que se llama Calixto Cárdenas, pero Aladino y Leocadia no tenían parientes militares, ni hija que fuera novia de militar, y si los apresaban los militares los pateaban y por eso ellos tenían miedo.

El Che escribió: *Aladino y su mujer son medio resbalosos y costó mucho que vendieran comida.*

Miguel Guzmán era colonizador como Honorato Rojas y me contó que este, después de la traición a los guerrilleros, fue un jueves santo al vado de Río Grande, donde murieron los guerrilleros y se bañó para que el río se llevara sus culpas para el mar, y el río se las llevó, pero el mar no quiso recibirlas y las devolvió nuevamente al río, y de ahí al vado y del vado a Honorato; por eso los guerrilleros encontraron al Honorato y lo ajusticiaron. Él tenía la cara picada de viruelas y su mujer, Andrea Vega, que es la hija de Albino Vega, que murió en Pucarillo, dijo que Honorato era culpable de la muerte de Tania y de los guerrilleros y que lo habían condenado por esa maldad y que no quiso estar más con él. Honorato se fue para Tejería que es un lugar donde hacen ladrillos, cerca de Santa Cruz y se casó con Fructuosa Ávalos y cuando estaba con ella lo ajusticiaron.

Pasaron otros arrieros y se detuvieron, les preguntamos sobre el vado del Río Grande y ellos contaron que cuando hay niebla han escuchado la voz de Tania que canta y otras veces grita llamando a sus compañeros y sale del río, camina entre sus aguas vestida de campesina con largas trenzas, con su guitarra y con un cesto de frutas o huevos para vender, y que por esos lados del monte que rodea el río vive ella.

A Honorato le regalaron una finca cerca de Santa Cruz y le dieron plata, a Evaristo Caballero le prometieron darle la propiedad de la tierra; fue a La Paz a buscar al mismo Presidente que le ofreció eso, que era Barrientos, pero él estaba muy ocupado y no pudo recibirlo, regresó sin nada, todo lo que vendió para el viaje lo perdió. La escuela que le prometieron si colaboraba con el ejército, no tiene maestro porque dijeron que la que hizo Evaristo no tenía las medidas que ellos le dijeron.

El camino por donde trajeron a los guerrilleros desde el Río Grande pasa por Yajopampa, el Batán, Arenales, El Tojo, La Laja, La Seca y Quebrada de Peñones, se llama el camino de la sangre de los guerrilleros.

La finca de Honorato se la otorgaron a unos soldados, pero ninguno la quiso porque dijeron que por las noches los guerrilleros la visitan y los llaman al río y tienen miedo.

Cuando los militares conocieron que los guerrilleros venían por la casa de Honorato avisaron a Vallegrande y enseguida fue despachado un camión militar para reforzar las tropas acampadas en Lajas, pero no pudieron llegar, los campesinos de la zona de Masicuri habían abierto una zanja en un recodo de bajada, para impedir la llegada de nuevos militares, pues eran represivos y les estaban diezmado las chivas y los chanchos. Eran aficionados a los despojos y a no pagar. Eran abusivos, represivos y para evitar eso, confeccionaron la zanja. Al caer en la misma el camión se volcó antes de llegar a Lajas, murieron 2 militares y 10 resultaron heridos.

Los arrieros antes de continuar su camino nos indicaron donde vivía Fidel Peña, el adolescente que conoció, guió y compartió con los guerrilleros. Hoy tiene 33 años de edad, recuerda todo en detalle, y con alegría proporcionó su testimonio.

FIDEL PEÑA

Yo estaba con mi mamá, que se llama Manuela Durán, para hacer molienda de caña. Una tarde, ya oscureciendo, llegaron el Che y los guerrilleros, mi mamá les vendió chancaca, maíz y un chanco. En el patio se sirvieron afanosamente las chancacas. Pombo le llamó la atención a los demás guerrilleros porque habían asentado unas armas en el suelo para comer las chancacas, para freír el chanco le pidieron a mi mamá un fondo de bunce¹ y como no teníamos fuimos a pedir prestado uno de otra casa.

Hasta ese momento ya los guerrilleros habían hecho amistad con nosotros, conmigo más, y en todo momento me decían: “Fidelito, Fidelito, ¿tú eres Fidelito?”, y me pasaban la mano de cariño por mi cabeza. La charla fue muy interesante, me hacían preguntas sobre el trabajo agrícola y prometían que algún día nos ayudarían a nosotros y a todos los campesinos para no vivir con tanta miseria.

Fuimos a buscar el fondo de bunce junto con unos guerrilleros, caminamos por el bosque, pero el camino es accidentado y dimos con un fuego que avanzaba lentamente quemando el pasto y las hojas secas de los árboles. El fuego provenía

¹ Especie de caldero o paila para cocinar.

de un chaco que habían quemado otros vecinos más abajo, para nosotros esto es normal, pero como la noche era oscura, ciertamente, a los guerrilleros les sorprendió tremendamente. Iban charlando los guerrilleros conmigo y en ese momento desaparecieron de mi lado, después de unos minutos reaccioné y salí a buscarlos, hablándoles que era el fuego de la tarde porque los vecinos quemaron un chaco, en eso uno de los guerrilleros me dijo: “¿Fidelito, no pasa nada?” Y yo le dije: “No pasa nada”, pero me di cuenta que ellos estaban tirados en la tierra y con el arma alante para disparar y yo le volví a repetir la historia del fuego de los chacos y los guerrilleros muy lentamente se fueron levantando y enderezando, convencidos de que era la verdad lo que yo hablaba.

Primero fue un guerrillero, hizo un murmullo y fue apareciendo otro guerrillero y otro y otro, continuamos el camino, la charla fue muy afectuosa hasta llegar a la casa del vecino que nos prestó el fondo de bunce. Regresamos a la casa y ya el chanco estaba listo para el derrite. Una vez que lo pelaron y lo fanearon lo echaron todo a cocer, carne y maíz en una diferente forma a la que nosotros lo preparamos. Al principio mi mamá tuvo mucho miedo, de sentada contestaron algunas preguntas, pero después fue ganando confianza, tarde en la noche toda la familia se acostó, pero antes los guerrilleros cancelaron toda la compra y recibimos una buena recompensa.

Los guerrilleros se quedaron en el patio, donde está el trapiche de madera para moler la caña. Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, no había ni uno solo de nuestros visitantes.

LLEGADA A ALTO SECO

El día 21 de septiembre los guerrilleros se encontraron con unos arrieros que les indicaron el camino y la distancia hasta el caserío de Alto Seco. Llegaron al amanecer del día 22 de septiembre. El Che lo describió como un villorrio de 50 casas, situado a 1 900 m de altura y que los habitantes los recibieron con una bien sazónada mezcla de miedo y curiosidad.

A casi 20 años de este acontecimiento histórico, partimos a las siete de la mañana para aquel villorrio. Llegamos a una pampa pelada, conocida como el Cruce porque allí convergen los caminos a Vallegrande, Pucará-La Higuera y Alto Seco. Era día de feria. Los campesinos con sus atuendos típicos y sus productos se concentraban. Desde Vallegrande llegó una camioneta con vendedores de ropas y otros productos variados. Es una feria de colores y silenciosa, todos sentados en el suelo junto a sus mercancías, o vacas, terneros, cabras, burros, gallinas y otras aves de corral, pacas de lana, mantas, vasijas de barro y escasos productos del agro. A un costado unas carpas, debajo de las cuales había fogones de piedra y preparaban alimentos. Seguían llegando indígenas por las tres rutas que dan nombre al Cruce. Hacía frío, el lugar es muy alto, húmedo y con niebla. El sol iba despejando poco a poco el día, hasta que comenzamos a divisar los alrededores, la vista se iba perdiendo en la distancia, serranías peladas de Chuquisacas, nubes jugando con las montañas de abajo; a la derecha, el camino que bajando y serpenteando va hacia Pucará y La Higuera, y a la izquierda sube por la misma pampa pelada con una especie de yerba o musgo fino y raquítico, que ha crecido poco, pero lo suficiente para cubrir el camino, casi perdido por el poco tránsito.

Nos alejamos del Cruce con su feria, que seguía silenciosa a pesar de que habían continuado llegando personas. Por la pampa ascendimos a una loma de piedras que hacía surgir las dudas constantes de si íbamos para Alto Seco o rumbo al cielo. No vive nadie por estos lugares, seguimos sin orientación, solo la firmeza del guía que repetía que íbamos bien. Al llegar a la cima todo cambió, allá abajo las montañas verdes, algunas cubiertas de nubes. Comenzamos el descenso por un camino

irregular y estrecho, con peligrosos abismos a ambos lados, desprotegidos de vegetación, pero poco a poco comenzaron a aparecer los primeros arbustos flaquitos, escasos, con pocas hojas, y a medida que avanzábamos se iban haciendo más fuertes, llenándose de hojas grises primero y verdes después, hasta que llegamos a la selva tupida. Cada cierto tramo las lluvias habían cavado zanjas y grietas profundas que debíamos rellenar para que el *jeep* pudiera continuar.

Cuando creíamos que habíamos vencido el camino, próximo a Jaboncillo, el único poblado antes de Alto Seco, un derrumbe lo había bloqueado, lo limpiamos y al mediodía pudimos llegar. Sigue siendo el mismo villorrio triste y pobre que se encontraron los guerrilleros aquel 22 de septiembre de 1967. Las calles polvorientas, la plaza abandonada, el subdesarrollo y la miseria a cada paso, la tristeza y la desesperanza reflejadas en cada casa, la curiosidad manifestada en cada rostro. No fue difícil imaginar la llegada del Che por aquella callejuela. Algunos niños nos guiaron, ellos sabían donde quedaba cada cosa y cada sitio en que había estado el Guerrillero Heroico, donde estaba la escuela construida después de 1967. Muchos de los antiguos pobladores se han marchado. Un anciano, enérgico en su voz, juez agrario inactivo, accedió a explicarnos y nos contó:

El señor Che Guevara, Pombo, el Inti, el Coco y los otros guerrilleros llegaron por esa calle, todos los perros ladraron furiosamente, pero al ver que los guerrilleros no les tenían miedo se refugiaron en sus casas y no ladraron más.

Cuando salimos de nuestras casas, vimos al Che Guevara y hartos guerrilleros que estaban en todas partes de Alto Seco. Nosotros no conocíamos al señor Che Guevara, ni sabíamos su nombre verdadero, ni que era solo Che, recién después hemos sabido.

Ellos prepararon desayuno y conversaron con todos los vecinos, para informarse de los militares, de los caminos, de las aguadas, de las personas...

Cuando los guerrilleros llegaron, visitaron todas las casas,

fueron a la de la señora Hilda Rojas y en todas han preguntado de qué partido eran.

El Che estaba con una chamarra, primero ellos enchurraron todo —encerraron—, por todas las salidas del pueblo estaban, no dejaban salir a nadie. No cometieron abuso con los pobladores, los que repitan eso, dicen mentira. Al único que no le pagaron fue al corregidor porque le avisó al ejército, los delató, pero los guerrilleros no son culpables de eso, porque las gentes de aquí mismo lo denunció ante el Che, porque aquí había muchas gentes que no querían al corregidor y fueron donde el Che a informar de esas cosas, para que él tome medidas. Algunas gentes de aquí mismo se alegraron que no les pagaran, porque ellos eran explotadores y abusivos con las ventas de su pulpería, vendían caro, el doble y el triple de caro.

Gregorio Durán Vivanco me contó que él venía para Alto Seco con un burro y un novillo y se encontró con los guerrilleros apostados en el camino y le preguntaron dónde vivía y él le respondió que aquí cerca de la Plaza, al lado de la capilla, también le contó, a los guerrilleros que un peón de doña Inés Cortés, viajó a Pucará para avisar a Vallegrande que venían los guerrilleros, a ese peón lo envió el corregidor Vidal Osinagas. Él se encontró al peón por Cienaguilla y Gregorio se lo comunicó a los guerrilleros, el Che supo de la denuncia del corregidor y por eso no le pagó lo que consumieron en la pulpería. Ya después se supo que el peón de doña Inés fue hasta la casa de José María Vargas, que vive en la quebrada del zorro a 2 km de Vallegrande y fue Vargas quien avisó al comando militar de Vallegrande, él es un viejo ya de 75 años, es terrateniente y abusivo, padre de la doctora María Vargas, que es la dueña de la farmacia Fátima de Vallegrande.

La mujer del corregidor sabía donde estaba oculto y cuando los guerrilleros le dijeron que no le pagaban, ella quería ir a buscar a su marido, para entregárselo al Che y le pudieran pagar, pero su concuña Hilda Rojas le dijo que cómo ella iba a vender a su marido por dinero y la aconsejó y no fue.

Los guerrilleros fueron a la casa de la maestra Justa Pérez y su esposo Jesús Villarroel, que ahora viven en Vallegrande,

después a la casa de Irineo Cortez, pero Irineo se fue para Villamontes, para que no lo encontraran más los militares, porque lo interrogaron abusivamente.

Por la noche fue el mitin, habló Inti Peredo primero y después habló el Che, fue en la escuela de Justa Pérez, todos los guerrilleros vistieron ropas nuevitas que compraron en la pulpería de Hortensia Rojas. Había una vela para alumbrar. El Che dijo: “Estamos luchando por los campesinos, por los mineros, por los trabajadores que ganan poco. Ustedes no tienen agua, no tienen luz, no tienen teléfono porque no funciona, están abandonados y olvidados como todos los bolivianos”.

Habló de la masacre de las minas y dijo que si un campesino o un minero pedía pan, les metían balas los militares.

Nosotros no sabíamos que era Che quien hablaba, recién después supimos. Siempre recordamos que Che dijo: “Mañana vendrán los militares y sabrán que ustedes existen y cómo viven. Van a construir una escuela y una posta sanitaria, van a mejorar el camino a Vallegrande, harán que funcione el teléfono, le buscarán agua”.

El Che decía verdad, construyeron la escuela y la posta sanitaria y el teléfono se arregló. Pero ahora todo ha vuelto a ser peor, el teléfono no funciona, la posta sanitaria no tiene médico ni medicina y el camino está arruinado.

Deseamos que vuelva el Che Guevara para que las autoridades se vuelvan a acordar de que Alto Seco existe.

En la aguada donde acampó el Che, había crecido un árbol de rica sombra, pero los militares lo derribaron, para que las gentes no dijeran más que era el árbol del Che Guevara.

Después Inti Peredo dijo: “Todos a dormir”. Narró que al amanecer ya no estaban los guerrilleros, se fueron con Teodoro Vidal, que los guió hasta un naranjal en el camino a Santa Elena.

Cuando los guerrilleros se fueron, apareció el corregidor, notificó una reunión a las tres de la tarde en la casa parroquial, donde después de saludar a los asistentes, que éramos 30, pidió que le ayudaran a solucionar su problema, sobre los artículos

que habían sacado los guerrilleros de su pulpería. Él dijo: “Me la han dejado vacía, era todo el capital con que contaba y quiero ver la buena voluntad de los presentes y que me ayuden para viajar a Vallegrande y presentarme ante las autoridades militares para que me devuelvan siquiera un poco”.

En ese momento apareció un señor y dijo: “Salgan, salgan a ver, en el cerrito están los guerrilleros vigilando la llegada de los militares, parece que al amanecer volverán a Alto Seco”.

El corregidor se asustó mucho y dijo: “Urgente, urgente, hay que suspender la reunión, todos para sus domicilios”. Él se volvió a escapar y se escondió.

Ya el 24 de septiembre a las seis de la mañana se hicieron presente los militares con el teniente Morales, los soldaditos llegaron muy agotados y hambrientos, unos cuantos se habían desmayado por el camino. El teniente Morales mandó a preparar café en la casa de la maestra de tercero y cuarto grado, la señora Enit Osinagas, la hermana del corregidor.

A la tropa le dieron alojamiento en la iglesia, abrió la puerta la mamá del corregidor, la señora Célida Aquilar de Osinagas. Toda esa familia fue la que colaboró con el ejército. Las gentes comenzaron a murmurar que Célida estaba violando la parroquia, que no era de ella, que era del pueblo, y que la parroquia no podía meterse en política, porque eso era hacerse problemas. Los militares le dijeron a Célida: “Abra la iglesia”, y Célida la abrió.

Las gentes comentaron que cuando viniera el padre párroco la iban a denunciar para que le quitaran la llave de la iglesia. Vidal Osinagas denunció a todos los que habían colaborado con los guerrilleros, a Justa Pérez y su esposo Jesús Villarroel, a Teodoro Vidal, a Irineo Cortez, a todos los que simpatizaban, al mismo director de la escuela, el señor Walter Romero (*Romerito*), que vive en Vallegrande, él sabe todo lo que pasó, tiene una historia completa de esto.

Vidal Osinagas por miedo y cobardía se fue para Santa Cruz, porque las gentes murmuraban que lo iba a liquidar por dar aviso a los militares, que le iba a pasar como le pasó al señor Honorato Rojas. Le mandaban mensajes sin firma, le escribie-

ron en una pared. Sara Calzadilla, su mujer, y Vidal Osinagas se asustaron y se refugiaron en Santa Cruz, los tenían bajo amenaza de muerte. Su primo Carlos sabe donde vive, pero no quiere decirle a nadie de Alto Seco. Nosotros no sabemos dónde vive.

Inti Peredo escribió sobre la llegada a Alto Seco:

“El 22 de septiembre llegamos a Alto Seco, un villorrio de unas 50 casas modestas con pésimas condiciones de higiene. Sin embargo el pueblito tiene cierta importancia. En el centro hay una plazuela, una iglesia y una escuela; también tiene un camino de tierra por el cual pueden llegar algunos vehículos motorizados. Inmediatamente supimos que el corregidor había acudido presuroso a Vallegrande, a dar cuenta al ejército de nuestra presencia.

”La reacción de la población fue interesante. Los habitantes no se retiraron del lugar. Lentamente se fueron acercando a nosotros, con gran desconfianza. Su temor [...] no era a los guerrilleros propiamente sino, a la perspectiva de que se combatiera en el pueblo o las represalias que pudiera tomar el ejército contra sus habitantes.

”Es preciso destacar que por primera vez se realizó un mitin en el local de la escuela, a la que acudieron asombrados campesinos que guardaron silencio y escucharon con atención. El primero en hablar fui yo. Explicué cuáles eran nuestros objetivos, les recalqué sus duras condiciones de vida, el significado de nuestra lucha, y su importancia para el pueblo, ya que de nuestro triunfo dependía que la suerte de ellos cambiara positivamente. Por primera vez habló también a los habitantes del lugar Che, aunque nadie lo reconoció. Che explicó el abandono en que permanecía el pueblo, la explotación de que eran víctimas los campesinos del lugar y dio varios ejemplos. Entre ellos destacó que Alto Seco solo tenía un pozo anti-higiénico para abastecer de agua a los vecinos. ‘Acuérdense’ —les dijo— ‘que después de nuestro paso por aquí recién se acordarán las autoridades de que ustedes existen. Entonces le ofrecerán construir algún policlínico, o mejorar algunos aspectos. Pero ese ofrecimiento se deberá única y

exclusivamente a la presencia nuestra en esta zona y si alguna obra realizan, ustedes sentirán, aunque indirectamente, el efecto beneficioso de nuestra guerrilla’.

”Este fue el único mitin que realizamos en toda la guerra; nuestra propaganda en el campo la dieron nuestros exitosos combates; el trato permanente entre guerrilleros y campesinos hace el resto”.

Cuando nos despedíamos de los pobladores de Alto Seco, el ex juez agrario nos dijo que antes de que nos marcháramos quería mostrarnos algo y, junto a él, comenzamos a caminar. Nos llevó hasta la aguada donde acampó el Che, e indicando hacia unos retoños de lo que fue un frondoso árbol, dijo:

Ese es el árbol que le dio rica sombra al Che, los militares lo hicieron cortar, pero está volviendo a crecer y ya nadie podrá derribarlo.

ALTO SECO Y SUS HABITANTES

Cuando salimos de Alto Seco teníamos el firme propósito de encontrar al corregidor, Vidal Osinagas; al director de la escuela, Walter Romero, y a la maestra del aula de primero y segundo grados, Justa Pérez.

Según las anotaciones del Diario del Che, así como por testimonios obtenidos, el corregidor había denunciado la cercanía y la presencia de los guerrilleros por la zona y que cuando llegaron al caserío, se ocultó hasta la retirada de los mismos.

El Che escribió: *[...]nos encontramos con que el corregidor, al parecer, había salido ayer para avisar que nosotros estábamos cerca; en represalia, le cogimos toda la pulpería[...].*

Más adelante anotó: *[...] La camioneta que debía llegar de Vallegrande no lo hizo, lo que confirmaría la versión de que el corregidor fue a avisar[...]*

Indagamos en qué parte de la ciudad de Santa Cruz vivía. Su casa se encontraba detrás de la escuela de la Nueva Rioja, que se dedica al comercio de ropas. A la feria de Santa Cruz acude los miércoles y los sábados. Nos explicaron que siempre llegaba en una camioneta Toyota, de color azul.

Un sábado lo encontramos; es un hombre grueso, de frente amplia, de piel cobriza, barbudo y con patillas y bigotes negros que parecían estar ocultando su identidad.

Se negó a dar su testimonio, pero a través de una persona amiga logramos nuestros propósitos. Él contó:

Yo tenía 28 años de edad cuando era el corregidor de Alto Seco, no hablé con ningún guerrillero, ya que a las cinco de la mañana salí del pueblo rumbo al sur para traer unos chanchos para mi comercio, ya que también me dedicaba a eso. No vi siquiera a los guerrilleros ni al Che, no me oculté tampoco como dicen las gentes porque yo no le tenía miedo a los guerrilleros ni le tengo miedo a nadie.

Todo el lío surgió porque una mujer que se llama Eusebia Arauco, que todavía vive, me denunció ante los guerrilleros, diciéndoles que había ido a Pucará para dar parte al ejército

y por ese motivo fue que sacaron las cosas de mi pulpería y no fueron pagadas, ya que yo sé bien que en todos los lugares pagaban y hasta por demás del precio.

A mí me nombró corregidor el subprefecto de Vallegrande Luis Aníbal Rojas, que le dicen Chichi Rojas.

Yo no recibí a los guerrilleros, porque no me encontraba en Alto Seco, si no los hubiera recibido. Recibí a los militares porque me encontraba allí cuando ellos llegaron.

Los maestros simpatizaban con los guerrilleros y les ayudaron, ellos estaban en huelga y eran contrarios a los militares y al gobierno. Walter Romero, que era el director, andaba para arriba y para abajo con ellos, igual que la señora Justa Pérez y su esposo Jesús Villarroel.

Los guerrilleros luchaban por sus ideales, pero yo no compartía esos ideales, porque había extranjeros y este país no era de ellos.

Vine para Santa Cruz, desde hace años, pero es para hacer estudiar a mis hijos y no para ocultarme como dicen las gentes de Alto Seco, porque yo no le tengo miedo a nadie, no he hecho nada malo y no tengo por qué temer.

Vidal Osinagas estaba muy nervioso, miraba a todos lados y su esposa Sara Calzadilla atenta a todos los movimientos.

En la segunda cita, se apareció en compañía de su mujer y una hija de 18 años, señalando estas que no lo molestáramos. Querían saber a qué partido político obedecíamos, así como quién nos había proporcionado la información de donde vivían.

Se les explicó que la entrevista era con fines históricos exclusivamente y parecieron comprender.

Otro de los testigos importantes de la presencia guerrillera en Alto Seco era la maestra Justa Pérez, ella prestó su casa para que Inti Peredo y el propio Guerrillero Heroico se dirigieran a los callados y asombrados campesinos.

De la maestra Justa Pérez, Alberto Fernández Montes de Oca, escribió: “[...] En la mañana me dedico a conversar con los

vecinos acompañado de Inti y Coco con la maestra del pueblo y los alumnos que están en huelga. Ella me nombra que la recuerde cuando yo sea Ministro de Educación. Esto me hace reír ya que eso no entra en mis planes, cuando esto termine regresaré a mi casa con mi mujer y mi hijito[...]”.

La maestra accedió a entregarnos su testimonio.

En el año 1967 yo trabajaba en Alto Seco como maestra de primero y segundo grados. El día 21 de septiembre, mi esposo y yo salimos a buscar agua, porque Alto Seco no tenía agua potable, teníamos que caminar medio kilómetro para llegar al pozo de donde se proveen todos los habitantes de Alto Seco.

Más o menos a las cinco de la tarde nos encontramos con Ángel Rojas que era el alcalde político de Palmita; venía muy asustado y con su mula ensillada. Él nos relató que los guerrilleros se encontraban en el río de Piraypani, que él les había servido de guía desde Palmita hasta el río y los había dejado en una hacienda o molienda donde se hace chancaca. Nos preguntó por el corregidor, le indicamos la casa y seguimos para traer el agua.

Cuando regresamos, se encontraban en la casa del corregidor, el profesor del quinto grado y director encargado de la escuela, señor Walter Romero, y unos cuatro comunitarios; no había teléfono para comunicarse con Vallegrande, la línea estaba en mal estado y resolvieron mandar a un muchacho a Pucará para comunicarse con Vallegrande y avisar al ejército.

Al amanecer del día 22 de septiembre, más o menos a las cinco de la mañana, cuando hacía un frío bien fuerte, porque estaba cayendo una helada, se escucharon pasos de personas que caminaban por la plaza, mi domicilio y mi curso se encontraban ubicados en la plaza, frente a la iglesia. En ese momento escuché a personas que charlaban en la puerta, y como estaba mi esposo, yo me levanté de la cama y abrí la puerta. Me encontré con dos señores que tenían sus mochilas con sus ropas rotas y sucias, el cabello largo, y crecida la barba de uno. El cabello del otro era un poco más crespo y más corto y no tenía casi barba, ellos se rieron al verme asustada, me saludaron muy amables, me extendieron la mano y

me preguntaron: “¿Quién es usted?” Les respondí que era la maestra. Luego me preguntaron que dónde quedaba la casa del corregidor. Yo salí a la calle para indicarle y allí había seis guerrilleros que golpearon la puerta para que les abriera. El corregidor era Vidal Osinagas Aguilar, pero él se había escapado a su potrero con su hermano Ladislao y solo había quedado su señora.

Yo volví a entrar a mi casa y le dije a mi esposo: “Levántate porque han llegado los guerrilleros”. Él me miró y me advirtió: “Ten cuidado, son soldaditos, vienen camuflados”. Pero yo insistí que eran los guerrilleros.

Yo tenía una niña de siete meses, la tomé en mis brazos y salí a la calle, porque una señorita llamada Teófila Cortés me llamaba para que la acompañara. Ella tenía una tienda y allí había cuatro guerrilleros que entraron con toda educación y le pidieron que le vendiera todo lo que tenía en la tienda, e iban a preparar café para la tropa.

Uno de ellos, que era Coco Peredo, pero que en ese momento yo no sabía quién era, me dijo: “Señora, contamos con la ayuda de usted”. Y mi esposo se fue a hablar con él. Después llegó otro señor de pelo crespo, moreno, que venía cargado con cuatro ollas grandes de aluminio, las dejó a un lado y vino a saludarme. Me dijo: “Me alegra mucho que usted sea la maestra y que no se haya escapado”. Yo le dije: “No tenemos a dónde escaparnos puesto que nosotros somos de Vallegrande y nos han mandado a trabajar a este lugar, esa es la misión de los maestros rurales”. Entonces él me dice: “Nuestro jefe manda a decir que dónde nos van a alojar, si no está el corregidor, ustedes son los encargados de darnos alojamiento, puede ser en la iglesia o en el local escolar”. Yo le contesté: En la iglesia el párroco se lleva la llave y Alto Seco no cuenta con local escolar, cada maestro trabaja en su domicilio. “¡Qué atrasado es este villorrio!”, me dijo.

Cuando el sol comenzaba a aparecer eran las siete de la mañana, vimos a un señor que venía bajando, montado en una mula y dos guerrilleros a los lados lo escoltaban, me dice el señor con el que yo charlaba: “Este es nuestro jefe”. Y se acercó a él

para informarle que no había alojamiento, y él le dijo: “Chino, ya han preparado el café, nuestra gente está con hambre, está necesitada de comer, hemos ayunado desde el viernes”. El Chino le informó que no había pan, pero sí tostadas en bolsitas llamadas pororó, y con eso tomaron su café, después mandó café en dos latas para el resto de su gente que se encontraba en el lugar de las Casitas, o sea, la entrada a Alto Seco, por el camino que viene de Vallegrande, allí estaban posesionados para evitar el paso del ejército. O sea que nadie podía salir ni entrar al pueblo porque los guerrilleros lo habían tomado.

Más o menos a las nueve de la mañana vino un chico de la escuela con un mensaje de Walter Romero, en el que me decía que no les diera charla a los guerrilleros, que tratáramos de ocultarnos mi esposo y yo y que él se había ocultado en una casita del cerrito.

Cuando fui con mi esposo a tomar el desayuno, él me dijo que estaba preocupado porque lo habían tomado como agente de la DIC, y cuando le mostró el memorándum de maestro, desde ese rato le han dado otro trato, hasta los guerrilleros le decían colega. A las diez y media de la mañana, daba un sol muy lindo, los guerrilleros se sentaron en la acera del templo y el jefe fue a mi puerta para insistir en la preparación del almuerzo, entonces se presentó un señor de pelo rubio que decía ser beniano¹ y un médico que le llamaban Yuli, igual beniano, los que le informaron que ya había alojamiento en una casa vieja en la que no vivía nadie, cerca de la aguada, y que para allí habían llevado los víveres que habían sacado de la caja del corregidor. Ellos le dijeron a la señora del corregidor que le iban a pagar todo, ella muy feliz les indicó precios muy elevados y uno de ellos anotaba en su libro de cuentas y por lo bajo se sonreía y me decía: ¡Como saben aprovecharse estas gentes! ¿Se da cuenta cómo nos explotan? Una vez que cerró la cuenta dijo: “Dígale a su esposo, el corregidor, que ha ido a denunciarnos a Vallegrande, que pase por el campamento para arreglar las cuentas con el Jefe”.

La señora dio un grito y se puso a llorar: “Que le paguen y que le paguen”, repetía y se arrodillaba y alzaba el nombre de Dios.

¹ Natural del Departamento del Beni.

El día 22 de septiembre el Che anotó en su Diario: [...] *debí aguantar el llanto de su mujer que, en nombre de Dios y sus hijos pedía el pago, cosa a la que no accedí [...]*.

En la casa del señor Irineo Cortés que fue donde prepararon café, todo lo que han consumido lo han pagado, yo anotaba y luego le pasaba la cuenta al jefe que muy gentil pagó. Luego le insinuó al señor Irineo que le venda su radio y se lo vendió. Entonces el jefe me dijo: “Mire señora, a usted y a su esposo los necesitamos mucho, no se pierdan ni se oculten. Me voy al campamento a descansar y asear un poco, vamos a venir a la una de la tarde”. Y se fue con su radio y las compras.

Al respecto, el Che escribió: [...] *La máquina de aprovisionamiento comenzó a funcionar y pronto teníamos en nuestro campamento una casa abandonada cerca de la aguada, una respetable cantidad de comestibles [...]*.

Después vinieron por mi casa el señor del pelo rubio con otro bien moreno y de pelo crespo, al que le decían Pombo. Me pidieron que le hablara a una señora para que les preparara pan, me dieron el dinero para que yo les pagara porque las gentes no querían abrir sus puertas desde que la señora del corregidor hizo correr las noticias de que sacaban las cosas y no pagaban. Estos señores no se sentaban a descansar ni un rato. Estaban comiendo y caminando con sus latas de sardinas y sus panes.

Cuando a las dos y media de la tarde estuvo listo el horneado de pan vinieron dos guerrilleros a recogerlos en dos bolsas de harina, me agradecieron mucho y me regalaron unos cuantos panes. Me dijeron que a las tres los esperara en mi domicilio para charlar con ellos.

A la hora indicada llegó el moreno Pombo y Coco que ya nos tenían mucha confianza y me dijeron: “Como usted es maestra del segundo grado quiero que nos indique el mapa o croquis de Alto Seco” y como yo tenía uno hecho se los mostré, y me dijeron que se los regalara. También necesitaban un lápiz rojo para marcar los caminos y cañadones, y se lo regalé. Luego llegó el médico Julio a mi casa y me dijo que venía en nombre del jefe para que le comprara ropas, cinturones y abarcas. Yo le dije que lo intentaría pero que me diera garantías de que iba

a pagar. Entonces él riéndose sacó su carné y me lo puso para que lo agarrara. “Pero esto no es suficiente”. Le contesté. “Le voy a dar el dinero para que usted pague”. En ese momento estaba conmigo Hortensia Rojas de Osinagas, la señora del hermano del corregidor, que tenía la tienda más grande de Alto Seco y como escuchó que me iban a dar dinero, me dijo que ella iba a abrir su tienda. Allí compraron 20 pantalones, 15 cinturones, 24 pares de abarcas, calcetines, leche condensada, sardinas, dulces, sacamos las cuentas y todo lo pagaron.

Al respecto, Pacho escribió: “[...] Pombo organiza comprar de todo en las 5 pulperías existentes, refrescos, ropa, leche condensada, a 5 por cabeza, pan 35, sardinas 2 ½, medicinas, en fin nuestras mochilas están repletas”.

Continuó narrando la maestra:

Como a cada rato pasaban por mi casa, me dijeron riéndose: “Ya hemos ubicado al director de la escuela”. En ese tiempo era el señor Walter Romero, quien a las cinco de la tarde recién apareció por la plaza, estaba asustado porque le habían dicho que si no estaba a la hora de la reunión, o sea, a las siete de la noche, le iban a dinamitar su cuarto.

Walter llegó a mi casa y me dijo: “¿Van a hacer una reunión aquí un curso?” Le respondí que sí, entonces me dijo “Mejor nos vamos para donde Miguel Osinagas. No es lejos de aquí, más o menos una legua de distancia. Vamos rápido. ¿Cómo usted va a dar lugar a que hagan una reunión en su curso? ¿Y si llega el ejército y nos matan a todos aquí?” Me aconsejó que cerrara la puerta, pusiera el candado por fuera y me marchara, yo le respondí que no podíamos huir, que me habían prestado toda la garantía del caso y que además era imposible porque yo tenía una niña pequeña y que no me movía de ahí. Se fue enojado porque no le hicimos caso, pero él no sabía la sorpresa que le esperaba. Dice él que llegó a su cuarto, alzó una colcha y cuando se disponía a salir el jefe con dos guerrilleros estaban allí; entonces mandó que alistara la clase para la reunión, eso fue a las seis y media de la tarde.

Comenzó al anochecer, se hizo muy oscuro, no había luna, pero tenían linternas, yo escuché unos toques en la puerta y

dije: “No molesten, estamos cenando”. Entonces empujaron la puerta y era el jefe y me dijo: “Va a disculpar, queremos molestarla un rato más”. Yo le dije: “Van a estar incómodos, no hay pupitres”. Los bancos eran unas tablas de madera colocadas en adobes de barro. Entonces entró él solo y se sentó en uno de los bancos y llamó a mi esposo para que se sentara a su lado, sacó una caja de cigarrillos y lo invitó. En la puerta de entrada colocó dos fusiles cruzados y dos guerrilleros hicieron guardia, los demás fueron por las casas para invitar a las gentes a la reunión. Él nos preguntó:

¿Qué piensan ustedes de los guerrilleros? ¿Qué impresión se han llevado al vernos? Luego deshizo unos cuantos cigarrillos, los echó a su pipa y proseguimos la charla. Yo le contesté que lo primero que pensábamos era admirar su valor y su sacrificio por conseguir su ideal o meta que se habían propuesto alcanzar. Yo creo que se encuentran ya muy agotados. Sí, usted lo ha dicho, estamos muy agotados, dijo. Luego preguntó de algunos guerrilleros que habían muerto y también se refirió a un francés que estaba preso en Camiri y dijo que no era guerrillero. Después me preguntó si habíamos oído hablar del Che Guevara y como yo le dije que sí y lo miré rápido a él, cambió de charla. Entonces le dije: “Mire señor, soy madre de seis hijos, esta niña tiene siete meses”. Yo la tenía en mis brazos y él la tomó de la manito, la besó en su carita. Mi hija se llama Luz Mayra, ya no me daba miedo, y él muy cariñoso me dijo: Siento una pasión inmensa por los niños porque yo soy padre, mis hijos están en La Habana y no sé nada de ellos hace mucho tiempo.

Como las gentes tardaban en llegar, siguió charlando, nos preguntó si estábamos en huelga y que teníamos que acatarla porque se estaba luchando por conseguir siquiera comprar un pan más para nuestros hijos.

Al fin comenzaron a llegar las gentes para la reunión, el tercero en llegar fue Walter Romero, antes que llegara, el Che nos dijo que era un zorro pícaro, pero que tenía ingenuidad de niño, y se reía mucho cuando lo vio llegar con los brazos cruzados.

Se reunieron unas 20 personas, más los 3 maestros, luego hizo uso de la palabra el señor Inti, saludó a las gentes en

nombre del jefe y comenzó diciendo: “Nosotros hemos venido a luchar por la liberación de los campesinos, para que no les cobren tantos impuestos y los coloquen en el lugar que les corresponden, puesto que ustedes son el sostén de la patria. ¿Qué sería de Bolivia si el campesino no produce?” Todos permanecían callados. Después habló el Che.

Walter, como para preguntar algo, dijo que en qué situación quedaríamos nosotros en caso de que el ejército nos interrogara acerca de los guerrilleros en Alto Seco. Después, el señor Inti dijo: “Ahora todos a dormir y a apagar las luces, hasta pronto, que vamos a volver”.

Al amanecer fuimos a ver el campamento, habían quemado todas las ropas viejas y se pusieron las nuevas y se fueron rumbo a Santa Elena, a 7 km de Alto Seco. Los fue guiando Teodoro Vidal que los llevó a una huerta de naranjas del señor Pérez y después hasta el potrero de Pujío, recibió buena paga.

Justa Pérez entregó una foto de ella con toda su familia para que nuestro pueblo pudiera conocerla, y explicó todas las veces que fue llamada al comando militar de Vallegrande para ser interrogada, explicó como en una de esas ocasiones querían obligarla a ir, dejando abandonada a su pequeña hija sola, a lo que se opuso, pero no fue posible convencer a los dos soldados que fueron a buscarla. Finalmente logró que su esposo viniera a quedarse con sus hijos y ella pudo acudir al comando militar.

Narró la impresión vivida, cuando nuevamente fue llevada a identificar los cadáveres de los guerrilleros. Los mismos con los cuales había conversado en el abandonado Alto Seco.

Recorriamos las calles silenciosas de Vallegrande, comenzaba la noche, el frío intenso y la carencia de automóviles o cualquier otro vehículo hacía ver a esta ciudad como semimuerta.

ÉL ERA UN HOMBRE MÁS GRANDE QUE EL COMUNISTA Y EL SOCIALISTA

Íbamos en busca del maestro Walter Romero, director de la escuela de Alto Seco, de quien el Che escribió:

[...] el maestro fue el único que intervino para preguntar si nosotros combatíamos en los pueblos. Es una mezcla de zorro campesino, letrado e ingenuidad de niño; preguntó un montón de cosas sobre el socialismo. Un muchachón se ofreció a servirnos de guía pero previno contra el maestro al que califican de zorro [...].

Lo encontramos en su casa pobre y carente de muchas cosas elementales. Hacía esfuerzo por leer algo, con sus ojos al parecer muy cansados y a la luz de una vela. Es un hombre de unos 50 años de edad, bajito, delgado, de mirada inquieta, buen conversador, pero con marcada inclinación a la polémica.

En la única pieza que tiene por casa se encontraban sobre una mesa rústica varios libros, cuadros de pinturas, de uno de sus 12 hijos, algunas piezas arqueológicas que estaban en proceso de clasificación. Abrió una ventana para que la débil luz del bombillo de la calle nos proporcionara un poco de claridad. Todo daba un ambiente misterioso.

El profesor Walter Romero es aficionado a la investigación histórica, a la pintura, a la cultura en general. Con mucho esfuerzo personal preparó la historia de Vallegrande, pero como no tenía recursos no ha podido publicarla y poco a poco va envejeciendo en el anonimato. Es un artista frustrado, un olvidado promotor de la cultura.

Él explicó:

La primera información que obtuve de los guerrilleros fue el 6 de junio que es el Día del Maestro, acá en Bolivia, se celebra nuestro aniversario, estábamos en huelga y ese día llegó un piquete de soldados que nos contaron que venían persiguiendo a los guerrilleros.

Después vimos que ardía la zona de Río Grande, era un incendio enorme que lo habían provocado los militares porque presumían que los guerrilleros pensaban salir por esa parte, era una zona donde los guerrilleros tenían posibilidades de escapar.

El día 25 de junio el Che escribió: *Seguimos por el camino fabricado por los ganaderos sin alcanzarlos. A media mañana*

había un potrero incendiado y un avión sobrevoló la zona. Quedamos sin saber qué relación existía entre esos dos hechos pero seguimos adelante [...].

El día 21 de septiembre llegaron unas gentes policíacas con el alcalde político, trayendo la noticia de que los guerrilleros estaban cerca. El 22 de septiembre, exactamente, me tocan a la puerta de la casa y cuando me levanto, me encuentro que estaban los guerrilleros en Alto Seco, permanecieron ese día 22 de septiembre, y al amanecer del día 23 desaparecieron. Estuvieron hablando con las gentes, no solamente conmigo, y el alcalde político se ocultó y los guerrilleros tomaron parte de su pulpería.

Cuando yo iba cruzando la calle, me llaman y me dicen: Director, mucho gusto, luego supe que era el Che Guevara, él me preguntó: ¿Están en huelga?, y yo le respondí que sí. Entonces él me dijo: Bueno, reciba nuestra formal solidaridad. Me preguntó si tenía periódico, me pidió tinta de escribir y le dije que no, que lo que yo usaba para escribir era azul de metileno. Me pidió que lo llevara a mi cuarto. Allí miró todo, vio mis papeles hoja por hoja, las evaluaciones que tenía de mis cursos y me preguntó si yo quería decirle algo como maestro.

Después llegó Inti Peredo y charlamos sobre el campo de la pedagogía, los intereses del pueblo, las necesidades de cada alumno, y él se percataba cómo llevábamos la enseñanza.

Cuando él estaba revisando mis notas, me dijo: “Profesor, diga usted qué quiere decir esto”. Y me indica hacia la libreta. Decía la frase escrita: “No queremos ser más palo de gallinero, primero nos pisan y después nos cagan”. Yo le respondí: “Usted me pide una explicación y se la doy. Eso significa que todos los partidos políticos ofrecen todo hasta que llegan al gobierno, y cuando se encaraman al gobierno, se olvidan de sus seguidores, y esta es una forma figurada que utilizan los campesinos para hablar del gobierno y por eso ellos han dicho que no quieren ser más ‘palo de gallina’, para que no los pisen y después se los cagan”. Se despidieron y se fueron. Más tarde volví a ver al Che Guevara, y él me dice: Oiga profesor, dígame al corregidor que se ocultó que se presente porque si no, no le vamos a pagar. Yo le respondí que si estaba oculto, ¿dónde yo podría pillarlo? “Lo que usted me pide no puede ser”. Le dije.

Esto sería como a las dos de la tarde. Honestamente yo estaba intranquilo, tenía mucha confusión. Vino el médico a visitarme, se llamaba Moro, cuando estábamos conversando vino un muchacho y me dice: “Don Walter, cúreme”. Yo tenía un botiquín y como charlábamos con el Moro a la sombra del árbol, hacía un sol fuerte, “¡qué cosa linda este día!” Me dice Moro, “¿quién pudiera tener esta sombra?” “Lo práctico es que se quede aquí y se acabó”, le dije, “¿quién sabe quién es usted?” “Yo soy médico, me llamo Moro, es mi nombre de combate”. De ese modo me enteré que él era Moro y que él era médico y como el otro tenía el dedo partido y necesitaba de curación, yo le dije: “Mejor lo cura usted, mientras yo aprendo”, y él lo curó.

Mire, hay algo que yo quiero contarle, vamos a interrumpir lo que a usted le interesa de la llegada del Che a Alto Seco, porque a mí me pasó algo que quiero referirle; cuando yo salgo de la escuela me acerco a donde había un hombre vendiendo naranjas y le pregunto que por qué son tan caras las naranjas, él las vendía muy caras, como para que nadie se las compre. Si ahora dan 10 por un peso, por qué usted las quiere vender a 5 por un peso.

Él dijo que las traía de lejos, del cerro Astillero, y yo sé que en el cerro Astillero apenas crecen las naranjas, y le pregunto cómo se llama usted. Me dijo un nombre y un apellido: Vargas. Yo le dije: “Esa persona que usted dice, es mi amigo. Es un hombre alto, no es usted. Dígame qué cosa trae entre mano. Mejor te entrego a tus compañeros porque pensé que era un guerrillero”. Él me dijo: “¡Cállese la boca o se la tapo de un plomazo!” Este señor tenía un cinturón de cuero de vaca con una hebilla muy bonita, y le pido que me la venda, pero él me dice: “Es mejor que usted se retire porque vamos a acabar mal”. Habló en un tono que me hizo ser sensato y le dije: “Bueno, hasta luego”.

Caminé un poco y vi a unos muchachos que me dijeron que ese hombre llevaba ocho días allí, que sabían que vivía en una cuevita donde tenía enterrado un paracaídas y no había nada más, solo el paracaídas, no había ropas de hombre, porque él tenía unas abarcas de cuero de vaca, un pantalón y una camisa

de tucuyo,² un chalequito de lana y un sombrero que por la mitad se veían los cabellos, parecía realmente un campesino. El físico era de campesino. El muchacho que me informó se llama Reyno Escobar y me contó que unos días atrás, unos ocho días, buscando una chancha parida se encontró con esto. El 30 de septiembre comenzaron a llegar los camiones del ejército, llenaron la plaza y me hacen señas un grupo de oficiales, entre ellos, el teniente Morales y me dice: “Te voy a presentar al comandante del grupo”, y le digo: “Mucho gusto señor”. Y él me contestó: “Hola. Este es el cinturón que tanto querías”. Él era un espía disfrazado de vendedor de naranjas.

Aquí en Bolivia, cada boliviano es un fracasado, cada gobierno es un fracaso, muchas gentes hacen mal antes de hacer bien y otros tratan de destruir en lugar de construir; por ejemplo, dicen de mí que me van a matar de hambre, me han dejado sin trabajo, después de tantos años. Esa es la verdad, porque yo nunca salgo a dar vivas a nadie. No sirvo de alcahuete, no me presto de chismoso, nunca voy a una reunión de los partidos, y no quiero que nadie me explique a mí el resultado de estas reuniones. Todas las cosas se fabrican y se hacen a la medida, sin derechos y yo siempre estoy en la oposición. Si revisamos la historia, cuando Jesús en el huerto hacía su última oración, estaba San Pedro y le dice: “Te seguirán maestro hasta el fin”. Pero no es así, esta misma noche antes de que cante el gallo tres veces, lo traicionarán y a mí me han traicionado. Tenemos que decir lo real, ser realistas. Yo estuve trabajando en la alcaldía y dijeron que yo era comunista, que era rojo, que apoyé al Che Guevara y a los guerrilleros, que era acá, que era allá. Y he tenido que dejar de trabajar. Y ahora dicen que soy fascista, que soy paramilitar, y así son las cosas acá en Bolivia.

Después de la reunión en la escuela, el Che volvió a visitarnos, más o menos desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada, cuatro veces hicimos café, estaban el Che, Inti, el Moro y había otro más que no sé quién era, todos en mi cuarto que yo alquilaba. Me acompañaba un muchacho que era quien hacía el café. El Che era un hombre de grandes ideales, quería transformar el mundo porque en concreto,

² Lienzo de algodón.

él no era comunista, ni era socialista, él era un hombre más grande que el comunista y el socialista. Hablamos bastante, incluso de las armas del cuartel Moncada, de la Revolución Cubana, de Cuba, de la Sierra Maestra. Me habló de Camilo Cienfuegos, de la revolución socialista. Discutimos sobre el espíritu y la materia. El Che discutía sobre la materia, e Inti del espíritu, de los hombres, que tienen su forma de ser y de sentir, de apreciar sus diferencias. Discrepamos y discutí acaloradamente con él, pero Inti le dijo: “Pero hombre, cálmate, fijate Che no abusemos de la confianza”, y el Che dijo: Claro, estamos discutiendo los puntos de vista. Él me dijo: Perdóname, y me abraza. Yo noto que me aprecia, yo lo abrazo también con aprecio.

Nos despedimos de aquel hombre, cargado de esperanzas y sueños, que aspira que su Vallegrande prospere, alcance todo lo que necesita y se merece, que además comprende que para conseguir eso luchaban el Che y los demás guerrilleros.

LLEGADA AL ABRA DEL PICACHO

A la una y treinta del día 23 de septiembre los guerrilleros salieron de Alto Seco, guiados por el joven Teodoro Vidal; al amanecer llegaron a un pequeño caserío conocido como Loma Larga. Avanzaron un poco más hasta el entronque del camino a Pujío. Los campesinos estaban atemorizados y huyeron al verlos; solo uno, nombrado Sóstenos Vargas, permaneció en su casa. Los guerrilleros lo visitaron, hablaron con él, le compraron un cerdo y otros alimentos.

Al amanecer del día 25 llegaron al caserío de Pujío; el Che lo describió en su Diario como un ranchito situado en lo alto y que las gentes huyeron al verlos, pero posteriormente se fueron acercando y los trataron bien.

Señaló el Che que se encontraban en un punto donde convergen los tres departamentos, refiriéndose al de Santa Cruz, Chuquisaca y Cochabamba.

Continuaron la marcha y acamparon cerca de un lugar conocido como Tranca Mayo. El día 26 llegaron al Picacho, que resultó ser el punto más alto que habían alcanzado, pues se encuentra a 2 280 metros.

Sobre la llegada a este lugar, Inti Peredo escribió: “Muy temprano llegamos a Picacho. La población estaba de fiesta y nos trató bastante bien. Nos invitaron chicha y algunos bocados; menudearon los abrazos para despedirnos; el Chapaco dijo algunas palabras en un brindis”.

Los guerrilleros continuaron la marcha rumbo a La Higuera.

Nosotros, una mañana de 1986, llegamos a Loma Larga. Solo unas cuantas chozas se encuentran dispersas a ambos lados del camino que va subiendo hasta la cima de la montaña, la vegetación selvática llega hasta la misma cumbre; la tierra es húmeda y el aire frío. Las chocitas se pierden dentro de la maleza, sus habitantes se ocultaron o no estaban; todo parecía abandonado. Desde allí se observa un paisaje hermoso, la selva inmensa, que bajando un poco más, nos permitía ver el río Masicuri y más lejos aún el Río Grande.

Nos interesaba localizar a Sóstenos Vargas, que vive en el entronque del camino a Pujío, pero fue infructuosa nuestra

búsqueda. Solo pudimos hablar con una mujer joven, que acompañada de dos muchachitos, todos muy humildemente vestidos, nos informó que el Che era un hombre grande, con barba tupida, amigo de Sóstenes Vargas, que los demás campesinos huyeron por miedo a la represión de los militares, nos dijo además que no podía dar más datos porque ella solo tenía dos años cuando ellos vinieron.

Seguimos nuestro andar por los senderos del Che. En el camino encontramos a un profesor rural, que montado a caballo venía desde Masicuri. El sol del mediodía calentaba fuerte, pero un aire muy frío nos azotaba a intervalos. Decidimos comer algo e invitamos al maestro, quien contribuyó con unas mazorcas de maíz hervidas y un poco de mote.

Él nos explicó que llevaba muchos años trabajando por estos lugares, habló sobre las difíciles condiciones de los abnegados educadores rurales bolivianos, de como llevaban tres meses sin que les pagaran los salarios correspondientes y que estaban preparando una huelga para exigir trato adecuado. Nos habló también de la carencia de materiales escolares, de los niños que no tienen escuelas, o no pueden asistir porque tienen que trabajar; se refirió a un reducido número de maestros que no respetan las lenguas nativas y las costumbres de los campesinos, diciéndoles de manera despectiva que hablan, visten, piensan y actúan como indios; estas reprimendas llevan implícitas la discriminación.

En relación con la guerrilla del Che, el profesor narró:

Esta zona estaba infestada de detectives del ejército, recuerdo a dos, uno de apellido Girona y otro Cuéllar, vinieron disfrazados de compradores de gallinas, por eso los campesinos siempre desconfían de los forasteros, ellos piensan que son espías enviados por los militares.

Conozco lo que pasó, porque entre los maestros rurales hablamos siempre. Me gusta investigar, conocer, ver todas las cosas que van sucediendo y por qué suceden.

Cuando el Che Guevara llegó a Pujío, el corregidor era Félix Zeballos, pero él no estaba en su casa; fue su mujer quien los atendió y vendió papas y maní; después los guerrilleros acam-

paron en una aguada. Los campesinos habían huido porque tenían miedo, la propaganda del ejército era que violaban a las mujeres, que daban huasca —látigo— a los hombres para que los guiaran o se fueran a la guerra con ellos; pero Coco Peredo habló, y poco a poco fueron saliendo de sus escondites y volvieron todos. Los guerrilleros siguieron rumbo a Tranca Mayo, que son dos, la chica y la grande, y en esa quebrada durmieron.

Siguió narrando que tenía muchos apuntes sobre los abusos que se cometen contra los campesinos, por parte de comerciantes, hacendados, autoridades y militares. Indicó que los escribe y los entierra dentro de unas botellas, así está dejando la historia, que algún día se conocerá, porque no tiene recursos ni forma de poder publicarlos, y porque ello significaría su expulsión del magisterio.

El maestro, refiriéndose a la guerrilla, siguió narrando:

De Tranca Mayo pasaron al Picacho, hablaron con el corregidor que era don Aurelio Calzadilla, estaban todas las gentes de los alrededores porque era la fiesta de la virgen de Las Mercedes, era el 26 de septiembre.

Celso Calzadilla me contó que el Che llegó montado en una mula, detrás dos guerrilleros más y otras dos mulas cargadas de víveres. Los guerrilleros iban para la casa del señor Rivas, pero el ejército estaba por esos rumbos y los campesinos alertaron a los guerrilleros.

Me dijo que en el Picacho estuvieron tres horas. El Che tomó chicha y los campesinos querían que bailara, pero él no quiso porque venía enfermo, por lo que se dirigió a la casa de don Máximo Carrizales, quien le ofreció café y panes. El Che se bajó de su mula, lo ayudaron dos de sus compañeros y ahí se sentó; habló con don Máximo, pero dice Celso, que no sabe lo que hablaron porque Máximo nunca ha querido contar.

Todos los años, para la fiesta de la virgen de Las Mercedes, los pobladores van a la casa de don Máximo para que les muestre la silla donde se sentó el Che Guevara. Celso también me contó que Máximo le obsequió cigarrillos Astorias para que el Che fumara en su pipa.

Mientras el Che conversaba con don Máximo, los demás guerrilleros estaban por todas las casas, charlando con las señoras y sus esposos; ellos les regalaron huevos, naranjas, limas, rosquillas, chicha y mocoichinches. Coco Peredo tocó la guitarra y cantó dos canciones, otros campesinos le acompañaron con sus charangos.

Los campesinos no querían que se fueran, les pedían que se quedaran para festejar juntos la fiesta de la virgen de Las Mercedes. Cuando se iban, un guerrillero boliviano habló a todos los campesinos reunidos y les dijo toda la miseria en que vivían y lo olvidados que estaban. Ellos abrazaron a los guerrilleros y les desearon fueran bien, como es costumbre acá.

Del Picacho los guió Sergio Carrizales Pantoja, que le dicen Yiyi, fue con ellos hasta Naranjal. Yiyi ya no vive ahí, se mudó para Jorochito, que queda cerca de Santa Cruz. Celso me contó que cuando los guerrilleros salieron del Picacho, el corregidor de La Higuera, que era Aníbal Quiroga, andaba espionando para el ejército y se fue a Pucará para denunciar a los guerrilleros.

El Che y sus compañeros continuaron para La Higuera, y de ahí siguieron para Jagüey; pero en las alturas del abra del Batán estaban emboscados los militares, y con ellos Aníbal Quiroga, Manuel Herrera, corregidor de Jagüey y Pedro Montano de Pucará. Los guerrilleros no sabían que estaban ahí y se formó la baladeadura.

Murieron Coco Peredo, un beniano y un cubano; se fugaron dos guerrilleros, el Camba que fue hecho prisionero y el León que se entregó al ejército.

A los tres guerrilleros muertos se los llevaron en burro hasta Pucará, ahí las gentes lloraron cuando los vieron.

El director de la escuela de Pucará, Simón Figueroa, me contó que la maestra Corina Hidalgo, otras señoras y un médico militar lloraron, porque fueron ellos quienes bañaron a los guerrilleros y los peinaron. La población sufrió mucho al ver la forma en que llegaron los guerrilleros muertos, los traían en burro, amarrados como leña.

El maestro nos recomendó que el mejor camino para llegar a La Higuera, era por Pucará, que en ese pueblo buscáramos al señor Pedro Montano, quien fue corregidor cuando la época de la guerrilla y guía del ejército; pero como han pasado 20 años, él ha comprendido muchas cosas, ha evolucionado y ahora es militante de un partido de izquierda. Él podía guiarnos y alquilarnos los caballos. Decidimos regresar, días después seguimos viaje rumbo a La Higuera, pasando por Pucará. Al llegar, vimos el pueblo, medio perdido en las altas y peladas montañas; con una plaza central, calles de piedras que el tiempo y la lluvia han ido levantando. La atención fue cordial y amistosa.

Unos vecinos nos invitaron a desayunar, se mostraron muy cooperativos.

En Pucará recordamos la presencia de Coco Peredo, Manuel Hernández Osorio y Mario Gutiérrez Ardaya, *Julio*. Sus cadáveres fueron traídos después de la emboscada del día 26 de septiembre. Inti Peredo escribió:

“Pocos minutos más tarde se libraría el más negativo de nuestros combates.

”Durante los últimos días la enfermedad de Moro había recrudecido. El 26 su salud continuaba siendo mala y esta era otra de las preocupaciones más serias del Che. Tal vez era la presión más grave, puesto que las noticias de las emisoras sobre Joaquín, aunque todavía fragmentarias, permitían suponer que el grupo estaba definitivamente perdido. Ello significaba que terminaba la búsqueda en círculo y que la columna se desplazaría hacia otra zona de operaciones.

”A las 13 horas de ese día salió la vanguardia para tratar de llegar a Jagüey. Después de media hora, cuando el centro de la retaguardia se aprestaron para alcanzarlos se escuchó fuego nutrido a la entrada de la Higuera.

”Che organizó inmediatamente la defensa del poblado para esperar la vanguardia [...]”.

“El primero en regresar fue Benigno, con un hombro atravesado por una bala, la misma que había matado a Coco. Luego lo

hicieron Aniceto y Pablito, este último con un pie dislocado. También habían muerto en la emboscada Julio y Miguel”.

“Coco y yo éramos —si así cabe decirlo— más que hermanos. Camaradas inseparables de muchas aventuras, juntos militamos en el Partido Comunista, juntos sentimos el peso de la represión policial en muchas oportunidades y compartimos la cárcel, juntos trabajamos en Tipuani, juntos recorrimos el Mamoré, aprendimos agricultura y pasamos largas jornadas cazando caimanes, juntos ingresamos en la guerrilla. En esta nueva aventura no lo veré a mi lado pero siento su presencia, exigiéndome cada vez más.

”Un día conversando en el monte, a propósito de la muerte de Ricardo que produjo un fuerte impacto en su hermano Arturo, Coco me dijo:

”—No quisiera verte muerto, no sé cómo me comportaría. Afortunadamente creo, que si alguien muere primero, ese será yo...

”Coco era un hombre generoso, capaz de emocionarse y llorar [...] como lo hizo el día que murió Ricardo”.

Pero Coco Peredo, era además, un joven que amaba la vida, alegre y culto. Fue integrante del grupo musical Estrella Roja, donde tocaba la guitarra y cantaba con exquisita voz de barítono, y buen bailarín de cuecas. Participó en cuantas manifestaciones de apoyo y actos políticos se organizaban en La Paz en apoyo a la Revolución Cubana; grabó la II Declaración de La Habana en lengua quechua, para que sus hermanos mineros pudieran escucharla a través de sus emisoras de radio.

Era un joven apasionado, con gran sentimiento internacionalista y comunista. Formó parte de una brigada de latinoamericanos para luchar al lado de nuestro pueblo cuando se produjo la invasión por Playa Girón.

De él, el 27 de septiembre, el Guerrillero Heroico escribió en su Diario: [...] *Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres es incomparable [...].*

Los cadáveres de Coco, Miguel y Julio fueron llevados para Vallegrande. Allí el agente de la CIA Gabriel García procedió a fotografiar la documentación y otro agente a procesar la misma. Los resultados fueron enviados a Estados Unidos.

Posteriormente, los cadáveres fueron llevados para un lugar conocido como la cañada de Arteaga y allí los enterraron.

LEÓN Y CAMBA ABANDONAN LA GUERRILLA

El día 26 de septiembre, se produjo un choque entre la vanguardia guerrillera y el ejército. Ese día Antonio Domínguez Flores, *León* y Orlando Jiménez Bazán, *Camba*, abandonaron la guerrilla definitivamente.

ANTONIO DOMÍNGUEZ FLORES, *LEÓN*, EN LA GUERRILLA

Fuentes vinculadas a los acontecimientos nos aseguraron que León se entregó al ejército confiado en las garantías prometidas por el general René Barrientos y que aportó valiosas informaciones a los servicios de inteligencia, además escribió un informe con su versión de lo sucedido desde su llegada a la zona guerrillera hasta que se entregó al ejército, el que resultó extenso, detalloso y justificativo.

León era un buen caminante, tenía fortaleza física y mostraba buena disposición en la selva, aunque tenía poca formación ideológica y política, era callado, no expresaba sus puntos de vista y ocultaba sus verdaderos pensamientos. Llegó a confundir a sus propios compañeros.

A continuación fragmentos de su informe.

“[...] Vi una casa en la banda del río, se escuchaban los animales domésticos, enseguida salieron cuatro personas a caballo, se hizo de noche, me bajé y me fui a querer cruzar el río, escuché unos ladridos de perros y balidos de chivos, llegué a esta casa, después de haber observado con toda precaución.” [...] Salieron dos viejos, los saludé y me respondieron bien, pero un poco sorprendidos al verme cabelludo y con mis barbitas un poco crecidas [...] les dije que era sargento del ejército y que deseaba irme a mi casa sin que el ejército se de cuenta, que si me colaboraban... dándome ropa civil [...] yo les dejaba mi arma, al momento se pusieron risueños, de inmediato me invitaron quesillo de chiva con chancaca, después me prepararon un ranchito, y me dieron cama... me estaba yendo de la casa, cuando encontré a uno de los viejos, al verme, me acerqué a la casa, el fuego estaba ardiendo [...] desayuné, enseguida me recortó el cabello uno de los vieji-

tos, me afeitó, después me dio una camisa, un pantalón, todo remendado; unas abarcas viejas, un sombrero viejo [...] me dio dos quesillos de chivas con chancaca y mote de maíz [...] salí con un viejito, este me acompañó a una legua y luego me indicó el camino que debía tomar.

”Encontré a dos campesinos con sus burros cargados [...] Nos saludamos, me preguntó de dónde era, de dónde venía, qué trabajaba[...] le respondí mintiendo. Ellos me indicaron bien el camino.

”Seguí viaje [...] encontré a un campesino con sus ovejas [...] le pedí parada en su casa por aquella noche, aceptó con malas ganas, me fui con él, me presentó a su mujer, más amable que él. Después los trabajadores del servicio de caminos comenzaron a llegar, se albergaron todos”.

El ingeniero de servicios de caminos le pidió que dijera la verdad y él se la dijo. Le propuso trabajo o llevarlo gratis a Vallegrande, a lo que León le respondió: “Después de todos estos problemas yo estoy resignado a caer preso, pero de todos modos, le agradezco...”

Estas declaraciones sirvieron para que el ejército ejerciera represión contra los campesinos y trabajadores e ingeniero de la construcción que ayudaron a León, pues los mismos, fueron hechos prisioneros, torturados e incautada el arma que él cambió a los dos viejitos. Los partes militares dieron a estos dos ancianos y al resto de los campesinos como colaboradores de los guerrilleros.

Según fuentes militares, León fue interrogado en Vallegrande, por los agentes de la CIA, que allí se encontraban, aportó valiosas informaciones sobre la composición de la guerrilla, el número exacto de los que quedaban, el estado de salud de cada uno de ellos, en especial del Che. Informó el punto hacia donde se dirigían y la ruta futura a seguir. Manifestó que el seudónimo del Guerrillero Heroico era Fernando y respondió a todas las preguntas que le formularon.

En Vallegrande, se comprometió a declarar contra Regis Debray y Ciro Roberto Bustos, aceptando testificar, todo

lo que las autoridades entendieran necesario y útil. Al ser trasladado a Camiri, fue ubicado en la misma celda de Ciro Roberto Bustos, con el propósito de informar todo lo que sucedía dentro de ella. Cuando se produjo el combate de la quebrada del Yuro y el asesinato del Che, León fue llevado a Vallegrande para que colaborara en la identificación de los cadáveres. Durante el proceso contra Regis Debray y Ciro Roberto Bustos, declaró lo que le orientaron los militares. Sin embargo, el general Barrientos no cumplió su compromiso de ponerlo en libertad, como le había prometido, y tuvo que permanecer en prisión, hasta que durante el gobierno de Juan José Torres fue puesto en libertad.

Su desertión significó un duro golpe a la tropa guerrillera, pues obligó al Che a cambiar los planes y tomar una ruta no prevista. Además León llevaba la mayoría de las medicinas y parte de los alimentos que no podían trasladar los enfermos o los que estaban en malas condiciones físicas. Esto creó nuevas dificultades a la tropa guerrillera, en su mayoría enfermos o heridos.

Personas allegadas a León nos informaron que vive actualmente en Beni de forma clandestina aunque fuera dado por desaparecido en 1971.

ORLANDO JIMÉNEZ BAZÁN, CAMBA

Durante la primera etapa guerrillera su comportamiento fue bueno, pero a partir del mes de junio comenzaron a presentarse algunos problemas, recogidos en los diarios del Che, de Inti y otros combatientes. Se señala que en ese período afloraron los primeros síntomas de cobardía, temor a los militares, pérdida de fe en la lucha guerrillera, vacilaciones, dudas e incertidumbres. Se convierte en un hombre conflictivo que discute constantemente con sus compañeros, especialmente con algunos cubanos y le plantea al Che su deseo de salir de la guerrilla. Está dispuesto a desertar, pero como no lo autorizan en ese momento permanece en la guerrilla.

El 24 de agosto, el Che señaló que Camba temblaba ante el solo anuncio de los guardias, y el 5 de septiembre Pacho escribió que había tenido que botarlo en una emboscada por actitudes

negativas. Sin embargo, acataba las misiones encomendadas, las cumplía y se mantenía en la Vanguardia.

El día 25 de septiembre el Che escribió: *Hablamos, Inti y yo, con Camba y este quedó en acompañarnos hasta vista la Higuera, punto situado cerca de Pucará y allí tratar de salir hasta S. Cruz.*

De acuerdo con nuestras investigaciones Camba fue hecho prisionero cuando trataba de regresar al lado de sus compañeros de lucha, por ello resultaba especialmente interesante conocer el testimonio de este hombre contradictorio, que no dudó integrarse a la guerrilla desde los primeros momentos, mantenerse firme durante la primera etapa, luego vacilar y decidir abandonarla, posteriormente arrepentirse y tratar de volver.

Lo encontramos en una barriada muy pobre de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Se encontraba al fondo de la casa horneando pan, trabajo que realizaba junto a toda su familia. Tanto él como su esposa —exiliada chilena— nos atendieron familiarmente.

Cuando le explicamos el motivo de nuestra visita se quedó pensativo por largo rato, callado; parecía retroceder en el tiempo para recordar el pasado. El olor a pan que comenzaba a quemarse lo volvió a la realidad. Nos dijo que hablaría en otra ocasión, porque él debía trabajar cada día. Los compradores del vital alimento ya comenzaban a llegar. Continuó realizando esta dura labor, en un horno rústico que despedía un calor insoportable.

Mientras trabajaba nos fue contando algunos pasajes de su vida. Nos despedimos con el compromiso de volver, pero no fue necesario, Camba fue en busca nuestra y pudimos conversar largamente. Nos contó de su infancia, de su trabajo como dirigente campesino, militante del Partido Comunista Boliviano, de la lucha guerrillera, los años de cárcel, el desempleo, el exilio, el peso de la historia, las críticas y los reproches a su actitud durante la etapa guerrillera en Ñacahuasú. Todos estos duros años han dejado una huella profunda en su rostro. Alto, inquieto, humilde, trabajador, lleno de amargos

recuerdos, nostalgias y palabras de arrepentimiento, Camba comenzó su narración matizada de reacciones emotivas. Lo vimos alegrarse y reír cuando recordaba hechos y pasajes anecdóticos; entristecerse y llorar cuando recordaba al Che y a sus compañeros heroicos.

Comprendía que la lucha armada era la única vía para resolver los graves problemas y la miseria de mi país. Pasé cursos de adiestramiento guerrillero. Cuando se produjo el golpe de Estado de Barrientos, me presenté al Partido Comunista Boliviano en La Paz, hablé con Mario Monje, que era su secretario general, para ver qué hacíamos, a Monje lo consideraba un hombre honesto. Él me orientó integrarme al grupo que se preparaba para la lucha guerrillera, me preguntó si estaba decidido y le respondí que consideraba que ese era el camino. Durante los preparativos me instalé en el Alto Beni, en una finca que había en Caranavi destinada para la lucha guerrillera. Exploramos la zona, compramos terrenos y preparamos las condiciones para comenzar la lucha. Después nos trasladamos hasta la casa de calamina. Yo no sabía que había cubanos, pensaba que éramos solo bolivianos. Allí vi al Che, pero no podía reconocerlo, fue Inti Peredo quien me dijo que era él. Conocí al resto de los compañeros. Entramos un poco más adentro y establecimos el campamento.

Sobre la llegada de Camba, a la casa de calamina, el Che escribió el día 11 de diciembre de 1966: *El día transcurrió sin novedad, pero a la noche apareció Coco con Papi. Traía a Alejandro y Arturo y a un boliviano, Carlos. El otro jeep se quedó, como es habitual, en el camino. Luego trajeron al médico, Moro y Benigno y a dos bolivianos, ambos "cambas" de la finca Caranavi [...].*

Al señalar el Che a los dos cambas, se refería a Orlando Jiménez y a Julio Méndez Korne.

Camba continuó su relato:

Después llegaron otros camaradas, recuerdo a Lorgio Vaca, que admiraba mucho al Che y decía que con él se podía ir hasta el fin del mundo. Recuerdo a todos los compañeros cubanos y bolivianos, ellos comenzaron la exploración, pero yo

me quedé en el Campamento Central, esperando a las gentes de Moisés Guevara que vendría con 20 hombres, pero solo trajo a 8 compañeros. Moisés, para arribarle, para levantarles el ánimo, les dijo que allí estaba el Che Guevara y que la guerrilla iba a triunfar; de esa manera ellos se enteraron de la presencia del Che. Moisés era un dirigente minero muy firme, decidido y un profundo admirador de la Revolución Cubana y del Che. Estaban firmes Pablito Huanca, Salustio Choque Choque y Willy Cuba, pero los otros comenzaron a demostrar que querían salirse. Después desertaron Vicente Rocabado y Pastor Barreras, esa deserción nos obligó a acarrear las armas a otros lugares más seguros. Coco Peredo fue hasta Lagunillas para tratar de pescarlos, pero ellos se fueron directo al ejército e informaron todo. Dijeron que el Che estaba en Ñacahuasú, con Regis Debray, Ciro Bustos, el Chino, Tania y los demás cubanos. Todo se supo desde el principio.

Por esa delación vino el ejército y hubo el primer encuentro; tomaron un prisionero, que fue Salustio, lo acorralaron en el cañón de Ñacahuasú y se lo llevaron, el ejército ha repetido que fue un desertor, pero en realidad fue un prisionero.

Cuando el Che regresó de la exploración yo fui reintegrado a la Vanguardia. En uno de los recorridos que hacíamos nos encontramos con un muchacho que quería entrar a la guerrilla. El muchacho habló con Benigno y este se lo llevó al Che, pero el Che dijo que no, que el muchacho tenía que estudiar, que fuera a la escuela, pero el muchacho respondió que no tenía plata, que solo tenía una gallina y la quería vender para comprarse cuadernos. Recuerdo que el Che le dio plata para que se comprara sus cuadernos. El muchacho caminó con nosotros un buen trecho y nos guió. Posteriormente supe que a ese niño lo agarró el ejército y lo mató.

En otra ocasión el Che se encontró con un campesino y este le preguntó cuál era el pensamiento de los guerrilleros sobre el problema marítimo de Bolivia con Chile. El Che me pidió que fuera yo el que respondiera y le dije al campesino que solo podíamos resolver esa situación por la vía revolucionaria, cuando hubiera gobiernos revolucionarios y populares en ambos países. El campesino estuvo de acuerdo y preguntó qué

tiempo necesitaríamos para obtener la victoria revolucionaria en Bolivia. El Che le respondió que dependía del apoyo que ellos nos dieran. Tal vez 10 años si fuera necesario.

Quiero hablarles de mis relaciones con los compañeros cubanos, generalmente eran buenas. Recuerdo a Olo Pantoja, era muy comunicativo, no le gustaba que discutiéramos. El Rubio parecía español y Tania le pedía que recitara poesías o cantara canciones de ese país, pero él nunca quiso hacerlo. Miguel era muy gracioso, contaba chistes y nosotros reíamos. Benigno era también comunicativo, no discutía mucho, era un profundo admirador del Che. Lo que el Che decía era ley para él. Una vez le tocaba la cocina y le dio una buena presa al Che y él le preguntó por qué hacía eso. Entonces Benigno se enojó y me dijo que la próxima vez le iba a servir la peor. De Joaquín recuerdo su gran simpatía hacia la Unión Soviética y su pueblo, decía que hasta leña si era necesario ese pueblo estaba dispuesto a enviar a Cuba. Braulio hacía chistes y cantaba, decía que antes de la Revolución las chicas lindas no lo querían, porque era negro y pobre, pero después que bajó de la Sierra Maestra, con sus grados, esas mismas chicas lo andaban buscando. Causaba mucha gracia con esas cosas, especialmente al Loro, que era de modales refinados, muy ordenado en todo, muy culto y alegre, le gustaban al Loro esos chistes de Braulio, gozaba en general con los chistes de los cubanos. Tuma era muy alegre, cantaba y cantaba, acostumbraba decir que a él le roncaban los cojones y el Che lo mandaba a callar.

Camba reía de buen gusto, mientras narraba y describía los detalles, después de una breve pausa, continuó su explicación:

Aniceto era un camarada aymara poco comunicativo, muy centrado, incapaz de traicionar. Confiaba en que el Partido Comunista Boliviano y sus militantes nos ayudarían. Era enérgico en el combate. Julio era muy admirador de Fidel, era alegre, decidido para la lucha, nunca discutió con nadie. Pablito muy callado, pero de una firmeza admirable, caminaba y cargaba lo que fuera, muy fuerte. A Inti le gustaba imitar al Che, en todo, hasta en los modales. Un día matamos un anta, León y yo estábamos asando la carne, eran las ocho de la noche y yo le dije: “¿Quieres probar?”, porque la carne estaba apetitosa y

por la mirada yo sabía que tenía hambre, pero él me respondió: “No. Cuando todos prueben, yo probaré”. Recuerdo al Ñato, era un hombre rudo pero le gustaba teorizar, porque había pasado un curso de marxismo, sabía de todo, cosía, hacía zapatos de cuero, telas. Le decíamos la enciclopedia.

Pero yo tuve incomprendiones, conflictos, dudas, contradicciones, incertidumbres, porque como una vez dijo el Che, cuando a algunos les aprieta el estómago solo piensan con el estómago y eso era verdad, eso también pasó en la guerrilla. El Che llegó a comprender esas incertidumbres mías. Sucedian cosas normales dentro de un grupo humano, también por el carácter de cada uno y yo tenía mi carácter también, por eso había tenido varios problemas con algunos compañeros. Recuerdo uno con Ricardo, primero por unas latas de leche condensada y después porque no quería alumbrarme con una linterna que él llevaba y discutimos fuerte por esos asuntos. El Che se enteró y nos llamó para analizar. Yo le dije que pensaba que algunos cubanos no eran ejemplo y comencé a señalarle. El Che escuchó y también me señaló mis defectos, y me dijo que yo podía irme si quería ese mismo día, yo le respondí que él no era quién para botarme. Que los cubanos eran extranjeros y yo era boliviano, que él también era un extranjero.

Camba se entristece al recordar lo que le dijo al Che, las lágrimas que trataba de ocultar salieron, se notaba visiblemente deprimido, y repetía que él le había dicho al Che “extranjero”. Dijo que nunca ha podido olvidar esas palabras. Después se serenó, y continuó narrando.

Después el Che nos reunió a todos y dijo: Aquí hay tendencias contra los cubanos, hay una corriente contra los cubanos, otra vez los cubanos son los extranjeros, otra vez somos nosotros los extranjeros. Voy a ser severo, vamos aplicar el reglamento de la guerrilla. No importa que sean cubanos, bolivianos o peruanos. Hay que procurar ser correctos, unidos, justos. Vamos a aplicar la justicia por igual. No se puede llamar extranjeros a quienes han renunciado a todo por venir a luchar a estas tierras. Tenemos que formar una fuerza unida.

Nadie sabía a quién el Che se estaba refiriendo, pero yo sí sabía que se estaba refiriendo a mí. Porque yo era el que había dicho que los cubanos eran extranjeros.

El día 12 de abril el Che escribió en su Diario: *A las 6:30 reuní a todos los combatientes menos los 4 de la resaca [...]. Les salí al paso a una tendencia observada en la vanguardia a menospreciar a los cubanos y que había cristalizado ayer al manifestar el Camba que cada vez confiaba menos en los cubanos, a raíz de un incidente con Ricardo. Hice un nuevo llamado a la integración como única posibilidad de desarrollar nuestro ejército...*

Camba continuó:

Después tuve un choque con Pacho. Porque Ñato y yo queríamos agarrar un caballo salvaje para comer, Pacho y Ricardo estaban de guardia. Cuando volvimos Ñato y yo sin el caballo salvaje, Pacho se enojó y me dijo maricón y pendejo por no haber podido agarrarlo y yo le dije que fuera a agarrarlo él si podía y comenzamos a discutir fuerte. Ricardo se metió en el medio para evitar un problema mayor.

El Che nos llamó a otra reunión a los dos. Al final me dieron la razón a mí y el Che mandó a Pacho a buscar el caballo salvaje, ya que él decía que podía agarrarlo fácilmente. El Che le dijo que si no lo traía sería castigado a tres días en la cocina. Como a las nueve de la noche regresó Pacho sin el caballo y el Che lo castigó.

Cuando íbamos de ida hacia La Higuera, el Che reunió a todos, entonces dijo: Hablen todos. Hizo un recuento de la guerrilla y las dificultades que matemáticamente vendrían, tantos combates, tantos muertos y dijo que el que quería salir podía hacerlo, que se le darían todas las facilidades. Hubo muchas opiniones y se acordó que la guerrilla debía seguir. Yo dije que la guerrilla estaba fracasada, que era de la opinión que debíamos suspenderla momentáneamente, que íbamos a morir todos pero que yo no quería morir como héroe, que yo quería vivir.

Acerca de esta reunión, el día 8 de agosto, el Che escribió: *Por la noche reuní a todo el mundo haciéndole la siguiente descarga. Estamos en una situación difícil [...] eso se modificará pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevarla debe decirlo. Es uno*

de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha. Todos los cubanos y algunos bolivianos plantearon seguir hasta el final [...].

Camba nos indicó:

Cuando el Che dijo esas frases se estaba refiriendo a mí, porque yo le había planteado a Inti que me iba de la guerrilla.

En el libro *Mi campaña junto al Che*, Inti Peredo escribió: “[...] afloraron en Camba los primeros síntomas de cobardía y me planteó que quería abandonar la lucha, pues sus ‘condiciones físicas no le permitían seguir’. Agregó que no le veía mayores perspectivas a la guerrilla. El pretexto de su incapacidad física era falso, pues Camba, había demostrado ser un hombre de mucha fortaleza. Simplemente tenía miedo y quería desertar. Las perspectivas negativas de la lucha eran otro pretexto vergonzoso. Le comuniqué al Che esta situación y él conversó con Camba, advirtiéndole que no podía salir hasta que nuestra pequeña columna concluyera la ruta que ya se había dado a conocer. Camba aceptó”.

El día 19 de agosto el Che escribió: [...] *Hablé con Camba, manifestándole que no podrá salir hasta que se defina nuestro próximo paso que es la reunión con Joaquín [...]*

Sobre esta reunión con el Che, Camba dijo:

El Che me dijo que era mejor que me fuera, que había llegado a esa misma conclusión, pero que me iba a cumplir una misión con la red de enlace en la ciudad, pero que eso sería cuando él lo decidiera. Yo acepté.

En el resumen del mes de agosto el Che recoge lo siguiente: [...] *La pérdida de 2 hombres en las postrimerías del mes y la subsiguiente marcha a carne de caballo desmoralizó a la gente, planteándose el primer caso de abandono, el Camba...*

Camba continuó narrando:

Cuando llegamos a La Higuera, el Che me dijo: *Hasta aquí. Como tú conocías los planes que traíamos no podía dejarte ir antes, pero ahora vamos a cambiar los planes y desde aquí te puedes ir.* Cuando el Che me dijo así, me entró el sentimentalismo. Comencé a preguntarme cómo los iba a dejar. Me arrepentí y le dije al Che de nuevo que no quería irme. El Che me respondió. *Así no puedes seguir. Tienes que decidir de una vez, te vas o te quedas. Te voy a dar dos días de plazo para que pienses.* Yo le respondí que al día siguiente le contestaría. Hablé con Coco y le consulté, pero él me dijo: “No puedo decidir por ti. Si te vas puedes seguir trabajando desde la ciudad”. Yo le respondí que no sabía en qué grado estaba quemado y si podría entrar a la ciudad, y le dije: “Yo me quedo”.

Al llegar a La Higuera tomamos el teléfono, apareció un hombre cargado de coca y nos preparamos para seguir. Salí con la Vanguardia, era el día 26 de septiembre. No habíamos caminado unos cinco minutos, subiendo una loma, cuando cayó la lluvia de balas, éramos nueve compañeros, apenas podíamos disparar, me tiré en zig zag y llegué a un matorral en una zanja tupida, me metí ahí dentro y me quedé tranquilo. No sabía qué hacer cuando vi a Coco herido, fue al único que vi, pensé que los otros habían hecho lo mismo que yo, dejé la mochila y me quedé con el fusil y las balas y me metí en otra zanja. Vi un soldado que peinaba la zona y llegó hasta cerca de donde yo estaba. Venía con un perro, pero el soldado no quiso seguir avanzando por las espinas y yo me oculté más. Después comencé a avanzar poco a poco, toda la tarde, procurando salir hacia donde iban mis compañeros. La emboscada fue al filo de las doce y a las cinco de la tarde seguían disparando. Cuando se calmó todo, yo salí para dirigirme hacia el punto de reunión, que era un lugar para casos de emergencias en las proximidades del Río Grande y comencé a regresar para unirme a mis compañeros. Caminé y caminé, estaba cansado y tenía los nervios disparados.

Ya de noche llegué a una casita de hojas y dormí. Desperté de madrugada. Vi que la luna salía y seguí orientado por ella. Al amanecer la aviación comenzó a bombardear toda la zona. Me subí a una loma para orientarme y vi la quebrada y pensé que

ellos habían llegado ya. Seguí rumbo a la quebrada, en eso me vieron unos soldados, vi una planicie por donde comencé a subir, pero cuando estaba a unos 20 m se rodó una piedra y se alertaron los soldados y comenzaron a dispararme, me dijeron que me lanzarían una granada después de contar tres. Estaba convencido que me habían visto, me oculté, pues no quería morir. Entonces empezaron a gritarme para que me rindiera y que soltara el fusil y luego el machete. Sentí miedo de morir, y salí, al verme, me lanzaron una ráfaga, pero no me dieron. Me desvistieron, porque ellos dijeron que los guerrilleros teníamos granadas hasta en los “güevos”, me amarraron y pensé: de todos modos voy a morir. Me condujeron hasta abajo, me empujaron, me caía y me empujaban. Llegué con las rodillas peladas y descalzo, ocho soldados me rodearon para que otros me patearan.

Al respecto el Che anotó en su Diario el día 27 de septiembre: *...Por la mañana vimos subir en una loma cercana una columna cuyos objetos brillaban al sol y luego, a medio día, se escucharon tiros aislados y algunas ráfagas y más tarde los gritos de: “allí está”; “sale de ahí”; “vas a salir o no” acompañado de disparos. No sabemos la suerte del hombre y presumimos que podía ser Camba [...].*

Camba, continúa explicando:

Llegó un capitán, López, y comenzó a interrogarme. El capitán López se comunicaba por radio y yo escuchaba todo, él me dijo que por la mañana me iban a llevar en helicóptero y que no tuviera miedo, que estaba bajo su cargo y nadie tenía derecho a venir a interrogarme, ni a golpearme, ni a tocarme, que hasta que él me entregara al estado mayor, nadie podía hacerme daño. A media noche comenzó a llover y amaneció lloviendo, López me dijo que tenía que irme a pie porque por tanta lluvia no vendría el helicóptero. Me llevaron como si fuera una oveja, amarrado, decían que eran unos campesinos, pero en realidad se trataba de agentes del ejército, vestidos de civil que se disfrazaban de campesinos, eran los agentes que iban por los caseríos para recoger información. Los soldados comenzaron a insultarme, me pegaron un tiro, pero no me dio y vino el capitán López para evitar que me mataran.

Caminamos hasta las diez de la noche, al llegar a Pucará me metieron preso en la parroquia. Las gentes del pueblo venían a verme, querían saber si era verdad que el comandante Che Guevara estaba combatiendo por allí.

Unos jóvenes me trajeron una cerveza y unas muchachas una empanada, pero los militares se enfurecieron y no los dejaron entrar, se formó una pelea entre ellos y el cura se puso incómodo y le dijo al capitán que me sacara de la parroquia.

El cura habló conmigo y me preguntó por qué me había metido a guerrillero, le dije que en nuestro país se estaba pasando mucha hambre, había mucha miseria, muchos abusos, que había que cambiar este estado de cosas. El cura me informó que otro guerrillero que se llama León se había presentado al ejército. Me dijo que se había afeitado, pelado, se cambió de ropas y le regaló la carabina a un campesino que le ayudó. Pensé que estaba liquidado, porque a pesar de que todos los compañeros teníamos un buen concepto de León, él podía hablar y podían confrontar las informaciones de uno y del otro y agarrarme en las mentiras que había dicho.

Me llevaron para el cuartel. Las gentes de Pucará venían para darme comida, todo el pueblo estaba con nosotros, nos ofrecían comida, fueron solidarios, eran jóvenes que querían prestarnos ayuda. Yo guardo un grato recuerdo de los habitantes de ese pueblito, fueron muy solidarios conmigo.

Después me pusieron amarrado en un *jeep* y me llevaron para Vallegrande, era la tarde del 1ro o 2 de octubre. Me incomunicaron y luego apareció el general Barrientos, entró y me dijo: “Has caído en combate contra nosotros, vengo a ofrecerte garantías, tendrás asegurada tu vida y en pago a ese reconocimiento, espero que colabores con nosotros”. Le pregunté en qué podía colaborar y él me dijo: “En el trabajo, en el desarrollo del país, en la liquidación de los guerrilleros que aún quedan”.

Después vinieron los interrogatorios, eran dos agentes de la CIA, de origen cubano. Me pusieron el revólver en la cabeza y comenzaron a insultarme y a gritarme: “No creas lo que dijo Barrientos, ni las promesas, ni garantías que te dio. Esto lo

decidimos nosotros, de manera que las garantías de Barrientos no valen, no nos importa un guerrillero más o menos”.

Los agentes de la CIA eran agresivos, me amenazaban con matarme si no colaboraba con ellos, dieron puñetazos en la mesa. Los miré con desprecio, porque comportarse así con una persona presa es cobardía.

Me gritaron traidor a la patria; pero les respondí que no me consideraba traidor porque por el bien de la patria era que yo había ido a luchar y les dije que fui guerrillero porque quería combatir al imperialismo y liquidar al ejército servil. Ya yo estaba decidido a que me mataran de una vez.

Los agentes de la CIA dijeron que yo era un guerrillero comunista y que tenía que ayudarlos y llevarlos hasta donde estaba el Che o me matarían. Me negué, les dije que prefería morir y no lo haría, que entré a la guerrilla porque quise y que no iría a entregar a mis compañeros. Solo muerto.

Ellos se dieron cuenta de mi determinación de morir, porque entonces me pidieron otra cosa: que fuera a declarar contra Regis Debray y Ciro Roberto Bustos, que tenía que decir que ellos eran guerrilleros, que habían combatido, que eran jefes y tenía que acusarlos de ser asesinos, que necesitaban mi testimonio, porque era muy valioso, porque yo era el único guerrillero que había caído prisionero, los demás eran desertores y por eso mi declaración sería la más valiosa contra ellos.

Les respondí que en eso sí podía colaborarles. Me preguntaron si podía ayudarles a identificar algunas fotos de los guerrilleros y también acepté.

Luego continuaron con un interrogatorio normal: a qué me dedicaba antes de entrar a la guerrilla, si había ido a Cuba a entrenarme, dónde estaban los campamentos en Cuba, la vía que utilicé para llegar, los nombres de las personas que me atendieron, dónde había conocido al Che, cómo estaba su salud. Todas esas cosas preguntaban, en algunas decía la verdad, en otras mentía, por ejemplo, en los lugares de los campamentos en Cuba, decía que no conocía la geografía y que eran lugares a los que nos llevaban sin decir los nombres, sobre las personas que me atendieron, les decía que usaban

seudónimos, que eso se hacía por medidas de seguridad, que los cubanos no eran ningunos tontos. Me miraban con odio.

Después de este interrogatorio me llevaron junto a León para Camiri, allí estaban Regis Debray, Ciro Roberto Bustos y otros prisioneros. Barrientos vino a Camiri y me llevaron a entrevistarme con él, venía a explicarme lo que debía decir en el juicio contra Regis Debray, pero yo le hablé de acuerdo con la verdad y mis principios, se enojó muchísimo y me dijo: “Desgraciadamente, como tú, hay muchos bolivianos que no me entienden”.

El día 5 de octubre el Che escribió: *La radio informó que nuestros dos Cambas fueron trasladados a Camiri para servir de testigos en el juicio de Debray.*

Camba continuó:

Llegó el juicio contra Regis Debray, yo había decidido lo que iba a decir. Todos dijeron lo que les habían indicado que dijeran, pero yo no hice eso, yo no dije lo que el presidente Barrientos me orientó que dijera y entonces desataron contra mí una campaña de terror y una guerra psíquica, sin dejarme dormir, me pegaban gritos, pateaban la puerta, me insultaban y me declararon guerra psicológica total.

El día 6 de octubre el Che escribió: *La Cruz del Sur informó de una entrevista a los Cambas, Orlando fue un poco menos bellaco[...]*

Un día me metieron por debajo de la puerta de la celda un periódico, cuando comienzo a verlo, me encuentro con el cadáver del Che.

Camba no pudo continuar hablando, sus palabras se ahogaron entre los esfuerzos del llanto reprimido, un sentimiento profundo lo invadió de nuevo, vimos brotar las lágrimas cuando dijo:

Yo hubiera querido estar muerto también. Fue muy duro para mí pensar que ellos estaban muertos. Pensé que no valía la pena vivir en la forma en que yo estaba vivo.

Los soldados estaban felices, reían y festejaban la muerte del Che. Me enfermé, no quería comer, pero me encontré con un

soldado que por las noches me ayudaba dándome masaje con kerosene, pero el trato era malo, la comida peor. Entonces organizamos una huelga de hambre, pero no nos hicieron caso, más bien cortaron la comida.

Durante el proceso de Regis Debray me condenaron a 10 años de prisión. Cuando el gobierno de Juan José Torres me pusieron en libertad, pero después continuaron las persecuciones y tuve que salir al exilio.

Al despedirnos comprendimos su pesar y sus lágrimas, pensamos que tal vez Camba hubiera preferido morir como un héroe.

LA HIGUERA

En su libro *Mi campaña junto al Che*, Inti se refiere a los campesinos. Acerca de los acontecimientos del día 26 de septiembre escribió:

“El camino entre Pujio y el Picacho realizado en la madrugada del 26 lo hicimos sin inconveniente. *La población nos trató bastante bien.*¹ Incluso dos viejitas campesinas invitaron a Julio y Coco a dormir en la casa y les regalaron varios huevos. Por razones obvias de seguridad ambos compañeros no aceptaron tan acogedor y generoso ofrecimiento. Estos actos de solidaridad, indudablemente, confortaban. Demuestran también que el campesino no es tan impermeable en su trato con el guerrillero y que con una labor regularmente sostenida, es fácil captarlo y movilizarlo como auxiliar importante en las tareas combativas hasta su total integración”.

Fue en 1967 cuando La Higuera dejó de ser un lugar anónimo para el mundo. Este, como los demás caseríos y pueblos o zonas por donde pasó, se detuvo o combatió la guerrilla del Che, entró en la historia contemporánea acompañado del nombre del Guerrillero Heroico.

La Higuera está situada al suroeste de la provincia de Vallegrande, en el Cantón de Pucará. Se denomina así por la abundante existencia, en épocas pasadas, del árbol del mismo nombre cuyo fruto es el higo.

Desde Pucará hasta La Higuera hay aproximadamente 15 km de distancia, por un sendero que ellos llaman “camino de herradura”, porque solo se puede transitar a pie o a caballo. Decidimos hacerlo a pie. Es estrecho, polvoriento y pedregoso. Íbamos hacia un punto desconocido aunque lo habíamos imaginado muchas veces.

Llegar hasta La Higuera es casi imposible. Lo intrincado del lugar, la difícil comunicación, y el hecho de tener que contar necesariamente con un guía, deshacen de inmediato cualquier proyecto en el cual no se cuente con el apoyo de las personas que viven allí o que conocen el histórico lugar.

1 Lo destacado es de los autores.

Desde Pucará nos acompañó un guía que fue testigo de los hechos de 1967. Bajamos por el camino hasta una quebrada donde él explicó:

Hemos llegado al lugar donde cayeron Coco, Miguel y Julio. Esta es la quebrada del Batán. Detrás de aquellas piedras estaba el ejército y ellos iban subiendo por este camino, Coco estaba ubicado por esta curva. Comenzó el combate. Ellos salieron con distancia y Coco cayó aquí, Julio aquí y Miguel acá. Allá está La Higuera, 1 ½ km de aquí. Un militar dijo, cuando reconocieron al Coco: “¡Carajo, un hombre tan valiente!”

Le preguntamos al guía cómo vio la población estos hechos y nos respondió:

La población se lamentaba, hubiera querido hacer algo por ellos; pero tenía miedo a la represión del ejército. El Che ayudaba mucho a la gente pobre que no tenía nada. Les daba medicina, los curaba y pagaba todo lo que compraba. Él no pasaba sin hacer una obra de caridad.

Cuando llegaron al abra del Picacho, Coco cantó y tocó la guitarra. Ellos compartieron con los campesinos, estaba todo el grupo y de ahí se pasaron a La Higuera.

Acerca de lo acontecido el 26 de septiembre en la quebrada del Batán Inti escribió: “El combate fue ligero y desigual. El ejército con un gran poder de fuego y de número aplastante de hombres había atacado sorpresivamente a nuestros combatientes en una zona sin ninguna defensa natural, totalmente desprovista de vegetación, podían dominar desde el firme en que se encontraban una vasta extensión del terreno con armas de grueso calibre”.

Estábamos en el mismo lugar del combate. Allí pudimos comprobar que los pueblos no olvidan a sus héroes. En aquella quebrada se encontraban unas piedras² y tallos de pequeños arbustos, pintados en blanco, situados en el lugar exacto donde

2 Los nativos y sus leyendas dicen que el hombre nace y se muere, las plantas se secan, el agua se transforma, las nieves se derriten, el viento llega y se va, pero las piedras son eternas ni el fuego puede contra ellas. Por ello simbolizaban con piedras a los guerrilleros.

cayeron los guerrilleros. Los pobladores de La Higuera le rinden así homenaje a Coco, Miguel y Julio. Después de un breve silencio ante el rústico monumento, desapareció el cansancio, continuamos por el camino que se volvía menos angosto.

De una quebradita brotaba agua. El guía, señalando el lugar, dijo:

Este es el ojo de agua de La Higuera, aquí tomaron agua los guerrilleros.

Apresuramos el paso, descendimos hasta llegar al caserío. ¿Cómo explicar lo que sentimos en el histórico sitio? ¿Cómo? Sentíamos la presencia del Che en cada niño, piedra, árbol o casa. Quisimos conocer a la maestra Élide Hidalgo, la misma que se encontraba en el año 1967 en la escuela, una de las tres maestras de entonces, pero la única que aún trabaja ahí. Ver la escuela donde estuvo y está el Guerrillero Heroico. Hablar con los niños y visitar la casa del telegrafista. Preguntamos por la vieja de las cabras y por el camino para llegar a la quebrada del Yuro.

Queríamos llevarnos de La Higuera el sufrimiento que se refleja en las miradas, toda la miseria, la soledad, el paisaje seco, árido, polvoriento, insalubre.

Los que allí viven, lamentan lo acontecido y deploran el crimen cometido contra aquellas personas que luchaban por nobles ideales.

Al referirse a este poblado el Che escribió, el 26 de septiembre: [...] *Al llegar a la Higuera, todo cambió: habían desaparecido los hombres y sólo alguna que otra mujer había [...]*.

Son muy pocos los habitantes del lugar, existen alrededor de 30 casas construidas de adobe o barro y con techo generalmente de pajas o tejas. Humildes y sencillas como sus moradores, con escaso mobiliario, que parecen inhabitadas.

La humilde escuela donde asesinaron al comandante Ernesto Che Guevara fue reconstruida y convertida en una posta sanitaria, de una sola pieza, con techo de zinc. Entramos, nadie quiso acompañarnos.

En su interior, solo dos simbólicas piedras. Alguien dijo que con ellas recordaban a los guerrilleros. Forma que tienen los habitantes de este poblado para rendir tributo a los héroes.

Los niños y adolescentes de la época de la guerrilla hoy son hombres y mujeres de más de 30 años de edad que narran los sucesos con palabras entrecortadas, ante la presencia del extraño, de que siempre desconfían.

Unos fueron testigos de lo acontecido y recuerdan la historia. Otros narran lo que han oído, porque como leyendas han pasado de una a otra generación y no habrá tiempo para el olvido.

Logramos conversar con ellos y contaron que después de la guerrilla La Higuera sufrió una sequía muy grande, los animales y plantas morían y las personas se iban para otros poblados, todo lo atribuyen a un castigo de Dios por haber permitido el asesinato del Che.

Aníbal Quiroga, corregidor del caserío en el año 1967, fue quien informó al ejército sobre la presencia del Che en la zona. Él obligó a los campesinos a hacer el primer cerco a los guerrilleros.

El ejército lo premió con una mula de las que llevaba el Che y con la montura. Tenía una linterna de los guerrilleros.

El periodista chileno, Augusto Olivares Carmona, en la revista *Punto Final*, del día 5 de diciembre de 1967, obtuvo una importante declaración del entonces capitán Gary Prado, el cual refirió: “[...] en la madrugada del domingo 8 de octubre, recibieron la información de la presencia de los guerrilleros en la quebrada del Yuro”. Al preguntarle el periodista, quién le dio la información, Prado respondió: “Uno de nuestros hombres de apellido Peña, que vestido de campesino, recorría la zona”.

La vieja de las cabras no fue la delatora, nunca habló con los militares. No denunció al Che, se llamaba Epifanía, y ya falleció. Huyó al monte con sus dos hijas por miedo a las represalias del ejército, atendió bien a los guerrilleros y recibió dinero de ellos.

Conocimos también que el telegrafista se llamaba Humberto Hidalgo y su esposa Ninfa Arteaga, que estos eran los padres

de la maestra Élide Hidalgo. Su casa era la mejor de la zona. Fue donde acamparon los militares, comieron y durmieron. Que Ninfa se quedó con algunas pertenencias de los guerrilleros y se enfrentó a los militares para poderle dar de comer al Che. Ella y el padre Roger le cerraron los ojos. Luego, el sacerdote limpió su sangre derramada en la escuela y guardó los casquillos de las balas con que lo asesinaron.

El lugar exacto donde cayó herido el Guerrillero Heroico es denominado La Huerta de Aguilar, porque el dueño se llama Florencio Aguilar.

Todo lo contaron en susurro, quedamente, como para que nadie más oyera.

La Higuera es un triste caserío en la ladera de una montaña que desciende al Río Grande, en medio de un paisaje desolador, donde abundan los matorrales secos, espinosos y los arbustos de quirucillas de cuyo fruto hicieron un refresco de agradable sabor. De vez en vez se divisan bosquecillos ralos, sembradíos de papas, maíz o trigo, o un árbol pequeño cuyas hojas son de un verde cenizo. El irregular terreno presenta abundantes cañadas y quebradas. Entre las quebradas se encuentra la del Yuro, testigo del combate librado el día 8 de octubre de 1967. El Yuro es hoy una solemne quebrada donde la heroicidad del Che se ha convertido en un grito de victoria, que sale desde lo más profundo y nadie podrá interrumpir.

NUNCA PODRÉ OLVIDAR SU MIRADA

En su libro *Mi campaña junto al Che* Inti escribió:

“[...] Nuestro próximo punto era La Higuera. Como era de esperarlo, nuestra presencia estaba totalmente detectada. Coco se incautó de un telegrama que había en casa del telegrafista donde el subprefecto de Vallegrande comunicaba al corregidor de ese lugar la presencia de fuerzas guerrilleras en la zona”.

Sentadita en un viejo banco de madera encontramos a doña Ninfa Arteaga, una sencilla y tierna viejecita, querida y respetada por todos. Su casa, que fue la mejor del lugar en el año 1967, se encuentra deteriorada. Hacía poco tiempo había enviudado. Su esposo era el telegrafista de La Higuera, señor Humberto Hidalgo.

Ninfa es la madre de Élidea, una de las tres maestras que tenía la escuela de La Higuera; también es la madre de Corina, quien en el año 1967 era maestra en el caserío de Pucará.

La anciana vaciló cuando le pedimos que explicara sobre los sucesos ocurridos en el poblado, dijo que había sufrido mucho por haber dicho que el Che llegó con vida a La Higuera. No quiso retratarse. Es menuda y de facciones más españolas que indias.

Tratábamos de convencerla y ella se reía tapándose la boca, que tenía sin dientes. Sentía cierto pudor por su estética.

Mientras, las hijas se oponían a que hablara, haciéndole señas con las manos y los ojos. Ella tomó su decisión y dijo:

Yo voy a hablar, soy vieja y me puedo morir pronto. No creo que tomen ninguna represión contra mí.

Hablo feo, estoy vieja, sin dientes, tengo 70 años. ¡Mire esa foto lo linda que yo era! Pero ahora ya no estoy así. Mi marido murió hace unos meses, por eso estoy vestida de negro. Era un buen hombre. Él era telegrafista de La Higuera.

Le contaré que a los guerrilleros yo les llegué a tomar cariño, pero tengo mucho miedo de hablar. Me han molestado mucho. Cuando llegaron los guerrilleros por primera vez, eran tres; pero las gentes tenían miedo por todo lo que habían dicho sobre

ellos. Algunas gentes se escondían, yo no, yo les di comida.

Ellos llegaron preguntando por el telegrafista. El telégrafo estaba en nuestra casa, en esta misma hacienda. Aquí funcionaba el telégrafo, porque nosotros somos los dueños de esta hacienda.

Preguntaron que si yo los dejaba entrar. Y yo les dije que podían entrar. Les hicimos un “caldo de chanco y carne más”. Venían con hambre, venían débiles. Comieron harto y me dijeron que no podrían olvidarnos nunca.

Yo no quisiera hablar, yo he sufrido harto por ellos: Eran tres: Coco, el médico Julio y otro más. Mi hija Élide les hizo café y tomaron harto y comieron harto. Como nosotros tenemos vacas y chanchos, les hice comida.

Hemos tenido una buena impresión de los guerrilleros. No hemos tenido la suerte de haber sabido antes que ellos estaban aquí y lo que querían, para haberles ayudado más antes.

El médico Julio era una gente tan linda, era del Beni. Nos habló tan lindo, de cómo sería todo si triunfara la guerrilla. Dijo que habría médicos, medicinas. Además uno conoce las caras de las personas.

Uno sabe si las personas son buenas o malas, y ellos eran personas buenas. Sufrí mucho cuando vi en el estado en que estaban. Tenían hambre y les hice el caldo. Le tomé mucho aprecio al médico, primera vez que llegaba un médico aquí. ¿Cómo era que un médico estuviera con los guerrilleros? Y le dije que mejor él se saliera de la guerrilla, que yo tenía un termo —un traje— de uno de mis hijos y que se lo daba para que se cambiara de ropa y se fuera del lugar, porque había muchos soldados; pero me dijo que él no podía hacer eso, que él no podía dejar abandonados a sus compañeros. Él estaba muy delgado, y yo lo vi como a un hijo y quería que él se salvara y saliera de allí.

Cuando traen al Che a la escuela de La Higuera, el ejército y los comandantes tomaron mi casa, que era esta misma hacienda, que es nuestra, somos los dueños. Él llegó de tardecita. Y yo

entré al aula a llevarle comida al otro día por la mañana. Era el día 9; había un guerrillero ciego.

Los militares primero me negaron que entrara; pero yo cociné para todos, y se lo dije que para ellos y para los guerrilleros también era la comida. Pero a mí, como todo el mundo en La Higuera me hace caso, yo dije: este señor está preso y tiene que comer y si no me dejan entrar para que el Che coma, no le voy a dar comida a nadie, porque la comida es mía y yo misma la cociné.

Yo hice una sopa de maní. Los militares dijeron que yo entrara donde el Che. Dije que me dejaran sola con él para que pudiera comer tranquilo. Le solté las manos, las tenía amarradas. Él se interesó por saber si los demás guerrilleros habían comido también. Yo le dije que habían comido.

El Che me miró tan tierno, con mirada de agradecimiento que yo nunca podré olvidar como el Che me miró. Los militares no miraban así. —Ninfa llora—. Cuando yo tengo un problema grande, yo lo llamo a él, yo veo su mirada y el Che me responde. Él siempre me ayuda.

Era por la mañana, él estaba sentado. Él no tenía ni una cama, ni nada para que duerma. Mi hija Élide entró también a verlo.

Allí estaba el otro guerrillero, comió también. Mi hija Elida le llevó comida al ciego y después ella reconoció el plato en que yo le llevé comida. En este plato comió el Che.

Y en lo que salió mi hija le dispararon al Che. Élide se asustó mucho y se enojó y le gritó a los soldados. Ella es una mujer y se asustó mucho, casi fue a su lado, delante de ella casi le dieron el tiro. Ellos lo mataron, él llegó herido.

Lloré mucho. Los soldados decían que por qué llorábamos y yo le dije que eran nuestros parientes. Daba mucha pena verlos así. Además ya habíamos hablado con ellos. Nosotros no pensábamos que los matarían. Nosotros pensábamos, que eran solo prisioneros. La población de La Higuera fue buena con ellos. ¿Por qué debían ser de otra manera, si los guerrilleros no le hicieron mal a nadie? ¿Por qué los de La Higuera iban a tratarlos mal? Todos los trataron bien.

A mi hija Élide le hicieron problemas por las declaraciones que ella había hecho a los periodistas de que el Che llegó vivo y que los militares lo mataron. La botaron del magisterio mucho tiempo.

El único militar que la sacó de este problema y habló bien de ella fue Gary Prado. Él dijo que ellos, los militares, comían en mi casa y que nosotros le ayudábamos a ellos. Élide nunca ha sido política.

Tiempo después los militares llegaron aquí a hacer propaganda y propaganda falsa. Ella les contradijo y a partir de ahí comenzaron más problemas. Hemos recibido muchas presiones.

Cuando lo estaban amarrando para llevárselo en el helicóptero, allí estaba yo, a su lado. Yo estoy en la foto que sacaron al lado del Che y estaba el padre Roger también. Los dos, los que le hemos cerrado los ojos al Che.

Él estaba caliente. Yo me puse muy triste. Él era muy bueno, yo no quería creer que estaba muerto, yo lloraba. Las demás lloraban también. El padre Roger limpió y lavó la sangre del Che y guardó las balitas con que lo mataron los militares.

Ninfa Arteaga, con la picardía e ingenuidad de una niña, nos explicó que sus hijas no saben nada que ella tiene los objetos de los guerrilleros.

Nos habló bajando la voz y dijo:

Regresen más tarde cuando mis hijas no estén en la casa, para entregarles algunas cosas que tengo guardadas; si es que ustedes las van a llevar para Cuba, entonces sí se las entrego, porque seguro ustedes son parientes de ellos.

Regresamos a la hora indicada y Ninfa nos esperaba con un bolso del cual fue sacando cada objeto mientras explicaba:

El Che tenía este cuchillo así, puesto en el cinto. Él no se fue por el camino sino por nuestro potrero, en la otra banda. Se le cayeron dos cosas a él. Se le cayó el cuchillo y la linterna. No le diga a nadie lo del cuchillo, ni a la Corina, ni a la Élide.

Los militares le quitaron todo al Che, le quitaron el bolso. Los

soldados venían a dormir a mi casa y cuando viraron el bolso había dólares y ellos se los repartieron. Yo les reclamé que me pagaran los gastos pero no me pagaron, a ellos se le cayó un billete verdécito que tengo guardado. Las agujas estaban en el bolso del Che, se cayeron de la bolsa las agujas y otras cosas.

El cuchillo se cayó primero cuando él estaba vivo. Fue cuando venía de Alto Seco a La Higuera. Él pasó por el fondo del potrero y fue en ese rato que se le cayó el cuchillo y la linterna. Y en ese rato mi marido salió y encontró el cuchillo; pero no encontró la linterna. La linterna no sé quién la encontró.

De su bolso también había una fuentecita, pero está doblada, yo la tengo guardada. No se lo digas a nadie. Ni a la Élida, ni a la Corina. Los soldados sacaron todas las cosas en la mesa y tiraron todo. Yo me quedé con varias cosas, con las agujas, la fuentecita y otras; pero yo no quiero que nadie sepa. También me quedé con la hamaca del Che, era verde, y con su termo y su jarro.

La boina del Che era cafecita, tenía una cosita así puesta, con toditas sus cosas puestas; se la llevaron para Vallegrande, pero cuando ya él estaba muerto. Yo tengo otras cosas del Che, pero se las entregaré otro día.

Esta fuentecita estaba entre las cosas del Che, la tenía amarrada, apretada dentro de su mochila. Estaba bien apretada.

De nuevo le pedimos retratarla. Ella se niega. Dice que está fea, que no tiene dientes. Sentimos el deseo de decirle que muy pronto los tendría.

Mejor le muestro una foto donde estoy linda, ahora estoy fea. Mejor cuando yo tenga mis dientes. Tengo mi pelo blanco.

Y con un pudor de niña reiteró:

No, no me pidan eso, yo quiero complacerlos, pero no me pidan eso.

Luego continuó:

Ellos tenían una maquinita, era para hacer fideos, ponían la masa y hacían fideos. Yo la tengo. La encontró una campesina. Yo se la voy a mostrar, todavía sirve.

De nuevo insistimos con la foto: ¿Le haremos la foto?

Mejor me pondré lentes, y una mantica.

Fue al interior de la casa y regresó empolvada cubriéndose la cabeza con una manta y con unas gafas oscuras. Ninfa preguntó:

¿Dónde me pongo? ¿Así estoy bien?

Y cuando íbamos a tirar con la cámara, dijo:

No, no me van a convencer, no me pidan eso, estoy muy fea.

Al despedirnos la miramos profundamente a los ojos, como para recordar siempre su rostro. Ella extendió sus manos hacia nosotros, que tienen la ternura que dan los años y el trabajo de la mujer campesina en cualquier parte del mundo. Sus manos de pueblo que desataron las del Che para que pudiera tomar la sopa de maní que le había preparado.

VALLEGRANDE, 1967: CONMOCIÓN DEL PUEBLO ANTE LOS ACONTECIMIENTOS DE LA GUERRILLA

En el oriente boliviano, entre las serranías donde comienzan las estribaciones andinas, hay un pueblo cuyo acontecer diario está muy vinculado a la historia de la guerrilla. Ese pueblo es Vallegrande, capital de la provincia del mismo nombre en el departamento de Santa Cruz, mencionado por el Che varias veces en su Diario.

El día 2 de septiembre, cuando unos arrieros hablaron con el Guerrillero Heroico, le comunicaron que hacía ocho días Honorato Rojas se encontraba en Vallegrande reponiéndose de una mordedura de tigre.

El día 26 el Che mencionó nuevamente al pueblo y anotó que el subprefecto había comunicado al corregidor de La Higuera sobre la presencia guerrillera en la zona, y que se encontraron con un comerciante de coca procedente de allí.

El día 27, después del combate del abra del Batán, el Che comentó sobre la información que dio la radio acerca del choque de los guerrilleros y el traslado de los cuerpos sin vida de Coco, Miguel y Julio hasta Vallegrande para su identificación.

Mientras tanto, en el apacible lugar, el letargo habitual en que vivían los pobladores se transformaba. Las noticias procedentes de Masicuri, la emboscada del vado de Puerto Mauricio, el combate de la quebrada del Yuro y los hechos ocurridos en La Higuera, hicieron que experimentaran momentos de ansiedad, incertidumbre, angustia y sufrimientos.

Para muchos vallegrandinos una horrible pesadilla interrumpía sus sueños y se transformaba en cruel realidad, cuando presenciaron la llegada de los cadáveres de los combatientes.

A casi dos décadas de los difíciles días, nos informaron, en la ciudad de La Paz, que los vallegrandinos conocen toda la verdad de los sucesos ocurridos allí, y que cada poblador guardaba en su memoria el más mínimo detalle de los acontecimientos de 1967. Nos señalaron nombres y datos de personas que podían ayudarnos.

Días después partimos para Vallegrande. A nuestro paso hacia este lugar, observábamos Samaipata, Mairana, Mataral, el Trigal y otros insignificantes caseríos. No hacíamos más que pensar en la dimensión de la hazaña y en la perpetuidad y continuidad del ideal de los guerrilleros.

Vallegrande es un lugar de América donde la tierra se siente sagrada. En el atardecer, el paisaje sombrío, sobrecogedor, denotaba tristeza. La lejana torrecita de la iglesia y el techado de tejas de las viviendas, se divisaban pequeños desde la altura donde comienza la pendiente que conduce a la ciudad, situada a 1 980 m sobre el nivel del mar.

Al llegar vimos sus callecitas de tierra y piedras, polvorientas; a sus habitantes, en gran mayoría, vestidos de negro. Percibimos un silencio que definimos como eterno. El aire suave y frío transmitía la grandeza de la epopeya guerrillera, venida desde Ñacahuasú, el Río Grande, el Yuro, el Batán, el Mizque, La Higuera.

Cayó la noche, el pueblo quedó totalmente oscuro después de las diez, hora en que la corriente eléctrica cesa. El cielo estrellado, el silencio, y el frío nocturno aumentaba junto a la soledad y los recuerdos. Estábamos allí donde en las entrañas de la tierra viven los restos de la heroicidad, el desprendimiento, el valor, el amor y el internacionalismo.

En la clara mañana de mercado, junto a los productos y los campesinos con sus burros, se veía pasar a los vecinos que charlaban en voz baja, se daban los buenos días y hacían formales comentarios sobre los problemas familiares. Para todos éramos forasteros y, sin embargo, no dejaban de saludarnos, acompañando el saludo con una interrogante mirada.

En la tarde la población se concentró para recibir la única góndola que llegaba de Santa Cruz, en espera de parientes, amigos, noticias o cartas de los allegados. Vimos la alegría pasajera reflejada en los rostros de algunos; otros se retiraban tristes y cabizbajos, y acudirían al día siguiente a la misma concentración.

En la noche dominguera apreciamos tristeza, a pesar de los compases rítmicos de una banda que se esforzaba por alegrar

a una decena de jóvenes que pasaban indiferentes, mientras algunos observaban desde los bancos en igual actitud.

Tanto de lejos como de cerca, Vallegrande nos pareció un monumento. Al ver a las gentes del pueblo, en cuyos ojos y forma de andar reflejan penas y sentimientos que en muchos se conjugan con el temor y el remordimiento; y en todos, aun en los reaccionarios del pueblo, se entremezclan con admiración y respeto, porque saben que en la historia de Vallegrande, hay un hecho más grande que el valle mismo, tanto como el universo, que perdurará entre ellos como parte inseparable de sus propias vidas, de su quehacer cotidiano y de sus esperanzas.

Conocimos su rica historia; a sus primitivos habitantes se les nombraban avas y organizaban sus comunidades en las laderas de las montañas, a las que llamaban avarendas. Ellos domesticaron a los loros, enseñándoles a hablar y utilizándolos como centinelas de sus viviendas. Después llegaron los conquistadores, en el año 1614 fundaron la ciudad con el nombre Jesús y Montes Claros de los Caballeros, dándoles a sus primeros pobladores el título de “Hijos dalgos de solar conocido”. Supimos que pasado el tiempo, los chiriguano, los quechuas y los conquistadores españoles se mezclaron para dar origen a los criollos o mestizos, quienes desarrollaron una economía importante en los extensos valles intramontanos. Allí nació don Manuel María Caballero, el primer autor de la novela en Bolivia y participante en la lucha independentista contra los españoles.

Vallegrande, en época de la colonia, era un centro de desarrollo cultural y económico; sin embargo, fue la última zona del departamento de Santa Cruz en liberarse del yugo español.

Los pobladores de la provincia quisieron convertirla en departamento y siempre anhelaron tener universidad, institutos, teatros, escuelas agrícolas, un ferrocarril, un camino hasta Masicuri, Río Grande y Lagunillas. Los años han pasado y se lamentan, porque aún no se ha cumplido ese deseo.

Los que van a Bolivia quieren conocer a Vallegrande, y cuando están en el poblado visitar el hospital Señor de Malta, donde expusieron al Che, y lo vio el pueblo por última vez; quieren

conocer el lugar donde está enterrado, donde está Tania, y los demás guerrilleros. Esa necesidad sentimos nosotros y decidimos conocer y hablar con las personas que, de una forma u otra, estuvieron vinculadas a la historia y comenzamos a buscar los testimonios de aquellos vallegrandinos que estuvieron en el pueblo en el mes de octubre de 1967, quienes son una representación de cientos de hombres y mujeres que fueron testigos del crimen más repudiado e imperdonable de nuestros tiempos.

Los entrevistados son hombres y mujeres que vivieron los angustiosos y agitados momentos que la prensa calificó como: “Conmoción del pueblo de Vallegrande”.

A través de varios testimonios, conocimos que en el cementerio había una cruz de metal negro donde se encontraba enterrada Tania la Guerrillera, que los vecinos le ponían velas y flores frescas. Era un lugar que deseábamos visitar.

Al segundo día nos dirigimos al cementerio, es pobre, con muchas tumbas de tierra y cruces de madera; un muro de ladrillos, gastado por el tiempo, lo rodea y una gran puerta de hierro, que ya no cierra.

Mientras sacábamos fotos del lugar y nos disponíamos a depositar unas flores frescas, observamos a un anciano de rostro curtido que reflejaba los años de duro trabajo y amarga vida, vestía humildemente pero limpio. Tímidamente se acercó y establecimos una larga conversación en la cual, entre muchas cosas, nos dijo:

Siempre he venido porque mi hija aquí está. Esa cruz de metal la han dejado los militares para que las gentes crean que la señorita Tania ahí está y sus amigos no la encuentren.

Cuando los guerrilleros de Masicuri murieron los militares los volcaron en aquella cañada allá —el anciano señaló una profunda depresión del terreno que el agua ha cavado a través del tiempo—; unas señoras que venían de ordeñar sus vacas, han visto hartos perros y chanchos junto a los guerrilleros muertos, con las cabezas, las piernas, peleando los animales, y ellas dijeron: “¿Como es que los animales están comiendo

cristianos?”, estaban tirados y volcados como leña, sin zapatos, con una tirita de camisa, tenían barbas, cabellos largos. Ellas dijeron que eran hombres cabales, eran cristianos como nosotros. A los soldados no lo largaban así, los enterraban, pero a los guerrilleros los volcaban unos sobre otros y todos son cristianos, digo yo.

Esas señoras anoticiaron a otras señoras de Vallegrande, nadie quería creer, otros vinieron a ese lugar y han visto, eran humanos y nadie quería que a los humanos se les trate así, nunca han pasado esas cosas en Vallegrande. El pueblo hablaba y charlaba harto, hasta que los militares echaron tierra para que nadie más vea.

Después trajeron a la Tania; vino volando, era una señorita valiente que se batió sola con su mochilita y sus armas y así la encontraron ¿cómo era que una mujer estuviera metida en todo eso?, era la admiración de todos.

Las señoras murmuraron que también la volcarían a la cañada como a los otros guerrilleros, y visitaron a las hermanas religiosas de la iglesia para que no hicieran eso los militares. Las monjas hablaron con el coronel Andrés Selich, que era el jefe militar pero él respondió: “No hay plata para enterrar guerrilleros”, así dijo. Las señoras se alistaron para comprarles su cajón, una sábana blanca, una manta, velas y flores, porque en Vallegrande nunca se han largado a los humanos en las cañadas, siempre se les ha dado cristiana sepultura, por arruinado que usted esté. Las monjas la pusieron en su cajón y la velaron en el casino militar y a las doce de la noche los militares la trajeron para el cementerio y la enterraron en el nicho municipal y clavaron la cruz de metal negro aquí, para que todos crean que fue sepultada en este lugar. Una monja y un sacerdote hicieron la misa.

Le preguntamos al noble anciano si esa monja era la hermana Juana de la Cruz Severiche y él dijo:

No sé, una monja oró y otras monjas hablaron con Andrés Selich. La hermana Severiche oró por Tania, el que dio la misa fue el padre Mario Laredo que vive en Oruro y Severiche en Cochabamba.

El anciano nos condujo hasta el nicho municipal y como en secreto dijo: “Está aquí”.

Recordamos el día 8 de septiembre, cuando el Che escribió:

La radio trajo la información de que Barrientos había asistido a la inhumación de los restos de la guerrillera Tania a la que se dio “cristiana sepultura” [...]

La prensa de la época recogió la noticia como gesto humano y noble del dictador, incluso informaron que se le habían hecho honores militares.

Los militares nunca dijeron que Tania fue enterrada por la actitud noble, sensible, del pueblo de Vallegrande, quienes obligaron que se enterrara de acuerdo con sus costumbres y tradiciones.

ERWIN CHACÓN

Entre las personas que deseábamos entrevistar se encontraba el corresponsal de guerra del periódico *Presencia* Erwin Chacón, quien transmitió muchos despachos cablegráficos y escribió artículos desde la zona guerrillera, especialmente desde Vallegrande.

Una tarde pudimos conversar ampliamente con él. Es un hombre de estatura mediana, inquieto, amable y con mucha simpatía personal. Llevaba muchos años en su labor.

Erwin relató lo siguiente:

Yo estaba en el área de operaciones, destacado por el periódico *Presencia* desde mucho antes de que la columna del Che Guevara llegara a la región de Vallegrande, prácticamente me desplazé con el comando de la VIII División, donde cubría la información.

Era un domingo que parecía que no iba a ocurrir nada, pero sin embargo habíamos notado que había mucho nerviosismo dentro de los militares y que ellos abandonaron casi en conjunto y precipitadamente el comedor del hotel Teresita donde estaban alojados, yo también estaba en ese hotel.

Eso me dio una pauta de que algo estaba ocurriendo. Alrededor de las 16:00 horas llegó un helicóptero. Después se indicó que

se estaba desarrollando un combate fuerte en más o menos unos 35-40 km de Vallegrande. Se reforzó la guardia. Se duplicó el patrullaje dentro de Vallegrande. Alrededor de las 17:00 horas conocimos que el combate era muy serio y después que había caído el Che, que estaba preso y que posiblemente lo trasladarían esa noche a Vallegrande.

El coronel Arnaldo Saucedo, jefe de la Inteligencia de la VIII División, me invitó a una cena con el señor González, agente de la CIA. En mis despachos periodísticos yo lo había citado desde semanas antes, como agente de la CIA. Ellos me invitaron para explicarme que González no era agente de la CIA, sino que era un asesor del ejército de los Estados Unidos. Fue una conversación larga para convencerme, pero no lo lograron, mas supuse que por lo delicado del asunto, debía dejar de citar a esa agencia de espionaje, y a partir de ese momento me refería a ellos como a los asesores norteamericanos, eran dos, para mí ambos eran cubanos, aunque él decía que era puertorriqueño, aunque yo pienso que era cubano, porque una noche habíamos hablado de La Habana y de Cuba y él parecía conocer bastante. Después supe que hicieron lo mismo con otros periodistas.

Para entonces yo no tenía todavía la vivencia de lo que era la CIA en sí, incluso cuando hablaba con ellos, les decía: “Ustedes son de la CIA” y noté que se molestaban un poco. Ahora si se presentan, tal vez no les diga que son de la CIA, pero entonces yo no sabía mucho de esas cosas, estaba recién empezando y tal vez eso hacía que cometiera algunas imprudencias, no sé si son imprudencias o fases en el aprendizaje del periodismo.

La noche transcurrió de forma muy agitada, empezaron a llegar altos jefes militares, recuerdo al general Alfredo Ovando Candia. Se reunió con los militares en el Casino y se empezó a brindar, no dejaron que los periodistas entráramos, pero supuse que estaban festejando una victoria.

Al promediar las once de la noche llegó el general Saucedo, entonces era mayor y me dijo: “Vas a ser el primer periodista en conocer una cosa grande”. Llevaba una carabina y una

libreta de notas, vi la libreta, la letra era ilegible. Hojeé varias hojas, estaban escritas con bolígrafos de diferentes colores, en ninguna parte decía que era un diario, traté de leer algo, pero no con mucho interés. No entendía la letra, tampoco el general me dijo de quién era. Entonces fue que supe que tuve ese documento tan importante en mis manos, me mostró otras cosas que tenía, varios lapiceros, un morral, dos carabinas, papeles sueltos, notas, planos.

Esa misma noche sobrevolaron helicópteros. Fui hasta el aeropuerto, pero había patrullas y no nos dejaron entrar.

Al día siguiente, muy de mañana, hubo bastante movimiento, ya se sabía que era el Che y anunciaron la llegada de los cadáveres. Fui para el aeropuerto, llegó el helicóptero con la camilla, conduciendo los restos del Che Guevara, cuando lo bajaron me acerqué, lo destapé, porque estaba cubierto con una frazada. Era la primera vez que veía ese rostro, era un rostro apacible, supe que era el rostro de un hombre grande, pero no estaba del todo convencido de que fuera él y no tenía evidencias, solo lo conocía por las fotos y me pareció más demacrado, con otra figura. Pensé en ese momento que era otro que estaban queriendo presentar como si fuera el cadáver del Che.

Lo llevaron a la morgue, lo pusieron en la lavandería, pero entonces, había un periodista inglés que había llegado a Vallegrande y estuvimos allí junto al cadáver y él me dijo: “Es el Che Guevara”, yo le respondí: “Puede ser otro, de repente es otro, con su parecido”. Pero él me dijo que lo conocía muy bien porque le había hecho una entrevista cuando era ministro en La Habana. Se emocionó mucho y comenzó a llorar y me dijo: “Es él”.

Entonces creí y recién comencé a tomar las fotografías que se publicaron en muchos periódicos y en el mundo. Allí estaba yo solo, porque una hora más tarde fue que llegó un avión de La Paz, con muchas gentes de la prensa. Antes de que llegaran los periodistas de La Paz un fotógrafo militar quería tener unas vistas del Che con la cabeza un poco levantada. Le sacaron la chaqueta y la pusieron de cabecera, pero vieron que todavía era bajo. Apartaron y le pusieron unos ladrillos de cabecera, mientras hacían eso, yo me apoderé de la chaqueta, estaba

ensangrentada y la envolví en un periódico para llevármela pero me vieron y dijeron que no podía hacer eso.

El avión y los periodistas retornaron a La Paz y me volví a quedar solo. Vi como los médicos examinaron el cadáver. El inglés y yo acordamos hacer guardia para ver qué pasaba con el cadáver. Hicimos guardia en el hospital hasta las diez de la noche, pero nos desalojaron de allí. Regresé a la una de la madrugada para sustituir al inglés en la guardia, pero despertamos susceptibilidad en los militares que habían llegado para conocer detalles. El general Zenteno Anaya nos invitó a conversar diciendo que tenía datos muy importantes que darnos, nos fuimos nuevamente al hotel Teresita y empezó a contarnos cómo se habían desarrollado las acciones.

A las tres de la madrugada regresamos nuevamente al hospital, pero ya no encontramos el cadáver, lo habían sacado. Empezamos a averiguar y supimos que lo llevaron en un camión, iban custodiándolo. Seguimos averiguando y conocimos que se encontraba en el regimiento Pando, que lo habían llevado para hacerle la autopsia y embalsamarlo.

Fuimos hasta el Regimiento, pero no nos dejaron pasar ni hablar con nadie. Desapareció el cadáver de Che. Allí estaban el coronel Andrés Selich y el general Mario Vargas Salinas.

Dentro de los hechos que ha dejado la historia del Che Guevara en Bolivia, hay también otra fase que tiene su lado humano sobre todo para la gente campesina que tal vez ha convivido sin saber quién era, han convivido con un guerrillero como con un amigo. Hay quienes les vendían sus productos, con quienes compartían algunos momentos, y estos campesinos después de la muerte del Che, le dieron una significación a la fotografía que publicaron en la prensa y las revistas sobre el Che Guevara, especialmente las que se han publicado de la morgue del hospital de Vallegrande. Era una imagen del Che con los ojos abiertos, con la cabeza expuesta un poco exprofesamente hacia adelante. Son las fotografías más divulgadas después de la muerte del Che y simultáneamente surgieron algunas personas en Santa Cruz que reprodujeron esas fotografías y comenzaron a venderlas a los campesinos como recuerdo.

Me sorprendí al visitar algunas comunidades de Vallegrande, ver que el retrato del Che lo tenían junto al retrato de Cristo, lo veían como a un Cristo que había venido a salvarlos. Es una interpretación propia del campesino, dentro de su concepto que tienen de la religión, del aspecto humano.

Le daban una importancia espiritual dentro de sus vidas restringidas por la miseria y el poco contacto con la civilización. En la actualidad, cuando ya son casi 20 años, todavía se mantienen las fotografías del Che en las chozas y casas humildes de los campesinos, y tienen esas fotos con velas.

Al día siguiente que se produjo el choque de La Higuera, donde cayó el Che, el general Arnaldo Saucedo, jefe de la Inteligencia de la VIII División, llegó con todas sus pertenencias, incluyendo el M-1; y cuando los soldados empezaron a divulgar que tenían varios objetos, en las investigaciones que hice, en las entrevistas con los soldados, llegué a identificar a quienes habían tenido participación primordial en la captura del Che Guevara, y a través de ellos me enteré que tenían en su posesión varios objetos. Entre estos el bolígrafo Parker, que al principio no le concedí mucha importancia, pero horas después, llegué a persuadir al soldado de que llegáramos a un acuerdo. Él mostró mucha resistencia, no quiso dármelo, le ofrecí dinero y no quiso.

Pero se enteró de que yo estaba con cámara fotográfica y como cualquier soldado, reaccionó cuando le ofrecí que le iba a sacar fotografías. Y se las saqué en varias poses. Tuve que buscar un estudio fotográfico para que me las revelaran, me las copiaran y solamente después que le entregué el legajo de fotografías, me dio la pluma muy contento, y yo también estaba muy contento porque pensé que era un recuerdo de la acción que se estaba desarrollando en ese momento, pero sin las proyecciones históricas que iba a adquirir con el transcurso del tiempo.

En esas circunstancias fue que obtuve el bolígrafo. Después se enteraron otros periodistas que yo estaba en posesión de la pluma y me hicieron algunas ofertas, entre ellas, la compra. ¡Querían comprarla! Por el momento- ofrecían bastante, espe-

cialmente si se trataba de periodistas extranjeros. Había unos norteamericanos que querían comprarla, pero yo no accedí, la mantuve, pero sin embargo, la mostré y la fotografiaron. Una fotografía que después vi, unos seis años después, publicada en una revista norteamericana y mi esposa la identificó. Hasta que los conocí a ustedes y en ese momento creí que llegó la oportunidad de hacer alguna contribución y fue cuando les revelé que conservaba el bolígrafo [...].

Hemos decidido hacer esta donación espontánea al pueblo de Cuba porque sabemos la importancia histórica que tiene.

Días después nos volveríamos a reunir con Erwin y su esposa. La señora Justina Montero, mujer de hablar espontáneo y familiar, quien emocionada nos relató como conservó durante 18 años el bolígrafo que pertenecía al Guerrillero Heroico.

JUSTINA MONTERO

Erwin y yo éramos novios, un día llega y me cuenta de que él estaba conservando el bolígrafo, que acá llamamos mango. Le pedí que me lo enseñara y él me lo mostró y yo le dije que me lo prestara. Yo no se lo devolví en ese momento porque sabía que al usarlo iba a extraviarlo, a perder, prestar u olvidar simplemente.

De esa forma lo conservé durante todos estos años hasta hoy que Erwin llegó a conocerse con ustedes y entonces él me dice: “Mira, tengo unos amigos de Cuba y ¡claro!, analizando bien la importancia que tiene, nosotros decidimos donarlo para que ustedes lo conserven. Para mí tiene mucho significado”.

Por ese motivo es que desde el primer momento lo conservé, porque tenía cierta admiración y respeto hacia el Che también. Yo sentía que algún día esto iba a tener mucha importancia, al pasar el tiempo.

Admiro al pueblo cubano por esa valentía que han tenido para sobrepasar ciertos momentos de dureza, han transformado, digamos, la vida, y nosotros sentimos admiración por ustedes y deseamos que podamos alcanzar algún día eso que ustedes tienen, por lo menos una vida tranquila. El estudio que sea una cosa hecha para todos.

¡Eso es lo importante! Al menos cuando una es madre, ya sabe el peso que es hacer estudiar a un hijo, y a veces no hay posibilidades. Eso es algo muy importante que ustedes han conquistado, yo los felicito.

GRACIELA RODRÍGUEZ

Supimos de la existencia de doña Graciela Rodríguez, empleada del hospital Señor de Malta y allí la encontramos. Después de explicarle nuestro propósito, nos invitó a su humilde hogar, que queda casi frente al hospital.

Graciela explicó que la religiosa Juana Severiche, se llamaba Elena y era hija de Juan Severiche y Justina Vidal. Nos atendió amable, inquieta. Era bajita, y al hablar gesticulaba con sencillez. Estábamos ante la mujer que para todos los vallegrandinos hablaba con el Che. Graciela narró:

Llevo 25 años trabajando en el hospital de Vallegrande. En 1967 era lavandera, después pasé a cocinera porque debido al frío padecía de dolor en los hombros.

Cuando trajeron al Che he llevado el irrigador para que los soldados me dejaran entrar a donde él estaba. El Che vestido, llevaba camiseta, camisa y la chamarra gruesa, dos pantalones, tres pares de calcetines. Los zapatos eran de cuero suavito, de color café, él los costuró, con hilo de bolsa, de esas bolsas de arroz o de azúcar, un hilo fuerte, los costuró sobre sus pies y para sacarlos, hemos sacado los hilos.

La enfermera Susana lo bañó y yo la ayudé a llevarle el agua. Después lo hemos vuelto a vestir. Y encima de su cuerpo pusimos su chamarra y un pantalón.

Le han hecho una máscara con sebo de vela, en eso ayudó don Felipe que era el portero y que ahora vive en Santa Cruz. El doctor se ha llevado la ropa en un bolsón. Las medias gruesas también se las llevaron. Las finas se las di a don Felipe y él a doña Susana.

Muchos periodistas han venido para preguntarme si yo tenía alguna prenda de él, y yo les decía que no, pero tengo esto —Graciela enseñó un pedazo de cuero e indicó:

Estos eran los zapatos de suela suavitos. Uno de ellos se los llevó un soldado, una mitad la tiene don Felipe y la otra yo. Cuando eso, yo tenía 20 años y desde entonces lo he guardado como recuerdo.

A veces sueño con el Che y lo veo vivo, él me visita y me habla, y me dice que me va a sacar de esta miseria en que vivo. Hace muy pocos días lo he visto de nuevo, y él me dijo: “Graciela vamos”, y cuando llegamos a la puerta, me dijo: “Espérame Graciela que volveré”. Otro día vino y me decía: “Graciela ponte una máscara para que no te reconozcan”, y cuando yo me ponía una máscara para acompañarlo, se sintieron gentes que venían y se fue.

Nos despedimos de Graciela, y salimos como imbuidos del hermoso soñar de Graciela en los que aparece el Che vivo.

SUSANA OSINAGAS

Llegamos a la casa de Susana Osinagas, estaba vestida de negro. Tenía unos 45 años de edad, alta, distinguida, de refinados modales. Manifestó que guardaba luto de un primo. “Acá son seis meses de luto por un primo y cuatro años por la madre o el padre, igual por los hijos o hermanos, y más años por la muerte del esposo”. Explicó Susana y pensamos que era casi toda una vida vestida de luto. Eso había llamado nuestra atención, que de negro andan las mujeres vestidas, tapándose la cabeza y el rostro con mantas del mismo color. Supimos que cada 9 de octubre muchas mujeres de Vallegrande, Pucará y La Higuera visten de negro.

Acerca de los hechos, la enfermera Susana Osinagas narró:

Yo trabajaba como enfermera en el hospital y me enteré que lo traían, porque en el hospital había bulla, de todo el personal del pueblo, han estado llegando uno por uno en helicóptero y ya dijeron: ¡Ese es el Che! Y entonces yo lo vi, con los ojos abiertos.

Tenía puesta una chamarra, sus pantalones, una gorra negra, con un cosidito, no sé si era rojo o verde, con una estrellita marina. Tenía botas, parece que hechas con, un cuerito muy delgado que no lastimaba, tres medias en cada pie, unas color café, unas rayaditas y otras azulitas.

En el hospital lo hemos desvestido. Cuando lo hemos bañado ahí estábamos los médicos y un coronel que no se separaba de él. Ese día era mi turno no vi a ninguna enfermera extranjera, ni monjas, ni rubias, en ese momento cuando lo bañamos.

Después que lo bañamos trajeron agua en el irrigador para aplicarle formol. El doctor Martínez Caso fue el que le abrió la aorta. Yo ayudé con el irrigador. Le tomaron las huellas digitales, nos hicieron cortar velas de esperma.

Luego hice el tratamiento a dos enfermos y me fui a mi cuarto, pero de ver todo lo que había visto, no podía dormir. Vino el portero, no sé si era don José o don Felipe, don José está muerto, pero don Felipe vive, y me dijo: “Me han hecho hervir un sebo para hacerle una máscara”.

Después han hecho hervir más sebo para hacerle la máscara de nuevo. Después no sé lo que pasó. Como a las tres de la mañana me dijo el portero que lo habían sacado y se lo habían llevado.

Sí, yo traje las cosas que le dijeron: una “pincecita” chiquita y las medias, las he conservado todo este tiempo en esta cajita, tal como se las quité. ¡Ni las lavé!

La “pincecita” me la encontré cuando estaba sacando la ropa de él.

Concluyó su relato la enfermera, que permanecía aún con la cajita entre sus manos, supimos cuánto sentía desprenderse de ellas cuando dijo: “Se las entrego porque es su deseo de él”.

MARÍA MUÑOZ

Ese mismo día preparamos la salida de Vallegrande para regresar en breve tiempo. Íbamos hacia Cochabamba, en busca de la religiosa Juana Severiche. Conocimos que trabajaba en el convento alemán y hasta allí llegamos, amable y serena nos recibió, manifestó que era natural de Vallegrande, maestra graduada de la Escuela Normal y que trabajó en el colegio alemán de Santa María en Cochabamba desde 1958 hasta 1976, afirmó que no se encontraba en su pueblo en la época de la guerrilla y que lamentaba no podernos ayudar. Indicó

que en el convento había una hermana llamada María, quien se encontraba en Vallegrande en 1967. Se retiró y luego regresó acompañada de la religiosa María Muñoz, quien con voz apagada, suave y tierna dijo:

Yo solo estaba cuando llegó el Che a Vallegrande, a él lo expusieron para que todo el pueblo en procesión fuera en fila india a verlo. Había un silencio único y todos fueron con mucho respeto. Había de todo, respeto cristiano y curiosidad. Había militares que estaban custodiando. Ese fue el único acontecimiento que sucedió allí.

En La Paz está la hermana María Antonia, ella trabajaba directamente en el hospital de Vallegrande, varias hermanas alemanas trabajaban en el hospital de Señor de Malta.

Fue la curiosidad la que me llevó hasta el hospital. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Yo creo que el padre Roger Shiller puede ayudarles porque él estaba presente. Cuando yo entré, el Che estaba vestido, pero descalzo y dos hermanas alemanas que ahora están en La Paz, también entraron la hermana Margarita y la hermana María del Carmen.

Sobre la impresión que me causó el Che, les digo que era algo sorprendente y era una novedad para nosotros. Como se hablaba y se había dicho tanto de las guerrillas y él era su líder, nos llamó la atención.

El Che estaba como si no hubiera muerto. Había un silencio único, no escuché que nadie hablara, ni lo creo, ¿quién iba a hacer comentarios?, si el riesgo era mucho, estaba vigilado, los soldados estaban allí... y él con sus ojos mirándonos a todos que parecía vivo.

ELVIRA RAMÍREZ

Días después encontramos a Elvira Ramírez, una vallegrandina que en el año 1967 residía en la ciudad de La Paz, y motivada por los acontecimientos decidió partir hacia el poblado para conocer sobre los hechos. Elvira, mujer de unos 45 años, relató lo siguiente:

Llegó a Vallegrande después del día 11 de octubre y ya nada encuentro. Fui al hospital y me entrevisté con los parientes.

Vi a mi prima y me dice: “Hemos cortado los cabellos del Che”. Ella se llamaba Blanca Mujica, ya murió. Entonces le digo: “Tienes que regalarme un mechoncito”. Ella tenía un mechón grande y me regaló este que yo tengo. Compré unas fotos de esas del ejército, y traté de buscar algunos indicios, saber, dónde lo enterraron, dónde lo llevaron, pero no había nada, nada. Lo hicieron para que nadie vea.

Mi prima cortó el cabello del Che porque ella pensaba que teniendo una cosa de una persona que muere así martirizada, es como un amuleto que la va a proteger. Tienen eso como recuerdo y les prenden velas, les rezan. En Vallegrande tienen esas costumbres.

Elvira sacó de un sobre un nylon con los cabellos y dijo:

Cuando recién me los dio mi prima los cabellitos tenían gotitas de sangre. Yo los entrego porque es mi deseo que vayan para Cuba. Quiero que hagan saber a la compañera Aleida y a la Federación de Mujeres Cubanas que he entregado los cabellos, porque así lo prometí una vez.

EUGENIO ROSELL

Por última vez volvimos a Vallegrande en 1986. Allí conocimos a Eugenio Rosell, profesor de larga trayectoria, quien nos recibió sonriente y con un trato franco y abierto. Rosell tenía 20 años cuando la guerrilla y sobre aquellos días de octubre recordó:

Guardo la más enorme admiración por el comandante Che Guevara, conocí de su lucha por la historia de Cuba y su Revolución. Yo estaba aquí en Vallegrande cuando trajeron el cadáver. La primera información fue que lo habían tomado prisionero y que lo traerían vivo para Vallegrande, por eso había mucha expectación. No se convocó a las gentes para que asistieran a verlo, espontáneamente asistieron, primero al aeropuerto y después al hospital.

La verdad es que el nombre de Che Guevara llamaba la atención.

De ahí que el pueblo se trasladara íntegramente a verlo. La población se mostró muy respetuosa a sus antecedentes, a su

capacidad, a sus ideales, a su lucha, porque no es fácil analizar y deducir que un hombre que no había nacido en Bolivia y viniera realmente en busca de mejores soluciones para la clase oprimida, que es la mayoría de la población, y él viniera a quedarse eternamente entre nosotros, y eso es apreciado por el pueblo de Vallegrande. Nosotros recordamos como otros hombres que no nacieron en Bolivia, también vinieron para quedarse eternamente entre nosotros como Simón Bolívar.

Cada región tiene sus costumbres, sus cosas propias. La gente cree que quedarse con cosas muy especiales, quedarse con algo de una persona que se valora mucho y que se quiere, es noble y bueno. Yo he visto que hubo quienes se quedaron con un pedazo de cabello y yo creo que esa es una demostración de la dignidad, del respeto que se siente hacia el Che Guevara, por eso se dice que su alma es justa, sacrificada y piadosa. Tienen las fotos del Che, les ponen flores y velas, esa es una verdad que nadie puede negar. Ellos reconocen en el Che a un ser de sentimientos profundos, y esa realidad no se puede ocultar y nunca se podrá ocultar. Muchas gentes de aquí lo compararon con Cristo, pero realmente cuando yo lo miré, vi que tenía los rasgos de un comandante guerrillero y me eché a llorar, muchas personas lloraron también.

Concluyó Eugenio Rosell, conocedor de su pueblo y de sus costumbres.

PASTOR AGUILAR

Llegamos a la casa de Pastor Aguilar. Este nos recibió amablemente. Es un hombre de unos 50 años de edad, muy considerado en el pueblo por su labor intelectual. Es autor de obras de teatro y artículos periodísticos; su presencia nos permitió conocer al vallegrandino que trata de mantener latente en el pueblo su tradición dramática y literaria.

Pastor narró lo siguiente:

Cuando trajeron el cadáver del Che, lo llevaron para el hospital Señor de Malta, lo tendieron en la lavandería y se formó una romería. Todos los pobladores de Vallegrande fueron a verlo, con mucho respeto, admiración y sentimiento. Muchos lloraron. Había una señora que dijo: “El Che se parece a Cristo” y

una monja le respondió: “No se parece, él es Cristo, ha muerto por defender a los pobres y a los humildes como hizo Cristo”, y desde ese momento se corrió que era Cristo.

En aquellos días mi mamá estaba muy enferma, tanto que al poco tiempo murió. Ella no podía levantarse, pero tenía mucha indignación. Decía que éramos nosotros los culpables de la muerte del Che y de la injusticia que se estaba cometiendo, que nada habíamos hecho por ayudarlos; que éramos unos cobardes, diciéndome a mí también que yo había sido cobarde. Ella lamentaba no poder levantarse para ir a donde él estaba.

Creo que ese es el sentir de la inmensa mayoría de los pobladores de Vallegrande. Nos sentíamos culpables de la muerte del Che. El Che que hoy admiramos y respetamos profundamente.

Yo le digo que hay muchas cosas. Mire, en Vallegrande, durante el gobierno del general Juan José Torres, se puso el nombre de avenida Che Guevara a la calle que va hasta el cementerio. Esto fue por acuerdo de todo el pueblo y del alcalde; pero después del golpe de Estado, le cambiaron el nombre y le pusieron avenida del Ejército, pero todos siguen sabiendo que se llama avenida Che Guevara.

Nos despedimos de Pastor Aguilar. Deseábamos entrevistar también al alcalde de Vallegrande en cuyo mandato se decidió poner el nombre del Che a la avenida. Varios días después conocimos a través de un amigo cómo se llevó a cabo el histórico nombramiento.

En 1971 el subprefecto de Vallegrande era el abogado Kleber Cárdenas y el oficial mayor, Fanón Cabrera. Ambos reunieron a los vecinos para proponer que la calle, que iba hasta el cementerio, fuera designada como avenida Ernesto Che Guevara. Los concurrentes a la reunión aprobaron con aplausos e intervenciones fervientes que demostraban la admiración por el Che.

El 16 de julio del mismo año se dictó la ordenanza municipal, mediante la cual se designaba a la avenida con tan honorable nombre. Al acto de inauguración fueron invitadas autoridades y periodistas, entre ellos, el propio presidente Juan José Torres quien aprobó la ordenanza.

Cuando derrocaron al gobierno de Torres, Kleber Cárdenas fue detenido, interrogado y encarcelado durante varios meses, posteriormente, deportado a Perú. Sobre él pesaba la amenaza del ministro del Interior, Andrés Selich, de asesinarlo.

El nombre de la avenida Ernesto Che Guevara fue cambiado legalmente, borrado de los viejos papeles en la alcaldía; pero no pudieron borrarla de la mente ni del corazón de los vallegrandinos que siguen llamándola: avenida Ernesto Che Guevara.

DESPUÉS DEL COMBATE DE LA QUEBRADA DEL YURO

Antes del amanecer nos dispusimos a abandonar el triste pueblo de Vallegrande. Recorrimos sus calles por última vez. Pasamos frente al hospital Señor de Malta, llegamos a la avenida Ernesto Che Guevara y partimos.

Mientras nos alejábamos, pensamos en todo lo que significa esta epopeya para América y para el mundo; en el Guerrillero Heroico, a quien sentimos más vigente y vivo.

Pensamos en el Inti y Darío, de La Paz; en el increíble recorrido de los sobrevivientes; en la odisea del rescate y en aquellos que lo hicieron posible; en todos los que fueron torturados, asesinados, o desaparecidos; en el Ñato, del Mataral; en el Chapaco, Moro, Pablito y Eustaquio, del río Mizque; en Pacho, Antonio, Arturo y Aniceto, de la quebrada del Yuro; en Willy y el Chino, de La Higuera; en Coco, Miguel y Julio, del abra del Batán; el Negro, de Palmarito; en Tania, Joaquín, Alejandro, Braulio, Freddy, Apolinar, Moisés y Walter, del vado de Puerto Mauricio.

Recordamos al Pedro del cerro Iñaio; Ricardo y Raúl, del Rosita; Serapio, del cañadón del Iquira; Víctor y Marcos, del Peñón Colorado; Rolando, del Mesón; al Tuma, del Piraí; al Jorge, del Hueso en la selva de Lagunillas; al Rubio de Iripití; a Carlos y Benjamín entre las arrasadoras aguas del Río Grande.

Y no podíamos borrar de nuestras mentes, la espantosa miseria de los campesinos y pobladores, que piensan en su Comandante de la Esperanza.

Y lo imaginamos allá, en la casa de calamina, en el río Ñacahuasú, en los históricos campamentos donde él marcó la acción como el nuevo grito de Murillo de la revolución continental. El Comandante de quien dijo Ruperto Farell: estaba en el agua clara y en la lluvia de Ipitacito del Monte, o en la Brecha de los Guerrilleros, allá en El Espino como señaló el anciano guaraní; o en una balsa de madera de mara amarrada con lianas[*bejucos*], cruzando el Río Grande durante los turbiones, como especificó el cazador de Tatarenda; o en las serranías de San Marcos, cabalgando en unas mulas grandes, como le confió el compadre Saturnino a su amigo en Masicuri.

El Comandante, que los campesinos recuerdan en Alto Seco, acampado debajo de la sombra del árbol que cortaron los militares, pero que después de mucho cuidarlo ha vuelto a retoñar y lo mostraron en secreto. O en La Higuera, simbolizado en una piedra como un extraordinario guerrero, esperando el momento para continuar la lucha. O en el minuto de silencio que cada 9 de octubre guardan los mineros, los fabriles y los estudiantes en Bolivia.

Amaneció y los rayos del sol comenzaron a irradiarse. Poco a poco, la bruma de la madrugada fue desapareciendo. Se iluminó el camino, los senderos, los árboles, los arroyos, los ríos, las piedras, quebradas y montañas por donde perdura la presencia guerrillera.

Anexos



Hacia La Higuera 1984, Froilán González y Adys Cupull



Adys Con Mario Chávez, El Lagunillero, en Ñacahuasú

El Lagunillero fue el traductor del guaraní por la zona de Ñacahuasú, (fallecido) 1983-1984



Froilán con Mario Chávez, el Lagunillero, en Ñacahuasú

A La Higuera. Primera visita, 1984



En Pucará con las autoridades locales.



Por los históricos caminos de Pucará hacia La Higuera



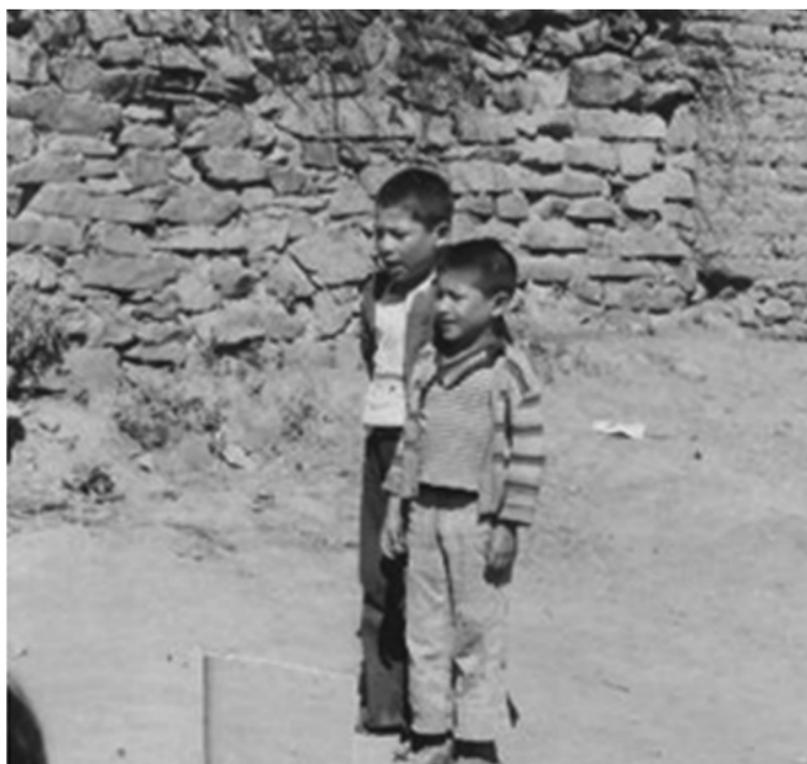
Camini a La Higuera



Con los maestros, autoridades y guías de La Higuera



Recibimiento de los alumnos de la escuela en La Higuera.



Dos niños de La Higuera cantaron para recibir a los visitantes.



En La Higuera con la maestra Elida Hidalgo, Eugenio Rosell y el Dr. Gerardo Muñoz, el corregidor de Pucará Pedro Montano y residentes del lugar.



La histórica Escuela de La Higuera en 1984



Los pueblos en La Higuera en el XX aniversario. 1987.



1987, Rodolfo Saldaña miembro de la red urbana de la guerrilla en La Higuera



Ramiro Barrenechea en La Higuera, 1987.
Con los entrevistados de los hechos ocurridos en 1967



Froilán con Héctor Isturia, farmacéutico de Samaipata.
Farmacia a donde llegaron los guerrilleros

Algunos de los entrevistados 1983-1984



Entrevistada Magdalena Ortiz dueña de la tienda en Samaipata



Susana Osinagas, enfermera del Hospital Señor de Malta en Vallegrande.



Actual monumento erigido al Comandante Ernesto Guevara y a sus compañeros en Vallegrande..



En la siembra de un pino con la Brigada Médica en Vallegrande 2014 y Froilán impartiendo una conferencia a los visitantes bolivianos y de otros países que acudieron a rendir homenaje al Guerrillero Heroico y a sus compañeros, en Vallegrande.



Ruperto Farrel de Ipitacito del Monte, silla donde se sentó el Che.



Casa de la finca o casa de calamina. Era conocida con este nombre por ser la única casa con techo de zinc en la zona.



Constanza Sotelo campesina de origen guaraní, de Caraguatrenda . Casa donde estuvieron los guerrilleros.



Lucilo Aldunaga propietario de la finca Ñacahuasú 2013, Con el libro “De Ñacahuasú a La Higuera” (fallecido)



Homenaje en Ñacahuasú 2016



Hoy comienza una nueva etapa. (2016)



Ellos entre nosotros.

Prohibida su venta



Pienso, hermano Álvaro, que esta noche estamos reunidos los verdaderos antiimperialistas para dar homenaje a los 89 años del nacimiento de Che Guevara.

La historia cuenta, un 14 de junio de 1928, hace exactamente 89 años, nació el Che y qué coincidencia, hace 82 años se firmó la paz del Chaco para dar fin con la guerra cruenta entre dos pueblos hermanos, paraguayos y bolivianos.

Una guerra que fue impulsada por las transnacionales imperiales del petróleo, empresas petroleras de Estados Unidos y de Inglaterra, ¿qué hay de común en este día sobre dos fechas históricas? Recordar, hermanas y hermanos, a uno de los hombres más consecuentes con los ideales de emancipación como fue el Che.

Evo Morales Ayma
14/06/2017



MINISTERIO DE TRABAJO,
EMPLEO Y PREVISIÓN SOCIAL

